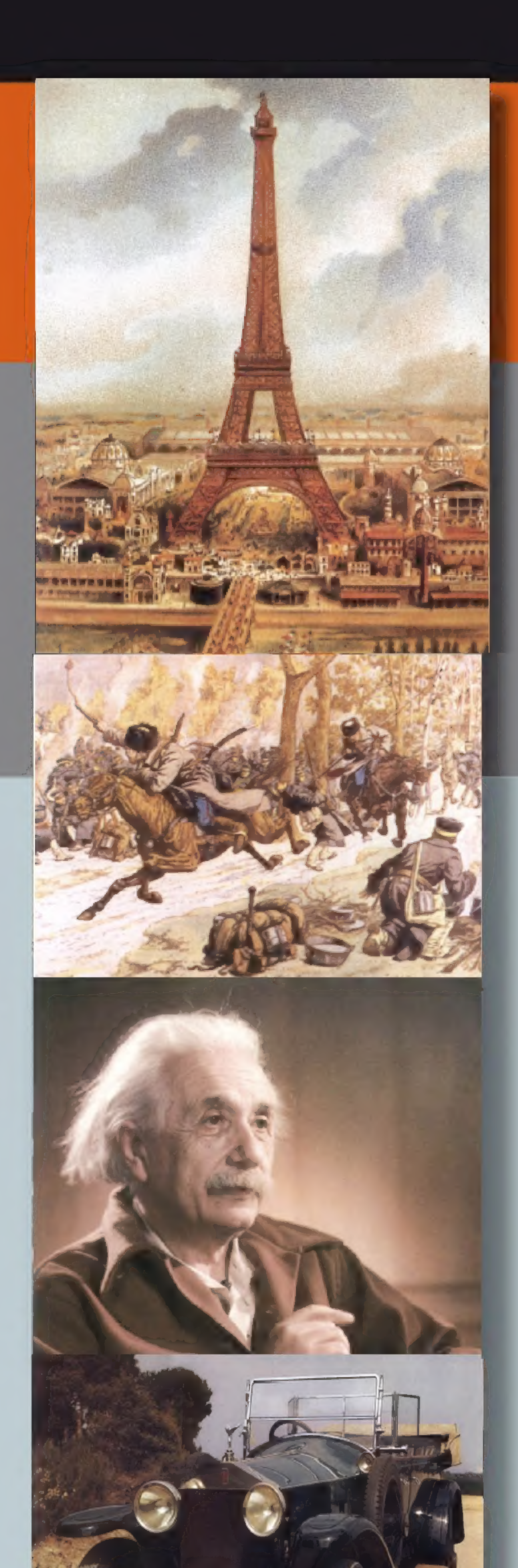
1

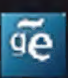
1900-1909

Una nueva era

HISTORIA GRÁFICA DEL SIGLO XX



ibercultura



HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-701-1 Tomo I

Impreso en España
www.ibercultura.net

HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN I

1900 ~ 1909

UNA NUEVA ERA

EDITORIAL LABOR, S.A.

Editor
ROBERTO CASTELL
Dirección de la obra
JAVIER DE JUAN Y PEÑALOSA

Introducciones

1900 - 1909
CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

1910 - 1919
HUGH THOMAS

1920 - 1929
PEDRO LAIN ENTRALGO

1930 - 1939
FELIX LUNA

1940 - 1949
ENRIQUE LAFUENTE FERRARI

1950 - 1959
JULIO CARO BAROJA

1960 - 1969
CAMILO JOSE CELA

1970 - 1989
ANTONIO GALA

Epílogo
JULIAN MARIAS

Director de Arte
MIGUEL ORTIZ

Director de Producción
ANTONIO PORTABELLA

Actualización
MIGUEL CASTELL

Secretaria de Redacción
MONTSERRAT JUAN

Adjunta a la Dirección
Mariví Esteban-Infantes

Equipo de redacción
Rafael Abella. Amelia Castilla. Pilar Collar. Ramiro de Cristóbal. Rafael Fraguas de Pablo. Juan González Alvaro. M.ª Luisa Malibrán. Roberto Mesa Garrido. Florentino Pérez y Pérez. Juan Robredo. Luis Romero. Magdalena Ruiz de Elvira. Andrés Ruiz Tarazona. Carlos Pérez San Emeterio. José Antonio Silva. Cruz del Valle.

Ilustraciones
ABC. ACME. AISA. Alfonso. Archivo Municipal de Historia (Barcelona). Army Audiovisual Agency. Associated Press. Banco de la Imagen. Camera Press. «El Comercio» (Perú). EFE. Europa Press. Fabbri E. Flash Press. FotoStock. Gamma. Gyenes. Imagen 3. International News Photo. Interstampa. Keystone. Library of Congress (Washington). «L'Illustration». Magnum. Mas. Mondadori. Novosti. Oronoz. Pilot Press. Prensa Latina (México). Radial Press. Sadko. Salmer. Sov. Photo. Sygma. United Press International. Urbión. Wide World Photo. Ya. Zardoya.

Cartografía
Guillermo Llorente

Dibujos
Rafael Pérez Mántaras

Cronologías
María D. Bagudá

Sumario

	Pág.
Mi siglo XX. Recuerdos y reflexiones. Claudio Sánchez Albornoz	1
Introducción	13
Los precedentes de un siglo	
Mayerling: un suicidio romántico	14
La dimisión de Bismarck	22
Revolución en Chile	30
El escándalo del canal de Panamá	36
El anarquismo y la acción directa	44
Nicolás II, nuevo zar; guerra chino-japonesa	52
Guerra en Abisinia	60
Insurrección en Filipinas	68
Levantamiento antiturco en Creta	76
El incidente de Fachoda	82
Conflictos en Latinoamérica	90
Cronología fin de siglo	98
La rebelión de los boxers	101
Guillermo Marconi, un inventor práctico	110
Un «dandy» llamado Oscar Wilde	116
Cronología 1900	124
La muerte de la reina Victoria	126
Toulouse-Lautrec, el pintor de la bohemia	136
Los premios Nobel	142
Cronología 1901	146
El Transiberiano	148
La guerra anglo-bóer	156
Cronología 1902	162
La era del automóvil	164
Gauguin, el pintor de los mares del sur	176
La aventura de los hermanos Wright	182
Cronología 1903	188
Guerra ruso-japonesa	190
La música a comienzos del siglo XX	198
Cronología 1904	204
Albert Einstein: la revolución en la física	206
Domingo rojo en San Petersburgo. La primera revolución rusa	216
Freud y el psicoanálisis	224
Cronología 1905	234
El terremoto de San Francisco	236
Ramón y Cajal	242
El asunto Dreyfus	250
Cronología 1906	256
El cine, un arte para el siglo XX	258
Cronología 1907	268
Las sufragistas: «El viaje apasionado»	270
Cronología 1908	280
La semana trágica de Barcelona	282
Blériot: un loco sobre el canal	290
Cronología 1909	298



MI SIGLO XX

RECUERDOS Y REFLEXIONES

Por Claudio Sánchez-Albornoz

SOY más viejo que el siglo. Cuando hizo su entrada triunfal en la Historia yo tenía ya siete años. Mi memoria de viejo me trae en este instante a la mente recuerdos de los años que precedieron y siguieron en Madrid al alumbramiento de esta centuria en que vivimos aún. He descrito alguna vez la Puerta del Sol madrileña de entonces. Tres cafés muy concurridos. La fiambrería *La Mallorquina*, entre las calles Mayor y Arenal. La confitería de *La Pajarita*, entre Carretas y Espoz y Mina. Por doquier pregones ambulantes: «Llaveros de níquel», «Gomas para los paraguas», «Don Nicanor tocando el tambor», «*La desesperación de Espronceda*», por quince céntimos. Algunos *ripperts* —ómnibus de caballos—, berlinas y manuelas y lujosos landós cruzando en todas direcciones. Señores de levita y de chistera avanzando hacia el Congreso o hacia el Senado. Grupos de provincianos apostados frente al Ministerio de la Gobernación para *ver caer la bola* a las doce en punto del mediodía. Antes o después, cruzándola desde la calle del Arenal a la de San Jerónimo, la *Parada;* el regimiento de guardia en Palacio de regreso a su cuartel. Y por la tarde, los sábados, la reina regente y el rey menor —doña Cristina y don Alfonso, aún niño— atravesándola en coche para ir a Atocha a la solemne salve de fines de semana.

Recuerdos, recuerdos, recuerdos de los años que prece-



Pancho Villa: el rostro de la revolución mexicana.

dieron o siguieron al nacimiento del siglo XX en Madrid. En las cercanías, en la esquina de Arenal y Celenque, al pie de la casa que habitaba o había habitado Sagasta, presidente del Consejo de Ministros, un aguador gallego cargando agua en una cuba para distribuirla por las casas vecinas. Y alguna mañana soleada, mi familia asomándose a nuestros balcones de la calle del Arenal para ver desfilar los primeros automóviles que llegaron a Madrid.

Gran entusiasmo en el Madrid de principios de siglo ante el nuevo y extraño vehículo. En una zarzuela se cantaba *El automóvil, mamá, una cosa que trastorna a los hombres, mamá, y es prodigiosa.* Y un ricachón que pudo pronto adquirir y disfrutar uno de ellos afirmó a un amigo: *Es más caro que una querida cómica.*

Empieza a haber tranvías. A uno que no pasaba por la Puerta del Sol y era de color rojo le llamábamos «el cangrejo». Cafés repletos. A la Cervecería Inglesa —San Jerónimo esquina a Echegaray— don Marcelino Menéndez Pelayo acude con frecuencia a tomar unas copas de coñac con que sacar fuerzas para sus magnos y maravillosos trabajos. En Apolo, *Los sobrinos del capitán Grant.* Comedias y dramas en el Lara y en el Español —triunfa en éste *Reinar después de morir*—. En muchos teatros, zarzuelas de muy diversas cataduras, especialmente picarescas en Eslava. Todavía no hay cines, pero hay corridas de toros en la Plaza Vieja.

Ha empezado bien el siglo. *Ay mi Madrid, Madrid del alma mía,* podría yo decir ahora a mis casi noventa años repitiendo el comienzo de un viejo cuplé. Fiestas de la coronación de Alfonso XIII en mayo de 1902. Bodas reales en 1907. El atentado de Morral contra la real carroza, en la calle Mayor, de regreso de San Jerónimo. Mal inicio de un matrimonio regio. ¿Anticipo de la frustración de la real familia? Se renueva el elenco político nacional. Muere Sagasta. Silvela entrega «los trastos de matar» —diríamos con frase taurina— a don Antonio Maura. Es asesinado Canalejas mientras escruta el escaparate de una librería en la Puerta del Sol. Gentes nuevas. Romanones. Dato...



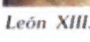
El archiduque Francisco Fernando y su esposa instantes antes de ser asesinados.



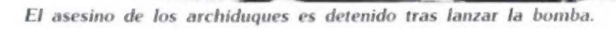
Eduardo VII y Alfonso XIII.







León XIII.



El asesino de los archiduques es detenido tras lanzar la bomba.

INTERNACIONALMENTE, Alemania es poderosa y temida. Envejece Austria con Francisco José. Inglaterra sigue siendo señora del mar. Dura aún en Francia *la belle époque.* Rusia, lejana e inmóvil. España, tras su desigual batalla contra los Estados Unidos, pronto guerreando en Marruecos. Muere el viejo papa León XIII y es sustituido por el santo Pío X. No puede adivinarse la inmediata tragedia. El asesinato del archiduque Fernando de Austria hace estallar la *Santa Bárbara* y comienza la primera gran guerra. Adiós para siempre a los días en que el futuro Eduardo VII cortejaba en París a la Bella Otero y más tarde se burlaba de su sobrino político, Alfonso XIII, porque comía mucho pan y hablaba mal el francés.

El mundo entero en llamas y sólo en paz España, como escribió Antonio Machado. Los alemanes son detenidos en el Marne y luego en Verdún; honor a Joffre y a Pétain. Hindenburg enfrenta a los rusos en los lagos Masurianos. Alfonso XIII desde España procura restañar algunas heridas. La revolución pone a Rusia fuera de combate. Pero vienen los yanquis en auxilio de los aliados; el káiser abdica y Alemania capitula. Los vencedores aprietan demasiado los tornillos en Versalles. Terrible crisis económica en el país vencido. Los errores de los occidentales van a crear el caldo de cultivo que llevará al nazismo. En Italia el audaz Mussolini se adueña del poder. Pronto se dibuja al otro lado del Rhin la figura siniestra del monstruo de Hitler. Negras sombras y negros presagios en el mundo. En Rusia se afirma el comunismo: Lenin y Stalin. Empieza la persecución de los judíos en Alemania.

Entretanto, guerra en Marruecos. Los franceses proveen de armas a Abd el-Krim subrepticiamente. Desastres. Proyecciones políticas en la «piel de toro». La dictadura de Primo de Rivera. Algunos intelectuales la reciben, equivocándose, como una esperanza de que se pondría fin a la politiquería reinante. Abd el-Krim se aventura a


Guerra en Marruecos.


La guerra civil española: «Bárbara, cruel y sangrienta guerra.»

atacar posiciones a Francia. *Y ésa fue su perdición,* como se decía a otro propósito en un cuplé muy conocido. España pacifica Marruecos. Era la hora de hacer una consulta electoral. El rey y Primo de Rivera se equivocan. Don Alfonso dice en Roma de su primer ministro: *Este es mi Mussolini,* y prosigue la gran farsa política. A la postre, el rey expulsa del poder al dictador. Era tarde. Dos años después, la República.

Esperanzas, ilusiones, errores, incendios de iglesias, subversiones, discordias, aciertos, avances... Temores en las alturas. Hay que proceder a una consulta electoral. Discordias entre las fuerzas republicanas. Derrota. No se aceptan en paz los resultados. La CEDA, en el poder junto a los radicales. Las dos graves estulticias de la revolución de Asturias y del levantamiento de la Generalidad. Alcalá Zamora teme al mañana y disuelve otra vez las Cortes. Triunfo rojo. Empiezan los preparativos de «el glorioso movimiento». Los socialistas de Largo Caballero se lanzan a la revuelta diaria. Debilidad en las alturas. Y estalla la bárbara, cruel y sangrienta guerra civil.

Entretanto, Hitler ha tomado el poder en Alemania. Se apodera de Austria tras el asesinato del canciller Dollfuss. Su nombre me hace recordar a Bellido Dolfos, que había dado muerte a Sancho II delante de Zamora a mediados del siglo XI. Dos hombres germánicos y dos asesinatos separados por novecientos años.

No ha pasado siglo y medio desde el famoso diálogo entre Napoleón y Pío VII. Recordemos los dos epítetos con que se insultaron: *Tragediante. Comediante.* Podríamos aplicarlos a Hitler y Mussolini. Nunca he visto de cerca al primero. Con la Comisión internacional para el estudio del mapa del Imperio romano, reunida en el otoño de 1932, hube de visitar al segundo en el palacio Venecia de Roma y su porte me recordó el segundo de los calificativos del famoso diálogo. Nunca habría él, empero, provocado la gran guerra del 39. Fue a ella al conocer las victorias alemanas. Sólo una minoría de italianos participó entusiastamente en la contienda con pasión y ardor. Pagan muy cara su derrota. El contubernio entre Hitler y Stalin permitió al primero arrollar a Occi-



dente. Después es conocido el curso de la lucha. Los alemanes son vencidos en Moscú y en Ucrania. Los aliados desembarcan en Normandía. Guerra en dos frentes. Hitler se suicida. Pero Roosevelt, enfermo y moribundo, entrega a Rusia en Yalta parte de Alemania, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, los Balcanes. La bomba atómica. Stalin la teme, pero acaba robando sus secretos. Y empieza la guerra fría. Europa, escindida en dos mundos hostiles dispuestos a la lucha.

SON conocidos los grandes hombres que jugaron papel en la gran tragedia y en la Europa posterior a ella. Pocos más orgullosos que De Gaulle. Patriota sin vacilaciones, llega empero a la crueldad cuando le parece fecunda para su país y a veces por puro espíritu vengativo. Tuvo sobre su conciencia algunas ejecuciones capitales probablemente innecesarias. Supo poner fin a la sangría de la guerra de Argel, pero forzando en verdad al exilio a muchos millares y millares de franceses argelinos. Se equivocó al creer que salvaría los yacimientos petrolíferos del sur. Su orgullo, al cabo difícilmente sufrible por los franceses, le llevó a jugar su destino y el de Francia al juego de un plebiscito que perdió. Había intentado, quizá desacertadamente, amistarse con Rusia. Detestaba a los yanquis, a quienes Francia debía al cabo su libertad. Su gran servicio a Europa fue procurar aplacar las montañas de odios que después de la segunda guerra apartaban a Francia de Alemania. No tenía ninguna simpatía por España.
Churchill fue inteligente y audaz. De su temperamento activista había ya dado pruebas en la guerra del Transvaal y en la de Cuba. Se alzó contra la humillación, ante Hitler, de Chamberlain y Daladier en Bergstergaden. Y llevó sobre sus abultadas espaldas la carga de la guerra de Inglaterra contra Alemania. No podía soportar el orgullo de De Gaulle. La privilegiada condición insular de Gran Bretaña la había salvado en muchas ocasiones



El petróleo: un combustible del que depende toda una civilización.



Charles de Gaulle, o la Francia de la segunda mitad del siglo.



Winston Churchill: «Inteligente y audaz.»

dramáticas. De la acometida de España en el siglo XVI; de las ambiciones de Luis XIV al filo del 1700, y, después, de las horas dramáticas de las victorias de Napoleón. La diosa Fortuna, para decir mejor, la diosa del Mar, volvió a liberarla de las garras de Hitler. Pero tantas empresas bélicas han ido mellando su poderío imperial. Tras la primera gran guerra pudo incluso extender su imperio. En la segunda lo perdió. Salió de ella indemne pero convertida en una potencia de segundo orden.

Quienes habían en verdad derrotado a la Alemania hitleriana habían sido los Estados Unidos y Rusia, pueblos muy diversos pero inmensos y sin demasiados escrúpulos. Los caudillos de las comunidades nacionales ejercen papel decisivo en el curso de sus crisis históricas. Frente al bárbaro, crudelísimo y libre de todo escrúpulo Stalin se alzaba un hombre culto, no demasiado fuerte e idealista generoso. En el contacto entre ambos había de triunfar la crueldad inescrupulosa del zar soviético frente a la confianza del segundo en la eficacia del régimen demoliberal para encauzar la vida de los pueblos. Y Roosevelt, enfermo y moribundo, confió al protectorado ruso las naciones del oriente y del centro de Europa

LA postguerra. El descubrimiento de la bomba atómica en los Estados Unidos y su terrible empleo en Hiroshima, que obligó a capitular al poderoso imperio nipón triunfante en Asia y enseñoreado del Pacífico, atemorizó a Rusia. Sus secuaces en todo el mundo se lanzaron por doquier, incluso en la Argentina, a solicitar la prolongación de la paz.

Los Estados Unidos se muestran generosos y mediante el llamado Plan Marshall ayudan a salir a flote a los pueblos de Occidente arruinados por la guerra. Honor a ese gesto. España queda al margen de tal ayuda por la condición dictatorial de su gobierno.

España, España..., crueldades con los vencidos, injustifi-



Adolfo Hitler, principal causante de la Segunda Guerra Mundial.

Lenin llevó al poder a los bolcheviques en Rusia.

cables tras acabar la guerra civil. Los vencedores en la gran guerra por iniciativa de Inglaterra, o, para decir mejor, de Churchill, respaldan y aseguran la perpetuación del régimen dictatorial, que padeció unas horas de angustia ante la derrota de sus protectores Hitler y Mussolini. Se le sanciona en las Naciones Unidas. Se forma un gobierno republicano en el exilio. Euforia en las filas de los exiliados. Franco sonríe y permanece inmóvil frente a la emigración y frente a la monarquía, que también cree llegada su hora. Lisboa y París conspiran separadamente. Vanas esperanzas. El dictador hispano permanece impávido y perdura hasta que Dios le llamó a juicio. Mucho tardó la Providencia en hacer tal llamada. Muchas obras públicas en la «piel de toro», pero graves errores. Triste herencia la recibida por la España de hoy.

Años crueles también allende el Pirineo por los coletazos de la Gran Guerra. Tres estadistas de habla alemana rigen tres pueblos de Occidente: el alsalciano Schumann, el alcalde de Colonia Adenauer y De Gásperi, del Tirol austriaco. De Gaulle inicia una nueva etapa política. Se van cicatrizando las heridas psíquicas y económicas. Inteligente aproximación franco-alemana. La Ostpolitiq en la Germania democrática. El Segundo Concilio Vaticano. Un papa itinerante, Pablo VI. Crisis en Rusia. Jruschov, destituido sorpresivamente y sustituido por el duro Breznev. Fracaso de las revueltas antisoviéticas de Budapest y de Praga. Zigzagueos políticos en Inglaterra y en los Estados Unidos. Asesinato del presidente Kennedy. Mueren Churchill y De Gaulle. Un mundo nuevo. Empieza la pugna entre Israel restaurado y los pueblos islámicos. Proliferan las armas atómicas. Inimaginable hasta allí subida del petróleo. Sus coletazos en la vida industrial y en la vida toda de Occidente. Sigue la guerra fría entre Oriente y Occidente. Congresos, alianzas, temores..., esperanzas. La incógnita del sombrío futuro. Sólo dos potencias cuentan cara a ese futuro: los Estados Unidos y Rusia. El Mercado Común Europeo. La Alianza Atlántica. ¿Quién puede adivinar el porvenir? ¿Se sovietizará Europa tras una guerra atómi-





Roosevelt negoció con Stalin el reparto de influencias en el mundo.

ca? El Atlántico que los españoles convirtieron un día en el Mediterráneo del mundo nuevo, ¿se convertirá en un foso que separe dos culturas, dos formas de vida? Sólo Dios conoce el porvenir. Ha dado libertad a los hombres para que elijan sus caminos. ¿Conoce sus futuras decisiones? Quizás sí.

ENTRETANTO, a lo largo de las ya largas décadas del siglo, al margen de los avatares de la vida política nacional e internacional y en parte como proyección de las ásperas batallas que han agitado aquélla y ésta, han ido cambiando el hombre y el mundo... El automóvil, el avión, la telegrafía sin hilos, el teléfono a través de los continentes, del cine mudo al hablado, la radio, la televisión, el submarino; los satélites que cruzan el espacio inquisitivos y amenazantes a la par; el hombre en la Luna como proyección de un avance científico antes insospechable por la mente humana; excavaciones en Marte como fruto del mismo avance; grandes hallazgos en los misteriosos campos de la física, la química, la biología...; algunas novedades en la medicina, triunfos en la cirugía, ciertas enfermedades vencidas para siempre... Las sociedades todas avanzan más o menos deprisa hacia la libertad, la igualdad y la fraternidad; se atenúan las diferencias sociales y económicas que han apartado siempre à los hombres. Pero a la par se han agudizado la baraja de las armas mortíferas y sus posibilidades operativas. Surgen montañas de odios entre diversos grupos de pueblos. En contraste con los avances de las ciencias en la lucha del hombre con sus dolencias físicas aumenta su desprecio hacia la misma vida de los otros. Las juventudes, muchas veces crueles e inmisericordiosas. Luces y sombras en el alentar de hombres y pueblos. Luces en su batalla con los misterios del mundo y de la vida, y sombras en el cruel desprecio de la misma vida humana y de la humana libertad. Vacila la fe del hombre en la divinidad creadora y redentora.



Hiroshima después de la bomba atómica. El hombre del siglo XX ha avanzado como nadie en el terreno de la destrucción.

Me parece evidente el descenso en la belleza y en la profundidad de las creaciones filosóficas, literarias y artísticas del hombre. ¿Quiénes pueden compararse hoy con Kant o Hegel? ¿Quiénes con Leonardo y Miguel Angel? ¿Quiénes con Beethoven y Wagner?

No pueden leerse, a veces por estúpidas, de ordinario por su falta de belleza, las seudopoesías de quienes se atreven a llamarse poetas. Todo el mundo se cree capaz de escribir una novela y pululan los esperpentos. Las bellas artes han sido degradadas por los seudoartistas de estos días. No puede compararse la belleza de los templos griegos y romanos, de las iglesias románicas y góticas, de algunas mezquitas y de muchos viejos palacios con las estrambóticas novísimas construcciones eclesiásticas. Muchas de las pinturas y esculturas contemporáneas rechazan por su fealdad o su arbitrariedad. ¿Es que no son compatibles los maravillosos avances de las ciencias con la belleza de las creaciones literarias y artísticas? En un eterno equilibrio inestable, cuando la humana producción científica y técnica alcanza cimas antes ni siquiera sospechables, degenera la belleza de las obras de arte por el hombre producidas. Comparemos *Las Lanzas* de Velázquez o los *Fusilamientos* de Goya con el *Guernica* de Picasso, por ejemplo, y no podremos menos de asistir a la crisis de las producciones literarias y artísticas del hombre.

Magno y cruel siglo XX. Ascenso vertical hacia las cumbres en muchas creaciones humanas y crisis, caída vertical de la belleza de sus obras de arte. Estúpido triunfo masivo de las competiciones deportivas más diversas. Locura general por el fútbol. Compras y ventas de jugadores como podían otrora comprarse y venderse esclavos. La barbarie del boxeo y la estulticia del tenis. Y un réquiem final por la archimilenaria civilización del caballo ante el triunfo de la civilización de la máquina. Maravilla ante las computadoras.

¡Maravilloso y desconcertante siglo XX! Aún no ha terminado. ¿Qué les brindarán a los hombres las dos décadas que aún quedan casi por correr? ¿Guerras? ¿Sombras? ¿Perdurarán la libertad y la democracia como base de la





Las pruebas atómicas continúan: La tercera guerra mundial será la última.

existencia de los pueblos? ¿Se extenderá la tiranía comunista hasta Lisboa y Gibraltar? ¿Cuál será el destino de los pueblos islámicos? ¿Cuál el de la América hispana? ¿Sombras o luces en América y Africa? ¿El Atlántico, que los españoles convirtieron en el Mediterráneo de los tiempos nuevos, sufrirá la gran división del Mediterráneo de los tiempos viejos y se convertirá de lazo de unión entre las comunidades nacionales bañadas por él en foso que las aparte y separe? ¿O de mar de la cultura contemporánea en foso que aparte civilizaciones, naciones, formas de pensamiento y de vida? ¿La guerra atómica y el fin de los tiempos? Todo puede leerse en la misteriosa mano del hombre de mañana.

¡Que el Altísimo nos ayude! —es decir, que ayude a los hombres pues yo estoy pronto a emprender el camino sin retorno hacia el misterioso más allá—, que Dios nos ayude a permanecer fieles a las maravillosas proyecciones y realidades de la divinidad, para que continuemos siendo hombres, con todo lo magno y misterioso que este vocablo significa o debe significar siempre.



El **Sputnik 2**, *un éxito ruso en la carrera espacial.*



La Exposición Universal de París, en 1889, fue una apoteosis de la ciencia y de la técnica.

INTRODUCCION

Los años que preceden a la llegada del siglo XX son intensos en lo bueno y en lo malo: confirman y desarrollan las tendencias nacidas en el siglo que acaba y al mismo tiempo anuncian mucho de lo que hoy consideramos propio de nuestro tiempo. Todo parece moverse en esta última década, eufórica y rebosante de optimismo para el hombre occidental, que acaricia ya la idea de que el desarrollo de la industria, el auge de la economía y el comercio y los avances de la ciencia pueden, por fin, asegurar la prosperidad terrenal. Pero bastará únicamente el breve lapso de tiempo histórico que cabe en una generación para enfriar muchas de estas esperanzas.

Inglaterra aún domina el mundo, pero a nadie se le escapa que sus antiguas colonias en el norte de América, convertidas ahora en los Estados Unidos, van a ser muy pronto un competidor casi invencible. Francia ha visto decrecer su fuerza entre la prosperidad y el lujo un poco artificial del Segundo Imperio y las conmociones revolucionarias que siguen a la caída de Luis Bonaparte, pero mantiene aún su *status* de gran potencia, en directa rivalidad con el nuevo Estado alemán que se ha consolidado en torno a Prusia. Y mientras los viejos imperios español y austro-húngaro se desmoronan, incapaces de responder al reto político y económico del nuevo tiempo, el Japón medieval despega de la mano de la dinastía Meiji, y al tiempo que actualiza sus instituciones, pone en marcha las reformas que le convertirán en muy poco tiempo en una formidable potencia económica y militar.

Todas estas potencias, a las que pueden añadirse, más por su extensión que por su auge, los grandes imperios ruso y chino, han alcanzado a fines del siglo XIX un avanzado estadio de desarrollo económico, en el que florecen, a veces unidos, los capitales industriales y financieros. El marco nacional se queda pequeño, por lo que se hace necesaria la conquista de nuevas tierras para obtener materias primas: exploradores, militares e ingenieros occidentales expurgarán hasta el último rincón de la tierra, en lo que los historiadores han llamado «el reparto del mundo», y que en su tiempo se justificó con razones que iban desde el determinismo demográfico hasta el más puro racismo. Pero vivimos en un mundo con límites, y muy pronto esta carrera de conquistas provocará conflictos políticos entre las naciones, que se saldarán, provisional y sangrientamente, dos décadas después, en la Primera Guerra Mundial.

Los avances de la ciencia sirven para multiplicar el crecimiento económico. Los hombres de finales de siglo lo saben y propagan orgullosos las últimas innovaciones técnicas en grandes ferias y exposiciones, verdaderos escaparates del orgullo nacional y de la inventiva humana. No son, sin embargo, éstos los únicos efectos de la consolidación del capitalismo: la necesidad de una mano de obra asalariada que trabaje en las grandes factorías impulsa definitivamente la aparición de un movimiento obrero fuerte y organizado, que consolida definitivamente sus plataformas de lucha en los últimos años del siglo XIX y se prepara para ser protagonista de históricas coyunturas en el XX.

Florecen también la filosofía, con presencias tan dispares como la de Bergson, que inicia por entonces su renovación de la metafísica, y la de Nietzsche, que concluye su trabajo de demolición del racionalismo bienpensante; la literatura, en la que conviven los epígonos de la novelística decimonónica con los padres de lo que en nuestro siglo será la gran explosión vanguardista; la pintura, donde los paisajes de Cézanne culminan la experiencia impresionista y anuncian al mismo tiempo la llegada del cubismo; la música, con Mahler, Debussy y Tchaikovski; la investigación, con el surgimiento de nombres luego tan fundamentales como Freud, Pavlov o Marie Curie...

Nadie discute que las fechas son poco más que convenciones ideadas por el hombre para poder medir el tiempo, y que bajo ellas discurre independiente el curso de la historia. Ello no evita el que, al observar los acontecimientos más destacados de la década que antecede a nuestro siglo, tengamos la sensación de que en ese breve período se concentraban, incubándose, la mayoría de los acontecimientos que luego caracterizarán al siglo XX.

1889 Mayerling: Un suicidio romántico

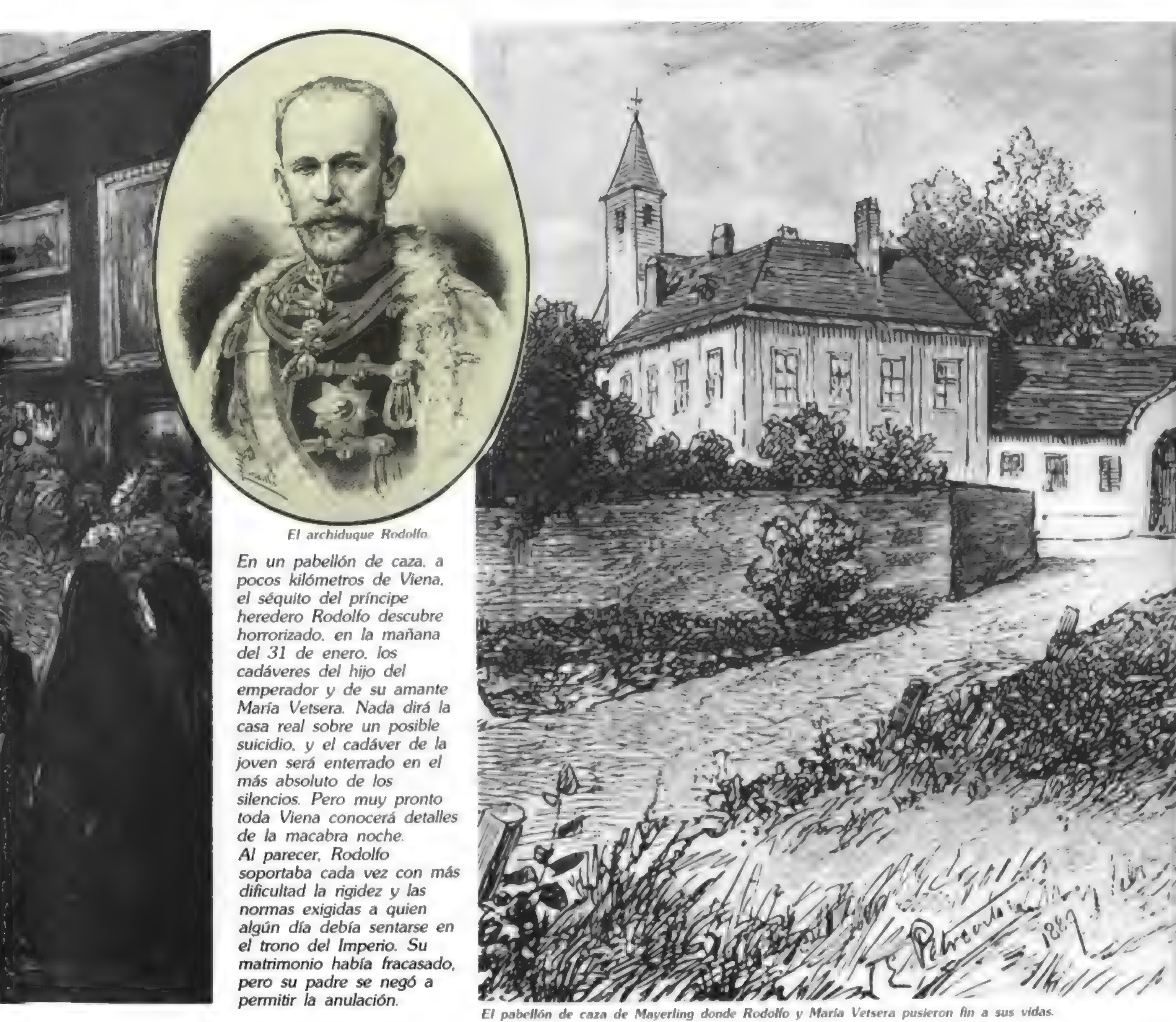
Una tragedia romántica marca el año en que se cumple el primer centenario de la revolución francesa. En Mayerling, un elegante pabellón de caza situado a 40 kilómetros de Viena, aparecen los cadáveres del príncipe heredero Rodolfo y de su amante María Vetsera. A pesar de los esfuerzos de la corte por convertir la muerte del hijo del emperador Francisco José en un accidente de caza, la noticia del suicidio se extiende por todo el imperio austro-húngaro; mientras los vieneses hacen largas colas para contemplar el cadáver de quien debía haber sido su nuevo monarca, el cuerpo de María es enterrado en un pequeño cementerio, sin inscripción alguna que recuerde su nombre. ¿Por qué estas muertes?, se preguntan todos; y ¿por qué el misterio que las envuelve? Con el tiempo, la verdad se abre paso y añade detalles macabros a lo sucedido en la noche del 30 al 31 de enero. Rodolfo ha sido un joven atormentado y problemático, marcado por la opuesta influencia de una educación de hierro, inevitable para quien gobernará en un futuro un gigantesco imperio en decadencia, y la



El cuerpo del príncipe Rodolfo es expuesto a los austriacos.

bohemia aristocrática de su madre, Isabel de Baviera *(Sissi)*. Heredero de uno de los últimos baluartes del absolutismo, defiende con ardor ideas liberales; casado por obligación en 1881 con la princesa belga Estefanía, se enamora de la joven de diecinueve años María Vetsera y pide infructuosamente a su padre que anule su primer matrimonio. En enero de 1889, la pareja ha decidido que sólo la muerte puede hacer indisoluble su amor y decide suicidarse. No es la primera vez que Rodolfo propone algo parecido a una de sus amantes, pero en esta ocasión María acepta casi con entusiasmo. El príncipe dispara sobre ella al poco de quedar dormida, y tras unas horas de duda, acaba con su propia vida al amanecer.

No son, sin embargo, los Augsburgo los únicos que saltan a la actualidad de 1889. En noviembre, Pedro II de Brasil es derrocado por un golpe militar que proclama la república y le obliga a abandonar el país. Pero no se trata, como podría pensarse, de otro de los asaltos al absolutismo a que tan acostumbrados nos tiene el si-



El archiduque Rodolfo

En un pabellón de caza, a pocos kilómetros de Viena, el séquito del príncipe heredero Rodolfo descubre horrorizado, en la mañana del 31 de enero, los cadáveres del hijo del emperador y de su amante María Vetsera. Nada dirá la casa real sobre un posible suicidio, y el cadáver de la joven será enterrado en el más absoluto de los silencios. Pero muy pronto toda Viena conocerá detalles de la macabra noche. Al parecer, Rodolfo soportaba cada vez con más dificultad la rigidez y las normas exigidas a quien algún día debía sentarse en el trono del Imperio. Su matrimonio había fracasado, pero su padre se negó a permitir la anulación.

El pabellón de caza de Mayerling donde Rodolfo y María Vetsera pusieron fin a sus vidas.

glo XIX: el monarca brasileño tuvo que acortar su minoría de edad en 1840 por la presión de los liberales, y ha gobernado con modales de regalista ilustrado y con el interés siempre puesto en el desarrollo económico de la nación y en el aumento de su peso político en el continente. La guerra con Paraguay, entre 1865 y 1870, resultó victoriosa, pero sus efectos devastadores minaron la popularidad de la corona; su política laica y la negativa a perseguir a la masonería le han granjeado el descontento de la Iglesia; la implantación del sufragio universal ha molestado a los conservadores, y la abolición total de la esclavitud ha levantado las protestas de la aristocracia terrateniente.

En Japón, otra dinastía real, la de los Meiji, está también empeñada en una gran labor de reforma del país, pero, a diferencia del rey portugués, no encuentra demasiados obstáculos en su intento modernizador. En este año de 1889 se aprueba una constitución que va a permitir en el año siguiente la elección de un parlamento, con lo que concluye una labor de europeización iniciada en 1868 con la abolición de los usos feudales y el traslado de la capital de Kioto a Tokio. A pesar de ello, se trata de una revolución desde arriba, en la que los antiguos señores feudales y la burocracia estatal mantienen las riendas del poder y dirigen un rapidísimo proceso de industrialización y de concentración de capital. Japón será uno de los pocos países no europeos que consigan no ya evitar la dependencia colonial, sino incluso entrar a formar parte del grupo de naciones privilegiadas en sus intercambios comerciales con el resto del mundo. En este grupo sigue siendo Gran Bretaña quien lleva la voz cantante: su penetración en Asia y Africa es constante, y así lo confirma la concesión que en este año hace la corona al financiero y colonialista Cecil Rhodes para que al frente de su recién fundada compañía, la British South Africa Chartered Company, ocupe los territorios situados al norte del río Zambeze, que serán bautizados en su honor con el nombre de Rhodesia.

En el mundo laboral de 1889 dos hechos destacan por su importancia. En París, delegados obreros de to-



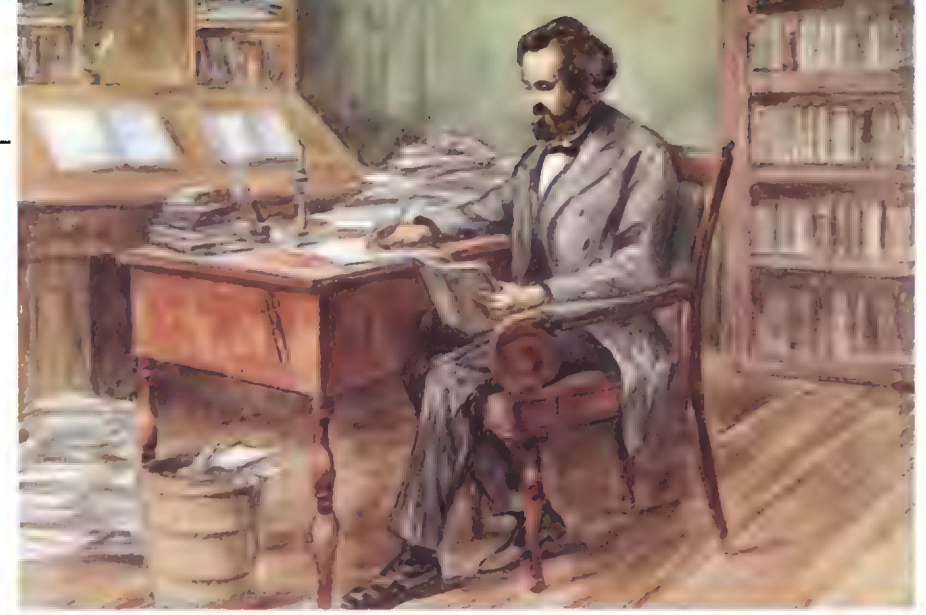
Pedro II, el último emperador de Brasil.



***El Japón del siglo** XIX.*

La vida política y social se agita en 1889, desde Brasil, donde el emperador Pedro II es obligado a dejar el trono y dar paso a la república, hasta el Japón, un pequeño archipiélago apegado a las más profundas tradiciones orientales, donde la nueva dinastía Meiji ha iniciado desde mediados del siglo XIX un proceso de reformas económicas y políticas que colocarán muy pronto a la nación en el grupo de las grandes potencias. Al tiempo, la Segunda Internacional concluye su reunión fundacional en París y decide conmemorar a las víctimas de una manifestación en Chicago proclamando la fecha del 1 de mayo como el día de los trabajadores.





Carlos Marx.



Incidentes durante el Primero de Mayo en París.

1889

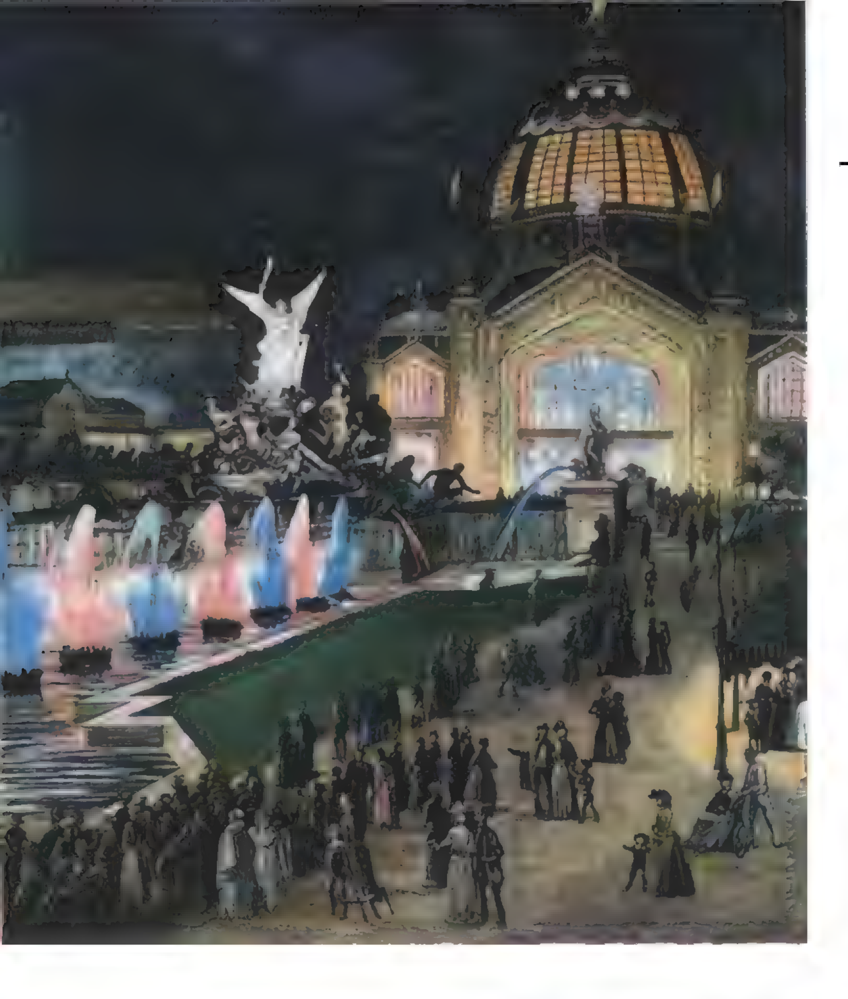


El Palacio de las Bellas Artes, en la Exposición de París.



Entrada a la exposición: la fuente luminosa.

La Exposición Universal de París coincidió con el primer centenario de la revolución francesa, pero no hubiera sido la muestra más recordada de las celebradas en la ciudad del Sena de no haberse inaugurado al mismo tiempo la famosa torre Eiffel, piedra de escándalo en la época y símbolo hoy de toda la nación. Levantada en el campo de Marte, la torre había sido ideada algunos años antes por dos colaboradores de Gustave Eiffel, quien ultimó luego el proyecto hasta conseguir la aprobación del Ministerio de Industria y Comercio: la altura del monumento en 1889 era de 300,51 metros, el material de construcción era el hierro y el peso total alcanzaba las 6.900 toneladas. Su arquitectura de metal simbolizaba el fervor por la industria, la técnica y el comercio que por esos años invadían al hombre occidental. Francia, la patria de «la razón», mostraba orgullosa al mundo los últimos adelantos de la investigación, en sus más variadas aplicaciones: se sentaban así las bases para un cambio social de inimaginable profundidad.





Vista general de la Exposición Universal de París.

do el mundo fundan la Segunda Internacional, heredera de la que en 1864 se constituyera en Londres bajo la influencia de Carlos Marx, y que ahora, si bien mantiene aún sus lazos con el pensamiento marxista, sigue los postulados moderados y reformistas de la socialdemocracia alemana y austriaca. Los participantes en el congreso, que han recomendado, entre otras cosas, la formación de partidos socialistas de carácter nacional, se ven sorprendidos durante una de las sesiones por la noticia de que una manifestación celebrada el 1 de mayo en Chicago en petición de la jornada de ocho horas ha sido reprimida por la fuerza pública, con un saldo de varios muertos. En su honor, y con un carácter reivindicativo y de fraternidad obrera, deciden celebrar a partir de entonces una manifestación en esa fecha, que se convierte así en el *día de los trabajadores.*

Pero el auge de la industria no sólo produce conflictos e inestabilidad social; es también motivo de orgullo

CHARLES DARWIN
(Sherewsbury, 1809-Down, 1882)

Naturalista inglés, creador de la teoría sobre el origen de las especies, que sigue siendo el eje para la interpretación del desarrollo de la vida en nuestro planeta.

Comenzó sus estudios de medicina en la universidad de Edimburgo, pero le atraía más la observación de la naturaleza. Su abuelo, Erasmus Darwin, había escrito un libro titulado Zoonomía o las leyes de la vida orgánica. *Ya en esta obra se plasma la idea de la evolución de las especies. Su padre, en vista del poco entusiasmo que demuestra por la carrera de medicina, le envía a Cambridge para que siga estudios eclesiásticos. Allí se dedica a la observación de los animales y a leer a Humboldt, cuya historia natural se convirtió en su libro de cabecera.*

En 1831 es invitado por el profesor Henslow a realizar un viaje de investigación por tierras de América del Sur e islas del Pacífico, a bordo del Beagle, *y al mando del capitán Fitz Roy. El barco zarpó el 27 de diciembre, y en él el joven Darwin recorrió y observó durante cinco años un mundo que después le serviría como base para sus conclusiones científicas. Se dedica al estudio de la zoología y la geología; observa los diversos animales y lee a Lyell, a quien admira cada día más.*

Cuando llega a Brasil escribe: «El país es un invernadero enorme, salvaje, excelente, hecho por la naturaleza misma...» Investiga el paisaje y los habitantes de la Tierra del Fuego, estudia los fósiles de mamíferos en Patagonia, cruza el estrecho de Magallanes, explora las laderas de los Andes, observa durante cinco semanas la vida animal en las islas Galápagos, fijándose especialmente en una especie de pájaros conocida hoy como pinzones de Darwin. Comprueba así la relación entre el hábitat, régimen de vida y la evolución de las diversas especies.

A los cinco años de haber comenzado su exploración, y ya en Inglaterra, escribe Viaje de un naturalista a bordo del «Beagle». *En 1838 es elegido secretario de la Sociedad Geológica de Londres. Ahí hace amistad con Lyell y estudia al economista y demógrafo Malthus.*

Escribe, por fin, en 1859 su famoso libro sobre el origen de las especies por medio de la selección natural o la preservación de razas favorecidas en la lucha por la supervivencia. La primera edición fue de sólo 1.200 ejemplares; más de un siglo después sigue siendo la obra de referencia para el estudio de la evolución de la vida en la Tierra.

En 1871, y en apoyo de Lyell, publica El origen del hombre y su evolución en relación al sexo, *en donde expresaba su teoría de que el hombre y el mono comparten en su evolución un ancestro común. Darwin siguió trabajando en sus investigaciones, y en la actualidad podemos afirmar que fue el descubridor de la unidad y coherencia de los seres vivos que evolucionan de lo sencillo a lo complejo, de la célula al ser viviente, en un proceso de selección natural y capacidad de adaptación al medio ambiente.*

A su muerte es enterrado en la catedral de Westminster, cerca de Newton y de su amigo Lyell.

para los hombres de finales de siglo, que, inmersos en un ambiente cultural positivista que da como seguro que el nuevo siglo será el de la técnica y el progreso, celebran sus logros en grandes exposiciones y muestras de carácter «universal». Londres fue la primera ciudad en albergar una de ellas, en 1851, pero en seguida tiene que compartir su preeminencia con París. En 1889 se celebra el primer centenario de la revolución francesa, por lo que nadie se extraña de que la ciudad del Sena reciba en ese año el encargo de albergar a los expositores de todo el mundo; de entre los grandes mandatarios sólo acude el sha de Persia, pero ello no impide que la muestra sea un éxito y legue a la posteridad la torre Eiffel, el nuevo símbolo de París.

Con menos espectacularidad, el mundo de la ciencia y de la cultura ofrece también logros importantes en este año. Un filósofo, el francés Henri Bergson, y un fisiólogo, el ruso Ivan Pavlov, inician públicamente su carrera: el primero, con la publicación de su tesis doctoral *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, y el segundo, con el arranque de sus célebres *experimentos acerca de la fisiología de la digestión*. En música, el compositor austriaco Gustav Mahler, que un año antes ha sido nombrado director de la Opera real de Pest, compone la primera de su serie de diez sinfonías.



Gusthav Mahler.

La música de Mahler consiguió fundir el máximo refinamiento de la tradición clásica con la sencillez de las melodías y los ritmos populares. En 1889 el compositor austriaco finalizó la primera de sus 10 sinfonías, consideradas por la crítica como un magnífico desarrollo del lied o melodía romántica.



Ivan Pavlov.

En el mismo año, el científico ruso Ivan Pavlov iniciaba sus experimentos sobre la fisiología de la digestión, destacando la acción del sistema nervioso en la nutrición del organismo y en las estrechas relaciones que existen entre los seres vivos y el medio que los rodea.

Más tarde sus investigaciones le llevarían al descubrimiento por el que en la actualidad es más conocido: el reflejo condicionado, que él oponía al reflejo primario o instintivo. Basándose en largos trabajos experimentales sobre la secreción salival en los perros, Pavlov llegó a la conclusión de la existencia en la actividad cerebral de un reflejo que funciona tendiendo a la adaptación del ser al medio, mediante la creación de nuevas relaciones nerviosas.



La torre Eiffel, un recuerdo de la exposición de 1889.

1890 La dimisión de Bismarck

En el reparto del mundo al que se entregan las grandes potencias a finales del siglo XIX, un grupo reducido de ellas —Gran Bretaña, Alemania, Francia— impone la fuerza de sus ejércitos y de su economía a otros países que, si en algún tiempo pisaron fuerte en la política internacional, representan ya muy poco en la era del capitalismo. Portugal es uno de ellos: dueño todavía de un extenso imperio colonial que se remonta al siglo XV, permanece ahora estancado, prisionero de unas relaciones agrarias arcaicas y de un lento desarrollo industrial. Su vida política es tormentosa y recuerda a la de su vecino español, el otro gran imperio en decadencia, que no consigue actualizar sus instituciones de gobierno, en consonancia con los tiempos económicos que corren. Y a pesar de ello, la sociedad geográfica de Lisboa anima a su monarca, el rey reformador Luis I, a no perder el tren del reparto colonial y a hacer valer al resto de los europeos los derechos portugueses en Africa. Diversas expediciones salen de Angola y Mozambique hacia el interior del continente, con la intención de unir por tierra las dos grandes colonias, pero el proyecto choca muy pronto con los intereses del rey belga Leopoldo II, en el Congo, y sobre todo con los del explorador británico Cecil Rhodes. La fricción entre Portugal y Gran Bretaña, hasta entonces aliados históricos, estalla por fin en Zambia en 1890, y Lisboa tiene que dar marcha atrás, sin poder evitar ni la reacción popular, que, herida en su orgullo nacional, llega incluso a instaurar la efímera república de Oporto, ni las pretensiones inglesa y alemana de repartirse el suculento botín de su imperio



Caricatura de Guillermo II.



Bismarck abandona Berlín tras su dimisión.

colonial. Pero la rivalidad entre las dos potencias aplaza el acuerdo, hasta que por fin la diplomacia portuguesa consigue que Londres reconozca, nueve años después y por el tratado de Windsor, la integridad de las posesiones lusitanas en ultramar.

En Alemania las cosas son muy diferentes: lo que hace menos de un siglo no era más que el pequeño Estado de Prusia representa ya a finales del XIX un directísimo peligro para la hegemonía inglesa. Un hombre está unido a este proceso de recuperación nacional: el *canciller de hierro* Otto von Bismarck, el político que a partir de su nombramiento en 1862 como ministro-presidente permanente por el káiser Guillermo I ha sabido maniobrar con pragmatismo y frialdad en el complejo escenario europeo hasta desplazar a austriacos y franceses, a los que además ha derrotado militarmente en Sadowa y Sedán. El año 1890 va a ser, sin embargo, amargo para él: el joven emperador Guillermo II, que ha ascendido al trono en 1888 tras la repentina muerte de su padre Federico, no soporta el protagonismo de su ministro todopoderoso, y choca con él por cuestiones políticas y protocolarias. Por fin, el 18 de marzo, y tras una visita del emperador a la cancillería, Bismarck envía su carta de dimisión, que le es aceptada dos días más tarde.

Muy lejos del Rhin, en el Asia Menor, Armenia abre un nuevo y sangriento capítulo de su historia. Situados en una zona estratégica para el paso de Asia a Europa, los armenios han sufrido la invasión de escitas, sumerios, partos, romanos, persas, jázaros, árabes, bizantinos y turcos; son cristianos, probablemente desde el siglo III,



Otto von Bismarck, el hombre que durante casi medio siglo había convertido el pequeño Estado de Prusia en una potencia europea de primera fila, chocó muy pronto con el joven monarca Guillermo II y acabó por dimitir en marzo de 1890. Desde entonces y hasta su muerte, sucedida ocho años después, vivirá en su retiro de Friedrichsruh, desde donde criticará sin ningún reparo las directrices políticas emanadas de su sucesor, Caprivi, tanto en entrevistas concedidas a periódicos alemanes como extranjeros. Un inicio de reconciliación con el emperador en 1894 no le sacará de su aislamiento y marginación, en la que se mantendrá hasta el final de sus días.
El joven político que en los inicios de su carrera confiaba en el apoyo austriaco y se oponía a cualquier intento de reformar la Confederación germánica, cambió definitivamente de opinión en 1856, cuando en carta al presidente del Consejo expuso su idea sobre la inevitabilidad de un conflicto con Viena: Alemania era demasiado pequeña para soportar la influencia de Prusia y Austria.



Miembros del Reichstag felicitan a Bismarck en 1888.

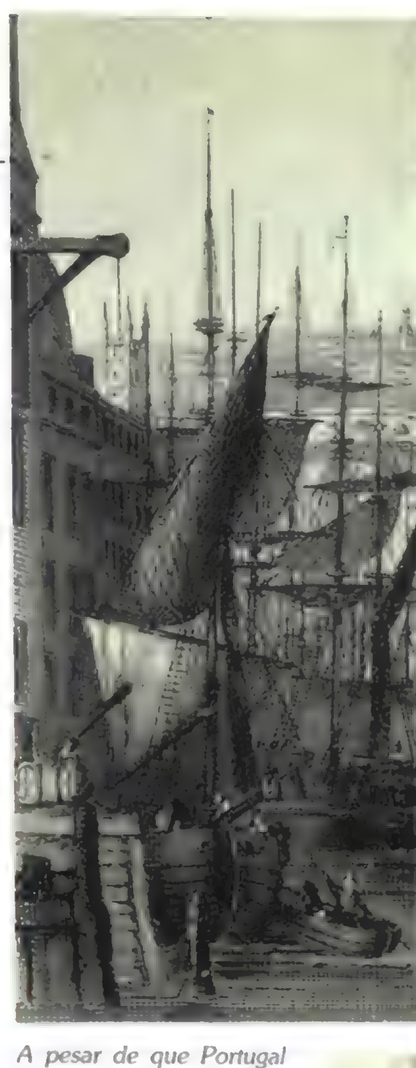
1890



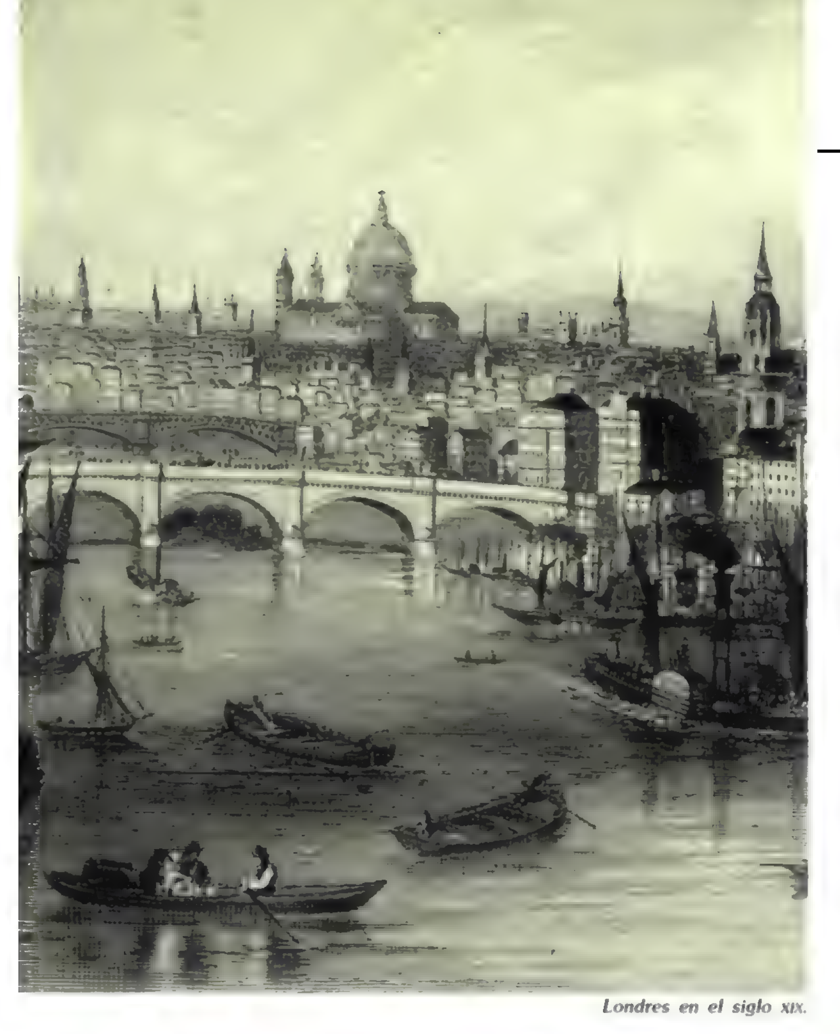
Manifestación en Lisboa en 1890.



Tropas portuguesas en Delagoa.



A pesar de que Portugal y Gran Bretaña habían mantenido desde hacía siglos unas excelentes relaciones políticas, el torbellino colonizador que invade a las grandes potencias en los últimos años del siglo XIX estuvo a punto de acabar con esta alianza histórica. Para los ingleses, las extensas posesiones portuguesas en el sur de Africa eran un plato demasiado suculento como para no imaginarlas bajo su dominio, y algo parecido les sucedía a los alemanes; y sin embargo, y a pesar de algunos problemas internos y de la imposibilidad de extender sus dominios más allá de Angola y Mozambique, Portugal consiguió que sus territorios ultramarinos no sufrieran en esta agitada época el mismo destino que los de su vecino español.
La pretensión inglesa era la de crear un pasillo de tierras bajo su control que uniese el sur del continente y las costas mediterráneas, a la altura de Egipto.



Londres en el siglo XIX.

y esta peculiaridad religiosa añade persecuciones por la fe a las inevitables luchas políticas y provoca su diáspora en el siglo XVII, poco antes de que persas y turcos se repartan la nación. En el siglo XIX, la esperanza viene de Rusia, pero el tratado de Berlín reduce las posesiones del zar a las ciudades de Batum y Kars, y aunque obliga a los turcos a realizar reformas y a proteger a los armenios, consolida en la región el poder del sultán. En 1890, sin embargo, el descontento popular ha dado incluso lugar a la formación de partidos nacionalistas clandestinos que inician la lucha contra el invasor, abriendo un período de inestabilidad que concluye con las sangrientas matanzas de armenios de 1895 y 1896.

En España, mientras tanto, el gran artífice de la Restauración borbónica de 1874, Cánovas del Castillo, se dispone a tomar el relevo de los liberales de Sagasta, que, en el turno de partidos que han acordado los dos líderes, gobiernan desde la muerte de Alfonso XII, en 1885. A pesar de la corrupción que domina a la vida política española y que en este año de 1890 se plasma en la acusación contra Sagasta de estar implicado en un turbio proyecto de construcción de un ferrocarril en Cuba, el quinquenio liberal ha dado algunas leyes progresivas, como la de asociaciones o la del jurado, y se despide del poder por unos meses con la implantación del sufragio universal. Aunque los problemas más acucian-

Reunión obrera en Berlín.

VINCENT VAN GOGH (Groot-Zundert, 1853-Auvers-sur-Oise, 1890)

Pionero de la pintura moderna, plasmó en sus lienzos la intensidad con la que percibió el mundo durante su corta y atormentada vida. Hijo de un pastor protestante y sobrino de comerciantes de cuadros, nació en un pueblo del Brabante holandés. A los dieciséis años entra a trabajar en la Galería Goupil, de La Haya. En 1873 es trasladado a la sucursal de Bruselas y posteriormente a la de Londres. Aquí sufre su primera crisis, quizá provocada por el fracaso amoroso con Ursula Loyer, hija de su patrona. Se marcha a París (1875) y después a casa de sus padres en busca de una paz interior que nunca encontraba.

En Ramstage (Inglaterra) ejerce como profesor en un colegio privado y después ayudante de un pastor metodista. En 1877 entró como empleado en una librería de Dordrecht; sin embargo, le obsesiona la idea de hacerse predicador. Su familia le ayuda, y se dirige a Amsterdam para preparar el ingreso en la facultad de Teología. Durante quince meses se dedica intensamente al estudio, pero fracasa en el examen. Sin embargo, su vocación de pintor le sigue atrayendo.

Decide convertirse en misionero de la zona minera más pobre de Bélgica (Borinage). Es ahí donde asiste «a los cursos gratuitos de la gran universidad de la miseria». De los cuadros de mineros evoluciona a los estudios de perspectiva y anatomía. Con la ayuda económica de su hermano, Van Gogh da clases de dibujo en Bruselas.

Sufre su segundo desengaño amoroso por parte de una prima suya llamada Wate. Durante el invierno de 1881 vuelve a La Haya, en donde convive con una prostituta llamada Sien, cuya pobreza le conmovió; vivió con ella y con sus hijos y creyó haber encontrado su cobijo. Dos años después decide volver a casa de sus padres. Van Gogh dibuja entonces con ardor y realiza su primera gran composición: Comiendo patatas. *Propone matrimonio a su vecina Margot Begemann, pero los padres de ella se oponen.*

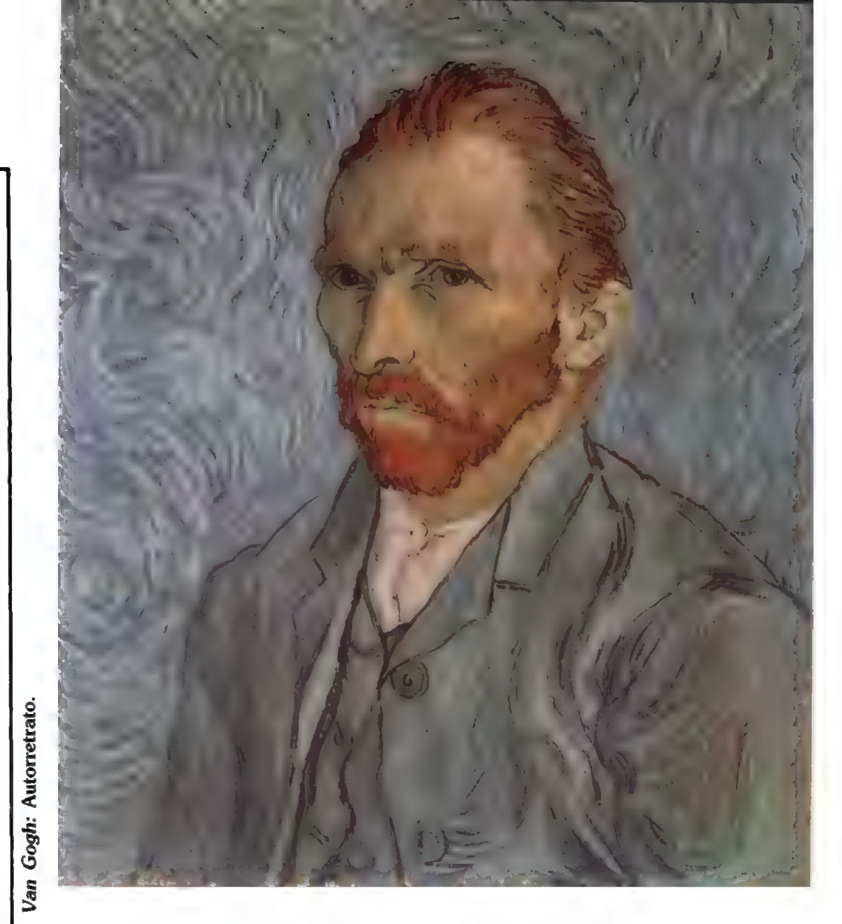
Muerto su padre y después de una breve estancia en Amberes (1885-1886), marcha a París, donde su hermano Theo regenta una galería de arte. En la capital francesa descubre el impresionismo y conoce a otros pintores, como Toulouse-Lautrec, Pissarro y Gauguin, con quien hizo amistad. Su pintura tenía ya la poderosa fuerza personal de unos colores que manifestaban su llameante pasión interior, su búsqueda de la luz, al estilo de su compatriota Rembrandt. «Por mi trabajo arriesgo la vida, y mi razón ha naufragado casi en el intento...»

En 1888 pasa en Arlés una temporada con Gauguin. Las diferencias personales y la frágil psicología de Van Gogh hacen que, en la noche del 23 de diciembre, Vincent amenace a Gauguin con una navaja. Asustado de sí mismo, Van Gogh cambia de sentido su violencia y se corta con la navaja un trozo de la oreja izquierda. Era el primer ataque de locura. Su hermano Theo llegó en el primer tren para acompañarle en aquellos difíciles momentos. Sin embargo, durante aquel período pintaría grandes cuadros, como Silla y pipa, *y la serie* Girasoles.

A los treinta y seis años de edad es admitido en un asilo para recibir tratamiento médico. El diagnóstico posterior del gran filósofo y psiquiatra alemán Karl Jaspers es el siguiente: «Las dos únicas posibilidades dignas de consideración son un proceso esquizofrénico o una parálisis progresiva. Dado el género de vida que lleva Van Gogh, no es descabellada la hipótesis de una infección sifilítica, a la que en tantas ocasiones se expuso.»

Su imaginación creadora trabaja con más fuerza que nunca, y pinta 150 cuadros. La agonía mental de Van Gogh se entremezcló con su ansia de vida y poderosa sensibilidad, expresada ahora en colores apagados y pincelada convulsiva, como puede verse en sus cuadros Dos cipreses *o* Autorretrato *(1890). Visita de nuevo a su hermano Theo en París antes de dirigirse a Auvers. Parece como si buscara en esta última época una paz interior imposible. Tres semanas antes de su muerte, sus pinceles dibujan con furia el cuadro* Campo de trigo con cuervos.

Un día de julio, y mientras pinta en el campo, Vincent van Gogh no supera su última crisis y se dispara un tiro. Muere dos días después al lado de su hermano Theo, el único amigo que pudo y supo acompañar la difícil personalidad de un genio del arte que captó toda la sensibilidad contemporánea. A los seis meses murió su hermano Theo, a quien había escrito en una de sus muchas cartas: «¿Para qué podría servir yo? ¿No podría yo ser útil de alguna manera...? A causa de esto se sienten vacíos allí donde podría haber amistades, y se experimenta cómo el terrible decaimiento roe hasta la misma energía moral...» Y termina exclamando: «¿Hasta cuándo, Dios mío?»



Van Gogh: Autorretrato.

Vincent van Gogh no hubiera podido imaginar nunca que sus cuadros alcanzarían unas cifras astronómicas años después de su muerte. En vida, su situación en el mundo de la pintura había sido siempre marginal, la propia de un hombre atormentado por problemas personales y religiosos para quien el arte era, sobre todo, una vía de escape ante el fracaso. Y, sin embargo, en su soledad, el pintor holandés revolucionaba sin saberlo la historia de la pintura. Heredero indudable del impresionismo, Van Gogh avanzó, sin embargo, por vías nuevas, que anunciaban, dentro de su originalidad, la llegada del arte expresionista.



Van Gogh: Retrato del pintor Boch.

tes del país permanecen sin solución, el marco político ideado por Cánovas, a ejemplo del inglés, asegura durante un tiempo tranquilas transiciones de poder. No ocurre lo mismo, sin embargo, en Argentina, la ex colonia española, que sufre en 1890 los efectos retardados de la crisis económica que había estallado en 1867 y que afectaba a la principalísima industria de la lana y al propio sistema financiero de la nación: el presidente Juárez Chelman, que ha heredado de su antecesor y cuñado el general Roca unas instituciones surgidas al calor de la recuperación iniciada en 1880, ve cómo la crisis económica mundial que estalla en 1890 acaba con su popularidad; y aunque consigue abortar una conjura cívico-militar que pretende derrocarle, acaba por ceder el poder.

Si, en el mundo de la ciencia, 1890 ofrece los descubrimientos del biólogo alemán Oskar Hertwig sobre la célula y el papel de los cromosomas como portadores de los caracteres hereditarios, el del arte recoge, en cambio, el suicidio de un oscuro pintor holandés llamado Vincent van Gogh, quien pocos meses antes de disparar un revólver sobre su cabeza había leído en *Le Mercure,* de Francia, el único artículo que se publicó sobre su obra mientras vivía. Siempre atormentado por problemas religiosos y sentimentales, Vincent empezó a pintar diez años antes, animado por su hermano Theo, pero aunque sus estancias en París y en el sur de Francia son enormemente fructíferas, algo se esconde en su cabeza y le aboca a la locura. En mayo de 1889 ha ingresado por su propia voluntad en el asilo de Saint-Paul de Mausole, y un año después, por consejo de su amigo Pissarro, se instala cerca de la residencia del doctor Gachet, médico y mecenas de muchos de los impresionistas. Allí morirá en 1890, sin poder imaginar nunca



Van Gogh: El restaurante de la Sirena.



La vida oriental inspiró la música de Debussy.

que a los pocos meses, y gracias a una exposición retrospectiva que algunos amigos hacen de sus cuadros en el Salón de los Artistas Independientes, su nombre correrá de boca en boca entre todos los amantes del arte.

Una recuperación póstuma, que a veces se da en el mundo del arte, y de la que estuvieron libres otros dos personajes, reconocidos en su tiempo y cuyo trabajo revolucionará el mundo de la música y del teatro: el compositor francés Claude Debussy, todavía conmovido por el reciente descubrimiento de la música oriental y rusa en la gran Exposición de París, publica su *Suite bergamasque*, una obra todavía de juventud, pero que ya anuncia muchas de las innovaciones que le convertirán muy pronto en uno de los músicos más influyentes del cambio de siglo; en el mismo año, el dramaturgo sueco Henrik Ibsen, famoso en toda Europa desde la década de los setenta por la profundidad psicológica y la audacia temática de sus obras, publica una de las más logradas, *Hedda Gabler*.



Henrik Ibsen.



Ibsen, muerto en su cama.



Casa natal de Debussy.

A finales del siglo XIX, el dramaturgo sueco Henrik Ibsen se había convertido en uno de los hombres de teatro más prestigiosos de Europa, como propulsor de un «teatro de ideas» que, sin rehuir la estructura dramática tradicional ni caer en el didactismo, planteaba algunos de los problemas más acuciantes del hombre moderno. De la profundidad de sus análisis dice mucho la frecuencia con que casi cien años después se siguen representando sus obras. Debussy, en cambio, estaba aún en 1890 por dar lo mejor de su producción musical; entre sus influencias en aquel año no debe olvidarse la de la música oriental, que conoció gracias a la Exposición Universal de París.

1891 Revolución en Chile

El auge del movimiento obrero organizado impregna los últimos años del siglo XIX. 1891 no es una excepción, y alberga un acontecimiento de profundo significado para la historia del socialismo: la celebración, por parte de la socialdemocracia alemana, del congreso de Erfurt. Por entonces, el partido de los trabajadores alemanes es el mejor organizado y el más numeroso de Europa, y encuadra en sus filas a teóricos tan importantes como Karl Kautsky, August Bebel, Wilhem Liebnecht y Karl Bernstein; pero no son tanto estas razones cuantitativas las que convierten las sesiones de Erfurt en trascendentales, sino el fondo de la polémica en que se debaten los socialistas alemanes. Desvinculándose de las opiniones más radicales de Karl Marx o de Bakunin, el socialista alemán Ferdinand Lasalle ya había intentado en los años sesenta una alianza con Bismarck con el fin de permitir que la clase obrera mejorara sus condiciones en un ambiente de concordia; sentaba así las bases de una corriente reformista que no desaparecerá nunca del socialismo alemán, como muy pronto iba a demostrar Bernstein en Erfurt. Frente a sus teorías sobre la superación de la lucha de clases y la necesidad de convertir a la organización obrera en el «partido de las reformas socialistas y democráticas», se alzan las voces de Kautsky y Bebel abogando por la inevitable caída del capitalismo y la necesidad de crear una gran organización obrera que sepa tomar el relevo de la burguesía en decadencia. Finalmente, los congresistas, reunidos en Erfurt, optarán por esta segunda línea y encargarán a Kautsky la redacción del programa.

Sin embargo, no son los socialistas alemanes los únicos que se preocupan en este año por las condiciones de la clase obrera. El papa León XIII, cuya llegada a la silla de Pedro, en 1878, ha permitido a la Iglesia católica salir de los límites en que las preocupaciones políticas y la mentalidad antimoderna de su predecesor Pío IX la habían encerrado, promulga la encíclica *Rerum novarum* y afronta por primera vez los problemas de la justicia social y de la cuestión obrera. Nada tiene que ver, lógicamente, con los postulados socialistas que poco a poco ganan al proletariado mundial por aquel entonces, y enfrenta a la teoría de la lucha de clases una doctrina de conciliación y un esfuerzo por fomentar las organizaciones obreras católicas, cuyo fruto se demostrará con el paso del tiempo en varios países europeos. Pero supone otro ejemplo más de la sensibilidad de un papa que supo captar el ritmo del mundo en que le había tocado vivir. A León XIII deben los católicos la mejora de las relaciones con muchos países con los que antes habían sido frecuentes los conflictos, la apertura de los archivos vaticanos, el auge de las investigaciones sobre la historia de la Iglesia, y el acercamiento a las comunidades anglicana y ortodoxa.

En América del Sur, mientras tanto, continúan la inestabilidad política y los conflictos armados. En 1891



Ataque a Valparaíso durante la revolución en Chile.



Portada de Le Figaro.

Mientras en Chile estalla una revolución contra el presidente Balmaceda, seguida de una guerra civil de seis meses de duración y casi 10.000 muertos, en Bruselas el general Boulanger se suicida ante la tumba de su amante Marguerite de Bonnemain. Pocos meses antes, y al frente de una abigarrada coalición de corte derechista, el general había ganado las elecciones parciales; acusado luego por el gobierno de preparar un complot contra el Estado, Boulanger había huido a Bruselas.



Suicidio del general Boulanger.

Pío X, sucesor de León XIII.

RICHARD STRAUSS
(Munich, 1864-Garmisch-Partenkirchen, 1949)

La obra del compositor alemán Richard Georg Strauss marca la transición del romanticismo a la música contemporánea.

Durante su estancia en Meiningen, como director de orquesta, comienza a transformar sus concepciones musicales. En esa época se convierte en seguidor incondicional de la obra de Wagner.

A los veintidós años viaja a Italia, donde compone la fantasía sinfónica De Italia, *que no tuvo éxito en su estreno. Conoce entonces a la que habría de ser su mujer, la soprano Paulina de Ahna.*

El gran viraje en su concepción musical lo realiza en 1889 con el poema sinfónico Don Juan, *enraizado en el estilo de Liszt. Al año siguiente fue nombrado director del teatro de la corte de Weimar y en 1898 pasa a desempeñar la dirección de la Real Opera de Berlín. De 1919 a 1924 dirige la Opera de Viena junto con Franz Schalk. En esta época escribirá poemas sinfónicos como* Muerte y transfiguración, Así hablaba Zarathustra, Don Quijote, *etc. Recorrió entonces toda Europa, actuando en las principales ciudades, y en sus viajes llegó a Egipto.*

En 1906 presentó su ópera Salomé, *y pocos años después,* Electra, *que supusieron una verdadera revolución musical y que fueron recibidas en medio de un gran escándalo. Desde entonces, Richard Strauss no volvió a experimentar con armonías estridentes.*

En la última época de su vida artística, Strauss vuelve a repetir sus primeras formas musicales. Después de la muerte de Hugo von Hofmannsthal, con el que trabajó durante casi veinticinco años, compone algunas óperas y otras obras (Sinfonía para instrumentos de aliento, Concierto para oboe *y* Metamorfosis, *estudio romántico para cinco cuartetos de cuerda y tres contrabajos).*

Con la llegada al poder de los nazis en 1933, Strauss mostró su lealtad a Hitler. Sin embargo, poco después solicitó la colaboración de un escritor judío y fue destituido de todos sus cargos y arrestado en su villa de Garmisch-Partenkirchen, donde moriría en septiembre de 1949.



Vista de la catedral de Saint Paul, Londres.



es Chile el país que salta a las páginas de los periódicos a causa del levantamiento que derroca al presidente José Manuel Balmaceda, y que se cobra, durante los seis meses que dura la guerra civil, casi 10.000 vidas humanas, además del saqueo de Santiago y Valparaíso. El conflicto ha estallado a resultas del enfrentamiento crónico entre el Ejecutivo y el Parlamento; los diputados se niegan a aceptar los presupuestos para 1891 y entonces Balmaceda decide prorrogar por decreto los del año anterior. Es un reto a las prerrogativas de la oposición, que opta de inmediato por la vía de las armas. Frente al presidente se alinean no sólo la clase política, a la que ha marginado con su autoritarismo, sino también la marina, la vieja aristocracia, descontenta por el laicismo gubernamental, y el capital extranjero, sobre todo británico, a cuyo control de la producción de salitre se ha opuesto Balmaceda. Derrotado en Concón y La Placilla, el presidente renuncia al poder y se refugia en la embajada argentina, donde se suicida un día después de que concluya su mandato legal. Con él desaparecía el presidencialismo que hasta entonces había regido la

La llegada de León XIII al papado significó un cambio importante en las actitudes de la Iglesia, muy influidas hasta ese momento por la mentalidad excesivamente tradicional de su predecesor Pío IX. Y aunque las directrices renovadoras de León XIII alcanzaron los más variados aspectos, desde las relaciones internacionales hasta el estudio de la historia de la Iglesia, su obra más recordada fue la encíclica Rerum novarum, *en la que por primera vez la institución católica se expresaba sobre uno de los temas claves del nuevo tiempo, la aparición de la clase obrera, y meditaba sobre sus necesidades, sus derechos y sus deberes. Lógicamente, el Vaticano no aceptaba la lucha de clases y abogaba por la armoniosa colaboración entre patronos y obreros. Uno de los medios para asegurar esta conciliación laboral fue el fomento de organizaciones obreras de corte confesional, algunas de las cuales conseguirían luego un peso importante en algunos países europeos.*



León XIII.



Gauguin: **Mujeres de Haití sobre la playa.**



vida de la nación; en adelante, las reformas introducidas por los vencedores atarán muy estrechamente al Ejecutivo, que dependerá casi siempre de la voluntad del Congreso.

Los intereses británicos han hecho su aparición en el conflicto chileno, pero no es difícil detectarlos en la vida política de cualquier otro país del mundo que decidiéramos observar en este final de siglo. El peso de Inglaterra, sin embargo, no se reduce a lo político y a lo económico, y se hace notar también en el campo de la cultura, en el que dos escritores tan diferentes como Thomas Hardy y Oscar Wilde publican en 1891 sus libros más populares. Hardy, que desde la década de los años setenta ha decidido abandonar la poesía y centrar todos sus esfuerzos en la novela, culmina ahora con *Tess de Urbeville* una larga saga, ambientada en el imaginario reino de Wessex, que le ha ganado la admiración del público. Sus trágicas historias rurales, donde la muerte, la fatalidad y el desamor planean sobre una perfecta recreación de la campiña del sudoeste inglés, tienen poco en común con la sofisticación y el esteticismo de Oscar Wilde, que este año de 1891 publica, además de dos volúmenes de relatos y otro de ensayos, la que será su única novela, *El retrato de Dorian Gray*, una recreación decadente del mito de Fausto que provoca el entusiasmo de algunos intelectuales europeos y las críticas airadas de los sectores bienpensantes de la sociedad inglesa. Este mismo año, Wilde ha pasado una temporada en París; allí ha escrito en francés la tragedia *Salomé*, prohibida luego en su versión inglesa, e intimado, entre otros, con Verlaine. Su estancia en la capital francesa coincide así con la aparición del primer libro de André Gide, *Los cuadernos de André Walter*, y con el arranque, por tanto, de una de las carreras literarias que más han influido en la literatura francesa contemporánea. El que con el tiempo escandalizará a todo el país por la profundidad y la crudeza de las confesiones íntimas que forman lo mejor de su obra, se inicia en la literatura con un canto romántico, desprovisto de cualquier deseo carnal, en el que narra el amor que el protagonista de la novela siente por su prima.

Este auge cultural de la capital francesa coincide paradójicamente con el primer viaje del pintor Paul Gauguin a la isla oceánica de Tahití, donde inicia en 1891 su famosa serie de *Retratos de mujeres indígenas*, que tanta influencia tendría luego en los pintores *naïfs* y *fauves*. Contemporáneo de los impresionistas, con quienes ha llegado a exponer, y amigo de Van Gogh, con el que ha pasado una temporada en Arlés, Gauguin es un hombre inquieto que soporta mal el ambiente de la Europa desarrollada, y sacia su amor por la aventura en diversos viajes por todo el mundo. La muerte le sorprenderá muy lejos de los salones parisienses, en las islas Marquesas, doce años después de este su primer viaje al Pacífico.

En lo musical destaca en este año la publicación del poema sinfónico *Muerte y transfiguración*, del compositor alemán Richard Strauss.

1892 El escándalo del canal de Panamá

La posibilidad de construir un canal que uniera, a través de las tierras panameñas, el océano Atlántico y el océano Pacífico había interesado a casi todas las grandes potencias en el siglo XIX. Al final, los franceses consiguieron adelantarse a sus más directos competidores, los americanos, y crearon una gran empresa para llevar adelante las obras. Al frente de todo, un nombre glorioso, Ferdinand de Lesseps, el ingeniero que abrió el canal de Suez. Pero la corrupción, la imprevisión y los mismos elementos hundieron un proyecto que en su caída estuvo a punto de arrastrar a las propias instituciones de la III República francesa.
Más tarde, una vez aclarados los puntos más escandalosos de la estafa, se intentó reanudar la obra con la creación de una nueva sociedad, pero para entonces el inversor francés había perdido su confianza en el proyecto y no hubo más remedio que ceder la iniciativa a Estados Unidos.



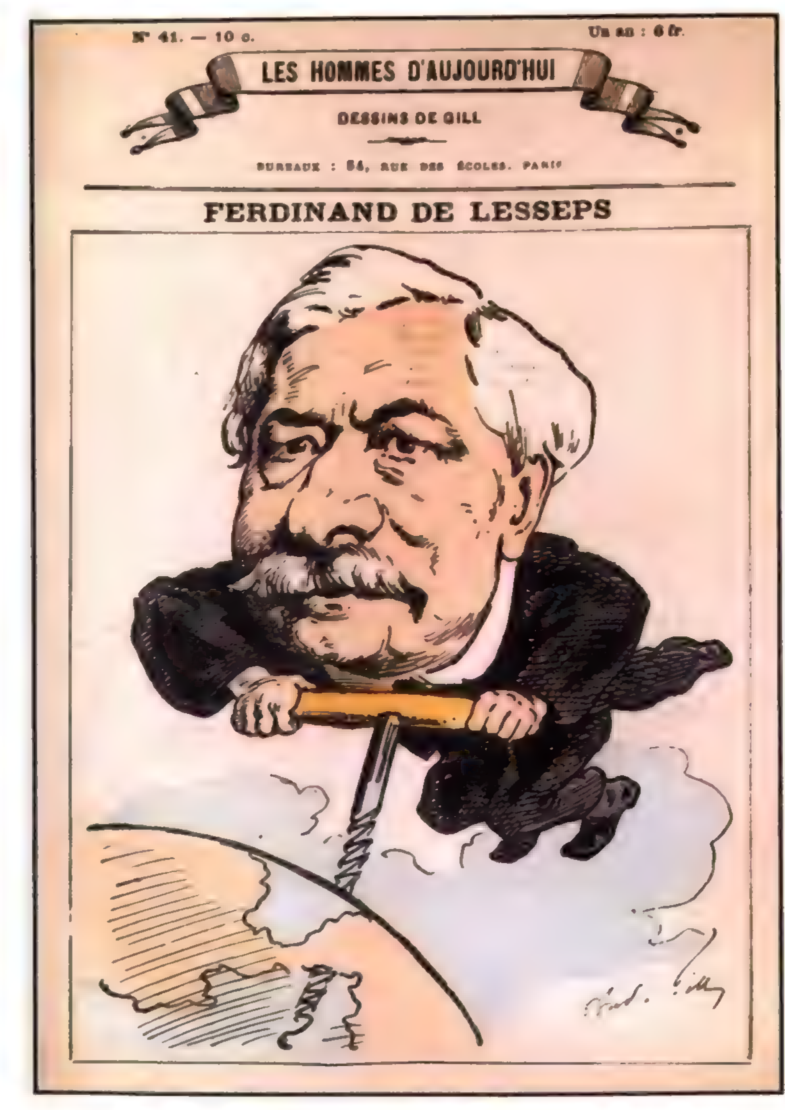
Obras del canal de Panamá.

Perfil del canal de Panamá.

Dos hechos políticos y dos países se trenzan en 1892 como para demostrar por dónde silba el viento del final de siglo. Francia, que ha conocido en 1870 el sabor amargo de la derrota ante los prusianos, que ha dado al mundo, pocos meses después, un nuevo ejemplo revolucionario con la comuna parisiense, y que desde 1873 vive en el marco de la joven III República, no quiere perder pie en la que ya nadie duda en llamar la carrera colonial, y se esfuerza por ganar posiciones en el mundo. Una de las más importantes es la del istmo de Panamá, donde Bonaparte Wise ha conseguido en 1878 el permiso del gobierno colombiano para la construcción de un canal que una el Atlántico y el Pacífico, ganando así por la mano a los competidores ingleses y norteamericanos. Ferdinand Lesseps, el legendario constructor del canal de Suez, crea la compañía universal del canal interoceánico e inicia las obras en 1881; pero muy pronto resulta patente que la corrupción que domina las instituciones francesas se ha instalado también en el magno proyecto de ingeniería: a las imprevisiones y los errores se unen las desgracias climatológicas y las epidemias, y más de 20.000 trabajadores mueren a causa de las fiebres. En 1892 estalla por fin el escándalo en París, una vez que la opinión pública descubre el ambiente fraudulento que ha rodeado la bancarrota de la compañía de Lesseps, y la oleada de críticas que se desata está a punto de acabar con las instituciones republicanas. Dos años después, los franceses crearán una nueva compañía, pero esta vez los estafados inversores no acudirán a su llamada, y su patrimonio acabará siendo comprado por los norteamericanos.

No es fruto de la casualidad, ni siquiera de la proximidad geográfica, este relevo de grandes potencias en el canal, sino un paso más en el proceso que va a conver-





Ferdinand de Lesseps.



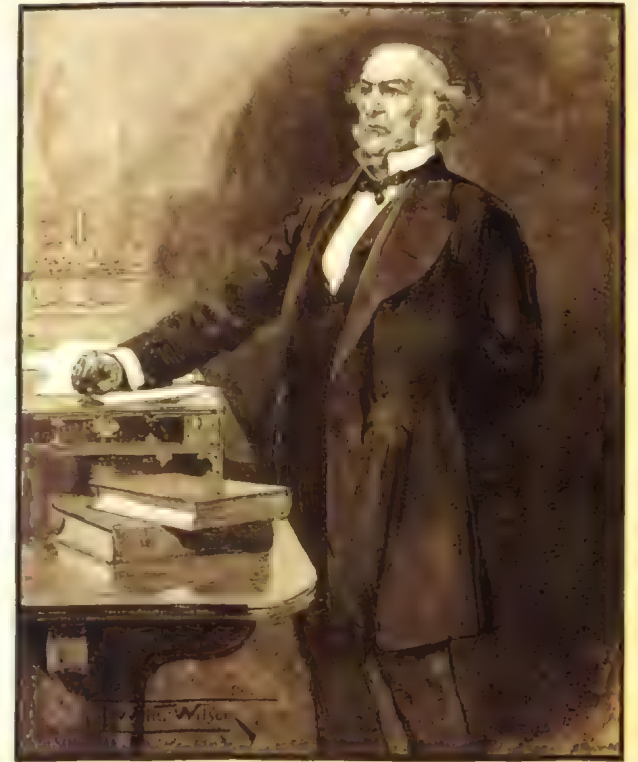
La ciudad de Panamá.

tir a Estados Unidos en la gran potencia del siglo que se avecina. En 1892, mientras París discute apasionado sobre la corrupción de sus políticos, Washington elige como nuevo presidente al demócrata Stephen G. Cleveland. Tampoco en el joven país se respira gran pureza en la administración, pero es tan grande el potencial que se encierra en sus fronteras que ni el cambio de republicanos por demócratas, ni siquiera la recesión económica que se insinúa también en 1892 son capaces de alterar su ascensión a la primera línea de las potencias mundiales. Entre 1860 y 1914 la población pasa de 31,3 millones de habitantes a 91,9 millones, de los que 21 son de emigrantes; la mano de obra aumenta en un 700 por 100; la producción, en un 2.000 por 100, y el capital invertido, en un 4.000 por 100; y en los diez años que transcurren entre 1880 y 1890, cuatro grandes líneas férreas recorren el país de costa a costa. Es un período de acelerado cambio histórico, turbulento y arrollador, que contempla el surgimiento de los primeros *trusts,* de las grandes fortunas (Rockefeller, Vanderbilt), de las inmensas desigualdades (en 1913, el 2 por 100 de la población ingresará el 60 por 100 de la renta nacional), del Ku Klux Klan, del incipiente imperialismo...



Agricultores norteamericanos.





Gladstone.

Mientras tanto, en Inglaterra, el viejo político Gladstone asume en 1892, por última vez, la jefatura del gobierno. El que ha sido durante buena parte de la época victoriana el gran rival del conservador Disraeli tiene ya más de ochenta años y ha perdido casi el oído, pero mantiene todavía una actividad sorprendente, que dedica casi en exclusiva a resolver el problema irlandés. Está convencido de que su país ha cometido numerosas injusticias con la isla vecina, por lo que pone todo el peso de su prestigio y del partido liberal que encabeza en la aprobación de una serie de reformas que atenúen la explosiva situación del otro lado del canal de San Jorge. Sin embargo, su intento de conceder una autonomía total a Dublín mediante el *Home rule* no sólo ha causado escándalo entre los conservadores, sino que ha suscitado la ruptura de su propio partido. No es la primera vez que Gladstone choca con la opinión pública, pero ello no obsta para que, de nuevo en el poder, insista en su viejo proyecto, aun al precio de olvidar los conflictos sociales que en este final de siglo estallan por toda Gran Bretaña. Los lores, sin embargo, se mantendrán insensibles a sus consejos y rechazarán otra vez su proyecto.



Disturbios en Dublín.



Linchamiento de un negro en USA.



Si hay un artista que refleje en su obra ese espíritu bohemio y festivo con el que muchos identifican el fin de siglo, ése es sin duda Henri Toulouse-Lautrec. De extracción familiar noble y acomodada, y físicamente malformado por dos desgraciadas caídas de infancia, Toulouse-Lautrec llegó a un París siempre impregnado de grandeur con la intención de estudiar dibujo y pintura. Pronto comprendió, sin embargo, que ni sus aptitudes ni su voluntad le encaminaban a la academia, sino a un tipo de vida bohemia e intensa de la que acabó por convertirse en magnífico cronista gráfico: cabarets, salones, circos y paisajes urbanos quedan fijados por un pincel que anticipa la revolución expresionista.
A todo ello, Toulouse sumaba una concepción del artista que luego se impondría en el siglo XX, libre de la atadura del lienzo y capaz de expresar sus sentimientos en carteles publicitarios, decorados, dibujos para la prensa, etc.

Toulouse-Lautrec: Cartel para el Moulin Rouge.



Toulouse-Lautrec.

El liberalismo se ha enfrentado al conservadurismo en esta ocasión; pero no son las únicas ideologías en liza en este final de siglo, que conoce también el auge del socialismo, del evolucionismo, del positivismo y de la mentalidad científica. Contra todas ellas se alzan, sin embargo, la voz y la escritura de un francotirador genial, el alemán Friedrich Nietzsche, abanderado del irracionalismo, que ve publicada en 1892 la versión completa y definitiva de su *Así hablaba Zarathustra*, su obra más conocida. Enfermo, solitario e incomprendido, este antiguo profesor de filosofía, que se considera «cinco sextas

FRIEDRICH NIETZSCHE
(Röcken, 1844-Weimar, 1900)

«Alguna vez irá unido a mi nombre el recuerdo de algo gigantesco, de una crisis como jamás la había habido en la tierra, de la más profunda colisión de conciencia...» Estas palabras, escritas por Nietzsche en su libro Ecce homo, *reflejan el pensamiento y la vida de uno de los filósofos más contradictorios e influyentes del pensamiento moderno. Fue Nietzsche además un poeta de gran fuerza expresiva, como puede comprobarse en su obra, ya clásica,* Así hablaba Zarathustra.

La doctrina de Nietzsche, centrada en las corrientes vitalistas, supuso en su tiempo una crítica radical del concepto de moralidad. El ser humano ha de vivir más allá del bien y del mal, y aceptar plenamente su existencia y destino. El padre de Nietzsche fue pastor protestante, y su familia materna procedía del ambiente eclesiástico. Sin embargo, él se convertiría en un implacable crítico de la religión. Su hermano Joseph murió cuando tenía dos años; un año antes había fallecido su padre al caerse por la escalera del templo en el que predicaba.

Sus primeros estudios los realiza en el colegio de Pforta, donde también habían estudiado Fichte, Novalis y Schlegel. Su interés se centra en el estudio de la literatura y de las lenguas clásicas. Además, se reveló como un magnífico pianista.

A los veinte años ingresa en la universidad de Boon, para estudiar teología y filología. Un año después se traslada a la universidad de Leipzig; durante su estancia en esta universidad descubre la obra de Schopenhauer, cuya filosofía le entusiasmó. En 1869 es nombrado profesor de filología en la universidad de Basilea; allí conoció a Richard Wagner, con el que entabló una gran amistad, que después rompería. Al año siguiente se alista como voluntario para combatir contra el ejército francés. Al caer gravemente enfermo regresa a Basilea.

Las dolencias físicas y su temperamento le convierten en viajero incansable y solitario por diversas ciudades de Italia y Suiza. Asombra hoy la tenacidad y genio creador de este hombre, que, a pesar de las enfermedades que le acompañaban «como un perro fiel», siguió escribiendo y publicando a su costa, pese a la incomprensión de sus contemporáneos.

El aislamiento personal de Nietzsche se acentúa al ver rechazada su propuesta de matrimonio por Lou Andreas-Salomé, mujer finlandesa, amiga también de Rilke y Freud. En 1889 sufre un colapso nervioso; se le diagnostica una «forma esquizofrénica y expansiva de parálisis estacionaria». Desde entonces y hasta 1897 vive al cuidado de su madre.

El 25 de agosto de 1900 muere el filósofo que había escrito de sí mismo «soy un hombre póstumo». Nietzsche había partido del arte como el medio a través del cual el hombre puede representarse el mundo. Después centró su filosofía en la voluntad de vivir, en su interés por lo humano, en la aceptación de la vida tal como es, al tiempo que rechazaba el concepto de resignación. Propone la intuición y la imaginación artística como representación del mundo. El «superhombre» tiene que realizarse a través de la subversión de todos los valores.

Su filosofía es finalmente la formulación más cercana del irracionalismo moderno. «Ya hemos aniquilado la moral; ahora estamos de nuevo en la más completa oscuridad», escribió Nietzsche en su obra Voluntad de poder. *Pero añadió: «El verdadero mundo es inaccesible, indemostrable, imprevisible... ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿No andamos errantes por los abismos infinitos de la nada?»*



Escena de circo, *de Toulouse-Lautrec.*

partes de ciego», ha redactado la obra entre 1883 y 1884, poco después de su fracaso sentimental con Lou Andreas-Salomé y cinco años antes de que un ataque de locura que le sobreviene en Turín le incapacite totalmente para su trabajo. La década de los años ochenta ha representado la culminación de una reflexión iniciada mucho tiempo antes, al calor del entusiasmo que en Nietzsche despiertan la obra de Schopenhauer y la música de Wagner, y que le lleva a la crítica apasionada de todos los valores que informan la cultura europea, a los que considera meras ilusiones que impiden aceptar al hombre la vida tal cual es: puro dolor que debe transformarse en alegría gracias a la lucha.

En Rusia, muy lejos de las costas italianas donde el pensador alemán cuida de su salud, Máximo Gorki publica en 1892 su primera novela, *Makar Chudra*. Con ella, el que luego será el novelista ruso más popular de la primera mitad del siglo XX, pone fin a una vida de vagabundeo, miseria y explotación que le ha llevado a conocer los bajos fondos de la sociedad en la que vive, y que tan bien reflejará en su obra posterior. Los personajes individualistas, la mezcla de realismo y romanticismo, el espíritu de denuncia y la tendencia a la disertación filosófica que caracterizarán luego a su obra pueden rastrearse ya en *Makar Chudra* y también en *Tchelkache,* la novela que publica tres años después en un gran diario de San Petersburgo y que le convierte en famoso en toda Rusia.

Una biografía, por cierto, bien diferente en sus orígenes de la de otro artista que también llama la atención de la crítica en este año: el pintor francés Henri Toulouse-Lautrec, que ultima en 1892 el retrato de la *vedette* Jane Avril ante el Moulin Rouge, una de las muchas estrellas de cabaret con quienes su desahogada situación económica le permite codearse. Toulouse-Lautrec desciende de los condes de Tolosa, y ha llegado a París en 1881 para estudiar pintura; amigo de Van Gogh, realiza en 1889 una exposición en la Sala de los Independientes, y muy pronto sus cuadros y dibujos, en los que destaca la expresividad conseguida con una gran economía de rasgos, conquistan París.

En el mundo de la técnica, 1892 presenta una novedad en el campo de los motores, al patentar el ingeniero alemán Rudolf Diesel el primer ingenio de su invención. El motor Diesel, que hasta su definitiva aceptación por la industria soportó la incomprensión general, presentaba, frente al clásico motor de gasolina, la ausencia de carburador y de sistema de encendido propiamente dicho: en vez de una mezcla de aire carburado, el cilindro aspira y comprime aire puro, al que, al concluir el tiempo de compresión, es mezclado el combustible, que se inyecta a presión muy elevada en la cámara de combustión. Los Krupp fueron los primeros en adquirir la patente a Diesel, y tras ellos lo hicieron otros grandes industriales, convencidos de las ventajas que aportaba el nuevo motor: la posibilidad de utilizar aceites pesados —más baratos que la gasolina—, menor volumen y ausencia de humos.



Frente al auge que a finales del siglo XIX conocen el positivismo y el idealismo, la obra de Nietzsche supone un aldabonazo contra buena parte de las bases que sustentaban la cultura occidental, tanto en su vertiente de optimismo histórico y de fe en los avances de la ciencia como en su aspecto cristiano.

Friedrich Nietzsche.



Gorki publicó su primera novela, Makar Chundra, en 1892, y desde entonces hasta su muerte fue levantando poco a poco una de las obras literarias más consistentes de la literatura rusa del siglo XX. *Vagabundo, autodidacta y pesimista, reflejó siempre los ambientes más pobres de la sociedad rusa, con un estilo que fusionaba el realismo con el lirismo heredero de la tradición rusa.*

La Rusia de Gorki.



1892 CALENDRIER A NOS ABONNÉS SOUVENIR 1892

LE RÔLE DU GAZ

DANS L'HABITATION MODERNE

LE GAZ DANS LA CUISINE

LE GAZ DANS LA SALLE DE BAINS

LE GAZ DANS LA SALLE A MANGER

QUELQUES MOTS SUR LE COKE

El papel del gas en el hogar moderno. Calendario de 1892.

1893 El anarquismo y la acción directa

Mientras que Estados Unidos había conseguido en los últimos años del siglo XIX levantar una red de ferrocarriles capaz de conectar las ciudades del Atlántico con las del Pacífico, la Rusia de los zares seguía siendo un país básicamente agrícola e invertebrado en sus comunicaciones. Superar este atraso y activar con ello las grandes regiones orientales, y en especial Siberia, fue la razón que llevó a la corona a impulsar la construcción del tren *Transiberiano*, proyectado para unir la ciudad de Chelyabinsk, en los Urales, y el puerto de Vladivostock, en el Pacífico. El comienzo oficial de las obras, a cuyo cargo estaba el zarevitch Nicolás, tuvo lugar en 1891, pero fue necesario que pasara algún tiempo para que el tendido de vías avanzara por las heladas estepas asiáticas. En 1893, por fin, y pese a las enormes dificultades que representan la importación de la maquinaria de construcción y el abastecimiento de víveres, la realización es ya una realidad que se concluirá en 1906.

En Inglaterra, en este mismo año de 1893, tiene lugar un hecho trascendental para la historia del socialismo británico: después de años y años en que los líderes sindicalistas se han presentado a las elecciones en las candidaturas del Partido Liberal, el minero escocés Keir Hardie, que el año anterior ha conseguido un escaño en el Parlamento como «socialista independiente», forma el Independant Labour Party. No es un intento nuevo de organizar autónomamente a la clase obrera —pues ya en 1880 algunos intelectuales, como George Bernard Shaw y H. G. Wells, han creado la Sociedad Fabiana, y en 1881 se ha formado la más ortodoxamente marxista Federación Socialdemocrática—, pero sí es el proyecto al que más sonreirá el futuro, gracias al apoyo que recibe en 1899 del congreso de las Trade Unions, recelosas hasta entonces de abandonar la alianza con los libera-



Bakunin.



La bomba del Liceo.



Garrote a Santiago Salvador por la bomba del Liceo.

Los últimos años del siglo XIX conocen un rosario de atentados anarquistas, algunos tan sonados y sangrientos como el del teatro del Liceo de Barcelona, con su cosecha de más de 20 muertos. España, Italia y en menor medida Francia son los focos principales de acción de los terroristas. En el norte europeo, el anarquismo tiene mucha menor influencia, especialmente en su vertiente violenta.
En Rusia, la acción directa de los narodniki se cobra también numerosas víctimas entre la clase política dirigente.

Atentado con bomba en París.



Los moros de Talfrout y el coronel Larrea.

En 1893, los españoles de la guarnición de Melilla iniciaron la construcción de un fuerte en Sidi-Aguarich, muy cerca de un cementerio y una mezquita musulmanes, con lo que provocaron el levantamiento de los rifeños. No era el primer incidente con las tribus nativas desde que Pedro de Ustiñán se apoderó de la plaza en 1496 en nombre del duque de Medina Sidonia, pues hay ataques fechados en 1687, en 1696, en 1715-1727 y en 1774-1775. En esta ocasión, las cabilas cercaron a las tropas españolas en el fuerte de Cabrerizas Altas, y consiguieron dar muerte a su jefe, el general Margallo. Su sustituto, el capitán general Martínez Campos, llegó a la zona con numerosos refuerzos e inclinó a su favor en pocos meses el curso de los combates, hasta conseguir que el sultán se aviniera a negociar el 10 de marzo de 1894. El precio a pagar por los rebeldes fue la creación de una zona neutral en torno a Melilla y una indemnización de 20 millones de pesetas.



Campamento en Melilla.

Muerte del general Margallo en Marruecos.

les. En 1900 todas las corrientes socialistas formarán el Labour Representation Commitee, que seis años después se convertirá definitivamente en el Partido Laborista.

También en España el movimiento obrero da sus primeros pasos organizativos, pero, a diferencia de Inglaterra, los grupos de raíz socialista son todavía muy débiles, mientras se da una fuerte implantación de las ideas anarquistas, sobre todo en Andalucía y Cataluña. Algunos de los grupos de influencia bakuninista son partidarios de la acción violenta, y realizan en este fin de siglo una serie de atentados que anuncian el futuro estallido de la Semana Trágica. El más famoso tiene lugar en 1893, cuando un terrorista lanza en el teatro del Liceo barcelonés una bomba que causa la muerte a 21 espectadores. No es éste, sin embargo, el único problema que preocupa a la sociedad española, obligada a contemplar el desmoronamiento de los restos del mayor imperio colonial de la edad moderna; en este año las dificultades vienen del norte de Africa, donde en torno a la ciudad de Melilla se enfrentan las tropas españolas con las cabilas rifeñas. Tras un combate en Sidi Aguarich, los dos bandos firman un tratado de paz que estipula la creación de una zona neutral entre Melilla y el territorio controlado por los rifeños.

En el mundo de la pintura, y como suele ser habitual en estos años, las novedades llegan de Francia, donde Maurice Denis, considerado como uno de los padres de la corriente *nabi*, pinta en este año uno de sus monumentales paneles decorativos, *Las Musas*. A caballo entre el impresionismo y el fauvismo, y muy influidos por

El Transiberiano.



El pintor francés Maurice Denis, nacido en Granville en 1870 y muerto en Saint-Germain-en-Laye setenta y tres años más tarde, fue el más joven de los miembros del grupo nabi *(los profetas) que animó la pintura gala en los últimos años del siglo* XIX. *Fue también el primero de ellos que teorizó su actividad, en un artículo publicado en la revista* Art et critique *con el título «Definición del neotradicionalismo»: «No olvidemos —recomendaba en él— que un cuadro, antes que un caballo de batalla, una mujer desnuda o cualquier anécdota, es esencialmente una superficie plana, recubierta de colores ensamblados en un cierto orden.» A diferencia de otros miembros del grupo, como Bonard, la principal fuente de inspiración de Denis no fue en sus comienzos el arte japonés, sino el de los primitivos italianos, con los que compartía no sólo el amor por la sencillez de líneas y la claridad, sino el interés por los temas religiosos y familiares. A esta etapa pertenecen obras como* El misterio católico, La procesión, Los peregrinos de Emaús. *Más tarde, Denis se dejaría influir por el* art nouveau *y por el simbolismo, estilo este último al que deben mucho sus ilustraciones para libros de Verlaine o Gide.*

***Maurice Denis:* Las Musas.**



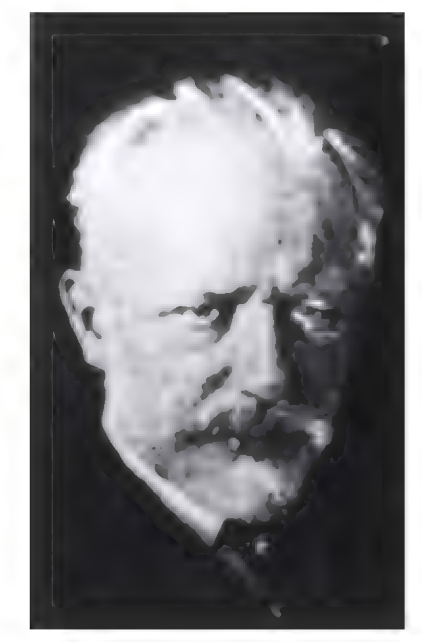
Anton Dvorak

la obra de Gauguin, el grupo de pintores *nabi,* al que pertenecen también Sérusier, Roussel y Bonard, se caracteriza por la simplificación del dibujo y de los tonos, la supresión del modelado y la profundidad y su interés por la decoración de grandes monumentos y por la ilustración. En 1893, por ejemplo, Denis ilustra con 30 litografías la obra de André Gide *Le voyage d'Urien.*

Más llamativas aún son las noticias musicales de este año. Con pocos meses de diferencia, los melómanos toman nota del estreno de una nueva obra del compositor ruso Piotr Tchaikovski, titulada la *Sinfonía patética,* y de la muerte del músico en San Petersburgo. Desaparece con él la personalidad más perdurable de la música rusa del siglo XIX, atormentada, hipersensible y a veces incomprendida, pero que ha marcado la evolución de la música de su país tanto en lo que se refiere a lenguaje como a coreografía. Una personalidad, además, que tiene pocos puntos en común con otros músicos de su tiempo, más dispuestos a fusionar la tradición clásica con el folklore nacional. El checo Antón Dvorak es uno de ellos, y su nombre resuena también en 1893 tras el estreno de la que luego será una de sus obras más populares, la *Sinfonía del Nuevo Mundo.* Autodidacta donde el ruso es un típico fruto de conservatorio, y habitante de una nacionalidad oprimida donde Tchaikovski lo es de un imperio, Dvorak introduce en los esquemas clásicos (que en su caso son los de Brahms) las melodías y los ritmos folklóricos que ha asimilado durante su infancia y juventud campesina; y aunque el

Maurice Denis: **Mujeres bretonas.**

1893



Tchaikovski.

En 1893, Giuseppe Verdi estrenó su última obra, Falstaff, *basada en el personaje de Shakespeare. Para entonces, el compositor italiano era conocido y admirado en todo el mundo, sin que el paso del tiempo disminuyera su peso en el campo de la ópera: aun en nuestros días, las obras del músico italiano dominan el repertorio de los más importantes divos. Para el ruso Piotr Tchaikovski, en cambio, 1893 fue su último año de vida, además de la fecha de creación de una de sus obras más populares, la* Patética. *Profesor en el conservatorio de Moscú desde que en 1866 su* Cantata a la alegría *le convirtiera en uno de los músicos más populares de su país, prolífico, atormentado, Tchaikovski fue autor de piezas tan conocidas como* El lago de los cisnes, La bella durmiente *o* Cascanueces.



San Petersburgo en un dibujo de época.



Giuseppe Verdi.

LOUIS PASTEUR

(Dole, 1822-Villeneuve-l'Etang, 1895)

La revolución en la medicina llegó a través de este químico y biólogo francés al demostrar que muchas enfermedades son causadas por la acción de gérmenes microscópicos. Con Pasteur, iniciador de la microbiología, la humanidad pudo detener procesos infecciosos que hasta entonces se consideraban incurables.

Estudió química en la Escuela Normal Superior de París y se doctoró en 1847. A los veinte años publicó una memoria sobre cristalografía que le hizo célebre en el mundo científico. Sus primeras investigaciones sobre el ácido tartárico le valieron la medalla Rumford de la Royal Society.

En 1854 fue nombrado decano de la Facultad de Ciencias de Lille. Fue el primero en afirmar que había organismos vivos en las levaduras. Estudió el proceso de fermentación del vino y descubrió que para acabar con los microorganismos que producen la alteración de algunos líquidos bastaba con someterlos a un ligero calentamiento, que destruía las bacterias patógenas, como demostró, por ejemplo, al hervir la leche a 65 °C durante treinta minutos. A este proceso se le llamó, en su honor, pasteurización.

Años después estudia la enfermedad que mataba a los gusanos de seda en el sur de Francia, y encuentra una solución drástica: era necesario destruir todos los gusanos y alimentos contaminados para evitar el contagio. Pasteur estaba muy cerca de la conclusión más importante de la historia de la medicina: la relación germen-enfermedad. Los microorganismos —demostraron las investigaciones de Pasteur— son, en medicina, los agentes de las enfermedades contagiosas y, en cirugía, los propagadores de la infección.

A los cuarenta y seis años sufrió un ataque de parálisis que le afectó a un brazo. En la guerra de Francia con Prusia insistió en la necesidad de hervir los instrumentos para evitar la transmisión de enfermedades. En 1873 es nombrado miembro de la Academia de Medicina francesa. Seis años después obtiene, conjuntamente con Chamberland y Roux, la vacuna contra la enfermedad del carbunco y poco después consigue la vacuna contra el cólera.

En 1881 comienza sus investigaciones sobre la rabia. «La suerte —decía Pasteur— favorece a los bien preparados.» Cuatro años después utilizó por primera vez la vacuna en un muchacho mordido por un perro rabioso. Aplicó dosis cada vez más fuertes durante dos semanas, y su tratamiento dio resultado. En 1888 se fundó, por suscripción internacional, el Instituto Pasteur, del que fue nombrado director. Muere en Villeneuve-l'Etang (Francia) el 28 de septiembre de 1895.

puesto de «músico nacional de Bohemia» se lo ha arrebatado en la historia Bedřich Smetana, mucho más comprometido en el esfuerzo de emancipación checo frente al imperio austro-húngaro, el duelo nacional que sigue a la muerte del autor de las melodías cíngaras, sucedida en Praga en 1904, demuestra lo profundamente que había calado su música entre sus compatriotas.

Muy lejos de las escuelas de Centroeuropa y de Rusia, el compositor de ópera italiano Giuseppe Verdi estrena en 1893 la última de sus grandes producciones, *Falstaff.* Fiel a la tradición lírica italiana que arranca de Donizetti y de Bellini, Verdi ha defendido siempre los aspectos melódicos y vocales de la ópera; sin embargo, y quizá debido a la moda wagneriana, que incluso penetra en el sur de los Alpes, la crítica detecta en las obras de madurez de Verdi, a las que pertenecen *Falstaff* y, sobre todo, *Otelo,* un espíritu nuevo que rompe ya definitivamente con los moldes clásicos y le acercan a la mentalidad lírica que predominará en el siglo XX.



Interior ruso a finales del siglo XIX.

1894 Nicolás II, nuevo zar

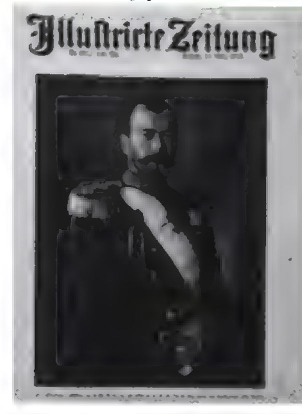
En el mismo año en que un anarquista asesina al presidente de la República francesa Sadi Carnot, estalla en el país un escándalo que está a punto de acabar con las instituciones de la joven III República: el asunto Dreyfus. Todo empieza cuando la inteligencia militar descubre una fuga de documentos hacia Alemania y el principal sospechoso, un oficial judío llamado Alfred Dreyfus, es condenado, en diciembre de este año, a deportación perpetua por un consejo militar que además le degrada en público de forma humillante. Las pruebas aportadas en el juicio no son concluyentes, pero el ambiente de nacionalismo exaltado que ha rodeado las sesiones ha permitido que éstas se resuelvan rápida y superficialmente La prensa conservadora ha visto en el juicio una buena oportunidad para reavivar un patriotismo muy resquebrajado por la derrota ante los prusianos en Sedán y por el alzamiento de la Comuna; está a disgusto, además, con las nuevas instituciones republicanas por lo que suponen de desplazamiento de los centros de poder hacia las clases medias, y potencia también el antisemitismo de ciertos grupos populares castigados por la crisis sociopolítica en la que se debate el país. Al día



La ciudad rusa de Odesa.

siguiente de la degradación de Dreyfus, *Le Figaro* resume este estado de opinión en un artículo de Léon Daudet: «Sobre las ruinas de tantas creencias sólo queda una fe real y sincera: la que salvaguarda nuestra raza, nuestra lengua, la sangre de nuestra sangre y nos hace a todos solidarios. Esas filas cerradas son las nuestras. El miserable no era francés. Todos lo imaginábamos, por su acción, por su aspecto, por su rostro.» El tiempo le va a desmentir muy pronto. En 1896 el comandante Picquart, nuevo jefe de los servicios de información, descubre que el verdadero culpable es otro oficial apellidado Esterházy, pero cuando cursa esta información a sus superiores es trasladado imprevistamente a Túnez, al tiempo que alguien incluye en el *dossier* Dreyfus nuevas pruebas falsificadas. Para entonces, la sociedad francesa está ya dividida sobre el tema, y mientras grupos intelectuales, radicales, socialistas y anticlericales hacen campaña en favor de Dreyfus, el ejército, la justicia y los sectores católicos y nacionalistas apoyan la primera decisión del tribunal. Emilio Zola aboga por la revisión del proceso en su famoso artículo «Yo acuso», pero al poco tiempo Esterházy es declarado inocente y el novelista es

Guerra chino-japonesa.



El zar Nicolás II.

Rusia y China eran a finales del siglo XIX dos grandes imperios en decadencia, aferrados a sus tradiciones culturales y religiosas, a quienes el destino tenía reservado un paralelismo histórico que muy pocos imaginaban en 1894. Para los rusos fue éste un año de renovación, con la llegada al trono de quien iba a ser el último zar, Nicolás II; el inmenso país que le caía en suerte continuaba siendo en su gran mayoría agrícola, pero en algunas ciudades surgían ya focos industriales y sectores burgueses, portadores de unos intereses políticos que la corte ignorará de forma suicida. Para China fue un año mucho más duro: el de su derrota en la guerra contra Japón, la potencia llamada a sucederla en la hegemonía en Oriente. A partir de este momento, el vasto país será el escenario de permanentes conflictos entre tradicionalistas y modernizadores, entre nativos y colonizadores, y, por último, entre nacionalistas y comunistas, hasta concluir finalmente con la victoria del Partido Comunista de Mao Tse-tung. Un destino similar al de Rusia, que vería en 1917 cómo se derrumbaba definitivamente el imperio de los Romanof y cómo los esfuerzos de Kerenski por consolidar un régimen parlamentario a la europea se desintegraban pocos meses después ante el embate de los sóviets. Este destino común no ha conseguido disminuir el recelo entre ambas naciones.

El proceso Dreyfus.



Dreyfus sale de la primera sesión del Consejo de guerra.



Dreyfus tras su degradación.

condenado; el ejército no da su brazo a torcer y se arresta incluso a Picquart, pero el descubrimiento de las falsificaciones en el *dossier* y el suicidio de su autor, el coronel Henry, obligan a reabrir la causa, que confirma, a pesar de las evidencias, la culpabilidad de Dreyfus. El asunto tiene ya poco de jurídico y mucho de político, y así lo entiende el gobierno de izquierdas, que asume el poder en 1899: Dreyfus es amnistiado en ese mismo año y rehabilitado con todos los honores en 1906.

Para Rusia, 1894 va a ser el año de la coronación de su último zar, Nicolás II, hijo de Alejandro III y esposo de la intrigante Alejandra Fiódorovna. A él le tocará hacer frente a las convulsiones políticas y económicas de un gran imperio; en el campo internacional se muestra al principio como un soberano amante de la paz y toma la iniciativa de la primera conferencia internacional de La Haya en 1899 y del acuerdo con Francisco José de Austria para evitar en 1903 una guerra en Macedonia, pero luego conducirá a su país al desastroso enfrentamiento con Japón; en política interna no pasa de otorgar ciertas reformas formales a los sectores burgueses y liberales, que exigen una homologación del país con las democracias europeas, y de responder con la represión a las agitaciones obreras y campesinas que estallan en el país. Los fracasos militares en el exterior se unen, avivándola, a la crisis nacional en 1905 y 1917, y provocarán finalmente su caída y muerte a manos de los revolucionarios en julio de 1918.

Pero no es Rusia el único gran imperio que se tambalea en las postrimerías del siglo. China, aislada de Occidente durante tanto tiempo, es ahora una pieza codiciada por todas las grandes potencias, que establecen en su territorio bases comerciales que interfieren cada vez más en su vida política. Ya no es, además, el país más

Pocas veces en la historia un acontecimiento tan localizado como el juicio contra un oficial acusado de espionaje ha alterado tan profundamente las estructuras políticas de un país como lo hizo el asunto Dreyfus en la Francia de la III República. Como una bola de nieve que cae por la pendiente, un error judicial fruto del antisemitismo (Dreyfus era judío) acabó por convertirse en caballo de batalla entre una derecha empecinada en mantener el veredicto por encima de todo y una izquierda que lentamente fue imponiendo sus opiniones, hasta conseguir una victoria política trascendental.
Se trataba en definitiva del enfrentamiento entre los sectores conservadores que habían visto derrumbarse la grandeur de Luis Bonaparte ante los prusianos en Sedán y los grupos de clases medias y obreras que pugnaban por imponer su presencia en la arena política y social del país.



Degradación de Dreyfus.

La figura de George Bernard Shaw aúna dos de las mejores tradiciones británicas de finales de siglo. Es, por un lado, comediógrafo de éxito y crítico feroz de las mezquinas costumbres de la sociedad en que vive, que, como en el caso de Oscar Wilde, paga por ver representados en un escenario sus pequeños vicios. Por otro, es un intelectual liberal y progresista, preocupado por el mundo en que vive y por las condiciones de vida de los sectores sociales más bajos; miembro de la Sociedad Fabiana, un pequeño grupo de gran influencia en el socialismo británico. Shaw será hasta su muerte el escritor más influyente de su país.


G. B. Shaw y su esposa en China.


G. B. Shaw en Londres.

George Bernard Shaw





G. B. Shaw.



El escritor en su lecho de muerte.

GEORGE BERNARD SHAW
(Dublín, 1856-Ayot Saint Lawrence, Herts, 1950)

George Bernard Shaw, escritor irlandés y renovador del teatro inglés, inicia sus estudios en Dublín después de la separación de sus padres. A los veinte años viaja a Londres para reunirse con su madre. Durante aquel tiempo se inició como crítico musical del Star *y del* World*; posteriormente cultivó la crítica de arte, literaria y teatral. Su carrera como dramaturgo comenzó en 1891 con la publicación de su comedia* Casas de viudos*, a la que siguieron* El amante *y* La profesión de la señora Warren *(cuya protagonista es la gobernanta de un burdel). Las tres obras fueron calificadas por su autor como «obras desagradables». Influido por Marx, se hizo militante socialista e ingresó en la Fabian Society, que aspiraba a establecer la fraternidad universal. En muchas de sus obras denunció las lacras sociales de su época, con una amarga sonrisa y la implacable lógica de un hombre que no se doblegaba ante la hipocresía de la sociedad en la que vivía. La serie de las «obras agradables», con una raíz satírica más suavizada, se inició con* Héroes *y* Candida *(1894), con las que Shaw empezó a ser reconocido internacionalmente, contando casi siempre con polémicas entre su público. Por ejemplo, en 1914 escribió* El sentido común en relación con la guerra*, en el que hacía una crítica de la política de su gobierno que provocó un gran escándalo.*

Dos años antes había publicado Pigmalión*, donde su humanismo y personal sentido del humor encontró su mejor expresión. Su obra literaria le valió el premio Nobel de 1925, pero Shaw renunció al mismo, cediéndolo a una fundación literaria, lo que refleja la grandeza de su personalidad. Tres años más tarde viajó a Rusia, y a los setenta y cinco años de edad emprendió una vuelta al mundo. El* Bufón de los ingleses*, como se llamaba a sí mismo, se había convertido en el mito del inconformismo y la extravagancia. Más allá de este sentido crítico, Shaw fue el símbolo del respeto por todo ser humano, aunque estuviera situado en medio de los tabúes de una sociedad contradictoria que él supo describir y denunciar con todo el realismo y sentido del humor de un hombre grande.*

potente del Extremo Oriente, y 1894 va a confirmarlo por las armas. Al otro lado de sus costas, el pequeño archipiélago de Japón ha sufrido, tras la llegada de la dinastía Meiji al poder, una transformación de su economía tal que ha situado a la nación nipona en el grupo de los colonizadores, a pesar de su situación geográfica. Dilucidar la hegemonía de la zona es un paso obligado antes de afrontar aventuras más ambiciosas, y para ello nada mejor que disputar al vecino chino la influencia en Corea, una nación en la que desde hace mucho la influencia de la corte pekinesa ha sido determinante. La guerra estalla por fin en 1894, y en ella la renovada marina china se ve impotente ante el dispositivo militar japonés. Un año después los contendientes firman el tratado de Shimonoseki, que además de asegurar al vencedor el control político de Corea (aunque por breve tiempo, pues en seguida se lo disputarán los rusos) añade a sus posesiones la isla de Formosa, las Pescadores, la península de Liadong y el control de las riquezas de Manchuria.

Y como si todo lo destacable en este año de 1894 tuviera que ver con las colonias que los países europeos han creado en el resto del mundo, un escritor inglés que ha nacido en la ciudad india de Bombay, Rudyard Kipling, publica la primera de las dos partes de que se compondrá su obra más popular, *El libro de las tierras vírgenes*. Kipling es hijo de un funcionario británico, el conservador del museo de Lahore, y aunque ha estudiado desde los seis hasta los diecisiete años en la metrópoli, siente tan profundamente la llamada de la India que vuelve a su tierra natal sin haber acabado sus cursos. Allí se convierte en periodista, primero de la *Civil and Military Gazette* y luego del *Pioneer*, un diario de Allahabad, donde publica sus primeros cuentos y en el que permanece como redactor jefe hasta su partida definitiva del país; partida física, que no espiritual, porque tanto en su breve estancia en Estados Unidos como en su definitivo establecimiento en la región inglesa de Surrey, el recuerdo de la India no le abandonará. Sus mejores historias son sencillos cantos a la aventura y a la naturaleza, que calan más en el público juvenil que en el adulto y condenan al olvido a una producción poética injustamente menospreciada.

El único punto en común entre Kipling y George Bernard Shaw, el autor de *Candida*, uno de los mayores éxitos teatrales de la escena británica en 1894, es la popularidad. Donde Kipling se enorgullece de «poner la historia por delante de su significación», Shaw desarrolla el teatro de ideas, la crítica social, política y artística, y el panfleto en favor del socialismo moderado que caracteriza a la Sociedad Fabiana en la que milita. Su personalidad es extremada, su humor, cáustico, y su visión del mundo y de las cosas, peligrosamente provocadora para gran parte del público que aplaude en las plateas la mordacidad de su teatro; pero ello no impide que domine la vida cultural británica de finales del siglo XIX y de comienzos del XX y anuncie de paso la llegada de nuevas vanguardias, como el grupo de Bloombsbury.



Presencia oriental en la exposición de París.



Anuncio de la época.

En el mismo año que Debussy, a quien tanto impactaron las músicas orientales presentadas en la Exposición Universal de París, estrenaba su Preludio para la siesta de un fauno, *el escritor británico de origen hindú Rudyard Kipling publicaba la que el tiempo convertiría en su obra más popular,* El libro de las tierras vírgenes, *conocida también como* El libro de la selva. *Contra su voluntad, el éxito le marginó a un género pretendidamente menor, como la novela de aventuras para jóvenes, sin que nadie se fijara en otras facetas de su narrativa o incluso en su poesía. Y, sin embargo, mucho después de su muerte, Kipling merecía este comentario de un crítico tan poco generoso como Borges: «El más ilustre de los escritores comprometidos.»*



Kipling en su estudio de Naulakha.



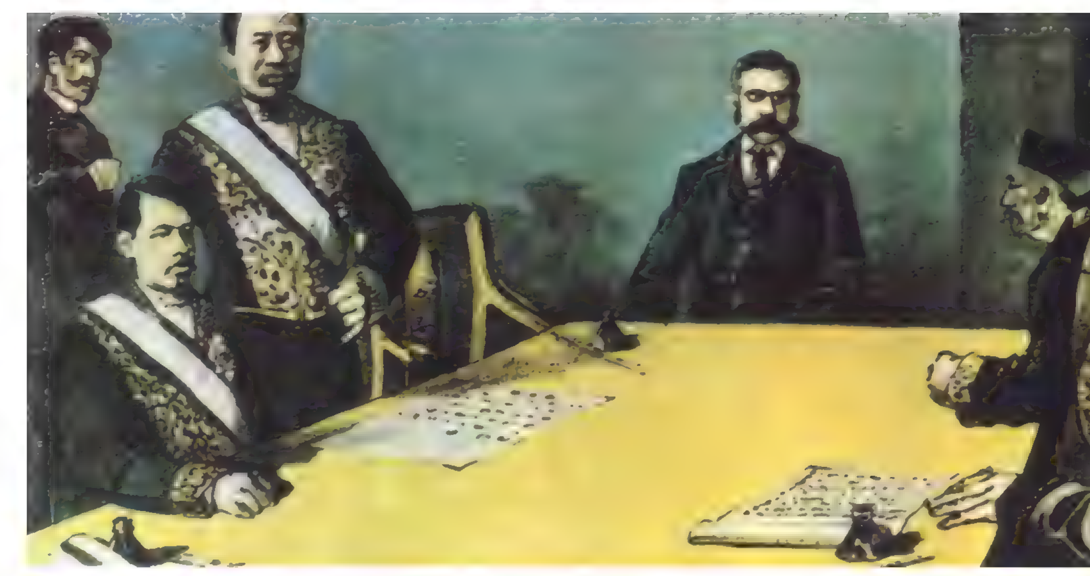
Kipling en Allahabad, India.

1895 Guerra en Abisinia



El negus Menelik.

Potencia menor, pero potencia al fin y al cabo, la recién unificada Italia decide obtener también una porción del pastel colonial. Sus zonas de expansión serán Libia y Abisinia, región esta en la que los italianos penetran en el último tercio del siglo XIX hasta conseguir una cierta preeminencia política en el intrincado juego que mantienen los reyes locales y los ingleses. Pero en 1895 su influencia se le antoja excesiva al rey Menelik, y la guerra se hace inevitable, si bien su final provisional, acaecido un año más tarde, se saldará con una derrota europea en Adua.
Será, sin embargo, un fracaso provisional que los invasores acabarán por enmendar. Con el nuevo siglo, los etíopes encontrarán un nuevo jefe, el negus Haile Selassie, que llega al poder durante la Segunda Guerra Mundial.



Tratado de Shimonoseki.



Coronación de Haile Selassie.



Guerreros etíopes.

Condenada por su tardía unificación política a las migajas del banquete colonial, la Italia de los Saboya apuntó sus miras expansionistas hacia el reino africano de Etiopía, donde puso pie por primera vez en 1882, en la zona de Aseb. Reinaba por entonces en el país un jefe del Tigré llamado Kassa, quien, tras los cuatro años de anarquía que siguieron al derrocamiento por parte de los ingleses del anterior monarca Teodoro II, había subido al trono con el nombre de Juan IV. La apertura del canal de Suez en 1869 había dejado al reino en una peligrosa situación de cara a las potencias europeas, por lo que el soberano decidió ampararse en el manto protector de los británicos, asentados desde 1839 en Aden, y asegurar de paso la pacificación interna del país con el nombramiento de Menelik, el heredero legítimo del depuesto Teodoro, como su sucesor. Pero Menelik prefirió la vía más rápida de la guerra, y con la ayuda de los italianos derrotó a Juan IV en Metemma en 1889, proclamándose a continuación rey. El precio por la ayuda italiana lo pagó en el tratado de Ucciali al reconocer a la potencia mediterránea la posesión de Eritrea y la posibilidad de extenderse hasta Asmara, a cambio de su reconocimiento como emperador. Fue un acuerdo breve y provisional, que duró el tiempo necesario para que Menelik impusiera su autoridad en el país y potenciara algunas medidas modernizadoras, como la construcción de una vía férrea o el traslado de la capital a Addis Abeba. Luego, en 1895, acuciado por la presión política y militar de los italianos, denunció el tratado de Ucciali y emprendió el camino de la guerra, que concluiría al año siguiente con la derrota del general Baratieri en la batalla de Adua. Menelik conseguía así salvar la independencia de su país, al menos temporalmente. Pero los intereses franco-ingleses, por un lado, y el expansionismo italiano, por otro, seguirán amenazando la integridad de Etiopía durante mucho tiempo más.



Tropas españolas en Cuba.

JOSE JULIAN MARTI Y PEREZ (La Habana, 1853-Dos Ríos, 1895)

Nacido en La Habana de padres españoles, José Martí fue el pionero de la independencia cubana y un gran poeta y escritor. A los dieciséis años, y después de un registro en casa de su amigo F. Valdés (con quien había publicado El diablo cojuelo), es arrestado y condenado a prisión como presunto conspirador. Se le traslada por indulto a la isla de Pinos y en 1871 es desterrado a España. Estudia en Madrid Derecho y Filosofía y Letras. Dos años después publica La República española ante la revolución cubana. En 1874 se gradúa en Zaragoza y regresa al lado de su familia en México. Estrena con éxito Amor con amor se paga (1875), viaja a Cuba con nombre falso, de allí pasa a Guatemala, donde conoce a María García Granados y escribe el drama Patria y libertad. El 20 de diciembre de 1877 contrajo matrimonio, en la ciudad de México, con Carmen Zayas Bazán.

En 1878 vuelve a La Habana y participa de nuevo en los movimientos independentistas. Durante la rebelión de 1879 es detenido y deportado por segunda vez a España, de donde pasará a Nueva York en 1880. Vinculado al comité revolucionario que secundaba los planes del general Calixto García, dirige a los emigrados la primera formulación de su ideario político. En su constante viajar por tierras de América, llega a Caracas (1881) y funda la Revista venezolana, para acabar siendo expulsado por el presidente de aquel país, Guzmán Blanco.

Escribe en Nueva York su libro de versos Ismaelillo, que dedica a su hijo, y publica bajo seudónimo (Adelaida Ral) su primera novela modernista, Amistad funesta. Pero su vocación política continúa en primer plano: en 1887 inicia una serie de discursos conmemorativos y da a conocer la carta sobre la posible compra de Cuba por Estados Unidos.

A los treinta y nueve años (1892) comenzó la última etapa en su lucha por liberar a Cuba del dominio español. Logra la aprobación de los estatutos secretos del Partido Revolucionario Cubano y funda la revista Patria, órgano del partido, del que Martí es elegido delegado. Firma en 1895 con Máximo Gómez el Manifiesto de Montecristo, programa ideológico de la revolución. Martí y sus hombres estaban ya preparados para iniciar la lucha, pero el gobierno norteamericano les confiscó el armamento. Finalmente, en mayo, con el ejército que pudo reagrupar, desembarca en Playitas y se reúne, tierra adentro, con las demás fuerzas revolucionarias. El día 19 el grupo de Martí se enfrentó en Boca de Dos Ríos a las fuerzas españolas mandadas por el coronel José Ximénez de Sandoval. El héroe cubano murió en el campo de batalla, sin que sus compañeros pudieran recoger su cuerpo. Poco después sus restos fueron llevados a Santiago de Cuba y enterrados el 27 de mayo.

José Martí es el modelo del patriota de Hispanoamérica. Advirtió los peligros del imperialismo de Estados Unidos, predicó la guerra sin odio, tuvo un ideario antirracista, y trató de fundir en una sola la causa de Cuba y Puerto Rico. Fue además uno de los iniciadores del movimiento modernista en poesía.

Insurgentes cubanos.

Otra potencia menor, España, vive también en este año el problema colonial con intensidad, pero lo hace desde una posición defensiva. El foco de conflicto es Cuba, la última posesión americana que le queda, y donde el nacionalismo creciente y los intereses norteamericanos forman una tenaza que cada vez se cierra con más fuerza sobre los españoles. En 1868, y aprovechando la confusión política en que vivía la metrópoli tras la proclamación de la república, los cubanos iniciaron su primera guerra de independencia, que duró diez años y concluyó con el tratado de Zanjón, un acuerdo de paz que el paso del tiempo convertiría en simple tregua. Los diferentes gobiernos de la Restauración no atendieron las peticiones que desde la isla les llegaban en favor de una mayor autonomía, libertad económica y supresión de la trata de esclavos, y avivaron así las tendencias separatistas que ahora representaba un poeta y periodista llamado José Martí. La nueva guerra estalla el 24 de febrero de 1895, fecha del hoy histórico *grito de Baire*, y cuenta del lado cubano con un estado mayor en el que Martí, teórico de un nacionalismo de

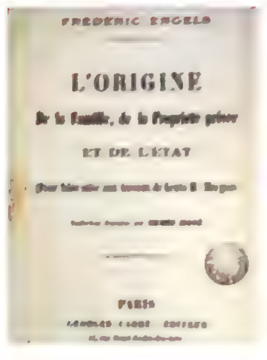


Guerra de Cuba.

El levantamiento de los independentistas cubanos sacará a la luz dos hechos políticos de interés: la inanición militar y diplomática del Estado español y el auge de los jóvenes pero poderosos Estados Unidos. Con la derrota de los primeros desaparecía otra porción de la vieja idea imperial que los Austrias establecieron en el siglo XVI; con la victoria de los segundos hacía su entrada en la historia una forma de dominio diferente, en la que el beneficio económico a extraer de «las colonias» no se vinculaba necesariamente al dominio territorial. José Martí, héroe de la independencia cubana, había comprendido este riesgo; su muerte, en 1895, le salvó de constatarlo.
La dominación de la alejada y empobrecida España se vio sustituida por la directa influencia de los vecinos norteamericanos, quienes no tardarían en ser dueños de los destinos políticos y económicos de la isla, aun cuando ésta consiguiera muy pronto su independencia. Algo de esto intuía proféticamente José Martí.

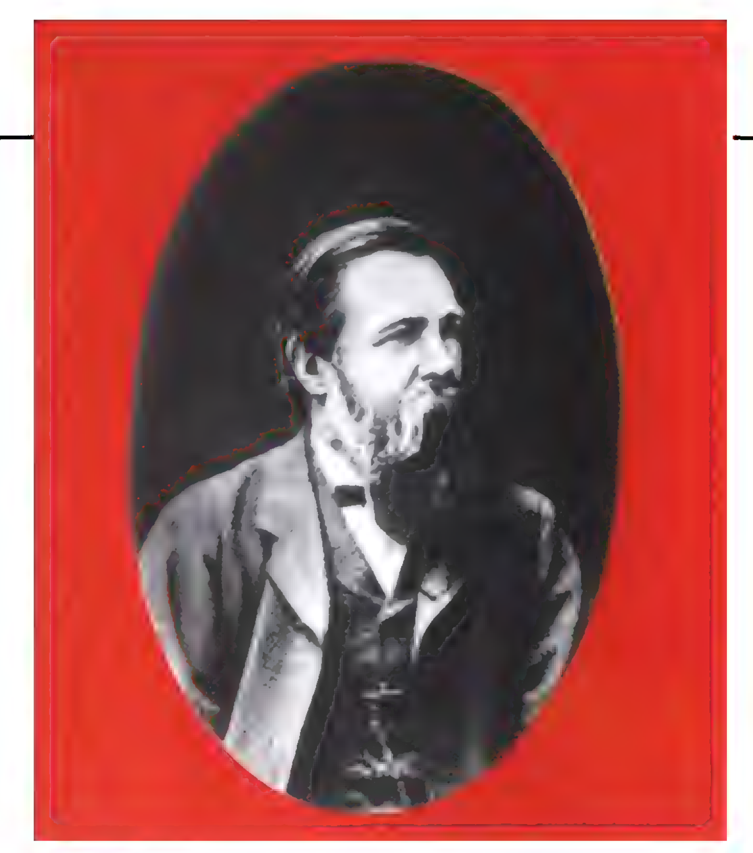
Unamuno rodeado de estudiantes.

Unamuno, Engels y Freud, tres hombres que por diferentes razones son novedad en 1895, pero que dejará sentir la influencia de su obra (hecha, en el caso de Engels, y casi por hacer en el de Unamuno y Freud) a lo largo del siguiente siglo. Tres formas, también, de enfrentarse al problema de la existencia. El proyecto de liberación colectiva propuesto por los marxistas, el de Unamuno y el psicoanálisis han llegado incluso a entrecruzar sus caminos.



Edición francesa de El origen de la familia.

corte progresista y liberal, es el jefe supremo, y los viejos revolucionarios Máximo Gómez y Antonio y José Maceo mandan las tropas rebeldes en las provincias de Oriente y Santiago. Pero muy pronto la revuelta se verá privada de su mejor hombre, al morir Martí el 19 de mayo en una escaramuza contra los españoles en Boca de Dos Ríos. No será el único, pues en años posteriores irán cayendo otros dirigentes, como los Maceo o el hijo de Máximo Gómez, pero los distintos jefes militares que la metrópoli envía para sofocar la rebelión (Martínez Campos, el más expeditivo Weyler, Blanco) no consi-



Retrato de Engels.



Sigmund Freud, de Marcel Lavadet.

KARL MARX (Tréveris, 1818-Londres, 1883)

Segundo hijo de un abogado hebreo, su infancia transcurrió en Renania. Estudió en su ciudad natal, y a los diecisiete años comenzó la carrera de derecho en la universidad de Bonn, que prosigue en la universidad de Berlín. Ya entonces empezó a sentirse atraído por la filosofía, la historia y la literatura. Lee febrilmente a Hegel y se pone en contacto con Bruno Bauer. Al morir su padre, abandona la carrera de derecho para consagrarse al estudio de la filosofía. Se acerca al hegelianismo, al tiempo que se aleja de un concepto de la filosofía que no interprete la realidad concreta.

Mientras redacta su tesis doctoral («Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro») inicia la publicación de una revista en colaboración con Bauer, Feuerbach y los radicales jóvenes hegelianos. Después de obtener el doctorado, abandona la idea de dedicarse a la enseñanza, convirtiéndose en jefe de redacción de la Gaceta Renana.

En junio de 1843 contrae matrimonio con Jenny von Westphalen, hija del consejero de gobierno en Tréveris. Se traslada en octubre a París, donde vuelve a encontrarse con Engels. Redacta entonces su primera interpretación materialista de la historia: La Sagrada Familia. Considera justificado que «la clase que hasta ahora no ha poseído nada» luche por objetivos materiales inmediatos.

En mayo de 1844 nace su primera hija, Jenny, que le ayudará en la organización del movimiento socialista. La segunda, Laura, nacida dos años después, contraerá matrimonio con Paul Lafargue, uno de los pioneros de la agitación socialista; ambos se suicidarán en 1911. La tercera, Eleanor, se unió al socialista inglés E. Aveling; también ella se suicidó. Los tres hijos varones de Karl Marx murieron a los pocos años de nacer.

A los veintisiete años, Marx es expulsado de Francia y se refugia en Bruselas, donde alterna su dedicación al estudio de la filosofía con la militancia política. Escribe entonces Miseria de la filosofía. Marx realiza una crítica de la religión y la filosofía especulativa. El culto del hombre abstracto piensa que tiene que ser sustituido por la ciencia del hombre real y de su evolución histórica.

Por encargo de la Liga de los Comunistas escribe en colaboración con Engels el Manifiesto del partido comunista. Dicha obra se inicia con la siguiente afirmación: «La historia de toda sociedad habida hasta hoy es la historia de la lucha de clases.» Desarrolla su tesis fundamental sobre la evolución histórica: la tensión dialéctica entre las condiciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Al ser expulsado de Bruselas, se dirige a Colonia, donde funda la revista Nueva Gaceta Renana. Es llevado ante los tribunales, acusado de alentar a la rebelión contra el gobierno. De Colonia se marcha a París y posteriormente decide establecerse en Londres, donde sobrevive gracias a la ayuda de varios amigos y a los artículos publicados en el periódico New York Tribune.

Su interpretación de la historia y de la economía se plasmó definitivamente en su obra El capital. Sobre la tesis de esta obra dijo Lenin: «Una vez hubo reconocido que la estructura económica es la base sobre la cual se fundamenta la superestructura política, Marx atendió ante todo al estudio de esa estructura económica.» Los tres últimos volúmenes de esta obra se publicaron cuando ya Marx había muerto.

En 1881 fallece su mujer, y al año siguiente, su hija mayor. Quebrantado por la enfermedad y por la soledad tras la desaparición de su familia, muere en Londres en 1883.

guen apagar una llama que acabará por prender en 1898 la mecha de la definitiva intervención militar norteamericana.

Mientras, fallece en Londres Federico Engels, el amigo inseparable de Marx y uno de los teóricos socialistas más importantes de la historia. Tiene ya setenta y cinco años y ha dedicado los últimos de su vida a la preparación de los tomos segundo y tercero de *El capital*, además de la redacción de una serie de obras de contenido histórico y filosófico, como *La revolución científica del señor Dühring* y *El origen de la familia, la propiedad*

privada y el estado. Paradójica combinación de empresario por tradición familiar y revolucionario por vocación, Engels participó activamente en las principales luchas obreras de la segunda mitad del XIX, se interesó por los problemas militares, colaboró intensamente con Marx en la publicación de obras tan populares como el *Manifiesto comunista,* ayudó económicamente a su amigo durante buena parte de su vida y formó parte del consejo general de la Internacional desde 1871. Pero en la década de los años noventa su influencia en el movimiento obrero había decrecido en paralelo al auge de la socialdemocracia alemana y del sindicalismo revolucionario, si bien su figura se vio rodeada por el respeto y la admiración hasta el mismo año de su muerte. Un año, por cierto, importante para el obrerismo francés, pues en él se fecha la creación del que, aún en nuestros días, es el sindicato galo más importante, la C.G.T. (Confederación General del Trabajo).

El año 1895 es rico en lo que se refiere a la cultura y a la ciencia. Así, mientras los vieneses ven en los escaparates de sus librerías la segunda obra de un médico judío llamado Sigmund Freud y titulada *Estudios sobre la histeria,* los madrileños hojean *En torno al casticismo,*


Roentgen y la radiología.


El canal de Kiel.


Louis y Auguste Lumière en su laboratorio.

Algunos de los principales personajes de 1895 se dedican a la ciencia y a la técnica. Son hombres populares, casi las estrellas de un período en el que la humanidad confía ciegamente en los avances de la investigación, y glorifica a hombres como Roentgen, los hermanos Lumière o Louis Pasteur, o se enorgullece de obras de ingeniería como la del canal de Kiel.
Esta revolución científica y técnica, que se prolongará y profundizará en el siglo XX hasta alcanzar los niveles que hoy conocemos, provocó ya por entonces un palpable cambio en la sociedad. Gran parte de los descubrimientos alumbrados por entonces podían mejorar las condiciones de vida sobre la tierra. La Primera Guerra Mundial demostró otras utilidades menos limpias del progreso científico.


Louis Pasteur.

el primer libro de Miguel de Unamuno, un catedrático de griego de la universidad de Salamanca destinado a convertirse en la personalidad intelectual más influyente del primer tercio del siglo XX español. La aportación de Freud es aún un trabajo balbuceante en el que no aparece su revolucionario descubrimiento de la técnica psicoanalítica, pero que sí avanza un nuevo enfoque del tratamiento de las enfermedades mentales, condenadas hasta entonces al gueto de la medicina ante la imposibilidad de encontrar, tras largas investigaciones, causas físicas que las explicaran.

Suponer, como hace Freud en su libro, que estas alteraciones pueden estar provocadas por acontecimientos traumáticos que el enfermo ha olvidado en apariencia, significaba abrir una vía que llevaba directamente al concepto de inconsciente. Unamuno, a su manera, también afrontaba el tema del espíritu humano, aunque lo hacía desde una posición intermedia entre la literatura y la filosofía, reduciendo su objeto de reflexión al «alma castellana». Y como si todos los esfuerzos realizados en este año persiguieran el penetrar en lo más profundo del hombre, un físico alemán, Wilhem Conrad Roentgen, descubre los rayos X y aporta así a la medicina moderna el sistema más práctico de los conocidos hasta el momento para la exploración del cuerpo humano. El origen germano se repite en otra noticia importante fechada también en 1895, pero relacionada en este caso con la ingeniería: se trata de la inauguración del canal de Kiel, que corta la península de Jutlandia desde aquella ciudad hasta la desembocadura del río Elba y comunica a lo largo de 99 kilómetros el Báltico con el mar del Norte. Y, sin embargo, el invento técnico más trascendental de los realizados en este año tuvo marchamo francés: el 28 de diciembre, los hermanos Louis y Auguste Lumière presentaban en París su primera película, rodada con el aparato cinematográfico que en ese mismo año habían puesto a punto en Lyon.

La capital francesa concentra también la principal novedad pictórica de este año: la exposición que el artista noruego Edvard Munch realiza en el Art Nouveau, y donde presenta, entre otros, cuadros tan famosos como *La madre muerta* y *La joven y el corazón*. El dramaturgo Arthur Strindberg, con el que Munch ha intimado en su fructífera etapa berlinesa, es el autor de los textos del catálogo de este atormentado y pesimista precedente del expresionismo.



Edvard Munch: **Encounter in space.**

1896 Insurrección en Filipinas

Madagascar, la mayor isla del continente africano, y que un día bautizara Marco Polo, se añade este año a la lista de territorios ocupados por las potencias europeas. En esta ocasión la ocupante es Francia, patria de aquel rochelés llamado Pronis que desembarcó en el sudeste de la isla en 1643, y país que desde entonces ha hecho gala de un derecho de conquista sobre el territorio, que sin embargo hasta el siglo XIX no ha fructificado más allá de una presencia comercial. Por fin, en tiempo de Luis Felipe (1830-1848), la rebelión de los reyes sakalaves y tankaranas contra la hegemonía merina permitió a los franceses establecer un protectorado en la zona norte de la isla; era un primer paso que luego completaría Jules Ferry en 1885 al conseguir establecer por medio de un tratado la presencia de un representante francés en la capital, Tananarive, y cerrar así lentamente una tenaza sobre la independencia indígena. Gran Bretaña dio su visto bueno a las pretensiones francesas de hacerse con toda la isla, que culminaron por fin en 1896



Rebeldes filipinos.

Alejadas de la tradicional zona de dominio colonial español en el continente americano, las islas Filipinas fueron un territorio al que la metrópoli no prestó nunca demasiado interés, ni militar ni económico. La mayor representación española la formaban los misioneros y religiosos, que acabaron por convertirse en un grupo de presión opuesto a cualquier medida autonomista, como demostraron al abogar por una respuesta dura a los primeros brotes rebeldes surgidos en 1896. Los choques entre filipinos y españoles habidos tras el levantamiento de Luzón se saldaron con la firma de una tregua un año después. La conclusión del conflicto llegaría, al igual que en Cuba, tras la intervención americana.
La guerra fue fulminante y desproporcionada, y se consumó en una batalla naval donde los norteamericanos destruyeron, en un tiempo récord y sin arriesgar prácticamente nada, a la flota española de Oriente, cañoneada desde una distancia en la que ella no podía emplear sus armas. Algo parecido sucedería luego en Cuba.

Aguinaldo, dirigente de la revuelta filipina.


LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA

Fernando Primo de Rivera, general del ejército español, en Filipinas.

con la anexión definitiva, tras la derrota de la resistencia que durante diez años había mantenido la reina Rainilaiarivony, forzada al exilio por el general Galliéni.

Otras islas, las Filipinas, ocupan también las páginas de los diarios en este año, aunque en esta ocasión el país colonizador, España, lucha a la defensiva por mantener un territorio conquistado en tiempo de los primeros reyes Austrias. La lejanía con respecto a la metrópoli y la consiguiente escasez de los intercambios económicos habían convertido a las Filipinas en una posesión de segundo orden que no dio síntomas de mejorar su situación hasta que a mediados del siglo XIX se fundó la ciudad de Singapur, se abrieron al comercio algunos puertos chinos y Lesseps concluyó las obras del canal de Suez. La primera señal de alerta sobre el peligro de una rebelión nativa llegó en 1872 con el alzamiento de Cavite, pero de no haber mediado a su conclusión una represión cruel y severa, fomentada en parte por el miedo de las mismas órdenes religiosas que antes habían

Guerra de Filipinas: miembros del ejército tagalo.





Karasertas, vencedor de tiro.



Pyrgos, premio de esgrima.



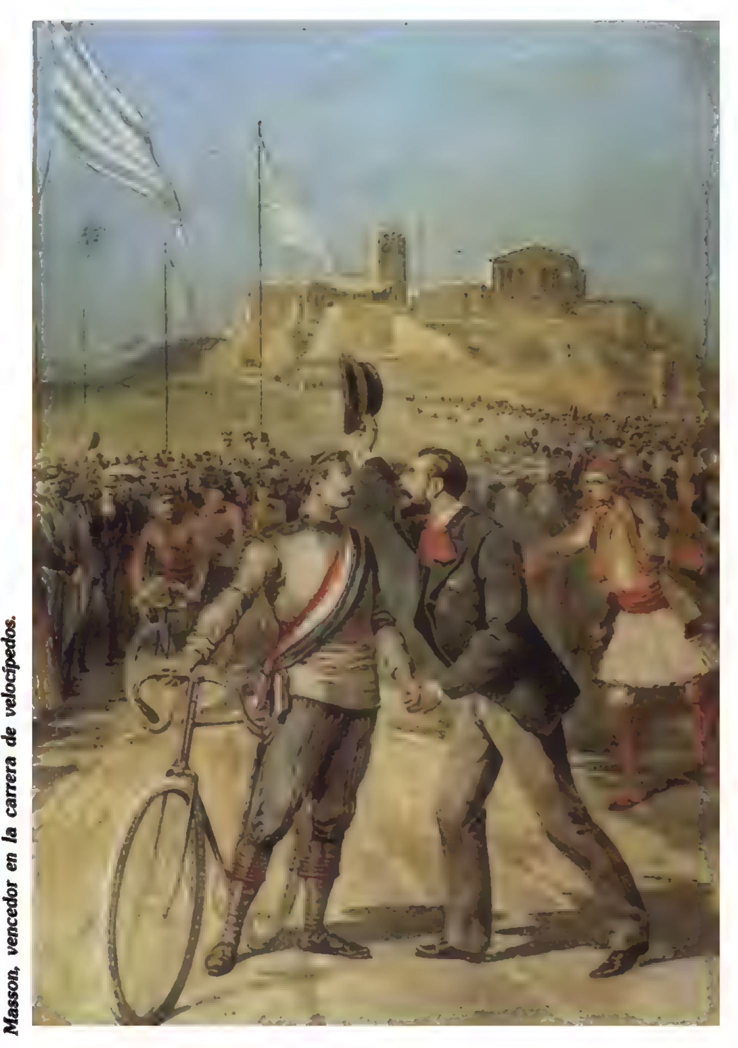
Flack, vencedor en 800 y 1.500 metros.

hecho fracasar las reformas del liberal Moret, todo se hubiera reducido a una revuelta contra los abusos en la percepción del impuesto indígena. Entre los 41 agarrotados que sirvieron de ejemplo macabro a los revoltosos se encontraban tres sacerdotes nativos, lo que explica el enfrentamiento permanente en que a partir de entonces vivieron los religiosos indígenas y los españoles. El verdadero estallido independentista se produciría, de todas formas, veinte años después, alimentado por la aparición de algunos grupos moderadamente autonomistas, como la Liga Filipina, que encabezaba Rizal, y de sociedades secretas mucho más radicales, como la Katipunan. A esta última pertenecían Andrés Bonifacio y Emilio Aguinaldo, los principales dirigentes de la insurrección de Luzón de 1896; muerto el primero, su lugarteniente Aguinaldo prosiguió la lucha desde la provincia de Pampanga, desde donde proclamó la república y adoptó de paso una constitución muy influida por la de los rebeldes cubanos. El jefe de las tropas españolas, el general Polavieja, había adoptado, mientras tanto, una política de mano dura que, además de cobrarse la vida de Rizal, obtenía pocos éxitos, por lo que al final fue sustituido por otro general, Fernando Primo de Rivera, que invirtió la estrategia y consiguió en diciembre de 1897 pactar con los rebeldes y detener la guerra. Pero, como pronto se vería, iba a ser una tregua breve.

En Europa, mientras, tampoco se respira un aire de tranquilidad política, a pesar de la euforia que invade a



Olimpiada de Atenas: carrera de 100 metros.



Masson, vencedor en la carrera de velocípedos.

Un lapso de veinte siglos separan los originarios juegos olímpicos que celebraban los griegos y los que, por mediación del barón de Coubertin, se inauguraron en Atenas en 1896. La elección del suelo griego era la solución de continuidad de un tipo de competición deportiva de la que sólo unos pocos estudiosos guardaban memoria, pero que en nuestro siglo, y tras una continuidad sólo alterada por las dos guerras mundiales, forma parte ya de nuestra historia deportiva.
Pero si este renacimiento se inició casi con el siglo, puede acabar también con él; no en su vertiente de espectáculo, claro, pero sí en lo que pueda suponer de pervivencia del ideario del barón de Coubertin.

las esferas del arte, la ciencia o la técnica. El sector anarquista del movimiento obrero, por ejemplo, continúa con su política de acción directa y se sigue cobrando víctimas en las personas de políticos o personajes famosos, hasta el punto de que los partidarios de la Segunda Internacional socialista expulsan de sus filas a cualquier miembro presuntamente libertario. Uno de los países donde las ideas de Bakunin han prendido con más intensidad es en la Rusia zarista, cuyas fuerzas de orden dividen su tiempo entre la represión de la subversión interna y los movimientos nacionalistas que afloran en territorios controlados por Nicolás II; en 1896, concretamente, los desórdenes se producen en Polonia (que los rusos comparten con prusianos y austriacos) y en Finlandia, dos países donde la rusificación impuesta por los Romanov se enfrenta abiertamente al sentimiento nacional. A estas tensiones, a las que la derrota italiana en Adua frente a los etíopes añade otro gramo más de intranquilidad, sirve de contrapeso el proyecto del marqués de Coubertin de restaurar la vieja tradición griega de los juegos olímpicos, donde países de todo el mundo fraternizarán a través del deporte aficionado. El primer paso se había dado ya tres años antes en una reunión de organizaciones deportivas celebrada en París, de la que nació el Comité Olímpico Internacional, que poco después decidiría celebrar en Atenas, en 1896, las primeras olimpiadas, como homenaje y recuerdo de los antiguos juegos. El lema que los presidió, ideado por el propio Coubertin, haría fortuna en el siglo siguiente



Alfred Nobel.



Christian Eijkman.

Seguramente, el ingeniero sueco Alfred Nobel nunca imaginó la importancia que en la vida cultural del siglo XX iba a tener su decisión testamentaria de dedicar su copiosa fortuna a la creación de una fundación que premiara todos los años a los más destacados personajes de la medicina, la física, la química, la literatura y la paz, y a la que sus albaceas añadieron mucho después otro dedicado a la economía. Para escándalo de sus herederos, que se vieron privados de una suculenta fortuna, el inventor de la dinamita decidió fomentar a su muerte la investigación científica.



Otto Lilienthal.

Es ya un lugar común decir que, desde su aparición en la historia, el hombre se ha sentido siempre atraído por la posibilidad de volar. Los trabajos de investigación y los diseños del renacentista Leonardo son también de sobra conocidos; descubrimientos más recientes retrotraen el interés humano por la aeronáutica incluso hasta los egipcios, como parece demostrar una pequeña figura de madera encontrada en aquel país y cuya forma recuerda extraordinariamente a la de un planeador. Sin embargo, son los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX los que acaparan los pasos definitivos que hicieron posible volar. Es la época de los pioneros de la aviación, hombres a medio camino entre el aventurero y el científico, que pagaban en costillas rotas los avances de su investigación. Un siglo antes, el francés Pilatre de Rozier había comprobado fatalmente el grado de explosión de la mezcla de carbón e hidrógeno, mientras pretendía cruzar el canal de la Mancha en globo. En 1896, el alemán Otto Lilienthal acabó de forma parecida, después de haber realizado más de 2.000 vuelos en planeadores de su invención, en los que llegó a recorrer distancias de hasta 400 metros.

***Jean Beraud:* El vuelo de un aeroplano.**



Pablo Picasso: Primera comunión.



Giacomo Puccini.



Anton Chejov, *retrato de I. E. Braz.*

En 1896, Pablo Ruiz Picasso era un joven de dieciséis años, desconocido en el ambiente artístico, que había llegado a Barcelona a remolque de las obligaciones de su padre como profesor de dibujo. Su Primera comunión *admira al público que la ve colgada en los salones de la exposición de Bellas Artes; y, sin embargo, ¡qué lejos están de imaginar lo que el artista malagueño va a significar para el mundo de la creación muy poco tiempo después! También son noticia en 1896 el compositor italiano Giacomo Puccini, que estrena con éxito en Turín* La Bohème, *y el escritor ruso Chejov, que sufre la incomprensión del público moscovita ante* La gaviota.

ANTON PAVLOVICH CHEJOV
(Taganrog, 1860-Badenweiler, 1904)

Escritor ruso, maestro del cuento y del relato, en donde describe la vida cotidiana del mundo rural de la antigua Rusia. Su dominio del idioma, que maravillaba a Tolstoi, y su capacidad de eliminar lo convencional hicieron que Chejov ocupara un puesto de primer orden en el teatro ruso anterior a la revolución de 1917.

Hijo de un tendero y nieto de un siervo libertado, Chejov pasa sus primeros años en el campo. Junto con su familia, arruinada por un amigo, se traslada a Moscú en 1876. Tres años después inicia sus estudios de medicina y comienza a escribir cuentos para diversas revistas con objeto de ganar algún dinero. Aunque consiguió terminar la carrera y trabajó como ayudante en un hospital, a partir de 1879 se dedicó exclusivamente a la literatura.

Después de ser conocido por sus cuentos, comenzó a escribir novela, en la que, como su predecesor Gogol, pinta la vida del mujik (siervo) con pinceladas realistas. En 1890 muere de tuberculosis uno de sus hermanos; posteriormente viaja por Austria e Italia, compra una propiedad cercana a Moscú y goza de gran popularidad entre los campesinos. Chejov, que llegaría a escribir un total de 247 cuentos y novelas cortas, fracasa en 1896 con el estreno de su drama* La gaviota. *Ya con su salud quebrada, pasa los dos inviernos siguientes en Niza, donde se interesa en el caso Dreyfus. En 1898 se enamora de Olga Knipper, actriz de teatro, que sería su futura mujer. En esa época escribe* El tío Vania. *Al año siguiente se retira a una finca que había adquirido en Yalta; allí recibió la visita de personajes como Bunin, Rajmaninov y Stanislavski.

La tuberculosis que le iba afectando gravemente no le impidió seguir escribiendo. Sus obras teatrales más importantes datan de este período, como* Tres hermanas *(1900) y* El jardín de los cerezos *(1904).

Con gran sentido del humor, supo dar a toda su obra un estilo humano, cercano al simbolismo y siempre con aliento poético, sin perder la veta realista.

***A su muerte, acaecida en 1904, se le lloró como una pérdida nacional. La huella que dejó en la literatura rusa del siglo XIX fue enorme. Entre sus muchas narraciones se pueden citar* La cerilla sueca, Una historia aburrida *y* Retrato de un desconocido.**

como expresión del ánimo con que todo deportista debe afrontar una prueba: «Lo importante no es ganar, sino participar.»

En el campo de la ciencia, 1896 se abrió casi al tiempo que los albaceas del químico sueco Alfred Nobel hacían público el testamento del inventor de la dinamita, en el que se estipulaba que toda la fortuna acumulada debía destinarse a la concesión anual de cinco premios a los hombres más destacados en el campo de la física, la química, la medicina y la fisiología, la literatura y la paz. Curiosamente, dos investigadores que adquieren renombre en este mismo año, el físico francés Antoine Henri Becquerel y el fisiólogo holandés Christiaan Eijkman, se beneficiarán años después de la generosa decisión de Nobel. El primero descubre la radiactividad de las sales de uranio, estableciendo además que esta propiedad, característica del átomo del uranio, es extensible a todos los compuestos del metal; el segundo, que retorna en 1896 de un largo viaje científico por las Indias holandesas en el que ha estudiado la enfermedad del beriberi, descubre la vitamina B. Mucha menos suerte tendrá en este mismo año otro pionero de la ciencia, en este caso aeronáutica, el ingeniero alemán Otto Lilienthal, que muere en las cercanías de Berlín al realizar el ensayo número 2.000 a los mandos de uno de sus planeadores. Miembro de ese grupo de visionarios que a caballo de los dos siglos arriesgan sus huesos y su dinero en el intento de hacer volar al hombre, Lilienthal ya había adquirido fama gracias a sus trabajos de perfeccionamiento de calderas tubulares y sirenas, pero su verdadera popularidad le llegó por ser uno de los primeros en intentar el vuelo en un aparato de amplias superficies de alas, construido en base a los conceptos que ya expresara en su libro de 1889 *El vuelo del pájaro como base de la aviación.*

Una de las obras teatrales más representadas en todo el siglo XX, *La gaviota,* de Anton Chejov, se estrena en este año de 1896 y cosecha un fracaso tan estrepitoso como injustificado. Dos años después, una nueva versión realizada por el Teatro del Arte de Moscú, que dirige Stanislavski, limpiará con su éxito el buen nombre de un autor tan original como profundo: fiel siempre a esa tonalidad pesimista y melancólica que parece inseparable de la literatura rusa, Chejov ha conseguido que su teatro y sus narraciones breves trasciendan el naturalismo y expresen con la menor grandilocuencia posible dramas humanos que el paso del tiempo ha convertido casi en eternos. Mucho más éxito que el escritor ruso lo tuvo el compositor italiano Giacomo Puccini con el estreno de su ópera *La Bohème* en el teatro Regio, de Turín; basada en escenas de la vida bohemia de Henri Murger, Puccini puso música a un libreto en cuatro actos de Illica y Giacosa, y se ganó el aplauso de la mayoría de los aficionados al *bel canto.* En la cercana Barcelona, mientras tanto, un muchacho de dieciséis años presentaba en la Exposición de Bellas Artes de la ciudad un cuadro titulado *La primera comunión.* Era natural de Málaga. Se llamaba Pablo Ruiz Picasso.

1897 Levantamiento antiturco en Creta

El extremo oriental del Mediterráneo, que albergará en la siguiente década muchos de los focos de tensión que desatarán luego la Primera Guerra Mundial, es también en 1897 escenario de un conflicto bélico localizado en la isla de Creta y que enfrenta a griegos y turcos. La cuna de la vieja civilización minoica, que por su estratégica localización geográfica había sido un fruto apetecible que romanos, bizantinos, venecianos y turcos se habían pasado de mano a lo largo de la historia, era a finales del siglo XIX un territorio más del inmenso Imperio otomano, poco o nada parecido no ya a aquel floreciente estado que las excavaciones de Evans rescatarían para la historia en nuestro siglo, sino incluso al emporio comercial en que lo habían convertido los dux del león de San Marcos a partir del siglo XIII. Olvidada así por la burocracia del sultán, la isla había forjado con el tiempo un sentimiento de opresión al que no debieron ser ajenas las reivindicaciones griegas sobre el territorio, como confirmó el apoyo que desde Atenas Jorge I concedió a la fracasada rebelión antiturca de 1866. Treinta años después los cretenses iniciaron un segundo levantamiento general, ayudados de nuevo por Grecia, con voluntarios primero y luego incluso con tropas regulares; y aunque otra vez los turcos consiguieron sofocarlo, las grandes potencias impusieron al final una solución de



Ejecución por garrote del asesino de Cánovas.



Jorge I, rey de Grecia.

Desde la época clásica, Grecia ha mirado con recelo la península turca. El paso del tiempo cambió gobernantes y alteró la correlación de fuerzas en la zona, pero no fue capaz de acabar con un enfrentamiento que se mantiene aún en las postrimerías del siglo XX. A finales del siglo XIX, el foco de conflicto greco-turco fue la isla de Creta, vinculada antiguamente a Grecia, y luego parte integrante del imperio otomano. Al atraso en el que la idea imperial turca sumía a la isla se sumaba un rescoldo nacionalista que los gobiernos atenienses avivaban incluso con ayuda de armas y hombres; por fin, en 1897, estalló la rebelión. En ese mismo año moría en España, víctima de un atentado anarquista, el político más influyente de la Restauración, Antonio Cánovas del Castillo.

Cánovas admiraba el sistema democrático británico, en el que la alternancia en el poder de liberales y conservadores aseguraba la estabilidad política y social de la nación, y decidió trasplantar a España un procedimiento similar. Los fracasos consecutivos de Amadeo de Saboya y de la Primera República sirvieron para que casi todos aceptaran con alivio la llegada al trono de Alfonso XII, clave de bóveda para el juego parlamentario entre los liberales de Sagasta y los conservadores de Cánovas. Uno de los objetivos del proyecto restaurador, el dotar de estabilidad institucional al país, estaba así cumplido; fracasó, sin embargo, en el otro: el bipartidismo no pasó de ser algo formal, casi añadido a una realidad social y económica que siguió padeciendo las lacras de siempre.





Los turcos realizaron masacres en Creta, Macedonia y Armenia.



Le Petit Journal

SUPPLEMENT ILLUSTRE

Huit pages : CINQ centimes

DIMANCHE 22 AOUT 1897

Cánovas, asesinado por el anarquista Angiolillo.

compromiso, que al precio de la renuncia griega a cualquier pretensión anexionista, otorgaba a la isla el estatuto de principado autónomo, libre de la presencia de las tropas turcas aunque todavía bajo la soberanía formal de Ankara.

Muy lejos del foco de tensión del Próximo Oriente, en pleno océano Pacífico, otro territorio insular pasaba en 1897 a poder de una gran potencia. Las islas eran las Hawai (conocidas antes como Sandwich por decisión de su descubridor para Occidente, el capitán inglés Cook), y el afortunado país receptor, Estados Unidos. En esta ocasión, los hechos se separaron de la tónica que imperaba en la carrera colonial por su pacífico desarrollo, y tuvieron un marcado tinte económico, seguramente porque la penetración blanca había acabado en su proceso de aculturización con una gran parte de la población indígena, reducida en 1900 a poco más de 30.000 personas. A lo largo del siglo XIX, y sin que mediaran fricciones de importancia, ingleses, franceses y norteamericanos se habían repartido la influencia en el archipiélago; a comienzos de la década de los setenta, la preponderancia estadounidense se había concretado incluso en un tratado que concedía a Washington el dominio económico de la zona y el control de la rada de Pearl Harbor, mientras se mantenía una ficticia soberanía política en la persona de la reina Liliuokalani. Cuando en 1890 los comerciantes extranjeros comprobaron el perjuicio que para sus exportaciones a Estados Unidos significaban las medidas proteccionistas adoptadas

por Washington, iniciaron una campaña contra el gobierno indígena, al que acusaban de reaccionario y corrompido. En 1893 un comité de extranjeros depuso a la reina, proclamó luego la república y solicitó por fin la anexión a Estados Unidos; en 1897 la incorporación del archipiélago ya era un hecho, y así lo ratificó el Senado norteamericano al año siguiente.

Mientras, los españoles defienden sus últimas posiciones ultramarinas frente a los nacionalistas cubanos y filipinos, en una guerra que muy pronto también los norteamericanos harán suya. El político español que dirige la defensa de los restos del imperio, Antonio Cánovas del Castillo, no llegará, sin embargo, a ver el desastre de 1898: a comienzos de agosto de 1897, un anarquista italiano llamado Angiolillo le asesina al dispararle tres tiros mientras descansa en el balneario vasco de Santa Agueda. Con él desaparecía el político más influyente de la última parte del siglo XIX español, el responsable y el artífice de la restauración borbónica que siguió a la efímera primera República de 1868 y un intelectual de la historia de considerable prestigio; su visión del problema cubano y filipino estuvo marcada, sin embargo, por la intransigencia y el desconocimiento de la realidad de la situación, lo que explica su intento de acabar con los rebeldes por medio de una política de mano dura que lo único que consiguió fue azuzar aún más la revuelta.

Por las mismas fechas se reúne en Basilea el Primer Congreso Sionista, por iniciativa del abogado judío Theodor Herzl, el autor de la obra *El estado judío.* La tradicional mística del retorno a la tierra prometida que acompañó siempre al pueblo judío desde que los romanos destruyeran su estado en el año 70 a.C., conoció un extraordinario auge a partir de la mitad del siglo XIX, sobre todo entre las comunidades de la Europa oriental. Durante mucho tiempo la creencia general hizo depender la vuelta a la patria perdida de un expreso deseo divino y de la llegada a la tierra de un Mesías que lo llevara a cabo, pero en el siglo XIX las condiciones de las comunidades judías habían empeorado tanto (pérdida de importancia de los comerciantes judíos frente a las nuevas empresas capitalistas, proletarización de las nuevas generaciones, *progroms*) que por fin Yĕhudá ben Salomón al-Kalaí avanzó la idea de que retornar a Judea por medios puramente humanos no significaba una rebelión contra la palabra de Dios. Tras él, muchos



Paul Cézanne: La señora Cézanne en un sillón amarillo.



Paul Cézanne: Autorretrato.

otros teóricos y rabinos ahondaron en la idea, al tiempo que grupos de jóvenes estudiantes judíos creaban los primeros asentamientos en tierra palestina. El mérito de Herlz consistió en organizar el deseo de retorno en un movimiento que multiplicó la propaganda, los contactos con los distintos gobiernos y grupos judíos de todo el mundo y la creación de colonias en Palestina, hasta conseguir que Inglaterra se comprometiera en 1917, por la llamada declaración Balfour, a favorecer «el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío».

En pintura, las noticias en 1897 vienen, cómo no, de Francia, donde un veterano artista, Paul Cézanne, se ha convertido en el hombre de moda entre coleccionistas y jóvenes sucesores de los impresionistas. En este año, Cézanne pinta, entre otras obras, *El lago de Annecy* y algunas de las piezas de su magnífica serie de *Manzanas y naranjas*, pero su verdadero éxito le había llegado dos años antes gracias a una exposición retrospectiva en la galería Vollard que le valió el aplauso de todos los especialistas. Sin embargo, la espera ha sido larga, y durante mucho tiempo, Cézanne ha pasado por ser el pintor maldito, conocido únicamente entre un reducido grupo de colegas y de amigos; en la primera muestra impresionista de 1874, sus tres cuadros han causado tal reacción negativa de la prensa, que el artista no se atreve a presentarse a la siguiente, y cuando lo hace a la tercera, en 1877, alguno llega incluso a hablar de la obra de un loco. La saneada situación económica de su familia le evita caer en la bohemia, pero poco a poco el fracaso y la incomprensión le llevan a alejarse de los círculos parisienses y residir durante temporadas cada vez más largas en su finca de Provenza, donde continúa pintando sin preocuparse ya de exponer su trabajo. Allí, enclaustrado y de espaldas a casi todos, irá creando una obra en la que predomina el paisaje y el bodegón, y que poco después todos los historiadores del arte considerarán como el puente clave entre la revolución impresionista y el cubismo.

La ciencia y la técnica en este año deparan, sobre todo, dos importantes descubrimientos. Un químico alemán, Eduard Buchner, antiguo discípulo de Bayer y profesor desde 1896 en la universidad de Tubinga, demuestra por primera vez que los fermentos actúan a causa de las diastasas y consigue aislar en este año la levadura de cerveza, la zimasa, a la que seguirán más

Paul Cézanne ocupa un lugar de excepción en la historia del arte contemporáneo: sin él no hubieran sido posibles el cubismo y muchos otros de los caminos recorridos por la vanguardia del siglo XX. Y, sin embargo, estuvo a punto de suceder con él lo mismo que poco antes le ocurriera al holandés Vincent van Gogh: morir sin que nadie, excepto un reducido grupo de amigos, reconociera la calidad y el carácter innovador de su obra. Sus dos fracasos en sendas exposiciones impresionistas en los años setenta, en las que algún crítico perspicaz llegó incluso a dudar de su salud mental, le apartaron de cualquier pretensión de hacerse un hueco en el mundillo artístico parisiense.
El contraste entre la quietud y la paz de la mayoría de sus temas, casi siempre paisajes, bodegones y retratos, y la fuerza e incluso la violencia de su pincel y de su color llaman poderosamente la atención y anuncian inminentes revoluciones en el ámbito de la pintura.



***Paul Cézanne:* Partida de cartas.**

tarde otras, como la invertasa y la lactasa, hasta completar una carrera científica que le valdrá en 1907 el premio Nobel de su especialidad. El mismo premio, aunque dos años más tarde y en el campo de la física, lo recibirá también otro investigador que inicia ya públicamente sus trabajos en esta fecha: se trata del inventor italiano Guillermo Marconi, un joven graduado por la universidad de Bolonia, que culmina ahora, a la edad de veintitrés años, su interés por la telegrafía sin hilos con una comunicación inalámbrica entre Lavernock y Brean Down (canal de Bristol), con una distancia de nueve millas.

En un fin de siglo en el que los avances de la técnica se suceden con revolucionaria rapidez, destaca la presencia atípica de un científico mediterráneo, Eugenio Marconi, una gota de sangre latina en un campo dominado por el hombre nórdico. Su invento de la telegrafía sin hilos, que tan profundas repercusiones tendría en la sociedad del siglo XX, valdría al científico italiano el premio Nobel de Física en 1909. El interés de Marconi por la cuestión nació tras conocer el descubrimiento de Hertz de las ondas eléctricas e imaginar la posibilidad de utilizarlas para la comunicación; el éxito del experimento no sólo iba a hacer inútil el tendido de cables telegráficos, sino que permitiría además la comunicación entre zonas separadas por el mar.



Primer radiotransmisor construido por Marconi.



Jerusalén al final de la Primera Guerra Mundial.



Clases de hebreo para los viajeros a Palestina.

El auge del sionismo en los últimos años del siglo XIX y su inmediata consecuencia, el éxodo masivo de judíos de todo el mundo en dirección a Palestina, encerraba una paradójica aceptación de las doctrinas racistas que a lo largo de las dos centurias habían propiciado y justificado la persecución contra el pueblo hebreo: no somos iguales; la integración es imposible; necesitamos una patria. No todos abandonaron sus países de residencia, es verdad, pero también lo es que el aislamiento en el que habían vivido las diferentes comunidades judías, unido al deterioro económico y social de los últimos tiempos, hizo tan insostenible su situación que el deseo de «retorno» prendió, con más o menos fuerza, en todos.
Se iniciaba así uno de los conflictos más intrincados del siglo XX, porque si los judíos justificaban su «retorno» con argumentos históricos, lo propio hacían los árabes para defender su permanencia.

1898 El incidente de Fachoda

Uno de los reveses más importantes que había sufrido Gran Bretaña en su imparable carrera colonial a lo largo del siglo XIX se había producido en Sudán en 1883 cuando la tropa expedicionaria mandada desde el Egipto recién controlado fue derrotada por el caudillo Muhammad Ahmad 'Abd Allah, autoproclamado Mahdi, guiado por Alá. La rebelión, que llegó incluso a tomar la capital, Jartum, dos años más tarde, suponía un freno a las pretensiones inglesas de controlar un pasillo entre las posesiones de Africa del Sur y el Mediterráneo, por lo que era de esperar que la diplomacia de Londres intentara antes o después rectificar el desaguisado. La confirmación llegó en 1898, con el envío de una nueva expedición, al mando esta vez del general Kitchener, que por fin consiguió imponer el control británico sobre la región tras derrotar a los sudaneses, que ahora mandaba el sucesor del Mahdi, Muhammad 'Abd Allah, en la batalla de Omdurman. Pero la tensión no terminó con la batalla, sino que incluso se internacionalizó al descubrir Kitchener que en la ciudad de Fachoda se encontraba un destacamento francés al mando del comandante Marchand, proveniente del Chad, con lo que París vulneraba un implícito acuerdo que atribuía a los ingleses el control del Africa oriental a cambio de dejar las manos libres a sus vecinos galos en la zona occidental del continente. El riesgo de un conflicto armado entre las dos potencias coloniales se solucionó finalmente con ventaja británica, y el 3 de noviembre de 1898, tras mes y medio de tenso tira y afloja, Marchand recibió orden de levantar el campo y retirarse.

Algo más que diplomáticas fueron, en cambio, las derrotas españolas en este año. Los conflictos coloniales en los que el régimen de la Restauración se encontraba inmerso sufrirían en este año, hoy histórico, una solución brusca e inesperada por parte de Estados Unidos, interesado desde hacía tiempo en tomar el relevo colonial español en Cuba y Filipinas. El motivo escogido para la guerra fue la destrucción del acorazado norteamericano *Maine*, en el puerto de La Habana, el 16 de febrero de 1898, imputada, parece que injustamente, a los españoles; a partir de ese momento, sendas campañas de prensa en los dos países fomentaron un clima bélico que concluyó poco más de dos meses después con la ruptura de relaciones diplomáticas por parte española y la declaración de guerra decretada por el presidente norteamericano McKinley. Muy pronto se vería que el optimismo del ministro de la Guerra español no tenía ninguna base en la realidad: en mayo, el almirante Dewey destruyó en poco más de una hora la flota de Oriente en Cavite, con lo que, al margen de algunos focos de resistencia heroica, se perdían las Filipinas; poco tiempo después, el 3 de julio, la otra parte de la escuadra, al mando del almirante Cervera, sufría parecida suerte al intentar romper en Santiago de Cuba el bloqueo norteamericano a la isla. En diciembre de 1898, el tratado de París legalizaba lo que ya habían decidido antes las armas, y España entregaba a su vencedor sus posesiones en las Antillas, las Filipinas y la isla de Guam.



Asesinato de Isabel de Austria (Sissi).

Otro gran imperio en decadencia, China, continúa sufriendo en 1898 la rapiña generalizada de las grandes potencias occidentales y del Japón, que se hacen poco a poco con el control económico y político del país a través de leoninos acuerdos comerciales. La reacción

Mientras las grandes potencias dedicaban sus mejores esfuerzos militares a la conquista de posiciones fuertes en Africa, Asia y demás tierras consideradas vírgenes, y hacían valer unas ante otras derechos de conquista y de influencia, como sucedió entre ingleses y franceses en Fachoda, dentro de las fronteras europeas crecía el fermento de la agitación obrera. Fermento que a veces adoptaba la ideología anarquísta de la acción directa y apuntaba contra alguna cabeza coronada, como la de Isabel de Austria, y que en otros casos, como en Rusia, se acercaba al marxismo. Se perfilan así, en estos últimos años del siglo XIX, los conflictos que luego marcarán la vida política internacional: estallido de la Primera Guerra Mundial, revolución rusa, tensión en el Tercer Mundo, etc.



Marchand camino de Fachoda.



Franceses en Madagascar.



Auge del marxismo en Rusia.



Emile Zola, pintado por Manet.



Escaramuza en la guerra de Cuba.



Tendido de un puente en Bayamo (Santiago de Cuba).



Cuba: artillería norteamericana.

En el mismo año en que el consagrado novelista francés Emile Zola reabría el caso Dreyfus con su artículo «Yo acuso», y en el mismo continente donde el principal acusado de este asunto de espionaje pagaba injustamente por lo que no había hecho, España libraba su última batalla por la defensa de sus posesiones americanas. De aquel imperio en el que no se ponía el sol quedaban en 1898 sólo Cuba y Filipinas, y sobre ambas planeaba desde hacía tiempo la sombra amenazante del águila norteamericana. Al conflicto, ya antiguo, que enfrentaba a los españoles con los independentistas cubanos y tagalos, se sumó bien pronto la potencia yanqui, bien dispuesta para el combate tras las campañas intervencionistas de magnates de la prensa como Hearst: el mundo asistió a una guerra desigual y fulminante, y España perdió sus últimas colonias.
Pero las motivaciones norteamericanas en el conflicto no eran, por supuesto, filantrópicas, como no tardarían en comprobar los dos archipiélagos.



ante esta pérdida de soberanía fluctúa entre la opinión de aquellos que apuestan por una modernización del país y la de quienes cierran filas en torno al más puro tradicionalismo. Kang Youwei, un joven intelectual cantonés que tras la firma del tratado de Shimonoseki había asombrado a la corte con una petición de profundas reformas, accede en 1898 al poder por expreso deseo del joven emperador Guangxu e inicia un acelerado proceso de cambio que se traduce en más de 40 edictos de reforma, que instituyen modernas escuelas y universidades, transforman el sistema judicial y reforman el comercio, la industria y el ejército. Pero la experiencia durará sólo los «cien días» con que hoy se la conoce; casi inmediatamente el partido conservador que se agrupa en torno a la emperatriz Ts'ê-hi pone en juego toda su influencia y consigue que los militares depongan a Kang y a su grupo. Quedaba así abierto el camino para la turbulenta revuelta bóxer.

Mientras tanto, no todo es tranquilidad en el gran balneario europeo. Los diarios recogen la noticia de la muerte de Bismark en su retiro de Friedrichsruh el 30 de julio, al tiempo que informan del rearme naval alemán que impulsa el almirante Alfred von Tirpitz como justificación ante el peligro de un posible ataque inglés. Algo más al sur, en la ciudad suiza de Ginebra, un nuevo atentado anarquista, perpetrado por el italiano Luccheni, acaba con la vida de una de las más legendarias aristócratas europeas, la emperatriz de Austria Isabel de Wittelsbach, conocida popularmente como *Sissi*. Un fi-



La guerra de Cuba, en Le Petit Journal.

EMILE ZOLA (París, 1840-1902)

Hijo de un ingeniero de origen italiano que murió cuando Emile tenía siete años, Zola fue el creador de la escuela «naturalista» en la novela. Después de dos años de bohemia literaria en París entra a trabajar en la casa del editor Hachette como jefe de publicidad. En aquellos años comenzó su amistad con Paul Cézanne y su gran admiración por Balzac y Flaubert. Decide hacerse escritor, pero hasta 1868, con la aparición de su novela Teresa Raquin, *no atrajo la atención de la crítica literaria parisiense.*

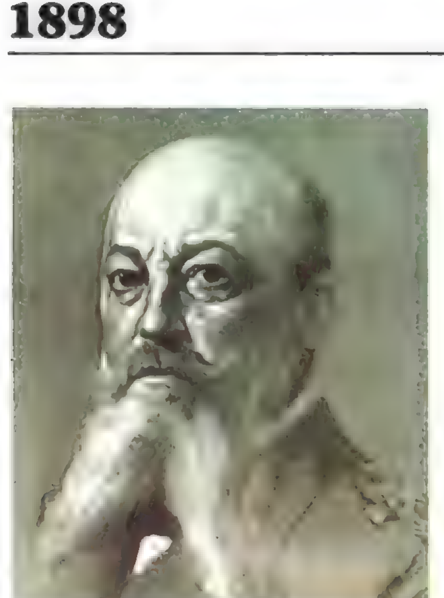
Desde un comienzo su obsesión fue aplicar a la novela los principios de la ciencia y la importancia de las determinaciones materiales en las pasiones humanas. En sus novelas posteriores, y a través de la familia Rougon-Macquart, describió las leyes de la herencia. En 1877 publicó La taberna, *que provocó un gran escándalo en los círculos acomodados de la sociedad.*

Zola se mostraría influido por las teorías socialistas de aquella época: confianza en la ciencia, evolución de la sociedad, educación progresiva de los hombres. La polémica sobre la obra literaria de Zola con la publicación de sus obras Nana *y* La Tierra *se encendía cada vez más y su fama iba en aumento. En 1898 escribe su famoso artículo* ¡Yo acuso! (J'accuse), *publicado en* L'Aurore *el 13 de enero, que condujo a la revisión del proceso Dreyfus, en el que defendió la inocencia del teniente de origen judío acusado de traición. Zola fue condenado a un año de prisión y tuvo que exiliarse en la Gran Bretaña.*

Además de su obra novelesca, Zola escribió teatro, poesía y ensayos críticos. En la historia de la estética literaria destaca su estudio crítico sobre el naturalismo en la novela y el teatro (La novela experimental, El naturalismo en el teatro).

El 29 de septiembre de 1902 murió accidentalmente en circunstancias misteriosas, asfixiado por las emanaciones de una chimenea. Sus restos fueron trasladados al Panteón en 1908.

Emile Zola fue el primer escritor en describir al pueblo con todas las contradicciones y miserias de la condición humana. Es difícil encontrar hoy un novelista que no deba algo a este escritor.


Alfred von Tirpitz.



OTTO VON BISMARCK (Schönhausen, 1815-Friedrichsruh, 1898)

Otto von Bismarck, conocido como el Canciller de Hierro, fue el artífice de la unificación alemana.

Perteneciente a una familia noble, realiza sus primeros estudios en Berlín y en 1892 comienza la carrera de derecho en Gotinga. Al terminar la universidad se dedica a la administración de las posesiones de la familia en Kniephof.

Después de morir su padre (1845), y con la revolución de 1848, inicia su carrera política desde un monarquismo radical. Se le otorga la representación de Prusia en la Dieta de Francfort (1851-1859) y desempeña posteriormente el cargo de embajador en San Petersburgo (1859-1862) y París (1862). Llamado por Guillermo I, fue nombrado ministro de Estado y, posteriormente, presidente del Consejo y ministro de Asuntos Exteriores. Comienza entonces su labor para conseguir la unificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Fueron aprobados los créditos pedidos, y Prusia empezó a contar con un ejército de 300.000 hombres.

De 1862 a 1864 gobernó al margen de la constitución, sometió a los partidos de la oposición, redujo la libertad de prensa, intentó aislar a Austria diplomáticamente y se alió con Rusia a raíz de la insurrección polaca de 1863. En 1864 declaró la guerra a Dinamarca, anexionándose los ducados de Schleswig y Holstein. Dos años más tarde derrotó a los austriacos y forjó la Confederación de los Estados Alemanes del Norte. Como Napoleón III se oponía a los planes de Bismarck, ocupó Alsacia y Lorena, bloqueó Metz y obtuvo las victorias de Sedán y Verdún, lo que produjo la caída del imperio de Napoleón III.

Las tropas prusianas ocuparon París en 1871, siendo coronado Guillermo I en el palacio de Versalles como emperador del II Reich (18-I-1871). Se inicia de este modo el Imperio alemán.

Bismarck creó la figura del canciller que dependía del emperador, se mostró tolerante con el parlamentarismo, impulsó la industria y el comercio marítimo, propugnó el establecimiento de la seguridad social, suprimió la enseñanza religiosa y persiguió a los nacionalistas polacos. Concedió además al Banco del Imperio poder emitir marcos (1872), promulgó el código de procedimiento civil y criminal (1872-1876) y estableció el servicio militar de siete años.

El Canciller de Hierro tuvo más éxito en el campo internacional que dentro de su país, donde asistió a la creciente fuerza del partido socialista, se enfrentó a los católicos y liberales e intentó en último término acercarse al mundo obrero. En política exterior elaboró un sistema de alianzas contra Francia, apoyándose en Rusia y en Austria-Hungría. En el congreso de Berlín (1878) frenó el expansionismo ruso en los Balcanes, y en la conferencia de Berlín (1885) dirigió el reparto de las zonas de influencia europeas en Africa.

En 1890 dimitió del cargo de canciller al heredar el trono Guillermo II.


La cultura occidental entra en China.



Bismarck.

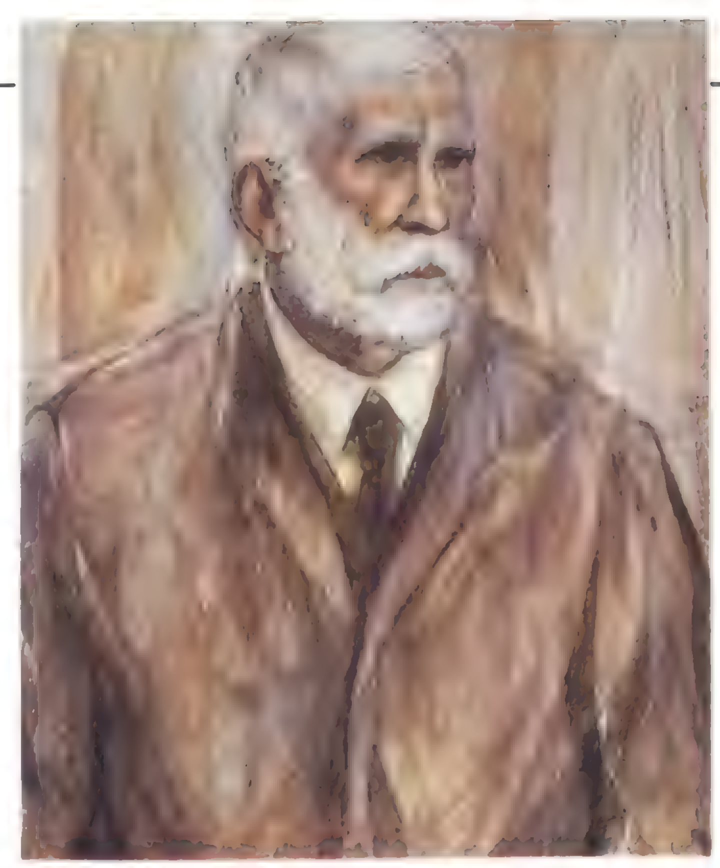
Decidido, implacable, analítico y frío, autoritario y egocéntrico, Otto von Bismarck protagonizó, como canciller de Prusia, el fulminante proceso que situó al pequeño país de los Hohenzollern a la cabeza del continente europeo. Derrotada Austria en Sadowa, humillada Francia en Sedán, sólo Inglaterra se mantenía libre de la hegemonía alemana, gracias a la fuerza de su flota. Anular esta desventaja fue la labor a la que se dedicó el almirante Von Tirpitz, justo a partir del año en que moría el viejo Canciller de Hierro. Mientras tanto, muy lejos de allí, la vieja China agonizaba
en un torbellino de rapiñas coloniales, reacciones nacionalistas, intentos fracasados de modernización y resquebrajamiento de una de las culturas más antiguas y admirables de la historia. Faltaba poco para la caída de la dinastía manchú.

La emperatriz china Ts'é-hi.

1898

El catalán Antonio Gaudí es parte inseparable del movimiento renovador que conmueve los cimientos de la arquitectura clásica a finales del siglo XIX, y que en Francia se conoció como el Art Nouveau, *en Inglaterra como el* Modern Style, *en Alemania como el* Jugendstil *y en Cataluña como el* Modernisme. *Pero aun así, muchos de sus rasgos estilísticos le confieren un aura de genial soledad: en un momento donde la arquitectura del hierro se impone por doquier, Gaudí sigue apegado a la piedra, niega cualquier pretensión innovadora y funde con genialidad influencias griegas, mudéjares, bizantinas y, sobre todo, góticas. En este año de 1898 ideará, por ejemplo, los planos de una de las iglesias más revolucionarias de la edad contemporánea, la de Santa Coloma de Cervelló.*

Es el mismo año en que el matrimonio Curie descubre el polonio y el radio, y Tolstoi ultima su magna Resurrección *considerada por muchos como uno de sus mejores libros. Aristócrata, profundamente religioso y hombre apegado a las más antiguas tradiciones de la tierra, Tolstoi representa seguramente el mejor ejemplo de lo que algunos han venido en llamar el alma rusa, y que cifra su escala moral de valores en el respeto y el amor a la naturaleza, a la religión y a la familia. A ello unía Tolstoi una pasión por la justicia y por la libertad, herederas probablemente tanto de un anarquismo de corte personalista como del cristianismo primitivo, que convirtieron en ocasiones su mensaje en algo provocador a los ojos de la sociedad.*



Antonio Gaudí.

nal trágico y violento para la vida de una mujer que desde los fastos de la corte de Viena había sufrido la muerte de su cuñado Maximiliano a manos de los mexicanos, la demencia de su cuñada Carlota, el extraño final de su cuñado Luis II de Baviera, el suicidio de su hijo Rodolfo en Mayerling y la muerte de su hermana, la duquesa de Alençon, en el incendio del bazar de la Charité en París. *Sissi* había sido siempre una mujer abierta y de gustos bohemios, que había convertido a la capital de su imperio en una de las ciudades más elegantes de Europa; pero desde 1880 hasta el día de su apuñalamiento se había retirado de la escena pública, dedicando todo su tiempo a realizar viajes a lo largo del mundo. Su muerte no tuvo, sin embargo, trascendencia política similar a la de otros dos acontecimientos que se desarrollan también durante 1898: en París, el 13 de enero, el novelista Emile Zola publica en las páginas de *L'Aurore* su alegato en defensa de la inocencia del teniente Dreyfus, titulado *Yo acuso,* que si bien le vale al condenado una revisión de su proceso, le supone al escritor una condena de un año de prisión y el pago de una multa de 3.000 francos. A la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, Zola optó por exiliarse a Londres durante 1898 y 1899, para retornar luego a su país y morir al poco tiempo en extrañas circunstancias, a causa, al parecer, de las emanaciones de una chimenea. Muy lejos del dorado París de fin de siglo, en la ciudad rusa de Minsk se celebra en este mismo año la conferencia fundacional del Partido Socialdemócrata Ruso, la primera organización de carácter marxista que surge en aquella parte de Europa, y en la que ya desde entonces se detecta la división que más tarde fraccionará al partido entre los seguidores de Lenin y de sus concepciones sobre la necesidad de una organización cerrada, de estructura casi militar, y los de Martov y Axelrod, mucho más cercanos a las directrices por las que se rige la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional.



León Tolstoi



Madame Curie.

También en Rusia, en su aldea de Yasnaia, el gran novelista León Tolstoi ultima la que será una de las mejores obras de su madurez, *Resurrección,* una crítica despiadada contra la sociedad zarista y todas sus instituciones, incluida la propia Iglesia, que pocos años después le costará la excomunión por el Santo Sínodo. Rico por nacimiento, Tolstoi había iniciado desde su juventud un proceso de espiritualización que correrá paralelo a su impresionante producción narrativa, y que le hará preocuparse por la condición de los más humildes y desprotegidos, hasta el punto de crear en sus propiedades una escuela para niños en la que experimentar sus concepciones pedagógicas. Hacia el final de su vida, su preocupación religiosa correrá pareja a su despego de los intereses materiales, y sólo la mentalidad más pragmática de su mujer impedirá que el escritor reparta sus propiedades entre los campesinos que las trabajan.

Otro personaje de hondas convicciones religiosas, el arquitecto catalán Antonio Gaudí, realiza también durante este año de 1898 algunas de sus más personales creaciones, entre las que destaca, además del trabajo que dedica a la erección de la Sagrada Familia en Barcelona, el proyecto de la original y casi indescriptible iglesia de Santa Coloma de Cervelló, levantada luego, aunque parcialmente, entre 1908 y 1914. Con Pierre Curie, el hombre que junto con su esposa Marie descubre en 1898 el polonio y el radio, tiene Gaudí un dramático punto en común: ambos morirán de forma violenta, atropellado el arquitecto por un tranvía, y muerto el químico por un camión.

1899 Conflictos en Latinoamérica



Antonio Leocadio Guzmán, político venezolano.

La mayoría de los países latinoamericanos obtienen su independencia a lo largo del siglo XIX, al calor de la crisis irreversible en la que se debaten España y Portugal. Y, sin embargo, qué lejos están de ser los dueños verdaderos de sus destinos. Desde casi su entrada en la historia como países soberanos, el poder pasa a convertirse en Latinoamérica en un coto cerrado que se disputan las distintas facciones políticas y encontrados intereses económicos. Bajo formas jurídicas importadas de Europa, el golpe militar, el dictador y los intereses de las grandes potencias tejen una realidad política que condena al subdesarrollo a unos pueblos que no lo merecían ni por su riqueza ni por su tradición cultural. A fines del siglo XIX, las cosas no han cambiado para mejor: «revolución» en Venezuela, donde un militar, Cipriano Castro, apea del poder a su compañero de armas Ignacio Andrade; tensiones en Nicaragua que culminan con la intervención norteamericana. Sobre todo ello, una lógica menos espectacular, pero de terrible eficacia: se crea en Estados Unidos la United Fruit Company.



Guerra civil en Colombia.

Estados Unidos e Inglaterra, caricatura de la época.







Negociaciones de paz entre España y Estados Unidos.

Quizá como premonición de que los años que se avecinaban iban a exigir dosis extraordinarias de negociación y arbitraje, las grandes potencias decidieron crear en 1899 un tribunal internacional de arbitraje con sede en la ciudad holandesa de La Haya, para que fuera esta institución la que dictaminase sobre los problemas del derecho internacional. Cada uno de los países que se adhirieron a la idea eligió a un grupo de jurisconsultos, entre los cuales se escogería luego a la pareja encargada de estudiar cada reclamación, y que a su vez nombraría a un árbitro superior como presidente del tribunal. Pero frente a la oportunidad de la idea, la dinámica de la situación política internacional demostraría los límites de las buenas intenciones; y lo haría además en este mismo año de 1899, cuando una de las naciones signatarias, Inglaterra, se vio envuelta en el cono sur africano en la guerra de los bóers. La tensión venía de muy atrás, al chocar los intereses de los primitivos colonos holandeses y británicos en las primeras décadas del siglo XIX, pero todo parecía resuelto con la retirada de los bóers hacia el interior, donde fundaron, con la aprobación inglesa, las repúblicas de Orange y Transvaal. Sin embargo, la pretensión de Londres de conquistar un pasillo que uniera sus posesiones en el sur con las del Egipto mediterráneo reabrió el problema, agravado en esta ocasión por los intereses en juego que habían surgido en torno a las recién descubiertas minas de oro y de diamantes. Todo amenazaba ya el idílico paraíso bóer, y consciente de ello, el presidente Kruger, tras una inútil petición a los ingleses para que suspendieran el envío de tropas al Africa austral, decidió iniciar la guerra decretando la invasión del Natal el 11 de noviembre de 1899. Se daba inicio con ello a un conflicto desigual que durante varios años monopolizó el interés de la mayoría de los europeos, y que coincidió en la fecha de su comienzo con otra iniciativa británica en el campo colonial, en esta ocasión de signo pacífico: la firma con Portugal del tratado de Windsor, por el que se comprometía a respetar, tras unos años de duda, las posesiones lusitanas de Angola y Mozambique.

En el continente americano, la expansión colonial tenía unos rasgos bastante diferentes de los que tomaba casi salvajemente en Africa, pero ello no significaba que no se hiciera notar. Las antiguas posesiones españolas habían conseguido formalmente su independencia a principios del siglo XIX y estaban además dirigidas por sectores criollos, por lo que resultaba imposible aplicarles los argumentos que justificaban la penetración en Africa o en Asia. La estrategia de las grandes potencias fue, en este caso, la de controlar sus economías por medio de acuerdos comerciales, empréstitos, arrendamientos a largo plazo, etc., y sólo intervenir militarmente en las ocasiones en que se considerasen dañados estos intereses. 1899 contempla la creación de una de las empresas que mejor ejemplifican este nuevo tipo de de-



Lloyd George y Winston Churchill a finales de siglo.

pendencia colonial: la United Fruit Company, o como acabaron por llamarla los habitantes de esas tierras, la *mamita yunai*, una sociedad norteamericana, heredera de la Boston Fruit Company, que muy pronto controló la explotación agrícola de parte del continente, gestionó líneas de ferrocarril, empresas navieras y compañías radiotelegráficas, y que llegó a tener una plantilla de 60.000 personas. Primer productor mundial de plátanos, abastecedor del 80 por 100 del mercado estadounidense y de parte del inglés y del canadiense, propietaria de un millón de hectáreas repartidas entre América



Soldado bóer a caballo.



Inglaterra y los bóers. Caricatura de la época.



Kruger, presidente de los bóers.

Central, las islas del Caribe, Colombia y Ecuador, la United Fruit Company consiguió cimentar su imperio en base a una serie de tratados político-económicos con las distintas oligarquías nacionales, que dieron lugar a las llamadas *banana republics*, donde el verdadero centro de poder no residía en la casa presidencial, sino en la sede de la compañía. Era en la zona de estos países donde mayor control ejercía Estados Unidos en el continente, y así lo confirmaban las intromisiones de Washington en la política interna de Nicaragua, donde en 1899 llegan incluso a intervenir militarmente durante la presidencia de José Santos Zelaya. En otras naciones del continente en las que la intervención exterior es menos llamativa, la inestabilidad política y la pugna por el poder de grupos y capillas impiden cualquier evolución. Este es, por ejemplo, el caso de Venezuela, donde el general Cipriano Castro encabeza, el 23 de mayo de 1899, la «revolución de los sesenta» contra el gobierno de otro militar, el general Ignacio Andrade, e instaura un régimen dictatorial que durará hasta 1908, y al que le tocará resolver, seis años antes de su extinción, el ataque a las costas venezolanas de las flotas de Inglate-

A finales del siglo XIX, los británicos solían definir su situación política en el mundo con el concepto de splendid isolation*; vencedores indudables de la carrera colonial, podían permitirse el lujo de observar desde una altura considerable otros esfuerzos europeos por conseguir algunos de los trozos restantes del pastel. Pero no era, de todas formas, un aislamiento absoluto, como se comprobaría muy pronto en África del Sur, una zona que a su permanente interés estratégico para los ingleses unió por estos años una riqueza en metales preciosos que aun hoy, un siglo después, sigue siendo su principal fuente de ingresos. Lo que en un primer momento fueron sólo roces con los primitivos colonizadores de la zona, los bóers holandeses, acabó por degenerar en un estado de tensión que en 1899 dio paso a una guerra abierta. Un poco por intereses políticos y otro poco por la simpatía que siempre despierta el débil, todo el mundo siguió con interés y corazón probóer el desarrollo del desigual conflicto.*

Para sorpresa de casi todos, los primeros lances de la guerra favorecieron a los bóers, pese a una desproporción en hombres que a veces llegó a ser de uno contra diez. Mejores conocedores del terreno, rápidos y decididos, las partidas bóers trajeron en jaque al ejército inglés.



La guarnición inglesa de James Stone se rinde a los bóers.



Convención franco-inglesa sobre Africa.

Gran Bretaña conoció durante el larguísimo reinado de la reina Victoria (1837-1901) el mayor esplendor de su historia, hasta el punto de hacer exclamar al novelista Stendhal que el reino de su graciosa majestad era «un espejo para el futuro». Con las correcciones que los hechos imprimen siempre a este tipo de frases, la opinión del autor de Rojo y negro acertó en lo sustancial: Inglaterra conoció en el siglo pasado un proceso de industrialización, de urbanización, de aparición de las clases medias, de organización del movimiento obrero y de democratización de las instituciones, que ha pasado a ser luego itinerario obligado para la mayoría de los países occidentales. Uno de los pilares sobre los que se edificó esta prosperidad fue la expansión colonial y la consiguiente apertura de nuevos mercados y de proveedores de materias primas; su justificación económica fue el librecambismo, una doctrina económica que se demostró extraordinariamente provechosa para un país que controlaba mercados, marcaba la pauta industrial en el mundo y poseía además los medios militares para defender tan privilegiada posición. El cambio de siglo se demostró fatal para Inglaterra, sin embargo, y ello a pesar de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. Otros países occidentales se habían apuntado también en la carrera colonial y la industria inglesa dejó de ser la única

Tumultos en París en 1899





La paz. Caricatura de la época.



El crecimiento de la flota inglesa.



Los problemas de Francia. Caricatura.

rra, Alemania, Italia y Países Bajos, que presionaban así para que el gobierno venezolano pagara sus deudas a algunos de sus súbditos.

Claro que ni Latinoamérica, ni Africa, ni Asia monopolizaban las injusticias cometidas con ciertas naciones. En la vieja Europa, toda la zona oriental del continente se encontraba dominada por los viejos imperios ruso y austro-húngaro, sin distinción de fronteras ni reconocimiento del derecho a existir como nación. En la península escandinava, por ejemplo, el antiguo ducado de Finlandia, que había sido anexionado por los rusos en 1809, conocía ahora, a fines del siglo, tiempos mucho más duros para su coartada libertad nacional que los transcurridos bajo el gobierno del liberal Alejandro II. En 1899, el que sería último zar, Nicolás II, desposeyó a la dieta que gobernaba el país de todos sus derechos y concedió al general Bobrikov poderes dictatoriales para regir el territorio, al que se privó además del derecho a tener su propio ejército.

En el mundo del arte, los acontecimientos son escasos en este último año del siglo. Destacan en él dos nombres, vinculados ambos con la pintura, John Ruskin y Joaquín Sorolla, si bien el primero, famoso por sus trabajos sobre la historia del arte y por su defensa apasionada de Turner y los prerrafaelistas, es noticia en 1899 por la fundación en Cambridge de una escuela laboral superior que ha costeado con su propia fortuna. Sorolla, mientras, finaliza en estas fechas una de sus obras más famosas, *Playas de Valencia,* y renueva día a día su papel de pintor español más popular de la época de entresiglos. Influido abiertamente por el impresionismo francés, del que, sin embargo, le separa su peculiar concepción de la luz y una mayor tendencia al realismo, Sorolla viajó por todo el mundo y realizó exposiciones y encargos en París, Viena, Berlín y varias ciudades de Estados Unidos.

Publicidad fin de siglo para el automóvil italiano.



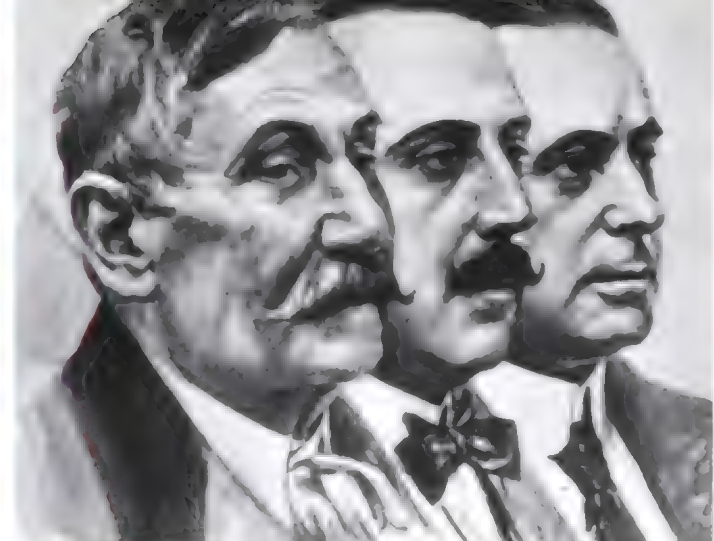
El representante más conocido del impresionismo en España fue el pintor valenciano Joaquín Sorolla, autor de una ingente obra que supera los 2.000 cuadros y seguramente el artista con más proyección internacional de los de su país en este fin de siglo. Compararlo con algunos de los grandes del impresionismo sería tan erróneo como menospreciar su producción: Sorolla no era ni un experimentador ni un revolucionario; en él predominaba sobre todo el paisajista enamorado del luminoso azul del Mediterráneo. Vinculado también al arte, sobre todo por su faceta de crítico e historiador, el inglés John Ruskin es noticia también en 1899 por patrocinar en Cambridge la construcción de una escuela laboral. No se trata de un acto aislado, sino de un ejemplo más del interés de ciertos sectores de la intelectualidad británica por la problemática obrera, como demostrara ya en su momento la creación de la Fabian Society, una de las fuentes más originales del laborismo inglés.
En el mismo año, la casa Fiat italiana anunciaba la construcción de sus primeros automóviles, sentando ya entonces las bases de la que es hoy una de las más importantes empresas de vehículos de Europa. Sin embargo, el empuje definitivo llegaría de América, donde Henry Ford preparaba el primer modelo utilitario de la historia.



Sacando la barca, de Joaquín Sorolla.



John Ruskin.



Pérez Galdós, Francisco Verdugo y Mariano Zabala.

BENITO PEREZ GALDOS
(Las Palmas de G. Canaria, 1843-Madrid, 1920)

El que habría de ser el más grande de los novelistas españoles del siglo XIX nace en Las Palmas el 10 de mayo de 1843. Hijo de una familia acomodada, cursa el bachillerato en la isla, y hasta se supone que debió de asistir a un colegio inglés. Con el deseo de cursar la carrera de Derecho, llega a Madrid en 1862, y desde este año comienza a colaborar en periódicos y revistas, al tiempo que asiste sin mucho entusiasmo a los cursos de la facultad de Derecho; en realidad, sólo se licenciaría en 1869. Pronto abandonará el periodismo para centrarse en la que iba a ser su más auténtica vocación: la novela. Después de su primer viaje a París (1867), donde descubre las novelas de Balzac, y de algunos escarceos dramáticos, publica La fontana de oro *(1870), su primera novela histórica.*

A partir de este momento organiza su vida y su labor literaria con todo rigor. Trabaja diariamente, y sus libros suelen salir a la venta con pasmosa regularidad. Esto atestigua la fecundidad de una obra que podemos cuantificar así: 46 episodios nacionales, 36 novelas en más de 40 volúmenes, 24 obras de teatro y otra docena de libros de diversos temas.

Con la primera serie de los Episodios Nacionales *(1873-1875) ganó de golpe la fama. Galdós, con un estilo llano y sin artificios, fue trazando la inmensa crónica novelada de los acontecimientos históricos y sociales de España, de 1808 (*Trafalgar*), hasta finales de siglo (*Cánovas*).*

Galdós no es, sin embargo, un escritor encerrado en su quehacer, esclavo de sus editores. Viaja constantemente por España y por el extranjero, lee dos idiomas (francés e inglés) e interviene en la política de su tiempo: es diputado con Sagasta por el distrito de Guayamo (Puerto Rico) de 1886 a 1890, vuelve a conseguir acta de diputado con los republicanos, por un distrito de Madrid, en el año 1907 y de nuevo sale elegido en 1910.

En su obra maestra, Fortunata y Jacinta, *recreó el Madrid de aquella época. Su fama como novelista le lleva a la Real Academia de la Lengua en 1897, y hubiera conseguido el premio Nobel en 1912 si no se hubiera organizado una campaña antigaldosiana a cargo de las fuerzas más retrógradas del momento. La Academia sueca, ante el conflicto planteado en la misma patria del candidato, prefirió posponer a Benito Pérez Galdós.*

Políticamente fue evolucionando del liberalismo monárquico al republicanismo. En 1883 escribía: «El gran problema social que, según todos los síntomas, va a ser la batalla del siglo próximo, se anuncia en las postrimerías del actual, con chispazos, a cuya claridad se alcanza a ver la gravedad que entraña» («La cuestión social»).

El fundador de la novela española moderna murió completamente ciego el 4 de enero de 1920. Sus últimos días los ocupa en el estudio de «la presencia de lo sobrenatural, inexplicable al rigor científico». La obra galdosiana es comparable a la de Balzac, Dickens o Dostoievski. En 1870 había escrito: «La novela moderna es la de observación, espejo fiel de la sociedad en que vivimos.»

El doctor Marañón, su médico de cabecera, le describió así: «Galdós era un hombre un poco atormentado y tímido... Su eficiencia cerebral era tan grande, que le pasaba lo que les pasa a la mayor parte de los hombres inteligentes: tenía sus sentimientos en el bolsillo.»

CRONOLOGIA

Política internacional

1889. *Rodolfo, hijo único de Francisco José I de Austria, se suicida en el palacio de caza de Mayerling, cerca de Viena.*
Fin de la monarquía en Brasil. Con la abdicación de Pedro II empieza la república.
Cecil Rhodes, al frente de una sociedad británico-sudafricana, funda Rhodesia.
El republicano Benjamín Harrison es elegido presidente de Estados Unidos.
Anuncio de una Constitución en Japón.

1890. *Bismarck es cesado como canciller del Imperio alemán por el emperador Guillermo II.*
Muere Guillermo III de Holanda. Le sucede su hija Guillermina.

1892. *William E. Gladstone es elegido de nuevo primer ministro de Gran Bretaña.*

1893. *Grover Cleveland, del partido demócrata, es elegido presidente de Estados Unidos.*
Empieza la guerra de España en Melilla.

1894. *Chlodwig, príncipe de Hohenzollern, es elegido canciller del Imperio alemán.*
Nicolás II sucede a su padre, el zar Alejandro III de Rusia.
El capitán del ejército francés Alfred Dreyfus es juzgado y condenado por un consejo de guerra, acusado de dar información militar a los alemanes.
El presidente francés Sadi Carnot es asesinado por un anarquista. Le sucede Félix Faure.
Con el Convenio de Marraquech se pone fin a la guerra de Melilla.
Guerra chino-japonesa.

1895. *Fin de la guerra chino-japonesa con la firma de la paz de Shimonoseki. China reconoce la independencia de Corea y cede Formosa al Japón.*
Al «Grito de Baire», José Martí inicia la insurrección independentista cubana. Muere este mismo año en el combate de Dos Ríos.

1896. *Conquista y anexión de Madagascar por los franceses.*
Tratado secreto entre Rusia y China contra Japón.
Valeriano Weyler sustituye al general Martínez Campos en Cuba.
Con el fusilamiento de José Rizal, patriota filipino, empiezan las revueltas en las islas Filipinas.

1897. *Asesinato de Cánovas del Castillo, primer ministro español, por un anarquista.*
William McKinley, nuevo presidente de Estados Unidos.
Norteamérica se anexiona las islas Hawai.

1898. *Con la paz de París, España pierde Cuba y tiene que ceder a Estados Unidos Puerto Rico y Filipinas.*
Primera ley de la flota alemana para impulsar y fortalecer la marina.
La emperatriz viuda Tse-hi se hace con el poder en China, dando término a los intentos reformistas del emperador Kuang-sü.
El 30 de enero, Emilio Zola ataca al Estado Mayor francés en una carta abierta que publica L'Aurore con el título «Yo acuso». Es condenado, y en el juicio se revelan los detalles del caso Dreyfus.
Muere el príncipe Otto von Bismarck.

1899. *Emile Loubet, elegido presidente de Francia.*
Celebración de la Primera Conferencia de la Paz en La Haya.
Comienzo de la guerra anglo-bóer al rechazar Gran Bretaña el ultimátum del presidente Krüger de retirada de sus tropas de la frontera sudafricana.

Sociedad

1889. *Fundación de la Segunda Internacional Socialista en París.*
Promulgación del Código Civil en España.

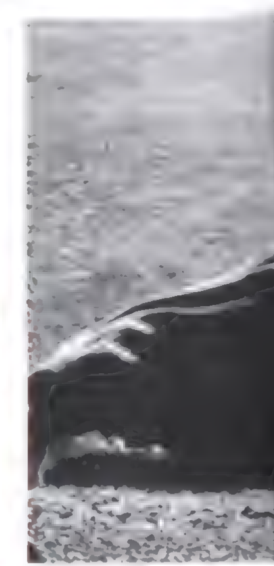
1890. *Primera celebración internacional del 1 de mayo como día de la Fiesta del Trabajo.*
Restauración del sufragio universal en España.

1891. *Bertha von Suttner funda la Sociedad Austriaca de los Amigos de la Paz.*
Publicación de la encíclica Rerum novarum, *del papa León XIII.*

1894. *Blasco Ibáñez funda el periódico* El Pueblo, *de línea republicana y anticlerical.*



Guerra de Cuba.



1895. *Sigmund Freud describe los fundamentos del psicoanálisis en los* Estudios sobre la histeria. *Muere en Londres Friedrich Engels.*

1896. *Alfred Nobel, descubridor de la dinamita, deja, al morir, su fortuna con el fin de que los ingresos de su herencia sirvieran para premiar anualmente a aquellas personas que se distinguieran en el campo de la ciencia, literatura y fomento de la paz. Los premios Nobel empezarían a otorgarse a partir de 1901.*

1897. *Se celebra en Basilea el primer congreso sionista.*

1898. *Se funda en Rusia el partido socialdemócrata.*

1899. *John Ruskin funda en Cambridge (Gran Bretaña) una escuela laboral superior.*

Economía

1889. *Exposición Universal de París.*

1890. *Política aduanera ultraproteccionista en Estados Unidos.*

1892. *Grave crisis económica en Estados Unidos, donde los parados llegan a cuatro millones. Los precios agrícolas han bajado y el tipo de interés del dinero sube al 18 por 100.*

1895. *Sidney Webb funda en Inglaterra la Escuela londinense de Ciencias Políticas y Económicas.*

1899. *Fundación de la United Fruit Co., empresa norteamericana que se dedica a la explotación de grandes plantaciones en América latina, en régimen de monopolio, y que su dominio invade el campo político.*

Ciencia y tecnología

1889. *Construcción de la torre Eiffel, en París. El ruso Ivan Pavlov realiza la experiencia del reflejo condicionado y la fisiología de la digestión en un perro.*

1890. *Oskar Hertwig comprueba que el núcleo de la célula y sus cromosomas son los que transmiten la herencia.*
Otto Lilienthal realiza el primer vuelo en planeador construido con mimbre y algodón.

1892. *Rudolf Diesel inventa el motor de aceite pesado, con encendido por compresión, que llevará su nombre.*
Emil von Behring descubre el suero contra la difteria.

1895. *Construcción del canal de Kiel, que facilita el paso desde el mar del Norte al Báltico.*
Los hermanos Auguste y Louis-Jean Lumière inventan el cinematógrafo.
Wilhelm Conrad Roentgen descubre los rayos X.

1896. *Henri A. Becquerel descubre la radiactividad del uranio.*
Guillermo Marconi consigue la primera transmisión radiotelegráfica en Gran Bretaña.
Muere Otto Lilienthal, pionero del vuelo sin motor, al estrellarse con su planeador en las cercanías de Berlín.

1898. *Los esposos Curie descubren la radiactividad del radio y el polonio al conseguir aislarlos de la pecblenda.*

Sucesos

1893. *Ola de atentados anarquistas en España. El más sangriento será el de la explosión de una bomba en el teatro del Liceo de Barcelona.*

1898. *La emperatriz Isabel de Austria es asesinada en Ginebra.*

Deportes

1896. *Pierre de Coubertin consigue hacer realidad la celebración en Atenas de los primeros juegos olímpicos de la era moderna.*



George Bernard Shaw.



Giacomo Puccini.



El papa León XIII.



Literatura

1889. *Gerhart Hauptmann:* Antes de la salida del sol.
1890. *Knut Hamsun:* Hambre.
Henrik Ibsen: Hedda Gabler.
1891. *Oscar Wilde:* El retrato de Dorian Gray.
1892. *Gerhart Hauptmann:* Los tejedores.
Máximo Gorki: Makar Chudra.
Friedrich Nietzsche: Así habló Zarathustra.
1893. *Max Halbe:* Juventud.
1894. *Rudyard Kipling:* El libro de la selva.
Bernard Shaw: La profesión de la señora Warren.
Knut Hamsun: Pan.
Vicente Blasco Ibáñez: Arroz y tartana.
1895. *Frank Wedekind:* Espíritu de la tierra.
Miguel de Unamuno: En torno al casticismo.
Gerhart Hauptmann: Florian Geyer.
1896. *Henryk Sienkiewicz:* Quo vadis?
Anton Chejov: Las gaviotas.
1898. *León Tolstoi:* Resurrección.
1899. *Ernst Haeckel:* Los enigmas del universo.
Arthur Sclmitzler: El corro.

Cine

1895. *Louis-Jean y Auguste Lumière:* La salida de la fábrica.

Música

1889. *Gustav Mahler:* Sinfonía n.° 1.
Richard Strauss: Don Juan.
1890. *Claude Debussy:* Suite bergamasque.
Pietro Mascagni: Cavalleria rusticana.
1891. *Richard Strauss:* Muerte y transfiguración.
1893. *Anton Dvorak:* Sinfonía n.° 1 en mi menor, del Nuevo Mundo.
Peter Tchaikovski: Sinfonía n.° 6 en si menor, Patética.
Giuseppe Verdi: Falstaff.
1894. *Claude Debussy:* La siesta de un fauno.
1895. *Isaac Albéniz:* Suite ibérica.
1896. *Giacomo Puccini:* La Bohème.
1897. *Ruperto Chapí:* La Revoltosa.

Pintura y escultura

1890. *Paul Cézanne:* Los jugadores de cartas.
Auguste Rodin: Danaide.
Muere Vincent van Gogh.
1891. *Paul Gauguin:* Las mujeres de Tahití.
1892. *Henri de Toulouse-Lautrec:* Jane Avril ante el Moulin Rouge.
Mariano Benlliure: Manumento a Isabel la Católica, *Granada.*
1893. *Maurice Denis:* Las musas.
1895. *Edvard Munch:* La madre muerta.
1896. *Pablo Picasso:* Primera comunión.
1897. *Paul Cézanne:* Lago de Annecy.
Paul Gauguin: Vairumati.
1899. *Joaquín Sorolla:* Playas de Valencia.
Edvard Munch: Muchachas en el puente.

Arquitectura

1890. *Burnham y Rood:* Reliance Building, *Chicago.*
1892. *Berlage:* La Bolsa, *Amsterdam.*
1894. *Anatole de Baudot:* Iglesia de San Juan Evangelista de Montmartre, *París. (Es el primer edificio construido totalmente de hormigón.)*

1900

LA REBELION DE LOS BOXERS EN CHINA

EN 1900 estalló en China la rebelión de los bóxers, la más influyente de las numerosas sociedades secretas que florecieron por entonces como respuesta a la presencia colonial europea. Fue un estallido violento y desesperado que la prensa europea relató con toda clase de detalles, pero olvidando cínicamente la explotación y la humillación política a las que sus gobiernos sometían al pueblo chino y la posterior represión que cayó sobre los rebeldes. Se trataba, sin embargo, de un doble aviso, a la casa imperial y al invasor, de los futuros acontecimientos revolucionarios que iban a conmover a una de las sociedades más viejas del mundo.



Un recuerdo de China: europeos posan ante cabezas bóxers.

La significación etimológica de la palabra China es la de país del centro u ombligo del mundo. El resto de los humanos —los no chinos— estuvieron considerados durante siglos como los bárbaros extranjeros, con los que no había ninguna necesidad de mantener relación. Los viajes de Marco Polo y la presencia de núcleos reducidos de jesuitas fueron la excepción al tradicional aislamiento chino. Sin embargo, en la hora de la expansión colonial, China se comportó como un gigante enfermo: su soberanía política y su riqueza pasaron a manos extranjeras.



El embajador francés en Pekín.

El hombre occidental y el Imperio chino

El gran país asiático, el Imperio del Centro, había sido durante largos siglos, y al margen de viajes legendarios como los del veneciano Marco Polo, territorio vedado para los europeos. Sólo el impulso evangelizador de algunas misiones cristianas consiguió llegar al Imperio, pero con unas consecuencias insospechadas: fundamentalmente, el caso de los jesuitas que llegaron a China, tras las huellas de Francisco Javier, mediado el siglo XVI (1552): aventura que concluyó dramáticamente, en 1773, con la disolución de la Compañía de Jesús, principalmente por la llamada «querella de los ritos», tan concienzudamente estudiada por el sinólogo francés Etiemble. Este es, quizás, uno de los casos que más gráficamente ilustran el enfrentamiento y choque entre culturas distintas, antagónicas. Finalmente, los jesuitas adaptaron al catolicismo

Carrera Pekín-París.

los ritos y la liturgia de religiones asiáticas; y sobre ellos cayó el peso de la disolución y condena dictada por el papa Clemente XIV en el breve *Dominus ac Redemptor*, fechado el 21 de julio de 1773; disolución que se justifica, entre otros motivos, por «la práctica de ciertos ritos paganos». El breve pontificio destruía una labor de siglos en la que, gracias al sincretismo resultante del enfrentamiento cultural, un número de sacerdotes católicos, jesuitas, llegaron a constituir una pléyade, un grupo de presión diríamos en lenguaje actual, en el mismo corazón de la corte imperial (matemáticos, astrónomos, físicos, diplomáticos) e incluso se habían visto promovidos al elevado rango de mandarines.

Pero, a pesar de la presencia de los jesuitas, China continuaba siendo un coto cerrado al que pondría cerco el expansionismo colonial europeo decimonónico, necesitado de materias primas y de mercados de consumo donde colocar sus excedentes fabriles. Gran Bretaña, encabezando la revolución industrial y situada ya estratégicamente en la India, pondrá en marcha una serie de mecanismos encaminados a terminar con la resistencia china a toda penetración extranjera. El instrumento utilizado será el opio, que, empleado en China sólo con fines medicinales, pasará a la categoría de droga para el consumo individual, gracias al contrabando inglés. Según datos oficiales, en 1820 entraban de modo clandestino en China cerca de 9.000 cajas de opio, que contenían aproximadamente 70 kilos cada una; mientras que en 1835 eran ya más de 30.000 las cajas que se introducían utilizando aquellos canales. El opio, cultivado intensivamente por los británicos en la India, tuvo efectos nocivos sobre la salud física y moral de la población china; pero también tuvo graves repercusiones económicas, por la sangría que representaba este tipo de contrabando. Alrededor de 1839, un alto dignatario chino escribía a este respecto: «Si seguimos dejando que prospere este tráfico, dentro de unos cuantos años nos encontraremos no sólo sin soldados para resistir al enemigo, sino sin dinero para equipar al ejército.»

Las guerras del opio

La droga era la moneda oculta con la que los europeos pagaban la seda, el té, el ruibarbo y todo lo que resultaba difícil de adquirir en China. Después se convertiría en el instrumento militar. El gobernador chino de Cantón ordenó, en 1839, la confiscación y quema de una gran cantidad de cajas de opio, cuyas cenizas fueron arrojadas al mar; dictó, además, disposiciones conducentes al cierre del puerto de Cantón al tráfico exterior; era la medida que más podía perjudicar a los comerciantes europeos. La intervención armada británica fue fulminante; la derrota militar china dio paso a unas negociaciones diplomáticas que concluyeron con el Tratado de Nankín (1842), que abría cinco puertos al comercio libre con los europeos: Cantón, Shanghai, Nigbo, Amoy y Fuzhon, y ponía además bajo control inglés la isla de Hong Kong. Puertos abiertos «donde los comerciantes extranjeros podrán residir con sus familias y establecimientos para efectuar sus transacciones mercantiles, sin sufrir molestias ni restricciones». Siguiendo el modelo diseñado por el Tratado de Nankín, a China se le impondrían otros tratados internacionales de carácter análogo en su contenido: el de Wang-hia con Estados Unidos y el de Whampoa con Francia, ambos de 1844. Estos puertos estarían protegidos por navíos de guerra de las potencias extranjeras beneficiarias de los tratados, que pasarían a la historia del

La civilización china, una de las más antiguas del mundo, nació en las inmensas cuencas de los grandes ríos (Yang-tsé, o río azul; Mekong y Huang-ho, o río amarillo) que corren del Himalaya al mar de la China y sus innumerables afluentes. En las grandes llanuras de aluvión se echaron las raíces de una populosa y tradicional sociedad campesina cuyas vías de comunicación y comercio eran —y son— fundamentalmente fluviales.

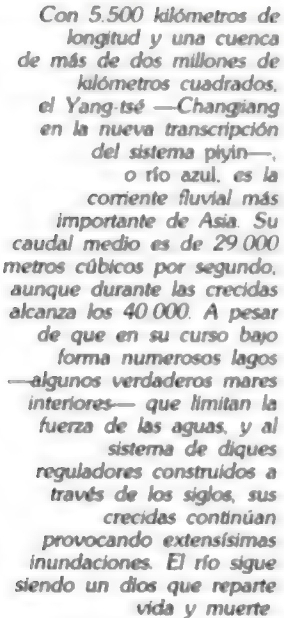


Posiciones europeas en China. Mapa de la época.



Un junco es remontado por el Yang-tsé.





Con 5.500 kilómetros de longitud y una cuenca de más de dos millones de kilómetros cuadrados, el Yang-tsé —Changjiang en la nueva transcripción del sistema piyin—, o río azul, es la corriente fluvial más importante de Asia. Su caudal medio es de 29.000 metros cúbicos por segundo, aunque durante las crecidas alcanza los 40.000. A pesar de que en su curso bajo forma numerosos lagos —algunos verdaderos mares interiores— que limitan la fuerza de las aguas, y al sistema de diques reguladores construidos a través de los siglos, sus crecidas continúan provocando extensísimas inundaciones. El río sigue siendo un dios que reparte vida y muerte.

colonialismo y del derecho internacional público con el calificativo de «injustos y humillantes».

No obstante, la acción emprendida por los poderes coloniales no produjo los resultados perseguidos. El comercio europeo en China no sólo no se incrementó, sino que comenzó un lento descenso. La población inició una práctica que los europeos nunca lograrían vencer en Asia: la resistencia pasiva ante la presencia extranjera, y el cultivo de un sentimiento nacional que pronto desembocaría en una franca xenofobia.

La presencia extranjera, aunque abusiva, por el momento era periférica: no había conseguido continuar su penetración hacia el interior y se enfrentaba, además, con un aparato estatal intacto, aunque debilitado; lo cual hacía esta experiencia colonial totalmente distinta de la práctica habitual que, para consolidarse, eliminaba todo vestigio de autoridad y todo sentimiento de soberanía nacional. A partir de 1854 comienza la que se llamaría segunda guerra del opio, que concluiría con la presencia de los ejércitos franco-británicos en Pekín. Era la respuesta a un levantamiento chino que se había iniciado con el bombardeo de Cantón y el incendio de varias factorías británicas. Los tratados de Tientsin y de Pekín (1858 y 1860) cierran y completan el círculo exterior y ahora también interior del dominio extranjero en China, compartido por una serie de potencias. Como consecuencia de los dos tratados anteriores se impuso la apertura de otros 11 puertos; los navíos extranjeros podrían también circular por las aguas interiores, por los ríos, en especial por la cuenca, fundamental para el comercio, del Yang-tsé. Por otra parte, se legalizó el cultivo del opio. China, en último lugar, se vio obligada a pagar indemnizaciones de guerra a las potencias europeas. Para finalizar, coronando de manera perfecta el mecanismo opresor, se establecían en Pekín las legaciones extranjeras, con amplísimos privilegios de extraterritorialidad que iban mucho más allá de la protección de los intereses comerciales: se instituyeron tribunales y policías extranjeros, puesto que los órganos de justicia chinos se vieron privados de competencias incluso para conocer de los delitos comunes cometidos por los nacionales de las potencias ocupantes.

Movimientos nacionales y sectas secretas

La protesta, que nunca llegó a desaparecer en su totalidad, adoptó formas muy diversas: desde la puramente política, capitaneada por la empe-



Los europeos se arman por temor a los levantamientos.

1900

La rebelión de los bóxers en China

La dinastía manchú reinó en el Imperio chino desde 1644, año en que fueron llamados por los propios chinos para combatir una sublevación. No se fueron nunca, adoptaron el nombre chino de Ts'ing y, tras un período de esplendor en el siglo XVII, entraron en un proceso de decadencia irrefrenable. No fueron capaces de afrontar la modernización del país, que imponía la revolución industrial del XIX, tal y como habían hecho los emperadores japoneses de la dinastía Meiji. China cayó bajo control extranjero, que extendió entre la población el consumo del opio y alteró la vida y la cultura de uno de los grandes países de la antigüedad.

ratriz regente de manera contradictoria desde 1860 hasta 1905, pasando por otras mucho más sutiles y difíciles de detectar, en particular las sociedades de carácter secreto o sociedades patrióticas. La primera de ellas, cronológicamente, es la que en 1860 protagoniza la organización de los Taiping; rebelión que iba conjuntamente contra los ocupantes extraños y contra la propia dinastía imperial manchú a la que se achacaba la derrota. Escribe el historiador indio Panikkar sobre los Taiping: «La mezcla de dos elementos, el fanatismo cristiano y el nacionalismo antimanchú, dio origen a una fuerza revolucionaria de gran vitalidad que se extendió por vastas regiones del Imperio y casi logró derrocar a la dinastía reinante.» Vencido el levantamiento de los Taiping, pocos años más tarde, entre 1864 y 1878, la autoridad imperial tuvo que hacer frente a otro movimiento, el de los musulmanes del noroeste de China, que revistió especial importancia en Sinkiang.

Otra sociedad que también alcanzó notoriedad fue la de los Nian, relacionada igualmente con otras organizaciones de tipo análogo que, a su vez, estaban dirigidas por diversos caudillos o «señores de la guerra». Sus acciones, casi siempre de carácter militar y frecuentemente con finalidad política —la lucha contra la emperatriz regente, acusada de debilidad frente al extranjero—, devenían las más de las veces en actos de bandolerismo y de pillaje. Mediados los años setenta, Pekín consiguió iniciar una lenta reconstrucción de buena parte del país; pero siempre con el hostigamiento de la presencia extranjera, que hacía constantes demostraciones de fuerza,



Los manchúes impusieron la coleta en China en 1636.



Soldados franceses liberan a un grupo de occidentales.

la tradicional «política de la cañonera», y que seguía aumentando su presión social y económica. A las presencias anteriores —Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos— se unieron otras potencias, también deseosas de engrandecerse a costa de China. Así, la Rusia zarista, que desde 1860, aunque con procedimientos diferentes, poseía una base naval en Vladivostock y comenzaba el ejercicio de su influencia en Manchuria. Como escribe Pierre Renouvin, «el Imperio chino se convirtió, pues, en campo de rivalidad económica de las grandes potencias». Pero todavía le quedaba a China por sufrir otras contiendas militares. En primer lugar, frente a Francia, por la ocupación de Tonkín, en 1885, que consolidó esta presencia europea en el Sudeste Asiático hasta la Conferencia de Ginebra de 1954. Y, sobre todo, la guerra chino-japonesa, que marca el ascenso de un nuevo poder asiático; el Tratado de Shimonoseki (1895), que puso fin a la contienda, le valió a Japón las islas Pescadores, Formosa (Taiwan), Liaotung, con Puerto Arturo, y la influencia hegemónica en la península de Corea; asimismo, Japón obtenía la base naval de Wei-hai-wei. Los temores de los poderes europeos impusieron una revisión de aquel tratado y Japón se vio obligado a reintegrar Puerto Arturo. Sin embargo, la guerra chi-

Europeos y bóxers luchan por las calles.

no-japonesa abre una nueva etapa en la ocupación de China: ahora le toca el turno al reparto de bases navales; Alemania se establece en la de Kiao-Tcheu; Rusia, en Puerto Arturo; Francia, en Kuang-Tcheu; Inglaterra, en Wei-hai-wei, recién evacuada por las tropas francesas.

La rebelión de los bóxers

Este nuevo reparto o despedazamiento del Imperio chino, llevado a cabo cuando finaliza el siglo XIX, hizo renacer aún con más fuerza el odio hacia los extranjeros; xenofobia que, lógicamente, no había hecho desaparecer la creciente presencia exterior.

En 1899 se había constituido una nueva sociedad patriótica, como era habitual de carácter secreto: la Sociedad de los Bóxers o de los Puños Armoniosos, cuyo objetivo era la lucha armada contra toda penetración foránea y el apoyo a la dinastía imperial. Su motivo inicial de protesta se dirigió contra las misiones religiosas establecidas en China y también contra los propios chinos conversos al cristianismo. Desde el principio fue un movimiento de arraigo popular que encontró buena acogida y apoyo incluso en sectores rurales; hasta parece que contó con el respaldo de la emperatriz regente. El año 1900 señala un rápido ascenso del movimiento de los bóxers; con tal fuerza, que comenzó a inquietar seriamente a las autoridades extranjeras de ocupación, que de inmediato realizaron una demostración de fuerza naval en la bahía de Che-Li.

A partir del mes de mayo se recrudecen los actos de violencia contra las misiones cristianas y contra los conversos. En el mes de junio era asesinado en Pekín el representante de Alemania, Ketteler; a renglón seguido, las legaciones extranjeras en la capital imperial fueron asediadas. Las potencias decidieron una acción militar conjunta, al mando de un alto oficial alemán, el mariscal Waldersee. En agosto, las tropas extranjeras entraban a sangre y fuego en Pekín y liberaban a los asediados en las legaciones. El conflicto, de breve duración, había sido una exhibición de barbarie por ambas partes. El historiador Panikkar escribe sobre aquellas jornadas: «Si los ignorantes bóxers chinos dieron muestras de crueldad en su tratamiento de los misioneros y conversos, la conducta de las potencias europeas en el momento de su triunfo se caracterizó por una exhibición no menos desgraciada de espíritu de venganza.»

El fin de las hostilidades estuvo acompañado



Cabezas de bóxers en Tchio-Tchao.

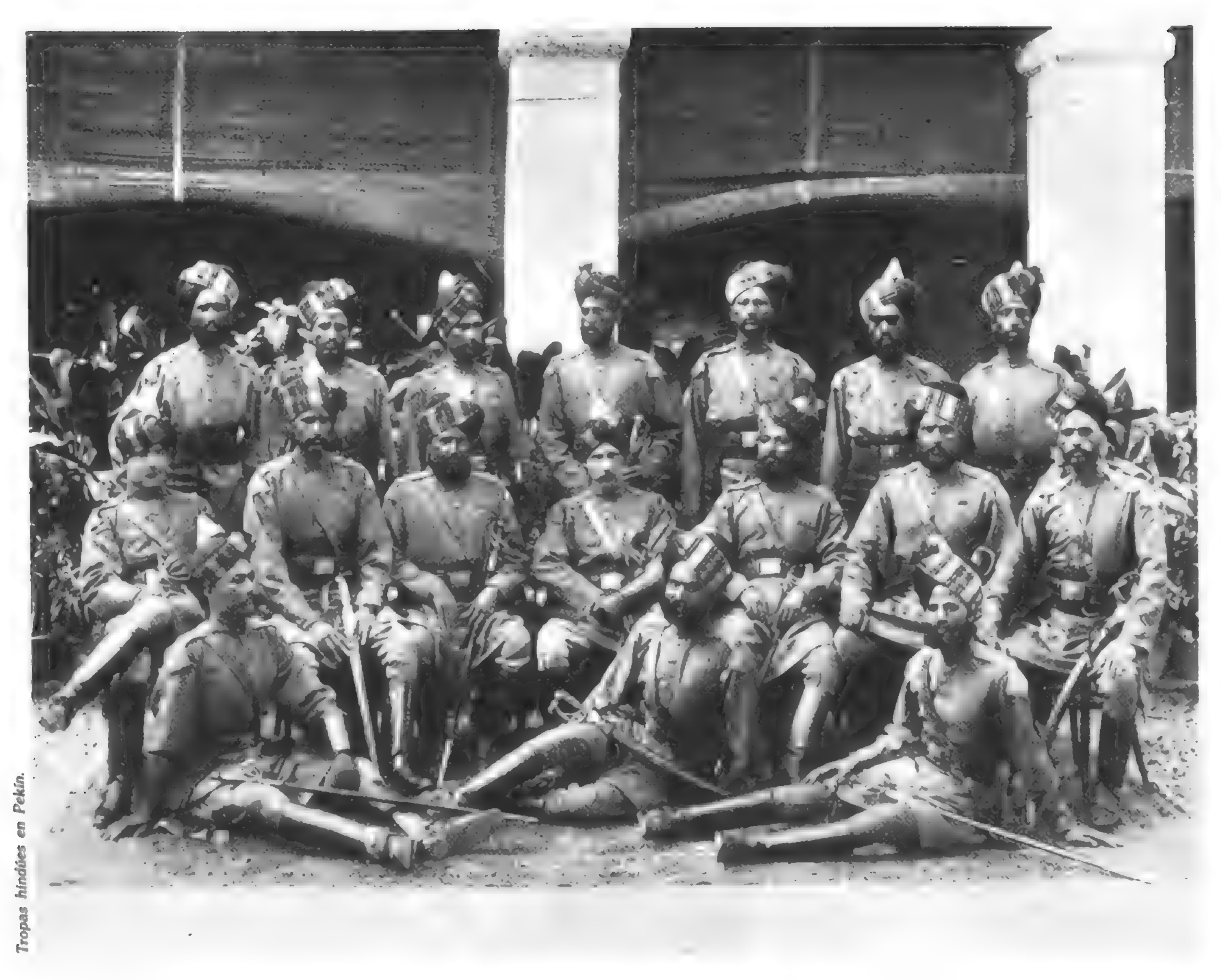
Los bóxers estaban constituidos en su mayoría por campesinos y artesanos, miembros de una rama violenta llamada Puños de la justicia *o* Puños armoniosos, *a su vez dependiente de una sociedad secreta nacionalista que recibía el nombre del* Gran cuchillo. *Pretendían luchar contra la dominación extranjera y vengar el honor de la China humillada por las derrotas frente a Japón (1895) y las potencias europeas (1898). El movimiento se inició en la región del Chang-Tong y pronto se extendió a todo el país como un reguero de pólvora, apoyado indirectamente por algunos sectores nacionalistas de la corte, próximos al primer ministro Jung Lú y a la propia emperatriz Ts'ê-hi. Las legaciones extranjeras en Pekín fueron sitiadas durante cincuenta y cinco días, y el embajador alemán, asesinado. La vieja China demostraba que no podía ser humillada impunemente.*

La brutal represión ejercida contra los bóxers y los sectores populares nacionalistas que los habían apoyado, por las tropas extranjeras que reconquistaron Pekín, así como las fuertes multas impuestas a China, no hicieron más que exacerbar los ánimos y dejar el camino expedito para la caída de la dinastía manchú y la construcción de la China moderna. Más de medio siglo después de la guerra bóxer, el cine americano no dudaba en evocar los hechos con los mismos tonos colonialistas y racistas con que en su momento lo hicieron los periodistas enviados por las revistas ilustradas de la época. Y es que a veces el tiempo puede pasar en vano.



Soldados ingleses.

Represión contra los nacionalistas bóxers.



Tropas hindúes en Pekín.

por un nuevo y humillante tratado de paz: el protocolo conocido con el nombre de Paz de los Bóxers, por el que se ampliaban todavía más los privilegios de las legaciones extranjeras, extendiendo la extraterritorialidad a barrios enteros; se concedía un tratamiento de favor a los establecimientos religiosos de los misioneros y a los chinos conversos al cristianismo. Finalmente, China tendría que pagar a las potencias extranjeras una indemnización superior a los 100 millones de libras esterlinas, fraccionados en entregas anuales; sus pagos durarían, teóricamente, hasta el año 1940. Pero, dado que China se encontraba en una situación de insolvencia total, el pago de las indemnizaciones quedaba garantizado mediante una hipoteca sobre los beneficios que el gobierno de Pekín extraía de los derechos marítimos, el monopolio sobre la sal y las tasas aduaneras.

La derrota de los bóxers marca el punto más elevado de la influencia extranjera en China; pero también señalaría el fin de la propia dinastía imperial, que sería derribada diez años después, en 1911. Comenzaba para China un largo período colmado de guerras civiles, intervenciones extranjeras, guerras de carácter y alcance continentales y todo un prolongado proceso revolucionario que no concluiría hasta el otoño de 1949, en el momento histórico en que se proclama en Pekín el nacimiento de la República Popular China.

R. M.

Bibliografía básica

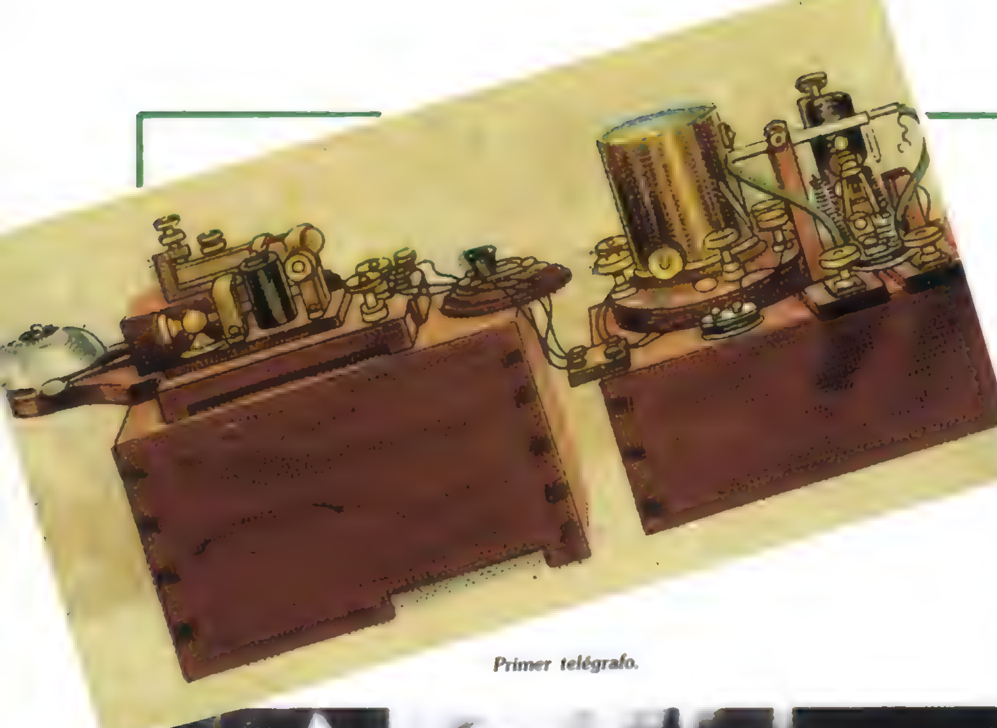
CHESNEAUX, J.: *Asia Central en los siglos XIX y XX*, Labor. Barcelona, 1969.

CHESNEAUX, J., y BASTID, M.: *China. De las guerras del opio a la guerra franco-china (1840-1885)*. Vicens Vives. Barcelona, 1972.

FRANK, M., y TRAUZETTEL, R.: «El Imperio chino», *Historia Universal Siglo XXI*, Siglo XXI. Madrid, 1973.

PANIKKAR, K. M.: *Asia y la dominación occidental*, Eudeba. Buenos Aires, 1966.

China sigue siendo una populosa sociedad de campesinos y obreros gobernada por un fuerte poder central, ejercido por una clase de letrados y generales. Los 20.000 mandarines del confucianismo se han convertido en los 30 millones de militantes del partido comunista chino. Criticar ahora esta realidad desde el balneario occidental puede ser el colmo de la hipocresía, pues nadie debe olvidar que la gran mayoría de los problemas chinos contemporáneos se originaron tras una prolongada intervención europea que sólo buscaba la ganancia fácil. El rizo, como casi siempre ha ocurrido en cuestiones coloniales, lo rizó Gran Bretaña, que ayudó a reprimir la revuelta bóxer en las calles pekinesas con tropas tan poco anglosajonas como las que recoge la fotografía.



Primer telégrafo.

GUILLERMO MARCONI, UN INVENTOR PRACTICO

EN el parque nacional de Cabo Cod, en Estados Unidos, a pocos kilómetros del lugar favorito de veraneo de los más pudientes ciudadanos del país, frente a las olas del océano Atlántico, apenas sobresalen de las dunas unos cimientos de hormigón y unos hierros oxida-

Guillermo Marconi.

dos. Es todo lo que queda de la primera estación de radio construida en el continente americano, desde la que Guillermo Marconi envió, después de patentar en 1900 su invento, un mensaje de radio a la lejana Europa. El mar avanza tenazmente sobre estos restos históricos, que las autoridades de este pintoresco lugar cercano a Boston han convertido en un pequeño museo de la radio, con el mismo espíritu con que supieron ver al comenzar el siglo las fantásticas posibilidades de las teorías que el joven Marconi defendía con obstinación.



Un genio precoz

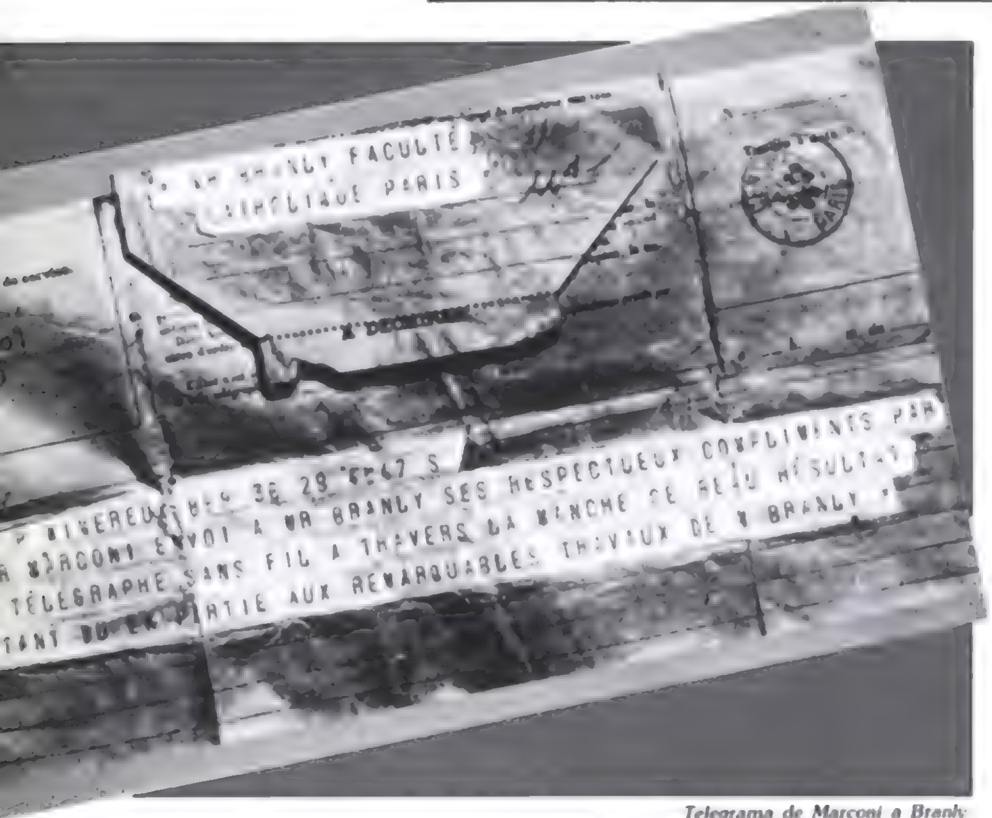
Y es que Guillermo Marconi, aunque nacido en Italia, y sin abandonar nunca totalmente su país de origen, fue un científico internacional, que tomó el mundo entero como laboratorio propio y que además puso las bases para la explotación comercial de lo que en principio se consideró únicamente un perfeccionamiento de la telegrafía, por lo que recibió el nombre de telegrafía sin hilos.

Nacido en Bolonia en 1874, Marconi era hijo de italiano e irlandesa. Estudió física en Leghorn, donde se familiarizó con las teorías de electromagnetismo propugnadas por Maxwell y con los experimentos de Hertz. El estado de esta ciencia en aquellos tiempos —última década del siglo XIX— era el siguiente: después de que, a principios del siglo, Faraday, un físico inglés, probara que una corriente eléctrica produce un campo magnético que desaparece cuando cesa la corriente, otro físico británico, James Clerk Maxwell, había demostrado en 1864 que una perturbación eléctrica podría ocasionar efecto a distancias considerables de donde se producía, y había llegado a la conclusión de que la energía electromagnética se transmitía en todas direcciones desde el punto de origen en forma de ondas.

La confirmación práctica de esta teoría no llegó hasta 1887, cuando el científico alemán Heinrich Hertz demostró que era cierta, al menos en distancias cortas. Para ello produjo una chispa entre dos conductores ligeramente separados, en el foco de un espejo metálico de forma parabólica, y comprobó la inducción de otra chispa menor entre dos conductores situados a una distancia de metro y medio.

Así estaban las cosas cuando Marconi, a la temprana edad de veinte años, empezó a expe-

Como ocurre en casi todos los espectaculares inventos técnicos del siglo XX, la radio fue el final de un largo proceso de avances científicos parciales que un investigador posterior —Guillermo Marconi, en este caso— relaciona y combina adecuadamente hasta conseguir los efectos deseados. En 1801, el físico italiano Alejandro Volta inventó su célebre «pila». En 1813, el británico Davy intuyó lo que en 1845 su compatriota Faraday bautizó con el nombre de inducción magnética. De 1864 a 1873, Maxwell investigó los fenómenos electromagnéticos y sentó las bases de las futuras telecomunicaciones en su Tratado de electricidad y magnetismo, *al identificar las ondas electromagnéticas como similares a las luminosas en su propagación. En 1887, Hertz, auxiliado por aparatos inventados por Ruhmkorf Branly y Popof, comenzó a investigar sobre las ondas que luego llevarían su nombre —hertzianas—, describiéndolas admirablemente. Su transmisión-recepción fue lograda por Popof en 1896, y Marconi, con ayuda de su compatriota Righi, mejoró el método y lo planteó, demostrando su gran habilidad en el mundo mercantil.*


FACULTÉ
PARIS
WIMEREUX 38 28
MARCONI ENVOI A MR BRANLY SES RESPECTUEUX COMPLIMENTS PAR
TÉLÉGRAPHE SANS FIL A TRAVERS LA MANCHE CE BEAU RÉSULTAT
RTIE AUX REMARQUABLES TRAVAUX DE M BRANLY

Telegrama de Marconi a Branly



Marconi en Barcelona.

rimentar en el jardín de la amplia casa que su padre, un acaudalado comerciante, tenía en Bolonia. Repitiendo los experimentos de Hertz, Marconi logró aumentar la distancia a nueve metros, utilizando únicamente una bobina de inducción, un transmisor Morse para activar la chispa y un simple receptor de cohesor. Pero también empezó a utilizar hilos conductores situados a cierta altura como captadores, con lo que nacieron las antenas, y pronto pudo llegar a transmitir a distancias nunca soñadas, de centenares de metros.

A los veintidós años, Marconi decidió trasladarse a Londres, donde esperaba encontrar más apoyo para su trabajo que en Italia. Allí, con la ayuda del ingeniero jefe del servicio postal británico, William Preece, registró su primera patente, de las muchas que llegaría a realizar. La telegrafía sin hilos, como se empezó a conocer, provocaba ya la curiosidad popular, aunque de forma similar a una atracción de feria. Los expertos no le veían utilidad práctica ni existía interés por su explotación comercial. Tuvo que ser el propio Marconi, con la ayuda decisiva de un primo suyo, el ingeniero Jameson Davis, quien fundara en 1897 la Compañía de Telegrafía sin Hilos y Señales, que en 1900 cambió su nombre por el de Compañía Marconi de Telegrafía sin Hilos. Los experimentos continuaron y se llegó a establecer comunicación entre Inglaterra y Francia, y entre barcos de guerra situados a más de 100 kilómetros de distancia entre sí.

Sin embargo, la verdadera popularidad del invento no llegó hasta que entró en juego Estados Unidos, aunque indirectamente. Marconi tuvo la idea de equipar a dos barcos de esta bandera para que informaran continuamente de las regatas de Kingston al periódico de Nueva York *The Daily Express*. El éxito fue total, y ese mismo año se fundó la compañía Marconi en Estados Unidos. En 1900, año decisivo para la radio, Marconi registró en Gran Bretaña su famosa patente número 7.777 para la mejora de los aparatos de telegrafía sin hilos, en la que establecía el sistema para que las estaciones emisoras pudieran trabajar en frecuencias distintas sin que se produjeran interferencias. Marconi tenía entonces sólo veintiséis años.

A través del Atlántico

Finalmente, en 1901, al año siguiente, llegó la culminación. En una estación instalada en la localidad de St. John's, en Terranova, Marconi recibió personalmente la letra *s* en código Morse transmitida desde una estación situada en Poldhu, Cornwall, Inglaterra, a 3.200 kilómetros de distancia. Atrás quedaban las aseveraciones

de distinguidos matemáticos en el sentido de que la curvatura de la Tierra impediría la transmisión de señales a distancias superiores a los 200 kilómetros.

Aunque quedaba mucho por saber sobre la forma de propagación de ondas de radio alrededor del mundo por la atmósfera, el cruce del océano Atlántico causó una inmensa sensación en todo el mundo y fue un paso decisivo para el desarrollo de la telecomunicación, que durante cincuenta años siguió un ritmo enormemente acelerado.

La fama le llegó a Marconi en plena juventud, por lo que, a pesar de lo ya logrado, no se durmió en los laureles. La compañía británica que llevaba su nombre, junto a la posteriormente formada en Estados Unidos, se convirtió en impulsora de la radio, tanto en lo que se refiere a la construcción de transmisores y receptores como a la exploración de las grandes posibilidades del medio.

Mientras tanto, Marconi siguió avanzando en el desarrollo técnico de la radio. Viajaba con sus instrumentos constantemente para verificar la recepción de mensajes desde los sitios más insólitos. En el transcurso de un viaje por mar en un transatlántico estadounidense pudo comprobar que las condiciones de transmisión son mejores durante la noche que durante el día, debido a la ionización de las capas bajas de la atmósfera por la luz del sol. Su trabajo se extendió a las antenas, y las mejoras que introdujo en los equipos le permitieron, en 1910, recibir mensajes en Buenos Aires procedentes de Irlanda, y en 1918 pudo conectar con Australia desde Inglaterra. En el año 1912 estuvo en España, y le fue concedida la Gran Cruz de Alfonso XII, además de diversos homenajes, como el tributado en el Ateneo madrileño, en el que José Echegaray pronunció un encendido discurso en alabanza del invento de la telegrafía sin hilos.

En 1916, durante la Primera Guerra Mundial, experimentó con longitudes de onda más cortas, como medio de evitar que el enemigo interceptase los mensajes. Durante el resto de su vida prosiguió su labor de investigador, en longitudes de onda cada vez más cortas, al tiempo que su compañía conseguía nuevos logros. En 1932, por citar un solo ejemplo, Marconi estableció un enlace directo por radio entre Ciudad del Vaticano y la residencia de verano del papa en Castelgandolfo, utilizando onda corta. En 1909 le había sido concedido el premio Nobel de Física, cuando contaba sólo treinta y cinco años de edad, y posteriormente recibió toda clase de títulos y honores, incluyendo el de marqués en su Italia natal. Fue delegado de su país en la Conferencia de Paz de París en 1919, en cuya calidad firmó los tratados de paz con Austria y Bulgaria. Murió en Roma el 20 de julio de 1937 y está enterrado, como fue su deseo, en su ciudad natal de Bolonia.

Hitos de la historia de la radio

Dada la juventud de Marconi cuando acertó a reunir todos los avances experimentales y conocimientos en el campo de la radiación electromagnética y fundirlos, él mismo pudo ser testigo presencial del espectacular desarrollo de la telecomunicación durante los primeros treinta años del siglo XX.

Un invento decisivo fue el tubo Audion, patentado por el ingeniero norteamericano De Forest en 1912. Fue el primer oscilador electrónico, que pronto sustituyó al transmisor de chispa. A pesar de que ahora la radio sea sobre todo un medio de transmisión de la palabra, la música y la imagen, hasta 1915 fue únicamente el medio de transmisión de señales en código Morse. Hasta ese año, y a pesar de algunos experimentos incompletos anteriores, no se realizó la pri-

Alcanzada su madurez en la época de los totalitarismos, el joven premio Nobel de Física de 1909 no pudo sustraerse a la parafernalia del fascismo italiano, empeñado en ver en el éxito de su compatriota una manifestación del oficial «genio latino», a pesar de que Marconi había trabajado y triunfado en países anglosajones, que además eran «decadentes democracias», según el léxico fascista. No obstante, Marconi fue nombrado marqués y presidente de la Academia de Ciencias de Italia.



Marconi celebra en Bolonia su sesenta cumpleaños.

mera demostración seria, cuando la American Telephone and Telegraph Company transmitió señales de voz desde la costa este de Estados Unidos hasta París. Un año más tarde se estableció comunicación verbal con un aeroplano, y en 1919 un ingeniero de la empresa Marconi pudo hablar desde Irlanda con Estados Unidos. Después de estos primeros e importantes balbuceos de la radio, en las dos primeras décadas del siglo el desarrollo fue vertiginoso, con la aplicación de la electrónica y la invención del transistor.

Pero, además de un adelanto técnico, la radio significó una revolución en la vida diaria de millones de personas. Aunque con muy notables diferencias según el país de que se tratase y tras períodos más o menos largos, las emisiones públicas de programas de radio demostraron ser un fenómeno imparable, que el propio público pedía, y que pronto tuvieron una audiencia masiva, una vez que se masificó la producción de receptores.

La radio fue utilizada en sus primeros momentos como un instrumento militar controlado por las altas jerarquías castrenses. La vieja Europa no supo ver a tiempo las posibilidades informativas y comunicadoras de la nueva técnica, siendo los Estados Unidos de América el lugar donde se propagó rápidamente su uso civil y ciudadano. La joven democracia americana tomaba ya el relevo en el liderazgo mundial de los burocráticos estados europeos, mucho más lentos en adaptarse a los nuevos tiempos.



Marconi, doctor **honoris causa** *por Cambridge.*



Marconi homenajeado en Londres.

Nochebuena en Brant Rock

Sin embargo, la historia es muy distinta en Estados Unidos si se compara con la de los países europeos, primero, y el resto del mundo, después. La primera emisión de radio de que se tiene noticia fue obra de un aficionado. Los aficionados fueron los que impulsaron la radio, pero también los causantes del caos de frecuencias e interferencias que a principios de la segunda década del siglo XX hizo imprescindible una regulación de las emisiones de radio, que luego fueron estrictamente controladas hasta el final de la Primera Guerra Mundial, debido a la importancia militar del medio.

El aficionado fue Reginald Aubrey Fessenden, que tenía una estación experimental en la localidad de Brant Rock, estado de Massachusetts. En Nochebuena del año 1906 emitió un programa que consistió en dos canciones, la lectura de un poema y una pequeña charla. Durante la Primera Guerra Mundial, en 1916, David Sarnoff, entonces alto ejecutivo de la compañía norteamericana Marconi y una de las personalidades que tuvieron una visión más avanzada del tema, recomendó que se estableciesen estaciones de radio, únicamente emisoras, para la transmisión de la voz y la música, y que se construyera para su venta al público lo que denominó «una caja musical de radio». Sarnoff, con visión de futuro, escribió estas palabras: «Este ingenio debe estar preparado para poder recibir varias frecuencias mediante un interruptor o la manipulación de un botón. La caja musical de radio puede llevar amplificadores y un altavoz de teléfono, y todo

ello se puede montar de forma ordenada en una caja.»

La Primera Guerra Mundial impidió que se tuvieran en cuenta estas sugerencias, aunque en 1917 el ejército alemán llegó a emitir algún programa para entretenimiento de sus soldados; pero, al final del conflicto, una emisora emprendedora de la ciudad norteamericana de Pittsburgh comenzó sus programas en noviembre de 1920 con un tema de enorme actualidad: la elección presidencial que enfrentó a Harding y a Cox. El éxito popular fue tal que al término del año 1921 ya existían en Estados Unidos ocho emisoras comerciales, que pronto vieron en la publicidad la razón de su existencia. Había nacido la radio comercial.

En Inglaterra, por el contrario, la mentalidad y los usos políticos fueron la causa de que el desarrollo de la radio como medio de comunicación resultara mucho más lento, dificultado por el ansia de control estatal y la oposición de los militares. Sin embargo, en 1922 la compañía Marconi fue autorizada a realizar una emisión de sólo quince minutos semanales, que no tardaría en ser la única. Sin embargo, la forma legal desembocó pronto en un monopolio estatal que ha perdurado hasta hace muy poco.

En su mayoría, el resto de los países empezó sus emisiones en la década de los veinte, siguiendo, bien el modelo estadounidense, bien el británico, e incluso, como Canadá, una combinación de ambos. Luego llegó la televisión, la transmisión de datos y tantos otros desarrollos, irrealizables sin la ingente labor de Marconi.

M. R. E.

Bibliografía básica

AISBERG, E.: *La radio y la televisión... ¡pero si son muy fáciles!*. Editorial Marcombo, 1975.

BAKER, W. J.: *A History of the Marconi Company*, 1970.

CONNOR, R. F.: *Transmisión de ondas*. Editorial Labor. Col. *N.M.T.L.*, núm. 1, Barcelona, 1975.

FLORES LÁZARO, J.: *Guillermo Marconi*. AFHA, 1977. Col. *El premio Nobel*.

HERNÁNDEZ, A.: *La telecomunicación como factor histórico*. Col. *Estudios 15*. Ministerio de la Gobernación, 1974.

Hoy no concebiríamos un mundo sin radios y menos aún un mundo sin transistores. Con una pila y una cajita, un hombre puede captar en medio del desierto africano un mensaje transmitido desde las heladas estepas de Siberia o desde el mismo espacio. El mundo se ha convertido en una gran aldea universal. Los inventores del efecto transistor, los científicos Bardeen, Brattain y Shockley, recibieron conjuntamente el premio Nobel de Física en 1956, nueve años después de su descubrimiento.



El último adiós a Marconi.

«Puse todo mi genio en mi vida, y sólo mi talento en mis obras.» (Oscar WILDE.)



Oscar Wilde, recién salido de Oxford.

1900

UN «DANDY» LLAMADO OSCAR WILDE

OSCAR, Fingal, O'Flagertie, Wilde, nació en Dublín en octubre de 1854 en el seno de una familia pintoresca y culta. Estudió becado en los mejores colegios, incluyendo Oxford. Entusiasta defensor del esteticismo, brillante conversador, desarrollaba doctrinas originales preconizando el desenvolvimiento del yo, la aversión al dolor y el ansia por el placer y la belleza. Sus labores como conferenciante, periodista y escritor le convirtieron en la atracción más brillante y polémica de su época. El 30 de noviembre de 1900, y tras una intensa y agitada vida, murió en París.

Amelia Castilla es periodista y está especializada en temas históricos y literarios.

Ambiente familiar y educativo

Su padre, sir William Wilde, fue el principal especialista en enfermedades de ojos y oídos de Dublín, llegando a ser oculista de la reina. Irlandés por adopción, consagró su vida al ejercicio de su profesión y a las bellas artes, llegando a publicar una obra sobre arqueología y folklore irlandeses; tenía costumbres libres y un tanto dominantes. De sir William heredó Oscar su amor a la vida y al placer y su carencia de prejuicios.

Su madre, Jane Francesca Elgee, se dedicó a la literatura en los diarios de Dublín, donde publicó artículos de marcado acento revolucionario por la independencia de la Irlanda católica; tras su boda abandonó la política. La vida y conversaciones de los Wilde eran pintorescas, comían

Típico producto de la sociedad británica de su tiempo, Oscar Wilde fue ante todo un esteta y un snob. Excelente escritor y dandy elegante, siempre supo mantenerse en la cresta de la ola de la fama. La misma sociedad que lo había convertido en el intelectual de moda, cuya presencia se disputaban los salones elegantes, gozó arrastrando a su ídolo por el barro.

a horas desusadas y se bebía de firme. Cuando Wilde tenía diez años fue enviado a la Portora School, donde permaneció siete años.

Allí descubrió la cultura griega, se distinguió por su facilidad para las lenguas clásicas y por el dominio de la gramática, así como por su ineptitud total hacia la ciencia. Lector selectivo de obras inglesas, se exaltaba con Disraeli y sonreía con desdén ante las obras de Dickens.

A los diecisiete años consigue una beca para la universidad de Dublín, donde, dedicado plenamente al estudio, gracias a unos brillantes exámenes de griego, obtuvo una beca de 95 libras anuales para estudiar en Oxford. Contaba veinte años de edad.

Poeta y novelista de gran brillantez, la conversación de Oscar Wilde se caracterizaba por su ingeniosidad y elocuencia, siempre a caballo entre el convencionalismo tradicionalista y el escándalo vanguardista. La alta sociedad inglesa, y especialmente las mujeres, le convirtieron en símbolo de frivolidad intelectualizante. Las revistas femeninas de la época se disputaban sus artículos, que hacían agotarse las ediciones.

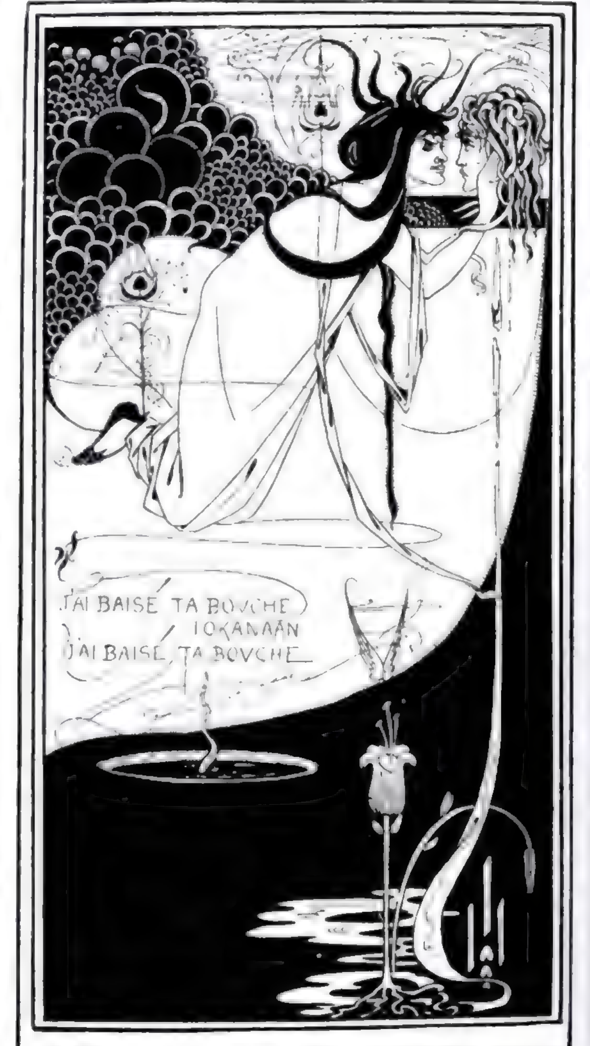
La estética como norma

Oxford era la ciudad del lujo y la elegancia. Tenía esa atmósfera adecuada a su temperamento, y Wilde tardó poco en fundar un salón literario donde recibía los domingos por la noche a sus amigos para discutir temas de arte e interpretar música escogida. A la muerte de su padre heredó una pequeña suma que le sirvió para hacer un viaje por Italia y Grecia; el mayor placer que le deparó este viaje fue encontrar a los dioses griegos en el Vaticano.

Sus influencias más fuertes durante esta época fueron los escritores John Ruskin y Walter Pater, de quienes aprendió la importancia central del arte en la vida. André Maurois definió a Ruskin como un «idólatra inconsciente» y a Wilde como un «idólatra empedernido». Como posteriormente reconoció, «las dos fechas más importantes de mi vida son aquellas en que mi padre me envió a Oxford y en que la sociedad me envió a la cárcel».

De Oxford marchó a Londres cuando el esteticismo era el entusiasmo y la desesperación de la literatura. Wilde se introdujo en los círculos sociales y artísticos gracias a su ingenio y rimbombancia, a su cáustica ironía, al repudio de las convenciones y a su extravagante comportamiento, llegando a conocer a las personas de más elevada alcurnia y a los grandes artistas y escritores.





Ilustraciones para* Salomé, *de Wilde.

Eligió para sus comienzos el periodismo, pero, dada su agudeza, comprendió que el triunfo social y económico sólo podía proporcionárselo la literatura. En 1881 publica su primera obra, *Poemas*, con la que obtiene un enorme éxito y de la que se agotan cuatro ediciones en una semana. Luego, inspirado por el nihilismo ruso, escribió un drama ingenuo, *Vera o los nihilistas*, en el que atacaba la dura represión de los zares.

El 24 de diciembre de 1881 embarcaba en el *Arizona* para Norteamérica con la intención de efectuar una gira de conferencias. A su llegada, y ante las preguntas de los aduaneros, manifiesta que «no tengo nada que declarar, excepto mi genio». Los temas de sus conferencias eran «El Renacimiento inglés» y «El decorado del hogar». A pesar de la hostilidad en la prensa debido a sus poses lánguidas, vestidos de terciopelo, calzón corto y calcetines negros, durante doce meses Wilde exhortó a los americanos a amar la belleza y el arte. En todo momento, y gracias a su poder de seducción, aquella larga gira no se vio nunca interrumpida por un fracaso. Al abandonar América había renunciado a sus maneras afectadas y a su indumentaria extravagante, y era más dueño de su palabra y de su poder de seducción.

A su vuelta a Londres comenzó una gira de conferencias por las provincias inglesas con dos temas distintos, uno reservado para los alumnos de bellas artes, «La educación artística moderna», y otro para el gran público, «El valor del arte en la vida moderna». Aunque no tuvo tanto éxito como en América, sí consiguió abundante dinero, pero los viajes continuos, la vida de hotel y la monotonía de repetir siempre las mismas conferencias acabaron por aburrirle; se sentía, asimismo, decepcionado porque sus esfuerzos durante casi diez años no le habían servido para convencer ni educar artísticamente a los públicos. Renunció igualmente a la estética, que al menos le había producido beneficios materiales.

Wilde, periodista y escritor

Al cambiar de vida, Wilde se quedó sin ingresos, pero su ansia de fama y placer aumentaba

El ambiente elegante y mundano de París cautivó al escritor, quien en 1891 creó en la capital francesa su célebre tragedia Salomé. *Escrita originalmente en francés, era una obra moderna y atrevida que revolucionó el teatro de su tiempo. La hipocresía oficial de la sociedad británica hizo que se prohibiera su traducción al inglés, cosa que se llevó a cabo clandestinamente y dio una enorme popularidad a la obra y al autor.*





a medida que se agudizaba el problema material. La situación la resolvió del modo más humano y rápido: casándose. En 1884 se desposó, en Londres, con Constance Mary Lloyd, hija única y huérfana de un consejero de la reina. Wilde tenía entonces treinta años y su esposa veintiséis. El matrimonio le proporcionó tranquilidad y le evitó trabajar demasiado durante los tres años siguientes, en los que nacieron sus dos hijos: Cirilo y Viviano.



Oscar Wilde y lord Alfred Douglas.

Tras el escandaloso proceso entablado contra él por el octavo marqués de Queensberry, que lo acusaba de ultraje a la moral y seducción homosexual de su hijo, el bellísimo joven lord Alfred Douglas, Oscar Wilde fue condenado en 1895 a dos años de cárcel. Cumplió su pena en las prisiones de Wandsworth y Reading, donde escribió su célebre Ballad of the Reading gaol *(Balada de la cárcel de Reading). Al quedar en libertad abandonó el Reino Unido y se instaló clandestinamente en Francia con el nombre de Sebastián Melmoth hasta 1900, año en que murió. En esta última época de su vida escribió una bellísima y dramática carta en verso a su ex amante lord Alfred Douglas, que fue publicada en París en 1905 con el título de* De profundis.

En octubre de 1887, el editor Cassell le designó como redactor jefe e inspirador de la revista *El Mundo de la Mujer;* consagrado de lleno a sus tareas como periodista, frecuenta, al mismo tiempo, los salones más en boga, donde su fama de conversador se difunde por todas partes. Requerido por un periodista sobre las 100 mejores obras de la literatura mundial, Wilde le contesta que «no puedo darle la lista de los 100 mejores libros, porque no he escrito aún más que cinco». Seguía siendo ese esteta puro que despreciaba en el fondo la vida y que no intentaba más que evadirse de ella. En este mismo año publica en revistas sus cuentos *El crimen de lord Arturo Savile* y *El fantasma de Canterville,* y al año siguiente, *El príncipe feliz y otros cuentos.* Mientras el éxito material y de público le anima al trabajo, su independencia económica contribuye al alejamiento de su esposa. Wilde sabe que su talento de artista le hará triunfar. Dos años más tarde publica su diálogo *La decadencia de la mentira,* su primer trabajo importante de crítica; en octubre de ese año cesa en la dirección de *El Mundo de la Mujer.*

En 1890 publica en el *Lippincott's Magazine* su admirable y única novela *El retrato de Dorian Gray;* el éxito de la obra hizo que se editara en libro, revisado y ampliado en seis capítulos. La novela es una variación decadente sobre el tema de Fausto; considerada como la biblia del esteticismo, eleva el placer a categoría estética y presenta la vida como artificio e invención. Tuvo una influencia indudable en la literatura europea: Thomas Mann, D'Annunzio... La crítica juzgó ese libro de inmoral, y un periódico de la época lo calificó incluso de «venenoso», a lo que Wilde respondió: «El libro será venenoso si ustedes quieren, pero es perfecto. El arte no tiene por finalidad imitar lo real, sino imaginar y crear lo que no existe.» Con esta obra se inicia el verdadero comienzo de la celebridad de Wilde. A finales de este año escribe, en París y en francés, su drama *Salomé,* destinado a su amiga y genial actriz Sarah Bernhardt, quien lo interpretaría años después en París como protagonista.

Alentado económicamente por George Alexander, el gran actor y empresario, Wilde se dedicó por completo a escribir teatro, y en dos meses redactó los cuatro actos de *El abanico de lady Windermere,* a cuyo estreno acudió toda la élite intelectual y artística, que acogió la obra con entusiasmo; el gran éxito obtenido le hizo pasar de «favorito a ser el ídolo del Londres elegante». Desde 1892 a 1895 estrenó *Una mujer sin importancia* y dos obras con un mes de intervalo, *Un marido ideal* y *La importancia de llamarse Ernesto.* Su actividad supone el renacimiento de un teatro que oscila entre el humorismo, la sátira y el patetismo, desprovisto de problemas angustiosos y repleto en cambio de alusiones e inquietudes veladas por una elegancia externa.

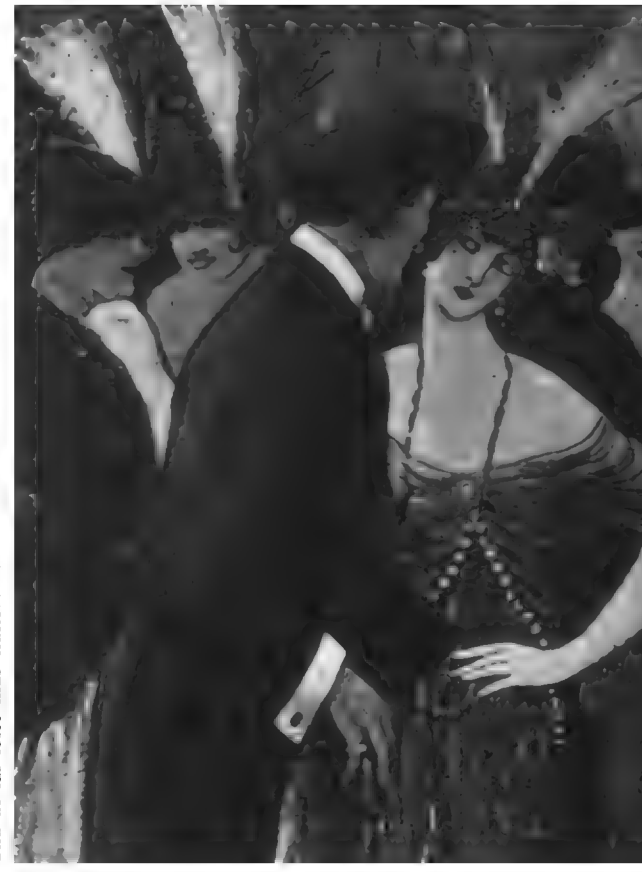
En 1891, Wilde conoció al arrogante y joven aristócrata lord Alfred Douglas, y un año más



Oscar Wilde. Caricatura en el Vanity Fair.



Una de las fotos más clásicas de Oscar Wilde.



Según recuerda en su espléndida biografía de Oscar Wilde el escritor británico H. Montgomery Hyde, las influencias paterna y materna fueron muy fuertes en la personalidad del joven Oscar. Su madre fue una nacionalista radical irlandesa que escribió furibundos artículos con el seudónimo Speranza, llamando a la lucha armada contra los ingleses, y que se consideraba descendiente de Dante Alighieri; su padre, un famoso oculista-otorrino, era gran admirador de los encantos de sus pacientes femeninas. Desde su niñez, Oscar odió la vulgaridad y demostró un afán casi patético por ser famoso y original. El mismo declararía a André Gide en 1895: «Mi drama personal ha sido que puse todo mi genio en mi vida y sólo mi talento en mi obra.»

tarde se hicieron inseparables. A Wilde «le asustaba tanto como le atraía», pero el padre del joven, marqués de Queensberry, un hombre de carácter violento e irritable, no aprobó nunca la amistad de su hijo con el escritor y llegó incluso a mandar a lord Alfred a El Cairo y a Constantinopla para mantenerlos alejados. A su vuelta a Londres, Alfred incitó a Wilde para que se querellara contra su padre, pero éste salió absuelto del juicio, y esa misma tarde las autoridades competentes dictaron orden de arresto contra el escritor, que fue detenido en un cuarto del hotel donde se encontraba con Alfred y otros amigos, acusado de ultraje a la moral. Un mes después le concedieron la libertad bajo fianza de 5.000 libras. Impulsado por sus amigos a escapar a Francia, Wilde rehusó, incapaz de creer que su estrella se apagara. En el juicio testificó brillantemente, pero el jurado le declaró culpable y lo condenó a dos años de trabajos forzados en mayo de 1895.

La caída, o «cada hombre mata lo que ama»

La mayor parte de la condena la cumplió en la prisión de Reading, desde donde escribió una carta a lord Douglas llena de recriminaciones por incitarle a la vida relajada y distraerle de su trabajo; fue publicada en 1905, en una versión recortada, con el título *De Profundis.* La cárcel lo destrozó, apagó sus mejores cualidades e inclinó la curva de su vida desde lo más alto hasta el punto más bajo y oscuro. La ejecución de un recluso durante su estancia en la prisión le inspiró su *Balada de la cárcel de Reading,* pero en estos dos años su única satisfacción fue el estreno, y con éxito, en París de su *Salomé:* «En la cárcel habían olvidado que yo era escritor. Así, cuando vieron que mi obra había tenido éxito en París, se dijeron: "¡Qué extraño!; ¡conque ahora resulta que tiene talento!" Y a partir de aquel momento me dejaron leer todos los libros que quise.»

En mayo de 1897, cumplida su condena, y en bancarrota, se traslada a un pueblo costero de Francia, donde espera regenerarse como escritor; allí adoptó un nuevo nombre, el de *Sebastian Melmoth,* tomado de la novela de su compatriota Maturin *Melmoth el errabundo.* Gracias a las rentas que le pasaban su amigo Roberto Ross y su esposa, no tenía preocupaciones materiales y comenzó a escribir su *Balada de la cárcel de Reading,* que, según sus biógrafos, fue su «canto del cisne».

El estado de apatía e indolencia, producto del tiempo pasado en la cárcel, unido a las cartas que volvía a recibir de lord Alfred Douglas, hace que abandone Berneval y se instale con



La sociedad inglesa de fin de siglo.



Oscar Wilde, según una caricatura de Toulouse-Lautrec.

Douglas en Italia, en contra de la voluntad de su esposa y de su amigo Ross, donde logra terminar su *Balada...* Agotados los recursos de ambos amigos, deciden separarse, y Wilde vuelve a París, donde se edita el libro; el éxito lo dejó indiferente. En abril del año siguiente se entera de la muerte en Génova de su esposa: «Mi vuelta a la esperanza y una nueva vida acaban en su tumba. Todos mis actos son ya irrevocables.»

En mayo se traslada, en París, al hotel d'Alsace, donde se alojará hasta su muerte. En un intento de renacer artísticamente, busca en la Costa Azul la tranquilidad de espíritu «con el mar color zafiro a mis pies, el cielo azul sobre mi cabeza y el sol divino a mi alrededor», que le permitiera continuar su obra; pero no fue posible, y sólo compuso un par de estrofas. Del estado depresivo en el que se halla, lo saca, una vez más, su amigo Ross, que lo traslada de nuevo a París. En aquella primavera se encuentra con Douglas, recién heredado, el cual atiende algunas de sus peticiones de dinero, pero procura alejarse de aquel hombre mal vestido y viejo que le recuerda un pasado que él quiere olvidar. Ross continúa ayudándole y hace que le vea un médico, que le prohíbe beber toda clase de alcoholes, a pesar de lo cual Wilde no abandona su afición a la bebida: «¿Y qué razón tengo yo para vivir?» Su impotencia artística era ya absoluta, y esto sí que resultaba terrible para él.

A principios del verano de 1900 se le presentan los síntomas de una dolencia que había comenzado a consecuencia de una otitis sufrida en la cárcel por una caída; Wilde estaba casi sordo de un oído, era precisa una intervención quirúrgica difícil y cara, y el escritor tuvo una última frase humorística ante la muerte: «Iba a serle necesario morir como había vivido: de un modo muy superior a sus medios.»

No se recuperó ya de la operación, y cuando Ross descubrió que no quedaba ninguna esperanza para su vida, fue en busca de un sacerdote de la Orden de los Pasionistas, quien bautizó a Wilde y le administró la extremaunción. A las dos menos diez de la tarde del viernes 30 de noviembre de 1900 exhaló su último suspiro. En aquel momento no estaba a su cabecera más que el patrón del hotel, el bueno de *monsieur* Dupoirier.

A su entierro, en el cementerio de Bagneux, asistieron unas 50 personas; allí dejaron al relampagueante *dandy*, al artista brillante y famoso. Así terminó el reinado de aquel triunfador que se llamó a sí mismo «el rey de la vida» y que en sus años de infortunio, perdida ya su capacidad creativa, se convirtió no ya en un ex rey, sino casi en la sombra de un hombre.

A. C.

La renovación artística que Wilde realizó en literatura sería continuada años más tarde por otro escritor británico de origen irlandés, James Joyce. En pintura, los impresionistas rompían los moldes académicos y eran expulsados de los salones oficiales: el mundo cambiaba. El ambiente bohemio y marginal era común en Londres y París para personajes como Wilde (gran aficionado a relacionarse con chulos y jóvenes prostituidos) y Toulouse-Lautrec, amigo y confidente de las prostitutas de la capital francesa. Pero Wilde, a quien del catolicismo le atraían sus misterios y sus solemnes ritos (como a Valle-Inclán en España), murió tras confesarse con un cura irlandés.



Política internacional

Con el asesinato del embajador alemán empieza la sublevación de los bóxers en China. Ocupan Pekín y sitian las delegaciones extranjeras, matando a centenares de europeos («diablos extranjeros»).
Fundación del Labour Representation Committee en Gran Bretaña, que poco después se convertirá en el Partido Laborista.
El rey Humberto I de Italia muere víctima de un atentado en Monza. Le sucede su hijo Víctor Manuel III.
Bernhard Bülow es designado canciller del Imperio alemán.
Aprobación de la segunda ley de la flota alemana. Su finalidad es duplicar el número de buques de guerra para desafiar el poderío naval británico.
Tras un pacto secreto, Francia e Italia se conceden libertad de acción en Marruecos y en Libia, respectivamente.
El Transvaal y el Estado Libre de Orange son anexionados a la corona británica.

Sociedad

Instauración de las primeras leyes de carácter laboral en España.
Fundación del periódico Daily Express, *en Londres.*
Se proclama la constitución de la Commonwealth en Australia.
Inauguración de la Exposición Universal en París.
Sigmund Freud publica Interpretación de los sueños.

George Bernard Shaw.

Economía

Estados Unidos adopta el patrón oro.
Empieza la explotación de las minas de cobre en Katanga.

Ciencia y tecnología

El científico norteamericano Thomas Hunt Morgan descubre que los cromosomas están compuestos de genes y que cada uno de ellos tiene una característica determinada.
Primer vuelo de la aeronave Zeppelin.
Ernest Rutherford logra aislar el radón, elemento gaseoso producido por la radiactividad del radio.
Max Planck da a conocer la teoría cuántica. (La energía se propaga en lotes discontinuos e indivisibles que denominó «cuantos», del latín quantum *= porción.)*
Carl Auer von Welsbach descubre la lámpara de hilo metálico incandescente.
Arthur Evans, arqueólogo inglés, empieza a excavar el palacio real de Cnosos, en Creta.

Deportes

Celebración de los Juegos Olímpicos en París.

Literatura

Joseph Conrad: Lord Jim.
Vicente Blasco Ibáñez: Entre naranjos.
Pío Baroja: Vidas sombrías.
Juan Ramón Jiménez: Alma de violeta.

Teatro

Anton Chejov: Tío Vania.
Georges Bernard Shaw: Tres obras para puritanos.

Música

Giacomo Puccini: Tosca.
Gustav Mahler: Cuarta sinfonía.
Jan Sibelius: Finlandia.

Pintura y escultura

Auguste Renoir: Desnudo al sol.
Paul Cézanne: Bodegón con cebollas.
Exposición del escultor Auguste Rodin en la place de l'Alma.
Joaquín Sorolla obtiene uno de los grandes premios de honor en la Exposición Universal de París.

Arquitectura

Antonio Gaudí: Parque Güell, *Barcelona.*



La familia real italiana.

Juan Ramón Jiménez.

París: Exposición Universal de 1900.



Victoria de Kent, coronada luego Victoria I del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, soberana de Canadá y Australia y emperatriz de la India, reinó con mano firme sobre una larga lista de colonias donde se asentaba la bandera británica, desde Gibraltar a Malasia, pasando por Hong Kong, Sudáfrica y Afganistán. De su tronco salieron descendientes que todavía constituyen la mayor parte de las familias reales europeas. Así, el actual rey de España, don Juan Carlos I, es tataranieto de la legendaria soberana británica.

La reina Victoria en un retrato de juventud.

1901



Alberto y Victoria de Inglaterra.

LA MUERTE DE LA REINA VICTORIA

La muerte de la reina Victoria de Inglaterra, en 1901, significó no sólo el final de un período de gobierno que había durado sesenta y cuatro años, sino también el de la etapa en que Gran Bretaña dominó al mundo con su extraordinaria flota, recogió los frutos de su revolución industrial y consolidó una forma de gobierno parlamentario y democrático que hoy todos reconocen como la única posible y civilizada. No todo fueron luces, sin embargo, como lo demuestran las grandes polémicas suscitadas por la infrahumana situación de la creciente clase obrera, la guerra contra los bóers en Sudáfrica o el afianzamiento de una moral rígida y puritana más preocupada por las apariencias que por la realidad.

Rafael Abella, periodista y escritor, es autor, entre otras obras, de Lo que el siglo XX nos ha dado.



La reina Victoria.

El esplendor oficial de la «era victoriana», con su arte neoclásico y grandioso, todavía sigue influyendo en la vida británica. Sin embargo, el flujo de riqueza creado por el Imperio sirvió sobre todo a una minoría privilegiada, que se estima en unas 7.000 personas, que acaparaba la séptima parte de la renta nacional. También sirvió para estabilizar el país, creando una clase media burguesa, que fue un importante factor de riqueza económica y cultural.

La época victoriana

El día 22 de enero de 1901 moría en Osborne la reina Victoria I de Inglaterra e Irlanda y emperatriz de la India. Su muerte ponía fin a un reinado tan largo en duración como denso en contenido histórico. Nacida en 1819 e hija de Eduardo, duque de Kent, una serie de circunstancias la situaron en primer lugar en la línea de sucesión al trono de su tío Guillermo IV. Como princesa heredera tuvo por tutor a otro tío suyo, Leopoldo de Coburgo, después Leopoldo I de Bélgica. Su coronación se produjo en 1837, y su boda, en 1840. Su esposo, el príncipe Alberto de Sajonia-Coburgo, le dio la felicidad conyugal y el equilibrio que precisaba su naturaleza, un tanto superficial y frívola, transformándola en severa, rígida y protocolaria, porque Alberto aceptó su papel de príncipe consorte haciéndolo decorativo en lo externo y firme en lo interno. Una anécdota refleja de manera perfecta lo que fue la intimidad de aquel matrimonio, cuya aura de respetabilidad rehízo el prestigio de la institución monárquica, muy deteriorado por los antecesores; ejemplarizó a una nobleza muy disoluta y se atrajo la consideración de la naciente burguesía. En cierta ocasión, la real pareja había tenido una discusión que subió de tono, hasta el punto de que Alberto abandonó la estancia en la que se encontraban, encerrándose en sus habitaciones. Al rato llamaron a su puerta. El príncipe preguntó:

—¿Quién es?

—Soy la reina —le contestaron.

Alberto se mantuvo impasible sin dignarse abrir la puerta. Al poco volvieron a insistir:

—¿Quién es? —volvió a inquirir al príncipe.

—Soy tu mujer —respondió una voz contrita.

Y entonces fue cuando la puerta se abrió.

El idilio duró veinte años. La muerte de Alberto, víctima del tifus, sumió a Victoria en un duelo inconsolable. Tuvieron muchos hijos. La mayor, Victoria, se casó con el príncipe Federico de Prusia, después Federico Guillermo III, de cuya unión nació el káiser Guillermo II de Alemania. El hijo primogénito, Eduardo, llamado Bertie, sería el eterno príncipe de Gales, más tarde Eduardo VII, que, educado en la rigidez victoriana, supo resarcirse a tiempo, descubriéndole a la vida unos goces que le convirtieron en figura muy representativa de la *belle époque*. Alicia, otra de las hijas, se casó con Luis III de Hesse-Darmstadt, y la hija de ambos, llamada Alix, sería zarina de Rusia por su matrimonio con Nicolás II. Y Beatriz, otro retoño del frondoso árbol victoriano, se uniría al príncipe Enrique de Battenberg y de la pareja nacería la princesa Ena, que, por boda con Alfonso XIII, reinaría en España con el nombre de Victoria Eugenia. No pudo darse una mayor cosecha de testas coronadas que la proporcionada por la descendencia de Victoria I.



Una imagen clásica de los últimos años de la reina Victoria.

El cambio económico

Los sesenta y cuatro años que duró el reinado bautizaron toda una época. El Reino Unido experimentó la más colosal transformación. La Inglaterra rural, jocunda y disipada de principios del siglo XIX se transformó en un país industrial,


Londres en el siglo XIX: tranvía tirado por caballos.

austero y voraz. La nobleza terrateniente, mujeriega, amante de la caza, orgullosa de sus corceles y protectora de pugilistas rudos, se convirtió en una aristocracia devota de las formas, puritana e inversora. Un fenómeno vino a cambiar aquellas islas llenas de verdor en un territorio envuelto en los humos de los hornos de forja y contaminado por el polvo de las minas. El fenómeno fue la revolución industrial, en la que los ingleses desempeñaron el papel de pioneros. Stephenson, construyendo la primera máquina de tren; Cartwrigth, creando el telar mecánico; Thomas, perfeccionando la obtención del acero, y Parsons, poniendo a punto la turbina, sentaron las bases para crear una riqueza que salía de las minas de hulla, de los convertidores, de los astilleros y de los textiles del Lancashire, donde el algodón de la India se hacía hilado de reconocido prestigio. El vapor, el carbón y el acero, utilizados por una tecnología avanzada, fueron los pilares de una riqueza que trajo la mayor transformación económica y social experimentada por país alguno en el curso de la historia. Al amparo de este cambio, la burguesía inició su ascensión, convirtiéndose en contrapeso de la aristocracia. El comercio, en expansión sin precedentes, fue el origen de grandes fortunas, lo que trajo la dignificación y el ennoblecimiento de las actividades mercantiles.

Durante el reinado de Victoria I, la población urbana de Inglaterra superó por vez primera a la rural, aunque la mayoría de esta población hubiera de alojarse en chozas infectas en las afueras de las urbes. Londres, que en 1802 tenía 960.000 habitantes, pasó a dos millones y medio en 1852, por más que gran parte de ellos se amontonaran en los tugurios de Whitechapel o entre las inmundicias de Spitalfields.

Entre 1850 y 1860, el 60 por 100 del carbón que se extraía en el mundo era de origen británico, así como el 50 por 100 de la fundición de hierro. Y también era inglés el 40 hor 100 del algodón hilado que se vendía en los mercados internacionales del cotón. Aquella acumulación de riqueza hizo de la City de Londres la capital mundial del dinero, porque el patrón para medir el tesoro de los demás era el oro de la esterlina. El Banco de Inglaterra era la más poderosa entidad del orbe.

Hacia la mitad del reinado victoriano, la hora del mundo era decididamente británica —la de Greenwich— y hasta el ancho de vía de los ferrocarriles ingleses era el módulo por el que se guiaban los caminos de hierro que se tendían en el continente europeo. El mundo empezaba a empequeñecerse por los adelantos victorianos. En 1842 el vapor *Great Western* llegó una mañana de junio a King's Road (Bristol) procedente de Nueva York, tras realizar en doce días y medio una travesía que a la vela y con vientos propicios hubiera durado un mes. Y dos años antes, Rowland Hill había dado origen a uno de los más profundos cambios en el mundo de la comunicación humana: la fijación de un sello adherente a la correspondencia hizo que ésta se

Quizás uno de los logros más importantes y duraderos del Imperio británico haya sido la creación de una red económica y financiera que todavía sigue funcionando en lo esencial en nuestros días. Así como España y otras potencias perdieron sus colonias, tanto a nivel político como económico, Inglaterra ha conservado, a través de la Commonwealth y de múltiples empresas privadas, casi intacta la relación financiera con sus antiguos dominios. Ello hace posible que, desde un pequeño despacho de la City londinense, un agente de bolsa pueda comprar y vender cerveza australiana, carne neozelandesa o algodón egipcio, así como invertir en las bolsas de Canadá o Estados Unidos.

Los rastros del Imperio y la importancia de la reina Victoria como símbolo del conjunto todavía pueden encontrarse en los numerosos lugares geográficos bautizados con el nombre de la soberana emperatriz. Victoria se llaman las espectaculares cataratas del río Zambeze y el antiguo lago Nyanza, en Africa Central —el otro gran lago del alto Nilo lleva el nombre de Alberto, el rey consorte—; el Estado australiano cuya capital es Melbourne, una importante ciudad canadiense, la capital de Hong-Kong, la montaña más alta de la isla de Vancouver (Canadá), una extensa región de la Antártida, el gran desierto central de Australia, y una isla del archipiélago ártico canadiense, entre otros. Y todos llevan el nombre de una reina legendaria que, a pesar de ser coronada como emperatriz de la India por su primer ministro Disraeli en 1877 y tener una guardia personal hindú, nunca visitó «sus» remotas colonias. El escritor Rudyard Kipling, hijo de inglés e india, premio Nobel de Literatura en 1907, plasmó admirablemente en sus obras el espíritu que animaba y mantenía unido al Imperio británico.

pusiera al alcance de todos los que sabían leer y escribir y dejó de ser privilegio de mensajerías particulares. En tres años la cantidad de cartas semanales pasó de un millón a cuatro millones. En 1851 la Exposición Internacional de Londres permitió exhibir en un magno certamen los más maravillosos inventos y los más perfeccionados adelantos de una técnica que había puesto a Gran Bretaña a la cabeza de las naciones civilizadas.

La expansión inglesa y la creación del imperio

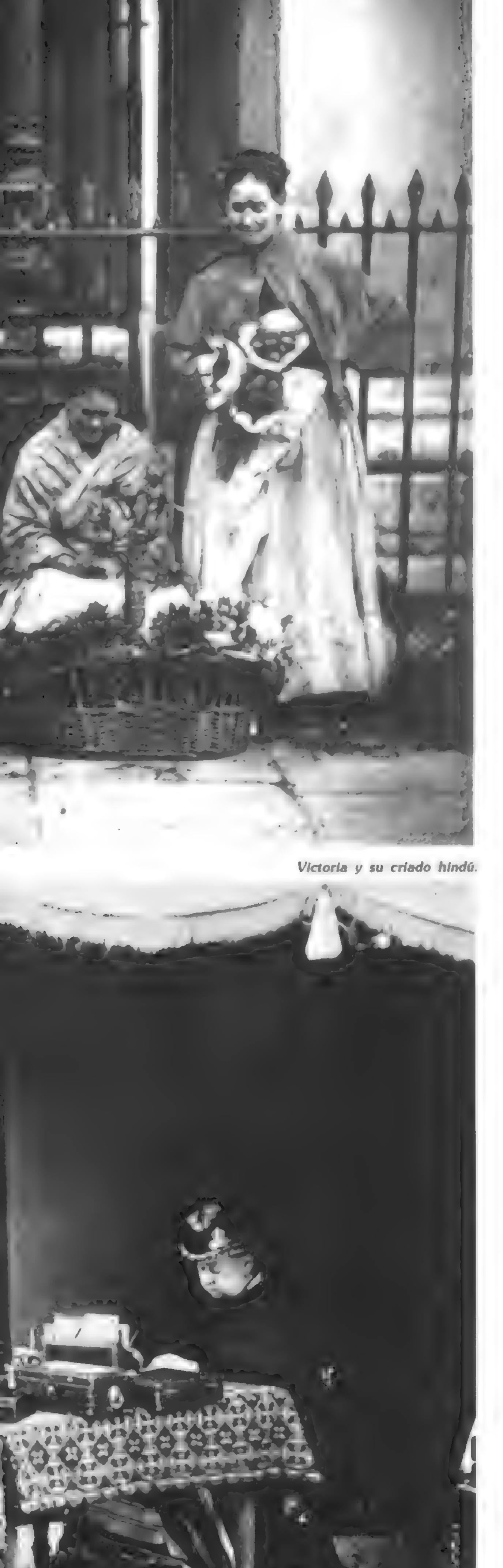
Durante la era victoriana, los hombres de la rubia Albión se asentaron en Aden, en Singapur, en Hong Kong, en Rhodesia. La Royal Navy paseaba por los siete mares el pabellón de la Union Jack mientras el ejército guerreaba en el Punjab, en Afganistán, en Birmania y en el Transvaal. Y si en Jartum se desvanecieron los sueños de conquista del general Gordon, derrotado y muerto por el Mahdi, sería para que Kitchener lanzara en Omdurmán su artillería contra los derviches para que nadie dudara de la superioridad británica. En la rebatiña colonial del siglo XIX, los hombres de las islas (ingleses, escoceses, irlandeses) estaban siempre en primera línea con la habilidad suficiente para más tarde hacer de los cipayos, los sikhs y los gurkas soldados aguerridos de Su Majestad. En 1877 el imaginativo Disraeli hizo coronar a su reina como emperatriz de la India, y para aquel entonces el *Rule Britannia* se medía no sólo en su supremacía sobre las olas, en su dominio sobre unos continentes —Australia, Canadá, India— o en la posesión de unas bases estratégicas —Gibraltar, Malta, Suez, El Cabo, Port Stanley—, sino en la calidad de sus productos manufacturados, aceros, herramientas, maquinaria, tejidos y té, que convertían a Gran Bretaña en el primer país exportador del planeta. Y cuando hacia fin de siglo el poderoso avance tecnológico de Alemania hizo temer el fin de una hegemonía, el dinero acumulado en las islas convirtió a éstas en el primer país inversor, situando capitales en Latinoamérica, en Extremo Oriente, en Sudáfrica y en Australasia.

Transformada en imperio, a Gran Bretaña, regida con firmeza por Victoria I, sólo le faltaba el cantor capaz de sublimar el pragmatismo transformándolo en misión y hacer del utilitarismo sentido trascendente al servicio de una causa noble. Y el cantor se halló en Rudyard Kipling, exaltador de la grandeza del Imperio como don hecho por la Providencia a la tenacidad y a las virtudes viriles de una raza, fiel a su destino y temerosa de Dios.



Floristas en el Coven Garden londinense, la otra cara de My Fair Lady




Victoria y su criado hindú.

Política y deporte, dos productos victorianos

A lo largo de su dilatado reinado, Victoria I tuvo como primeros ministros a hombres como Melbourne, Peel, Russell, Palmerston, hasta llegar a los dos gigantes, Gladstone y Disraeli. Porque a pesar de que la reina era visceralmente conservadora y los liberales le merecían la mayor aprensión, no tuvo más remedio que sujetar sus preferencias y atenerse a la alternancia entre *tories* y *whigs,* aceptando las reglas de un juego que sería después ejemplo para las cortes europeas más avanzadas: el reinar pero no gobernar. Entretanto, el sistema bicameral, bipartidista y parlamentario, con acatamiento al veredicto electoral del sufragio, creaba las bases de un régimen liberal y parlamentario que se convertiría en modelo de las colectividades más adelantadas. Política y deporte fueron dos actividades nacidas en el período victoriano, coincidentes ambas en la imposición de unas reglas de juego, en el hemiciclo o en el césped; en el sometimiento a un arbitraje, en el enfrentamiento entre dos grupos que actúan asociadamente y en equipo, y a los que se impone un *fair play* en aceptación de los resultados. Fue precisamente en la época victoriana cuando el deporte moderno, practicado en los colegios de Eton o de Rugby, empezó a adquirir carta de naturaleza. El *cricket* ya se jugaba a principios del XIX; el rugby se reglamentó en 1823; el primer British Open de Golf se empezó a disputar en 1860; el fútbol se normalizó en 1863, y el tenis sobre pista de hierba en 1877. Se iniciaba así la saga del deporte, cuyos antecedentes había que buscarlos en las regatas entre Oxford y Cambridge, en el Derby de Epsom o en el Gran National de Aintree, del que cuando no existía el telégrafo se daba el resultado mediante la suelta de una bandada de palomas mensajeras.

El espléndido aislamiento

La consolidación de la monarquía y el afianzamiento del sistema político (que se logró democratizar gracias a la ampliación gradual —clases medias y clases trabajadoras— del derecho al voto) hicieron que la Gran Bretaña regida por Victoria atravesara sin alterarse la conmoción revolucionaria de 1848 y la guerra franco-prusiana de 1870. Mientras no peligrase su dominio de los mares, las islas británicas se refugiaron en lo que se llamó su «espléndido aislamiento», y si en 1854 se embarcaron en la aventura de la guerra de Crimea, en alianza con franceses y turcos contra Rusia, fue por mantener los estrechos, puntos vitales de la seguridad inglesa,

BENJAMIN DISRAELI (Lord Beaconsfield) (Londres, 1804-Londres, 1881)

Perteneciente a una familia judía de origen italiano, establecida en Inglaterra desde mediados del siglo XVIII, Benjamín Disraeli fue, según uno de sus biógrafos, una figura tan peculiar que al hablar de él la moderación quedaba siempre al margen. Sus admiradores fueron fervientes, sus detractores implacables. Una audacia inquietante y sin demasiados escrúpulos y una clarividencia política innegable convirtieron al joven *Dizzy,* que había hecho su aparición en los salones británicos como un *dandy* de modales afectados, trajes extravagantes y cargado de deudas por especulaciones ruinosas, en el forjador de un partido *tory* adecuado a las profundas transformaciones que había sufrido la sociedad británica.

En un principio, Disraeli se hizo conocer como escritor por su novela política *Vivian Grey* (1826-1827). Después, sus experiencias en un viaje por el Mediterráneo y por Oriente le inspiraron *Contarini Fleming,* publicada en 1832. Ese mismo año inició su vida política presentándose dos veces para diputado por el distrito de High Wycombe como radical independiente. En 1835 volvió a intentarlo, también sin éxito. Finalmente se incorporó al Partido Conservador y consiguió salir elegido por Maidstone en 1837. Su primer discurso en la Cámara fue un absoluto desastre; sin embargo, lejos de arredrarse, Disraeli advirtió en medio de los abucheos: «Llegará un día en el que me escucharéis.»

En 1839 contrajo matrimonio con una viuda adinerada, doce años mayor que él, en la que siempre encontró un apoyo inestimable y un afecto profundo.

A pesar de su fracaso inicial, terminó imponiéndose en el Parlamento y hacia 1842 ya actuaba como portavoz de un grupo de *tories,* mitad románticos, mitad

idealistas, conocidos como la *Joven Inglaterra*. Tres novelas de Disraeli, *Coninsby, or The New Generation* (1844), *Sibil, or The Two Nations* (1845) y *Tancred, or The New Crusade* (1847), sirvieron para divulgar el ideario del grupo.

La introducción del librecambismo en 1846 provocó una escisión de los conservadores, algunos de los cuales pasaron a las filas del Partido Liberal, mientras los demás, entre ellos Disraeli, se agruparon alrededor de lord Bentinck. Su fidelidad se vería recompensada. Disraeli pasó a ser líder del Partido Conservador en la Cámara de los Comunes y se hizo cargo de las finanzas en los gobiernos dirigidos por lord Derby en 1854, 1858 y 1865. Fue también el inspirador de la reforma de 1867, que casi duplicó el cuerpo electoral inglés. En febrero de 1868, cuando la mala salud obligó a Derby a abandonar el poder, Disraeli fue elegido como sucesor.

Derrotado en las elecciones de diciembre de ese año, la vida política británica se polarizó en los años siguientes en dos nombres: Disraeli y Gladstone. En 1874, el Partido Conservador consiguió una amplia victoria electoral. Disraeli fue nombrado primer ministro y gobernó hasta 1880. Aunque tal vez demasiado tarde, estos años marcan el apogeo de su carrera. Su cómoda mayoría parlamentaria y su amistad con la reina Victoria, conservadora en política y con cierta antipatía hacia Gladstone, le permitieron llevar a cabo un ambicioso programa político.

En el interior se sucedieron las reformas sociales: reducción de la jornada laboral, reconocimiento de derechos sindicales, progresos en la Sanidad... En el exterior, su política fue agresiva y decididamente marcada por el signo imperialista: intervino en los asuntos del Mediterráneo oriental y consiguió para su país Chipre y el Canal de Suez, hizo coronar a la reina Victoria como emperatriz de las Indias, emprendió guerras contra los afganos y contra los zulús... Las elecciones de abril de 1880 fueron, sin embargo, desfavorables a los conservadores. Disraeli abandonó el poder. Mientras tanto, su salud había ido deteriorándose. El 19 de abril de 1881 falleció en su casa de Londres. En 1876, la reina Victoria le había otorgado el título de Conde de Beaconsfield.

alejados del imperialismo zarista. En 1870, cuando la guerra entre Francia y Prusia, la inteligencia de Bismarck, dejando ver claro que la ballena británica nada tenía que temer del bisonte germánico, hizo que Inglaterra se mantuviera al margen de un pleito en el que la derrota francesa en Sedán y la caída de Napoleón III fueron un alivio para los ingleses, temerosos de que la navegación a vapor supusiera una tentación irresistible para el emperador francés, llevándole a intentar lo que no había sido más que un sueño en la mente de su tío el corso: la invasión de las islas. Tan sólo la apertura del canal de Suez había inquietado al gobierno británico, preocupado porque alguna potencia pudiera estrangular aquella nueva vía que acortaba en semanas la ruta de las Indias. El dominio sobre la cuenca del Nilo y la creación del Sudán angloegipcio fueron razones que instaron al jedive a vender a los ingleses sus acciones sobre el canal, dejando bien clara la influencia británica sobre una zona vital para la integridad del Imperio.



La otra cara del período victoriano

Si la doctrina manchesteriana y el liberalismo de *laissez faire* habían facilitado la creación de inagotables fuentes de riqueza, ello había sido a costa del sacrificio de la clase trabajadora. La desigualdad que esto había engendrado era escandalosa. A mediados del siglo XIX se estimaba que unas 7.000 familias poseían el 85 por 100 de la renta nacional. El destino del proletariado industrial era infrahumano, y así lo vinieron a descubrir valientemente en el año 1842 cuatro hombres —el médico Southwood Smith, el economista Thomas Tooke y los inspectores de industria J. Saunders y L. Horner— que publicaron un informe que conmovió la conciencia de toda Inglaterra. Su título era *Primer informe de la comisión sobre el trabajo infantil* y afectaba a las condiciones laborales de los niños en las minas de carbón. Según el estudio, el empleo de niños de siete y ocho años en los pozos era usual. Se citaba el caso de un niño de tan sólo tres años que había sido visto trabajando. Las criaturas empujaban vagonetas, «enganchados a ellas como perritos», y ayudaban a verter carbón. Un niño portero que estaba a cargo de las compuertas de ventilación de las que dependía la seguridad de la mina, tenía que permanecer diez horas seguidas solo y acurrucado en un sórdido nicho en la más completa oscuridad. El horror subió de punto al saber que también se explotaba a las niñas. Desnudas hasta la cintura y tirando de cadenas, las niñas se arrastraban a gatas, dada la estrechez de los pasadizos, empujando cargas inhumanas. El informe denunciaba, asimismo, la existencia de castigos y malos tratos, impuestos por faltas en el trabajo, que revelaban la más repugnante y desalmada crueldad.



Funerales de la reina Victoria: la capilla ardiente.


El cuerpo de la reina es transportado en un buque de guerra.

Bajo la ley del más fuerte

Bastó la divulgación del reporte para que un periódico diera un paso al frente, haciendo gala de lo que ha sido virtud de la sociedad británica: la denuncia ante el abuso o la injusticia, perpetrados en la propia casa y por la propia familia nacional. Y decía el periódico:

«Aquí, en Inglaterra, nos hemos querido mostrar siempre como campeones de la humanidad... Hemos atendido a los clamores de los esclavos de otras tierras, pero hemos cerrado los oídos a las quejas de los que gimen a nuestros pies...»

Admitida con la mayor tranquilidad la existencia de unas clases pobres como tributo a unas ineluctables leyes económicas, la filosofía del benthamismo sostenía que «el hombre debe ser libre para enriquecerse a gusto». Y el medio se había encontrado en el industrialismo como fuente de creación de un capital para el que la fuerza de trabajo era un factor irrisoriamente barato y sujeto, como cualquier mercancía, a la ley de la oferta y la demanda. El darwinismo, aplicado a la lucha por la vida en lo social, conducía con la mayor frialdad al dogma del triunfo del más fuerte. Y así, durante años del período victoriano, el trabajo en las minas, en los telares y en la siderurgia hizo de hombres, mujeres y niños verdaderos esclavos del sistema. La mortalidad infantil daba pocas probabilidades de vida. Las mujeres eran viejas a los treinta años. Muchísimas buscaban en la prostitución una salida a la miseria. La mendicidad era el destino inevitable del trabajador entrado en años e incapaz de realizar esfuerzos. Este era el espíritu de una época preocupada por la riqueza material y por la organización puramente mecánica de la sociedad. No resulta, pues, extraño que fuera precisamente un judío de Tréveris, exiliado en Inglaterra y llamado Carlos Marx, quien ideara la primera teoría económica concebida desde el punto de vista de los desheredados ante las espantosas condiciones del capitalismo, creado al amparo del liberalismo económico.

El cambio social

En las circunstancias descritas, la rebaja de unos peniques en 1842 en el jornal de los trabajadores provocó el estallido. En Leeds, Manchester, Bolton, Blackburn y otras localidades, los obreros se amotinaron negándose a trabajar. A partir de entonces se iniciaría el lento camino de las reivindicaciones. Un estado de opinión al que contribuyeron en gran medida las novelas de Dickens y de Disraeli, los escritos de Carlyle y los poemas de Elizabeth Barrett Browning, sacudió la conciencia nacional y predispuso hacia el reconocimiento del factor humano como premisa de justicia social. En 1850 se prohibió el trabajo a los menores de diez años. En 1867 las reformas electorales de Gladstone significaron


El mausoleo de Frogmore.

A pesar de la función integradora de la corona, la época victoriana presenta un balance bastante pobre en cuanto a justicia social y distribución de la riqueza, tanto a nivel de clases como a nivel regional entre las diversas partes del Reino Unido. Inglaterra se llevó la parte del león, mientras que Escocia y Gales mejoraron débilmente. Irlanda sufrió la «gran hambre» de 1846 a 1848, y las revueltas campesinas alentadas por los independentistas fueron ahogadas en sangre. La revolución industrial trajo consigo el proletariado y los cinturones de miseria de las ciudades. Allí nació el movimiento obrero del que posteriormente saldría el laborismo, uno de los pilares fundamentales de la vida política británica moderna. Un exiliado alemán refugiado en Londres, Carlos Marx, escribió allí El manifiesto comunista *(1847) e inició* El capital, *que no terminó al sorprenderle la muerte en 1883. Estos dos libros, escritos en un pupitre público de la biblioteca del Museo Británico, cambiarían el curso de la historia del siglo XX.*



Victoria y sus nietos, la reserva monárquica de Europa.



La familia real inglesa.

Una nieta de la reina Victoria I de Inglaterra que llevaba su mismo nombre, la bellísima Victoria Eugenia de Battenberg, se casó en Madrid, el 31 de mayo de 1906, con Alfonso XIII, rey de España. El 15 de abril de 1931 se exilió, tras la proclamación de la República, y volvió a España en 1967 para asistir al bautizo de su bisnieto Felipe, actual príncipe de Asturias y heredero de la corona española. Murió en Lausana (Suiza) en 1969.

un reconocimiento a la personalidad de los marginados. En 1871 se permitió el derecho de asociación de los obreros, creándose los sindicatos, las primeras Trade Unions. En 1874 se fijó la jornada laboral en cincuenta y seis horas semanales. Quedaba todavía el problema de las pensiones, de las indemnizaciones a los accidentados, de la protección a las viudas, de la ayuda a las gentes que después de una vida de trabajo, y habiendo pagado el tributo de su salud, quedaban en la calle sin el menor derecho. En demanda de estas peticiones, en 1887 una muchedumbre de harapientos, de pordioseros, irrumpió en Trafalgar Square pidiendo justicia. Y dos años después, una huelga general en petición de subsidios paralizó el punto neurálgico del Imperio británico: los muelles de Londres. Las reformas, empujadas por unas Trade Unions fortalecidas, no se hicieron esperar.

El estilo y la moral victorianos

La aristocracia victoriana —los Cecil— y la burguesía —los Forsythe—, civilizados, gozadores de un confort nunca visto, crearon un estilo de vida visible en un interiorismo recargado a base de caobas, espejos dorados, tapicerías de Beluchistán y sedas de Madrás. Era una clase que vivía en Belgravia o en Kensington, que amaba los juegos al aire libre y había descubierto las delicias de veranear en Margate. Pocas veces una sociedad ha dado tal sensación de seguridad y de fortaleza. Los jóvenes victorianos de las clases opulentas veían ante sí un mundo lleno de posibilidades en los negocios, en la política, en la milicia o en ultramar. El *gentleman* victoriano, como el hidalgo español, era un personaje al que se asociaba con una edad de oro histórica. La solidez de aquella sociedad la reafirmaba la presencia diaria del *Times* y el humor del *Punch,* fiel a su cita semanal.

Al llegar esta sociedad a su madurez, Victoria era una respetable dama que oscilaba entre sus castillos de Windsor, Osborne y Balmoral. Su viudez había encontrado apoyo en la devoción de su criado John Brown, un escocés sólido, leal y bebedor, no sin que esta regia debilidad provocara cierto escándalo. La sociedad puritana, elusiva, que no gustaba de decir las cosas por su nombre y que buscaba la perífrasis para eludir la cita de ciertas zonas corporales, se volvía ahora contra su propia soberana en murmuraciones que descubrían el fondo de hipocresía latente



Eduardo VII, sucesor de Victoria.

La reina Victoria quizás intuyera antes de morir que de la rivalidad entre el Reino Unido y el rearmado Imperio alemán no podría salir nada bueno para Europa, y que su país perdería pronto el liderazgo mundial a manos de la joven democracia americana y el expansionismo ruso, que pasó del zarismo al comunismo. Pero ella cumplió su papel: estabilizó y gobernó el Imperio durante sesenta y cuatro años, devolviendo a la corona británica el prestigio popular y el respeto internacional. La sucedió en el trono su hijo Eduardo con el título de Eduardo VII. Las relaciones del nuevo monarca con el emperador alemán Guillermo II fueron mucho más tirantes de las que se esperan entre tío y sobrino, pues tal era la relación que les unía.

en el estilo victoriano. Era la misma sociedad que, a fin de siglo, fustigara Oscar Wilde en sus piezas teatrales, lo que no impedía que con un sentido masoquista lo aclamara como un ídolo. Y era también la misma que más tarde, en conocimiento de las tendencias sexuales del escritor y de su amor por el joven Alfred Douglas, lo condenara a la muerte civil y a la ignominia de la cárcel de Reading.

Los últimos años de la reina Victoria se vieron ensombrecidos por el conflicto anglo-bóer. La guerra del Transvaal, inspirada por la codicia británica sobre el oro de Sudáfrica, concitó sobre Inglaterra una oleada de impopularidad. Hasta su nieto Guillermo II se significó enviando un telegrama clamoroso al presidente Krüger. La revuelta de los bóxers en China y el movimiento de solidaridad europea que despertó fue una de las últimas alegrías de la reina, que consideraba —y no sin razón— a las cortes de Europa como una prolongación de su familia. Pero lo que más le preocupaba era la antipatía existente entre su hijo Bertie y su nieto Willy, como llamó siempre a Guillermo II. Entre el menosprecio de Eduardo y la envidia de Guillermo se estaba gestando una rivalidad que no presagiaba nada bueno para el porvenir europeo. Guillermo II había dicho, imprudentemente, que el porvenir de Alemania estaba en el mar; y el programa de construcciones navales al que se había lanzado Alemania inquietaba grandemente en las islas. Victoria no alcanzaría a ver el final de esta rivalidad familiar, económica e imperial. Sería el hundimiento del mundo victoriano y la pérdida de la hegemonía de Europa, deshecha en los campos de batalla de Verdún, de los Cárpatos y en aguas de Jutlandia.

Sus últimas horas las pasó en Osborne. Allí, rodeada de hijos y nietos, falleció Victoria *regina*. Su postrera alegría fue el comprobar que su nieto Willy, el difícil e inestable Willy, había dejado todos sus compromisos cortesanos para correr a la cabecera de su abuelita en trance de muerte.

R. A.

Bibliografía básica

BRYANT, A.: *Cien años de vida inglesa, 1840-1940.* Barcelona, 1946.
CHASTENET, J.: *Le siècle de Victoria.* París, 1947.
RUSSELL, B.: *Libertad y organización.* Madrid, 1936.
The Nineteenth Century, Asa Briggs editor. Londres, 1970.

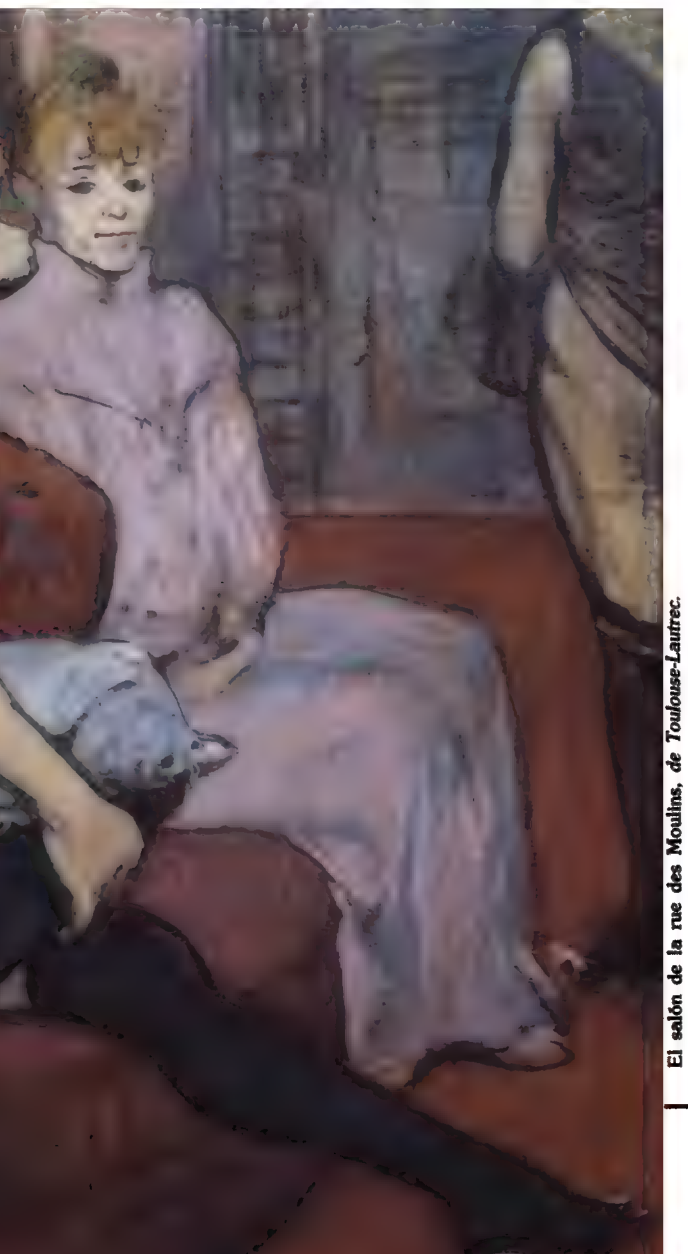


Toulouse-Lautrec. *Retrato hecho por Edouard Vuillard.*

Resulta curioso recordar ahora —cuando los cuadros impresionistas cuelgan de los muros de los mejores museos del mundo y son subastados por millones— algunos juicios que los críticos de arte hicieron de ellos en su tiempo. Roger Ballus, crítico oficial y subsecretario francés de Bellas Artes, escribió sobre ellos: «Provocan la burla y son lamentables. Demuestran una profunda ignorancia del dibujo, de la composición y del colorido. Los niños que juegan con papel y lápices de colores lo hacen mejor.» Sin embargo, los jóvenes impresionistas (ya había habido precursores, como Goya o Velázquez) supieron defender su libertad creativa y consolidar su obra, para escándalo de los bienpensantes de la época. El arte cambiaba con el mundo. Toulouse-Lautrec destaca por sus cuadros y carteles del ambiente bohemio parisiense, unas obras llenas de vigor y originalidad.

1901

TOULOUSE-LAUTREC, EL PINTOR DE LA BOHEMIA



El salón de la rue des Moulins, de Toulouse-Lautrec.

PARÍS ha entrado en el siglo XX por la puerta grande del recinto de su Quinta Exposición Universal, sobre la cual campea la rotunda cifra de 1900. Una exposición universal es siempre una cita del pasado con el futuro, un muestrario de cuanto la humanidad está haciendo en su constante caminar por la senda del progreso de generación en generación. Desde que en 1867 celebró la primera de sus grandes exposiciones, París es el centro social y cultural de una Europa que anda en busca de su propia identidad; es también el punto de referencia y de encuentro de lo que se ha dado en llamar la belle époque, *una forma de vivir y de entender la vida alegre y despreocupada, que se desentiende, consciente o inconscientemente, de las profundas transformaciones políticas y sociales que se están produciendo a su alrededor.*

Precisamente recién estrenado el siglo XX, en plena madurez de vida (apenas treinta y siete años) y de arte, pero también en plena decadencia biológica, moría Toulouse-Lautrec, el cronista gráfico oficial de esos años y de esa vida de café y de noche del París finisecular.

Florentino Pérez, autor de este artículo, es escritor especializado en temas de historia y arte.

París era en los años de la belle époque la capital cultural y artística del mundo. Bohemios de todos los países alegraban las legendarias noches parisienses. Toulouse buscaba su inspiración en los locales nocturnos y se sentía irremediablemente atraído por los ambientes sórdidos y los submundos marginales que existen en toda gran ciudad cosmopolita. Deforme físicamente —él que amaba tanto la belleza— y gran juerguista, inmortalizó a prostitutas, bailarinas y actrices con las que compartió su vida.

El impresionismo y el posimpresionismo

Lo que realmente estaba sucediendo en la segunda mitad del siglo XIX era la consolidación, a veces traumática, de lo que en términos generales se llama revolución burguesa o el nacimiento de una nueva sociedad en la que se van modificando gradual y profundamente los supuestos sobre los que se asentaban las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. Como en cualquiera de las otras actividades del género humano, también en el plano del arte se produce una relación causa-efecto dentro del cambio social del XIX, la cual se caracteriza por una actitud crítica frente a lo establecido, en este caso lo académico. Esa reacción contra lo establecido tiene sus representantes más significativos en los artistas plásticos que en 1863 fueron excluidos —«rechazados»— del Salón Oficial y que de 1874 a 1886 montaron sus propias exposiciones en ocho ocasiones: los impresionistas. Sus nombres son bien conocidos: Pissarro, Manet, Degas, Sisley, Monet, Renoir, Bazile, Morisot, Seurat, etcétera.

Paradójicamente, también los impresionistas buscaban representar la realidad, pero por caminos muy distintos y con técnicas muy diferentes de las de los academicistas. Para los impresionistas lo esencial era la luz, pero la luz sin sombras no puede dar la sensación ni la impresión de los volúmenes: una pintura sin sombras resulta plana, sin relieve. Las investigaciones de científicos como Helmholz y Chevreul vinieron a darles la clave: también la sombra tiene color. En efecto, la sombra depende del color complementario del que predomina en la luz. Ya no necesitaban acudir al claroscuro, técnica que se venía utilizando desde el Renacimiento; bastaba con contrastar los colores cálidos con los fríos, lo que, de camino, les permitía prescindir del contorno y manejar el pincel con rapidez, con lo que conseguían además pintar a pleno sol y captar un instante fugaz, un efecto luminoso en constante transformación: lo importante era recoger y transmitir una impresión momentánea.

Lo que en Manet, Renoir, Degas, Pissarro, etcétera, es pura y simplemente reflejo de una impresión luminosa —la luz como objeto y como expresión de la impresión—, en artistas como Van Gogh, Gauguin o Toulouse-Lautrec es manifestación apasionada de su manera de ver, de entender y de vivir las cosas, las personas y las situaciones propias y del entorno, en las que se sienten inmersos y en las que quieren influir. Tanto es así que, si bien por contemporaneidad y por relaciones personales, son testigos y hasta partícipes del quehacer artístico de los impresionistas, por sus propias vivencias y los condicionamientos de su minusvalidez física, en el caso de Toulouse-Lautrec, o su enfoque religioso de la vida, en el caso de Van Gogh, o su enraizada conciencia de fracasado en permanente huida, en el caso de Gauguin, representan parcelas bastante bien diferenciadas e independientes dentro del marco general de la evolución artística de la segunda mitad del XIX y los comienzos del XX.



Una vida muy especial, una pintura muy especial

«París era todavía la ciudad del *affaire Dreyfus* en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica», escribía Antonio Machado refiriéndose al París de 1899 cuando, en el mes de



1901

Toulouse-Lautrec, el pintor de la bohemia

El París de Toulouse-Lautrec.

junio de ese año, se trasladó allí para trabajar junto a su hermano Manuel en la casa editorial Garnier. Era justamente el año en que Toulouse-Lautrec sufría la más grave crisis de salud, minada por una larga serie de irregularidades y por el alcohol.

Henri-Marie-Raymond de Toulouse-Lautrec Mongue había nacido en Albi, el 24 de noviembre de 1864, en el seno de una de las más antiguas familias aristocráticas de Francia. Pasó sus primeros años y comenzó sus estudios en su ciudad natal, hasta que en 1873 la familia se trasladó a París para que el muchacho prosiguiera su enseñanza, combinada con su arraigada afición al dibujo.

Nunca gozó de buena salud, pero sus largas estancias en el campo y su afición al deporte compensaban en parte las deficiencias de la naturaleza, hasta que dos desgraciados accidentes, en 1878 y 1879, provocaron sucesivamente la rotura y atrofia de ambas piernas. El largo proceso de intervenciones quirúrgicas, de tratamientos, reposo y convalecencia orientó definitivamente su vida hacia el arte como remedio a su desgracia y a su soledad. Encontró el arte en París, pero no en sus academias, sino en su vida.

De 1881 a 1883, Toulouse-Lautrec realizó su aprendizaje por los estudios o talleres de pintores como Princeteau, Bonnat y Cormon, artistas todos ellos de relieve, pero excesivamente academicistas, que ponían un énfasis especial en el dibujo y en la copia del natural. El régimen académico de copiar se le hacía insoportable a pesar de su buena disposición y voluntad. Un compañero y amigo recordaba después que Toulouse hacía «un gran esfuerzo para copiar el modelo exactamente, pero, muy a pesar suyo, exageraba algunos detalles hasta el punto de distorsionarlo sin quererlo o incluso a veces queriéndolo».

El cronista de la «belle époque»

Cuando el ambiente de un estudio le resultaba insoportable, pasaba a otro, hasta que a mediados de la década de 1880 se aposentó en el barrio de Montmartre, no profanado aún por la curiosidad programada de los turistas. Allí, mientras, va anudando su vitalicia asociación con la vida bohemia, un estilo de vida al que alguien presentaba a mediados del siglo como «limitada al norte por la esperanza, el trabajo y la alegría; al sur, por la necesidad y el valor; al este y al oeste, por la calumnia y el hospital».

Los cafés-concierto, los cabarets, las casas de tolerancia, el circo, los actores y las actrices, los artistas de esa zona de París le fascinaron y le dieron las primeras pruebas de su público reconocimiento.

El inconformismo en la forma de vivir de las gentes que le rodean coincide con su propia manera de concebir el arte, en el que se dan cita su especial visión de las cosas y su prolijo análisis de las personas y de los ambientes.

Ivette Guilbert, ***de Toulouse-Lautrec.***



Briant canta en su cabaret, ***de Toulouse-Lautrec.***

Se pasa días o noches enteras estudiando y tomando apuntes en un mismo local nocturno o en una misma pista hasta sorprender y fijar el momento en que el conjunto refleja mejor la situación o el personaje. Aunque muy influido por Degas y por las estampas japonesas que entonces estaban de moda, Toulouse-Lautrec había depurado al máximo su técnica, utilizada por lo demás con entera espontaneidad: manejaba la línea y el color libremente, de forma que en sí mismos comunicaban la idea de movimiento. Las líneas no iban más allá de los límites de lo anatómicamente correcto; los colores eran intensos y su yuxtaposición producía un ritmo palpitante; las leyes de la perspectiva eran violadas con el fin de colocar las figuras en una activa e inestable relación con su entorno. Un recurso normal en él consistía en no reproducir las piernas de los personajes; aun cuando este detalle podría interpretarse como la reacción del artista frente a sus propias, raquíticas y casi inservibles piernas, lo más probable es que lo hiciera para así eliminar el movimiento específico, el cual se convertía de esa forma en la esencia misma del movimiento. El resultado eran unas obras de arte en las que bullía la vida y la fuerza y que en su formal abstracción y en su global bidimensionalismo prefiguraba el giro hacia las escuelas del fauvismo y el cubismo de la primera década del siglo XX.

Galería de bohemios

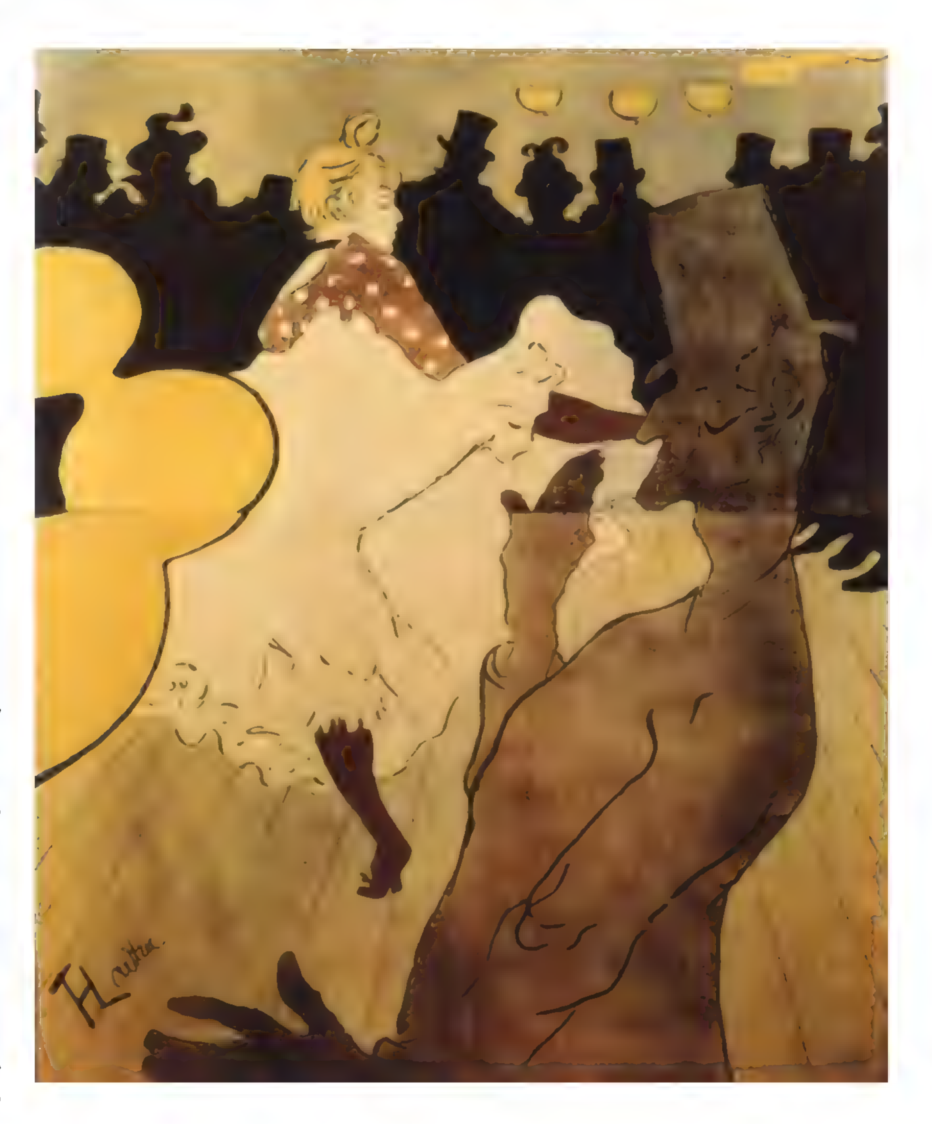
La originalidad de Toulouse-Lautrec se manifestó además y quizá con mayor fuerza, por novedosa, en la especialidad de los carteles, mitad publicitarios, mitad estampas de época. El primero, titulado *Moulin Rouge-La Goulue,* lo ejecutó en 1891 y en los diez años siguientes llegó a realizar hasta treinta. Además de permitirle expresar una nueva forma de su arte, los carteles le sirvieron a él mismo de propaganda. Una de las mayores satisfacciones de su vida está reflejada en esta frase: «Mi cartel aparece hoy pegado en las paredes de París.»

La condición de cronista de la *belle époque* se la ganó sobre todo merced a la extensa galería de artistas de la escena que quedaron eternamente consagrados por su paleta o para quienes trabajó, como es el caso del cantante y compositor Aristide Bruant, dueño del cabaret Mirliton. Impresionado por su obra, Bruant le pidió que ilustrara las portadas de sus canciones, y le ofreció, además, su local para que pintara y expusiera sus obras, y las páginas de su revista *Mirliton* para que publicara sus dibujos.

Sería interminable la relación de instantáneas de la vida nocturna y alegre que recogieron sus pinceles. He aquí algunos ejemplos: la figura maciza y provocativa de la primera bailarina del Moulin Rouge, Louise Weber (La Goulue), nos la presenta convertida en música y movimiento. En el Jardín de París sorprendió, tras largas sesiones de contemplación, la grácil silueta de su amada Jane Avril, y en el Divan Japonais bebió embelesado la enigmática mirada de Ivette Guilbert saludando al público. Marcelle Lander es un poema de formas y colores que llenan todo el escenario cuando baila el bolero de *Chilperic.* Y docenas y docenas de apuntes, de siluetas, de intimidades.

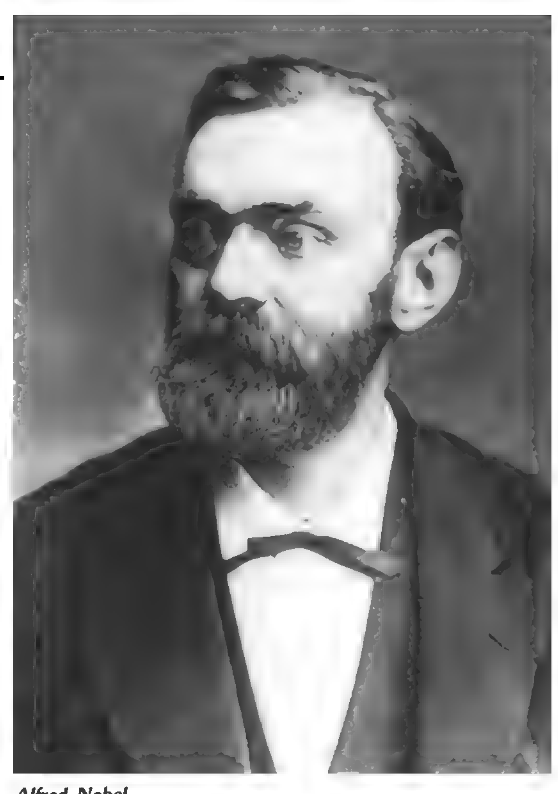
Crónicas son también, tocadas esta vez de melancolía y patetismo, sus retratos y sus escenas de circo: Footit y Chocolat, o la impresionante Cha-u-kao, o las caballistas del Circo Romero. Y lo son igualmente las escenas panorámicas e intimistas de los frecuentadores del Moulin de la Gallete, del Moulin Rouge o del Salon de la Rue des Moulins. No hay mejor forma de conocer el París nocturno y alegre de finales del XIX que darse una vuelta por el Museo Toulouse-Lautrec de su ciudad natal, Albi.

Toulouse-Lautrec fue, incluso dentro del impresionismo, un independiente que no gustaba de adscribirse a ninguna escuela pictórica. Su facilidad para el croquis y para captar lo fundamental de cada cuadro lo inclinó hacia el cartel y la litografía, lenguaje plástico fundamental del siglo XX. Este pequeño pintor tullido, irónico y cruel hacía suya la frase de Emile Zola, su contemporáneo: «Tengo mi pequeña teoría, como cada cual, y, como cada cual, creo que es la única verdadera.»



Cartel anunciador del cabaret Moulin Rouge, de *Toulouse-Lautrec.*

LOS PREMIOS NOBEL



Alfred Nobel.

EL testamento de Alfred Nobel, leído el 30 de diciembre de 1896, asombró a la humanidad. La inmensa fortuna acumulada por el inventor de la dinamita sería destinada a premiar la labor de aquellos hombres que, con sus descubrimientos y sus desvelos, contribuyeran a forjar un mundo mejor. Los albaceas de Nobel, después de vencer numerosas di-

Alfred Nobel fue un químico autodidacta que se especializó, por vocación y tradición familiar, en la investigación sobre explosivos. En 1863 descubrió la nitroglicerina y un año más tarde, mezclándola con carbón en polvo o tierra trípoli, la dinamita. En 1875 creó la dinamita-goma mezclando nitroglicerina y algodón nitrado. Dos años más tarde descubrió la balistita, polvo explosivo hecho con nitroglicerina y nitrocelulosa. Realizó sus investigaciones en Rusia, Suecia, Alemania, Francia y, al final de sus días, en San Remo (Italia), imagen a la que pertenece la fotografía de su último laboratorio. Nobel fue un hombre excepcionalmente inteligente, que a los veinte años ya era un químico notable sin haber ido a la universidad, y hablaba ruso, alemán, inglés, francés, noruego, danés y su sueco natal.

ficultades, consiguieron hacer realidad el noble deseo, y así, desde 1901 hasta la actualidad, han sido numerosos los premios concedidos a aquellas personas que más han destacado en los campos de la física, la química, la fisiología y medicina, la literatura y la paz, premio este último el más apreciado por Nobel. Muchos años después, en 1969, el Banco central de Suecia otorgó el premio de Ciencias Económicas en memoria de Nobel.

Pilar Collar, historiadora, nos explica cómo nacieron los premios más famosos del mundo.



El laboratorio de Alfred Nobel en San Remo.

1901

Un Nobel sin premio Nobel

Este apartado podría llevar un espectacular encabezamiento: *La aventura de un hombre del siglo XIX*. Y es que el siglo pasado fue pródigo en científicos auténticamente «aventureros» que tuvieron que luchar en solitario por el avance de la ciencia. Tal es el caso de Alfred Nobel, que, aun sonriéndole la fortuna, tuvo que sufrir la incomprensión de sus contemporáneos.

Tercero de los cuatro hijos de una respetable familia de Estocolmo que se había arruinado el mismo año en que naciera (1833), Alfred heredó la imaginación de su progenitor, hombre soñador que tuvo que emigrar a Rusia, donde montó una fábrica de armamento. Su fracaso en el intento de hacer estallar unas minas submarinas que el zar había ordenado colocar durante la guerra de Crimea, y el fin de ésta obligaron a la familia a regresar a Estocolmo. Sólo dos hermanos se quedaron en Rusia, consiguiendo con el tiempo volver a poner en funcionamiento los talleres abandonados por el cabeza de familia.

Una obsesión embargaba a Alfred y a su padre: encontrar un material explosivo exento de peligros. Para ello partían de la nitroglicerina; pero se trataba de un material muy poco manejable. El 3 de septiembre de 1863 tuvo lugar un suceso que marcó el comienzo de la lucha de Alfred Nobel con el mundo: en su laboratorio se produce un desafortunado accidente que acaba con la vida de su hermano y de otro empleado. Las protestas por la realización de estas investigaciones no se hacen esperar y no serán las únicas. Pero Alfred no se desalienta y decide llevar a cabo sus trabajos en el mar, a bordo de un viejo barco. Esto era muy costoso, por lo que debió convencer de la importancia de sus estudios a un famoso banquero, con quien fundó la primera sociedad.

Los resultados no se hacen esperar, y al poco tiempo pone a punto un aceite explosivo llamado *aceite Nobel*. Es el momento de la fortuna, pues todos los países están interesados en montar fábricas de este material. Incluso se traslada a Estados Unidos, donde obtiene un rotundo éxito. Pero los accidentes se suceden —¡esos accidentes que hacen que la gente se olvide de los beneficios de los descubrimientos: apertura de túneles, canales, etc.!— y vuelven a enfrentar a Nobel con el mundo.

Había que inventar un material menos peligroso y más controlable; así nace, poco tiempo después, la dinamita, cuya contribución a la humanidad fue extraordinaria. El éxito fue tal que se instalaron fábricas en numerosos países y la fortuna de Nobel se hizo inmensa. Sin embargo, no se detuvo aquí su actividad investigadora, que le acompañó hasta el fin de sus días.



Hombre inquieto a nivel intelectual, Nobel buscó durante toda su vida un sistema filosófico que le satisficiera. Gran filántropo, redactó en 1895 (un año antes de morir) un testamento, sin presencia de notario, en el que se legaba toda su fortuna a una fundación tutelada por el entonces llamado Reino Unido de Suecia y Noruega (este último país se separaría pacíficamente del primero en 1905, tras un referéndum popular).

Después de una vida llena de sinsabores y de tropiezos, Nobel pensaba en la posibilidad de allanar el camino de la ciencia y, cómo no, de la paz, que tanto le preocupaba. Y así, en 1895, redacta su famoso testamento.

El testamento: Su gran contribución a la ciencia y a la paz

Si el descubrimiento de la dinamita fue muy importante, todavía lo es más la fundación de los premios Nobel, que tiene su origen en el testamento leído el 30 de diciembre de 1896.

Los albaceas se encontraron con la oposición de la familia, en inmejorable posición a la muerte de Nobel —cuando hacen la primera reclamación— y con dificultades económicas posteriormente. Pero, por fin, triunfan los deseos de Alfred, y el capital, unos 31.225.000 coronas, se coloca de manera que los réditos permitan otorgar premios anuales en cinco partes iguales; cada una de estas partes se entregará a la persona o personas que más hayan destacado cada año en los campos de la física, la química, la fisiología y medicina, la literatura y la paz. También establece el testamento las instituciones que han de otorgar cada premio, como veremos más adelante. El Banco central de Suecia concede en 1969 el premio de Ciencias Económicas en honor de Alfred Nobel.

Las propuestas, que han de ser por escrito, deben estar hechas por personas o corporaciones que reúnan los requisitos establecidos en el testamento, y tienen que llegar en los doce meses anteriores al 1 de febrero del año de que se trate, con el fin de que haya tiempo para su estudio. También establece que para la adjudicación de los premios no deben tenerse en cuenta la nacionalidad, la raza, el color, el ideario político o religioso.

En caso de que un año quede desierto, el premio puede diferirse para el año siguiente o, también, la cuantía puede pasar a engrosar el capital de la fundación. Cada premio, que se otorga el 10 de diciembre, puede ser divisible hasta en tres personas y va acompañado de una medalla de oro, en una de cuyas caras lleva grabada la efigie de Alfred Nobel, y de un diploma.

En 1962 otra noble fundación para la paz, la Balzán, instituida por Angela Lina Balzán siguiendo los deseos de su padre —administrador de un gran diario italiano, que tuvo que exiliarse en época del fascismo—, concede un premio de un millón de francos suizos a la Fundación Nobel por su loable labor en pro de la paz y el progreso de la humanidad. El rey Gustavo VI Adolfo de Suecia se trasladó a Roma para recibir el galardón.

Los premios

El premio de Fisiología y Medicina, otorgado por el Real Instituto Médico-quirúrgico Carolino, recayó por primera vez en Emil August von Behring (1901) por el descubrimiento del suero antidiftérico, lo que supuso un gran avance en la lucha contra una de las más graves enfermedades de la humanidad. Desde Behring hasta 1978 han sido 124 los premiados, entre los que

figuran nombres tan conocidos como los de Fleming, descubridor de la penicilina; Golgi, que puso a punto un método de tinción de células que fue utilizado por Santiago Ramón y Cajal —también laureado con este premio— para elaborar su teoría sobre las neuronas; Landsteiner, Koch, etc.

La Academia sueca, fundada en 1786 por el rey Gustavo III y cuya sede está en Estocolmo, es la encargada de la concesión de los premios Nobel de Literatura. De los 77 premiados hasta 1978 cabe citar a Samuel Beckett, Juan Ramón Jiménez, Thomas Mann, Faulkner y Hemingway. Extraña, sin embargo, que no hayan sido galardonados James Joyce, Marcel Proust, Bertolt Brecht y Jorge Luis Borges.

El premio más querido de Nobel, el de la Paz, instituido para que el mundo comprendiera la importancia de la convivencia pacífica entre los pueblos y luchara por ella, es otorgado por el Parlamento de Noruega (el Stortings) —cuando Nobel hizo su testamento, Noruega y Suecia tenían el mismo monarca, aunque funcionaban parlamentos distintos—. De 1901 a 1978 ha premiado a 75 personas y organismos que han contribuido a la extensión de este ideal: Alta Comisaría de las Naciones Unidas para los Refugiados, Amnesty International, Luthuli, Branting... Sin embargo, en ocasiones el premio de la Paz ha levantado polémica por las personas en que ha recaído: Beguin y Kissinger, por ejemplo.

La Real Academia de Ciencias de Suecia, entre cuyos fundadores figura el biólogo Linneo, decide cada año cuáles son los trabajos más importantes en el campo de la física y de la química. Los científicos premiados han contribuido con sus investigaciones a un mayor conocimiento de la naturaleza y la materia. Entre los 112 físicos y los 91 químicos distinguidos con este galardón hasta 1978 destacan Arrhenius, Born, Bragg (padre e hijo), el matrimonio Curie, Diels, Einstein, Laue, Leloir, Marconi, Rutherford...

El premio de Ciencias Económicas, creado por el Banco central de Suecia en memoria de Alfred Nobel, ha recaído en personajes tan conocidos (y a menudo discutidos) como Milton Friedman, Wassily Leontief o K. J. Arrow.

Suecia administra actualmente cuatro premios de la Fundación Nobel, mientras que el Storting, o Parlamento noruego, es el encargado de adjudicar el de la Paz. La entrega de los premios tiene lugar en Estocolmo, durante una ceremonia de gran gala, y corre a cargo de los reyes de Suecia.



Vista general de Estocolmo, con edificio del Konserthuset, donde se entregan cada año los Premios Nobel.



Política internacional

Fin de la época victoriana con la muerte de la reina Victoria de Inglaterra. Le sucede su hijo mayor, el príncipe de Gales, como rey Eduardo VII.
Continúa la guerra anglo-bóer entre los ingleses y los Estados de Orange y el Transvaal.
El presidente norteamericano William McKinley es asesinado por el anarquista Leon Czolgosz. Le sucede el vicepresidente Theodore Roosevelt.
Fracasan las negociaciones para una alianza germano-británica.
Fundación de la «Commonwealth de Australia», formada por seis colonias australianas. Edmund Barton será su primer ministro.
Con la firma de la paz de Pekín entre China y las 12 grandes potencias termina la rebelión de los bóxers.



Eduardo VII y Alejandra.

Por el segundo tratado Hay-Pauncefote, Estados Unidos obtiene el derecho exclusivo de la construcción del canal de Panamá.
Japón se alía con Gran Bretaña y rompe sus relaciones con Rusia.
Con la incorporación de la «enmienda Platt» a la Constitución cubana, Estados Unidos obtiene el derecho a intervenir en los asuntos internos de la isla.

Sociedad

Fundación del Partido Socialista Revolucionario en Rusia.
En Inglaterra se prohíbe el trabajo a los menores de doce años.
Abolición de la esclavitud en Nigeria.
Creación de la primera Oficina Internacional del Trabajo.
Freud publica Psicopatología de la vida cotidiana.
Primer premio Nobel de la Paz al filántropo suizo Henri Dunant, fundador de la Cruz Roja, y a Frédéric Passy, economista francés y ardiente pacifista.

Economía

Fundación de la United States Steel Company, con un capital de un millón de dólares.

Ciencia y tecnología

Premio Nobel de Física a Wilhelm Conrad Roetgen descubridor de los rayos X.
Guillermo Marconi consigue telegrafiar sin hilos desde Inglaterra a Terranova. La primera señal que transmitió fue el signo morse para la letra «S».
Entran en circulación en Inglaterra las primeras motocicletas con motor de gasolina.
Primera máquina de escribir eléctrica en Estados Unidos.
Utilización a gran escala de las ametralladoras en la guerra anglo-bóer.
Karl Lansteiner descubre los grupos sanguíneos humanos.

Sucesos

El ministro soviético de Propaganda es asesinado.

Deportes

El brasileño Alberto Santos-Dumont efectúa un recorrido circular de 10 kilómetros, alrededor de la torre Eiffel, con un pequeño dirigible propulsado por motor de gasolina y construido por él mismo.

Literatura

Premio Nobel a Sully-Prudhomme.
Rudyard Kipling: Kim.
Selma Lagerlöf: Jerusalén.
Thomas Mann: Los Buddenbrook.

Homenaje a Larra ante su tumba, considerado como primera aparición pública de la generación del 98.

Cine

Georges Méliès: El hombre de la cabeza de goma.

Teatro

Anton Chejov: Las tres hermanas.
Bernard Shaw: César y Cleopatra.

Música

Maurice Ravel: Juegos de agua.
Serguei V. Rachmaninov: Concierto para piano n.° 2.

Pintura y escultura

Ferdinand Hobler: La primavera.
Auguste Renoir: El joven Renoir dibujando.
Firtz Klimsch: El beso.
Eduard Munch: Muchachas en un puente.
Fundación de la escuela de artesanía de Weimar por Henry van der Velde.
Muere Henri de Toulouse-Lautrec.

Arquitectura

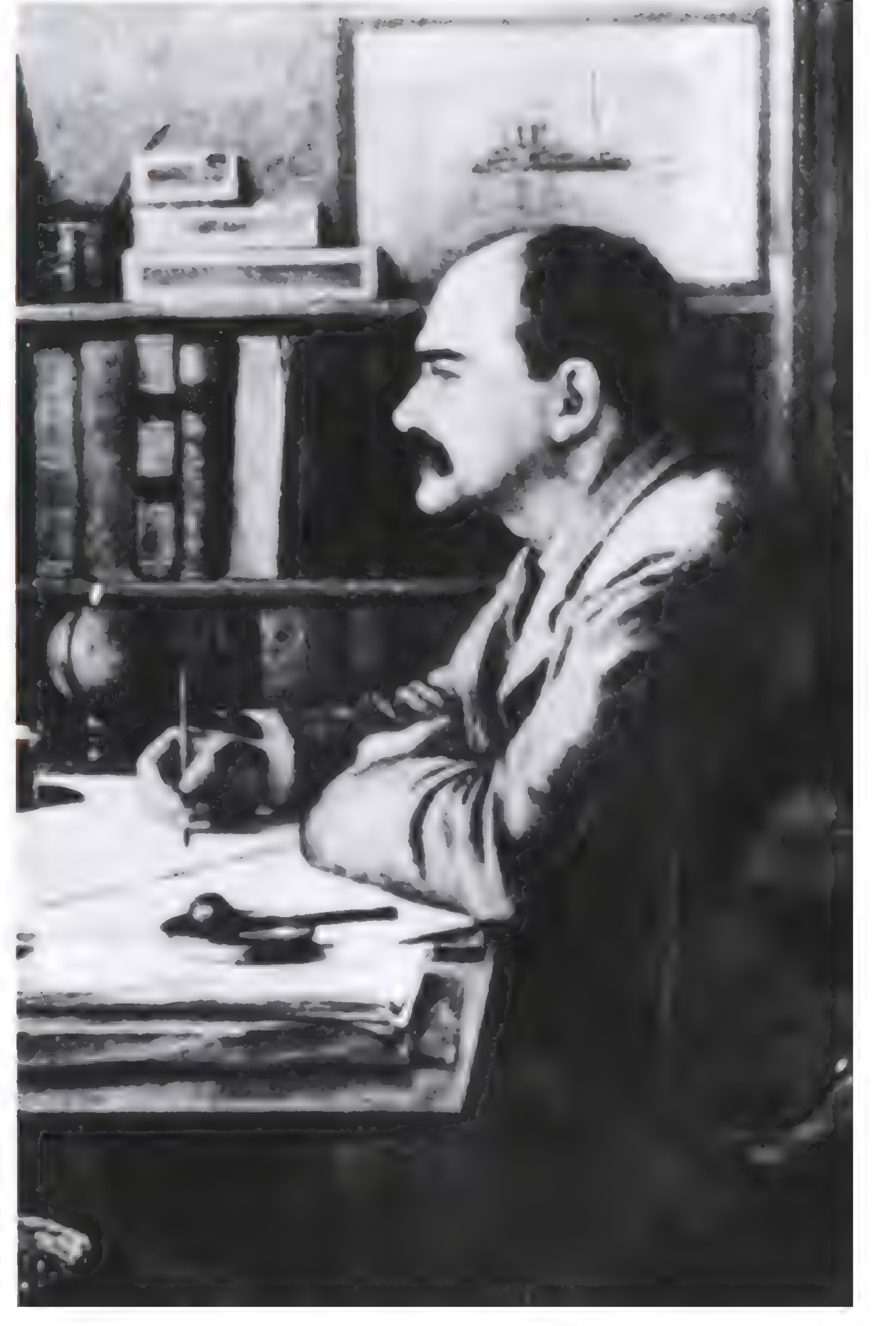
B. Víctor Horta: Grandes almacenes L'Innovation, *Bruselas.*



Asesinato del presidente norteamericano McKinley.



Wilhelm Conrad Roemtgen.



Rudyard Kipling.

1901

EL TRANSIBERIANO

Resulta curioso que la magna construcción del tren Transiberiano, llevada a cabo por los zares con el fin de modernizar Rusia y unir los confines de su imperio, sea actualmente minimizada en los libros oficiales de historia de la actual Unión Soviética, que, sin embargo, dedican muchas páginas a glosar obras de similar o inferior envergadura llevadas a cabo por el nuevo régimen. No obstante, por encima de los avatares políticos, el tren supuso la entrada en la historia moderna para zonas inmensas, hasta entonces desérticas y olvidadas.

HACIA 1891, el joven zarevitch Nicolás escribía a su padre, Alejandro III, zar de todas las Rusias, una piadosa carta: «Quiera el Todopoderoso ayudarnos a llevar adelante esta obra, tan cara a mi corazón, y contribuir así al poblamiento y al desarrollo industrial de Siberia...» Se trataba de la construcción de la hasta entonces más larga línea de ferrocarril del mundo; el joven príncipe había sido nombrado presidente del comité encargado de realizarla. Aún no tenía nombre, pero el proyecto era, nada menos, que atravesar toda Siberia y unir la Rusia europea con la Rusia asiática y el propio océano Atlántico en la costa de Asia: cerca de 7.000 kilómetros de vías férreas y unas 1.000 estaciones durante el recorrido.



Una de las paradas del Transiberiano.



ITINERARIO DEL TRANSIBERIANO

1902

El fin primordial del Transiberiano fue la unificación económica y política del inmenso imperio helado o de la Rusia zarista. A través del tren se unía Occidente con Oriente y se permitía la emigración de campesinos pobres rusos hacia las tierras vírgenes, aún por explotar. A nivel internacional, la distancia entre Holanda y Japón, por ejemplo, se reducía de 23.000 kilómetros a 13.870, sin hablar de la posibilidad de rápido despliegue de tropas para defender a la gran madre Rusia.

La epopeya del tren romántico

Rusia, sin embargo, había cogido tarde el tren de la industrialización, y por tanto el del ferrocarril. En 1870, por ejemplo, no tenía más que 11.236 kilómetros de vías, mientras que países mucho más pequeños, como Inglaterra, Alemania o Francia, tenían, respectivamente, más de 24.000, 19.000 y 17.000 kilómetros realizados. Además, en muchos casos, los países occidentales habían seguido un plan radial que unía la capital con los puertos y las naciones vecinas. En Rusia, además de escasas, las vías estaban mal organizadas.

Con anterioridad (1869), Estados Unidos había hecho su gran hazaña ferroviaria con la construcción de una línea que unía la costa del Pacífico con la del Atlántico. La *Overland*, que así se llamaba esta línea americana, unía Nueva York con San Francisco en un viaje que duraba unos cinco días y en el que los maquinistas tenían que engrasar la máquina con el tren en marcha. Por lo que respecta a Europa, el trazado continental del famoso *Orient Express* había sido inaugurado en 1883. Así pues, era posible ir desde París, saliendo de la Gare de l'Est, hasta Estambul, pasando por Estrasburgo, Munich, Viena, Budapest y Belgrado. Como más tarde se construyó otra línea, llamada *Golden Arrow*, que cubría el recorrido Londres-París, resultaba que era posible ir desde Londres a Estambul con sólo escasos cambios en el camino.

Pero el Imperio ruso resultaba un enorme conjunto geográfico de características básicamente agrícolas, y así continuaría hasta el último tercio del siglo XIX, en el que la corona se tomó definitivamente en serio el asunto de la industrialización y muy en particular el de la construcción de una importante red de ferrocarriles que casi resultaba imprescindible para apuntalar el proceso de modernización. Así, en 1888 estaba en marcha la construcción del ferrocarril Transcaspiano que unía la Rusia europea con las fronteras persa y afgana, en un recorrido de 1.800 kilómetros; las ciudades de Samarkanda y Tashkent fueron sucesivamente enlazadas por este ferrocarril.

La construcción del Transcaspiano es de especial interés para comprender lo que luego sería la del Transiberiano. El primero fue obra muy personal del general Annenkov, que imprimió un ritmo mantenido de trabajo durante los años que duró la difícil empresa. Casi toda la línea hubo de ser construida sobre estepas desiertas, donde era imposible el abastecimiento de madera y agua, por lo que las obras iban precedidas de un tren especial de 30 vagones de dos pisos cada uno, donde se transportaba el agua, el combustible, el material, las tiendas de campaña, las cocinas y los centenares de tra-



Una estación del Transiberiano.



Pasajeros del histórico tren ruso.

bajadores que era necesario ir reponiendo casi continuamente. Llegaron a emplearse 20.000 obreros y fue necesario utilizar como vías de aprovisionamiento tanto las corrientes fluviales como las viejas rutas de caravanas de caballos o camellos. Al final, una placa, situada al final de la línea, decía simplemente: «En 1895, Nicolás II ordenó: "Aquí se construirá un ferrocarril; en 1898 estaba terminado".» Y aunque, como ya hemos visto, fueron más años porque las obras comenzaron antes, el fondo de la cuestión es tal como dice.

El Transiberiano

La siguiente gran hazaña del Imperio ruso sería, precisamente, el Transiberiano, y hay que pensar que la experiencia adquirida en los últimos años les fue de gran utilidad. Los primeros trabajos fueron inaugurados en 1891 y estaban prácticamente concluidos en el año 1906; a lo largo de más de 6.500 kilómetros se unía la ciudad de Chelyabinsk, en los Urales, con el puerto de Vladivostock, en el Pacífico, en la frontera de Manchuria.

En un principio las obras no fueron demasiado rápidas y a medida que se iban adentrando en la inmensa Siberia, las dificultades crecían en progresión geométrica. Se comenzó casi al mismo tiempo en ambos extremos, pero este comienzo fue simbólico, pues pronto hubieron de ralentizarse los trabajos en espera de hombres y materiales procedentes de Rusia. Mucha de la maquinaria empleada había que solicitarla, además, a países extranjeros, como Alemania o Inglaterra.

El avituallamiento era necesario realizarlo a través de la complicada trama fluvial de Siberia, que había sido históricamente la vía de comunicación en aquel territorio. Sin embargo, en la parte oeste, es decir, la más cercana a los Urales, resultaba relativamente fácil hacer uso de los ríos siberianos, pero esto sólo durante los meses de verano y la corta primavera; en invierno, las bajas temperaturas lo impedían. En cuanto a la parte este, cercana a Vladivostock, la cosa era aún más difícil, pues los refuerzos en hombres y materiales venían desde Rusia, vía Suez y la península Indostánica, haciendo un interminable periplo alrededor de Asia.

Además, Siberia era la gran desconocida. En aquella época apenas unos pocos viajeros y exploradores rusos y occidentales se habían adentrado parcialmente en ella. Se ignoraba casi por completo quiénes eran los pueblos que habitaban tan vasto territorio, cómo era su clima, su terreno, y, en general, las características de su hábitat humano y natural. Este desconocimiento

habría de traducirse en centenares de muertes y en dificultades insospechadas de todo tipo. El frío, la lluvia, la enfermedad, el aislamiento causaron una enorme cantidad de bajas entre los trabajadores. Nadie se había preocupado de saber cuándo la temporada de lluvias convertía el terreno en un barrizal que hacía resbalar los firmes de puentes y andamios; ni se sabía nada sobre las súbitas heladas que en pocos minutos podían matar a docenas de hombres descuidados, ni la proliferación de enfermedades durante la repentina suavización de las temperaturas en verano.

Al final, a falta de voluntarios para el trabajo, hubo que recurrir a los condenados por algún delito, prometiéndoles rebajar su condena por colaborar en el ferrocarril. Pero, en general, siempre existió escasez de mano de obra.

Estaba luego la propia naturaleza del terreno. En determinados lugares había que reforzar la tierra con cimientos sólidos y profundos; en otros había que pasar sobre enormes ríos: solamente al oeste del lago Baikal hubo que hacer ocho puentes de entre 300 y 800 metros de anchura; en muchos lugares fue necesario abrir túneles en la roca. Y en todas las circunstancias, abrir carreteras para recibir avituallamientos.

Sin embargo, las obras fueron relativamente rápidas hasta el enorme tropiezo que significó el lago Baikal, una enorme extensión de agua rodeada de colinas rocosas, situada casi en el centro de la línea. Un puente hubiera sido dificilísimo de construir, teniendo en cuenta, además, que la superficie del lago quedaba helada durante gran parte del año, y contornear el Baikal suponía ir perforando la roca en muchos lugares. Se tomó por fin esta última decisión, pero fue necesario realizar 33 túneles que exigieron unos seis años de trabajo: desde 1900 hasta 1906.

Es de advertir que, en un principio, sobre los planos de ingenieros y geógrafos, la línea del Transiberiano subía hasta el río Amur e iba siguiendo la frontera de Rusia con China. Sin embargo, con el tiempo se abandonó esta idea, que suponía una enorme vuelta y muchas más dificultades, por otra línea que cruzaba Manchuria, un gran territorio que pertenecía al Imperio de China, pero que los rusos disfrutaban en régimen de usufructo según un extraño y leonino tratado firmado con anterioridad.

En fin, aunque las obras no terminaron hasta 1906, lo cierto es que la línea del Transiberiano ya estaba en funcionamiento mucho antes. Sólo se llegaba hasta donde se podía, el lago Baikal, donde, si se quería seguir, había que atravesarlo por medios distintos, tales como vagones con trineos tirados por caballos en los meses de invierno o *ferry boats* en verano.

Llegó a transportar un millón de pasajeros por año, pero nunca se convirtió, como pensaban sus promotores, en la gran arteria internacional que habían soñado. Cierto que se podía ir en dieciocho días desde Londres a Shanghai y en diecisiete desde esta ciudad a Hamburgo, pero su verdadera función fue más bien insospechada: ser una pieza fundamental en la organización del espacio siberiano.

Un viaje en el Transiberiano

En abril de 1900, el presidente de Francia, Loubet, inauguró la exposición internacional de París. Para esta fecha hacía más de tres cuartos de siglo que los primeros trenes habían comenzado su andadura, y ya no constituía una novedad el hecho del ferrocarril. Pero aún fue muy celebrada una atracción extraordinaria: un viaje en el Transiberiano. Consistía en sentarse en el interior de un lujoso vagón, exactamente igual al que usaba el auténtico Transiberiano, y mirar por la ventanilla; un telón enrollado en dos cilindros se desenvolvía ante los ojos del viajero, para darle la impresión de ir en un tren en marcha y estar contemplando el exótico paisaje de Sibe-

El ferrocarril fue consecuencia de la máquina de vapor e hijo de la revolución industrial. En la inmensa y atrasada Rusia sirvió para superar el caduco régimen feudal y entrar en la modernidad. El primer tren ruso se construyó en 1837, desde San Petersburgo (hoy Leningrado) hasta Tsarskoie Seló (hoy Pushkingrado); en 1851 se enlazó Moscú con San Petersburgo y un año más tarde podía viajarse en tren desde Varsovia a Moscú.



Un momento de la construcción del Transiberiano.



Parte de la red de los ferrocarriles rusos estaba en manos de compañías privadas, como la Wagons-Lits o la compañía Ruso-Americana, que, sin embargo, se aprovechaban de sustanciosas subvenciones del Estado zarista.



Uniformes de la compañía de Wagons-Lits.

MPLON-ORIENT-EXPRESS

ALEP

NDE BRETAGNE_FRANCE_SUISSE_ITALIE

RBIE_CROATIE_SLOVENIE_BULGARIE

El Orient Express, otro de los trenes históricos.

ria. El escritor Paul Morand explicó así esta curiosa experiencia:

«Apenas se sentaba uno, el tren partía. Delante del cristal de la ventanilla comenzaba a pasar el paisaje; se atravesaban grandes ríos sobre los que iban troncos flotando, bosques de pinos y abetos; desiertos en los que era posible ver las grandes tumbas mongólicas...; se comía toda clase de *zakouskis,* mientras que se sucedían interminables llanuras, atravesadas en otro tiempo por los guerreros tártaros y por los habitantes de Novgorod, que tenían por oficio la venta de pieles de cibelinas. De repente (me basta con cerrar los ojos para recordar mi sorpresa), el *moujik* de servicio desaparecía para ser sustituido por un criado chino, con una bata de seda azul, que traía té perfumado con jazmín, en una tacita de porcelana.»

Al parecer, con este antecedente de lo que luego se usaría en la filmación de películas, el público salía muy complacido: «Estos rusos siempre serán los mismos», decía excitada la gente al final del «trayecto».

Pero, en realidad, el viaje no era ni tan lujoso ni tan romántico. Había dos clases de trenes: los que pertenecían al Estado ruso y los que eran de la compañía internacional de Wagons-Lits. Los primeros salían dos veces por semana de Vladivostok, exactamente los martes y jueves, a las dos de la tarde, y la calidad de sus compartimentos dejaba bastante que desear. Otra cosa era el tren de lujo, que no salía más que una vez por semana, los martes, desde el otro lado de la línea, y que llevaba dos clases: primera y segunda. La primera tenía una litera con dos camas y un cuarto de baño; la segunda tenía cuatro camas por departamento y dos *toilettes* en cada vagón. Los viajeros podían utilizar el coche restaurante, que se convertía en sala de estar en las horas en que no se servían comidas. También podían bañarse en el vagón de equipajes.

El trayecto duraba, en 1902, veintiún días (tres de París a Moscú, ocho de Moscú a Irkutsk y diez de Irkutsk a Vladivostok), que quedaron reducidos a catorce en 1908 cuando fue inaugurada la línea de circunvalación del lago Baikal, a la que ya hemos aludido. En cuanto a la temperatura en que había que hacer el viaje, variaba, según un viajero de la época, entre 35 y 43 grados bajo cero: si uno tenía que descender en una parada, se le recomendaba vivamente que lo hiciera con un grueso abrigo de pieles y que no se alejara demasiado, porque el tiempo de parada era variable, y aunque el maquinista llamaba con una pequeña campana, «no hay que fiarse demasiado —decía un usuario— de la mencionada campana. Las paradas de una hora se reducen a menudo a media hora, y la campana no da señales de su existencia.

La edad de oro de los trenes

Es difícil, hoy en día, darse cuenta cabal de todo lo que significó el tren en la vida de la humanidad durante el siglo pasado. En la exposición de 1851 —aquella celebrada en el Cristal Palace de Londres e inaugurada a los acordes del *Aleluia* de Haendel por la reina Victoria y el príncipe Alberto— se presentaron todas las conquistas más importantes de la industria mundial. Allí estaban desde el cristal de Bohemia y las armas de Toledo hasta los inquietantes cañones de oscuro acero fabricados por el señor Alfred Krupp. Pero, sin duda, la sala que llamó más poderosamente la atención de los cientos de miles de visitantes fue la de las máquinas de vapor, y particularmente las destinadas a servir como locomotoras de ferrocarril.

El ferrocarril fue, técnicamente hablando, una consecuencia lógica de la revolución industrial, aunque pasó tiempo hasta que los políticos y los hombres de negocios se dieron cuenta de sus posibilidades. Stephenson puso en marcha la primera máquina de tren, aplicada para el transporte de personas, en 1825, pero es dudoso que hubiera mucha gente que creyera en el artilugio como algo más que una innovación un poco útil y un mucho extravagante.

Sin embargo, el ferrocarril tenía múltiples aplicaciones: la primera y más inmediata era la posibilidad de explotación por sí misma. Es decir, podía ser concebido como un negocio en el cual el usuario pagara una cantidad a cambio del servicio. Con el tiempo se descubrió que tenía además una directísima aplicación militar: las tropas podían ser trasladadas rápida y masivamente, con pertrechos y sin fatiga, de un lugar a otro de los frentes de batalla. En 1856, durante la guerra de Crimea, el ferrocarril cumplió un gran papel para el transporte de tropas y armas; lo mismo ocurrió en la guerra de Secesión norteamericana en 1863, en la que 25.000 soldados del Norte fueron trasladados en tren 930 kilómetros en sólo doce días, utilizando 30 convoyes. En el caso del Transiberiano también se pensó en él como vía estratégica para mantener el poder militar del imperio ruso en la lejana Asia, pero esto fue a la larga la causa de la guerra con Japón. El Transiberiano cumplió con su cometido de trasladar a los soldados rusos a Manchuria, y no tuvo la culpa de la derrota que éstos sufrieron ante los japoneses.

Pero esta dudosamente honrosa misión de servir al imperialismo también estuvo en la base del desarrollo del ferrocarril. No deja de ser interesante saber que muy pronto se instalaron ferrocarriles en las colonias: en Australia, en Nueva Zelanda, en la India o en el Congo belga. Un dato a tener en cuenta: la línea en este último país, que tenía unos 400 kilómetros, costó la vida a unas 2.000 personas a causa de la fatiga, las privaciones y los accidentes.

Cartel de la época.

El 5 de junio de 1883 partía de la Gare de l'Est parisiense el Orient Express, dispuesto para realizar su primer viaje, a través de Europa, hasta Constantinopla, con paradas en Estrasburgo, Munich, Viena, Budapest y Belgrado. Los primeros vagones del convoy eran los más lujosos y elegantes, y contrastaban con los de la cola, conocidos irónicamente como «las cajas de los cerdos». Entre otros servicios, la compañía ofrecía unos elegantes comedores, lavabos y la seguridad de que cualquier caballero podría afeitarse sin riesgo para su garganta.

Los iniciales proyectos españoles de ferrocarril fueron los de Jerez-El Portal y Jerez-Puerto de Santa María (Cádiz), que no llegaron a realizarse. Los primeros trenes que funcionaron en territorio español lo hicieron en la isla de Cuba, en función de los intereses de las grandes azucareras. En 1837 se inauguró la línea La Habana-Bejucal, ampliada un año más tarde hasta Güines. En la península, el primer ferrocarril que funcionó fue la línea, de 29 kilómetros, Barcelona-Mataró, inaugurada en 1848. En 1951 comenzó a explotarse el primer tramo del trayecto Madrid-Levante, entre la capital y Aranjuez. En 1855 entró en funcionamiento el ferrocarril minero de Langreo (Asturias), con una vía de ancho europeo (1,435 metros), diferente al ancho español (1,674 metros).

Otro de los acicates de importancia fue la aparición de nuevos mercados que llevó a los hombres de negocios a apoyar la ampliación rápida de las líneas. Este fue el caso del *Orient Express;* al caer el Imperio turco, los países de reciente aparición en los Balcanes constituían un mercado potencial muy interesante para los industriales y comerciantes de Europa occidental. Y algo muy similar podría decirse de las nuevas ciudades norteamericanas del océano Pacífico que podían comprar con oro californiano las maquinarias que venían del Este. Cuando quedó terminada la *Overland Express* que unía Nueva York y San Francisco, el negocio estaba en marcha.

Claro está que las inversiones eran elevadas y hubo algunos fracasos estrepitosos, pero los financieros no tardaron en comprender que su dinero invertido en líneas férreas tenía buen porvenir. Por otras o parecidas causas, los gobiernos acabaron por intervenir. En 1842, Thiers, un hombre inteligente de su tiempo, hablaba así del ferrocarril en un discurso público:

«Creo en el futuro del ferrocarril, como era necesario creer hace algunos siglos en el futuro de la imprenta y la pólvora. Pero, repito, no comparto el entusiasmo de los que querrían, sin reflexión alguna, cubrir el país de vías férreas de una sola vez.»

Claro está que todas estas razones de índole práctica —militares, crematísticas, comerciales y políticas— iban envueltas en las consabidas razones de tipo piadoso y altruista. Así, se decía, como hemos visto, que el Transiberiano estaba hecho para civilizar Siberia, y lo mismo manifestaban los americanos de los pieles rojas del centro del país. Se hablaba de «llevar progreso y civilización» sobre los raíles de acero.

La aventura del turismo

Lo que el ferrocarril sí descubrió fueron los horizontes para la aventura. Cierto que en toda la historia habían existido viajeros que se arriesgaban a trasladarse hasta mucho más allá de lo que otros hombres de su entorno lo habían hecho. Pero eran excepciones o minorías de personas muy ricas.

El ferrocarril, al menos en sus primeros cincuenta años de existencia, no sólo amplió el radio de acción a que los hombres podían llegar, sino que hizo posible que estos aventureros se multiplicaran. Apareció, en suma, lo que hoy llamamos turismo, bien que los riesgos a que se exponían estos turistas prehistóricos fueran bastante considerables. Uno podía, por ejemplo, intentar cruzar las praderas norteamericanas en



tren, pero esto no estaba exento de peligros, y lo mismo puede decirse de atravesar la Siberia en el Transiberiano.

Sin embargo, es ésta una de las facetas más nobles del ferrocarril. Apuntaba hacia el instinto de investigación del hombre, tan agudo en el siglo XIX. Los escritores montaban en el tren, porque era posible descubrir gentes nuevas que vivían de manera distinta; y lo mismo hacían los artistas, que podían encontrar paisajes insospechados y sensaciones nunca imaginadas. Los geógrafos, los científicos, los ingenieros, los arquitectos, todos aprendieron gracias a la posibilidad de trasladarse a distancias considerables.

Por último, existía una razón muy simple: el placer de viajar. Se creó toda una literatura en torno a las personas que podían permitirse el lujo de ir en ferrocarril por el puro placer de hacerlo. Entre otras cosas, se hizo creencia popular que los placeres de la carne eran mucho mayores gracias al traqueteo del tren, y se llegaron a hacer obras musicales de contenido picante para la época, que ocurrían en el interior de los *sleepieng cars.* El encuentro fortuito con la mujer soñada en los pasillos del tren, la cita concertada con la damisela en el salón de lectura, el marido engañado, la mujer misteriosa, apenas entrevista, fueron los tópicos de comedias musicales y novelas baratas de fin de siglo.

El tren llenó toda una época, mucho más que lo ha sido en la nuestra el avión o los viajes espaciales. El ferrocarril fue una necesidad, un negocio, un placer y una cuestión literaria, lo cual no puede decirse de muchos objetos de la civilización del hombre. En la novela de Zola *La bestia humana,* que tiene como protagonista a un tren, el autor deja a éste precipitarse en el vacío como símbolo de la humanidad ciega que camina hacia su destrucción; para el gran escritor, que tenía una gran intuición, la humanidad entera estaba dentro de un tren.

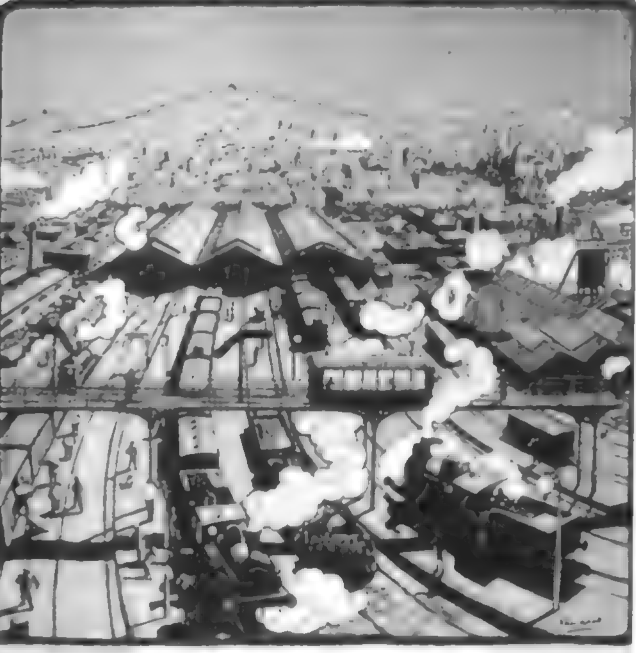
Y, probablemente, no se equivocaba demasiado.

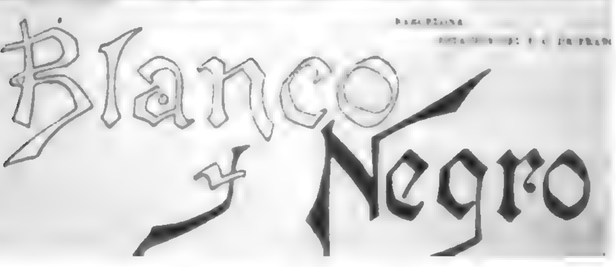
R. C.

Bibliografía básica

DANEY, CH.: *Le Transsiberien,* Ed. Herscher. París, 1980.
PECHEUX, J.: *L'âge d'or du rail européen (1850-1900),* Ed. Berger-Levraut. París, 1975.
WIESENTHAL, M.: *La belle époque del Orient Express,* Geocolor. Barcelona, 1979.

La mayor parte de las compañías de ferrocarril españolas estaban constituidas por capital extranjero, británico y francés sobre todo, que controlaban la MCP (Madrid-Cáceres-Portugal), la MZA (Madrid-Zaragoza-Alicante) y la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España (NORTE). Los ferrocarriles catalanes fueron la excepción, ya que se financiaron exclusivamente con capital nacional contratado en la Bolsa de Barcelona, agrupado en torno a dos grandes compañías, la AVT (Almansa-Valencia-Tarragona) y la TBF (Tarragona-Barcelona-Francia), surgida de la primera línea Barcelona-Mataró y que llegó a obtener la concesión del ferrocarril Madrid-Barcelona. La llegada del primer tren de Francia fue un acontecimiento en la Barcelona de finales del XIX.





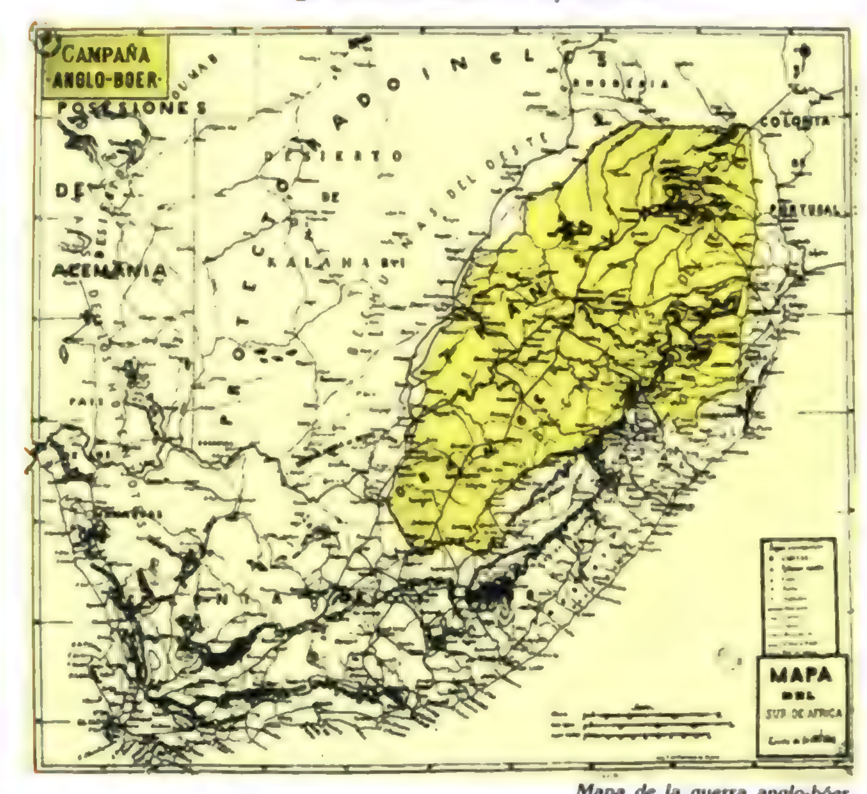
Ferrocarril de Francia en la estación de Barcelona.



Llega a Barcelona el primer tren procedente de Francia.

LA GUERRA ANGLO-BOER

COMO si el despuntar del nuevo siglo quisiera avisar del papel protagonista que en él iba a seguir jugando la guerra, todos los periódicos de 1902 relataron el final del conflicto que en la punta sur de Africa enfrentaba desde 1894 a ingleses y colonos holandeses bóers. La desproporción de fuerzas en litigio volcó todas las simpatías europeas hacia los bóers, que luchaban desesperadamente por mantener la independencia de sus estados del Transvaal y de Orange, pero de poco sirvió un apoyo moral sin armas, y finalmente el 30 de mayo de 1902 la paz de Vereeniging certificó la anexión de los ricos territorios en litigio al Imperio británico. Nadie se molestó en recordar que muy por delante de los derechos británicos e incluso holandeses estaban los de la mayoritaria población negra; un olvido que poco a poco cuajaría en la creación de un estado blanco y soberano, la Unión Sudafricana, que aún hoy ejerce su poder sobre la inmensa mayoría indígena sometida al apartheid.



Mapa de la guerra anglo-bóer.

1902



Tres generaciones de soldados bóers.

El imperialismo británico y su afán por controlar y explotar las ricas minas de oro y diamantes descubiertas en los estados bóers, o afrikaners, del Transvaal y Orange (actualmente siguen produciendo un tercio del total mundial) fue la causa de la llamada guerra de los bóers. Esta duró tres años (1899-1902) y causó unos 48.000 muertos (26.000 bóers y 22.000 británicos). debido al empleo de armas modernas, como las primeras ametralladoras. y al encarnizamiento con que los afrikaners defendían su libertad. Estos eran descendientes de holandeses, puritanos británicos y hugonotes franceses, que ya se habían replegado voluntariamente hacia el interior durante el Gran Viaje (Great Trek) hecho de 1835 a 1837, para no sufrir la colonización de los británicos, establecidos en El Cabo desde 1834. Tras abandonar sus tierras y vencer a los negros, las diversas generaciones de afrikaners estaban dispuestas a luchar hasta la muerte para defender su soberanía e independencia.



El presidente bóer Kruger y su gobierno.

Los bóers, o afrikaners (palabra holandesa que significa nacido en Africa), constituían una próspera comunidad de granjeros y ganaderos, abiertos a las ideas modernas y a la industrialización, que explotaban la mano de obra negra y tuvieron la suerte de descubrir piedras y metales preciosos. Su lengua era (y todavía es segunda lengua oficial en Sudáfrica) el afrikaans, una especie de holandés degenerado fonéticamente, con muchos vocablos y expresiones a la inglesa.

Un bocado muy apetecible

En los comienzos de este siglo, Inglaterra había logrado constituir el más extenso y poblado imperio formado hasta entonces en la tierra. Más de 40 millones de kilómetros cuadrados (la tercera parte de las tierras emergidas), y unos 400 millones de habitantes (casi la cuarta parte de la población mundial) estaban integrados en este fabuloso *puzzle* bajo la égida de la reina Victoria. Gran Bretaña, que durante todo el siglo XIX dominó los mares, se interesó desde comienzos de este siglo por el cabo de Buena Esperanza, punto clave de su ruta hacia la India. El Congreso de Viena, en 1815, concedió a los ingleses la soberanía sobre esa parte de Africa, y allí fundaron Port Elizabeth y Port Natal. Olvidaban, sin embargo, a los bóers, europeos establecidos en la zona desde mucho antes, propiciando así una guerra de comunidades que no finalizó hasta el siglo XX.

Los bóers eran campesinos holandeses que habitaban las tierras de Sudáfrica desde 1652, cuando la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se estableció en la zona; eran propietarios de grandes extensiones de tierra que trabajaban los negros. A partir de 1835 los colonos, huyendo del dominio británico, se vieron obligados en varias ocasiones a desplazarse mediante lo que se llamó *trek* o *caravanas*. Por fin, al norte del río Vaal, fundaron la república de Transvaal y el Estado Libre de Orange, reconocidas por Gran Bretaña en 1854. Sin embargo, la entonces primera potencia mundial, en su interés inexorable por el dominio de nuevos territorios, deseaba redondear sus posiciones en Sudáfrica con la incorporación de los ricos territorios habitados por los colonos.

La riqueza del suelo y el descubrimiento de las minas de oro del Transvaal, en un tiempo en que el sistema monetario mundial, y sobre todo el británico, dependía del incremento de las existencias de oro, provocaron la guerra.

El gobierno bóer, mientras tanto, había prohibido la inmigración para evitar la habitual avalancha hacia el oro que produce siempre el descubrimiento de alguna mina del codiciado metal. Hubo, sin embargo, filtraciones, y algunos súbditos británicos solicitaron la nacionalidad bóer, que les fue denegada. Esta circunstancia obligó a los colonos, que ya desconfiaban de los británicos, a firmar un acuerdo defensivo entre los ciudadanos de Orange y los del Transvaal, y a comprar en Europa, a través de su presidente Pablo Kruger, material de guerra considerable y suficiente para hacer frente a cualquier eventualidad. Dinero para hacerlo no les faltaba, gracias

Tropas bóers defienden una colina.

a los impuestos que los mineros pagaban al nuevo Estado.

La guerra sorprendió a los ingleses

Inglaterra reunió soldados en la frontera de Sudáfrica mientras se preparó el terreno para intervenir en la política interior de la república, con sus exigencias humanitarias a favor de sus súbditos, obligando así materialmente a los bóers a declararles la guerra.

El 11 de octubre de 1894 empezaron las hostilidades. En los primeros momentos, y en parte por la brusca declaración de guerra y la adhesión inesperada del Estado de Orange, los ingleses fueron sorprendidos, ya que esperaban poder prolongar las negociaciones hasta el momento en que tuvieran reunidos en su territorio del Africa austral fuerzas suficientes.

Durante cinco meses todo fueron reveses para los británicos, que hacían la guerra por necesidades políticas contra un pueblo que luchaba por la supervivencia de su nación. Armados con excelentes Mauser de 4.000 metros de alcance y una rapidez de fuego de 25 disparos por minuto, los bóers infligían graves derrotas al enemigo, que seguía una táctica de guerra anticuada al dividir sus fuerzas por toda la región. Inglaterra estaba tan consternada por los resultados que el gobierno se vio obligado a tomar enérgicas medidas y elevó la cifra del ejército en Africa a 200.000 hombres, un número superior al de la población bóer de todas las edades y sexos en las dos repúblicas. El conflicto se había convertido ya en la guerra de todo el Imperio británico contra un puñado de paisanos.

Las victorias iniciales de los animosos bóers produjeron en Europa un sentimiento de entusiasmo y solidaridad con aquel pequeño pueblo que se atrevía a enfrentarse con la primera potencia del momento; Pablo Kruger quiso aprovechar aquella oleada de simpatía y se trasladó al viejo continente con la finalidad de obtener la ayuda imprescindible para continuar la lucha. Pero Inglaterra pesaba demasiado en la política internacional, y aunque la prensa de todos los países se mostraba muy favorable a los colonos sudafricanos, ningún gobierno se atrevió a hacer efectiva aquella simpatía general. Nadie era capaz de criticar la actuación del gobierno inglés, salvo los propios ingleses, y éstos se abstuvieron de hacerlo.

Inglaterra tenía en su contra enormes dificultades para mandar hombres a Sudáfrica, lo que no impidió que la desproporción numérica fuera inmensa, pero los hechos habían demostrado que este solo factor no iba a decidir el curso del conflicto, por lo que Londres decidió retirar el mando del ejército al general Buller y confiarlo al mariscal lord Roberts, famoso por sus campañas en Afganistán.



Caballería bóer patrulla las calles de una ciudad.

El cambio de mando decidió la victoria

A raíz de esta decisión, la guerra anglo-bóer, también conocida como la segunda guerra de la libertad, varió drásticamente de rumbo con el cambio de táctica. Los bóers dominaban las líneas férreas y hasta entonces parecía imposible operar fuera de ellas, pero lord Roberts no se sometió a esa dependencia, transportó los convoyes por carretera y se dirigió hacia Bloenfontein, evitando así las posiciones enemigas. A raíz de esta decisión, la victoria fue de los ingleses; el general bóer Kronje se encontró fuertemente acosado en Modder, mientras el grueso de sus tropas continuaba la retirada. Con unos miles de hombres, Kronje hizo frente al enemigo, mientras su campo era batido sin interrupción por el fuego de 100 cañones; sólo cuando carecían de municiones y de víveres se rindió sin condiciones, arrancando a su vencedor y a Europa un grito de admiración por esta heroica defensa de 3.700 hombres sin cañones contra un ejército de 45.000 con una formidable artillería.

Durante las múltiples batallas que siguieron pudo verse a mujeres que acompañaban a caballo a los hombres, combatiendo en sus filas y cuidándolos cuando caían, e incluso a esos muchachos que desde los diez años recibían de su padre un rifle y un caballo y que ahora abandonaban sus hogares y partían para el frente.

Cercados por las colonias británicas de Rhodesia (hoy Zimbabwe), al norte, y El Cabo, Natal y Basutolandia (Lesoto), al sur, los estados bóers independientes del Transvaal y Orange eran una mácula que impedía a Cecil John Rhodes, el mítico fundador de Rhodesia y gobernador británico de la colonia de El Cabo, la plasmación de su idea unificadora de todo el sur de Africa bajo el cetro de la corona británica y la Unión Jack (la bandera del Reino Unido). Muchos años antes de que estallara la guerra, los gobiernos de El Cabo y Salisbury fomentaron la rebelión y la subversión de los descontentos y las minorías probritánicas dentro de los estados bóers, pero éstos resistieron todas las intrigas. La guerra abierta y la invasión eran el único camino para doblegar a los afrikaners ante su majestad británica.

Sir Redvers Henry Buller era el típico general británico formado para, en y por las guerras coloniales. Había estado destinado en India, China y Malasia antes de llegar a Africa del Sur en 1878. Cuando estalló la guerra de los bóers, en 1899, era jefe supremo de todas las fuerzas británicas en la zona. Derrotado varias veces, fue relevado por el general Roberts, al mando de un cuerpo expedicionario que hizo que el número de soldados británicos fuera de 500.000 hombres, y sólo conservó poder sobre las fuerzas de la colonia de Natal. El ejército bóer no llegó a sobrepasar los 35.000 soldados.



Sir Redvers Buller, comandante de las fuerzas británicas.

Pero las derrotas, pese al heroísmo demostrado, continuaban. El 23 de julio de 1900 salió lord Roberts de Pretoria para la campaña final. Tras la resistencia desesperada, unos 3.000 bóers derrotados entraron en territorio portugués y se entregaron a las autoridades de Lisboa. El 19 de octubre el propio presidente Kruger embarcaba en Lorenzo Marques, en un buque de guerra holandés, con destino a Suiza, donde moriría.

De la guerrilla al tratado de Vereeniging

Aunque la guerra estaba prácticamente acabada, los combates continuaron hasta 1902; los bóers, organizados como guerrillas, seguían atacando a un enemigo muy superior. En este tramo final de la lucha se destacaron las actuaciones de los generales Cristian Rudolf y Jacobo Hércules, por lo que los ingleses se vieron obligados a capturarlos para acabar así con las incursiones de las guerrillas, que eran apoyadas y auxiliadas por la población no beligerante. Por este motivo, las granjas de los bóers fueron destrozadas y sus habitantes internados en campos de concentración en el Transvaal, Orange y El Cabo, donde las difíciles condiciones de vida acabaron cobrándose 20.000 muertos, muchos de ellos niños.

El 30 de mayo de 1902 se firmó por fin la capitulación de Vereeniging por la que Gran Bretaña se anexionó el Transvaal y los bóers se rindieron, reconociendo a Eduardo VII como su soberano. El número de colonos que se entregaron después de la guerra ascendía a 20.000, según el Ministerio de la Guerra inglés, mientras las fuerzas británicas empleadas en este conflicto se aproximaron a los 500.000 hombres.

Aunque las dos repúblicas bóers quedaron anexionadas al Imperio británico, muchos colonos prefirieron el destierro a vivir bajo el dominio de Inglaterra, a pesar de que este país trataba a sus enemigos después del triunfo con consideración y respeto.

Las minas comenzaron a funcionar a pleno rendimiento, y las dificultades para obtener la mano de obra indígena necesaria para las minas del Ramal provocaron que los mineros solicitaran la importación de culis chinos. Pese a que la mayoría de los ingleses y la totalidad de los bóers se opusieron a esta medida, el Consejo Legislativo aprobó una ordenanza disponiendo la admisión de obreros chinos, que llegaron a ser en 1905 alrededor de 50.000. La dureza del sistema de vida a que estaban sometidos produjo numerosas fugas, y las bandas de chinos errantes se convirtieron en una amenaza.

Ataque inglés durante la guerra bóer.

En 1907 se realizaron en la nueva colonia inglesa las primeras elecciones, en las que tomaron parte los tres principales partidos: el Progresista, que representaba la política del predominio inglés; el Nacionalista, que deseaba una política conciliadora, y el de los bóers, o Het Volk. Este obtuvo 37 mandatos por 21 de los progresistas y seis de los nacionalistas. Los colonos tenían la mayoría absoluta y formaron el primer gobierno, presidido por Luis Botha, antiguo general bóer. En su discurso de proclamación, éste declaró que el gobierno y el pueblo inglés, al otorgar una constitución tan libre, habían confiado en el pueblo del Transvaal de una forma no igualada en la historia, y que su pueblo no olvidaría tal generosidad.

Los colonizadores se habían puesto de acuerdo, pero la población negra perteneciente a la raza cafre, que representaba las dos terceras partes de los habitantes, quedaba al margen de todas las decisiones. Las protestas de los negros comenzaron, y sus líderes aparecieron con frecuencia asesinados. El reparto del país se había hecho entre bóers e ingleses, quedando el resto de la población en condiciones desesperadas.



Firma de la paz del Transvaal.

Tras la paz de Vereeniging, la unificación de la mayor parte del Africa austral bajo la bandera británica marcó el cenit de la expansión territorial del Imperio. La «era victoriana» sólo sería el recuerdo de un glorioso pasado.

Racismo y «apartheid»

En esta parte de Africa se han dado varios tipos de racismo a lo largo de la historia colonialista. Uno de tipo humanista, en cierto modo, ya que prescindía del negro, pero cuando uno de éstos digería la cultura blanca, se le asimilaba y podía ocupar puestos en el gobierno del Estado. Un negro era culto cuando tenía la cultura del blanco, aunque se hubiera apartado de sus gentes. A éste se le usaba como instrumento de trabajo. El otro tipo de racismo es el *apartheid* militante y brutal que envuelve en un final de tragedia a 18 millones de personas en Africa del Sur y Rhodesia. Africa del Sur es un país riquísimo —su suelo posee oro, diamantes, carbón, cobre, estaño, plomo, hierro y plata—, pero la mayor parte de sus habitantes vive hacinada en condiciones infrahumanas. En Ciudad del Cabo, Pretoria, Natal y Johannesburgo coexisten simultáneamente la calidad de vida del blanco con la miseria del negro, inmerso en una atmósfera de miedo, controles y vigilancia. Esta situación actual, tan definida en el derecho positivo, viene de atrás. Una especie de constitución de 1910 evitó que los no blancos participaran en la construcción del país.

En 1961 cuajaron posiciones más humanitarias en la Constitución. Era necesario crear un aparato legislativo en el cual estuvieran algunos negros para dar un poco de colorido y variedad, poniendo asimismo anestesia en los ánimos excitados. Los negros serían tan pocos que no podrían formar una oposición, pero sí los suficientes para poder fotografiar el Parlamento.

A. C.

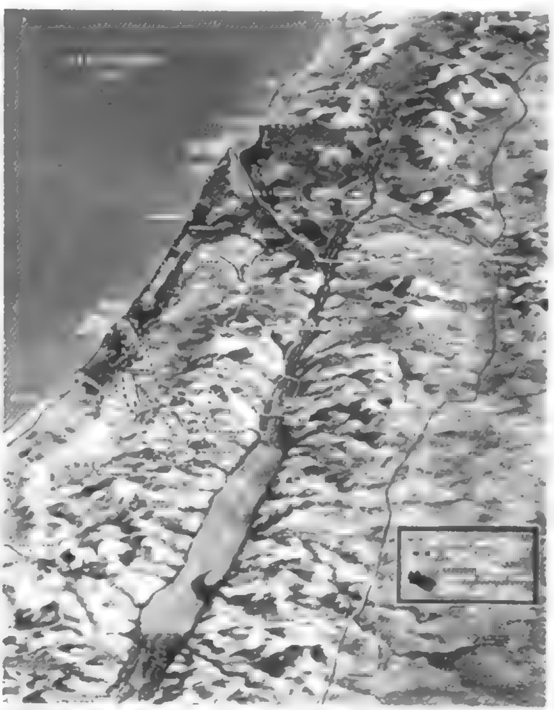


La reina Victoria visita a heridos de la guerra.

Política internacional

Gran Bretaña y Japón firman un tratado en el que reconocen la independencia de China y se comprometen a una ayuda defensiva mutua para frenar a Rusia.
Cuba se convierte en república al finalizar la ocupación norteamericana en la isla.
Fin de la guerra anglo-bóer al conseguir los británicos, al mando del comandante en jefe lord Kitchener, la firma del tratado de paz de Vereeniging.
La república sudafricana de los bóers pasa a ser colonia británica.
A pesar de la renovación de la Alianza Tripartita entre Alemania, Austria e Italia, los italianos realizan una política distinta a la del tratado y contribuyen al antagonismo entre germanos e ingleses.
Finaliza el levantamiento en Filipinas contra Estados Unidos.
Alfonso XIII es proclamado rey de España al cumplir los dieciséis años de edad.
Estados Unidos aplica la doctrina Monroe (ninguna potencia europea puede actuar contra Estados americanos) e interviene diplomáticamente para poner fin al bloqueo efectuado a Venezuela por barcos de guerra de Inglaterra, Alemania e Italia que querían obtener de aquella forma el pago de las indemnizaciones por los daños sufridos por sus súbditos.
Arthur James Balfour, nuevo primer ministro inglés.
Muere Cecil Rhodes, fundador de sociedades mineras y primer ministro de El Cabo (Africa del Sur).


Caricatura de la intervención americana en Cuba.


Mapa de Palestina.

Sociedad

Huelga de carbón en Estados Unidos.
Premio Nobel de la Paz concedido a Elil Ducommun y a Charles Gobat.

Economía

Quiebra económica en Portugal.
Con la fusión de la Sociedad de Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero, Metalurgia y Construcciones Vizcaya y Sociedad Anónima Iberia nace Altos Hornos de Vizcaya, Sociedad Anónima.

Ciencia y tecnología

Descubrimiento de la célula fotoeléctrica en Alemania.


Mina de carbón en Estados Unidos.

Terminación del Transiberiano.
Los esposos Curie logran aislar el radio y determinan sus puntos de fusión, ebullición y peso atómico.
El premio Nobel de Medicina es concedido a Ronald Ross por sus estudios sobre la malaria.

Sucesos

Asesinato del ministro ruso del Interior.
Entra en erupción el volcán Mont Peleé, en la isla Martinica, que destruye la ciudad de Saint Pierre y causa miles de víctimas.

Deportes

J. M. Bacon cruza en globo el canal de Irlanda.

Literatura

Theodor Hommsen: premio Nobel.
Arthur Conan Doyle: El perro de los Baskerville.
André Gide: El inmoralista.
Juan Ramón Jiménez: Rimas.
Hermann Hesse: Poesías.
Miguel de Unamuno: Amor y pedagogía.
Pío Baroja: Idilios vascos.
Ramón del Valle-Inclán: Sonata de otoño.
Muere Emile Zola.

Cine

Georges Méliès: Viaje a la Luna.

Teatro

Frank Wedekind: La caja de Pandora.
Gabriele D'Annunzio: Francesca de Rimini.
James M. Barrie: El admirable Chrichton.



Música

Claude Debussy: Pelléas et Mélisande.

Pintura y escultura

Auguste Rodin: Romeo y Julieta.
Paul Gauguin: Jinetes en la playa.



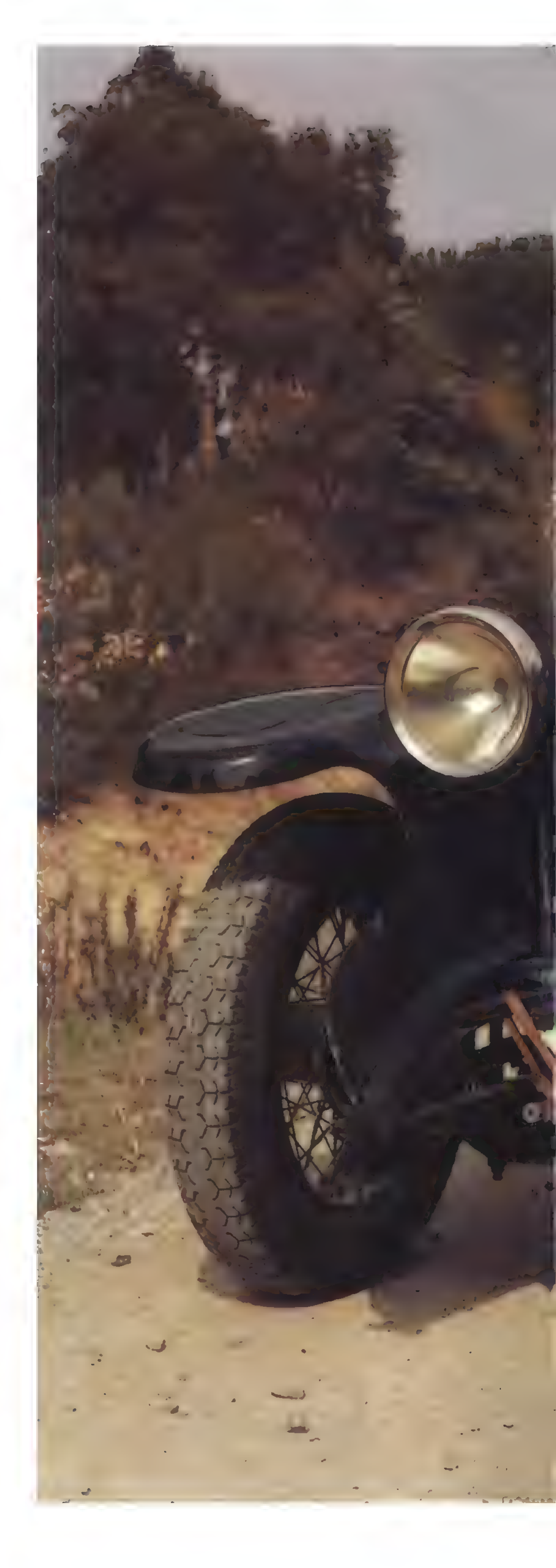
Alfonso XIII, rey de España.

1902

LA ERA DEL AUTOMOVIL

SI ha habido algún fenómeno que haya revolucionado por completo la vida de nuestros días en este siglo, ése ha sido sin duda el del automóvil. Al igual que el teléfono o la radio, resulta difícil pensar en los adelantos modernos sin la idea del automóvil, un medio que liberó al hombre de la tracción animal y que ha permitido una movilidad de transporte tan elevada y al alcance de tantas personas que sería imposible renunciar a él si quisiéramos mantener nuestros actuales niveles de comodidad y calidad de vida. Y aunque podamos rastrear sus orígenes en el lejano siglo XVII, su verdadera irrupción en sociedad se produce a comienzos del siglo XX, de la mano, entre otros, del norteamericano Henry Ford, que funda su legendaria empresa en 1903. ¿Pero será el automóvil un invento que desaparezca también con el siglo? En el futuro veremos coches eléctricos, de hidrógeno, con motores iónicos o solares, pero lo que está claro es que vehículos autopropulsados para el transporte individual, con carrocería propia y capaces de recorrer largas distancias con mínimas necesidades de entrenamiento, siempre los habrá.

Juan Robredo, escritor especializado en temas técnicos y científicos, analiza en este artículo los orígenes del invento y su espectacular desarrollo en las primeras décadas de nuestro siglo.



Un automóvil *consta, antes que nada, de un motor que proporciona la energía necesaria para mover el conjunto. Esta energía llega a las* ruedas *a través de un sistema mecánico de* transmisión. *Las ruedas giran por medio de la* dirección, *se detienen gracias a los* frenos *y amortiguan sus sacudidas mediante un* sistema de suspensión. *Todos estos elementos mecánicos van montados sobre un* bastidor *o* chasis, *sobre el que también se asienta la* carrocería. *La mecánica y el aspecto externo de los automóviles cambia constantemente, siendo muchos de ellos símbolo de una determinada época.*



Rolls-Royce.



Automóviles Ford. A la izquierda, el Ford «T».



Edsel Ford, Henry Ford, Harvey Firestone jr., Benson Ford y Henry Ford II.

Fue en los Estados Unidos de América donde el joven capitalista se metió de lleno a producir automóviles y sentó las primeras bases para lo que luego sería la moderna sociedad de consumo, imitación del american way of life *(forma de vivir americana). Los nombres de Ford (automóviles) y Firestone (neumáticos) son representativos de esta etapa pionera.*

Los precursores

Las posibilidades del automóvil empezaron a ser algo más que un juego de salón gracias al invento de la máquina termodinámica de vapor; a partir de 1680 se empiezan a experimentar algunos vehículos movidos a base de eolípilas —calderas de vapor de las que sobresalía un estrecho tubo del que a su vez surgía el vapor que movía el coche por reacción— y en 1690 ya hay coches de vapor con pistón motriz, si bien su movimiento es apenas experimental. Hasta que casi cien años más tarde un ingeniero francés, Cugnot, aplique la máquina de vapor a su famoso carro, no puede decirse que se progrese demasiado.

Cugnot, al igual que James Watt, utilizó una caldera de vapor a alta presión, la clave de los motores de vapor del siglo XIX. Siguiendo por este camino, en la Navidad de 1801, en el pueblecito inglés de Camborne, en Cornualles, apareció lo que podría considerarse como el primer coche de vapor realmente práctico; sus constructores, Richard Trevithick y Andrew Vivian, consiguieron subir con él la cuesta del pueblo, aunque luego el cacharro se incendió por falta de agua en la caldera. Trevithick logró hacer una demostración en Londres con su aparato, pero en aquel entonces la locomotora de Stephenson sobre rieles atraía más a las gentes, y finalmente Trevithick se dedicó a ellas.

A partir de 1820, la caldera de vapor se aplica con frecuencia en Inglaterra a máquinas rodantes de carretera. En 1829, Goldswortthy Gurney logra construir un carruaje de vapor capaz para 18 personas, con seis ruedas, y efectúa el primer viaje por carretera de larga distancia entre Londres y Bath. En 1831 ya existe la primera línea de autobuses de vapor, fundada por sir Charles Dance. Otro británico que compite con estas primeras líneas es Walter Hancock, que en 1834 tenía ya en Londres una cadena de garajes y locales de servicio para sus carruajes de vapor; de agosto a septiembre de aquel año transportó con dos de ellos más de 4.000 personas en el corto trayecto Moorgate-Paddington, cobrando seis peniques por billete y consiguiendo una velocidad promedio de casi 20 kilómetros por hora. Hancock logró después un vehículo más avanzado, el Automation, con el que cubrió 1.600 metros a un promedio de casi 34 kilómetros por hora con 30 personas en su interior. A partir de ese momento empezó la época dorada de los vehículos de vapor por carretera, auténticas locomotoras sobre tierra, y fue entonces cuando los intereses del ferrocarril se enfrentaron con esta peligrosa competencia.

Basándose en el aumento de accidentes —se trataba de pesados vehículos con frenos simbólicos—, los partidarios del ferrocarril imponen en Gran Bretaña, en 1840, fuertes impuestos sobre estas máquinas de vapor, y, recrudeciendo su campaña, consiguen que en 1865 se dicte la famosa Acta de Vehículos Locomotores, que tanto habría de influir posteriormente en el retraso de la motorización automovilística británica. Por esta ley se limitó a 6,5 kilómetros por hora la velocidad máxima de los locomóviles en carretera abierta, y a 3,2 en las poblaciones, a la vez que se obligó a la presencia de un hombre portador de una bandera roja que tenía que ir andando por delante para avisar de la proximidad del vehículo «para evitar el espanto de personas y animales». En 1878 se suprimió la bandera, pero no así el anunciador. Con esta ley se dio la puntilla a aquellas diligencias vaporizadas que, a pesar del deplorable estado de las carreteras, amenazaban seriamente al ferrocarril, que se imponía como el transporte de la revolución industrial. Pero estas zancadillas legales no bastaron para frenar el impulso del nuevo invento.

Llega el motor de gasolina

Será el motor de combustión interna el que permita de verdad el desarrollo del automóvil fuera de su fase experimental. Lenoir logró en 1858 un motor monocilíndrico de dos tiempos que utilizaba gas como combustible. El 16 de junio de 1860, el inventor belga consiguió un vehículo que funcionaba con un motor de 1,5 CV, enfriado por agua y moviendo las ruedas posteriores por cadena. Tenía encendido eléctrico por bobina. Consiguió interesar al zar Alejandro II de Rusia, quien le compró un vehículo, pero los resultados poco prácticos de su máquina le hicieron vender la patente y despreocuparse del asunto. Un austriaco, Marcus, lograría en 1864 hacer andar un coche de cuatro ruedas con un motor de bencina. Más tarde, en 1875, Marcus recorrió con su vehículo, más perfeccionado, los 25 kilómetros que separan Viena de Klosternneuberg, en viaje de ida y vuelta, a una velocidad de 6,5 kilómetros por hora...

Todos estos ensayos se verían favorecidos por un hecho trascendental en la revolución del transporte: la aparición de la bicicleta. Hacia 1880 la bicicleta comienza a dejar de ser un artilugio para *snobs* desocupados y empieza a introducirse como un vehículo rápido y barato de locomoción individual.

Daimler-Benz: el tándem decisivo

El perfeccionamiento del motor de explosión de cuatro tiempos patentado por Nikolaus Otto va a venir de la mano de dos entusiastas aficionados alemanes: Gottlieb Daimler y Wilhem Maybach. A partir de 1863 sus vidas irán unidas, aun cuando a veces se separen bruscamente y cada cual investigue por su cuenta. En 1882 ambos dan juntos el paso de gigante: lograr un motor no de pistón libre, sino de gas comprimido capaz de realizar el ciclo de cuatro tiempos con un sistema de ignición propia. La primera y rudimentaria bujía no era sino un tubo metálico que sobresalía del motor y que se mantenía incandescente mediante un quemador de gasolina. Con aquel monocilíndrico lograron alcanzar rotaciones de 700 y 800 revoluciones por minuto, algo increíble para la época (hoy es el régimen normal de ralentí de cualquier motor de cuatro tiempos...). Pero el paso estaba dado; en 1885 construyen una motocicleta y un automóvil, y en 1890 fundan la Daimler Motoren. Maybach abandona a Daimler poco después, y éste lanza su serie Phonix, aún más cerca de la carroza que del automóvil. Sin embargo, en 1897 Maybach vuelve a trabajar con Daimler y producen ya vehículos verdaderamente automóviles. Gottlieb Daimler muere en 1900, y Wilhem continúa al frente de la empresa, hasta que una vez consolidada, y tras ciertas discrepancias con sus herederos, la deja en 1907 para dedicarse a diseñar motores para los nuevos gigantes del aire, los *zeppelines*.

Otro alemán se uniría más adelante a estos nombres; se trata de Karl Benz, un joven de Karlsruhe que, tras dedicar sus primeros años a la máquina de vapor, se pasa a investigar el motor de combustión interna en 1877; en 1879 logra un motor de dos tiempos que funciona satis-


Fabricación de coches en USA.



HENRY FORD (Wayne County, Michigan, 1863-Dearborn, Michigan, 1947)

La industria automovilística norteamericana tuvo sus comienzos en el hijo de un modesto agricultor que en 1847 había emigrado de Irlanda a Estados Unidos. Henry Ford no inventó el automóvil, ni las técnicas de producción en cadena, pero supo perfeccionar este medio de transporte y hacerlo asequible a la mayoría de los ciudadanos.

A los quince años de edad, Ford entra como aprendiz en un taller de maquinaria de Detroit, donde comienza sus primeros ensayos. Mientras trabaja prosigue sus estudios y en 1888 ya era ingeniero de la Edison Company. Entre 1892 y 1893 construyó, en ratos perdidos, su primer automóvil, un cuatro ruedas, con motor de cuatro caballos de potencia, refrigerado por agua y sin marcha atrás.

En 1899 creó con otros socios la Detroit Automobile Company, que se dedicó a fabricar coches por encargo. No obstante, su obsesión seguía siendo desarrollar un modelo estándar, en serie, para abaratar el costo. Poco después se independiza; diseña coches de carrera que pronto le dan publicidad internacional. En 1903 queda establecida la Ford Motor Company.

Los primeros coches comenzaron a cambiar la fisonomía de las ciudades europeas y americanas. A un coste inicial de 5.000 dólares y a una velocidad de 30 kilómetros por hora, nadie sospechaba que en unos decenios iban a conformar el paisaje urbanístico de todas las ciu-


El Chevrolet.

dades del mundo. Y, sin embargo, ésta era la intuición de Henry Ford cuando comienza, con su lema «pequeñas ganancias y grandes ventas», a producir en 1908 el famoso Ford modelo T. Al poco tiempo de iniciar su fabricación lo vendía a un precio de 500 dólares.

Entre 1908 y 1927 sus fábricas produjeron 15 millones de automóviles. En el año 1912, Ford acometió la fabricación en serie, con una producción de 75.000 coches, de los que una buena parte se destinó a la exportación. Su empresa cerró en 1927 con un superávit de 700 millones de dólares.

Hombre contradictorio, tenaz, fundador durante la Primera Guerra Mundial de una liga en favor de la paz, y de gran visión (estableció para los obreros de su empresa la participación en los beneficios y el sistema de venta a crédito a largo plazo), creó en la última etapa de su vida la Ford Foundation, a la que traspasó parte de su gran fortuna.

La presidencia de la Ford fue ocupada por su hijo Edsel Bryant (1893-1943), quien dirigió la construcción de las gigantescas factorías Ford, cerca de Detroit, y por su nieto Henry Ford II desde 1945. H. Ford escribió dos libros: *My life and work (Mi vida y mi obra,* 1922) y *Today and tomorrow (Hoy y mañana,* 1926).

factoriamente (no se centró en el cuatro tiempos porque la patente Otto la poseía Daimler) y en 1883 consigue el apoyo económico decisivo para su invento. Cuando empieza la demanda de motores Benz, éste lo perfecciona y, aprovechando la nulidad declarada de la patente de Otto, lanza en 1886 un motor de gas de este ciclo, que monta en un coche de tres ruedas. El triciclo Benz cobra fama, y entre 1886 y 1893 le vale a su inventor la paternidad del automóvil, al alimón con Daimler, que era más inventor del motor que del conjunto en sí.

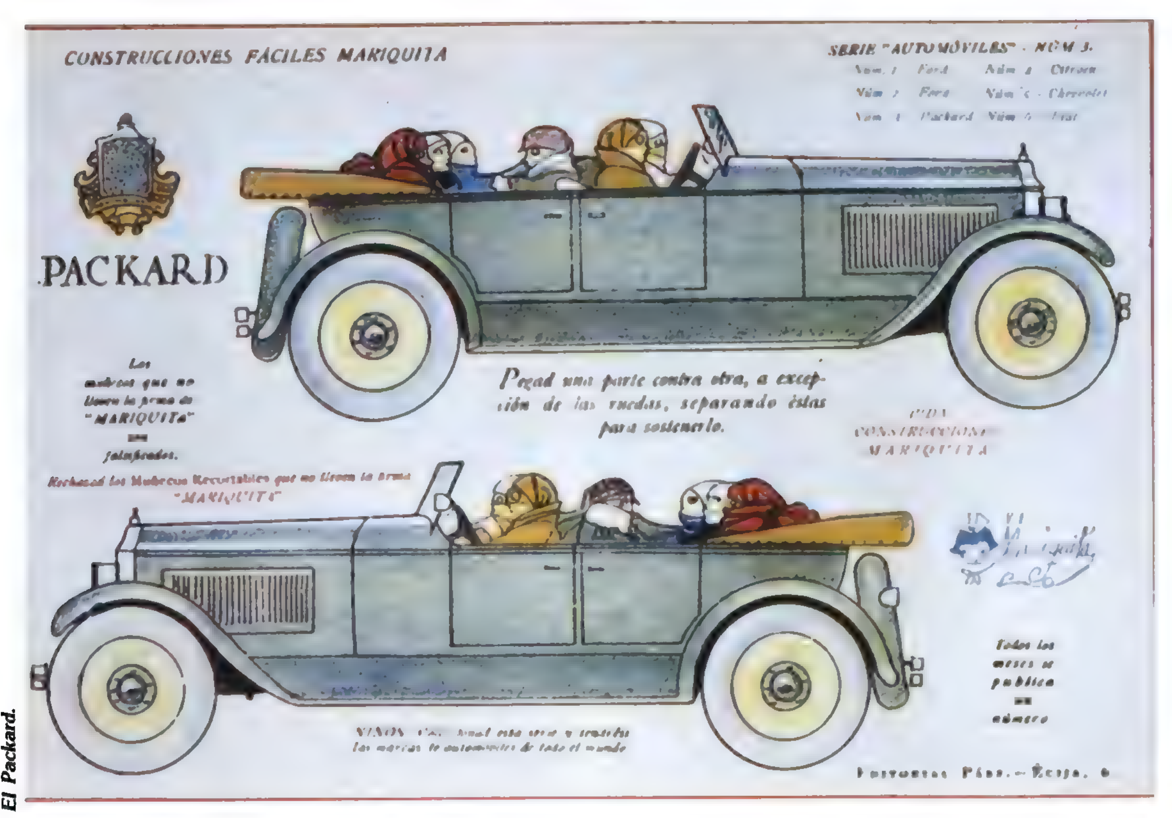
A partir de 1893, Benz consigue el éxito con su *Victoria,* ya de cuatro ruedas, con un motor de 3 CV; en 1895 fabricó 135 coches, en 1898 llegó a las 434 unidades y antes del fin de 1899 ya había producido más de 2.000 vehículos en sus talleres.

Simultáneamente en toda Europa se ensayaban vehículos automóviles con motor de explosión. Dalamarre-Debouteville, en Francia, transformó en 1883 un carruaje de caballos en uno de gasolina utilizando un motor de dos cilindros. Otro francés, Fernand Forest, construyó en 1885 otro motor de gasolina de dos cilindros opuestos, y en 1891, uno de cuatro cilindros con válvulas de admisión con apertura mecánica (y no por aspiración). Sin embargo, la fama de los motores Daimler llegó a Francia por aquellas fechas, y la firma Panhard & Levassor, fabricante de maquinaria industrial, adquiere la patente de su construcción, perfecciona el motor Daimler y construye el primer coche «moderno», con motor delantero, tracción posterior, embrague de fricción y caja de cambios, basada en el mecanismo de cambio de un torno. Ni que decir tiene que el sistema era brusco y rudimentario, pero funcionaba.

Continúan las mejoras

Si Panhard & Levassor ejerció una influencia considerable en la vocación automovilística de Peugeot, lo mismo podría decirse de otro inventor-constructor, Georges Bouton, sobre otro pionero del automovilismo y marca universal de hoy: Louis Renault. Georges Bouton era un ingeniero especializado en trabajos de precisión que, tras ocuparse en motores de vapor, se pasó a los de gasolina en 1894. Apoyado financieramente por el conde Albert de Dion, entre los dos crearon un nuevo motor monocilíndrico de cuatro tiempos mucho más rápido y ajustado que el de Daimler. En 1903 lanzaron el De Dion-Bouton, refrigerado por aire, que daba nada menos que 8 CV a 1.500 revoluciones por minuto (el doble que los motores Daimler) para un cubicaje de 846 centímetros cúbicos. Cuidadosamente equilibrados, los motores De Dion-Bouton llegaron a girar a 3.000 revoluciones por minuto sin romperse.

Louis Renault aprovechó todos estos avances de De Dion y produjo primero un motor de dos cilindros y luego uno de cuatro. Adaptó el famoso eje trasero De Dion —utilizado hoy día por los más famosos constructores—, que permitía la suspensión independiente sin alterar la caída y la posición de las ruedas, y sobre todo adoptó la transmisión por cardan, más segura



El Packard.

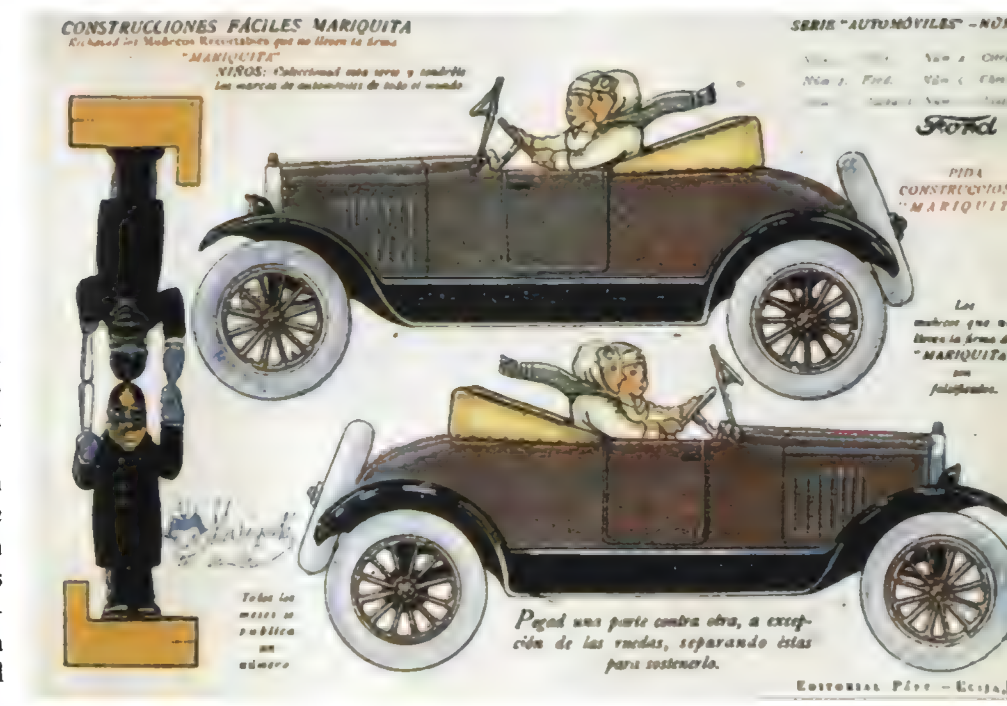
que la convencional cadena. Sus coches destacaron por su forma aerodinámica, al situar el radiador al final del motor —y no al principio—, suprimiendo la ventilación frontal por la lateral. Además, Renault se lanzó en seguida a la producción de carrocerías cerradas, que no empezaron a popularizarse hasta después de 1910.

A partir de 1900 se puede hablar ya de automóviles clásicos. Es en estos años cuando aparecen vehículos que han marcado un hito en la automoción mundial, como el Rolls-Royce Silver Ghost de 1906. Henry Royce era un brillante ingeniero electricista con ideas, que logró interesar en sus proyectos a C. S. Rolls. Ambos pretendían lograr un vehículo absolutamente silencioso que acabara con la imagen de ruido y polvo que iba unida a los primeros *sportman* del automóvil. A base de un cuidadosísimo diseño y un acabado excepcional lograron su propósito. Eso sí, el precio era impresionante. Sólo el chasis de un Silver Ghost valía en 1907 casi 1.000 libras, el equivalente a tres coches de importación europea en las islas. Pero el Ghost se fabricó durante casi veinte años, con una demanda regular, y sigue considerado como uno de los 20 mejores coches que se han construido en el mundo. Su motor, de siete litros de cilindrada, era realmente silencioso. Como símbolo de la marca, Rolls-Royce presumió del equilibrado de sus motores, que llegaron a una rara perfección en los años veinte, hasta el punto de que los concesionarios afirmaban que era posible arrancar y parar el motor con una moneda colocada de canto en la aleta, sin que se cayera; tal era el grado de suavidad y carencia de vibraciones.

La cabalgata de las walkyrias

Mientras en Francia, Panhard, Peugeot y Renault se lanzaban a la conquista del mercado —junto con un sinfín de pequeños artesanos constructores (Bollée, Delaunay, Mors, Amilcar, etcétera)—, en Alemania iba a surgir un nuevo coche que marcaría toda una época. Un aristócrata austriaco, cónsul de Austria-Hungría en Niza, Emil Jellinek, millonario y entusiasta del automóvil, compró cuatro coches a Daimler en 1897, poniendo como condición que tenían que

La silueta de los negros Ford T marcó durante casi veinte años (1908-1927) el paisaje de las carreteras norteamericanas, fabricándose en dicho período más de 15 millones de unidades del conocido popularmente como Tin Lizzie. *En Europa comenzaron a aparecer soberbios coches de diseño clásico, que, como el* Silver Ghost *de Rolls Royce, todavía se siguen fabricando por encargo. Pronto surgieron nuevas firmas, como la Chevrolet o la Packard, que multiplicaron la oferta de vehículos automóviles.*



El Ford «T», un modelo revolucionario.



El constructor de coches francés Voisin.

Los primeros automóviles que llegaban a una ciudad despertaban la expectación ciudadana, ya que cambiaban el paisaje urbano, sustituyendo los primeros a los coches de caballos, y los utilitarios posteriores, a los tranvías y trolebuses. Hay coches que son símbolo de todo un período, como el biscuter *lo es de la posguerra española o el* Seat seiscientos *de la etapa del desarrollo económico de los años sesenta.*

superar los 40 kilómetros por hora. Los vendió, y más adelante hizo un nuevo pedido de seis Phonix-Daimler, que vendió igualmente, convirtiéndose así en representante de Daimler.

Jellinek estaba satisfecho de su colaboración con Daimler, pero no del todo en cuanto al nombre de la firma —Daimler sonaba demasiado teutón para la alta sociedad de la Costa Azul—, y además el Phonix resultaba un tanto peligroso de manejar, ya que era demasiado rápido y pesado (más de una tonelada y media que superaba los 70 kilómetros por hora). Por tanto, intentó convencer al talento de Daimler, que ya no trabajaba en la firma, el ingeniero Wilhem Maybach, para fundar una nueva compañía. Maybach no aceptó, pero sí accedió más tarde, sobre todo tras la muerte de Wilhem Bauer, un corredor que se estrelló con un Phonix en 1900 durante una carrera celebrada en La Turbie, a diseñar un nuevo coche de lujo, deportivo y más seguro. Jellinek le prometió comprar una serie de 36 unidades si el coche era de su entera satisfacción. El nuevo modelo, de 35 CV, fue un acierto total, y Jellinek aprovechó para rebautizarlo y ponerle el nombre de su hija Mercedes. En 1902, Jellinek lanza el Mercedes Simplex de 40 CV, que se convierte en el coche de gasolina más rápido de aquel año, superando en Ostende los 122 kilómetros por hora; apenas unos meses más tarde nace el 60 CV, con un motor de 9.236 centímetros cúbicos, con seis cilindros, con válvulas de admisión en cabeza y laterales de escape, que rompe el récord anterior dejéndolo en 130 kilómetros por hora. Los Mercedes entran en las carreras y en la leyenda; hasta llegar a los Auto-Union de los años treinta, ellos serán los representantes de la técnica germana en los circuitos, y la pesadilla de los pilotos de Renault, Fiat, Bugatti, Alfa Romeo y Lancia.



Los primeros utilitarios en Barcelona.

Primeras carreras, primeros accidentes

Un factor decisivo para explicar los rápidos progresos del automóvil entre 1895 y 1905 son las carreras de coches. Ansiosos por demostrar las cualidades de sus vehículos, los fabricantes compitieron por vencer en las carreras y convencer así a un público todavía escéptico acerca de sus posibilidades. El 22 de julio de 1894, *Le Petit Journal de París* patrocinó una prueba automovilística entre París y Rouen. Los 130 kilómetros llevaron a la victoria a Panhard y a Peugeot. Al año siguiente se celebró una prueba más seria, París-Burdeos-París, con casi 1.200 kilómetros de recorrido, y otra vez Panhard y Peugeot quedaban empatados, ganando Peugeot por ventajas del reglamento. La media obtenida en todo el viaje por el Panhard que conducía Levassor fue de 24 kilómetros por hora. Y aún no se había estrenado el siglo... Después vendría la París-Marsella de 1896, la París-Troville de 1897, el Tour de France, etc. Las carreras se hacen internacionales con la París-Berlín de 1901, la París-Viena de 1902, la París-Madrid de 1903. Esta última no llegó a completarse, a la vista de los cuantiosos accidentes registrados. Y con ella se acabaron los *raids* entre ciudades, para pasar a las carreras de circuitos tipo *grand prix*, que resultaban menos peligrosos.

Ford: América sobre ruedas

En Estados Unidos, el automóvil fue visto bajo un concepto distinto que en Europa. Em-

peñados en lograr vehículos simples y robustos, los esfuerzos se habían centrado más sobre la máquina de vapor, como lo prueba el hecho de que hasta entrados los años veinte rodaran aún coches de vapor —que, sin embargo, no diferían mucho en su aspecto exterior de los de gasolina—, como el Stanley o el White. Los Packard, Pierce-Arrow y otros surgieron en los primeros años del siglo, compiando e innovando sobre los diseños del otro lado del Atlántico. Las necesidades del nuevo continente eran muy distintas. Las carreteras eran peores que las europeas, y los usuarios no serían refinados aristócratas o aficionados deportistas, sino hombres de negocios, viajantes y médicos que pudieran hacer del automóvil el sustituto del coche de caballos y de la diligencia. De ahí la óptica «utilitaria» que un hombre, Henry Ford, supo encarnar simbolizando toda una nueva era industrial: la de la producción en serie.

Ford soñaba con un coche que «incluso un granjero pudiera manejar». Tras trabajar como aprendiz en la compañía Edison, de Detroit, fundó en la barriada de Dearborn su primer taller; en 1896 construyó el primer coche, apenas un cuatriciclo con un motorcito de motocicleta; sin embargo, en 1903 creó la Ford Motor Company, y cinco años más tarde lanzó el que fue el coche de mayor éxito en todo el mundo hasta la segunda mitad del siglo, en que sería desbancado por el Volkswagen *escarabajo:* el Ford T, una magnífica síntesis de robustez y simplicidad mecánica, llamado cariñosamente *Tin Lizzie,* que permitía su conversión en camión y furgoneta y del que se fabricaron más de 15 millones de unidades entre 1908 y 1927. Hasta tal punto Ford se había especializado en este coche que las factorías de Dearborn permanecieron cerradas seis meses para adaptarse al nuevo modelo —el Ford A— que le sustituyó y que supuso una innovación mucho menor en su momento comparado con la del T en 1908. El Ford A tuvo mucho menos éxito que el T, aunque con todo mantuvo el prestigio de la marca. Sin embargo, no logró arrebatar el primer puesto entre las fábricas norteamericanas de automóviles —y mundiales— a su gran rival, la General Motors, que por aquel entonces logró situar al Chevrolet como el coche más vendido en Estados Unidos. La era del Ford T había tocado a su fin.

Las manías de un genio

Sin embargo, hay detalles curiosos de la historia del Ford T. Entre ellos, la casi invariabilidad de su línea, fruto de la obstinación de Henry Ford, que a los doce años de realizar su diseño insistía en no modificarlo. La producción en



Una familia de principios de siglo y su automóvil.

Una familia yendo a pasar un día de campo con su automóvil es una estampa absolutamente normal en nuestra sociedad. A principios de siglo era un acontecimiento que merecía ser inmortalizado en una vetusta placa fotográfica. De todos los inventos creados por la inteligencia humana, quizá sean el automóvil y la fotografía los que más han cambiado la vida y la mentalidad de los hombres. Las distancias se han reducido y las imágenes se han convertido en el nuevo lenguaje universal.

cadena revolucionó los precios. Cuando Ford lanzó el T en 1908, su precio era de 825 dólares. Dos años más tarde bajó a 700, y en 1912 sólo costaba 625. Bajó de nuevo en 1915 y luego subió en 1917 a 575 dólares, para volver a bajar en 1920 a 440, y hacia 1922 llegó a costar tan sólo 290 dólares, en un momento de apuro para Ford. Cuando se dejó de fabricar, el *Lizzie* tenía un precio de catálogo de 360 dólares, y, por supuesto, su único color disponible era el negro. (Ford sostenía que sus clientes podían obtener el Ford T en cualquier color que quisiesen, «siempre que ese color fuera negro». Nunca aceptó suministrar el T en otro color.)

Henry Ford murió en 1947, dejando en manos de su nieto Henry Ford II su imperio automovilístico. Hombre contradictorio, populista y tiránico, de ideas muy conservadoras y, sin embargo, genialidades mecánicas y de *marketing,* logró hacer del automóvil algo al alcance de todo el mundo en América. Desdeñó a los artistas de la mecánica y nunca quiso entrar en rivalidad con ellos. Llegó a fabricar hasta aviones, logrando gran fama con su aparato trimotor, que fue la espina dorsal del transporte aéreo americano de los años treinta. Antisemita, buscó, empero, la alianza con los grandes banqueros judíos cuando le interesó; coqueteó con el III Reich y, sin embargo, se volcó en la industria de guerra contra Alemania cuando llegó la Segunda Guerra Mundial. La muerte prematura de su hijo Edsel le amargó los últimos años, aunque su sucesor logró extender y diversificar más aún su enorme imperio automovilístico.

General Motors: el gran coloso

Salvo la marca Overland, el gran consorcio automovilístico americano se constituyó en

1908 con la fusión de una serie de pequeñas compañías, entre ellas la Buick, la Oakland, la Oldsmobile y la ya prestigiosa Cadillac. William C. Durant fue el presidente, y en el proceso intentó adquirir también la Ford, pero Henry Ford pidió tres millones de dólares y Durant no pudo pagar tanto. Más tarde, Durant dejó la General Motors para dirigir la Chevrolet, fundada por Louis Chevrolet, y dar la batalla a Ford en el terreno del coche barato. Lo consiguió, y en 1916 volvió a adquirir el control de la General Motors integrando la Chevrolet en ella, que pasó a ser la primera marca en ventas del consorcio. A Durant le sustituyó Alfred P. Sloan en 1927, y a partir de entonces la General Motors se convierte en el gran gigante americano del motor, la primera firma mundial del automóvil que ha hecho famosa la frase de «lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos». Su política era diametralmente opuesta a la de Ford: muchas marcas con tipos y características muy distintos.

Hubo un aspecto en que América fue pionera respecto a Europa en el automóvil: la comodidad. Los automóviles americanos introdujeron muy rápidamente una gran serie de refinamientos que los europeos ofrecieron más tarde. Cadillac fue la primera firma en ofrecer arranque eléctrico en sus coches, junto con iluminación eléctrica. Hacia 1916 la mayoría de los coches americanos llevaban indicador de nivel de combustible en el depósito, y casi todos lo tenían ya en 1922. También en estos años se introducen las lunas descendentes en las berlinas de carrocería cerrada —los sedanes— y los limpiaparabrisas de accionamiento eléctrico. Cadillac fue una de las marcas que primero incorporó todos estos detalles, destacando algunos como la calefacción interior, los asientos graduables y el cambio automático de velocidades. El confort, sin lugar a dudas, era el primer objetivo de los coches del otro lado del Atlántico. El lujo vendría después.



Poster de época de la Triumph Motors.

La inventiva europea: arte frente a industria

Volviendo a Europa, la industria automovilística de la preguerra de 1914 se hallaba en total ebullición. Los coches de récord crecían como monstruos de los circuitos, mientras que en la calle se enfrentaban a las grandes berlinas lujosas los primeros modelos utilitarios europeos que iban a popularizar el automóvil. En las carreras ya se habían sobrepasado los 200 kilómetros por hora, una velocidad considerada de locura pocos años antes. Fiat empezó a dar que hablar con sus monstruos rojos de ocho cilindros y cubicajes de 14 litros, pilotados por Nazzaro y Bordino. El enorme Fiat de 300 CV y 30 litros de cilindrada compitió en 1913 con el Mercedes Benz de 200 CV, más ligero, con su también enorme motor de 21,5 litros; ambos superaban los 200 kilómetros por hora... antes de la guerra de 1914; pero además estaban los Talbot, los Lorrains-Dietrich, los Fiat de 14 litros, los Bentley de 8, los Peugeot de 7,6... Todos ellos sirvieron de banco de pruebas para los motores de aviación de la Gran Guerra y para los de los gran turismo de los años veinte.

Los motores crecen en cilindros, los cuales empiezan a montarse en diversos chasis; éstos se alargan, mejoran las suspensiones, adaptándose a la mejor calidad de las carreteras; los puentes delanteros, ya independientes en su inmensa mayoría, reducen su altura y perfilan el morro de los coches. Los radiadores se estilizan, pasando de los tubos aleteados a los panales redondeados. Los frenos de tambor, si bien por mando mecánico, se imponen (Mercedes ya los introduce, con la zapata de expansión, en 1903). Y hay precedentes de una inventiva extraordinaria. Ejemplos: el Spyker holandés de 1902, con tracción y frenos en las cuatro ruedas, que subió, como demostración de lo que podía hacer, la escalinata del palacio de Cristal de Londres. O el Cowey ligero de 1913, cuyo motor impulsaba una bomba neumática que suministraba aire comprimido a las unidades de suspensión neumática de cada esquina del chasis. O los coches del norteamericano Walter Christie, que en 1909 ofrecía ya motor transversal delantero (un cuatro cilindros en V) con tracción a las ruedas delanteras, y que en 1907 corrió con uno de ellos en el Grand Prix de Francia.

Utilitarios a la francesa

Esto demuestra que la creatividad bullía en las cabezas de los ingenieros. Junto a esto, la fabricación en serie a la «americana» deslumbra a los europeos. Y entre los deslumbrados está André Citroën, quien se decide a iniciar la fabricación masiva de un modelo único, al finalizar la Gran Guerra, en sus instalaciones del Quai de Javel, en París. Será el nacimiento del famoso Citroën Trèfle, el *trébol*, que, igual que el Ford T hizo con el color negro, popularizó el amarillo, por lo que se ganó el sobrenombre de *citron pressé* (limonada). Se fabricó en Italia y Alemania, y en 1922 Citroën producía 100 vehículos diarios en su fábrica de París. Más adelante saldrían los Citroën 12 CV *Pato* y los 16, hasta llegar al lanzamiento, ya en 1934, de los fabulosos 7 CV *traction avant*, que darían lugar a los 11 ligero y 15, precursores del fabuloso DS-ID *Tiburón*.

Mientras, Renault y Peugeot ya han logrado conquistar una buena parcela del mercado; los primeros han conseguido imponer sus berlinas de mediano y gran tamaño, el famoso *taxi de París*, que se hará popular en la guerra de 1914 al participar en la defensa de París en septiembre de aquel año, cuando el general Gallieni, para detener el avance de Von Gluck sobre París, requisó todos los taxis de la capital (en su inmensa mayoría Renault) para trasladar 6.000

Poster de época de la Michelin.

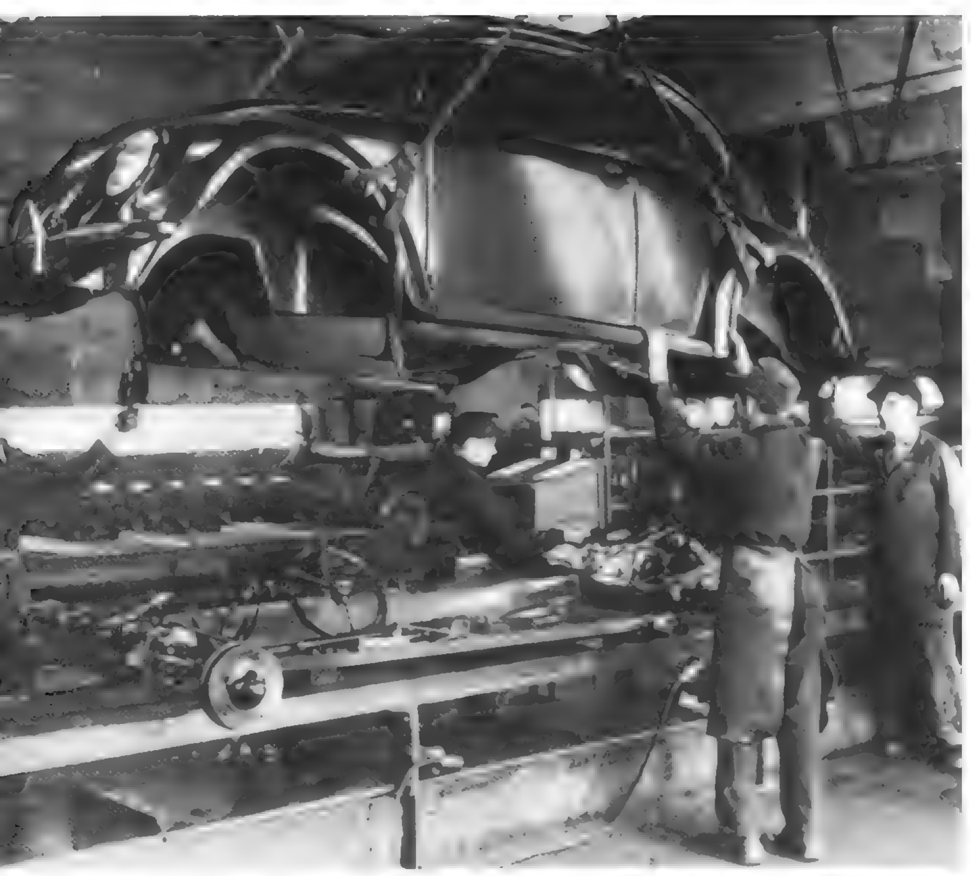
Poster de época de la Mercedes Benz.



Los ingenieros franceses estuvieron desde el principio en la vanguardia de los perfeccionamientos mecánicos de los diversos elementos del automóvil. Nombres como Renault (motores), Citroën (suspensión, transmisión), Peugeot, etc., son ya clásicos en el mundo de los coches. Michelin resalta, por su parte, al lado de otros colosos de los elementos accesorios, como llantas y neumáticos.

soldados a un punto vital. Peugeot también construye vehículos industriales, aparte de sus famosas bicicletas, y quizás aprovechando su experiencia en el sector lanzó en 1924 su coche ligero Quadrilette, de dos asientos, con un motor de cuatro cilindros y sólo 667 centímetros cúbicos, el más pequeño construido entonces, que tuvo un notable éxito. Estamos en la época de los *ciclocares,* triciclos y cuatriciclos con motores ligeros de coche o moto que hacen furor por su manejabilidad y rapidez. Basándose en estos vehículos y en el Quadrilette, sir Herbert Austin diseñaría y lanzaría al mercado, contra la oposición de sus colegas, su Austin Seven, logrando un éxito extraordinario, gracias a su sencillez y fiabilidad, al tiempo que compitió en el mercado inglés con los Morris de 8 CV, los Cowley y el Rover 8.

Un precedente de estos coches ligeros fue el *Bebé* Peugeot de 1908, diseñado por un joven ingeniero italiano que luego se establecería por su cuenta y haría inmortal su nombre: Ettore Bugatti. El *Bebé* pesaba poco más de 600 kilogramos, llevaba un motor de 850 centímetros cúbicos y cuatro cilindros y una curiosa transmisión de dos marchas. Su aceptación animó a los demás constructores a lanzarse por este camino.

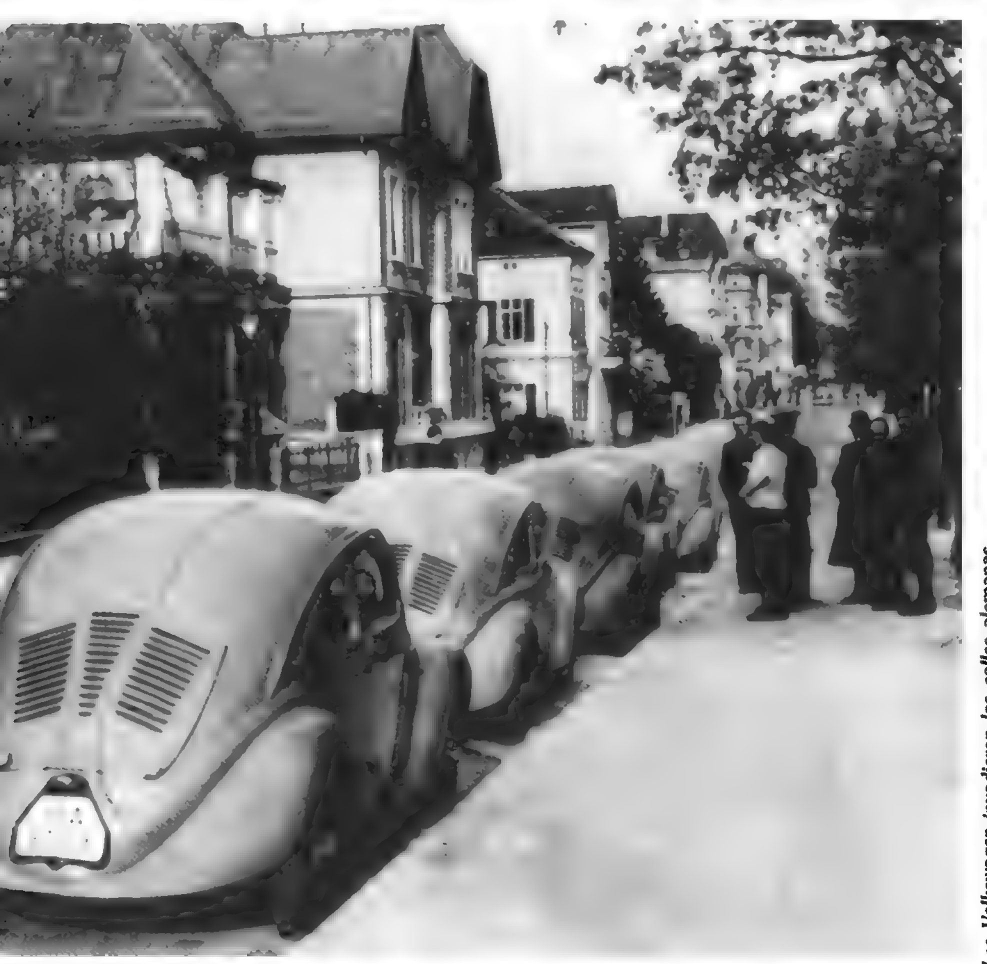


Cadena de montaje de la Volkswagen

Los felices años veinte

Pero después de la Gran Guerra hubo también numerosos experimentos en coches de lujo, y no sólo a cargo de Mercedes o Rolls-Royce. La experiencia adquirida en motores de aviación animó a montar mecánicas sofisticadas en grandes plataformas carrozadas por los mejores maestros franceses e italianos. Los nombres de Isotta-Fraschini, Minerva, el Bugatti Royale, el Standard SS1 (precursor del Jaguar), y los Hispano-Suiza se hicieron famosos.

La historia de La Hispano-Suiza va unida a la del ingeniero Marc Birkigt, que abandonó Suiza para instalarse en Barcelona en 1899, cuando sólo tenía veintiún años, y se puso a trabajar con la compañía de automóviles Castro; Birkigt acabó siendo director de la misma y ésta cambió su nombre por el de La Hispano-Suiza hacia 1906. Dos coches, el 3,8 y el 2,2, fueron sus primeros frutos, pero en 1910 La Hispano-Suiza se haría famosa con el modelo *Alfonso XIII,* realizado especialmente para el monarca y luego construido en pequeñas series. Era un coche muy avanzado para su época, con seis cilindros en línea y 6,6 litros, bloque en aleación ligera y árbol de levas en culata; tenía una potencia de 135 CV y montaba cuatro servofrenos (uno por rueda). Birkigt se instaló luego en París, si bien mantuvo siempre abierta la planta de Barcelona;



Los Volkswagen invadieron las calles alemanas.

los motores de aviación le absorbieron, y de esa experiencia haría más combinaciones tras la Gran Guerra, hasta llegar al monstruo sagrado de La Hispano-Suiza: el tipo 68 de 1931, todo un «anti-Rolls», con un increíble motor de 12 cilindros en V, con 9,5 y 11,3 litros (el 68 bis), que superaba los 180 kilómetros por hora con sus 250 CV y su respetable tamaño.

Tras la Primera Guerra Mundial los coches se transforman en muchos detalles; el caucho sintético permite mejorar las ruedas, y los neumáticos empiezan a ser de «baja presión» (no confundir con los radiales actuales), que no necesitan las impresionantes presiones de 5,6 y 7 kilogramos por centímetro cuadrado de los primeros autos, y se conforman con dos o tres kilogramos, con lo que se reducen los riesgos de reventón y pinchazo. Los frenos mejoran al introducirse en 1920 los latiguillos hidráulicos en América y las zapatas de expansión interna, junto con los servos para los grandes coches. El arranque eléctrico —que Cadillac fue la primera en aplicar— empieza a difundirse. Los detalles de confort se multiplican, producto de la competencia americana. Los *raids* también, para demostrar que con el automóvil se puede llegar a todas partes. Destaca la travesía de Alaska a Tierra del Fuego y la expedición París-Pekín, patrocinada por los coches-oruga franceses de Renault, en la que participó el etnólogo y filósofo Teilhard de Chardin. Aparece un tipo de motor de ciclo Otto que no precisa bujías, el Diesel, que se empieza a utilizar primero en barcos y máquinas industriales y después en automoción —y hasta en aviones, como lo demostró Junkers en 1935—. Los alemanes son los que introducen estos motores denominados de «aceite pesado». Los carroceros europeos sucumben ante la técnica en chapa a la americana, y se impone la matricería metálica frente a los trabajos en madera cubiertos de metal (artesanía en la que destacaban los carroceros europeos). Vicenzo Lancia lanza la primera carrocería autoportante del mundo en 1922 con su Lambda. Alfa Romeo impone el motor de doble árbol de levas en cabeza, y la mejor calidad de las gasolinas permite aumentar la compresión de los motores, elevando su rendimiento térmico. Llegamos a la gran depresión de los treinta con una técnica que ha dado un paso de gigante en menos de diez años.

J. R.

La gran crisis energética de 1973 marcó una gran transformación en el tipo de coches que hasta entonces se fabricaban. Los grandes modelos tipo haiga *americano («haiga» en vez de haya decían los indianos que volvían a España presumiendo de riqueza, pero tan ignorantes como antes) han pasado a la historia. Los nuevos tiempos imponen coches pequeños, duros y austeros, de bajo consumo energético. La línea «europea» se ha impuesto en las carrocerías, pero la productividad japonesa controla el mercado. Se experimenta ya con motores de alcohol y eléctricos (no contaminantes) como el* Scamp *y el* Trident *que aparecen en la fotografía.*



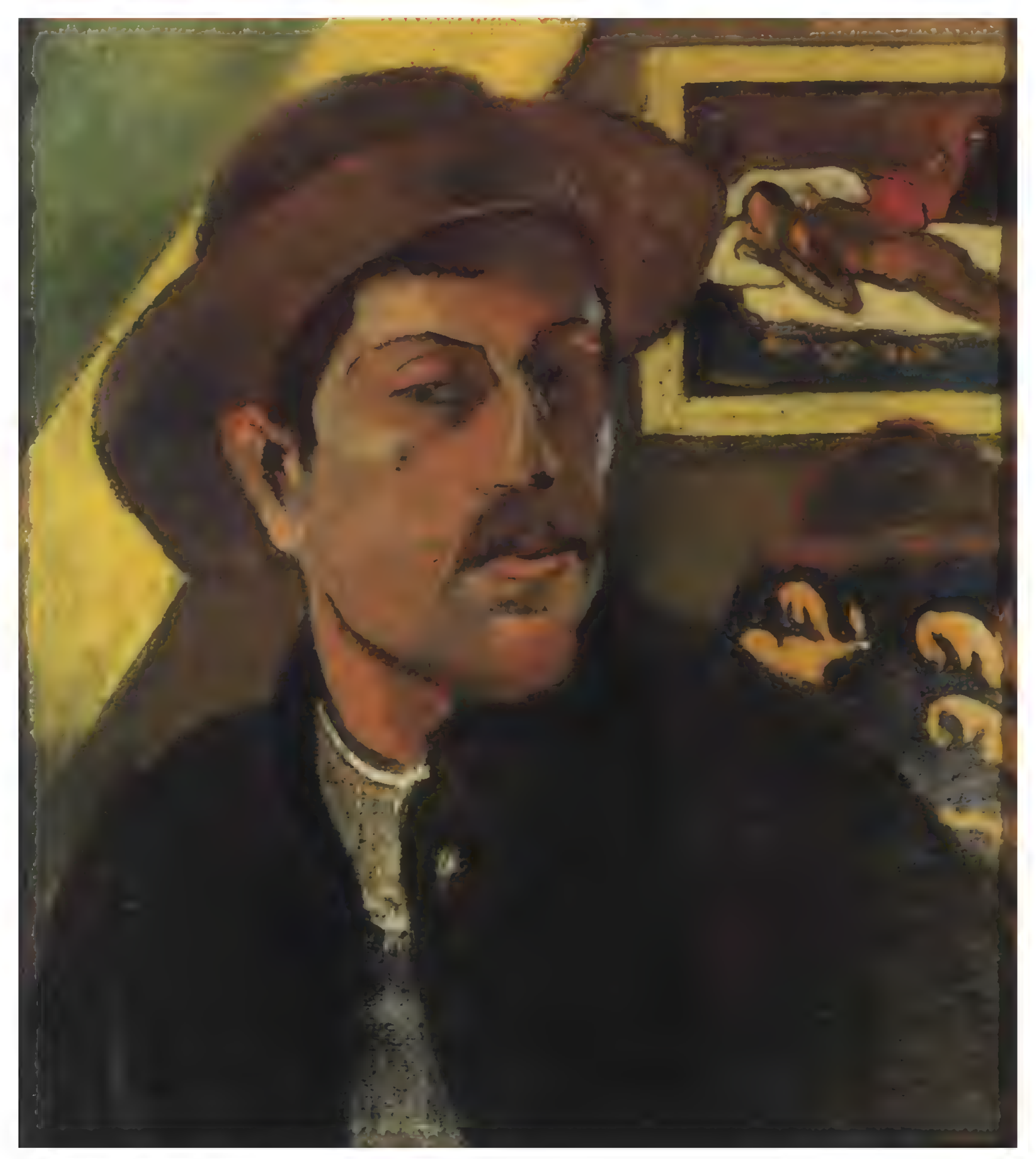
El **Scamp** *y el* **Trident**, *modelos eléctricos ingleses.*



Annah la javanesa, *de Paul Gauguin.*

GAUGUIN, EL PINTOR DE LOS MARES DEL SUR

EL 8 de mayo de 1903 moría en una humilde cabaña de las islas Marquesas el pintor francés Paul Gauguin. Terminaba así la vida errante y aventurera de uno de los primeros europeos que buscaron la calma y la felicidad lejos del mundanal ambiente parisiense; y con ella, la de un artista original y excéntrico, de vocación tardía e influencia impresionista, que marcaría profundamente a las nuevas generaciones, y en especial a la de los fauvistas.



Autorretrato, *de Paul Gauguin.*

La vida de Paul Gauguin fue una constante tensión entre su profunda vocación artística y la necesidad de medios económicos para sobrevivir. Espíritu aventurero, Gauguin nunca olvidó los paisajes exóticos vistos durante su infancia peruana y se enroló en la marina mercante; posteriormente jugó a la bolsa con éxito y se convirtió en un buen burgués, un honorable empleado de banca. Pero su atracción por la pintura le llevó a romper con su vida de ciudadano normal para dedicarse sólo al arte. Sufrió innumerables privaciones económicas e intentó huir de la civilización moderna, refugiándose en los paisajes exóticos de Tahití y las islas Marquesas, donde murió en 1903. De esta última época son sus mejores obras, como Annah, la javanesa.

Un impresionista atípico

París había sido el centro y el marco casi exclusivo del arte de la segunda mitad del XIX, representado fundamentalmente por los impresionistas, un conjunto de artistas de una acusada homogeneidad que se caracteriza por un empeño casi obsesivo del artista por reflejar la impresión que le produce un paisaje o una escena en un momento del día y con una iluminación determinada.

En Toulouse-Lautrec, el cronista gráfico de la *belle époque*, tenemos el ejemplo tipo del artista desligado del grupo y un poco como la excepción. Van Gogh, el pintor intimista, víctima de su peculiar sensibilidad y de sus personales vivencias del entorno humano en el que se halla inmerso, podría servir de ejemplo de una evolución sin grandes rupturas, a pesar de todo, hacia nuevas formas de ver y de reflejar la realidad. También lo es, aunque con otras características, Paul Gauguin, con quien cambia el sentido y el contenido de la vida bohemia del artista, incorporando un elemento nuevo: la gran movilidad geográfica, la búsqueda ilusionada y a veces desencantada de paisajes físicos y humanos distantes y distintos, exóticos. Una bohemia que contrasta con la bohemia estable y característicamente nocturna de Toulouse-Lautrec y con la bohemia espiritual y singularmente dolorida de Van Gogh. Una bohemia artística la de Gauguin que sirve de puente entre una época y un estilo que terminan y otros que empiezan, entretejida de una rápida sucesión de *ismos* que van a tener su máximo representante en un artista que está consolidando su andadura despegándose del resto en todos los sentidos: Pablo Ruiz Picasso, paradigma de la evolución permanente y rompedor sistemático de moldes, que une en su arrolladora personalidad varias transiciones generacionales.

Los mares del Sur en tiempo de Gauguin.



Vocación errante

Para comprender la significación artística de Gauguin, aparte las diferentes circunstancias personales de su vida, hay que destacar su tardía y sorprendente vocación de pintor, que contrasta significativamente con la precocidad característica de la mayoría de los artistas, y destacar igualmente su aprendizaje entre artistas del grupo impresionista, a cuyas exposiciones de 1880, 1881 y 1882 fue invitado.

Su padre, Clovis Gauguin, era un periodista, originario de Orleáns, que adoptó una actitud crítica frente al golpe de Estado de Napoleón III. Su madre, Aline Chazal, era mitad francesa y mitad criolla peruana. Casó, a los veinticinco años, con una burguesita danesa, Mette Gad. Gauguin padre presiente que su oposición al nuevo régimen imperial puede acarrearle algún disgusto con la policía y embarca para Lima, con la idea de reconstruir su vida al amparo de los acomodados parientes de su mujer, pero muere durante la travesía.

Apenas venido al mundo, comienza para Paul Gauguin una vida en perpetua movilidad: a los cinco años de estar en Lima regresa a Orleáns y escasamente llegado a la adolescencia se enrola en la marina mercante y recorre todo el orbe; durante la guerra franco-alemana de 1870, que terminará con el destierro de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia de Montijo, sirve en la marina de guerra. Siguen unos años de tranqui-



lidad y de bienestar económico en París al servicio de un agente de cambio. En 1882, a los treinta y cuatro años (había nacido en 1848), se queda sin empleo, decide dedicarse a pintar y comienzan sus problemas matrimoniales y familiares.

Como primera providencia se establece en Rouen, donde puede vivir más económicamente que en París, y poco después se traslada a Copenhague, junto a la familia de Mette, en donde espera recuperar una estabilidad y tranquilidad que apenas dura unos meses. Su vida familiar fracasa definitivamente, y Gauguin se vuelve a París con uno de sus hijos, mientras los otros cuatro quedan en Dinamarca con la madre.

Su peregrinar no tendrá ya fin: en 1887 hace de nuevo la travesía del Atlántico, recala en Panamá, fracasa otra vez y termina en la Martinica. Tampoco aquí encuentra acomodo, pero ha hecho un descubrimiento decisivo para su arte: la luminosidad espléndida y la naturalidad incontaminada de unos paisajes y de unas gentes que profundizan su ruptura con la decadente sociedad de la vieja Europa, adonde, sin embargo, regresa no mucho después. Reside algún tiempo en Bretaña, no encuentra acomodo espiritual ni económico, y en 1890 se traslada a Arlés, en donde vive una enriquecedora y trágica experiencia junto a ese otro atormentado que es Van Gogh, entonces ya en plena cabalgada hacia la locura. Por extrañas e inexplicables razones re-

En su huida de la competitividad y la sociedad moderna, Gauguin pasó primero por la isla caribeña de Martinica, para recalar luego en el archipiélago de Tahití y las islas Marquesas, en Oceanía, el quinto y remoto continente. Vivió pobremente, en una choza, como un indígena más, aunque sin poder librarse del todo de los tentáculos administrativos y burocráticos de la grandeur *y los sueños del* Imperio *francés.*

Lo que Gauguin buscaba —quizá lo encontrase en sus remotas islas— era su reencuentro personal con el perdido paraíso terrenal. Después de dejar atrás su vida de marino, sus años de tranquilo empleado de banca, su matrimonio fracasado, su propia familia, su turbulenta amistad con Van Gogh, se queda solo y desnudo en medio de paisajes tropicales repletos de sol y colorido, que pinta admirablemente. Pero, además de los paisajes, el pintor recoge en su obra todo el encanto de unos personajes aún no contaminados por la civilización moderna.

cala una vez más en París, quizá con la subconsciente y hasta cierto punto masoquista intención de consumar la definitiva ruptura con un pasado inmediato tremendamente decepcionante. El trópico le atrae con una fuerza irresistible, y proyecta establecerse primeramente en Madagascar y en última instancia se decide por Tahití. Estamos en 1891.

Los mares del Sur

Cabría esperar que encontraría, al fin, la paz, la tranquilidad, la serenidad que anda persiguiendo. Pero tampoco ahora lo consigue, quizá porque lleva dentro de sí no ya el germen, sino la planta perfectamente desarrollada del inconformismo, de la angustia, de la guerra interior. Bien es cierto que a ello contribuyen dos elementos decisivos: el tropezar también allí con la civilización occidental, que ya está contaminando la virginidad de aquellas islas que parecían perdidas en la inmensidad del océano, y el sentirse prendido en las redes de su eterna compañera, la miseria. Y una vez más nos sorprende con una decisión inesperada: regresa a Europa para una relativamente prolongada estancia entre 1893 y 1895. Para que el ciclo periódico de una nueva etapa de su vida peregrina quede otra vez completo, opta de nuevo por el mal menor: volverse a Tahití. ¿Definitivamente? Dejaría de ser Gauguin si tal hiciera. En 1901 levanta otra vez el vuelo, y sus ansiedades le llevan hasta las islas Marquesas, en donde su alma viajera abandona la posada del cuerpo un 8 de mayo de 1903. Parecía no estar hecho para vivir en compañía y murió completamente solo en un poblado de nombre tan exótico como Hiva-Oa.



Paisaje de la Martinica, *de Paul Gauguin.*

Pocas biografías —quizá ninguna— de los grandes artistas ofrecen una trayectoria paradójicamente tan lineal, tan uniformemente distinta como la de Gauguin. Mas, por encima de cualquier otra consideración, surgen ya de entrada estos dos interrogantes: ¿encontró Gauguin algo de lo que, al menos en el plano artístico, andaba buscando? Y si lo encontró, ¿queda reflejado en sus cuadros? La respuesta ha de ser doblemente afirmativa, o mejor dicho, ambas preguntas tienen una sola respuesta: su creatividad es radicalmente distinta de la de los otros pintores de su época, y lo es ya casi desde el comienzo, sobre todo a partir de 1888. El mismo nos apunta un principio de explicación:

«El arte primitivo dimana del espíritu y se sirve de la naturaleza. El autodenominado arte refinado procede de la sensibilidad y sirve a la naturaleza. La naturaleza es la sirvienta del primero y la dueña del segundo. Ella domina al espíritu del hombre para reclamar su adoración. Este es el camino por el cual hemos ido a caer en el abominable error del naturalismo.» Por eso él trata de reparar ese error a través de «un razonado y franco retorno al principio, es decir, al arte primitivo». Por eso también durante su corto aprendizaje se relacionó con artistas que practicaban una cierta ingenuidad artística y con escritores, fundamentalmente poetas, que alimentaban su inspiración en el simbolismo.

No es necesario insistir en que esa verdad, esa autenticidad, que no tiene nada que ver con el naturalismo, la va encontrando Gauguin, la va descubriendo bajo distintas formas según los modelos que va contemplando, aun cuando, por otro lado, en su estilo haya homogeneidad progresivamente evolutiva que le identifica diferenciándole de los demás.



La bella Angela, *de Paul Gauguin.*

Las célticas y verdes tierras de la Bretaña francesa sirvieron de refugio al atormentado espíritu de Gauguin en 1886, 1888 y 1894. Allí, en medio de una sociedad aldeana y atrasada, de gentes sencillas, a las que rodea una simbología mágica y mítica, Gauguin supo plasmar rostros como el de madame Angèle Sartre, cuadro conocido como La bella Angela.

Su manera simbolista está ya perfectamente definida en una primera serie de pinturas religiosas como *El Cristo amarillo* o *Cristo en el Huerto de los Olivos*, pintados cuando regresó de su estancia en la Martinica. Cuando llegó por primera vez a Tahití tenía ya perfectamente definido su estilo y perfeccionada su técnica, en la que juega un papel importante la clara luminosidad de los trópicos, y a la que incorpora como elemento nuevo una naturaleza y unos personajes sorprendidos en la pura naturalidad de su espontánea forma de comportarse, una espontaneidad en la que no deja de haber un determinado hieratismo y un cierto aire escultural. Ahí están para probarlo cuadros como: *Ta Matete (El mercado), Vahine no te Tiare (Joven con flor), La siesta, Nacimiento, Los senos con flores rojas, Y el oro de sus cuerpos, ¿De dónde venimos?, ¿Quiénes somos?, ¿A dónde vamos?* Hasta cuando se establece en las Marquesas descubre algo nuevo que él asimila rápidamente y que recuerda etapas pasadas, como si quisiera enlazar con el principio. Esta idea la sugiere la simple contemplación de un cuadro tan luminoso, tan amplio y profundo, tan lírico incluso como *Caballistas en la playa*, pintado en 1902 en Hiva-Oa. Es como el canto del cisne: Gauguin sigue buscando, aun cuando se vea cogido en su propio inconformismo.

F. P.

1903

LA AVENTURA DE LOS HERMANOS WRIGHT



Un pionero junto a su aparato.

NO fueron los primeros hombres que consiguieron volar. Antes que ellos, Lilienthal, Ader y Chanute habían despegado del suelo y abierto caminos que acercaron al hombre a su eterno deseo de imitar a los pájaros. Y, sin embargo, los hermanos Wright ocupan un lugar de honor en las historias de la aviación: en octubre de 1902, Orville, el menor de los dos, realizó la primera prueba con un planeador que ya no se manejaba con el movimiento del cuerpo del piloto, sino con un timón. Meses después, el 17 de diciembre de 1903, en las silenciosas arenas de Kitty Hawk, revolucionarían definitivamente el mundo de la aviación al añadir a su prototipo un motor que lo independizase de los caprichos del viento.

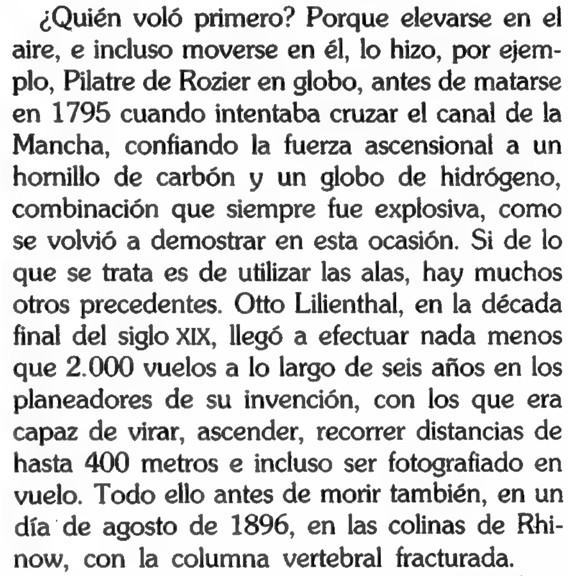
José Antonio Silva, periodista, piloto y escritor especializado en la historia de la aviación, evoca en el presente artículo la aventura de los hermanos Wright.



Aunque se considere a los hermanos Orville y Wilbur Wright como los pioneros de la moderna aviación, la verdad es que la historia de ésta, es decir, la locomoción aérea por medio de vehículos más pesados que el aire, había empezado mucho antes, quizá desde que el primer hombre observó a los pájaros y sintió deseos de imitar el vuelo de las aves. Sabemos que ya Leonardo da Vinci diseñó en el siglo XV una máquina voladora. En el XVII, los intentos de volar del jesuita portugués Gusmaô, del canónigo francés Desforgues y del marqués de Bacqueville se saldaron con el fracaso. En el XVIII, los hermanos Montgolfier volaron en un globo aerostático y esta forma de elevarse se hizo muy popular. En el XIX volvió a experimentarse con planeadores, y ahí están los intentos de Penaud, Cayley, Le Bris, Lilienthal, Ader y Chanute. El 17 de diciembre de 1903, los hermanos Wright lo lograron: el hombre volaba.



Volar



¿Quién voló primero? Porque elevarse en el aire, e incluso moverse en él, lo hizo, por ejemplo, Pilatre de Rozier en globo, antes de matarse en 1795 cuando intentaba cruzar el canal de la Mancha, confiando la fuerza ascensional a un hornillo de carbón y un globo de hidrógeno, combinación que siempre fue explosiva, como se volvió a demostrar en esta ocasión. Si de lo que se trata es de utilizar las alas, hay muchos otros precedentes. Otto Lilienthal, en la década final del siglo XIX, llegó a efectuar nada menos que 2.000 vuelos a lo largo de seis años en los planeadores de su invención, con los que era capaz de virar, ascender, recorrer distancias de hasta 400 metros e incluso ser fotografiado en vuelo. Todo ello antes de morir también, en un día de agosto de 1896, en las colinas de Rhinow, con la columna vertebral fracturada.

No está muy claro que el elegante caballero francés D. Clemente Ader no haya volado con su *avión número 3*, presentado a una comisión de evaluación del ejército francés en octubre de 1897. El *avión* era un artilugio revolucionario, más parecido a un pterodáctilo o a un murciélago que a un ave, con alas plegables, dos motores de vapor, hélices contrarrotatorias; en fin, lo nunca ofrecido por la técnica hasta entonces.

En el campo de Satory, a una hora tan inclemente y tan dada a los misterios como las cinco y cuarto de la madrugada, el *avión* inició su vuelo de presentación ante una somnolienta comisión militar. No hay duda de que en algunos momentos el pterodáctilo-murciélago llegó a despegar sus ruedas del suelo, en unos tímidos saltos, pero las pruebas incluían un viraje, y ése fue el final.

Ader, con cincuenta y seis años de decepción, abandonó todos los proyectos y destruyó planos y pruebas, pero gente que confiaba en él recuperó el *avión número 3* y enterró unas piedras de carbón en el césped del campo militar de



Los primeros aviones. Postal de época.

A raíz del éxito de los hermanos Wright, la aviación se desarrolló rápidamente, mejorándose los aparatos y los sistemas de vuelo. Los ingenieros y aviadores se hicieron enormemente populares en una sociedad ávida de inventos y de «progreso». La efigie de los nuevos héroes y sus aparatos era difundida profusamente en fotografías, postales, carteles e incluso anuncios comerciales publicados en la prensa.

Satory. Cuando futuras generaciones descubrieran los carbones sabrían que allí había tenido lugar el primer vuelo del género humano.

Hay otro hombre que vuela, que también es francés, pero emigrado a Estados Unidos. Se llama Octave Chanute, construye planeadores y descubre el vuelo a los sesenta años. Hasta ahora, todos los intentos de volar se han desarrollado en el mayor de los misterios, como un rito prohibido a los no iniciados, el inventor mirando desconfiado a su alrededor mientras da los últimos toques a su artilugio de tela, cables y bambú. Chanute es otra cosa. Divulga sus ideas, y además las reúne en un libro, *Progress in flyng machines,* para que otros puedan conocerlas, aprovecharlas y desarrollarlas. Entre sus fieles lectores, para quienes la obra es libro de cabecera, están dos hermanos norteamericanos, de bastante mal carácter y hasta entonces expertos en bicicletas. Son los hermanos Wright, y nadie sabe por qué, pero la historia les ha coronado las sienes con el laurel de los primeros.

La aventura de los Wright según la publicidad alemana.

Dos hermanos de Carolina del Norte

Hay una carta, fechada en 1900, en la cual los dos hermanos piden información a Chanute sobre cuestiones de vuelo. El camino a seguir hasta entonces para conseguir sostenerse, siquiera mínimamente, en el aire era, por supuesto, imitar a las aves. Se desplegaban unas alas con la adecuada curvatura, y el viento, o bien la velocidad adquirida por un impulso previo, hacía lo demás. Pero las aves disponían de un poder sobre sus plumas que el hombre no había conseguido reproducir. Para cambiar de dirección, para hacer frente a una ráfaga de viento, en definitiva para maniobrar, el pájaro, la gaviota de los arenales donde ellos probaban sus cometas, modificaba la incidencia de sus alas, cambiaba su envergadura y se dirigía con sabios y precisos movimientos de su corta cola. Penaud había estudiado todo esto muchos años antes, y los Wright comienzan por ahí sus investigaciones.

Tienen dos cosas a su favor. Son metódicos, lo apuntan y lo anotan todo, comienzan realmente un proceso medido y eficaz de investigación, y les tienen sin cuidado la pompa y vanidades de este mundo De hecho, muy poca gente sabe lo que están haciendo.

Porque, en realidad, todo había comenzado como un deporte, el divertido deporte de dejarse llevar por el viento en los arenales, a bordo de una cometa amarrada al suelo. Los Wright ya no eran unos niños: Orville tenía treinta y un años, y Wilbur, malhumorado y con aspecto de pastor metodista, treinta y cinco y una prematura calvicie que ocultaba con una sempiterna visera. Ambos tenían dinero, porque el negocio de bicicletas marchaba muy bien, pero Carolina del Norte era una sociedad aburrida en la que, para evadirse de ella, cualquier nuevo deporte era bien recibido.

En 1902, los peones estaban listos para comenzar la partida. Porque hasta entonces habían sobrado ingenio y chapuzas, pero faltaban investigación y método. En realidad, todo estaba basado en una pregunta. Según fuera la respuesta, significaría la estrategia que habría de seguirse en el futuro.

¿Estabilidad o inestabilidad?

Desde los tiempos de Leonardo da Vinci, las aves habían sido estudiadas hasta en los míni-

mos detalles de sus vuelos. Todos los experimentos de dotar a las alas de los planeadores de flexibilidad habían fracasado, con lo cual no existía imitación posible del arte de volar de un pájaro. Lilienthal y Chanute lo habían remediado confiando a los desplazamientos del cuerpo del piloto las traslaciones del centro de gravedad necesarias para dar estabilidad al vuelo, pero los Wright no creían en esta solución. Se trataba entonces de fabricar unas alas capaces de mantenerse en la corriente de aire con un mínimo de maniobras de corrección, es decir, buscar primero la estabilidad y luego una cierta capacidad de maniobra. Los Wright realizaron numerosas pruebas con cometas tripuladas y luego con planeadores que en todos los casos eran absolutamente incontrolables al influjo de una mínima ráfaga de viento.

Había que cambiar de dirección en la investigación, y éste fue su genial hallazgo. Era necesario partir de la «inestabilidad». El vehículo aéreo sería inestable, pero con un gran poder de maniobra capaz de responder a las demandas requeridas en cada momento. La respuesta a la pregunta había sido hallada, como demostró el planeador construido en los albores de 1900.

El piloto podía maniobrar su máquina, alrededor del eje horizontal, con la ayuda de un timón situado en la parte delantera del planeador. Es decir, la estabilidad en dos ejes estaba confiada al propio diseño, pero en uno la máquina se hacía inestable y se anulaba este defecto con un mando. Sin embargo, esto no era suficiente. Quedaba el problema de las rachas laterales, la tendencia del planeador a inclinarse sobre un ala, lo que ocasionaba casi indefectiblemente el contacto de ésta con el suelo, debido a lo cual quedaba reducida a astillas. El siguiente paso fue un ingenioso sistema de cables que al tensarlos permitía flexionar los extremos de las alas. El mando sobre el eje transversal ya estaba conseguido, y el paso posterior —el diseño del timón vertical, con una bisagra y cables de mando— convirtió la máquina en un acabado producto.

¿Pero volaba? No; todavía no. Cuando aquella maqueta de apenas 1,50 metros de envergadura se transformase de escala, los problemas se multiplicarían, y los Wright, pragmáticos y nada románticos, preferían no volar hasta tener la seguridad de que sus nombres no irían a figurar en la gloriosa galería de los caídos en el invento de la aviación. El experimento continuó con maquetas, hasta que finalmente llegó el momento de hacerlo de verdad.

El 10 de octubre de 1902, Orville se tumbó en el reducido espacio disponible, entre las varillas de la estructura del nuevo modelo, bautizado simplemente *número 2,* como si no tuviera demasiada confianza en sus resultados, de seis metros 70 centímetros de envergadura, y dotado de un sistema de mando en los tres ejes.

Un comienzo desalentador

Evidentemente, una máquina de tal extensión y tan ligera volaba en cuanto soplaba algo de brisa, pero era ingobernable. Los resultados fueron desalentadores. Tanto, que pensaron en dar marcha atrás y volver a las fuentes, al sistema de control por desplazamiento del cuerpo y no por aletas; pero decididos a probar que su teoría sobre los mandos era buena, que tal vez en ella radicaría precisamente todo el futuro de la histo-

Desde su invención, la fotografía siempre estuvo presente en todos los acontecimientos del siglo XX. Cuando el aparatoso avión Flyer (Volador) de los hermanos Wright voló de verdad en las playas de Kitty Hawk, un fotógrafo estaba allí con su cámara para legar a la posteridad el momento histórico.



Los Wright prueban su aparato en Kitty-Hawk.

Los hermanos Wright se convirtieron en personajes populares tras su hazaña y ya en vida se les construyeron varios monumentos en territorio norteamericano. La aviación progresó rápidamente y pronto se estableció una especie de competencia entre los pilotos europeos y los estadounidenses. El primer vuelo realizado en Europa tuvo lugar en Francia, en 1906, a cargo del franco-brasileño Santos Dumont. En 1908 se voló en Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia. En España, el primer vuelo en avión tuvo lugar sobre el cielo de Barcelona en febrero de 1910, pilotando el aparato el francés Mamet.

ria del vuelo, continuaron investigando en la misma dirección con la ayuda de un túnel de viento: un cajón con una ventanilla lateral, abierto por un extremo, por el que le era insuflado aire procedente de un ventilador. En constantes pruebas con maquetas de muy pequeño tamaño fue estableciéndose una serie de condicionantes. Existía una relación entre la envergadura y la anchura de las alas, que debería ceñirse a unos valores determinados dentro de un margen no demasiado amplio. A su vez, la superficie móvil de los timones debía tener unas dimensiones acordes con las medidas generales del aerodino. La investigación de todos estos datos, las pruebas constantes, duraron todo el mes de septiembre de 1902, mientras un nuevo planeador, el *número 3,* era construido y comenzaba sus vuelos. Con sus 9,78 metros de envergadura, el nuevo aparato volaba satisfactoriamente y ofrecía seguridad gracias a su nuevo sistema de mandos *wing warping,* que proporcionaba estabilidad suficiente de alabeo. No sólo podía ascender y descender a voluntad, sino virar y regresar al punto de partida, y, desde luego, contrarrestar el efecto de una racha lateral de viento. Los fabricantes de bicicletas habían llegado ya más lejos que nadie en su camino.

Pero, en realidad, este camino era corto. No había demasiadas diferencias entre lo conseguido por Lilienthal y lo que ellos experimentaban ahora con felices resultados. Era necesario depender del viento para todas las maniobras, porque sólo éste podía elevar el planeador, con ayuda de dos hombres corriendo frenéticamente, hasta dejar aquella especie de cometa libre en el aire. Había días en que la brisa, soplando constante, permitía buenas permanencias en vuelo, pero el regreso al punto de salida, con el viento en la cola, resultaba siempre comprometido. Otros días, los de calma, el vuelo quedaba reducido a un salto de apenas unos metros. Sólo había una solución —lo sabían desde el momento en que iniciaron sus experiencias— y era la de aplicar un motor al planeador. Pero ¿qué motor? Casi no existía nada en el mercado, como no fueran máquinas de vapor o ingenios que funcionaban a base de petróleo con cilindros de hierro fundido, pocas revoluciones, escasa potencia y un peso desmesurado.



Wilbur Wright ante un monumento en su honor.

El primer avión con motor

Los Wright eran buenos mecánicos, en especial Orville. Fue preciso comenzar a trabajar sobre un motor enteramente nuevo, y tratar de obtener potencia sin aumentar peso. Lograron extraer 12 caballos de una máquina cuyos cuatro cilindros, refrigerados por agua, hacían girar un volante a 1.090 revoluciones por minuto. El peso total del motor y radiador se elevó a 82 kilogramos, cifra dentro de límites, porque era el equivalente a la carga de un planeador como el *número 3,* con dos personas a bordo, lo cual ya habían experimentado.

Pero el motor añadía nuevos problemas, como el del par de giro y el diseño de las hélices. En esto fueron también pragmáticos y acudieron a beber en las fuentes... de la marina. Las hélices se diseñaron como si se tratara de las de un barco, aplicando las mismas fórmulas para obtener el tamaño y el paso de las palas. Y eran dos y no una, para evitar el efecto del par motor, moviéndose solidarias con el volante por un mecanismo lógico tratándose de fabricantes de bicicletas: dos cadenas de éstas. Durante todo el verano de 1903 trabajaron en la construcción de la nueva máquina, a la que pusieron por nombre, *Flyer,* y el 14 de diciembre la llevaron a Kill Devill Hill, en las playas de Kitty Hawk, para iniciar las pruebas.

Wilbur subió al avión, o para ser exactos se tumbó en el avión, porque la postura del piloto era acostado con la cara hacia abajo. Su mano derecha controlaba el acelerador del motor, y la izquierda, una pequeña palanca de madera encargada del mando de profundidad. El alabeo y la dirección se conseguían moviendo el cuerpo y haciendo girar los hombros y los pies.

Wilbur dio toda la potencia al motor, y el *Flyer* salió sobre un pequeño raíl en el que se apoyaba sobre dos ruedas de bicicleta. Wilbur

accionó demasiado el timón de profundidad, y el aparato salió disparado hacia arriba para estrellarse tres segundos más tarde. El salto había cubierto 32 metros de distancia.

Se reparan los daños y se intentan otros despegues. El 17 de diciembre, Orville logra recorrer 37 metros, y cuando el día termina, Wilbur llega a los 260. Pero se levanta viento, y una ráfaga destruye definitivamente el *Flyer*.

Wilbur lo anota así en su diario de experiencias: «La trayectoria del vuelo, arriba y abajo, fue excesivamente errática. El control del timón de profundidad es difícil. Como resultado, la máquina se eleva hasta 3,408 metros de altura y se precipita al suelo. Como una flecha, recorre la distancia entre el punto de partida y el suelo.» Finalmente anota en su diario un recorrido de 260 metros. En él consta también el dinero gastado en el experimento: 1.000 dólares, incluyendo la instalación del raíl del lanzamiento. Y poco más. Nada dice de que, por primera vez en la historia, un hombre ha logrado elevarse por sus medios en una máquina más pesada que el aire y volar con 335 kilogramos de peso a 40 kilómetros por hora. Hay cinco testigos del acontecimiento, los cuales redactan una nota para la prensa. Tan sólo un periódico especializado en abejas, quizá por lo de la afinidad, publica un corto relato firmado por un tal M. A. I. Root.

J. A. S.



Orville Wright y el rey de España Alfonso XIII.

A partir de 1908, los hermanos Wright viajaron en diversas ocasiones a Europa, donde se entrevistaron con los nuevos pilotos y los fabricantes del viejo continente. También visitaron a numerosos jefes de Estado, entre ellos al rey Alfonso XIII de España, con el que aparece Orville en la fotografía.

Bibliografía básica

KING y TAYLOR, H. F.: *Kitty Hawk to Concorde*, Jane's. Londres.

PETIT, E.: *Historia mundial de la aviación*, Punto Fijo. Barcelona, 1969.

TAYLOR, J. W. R.: *Aircraft, Aircraft*, Hamlyn. Londres.

Enciclopedia de aviación y astronáutica, Garriga. Barcelona, 1973.

Santos Dumont se dirige al campo de pruebas de Saint-Cyr.

CRONOLOGIA

Política internacional

Panamá se declara independiente de Colombia y cede la zona del canal a Estados Unidos a cambio de 10 millones de dólares al contado y unas anualidades de 250.000 dólares.
Asesinato del rey Alejandro I de Servia y su esposa, efectuado por una conspiración de oficiales. Le sucede Pedro I.
En la celebración del día del partido socialdemócrata ruso en Londres se produce la escisión de éste en bolcheviques (mayoría), dirigidos por Lenin, y mencheviques (minoría), al mando de Plejanov.
Triunfo del socialismo doctrinario sobre el revisionista en el congreso de los socialdemócratas alemanes en Dresde.
Nuevo trazado de frontera entre Alaska y Canadá, del que sale beneficiado Estados Unidos.

Sociedad

Muere el papa León XIII y le sucede el cardenal Sarto, patriarca de Venecia, con el nombre de Pío X.
El gobierno español crea el Instituto de Reformas Sociales, con sede en Madrid.
Política anticlerical en Francia y disolución de las órdenes religiosas.
La sufragista británica Emmeline Pankhurst funda la WSPU (Women's Social and Political Union) para la lucha por los derechos de la mujer.
Premio Nobel de la Paz a sir William Randal Cremer.

Economía

Fundación en Estados Unidos de la fábrica de automóviles Ford, y en Alemania, de la fábrica de armamento Krupp.
Ley agraria en Irlanda por la que los colonos de las tierras en manos de aristócratas ingleses pueden llegar a ser propietarios de las mismas.

Ciencia y tecnología

Los hermanos Wilbur y Orville Wright realizan el primer vuelo en aeroplano impulsado a motor en Kill Devill Hill (Carolina del Norte). El vuelo duró doce segundos, cubrió una distancia de 37 metros y alcanzó una altura de tres metros sobre la tierra.
Premio Nobel de Física compartido entre los esposos Marie y Pierre Curie y Henri Becquerel. Becquerel había descubierto la radiactividad en 1896, pero fue Marie Curie quien observó que el fenómeno era una propiedad del átomo y aisló el polonio y el radio.
Transmisión del primer mensaje por radio desde Estados Unidos a Inglaterra.

Sucesos

Muere, víctima de un atentado, el ex presidente del Consejo de Ministros español Práxedes Mateo Sagasta.

Deportes

Se disputa el primer Tour de Francia, la prueba ciclista más importante del mundo.

Literatura

Björnstjerne Björnson: premio Nobel.
Henry James: Los embajadores.
Antonio Machado: Soledades.
Jack London: La llamada de la selva.

Cine

Edwin S. Porter: Asalto y robo de un tren, *primer filme de acción, que dura ocho minutos y se divide en 13 escenas.*



Vista del Canal de Panamá.



El cónclave tras la muerte de León XIII.

Teatro

Georges Bernard Shaw: Hombre y superhombre

Música

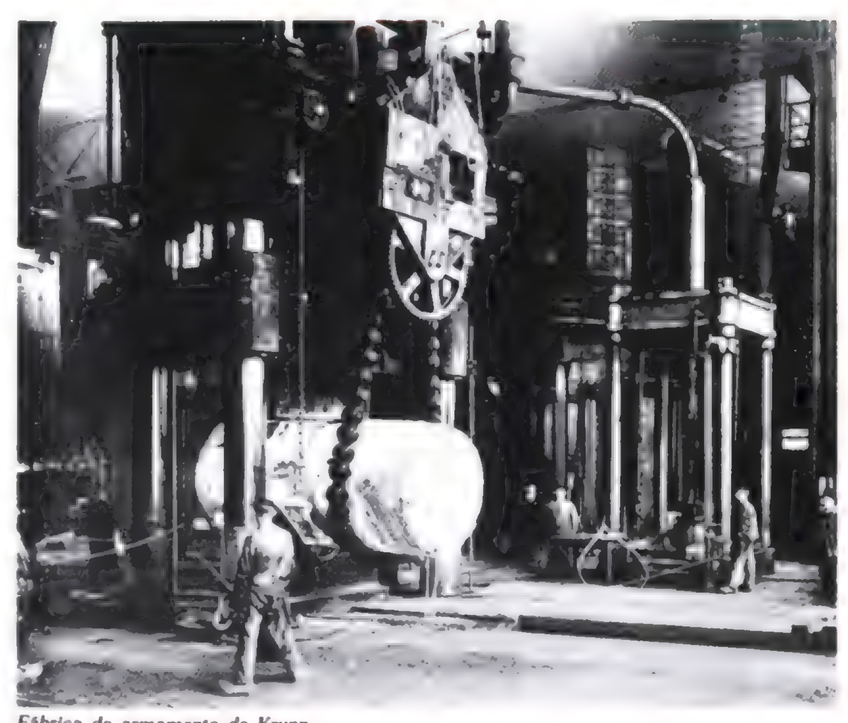
Richard Strauss: Sinfonía doméstica
Amadeo Vives: Bohemios

Pintura y escultura

Henri Matisse: Alegría de vivir
Claude Monet: Puente de Waterloo en Londres
Edgar Degas: Bailarinas con faldas amarillas
Max Liebermann: Juego de polo.
Paul Gauguin muere en las islas Marquesas. En el Salón de Otoño, en París, le rinden homenaje con una exposición individual.
Fallece Camille Pissarro, padre del impresionismo

Arquitectura

John Francis Bentley: Catedral de Westminster, *Londres.*



Fábrica de armamento de Krupp.

El zar bendice a los soldados que parten hacia el frente.

Algunos militares y hombres de negocios rusos pensaron que una guerra con Japón no vendría mal como distracción ante el malestar social, ya que confiaban en una victoria. La realidad fue muy diferente y el descontento popular no hizo más que aumentar. Tras la derrota zarista frente al Imperio del Sol Naciente estalló la primera revolución rusa de 1905. En 1917 sería el embate definitivo.



1904

EL 8 de febrero de 1904, sin previa declaración de guerra, un grupo de navíos japoneses torpedeó la flota rusa anclada en Puerto Arturo. Se iniciaba así la guerra ruso-japonesa, un conflicto que duró año y medio y que concluyó con la aplastante victoria de las tropas del Imperio del Sol Naciente. Era la primera vez en la historia que un país asiático derrotaba a una gran potencia europea: Japón se consagraba así como una nación puntera en la escena política internacional y obligaba a Rusia a abandonar cualquier veleidad de hegemonía en el Extremo Oriente.



LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La guerra ruso-japonesa supuso la ruptura del equilibrio en el Extremo Oriente (influencia rusa en Manchuria, japonesa en Corea) y para algunos fue el primer brote de lucha anticolonialista contra una gran potencia europea como era la Rusia zarista de entonces. La teocracia de la Gran Madre Rusia, personificada en la testa coronada de Nicolás II, el último zar, se enfrentaba ya a numerosos problemas de rebelión interna.

El nacimiento de una gran potencia

El proceso de modernización y de occidentalización protagonizado por Japón en la segunda mitad del siglo XIX es un fenómeno sociopolítico y de desarrollismo económico que aún sigue sembrando la perplejidad entre los estudiosos. Proceso de modernización que, por otra parte, deja a salvo e incluso fomenta las más enraizadas tradiciones en el pueblo japonés. El Imperio japonés, forzado por el desembarco del *Comodoro Perry* en las cercanías de la actual Yokohama, se vio obligado a firmar el Tratado de Kanagawa, en 1854, poco después de la apertura del Imperio chino. Cuatro años más tarde, en 1858, se produjo el llamado Tratado de las Cinco Naciones (Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos), documento por el que Japón tuvo que abrir un considerable número de sus puertos al comercio con los ex-

La caballería rusa intenta romper el cerco a Puerto Arturo.



Batalla naval ante Puerto Arturo. Grabado de Wissewburg.

tranjeros; aunque, a diferencia de lo ocurrido con Pekín, Japón no cedió ningún territorio, ni tampoco vivió la humillación de la instalación de bases navales extranjeras en sus litorales.

Es preciso tener en cuenta que Japón, cuando se produce la presencia extranjera, es un país que vive todavía bajo un sistema feudal, simbolizado en la figura del Shogunato; se trata de una época que, según J. Mutel, podría parangonarse, con todas las reservas necesarias, con el fin de la Edad Media en Europa. El proceso de modernización japonés está presidido por el reinado del emperador Mutsu-Hito, conocido bajo el nombre de período Meiji o «gobierno iluminado»; es el fin del feudalismo, del Shogunato, y el fortalecimiento del poder imperial: la constitución de una sólida autoridad central, vertebrada en torno a una sociedad militar, rígidamente jerarquizada. Este deseo nacional de renovación viene significado, entre otros aspectos, por la promulgación de la Constitución en 1889, inspirada en modelos europeos, fundamentalmente el prusiano, y por la instalación de un parlamento en el que tendría cabida un sistema de partidos políticos; coronando el edificio, la articulación de un gabinete imperial, de un gobierno, aunque sus funciones eran prácticamente formales. Es de sumo interés observar cómo este proceso acelerado de modernización sabe conjugarse con toda la tradición japonesa y con la superioridad cultivada, por elevación, de la figura y de las competencias del emperador, que, según el artículo tercero de la Constitución de 1889, «es sagrado e inviolable», descendiente directo del cielo; carácter que conservará hasta el final mismo de la Segunda Guerra Mundial. Cuando finaliza el siglo XIX, el gobierno japonés y su Dieta o Parlamento han conseguido la revisión de los tratados internacionales que revalidaban la presencia extranjera.

Protagonismo asiático del Japón

La consolidación del proceso de modernización japonés coincidirá también, y no casualmente, con el inicio de su expansionismo sobre otras posiciones insulares, de archipiélagos, y, más adelante, con la implantación continental. El primer momento del comienzo de esta expansión está subrayado por la guerra chino-japonesa (1894-1895), y el pretexto es un espacio sobre el que, históricamente, el Imperio nipón había demostrado su interés: la península de Corea; ya en 1876 Japón había obtenido, siguiendo moldes europeos, que el rey de Corea abriese tres de sus puertos al comercio japonés. Este fue el primer paso para sacar a Corea de la órbita de influencia de Pekín; pero antes estaría la hegemonía compartida, que llegó, en 1885, mediante un convenio entre Pekín y Tokio que preveía la intervención armada conjunta en Corea en el caso de una supuesta o real inestabilidad en la península. Este sería el artificio jurídico mediante el cual, en 1894, invocando precisamente unas alteraciones en Corea, Japón interviene unilateralmente y, en una rápida acción militar, inflige una grave derrota al debilitado ejército chino. El Tratado de Shimonoseki, del año 1895, supuso, por una parte, la presencia de una fuerza japonesa en el continente asiático, y, por otra, una llamada de alerta a las potencias europeas que imponen la revisión del Tratado de Shimonoseki, intentando vanamente poner coto a las ansias expansionistas del nuevo rival: Japón era ya una potencia más a tener en cuenta en el reparto de zonas de influencia en Extremo Oriente. A partir de entonces se dibuja el

Japón o el Imperio del Sol Naciente demostró en las batallas frente a los rusos, tanto en tierra como en el mar, que el proceso de modernización del país iniciado años antes había dado sus frutos. La flota rusa fue anulada y destruida, mientras que las cargas de la vieja caballería cosaca eran inútiles frente a las modernas infantería y artillería niponas.



Mapa de las victorias japonesas.

antagonismo ascendente entre Rusia y Japón, simbolizado en Puerto Arturo, una ciudad que en un lapso muy breve pasó por manos chinas, japonesas y rusas. Por lo demás, el estatuto de Japón como gran potencia se plasmó en su reconocimiento por el primer poder colonial de la época, cuando en 1902 se concluye el tratado anglo-japonés que estipula el apoyo británico a Japón en el caso de que, en un conflicto armado con Rusia, esta última lo hiciese en alianza con otro poder europeo, supuesto con el que se aludía a Francia. Japón entraba de pleno derecho en el juego de alianzas de la época.



Obuses japoneses en el cerco a Puerto Arturo.



El general ruso Linievitch.

Rusia y Extremo Oriente

Una de las claves de la política exterior, absolutamente correcta para los intereses del Estado prusiano, del canciller Bismarck, había consistido en estimular los apetitos coloniales de los estadistas europeos, para así distraer su atención de lo que acontecía en Centroeuropa. En el difícil entramado del sistema o sistemas de alianzas diplomáticas del canciller Bismarck, uno de los protagonistas a neutralizar era la Rusia zarista. La zona de los Balcanes era permanentemente una zona litigiosa entre la Sublime Puerta, poder en franco declive; el Imperio austrohúngaro, que la consideraba como su área natural de expansión y era el aliado privilegiado de Berlín, y, finalmente, el mismo Imperio ruso, para el que los Balcanes ejercían un atractivo tanto de carácter religioso como territorial.

La contrapartida fue impulsar otro viejo sueño imperial ruso: su expansión o su vocación asiática. Persia y Afganistán fueron una buena muestra de influencia compartida con el Imperio británico. Luego le tocaría el turno a Manchuria, donde, aplicando patrones de comportamiento económico occidental, se haría cargo de la explotación de las líneas de ferrocarriles, los cuales pasarían paulatinamente bajo su completo control. Ahora bien, convendría señalar que el imperialismo ruso nunca chocó frontalmente con los pueblos asiáticos ni con el Imperio chino, lo cual tendría óptimos resultados para la política exterior soviética en el siglo XX. Rusia no participó en expediciones militares o acciones punitivas y ejemplares, como frecuentemente hicieron Gran Bretaña, Francia y Alemania; tampoco ejerció sobre China presión alguna de carácter religioso, ni actividad misional, así como jamás realizó actos de barbarie contra las poblaciones asiáticas. Esto fue lo que, como escribe Panikkar, dejó a salvo su prestigio en Asia continental para el futuro; prestigio que, para este historiador, residió fundamentalmente en «el hecho de que Rusia en ningún momento estuvo compro-

metida con las dos actividades que más dolían al pueblo y al gobierno de China y que les imponían una indecible humillación: la imposición del opio sobre China y el comercio de seres humanos». Tráfico de hombres que en muchos lugares del mundo, entre ellos la América del Pacífico y el Caribe, sustituyó a la esclavitud, cuando el Congreso de Viena prohibió la trata de negros.

Sin embargo, en su carrera por asegurarse un puesto en Asia, un lugar junto al sol y una salida hacia el mar, Rusia chocaría con otro poder asiático en ascenso: Japón. Y la contienda, magnificada en Puerto Arturo, abriría una crisis de gravísimas consecuencias.

La guerra ruso-japonesa

Tras el fin de la guerra chino-japonesa y la revisión del Tratado de Shimonoseki, Rusia había ocupado militarmente tres provincias de Manchuria a título provisional. La evacuación que, muy lentamente, comenzó en 1902 se interrumpió bruscamente al año siguiente, 1903. Según parece, en la decisión del zar Nicolás II pesó ostensiblemente la postura de hombres de negocios rusos que, al mismo tiempo, desempeñaban importantes funciones políticas; principalmente, el secretario de Estado Bezovrazov, que poseía inmensos bosques madereros en Corea; asimismo, un sector de la prensa nacionalista rusa mantenía encendida la tesis del expansionismo en Extremo Oriente. A mediados de 1903, el gobierno de Tokio inició una gestión diplomática ante la Corte de San Petersburgo, en donde propuso un reparto de zonas de influencia: Corea para los japoneses y Manchuria para los rusos. Sin embargo, ninguno de los dos países estaba a favor de una negociación sincera: Japón no renunciaba a la protección de sus intereses y los de sus súbditos instalados en Manchuria; Rusia, por su parte, tampoco admitía entre las propuestas la intención japonesa de establecer fortificaciones militares en la frontera coreana. Es posible que la propuesta de negociaciones sólo fuese una cortina de humo para ganar tiempo y poder escoger cuidadosamente el momento más propicio para llevar a cabo una acción militar.

La agresión japonesa, sin previa declaración de guerra, se produjo el 8 de febrero de 1904, día en que navíos de guerra nipones torpedearon la flota rusa anclada en Puerto Arturo. La guerra fue un rosario continuado de éxitos militares para Japón, tanto en tierra como en mar; aunque también es cierto que Rusia se encontraba demasiado alejada del teatro de operaciones para poder prevenir o responder proporcionadamente a las acciones japonesas. Las fuerzas niponas, tras la operación de Puerto Arturo, hicieron otro tanto con los navíos rusos anclados en Vladivostock, para luego desembarcar en Corea y en Manchuria. Puerto Arturo caía en manos japonesas, y tras el desastre ruso en la batalla de Mukden, que duró del 23 de febrero al 11 de marzo de 1905 y que fue decisiva para el giro de la guerra, pasó otro tanto con Manchuria. La última esperanza rusa, el envío de una flota de guerra que, partiendo del Báltico y costeando el litoral africano, llegaría al escenario militar, se disipó fulminantemente cuando fue aniquilada por la flota japonesa en Tsushima el 27 de mayo de 1905.



Puerto Arturo: reparación de un buque ruso.

Frente a la improvisación, «el valor» y el «genio» de los generales rusos, los oficiales japoneses —formados en la tradición samurai combinada con la escuela prusiana de guerra moderna— estaban mucho mejor preparados para una guerra de posiciones, trincheras, alambradas y masivos bombardeos artilleros. Unas nuevas tácticas que acababan con el viejo concepto de guerra a caballo y anunciaban ya lo que sería el conflicto mundial de 1914-1918.

Además de su inferioridad táctica y estratégica, la lejanía de sus bases de aprovisionamiento hizo muy difícil la guerra para los rusos, que, de los 250.000 soldados destacados allí en principio, llegaron a concentrar en la zona a más de 500.000 hombres, frente a los 350.000 soldados japoneses que iniciaron la ofensiva. A los tres navíos hundidos por los nipones durante su primer ataque a Puerto Arturo (8 de febrero de 1904) hubo que sumar luego la destrucción completa de la flota rusa del Báltico en la batalla de Tsushima (27 de mayo de 1905).



Tropas japonesas.

Ataque japonés a Puerto Arturo. Grabado de Wissewburg

La paz de Portsmouth y sus consecuencias

Ante las repercusiones tan extremadamente favorables que para Japón podría suponer la continuación de la guerra con Rusia, el otro poder que ya se dibujaba como hegemónico en Extremo Oriente, los Estados Unidos de Norteamérica, por mediación de su presidente, Theodoro Roosevelt, se ofrecía como mediador entre ambos contendientes. Las negociaciones, no muy prolongadas, sellaron el fin de la presencia rusa durante largo tiempo en la zona en litigio, prácticamente hasta 1945. La paz, firmada en la ciudad estadounidense de Portsmouth el 29 de agosto de 1905, imponía a Rusia la cesión a Japón de Liao-Tung, con Puerto Arturo, el sur de la isla de Sajalin, los derechos sobre los ferrocarriles del sur de Manchuria, y reconocía también la competencia japonesa para establecer un protectorado en Corea, que finalmente sería anexionada por Tokio en 1910.

Los resultados de la paz de Portsmouth pesaron largo tiempo sobre el Extremo Oriente y señalaron un ascenso japonés a lo largo de todo el período que rige hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Para Rusia las consecuencias no pudieron ser más penosas. Primeramente, el gobierno zarista tuvo que enfrentarse con la llamada primera revolución, que tuvo lugar aquel mismo año 1905. Después, la derrota en el frente oriental impuso un nuevo giro a la diplomacia zarista, que vuelve su mirada a los Balcanes, donde se iniciarán una cadena de conflictos que conducirán al año 1914. Finalmente, entre todos estos efectos hay uno de magnitud incontenible para el futuro. Se trata de la primera vez en la historia contemporánea que un país asiático derrota el poder militar de una gran potencia europea. Son muchos los historiadores y pensadores que fechan el nacimiento de la lucha contra el colonialismo, la afirmación de los pueblos del Tercer Mundo en las relaciones internacionales, en el año 1905. Para muchos otros es, sencillamente, el despertar de la conciencia asiática frente a los poderes europeos y colonialistas.

R. M.

Bibliografía básica

CHESNEAUX, J.: *Asia oriental en los siglos XIX y XX*, Labor. Barcelona, 1969.

MUTEL, J.: *El fin del Shogunato y el Japón Meiji, 1853-1912*, Vicens-Vives. Barcelona, 1970.

PANIKKAR, K. M.: *Asia y la dominación occidental*, Eudeba. Buenos Aires, 1966.

REISCHAUER, E. O.: *Japan. The Story of a Nation*, Alfred A. Knopf. Tokio, 1981.

WHITNEY HALL, J.: El imperio japonés, *Historia universal siglo XXI*, vol. 20, Siglo XXI. Madrid, 1970.

Para poner fin a la guerra se inició un proceso de mediación a cargo de Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, que ya despuntaba como una potencia interesada en los asuntos del Extremo Oriente. El 5 de septiembre de 1905 se firmó en la ciudad norteamericana de Portsmouth el tratado de paz. El uso de ametralladoras y los masivos bombardeos artilleros con cañones de tiro rápido habían ocasionado en poco más de año y medio 240.000 bajas a los rusos y 190.000 a los japoneses. La sangre corría en defensa de los imperios.



Alegoría de la mediación de Roosevelt en la guerra.



Giacomo Puccini.

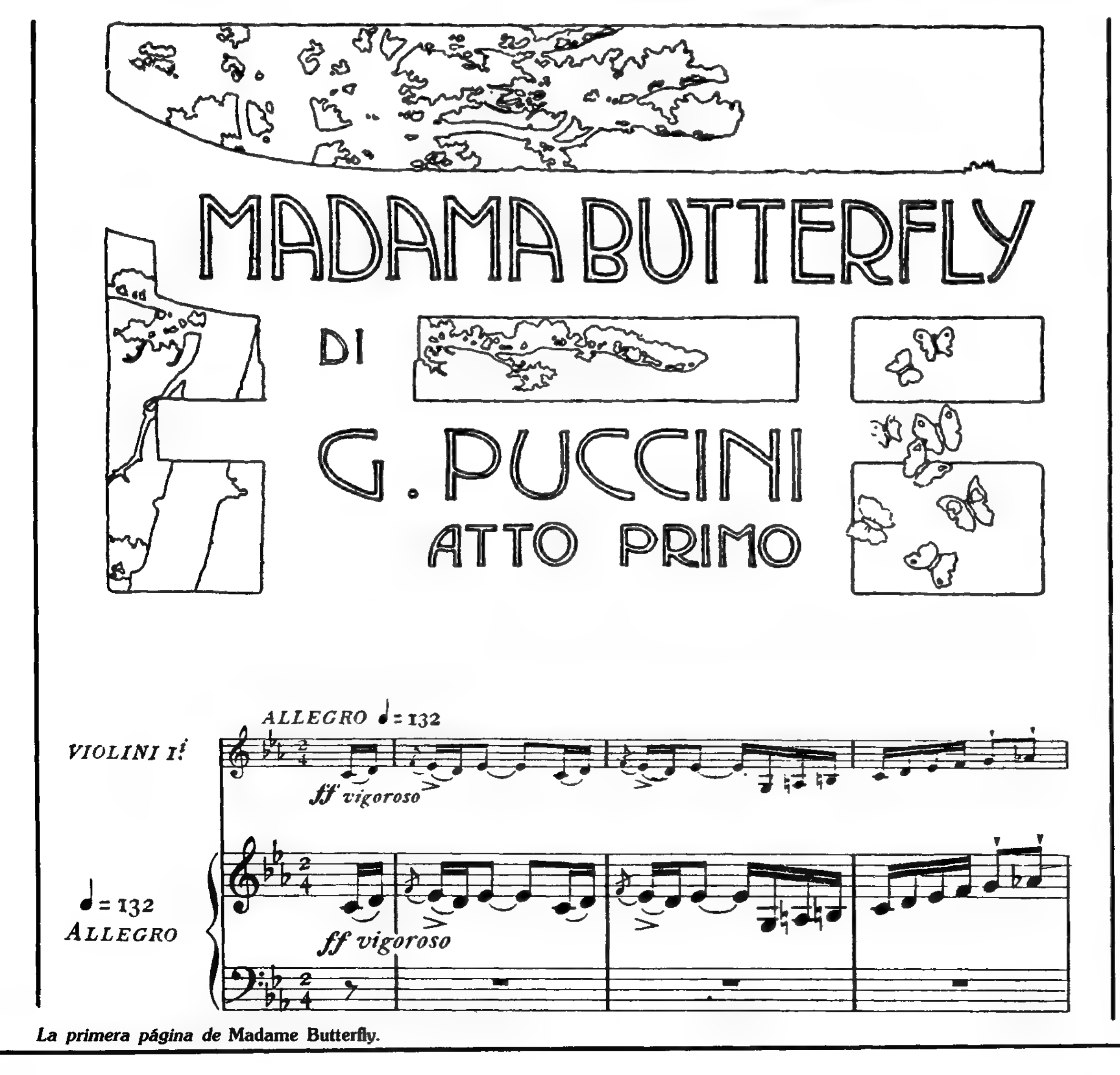
1904

EN la noche del 17 de febrero del año 1904, el escenario del teatrc Scala de Milán acogía el estreno de una nueva ópera italiana. Era una pieza muy esperada por el público, pues su autor, Giacomo Puccini (1858-1924), había alcanzado gran fama con sus dos producciones anteriores, La Bohème *y* Tosca.

El músico de Lucca esperaba tranquilo el estreno de Madame Butterfly, *pues estaba convencido de haber puesto lo mejor de su arte en aquella historia de amor y sacrificio. Confiaba además en las cualidades de su protagonista, la delicada e inteligente Rosina Storchio, que iba a encarnar a Cio-Cio-San. Y sin embargo, por uno de esos extraños avatares del mundo del teatro, el estreno resultó un fracaso memorable.*

De estos fracasos, que más tarde fueron reconocidos como la nueva música del siglo XX, nos habla Andrés Ruiz Tarazona, crítico musical.

LA MUSICA A COMIENZOS DEL SIGLO XX



La primera página de Madame Butterfly.

Alguien definió la música como «una de las bellas artes que trata de la combinación de los sonidos, para expresar por medio de la belleza el pensamiento y los sentimientos». Quizá la ópera y el ballet, con su combinación de música, letra, interpretación dramática y danza, sea la faceta musical de mayor fuerza expresiva. La calidad de la interpretación ha mejorado muchísimo en el siglo XX, obteniendo los cantantes unos éxitos clamorosos, lo que, unido a las nuevas técnicas de difusión musical y a los modernos elementos teatrales (luces, escenarios giratorios, etc.), ha contribuido a la popularidad de la ópera. Pero de los compositores de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, el más popular fue Giacomo Puccini (1858-1924).

Después de «Madame Butterfly»

El tiempo se encargaría de colocar a Puccini en el puesto que merecía, con el reconocimiento de que *Madame Butterfly* estaba entre sus mejores consecuciones líricas. En ella, además de aquella sucesión de melodías encantadoras, alguna de carácter exótico por su aire oriental, había una partitura de gran belleza y refinamiento. Aquella orquesta, sutil e independiente de las voces, era plenamente pucciniana, pero conectaba, por su delicadeza, con otras creaciones contemporáneas que buscaban nuevos caminos a la desgastada *grand opera* del siglo romántico.

La característica principal de las óperas de Puccini, especialmente las superfamosas como Madame Butterfly, La Bohème *y* Tosca, *es la extraordinaria musicalidad y armonía de su partitura, con grandes efectos de orquestación, supeditada sin embargo al libreto y a la representación teatral de los actores, muchas veces en plan melodramático. Puccini era un hombre con gran sentido de la escena que gustaba de dirigir él mismo a los cantantes-actores. Buscaba incesantemente llegar al corazón del público y se emocionaba cuando éste lloraba o gritaba. Fue el creador de la gran ópera-espectáculo que se popularizaría durante el siglo* XX.

Dos años antes, Debussy había estrenado en París su polémico *Pelléas et Mélisande,* más revolucionario desde el punto de vista vocal, al dar primacía al texto sobre la línea de canto, y también elogiable por su exquisita y transparente instrumentación.

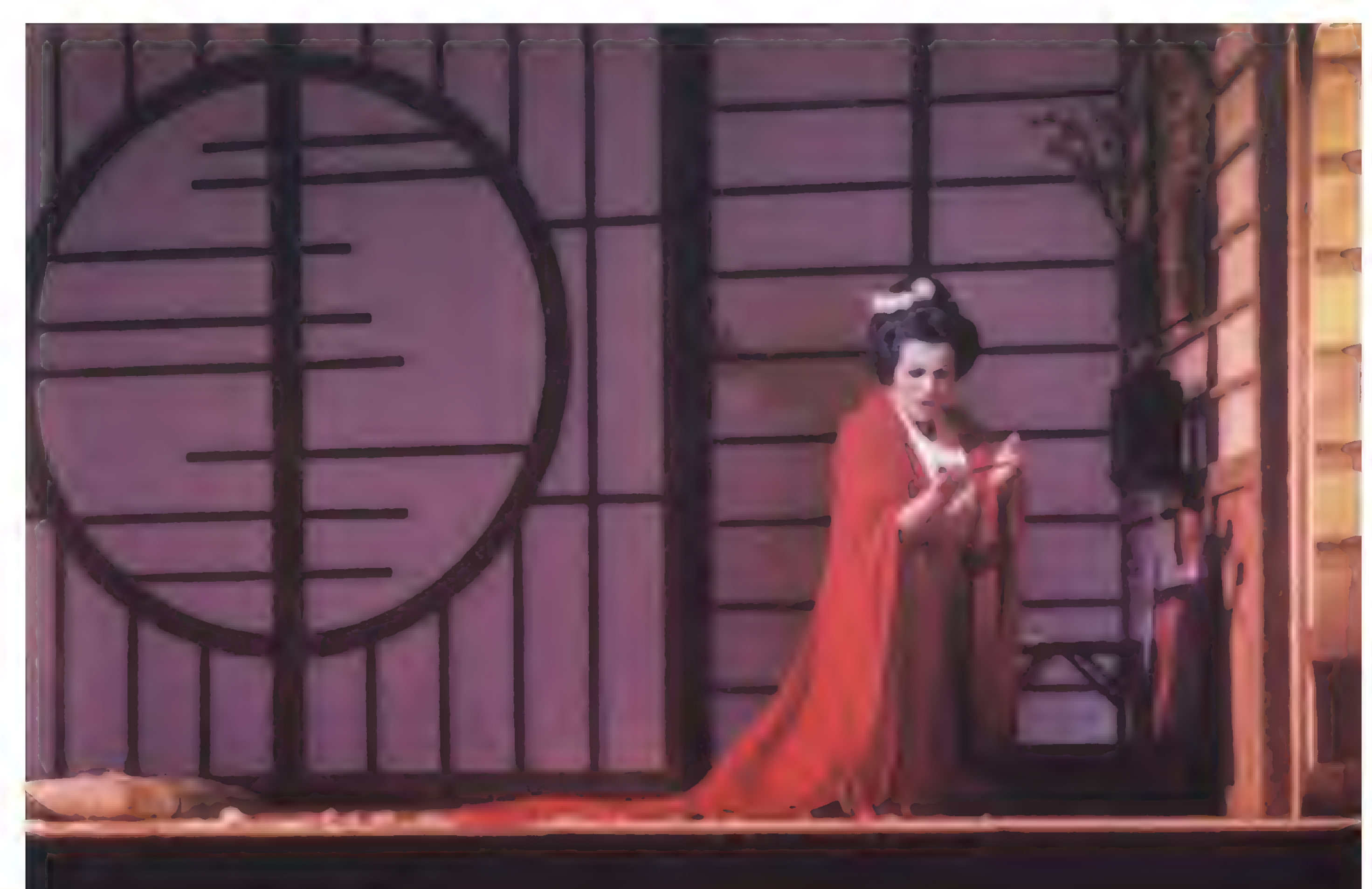
Y es que la música estaba cambiando de manera espectacular en los mismos comienzos del novecientos.

Cuando se inició la Segunda Guerra Mundial se habían producido ya mutaciones importantes en los conceptos tradicionales de la composición musical. Creadores románticos, como Liszt o Wagner, habían explotado de modo magistral las posibilidades expresivas del cromatismo, abriendo nuevos cauces a la música de nuestro siglo, desde Debussy hasta Schönberg. Músicos como el ruso Alejandro Scriabin o el alemán Richard Strauss serían inconcebibles sin el esfuerzo de aquellos dos geniales visionarios del futuro. Las últimas obras de Mahler habían desarrollado hasta el máximo las formas sinfónicas entendidas al modo beethoveniano y hacían que se tambaleara el sistema tonal, agotado tras varios siglos de uso.

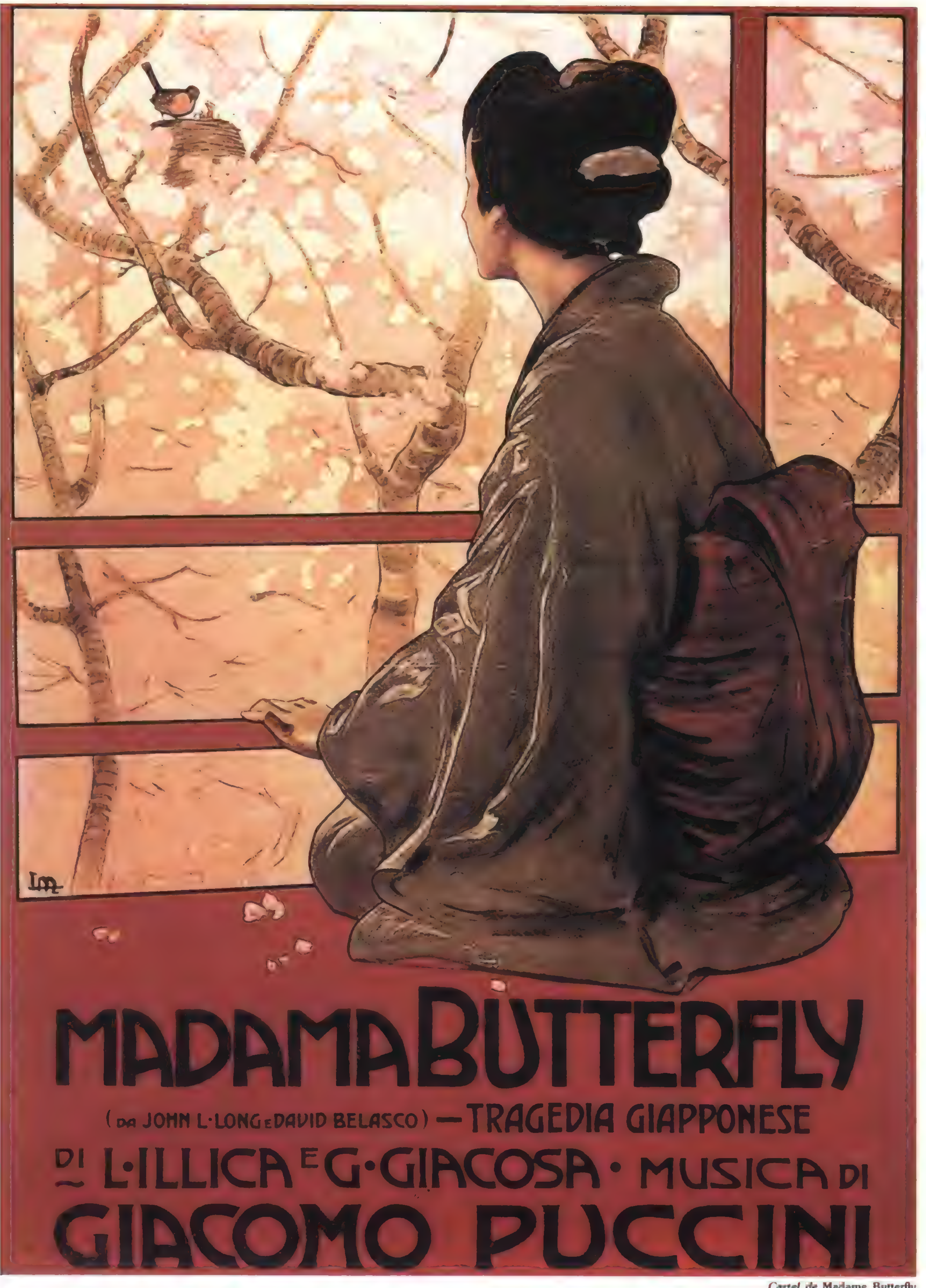
Los compositores se vieron afectados por la crisis general del arte, buscando nuevos medios de expresión que les permitiesen estar a la altura de las circunstancias de conmoción y cambio de valores que se extendían por todo el mundo. Y ello tuvo como resultado una música vigorosa e imprecisa a veces, fuertemente expresiva otras y compleja casi siempre, cuya novedad sobrepasó las posibilidades de captación de los auditorios —y de la crítica— de su tiempo.

El nacionalismo, es decir, aquella corriente que había buscado en el canto popular y en los giros y cadencias propias de cada país la base sobre la que elevar las arquitecturas musicales cultas, tuvo también que estilizar sus planteamientos iniciales.

Las piezas de *Iberia,* de Albéniz, por ejemplo, distan mucho de sus primeros intentos nacionalistas, y las obras «húngaras» de Bartok, finlandesas de Sibelius, españolas de Falla, rumanas de Enesco o rusas de Stravinski serán muy distintas a aquellas que habían dejado los primeros compositores nacionalistas, llamáranse Glinka en Rusia, Barbieri y Pedrell en España, Liszt en Hungría o Smetana en Bohemia.



Madame Butterfly: *el suicidio.*



Cartel de Madame Butterfly.

La época de seguridad, la *belle époque,* iba a ser pronto barrida por los vientos bélicos. Todavía triunfaba la opereta por toda Europa, y, desde Franz Lehar en Viena a Federico Chueca en Madrid, era posible una música alegre y desenfadada. En el año 1904 estrenaba Amadeo Vives su *Bohemios* en el teatro de la Zarzuela. El tema era el de la bohemia artística de París, como en la célebre ópera de Puccini, dada a conocer años antes, y el éxito fue de los que hacen época, como lo fuera en Turín, el 1 de febrero de 1896, el de *La Bohème.* En Madrid, el Coro de *Bohemios* entusiasmó al público, sobre todo cuando el barítono cantaba el solo «Así en lo profundo del alma bohemia». Al éxito contribuyeron el tema, la invocación a la libertad y el decorado, que representaba una gran plaza de París en plena nevada.

Una etapa escandalosa

El mundo decimonónico estaba superado y comenzaba a ser nostalgia. Basta saber que en 1904 estaban naciendo *Kossuth,* de Bela Bartok; el *Salmo XLVI,* de Franz Schmitt; el *Cisne de Tuonela,* de Sibelius; *La vida breve,* de Manuel de Falla; el *Concierto para piano,* de Busoni; la *Sexta sinfonía,* de Mahler, y el *Poema satánico,* de Scriabin, para darse cuenta de que la música comienza a alejarse de los supuestos del romanticismo.

El pianista español Ricardo Viñes, instalado en París, da a conocer una tras otra las piezas capitales del impresionismo francés. Las obras sinfónicas de Ravel causan escándalo.

Cuando en los conciertos Colonne de París se estrena la *Rapsodia española* (19 de marzo de 1908), el entusiasta público de paraíso, en el Châtelet, pide que se repita la «malagueña». Los del patio de butacas protestan. Y de pronto se oye por las alturas la voz tonante de Florent Schmitt: «Una vez más, para los de abajo que no lo han entendido.»

La música, al igual que el resto de las bellas artes, experimentó radicales transformaciones en los inicios del siglo XX. Se abandonaron moldes tradicionales por caducos y se inició la búsqueda de otros nuevos, dentro de un contexto de crisis de valores generalizada. Tras los intentos creadores del pionero Puccini, cuatro compositores sentaron las bases de lo que luego sería la música moderna: Claude Debussy, Maurice Ravel, Arnold Schönberg e Igor Stravinski.

Pocas etapas en la historia de la música tan controvertidas y escandalosas como estos primeros años del siglo. El estreno, en Dresde, de la ópera *Salomé,* de Richard Strauss, sobre el drama de Oscar Wilde, levanta oleadas de furia contra los autores por la violencia de la expresión y la extremada sensualidad que desborda.

Pero tal vez la figura decisiva a la hora de instaurar la nueva música en el gusto del gran público fue un ruso, nacido en 1872, llamado Sergio Diaghilev. En torno a su figura ha girado lo mejor del arte europeo durante el primer cuarto de siglo. Hombre sincero consigo mismo, se dejaba guiar por su instinto extraordinario como buen catador de arte. Nunca se paró a analizar la música. Para él había que comprenderla y amarla con el corazón, desde dentro, acercándose a ella sin prejuicios de ningún tipo.

Diaghilev

El 18 de mayo del año 1909, en el teatro Châtelet de París, hicieron su presentación los Ballets Rusos de Sergio Diaghilev, ofreciendo, con éxito clamoroso, al «todo París» varios ballets, con coreografía de Mikhail Fokin. Semanas más tarde, dentro de una *rêverie* romántica, con música de Chopin, titulada *Las sílfides,* en los Ballets Rusos actuaban por vez primera juntos tres bailarines que habían de llegar a ser monstruos sagrados de la danza: Vaslav Nijinsky, Ana Pavlova y Tamara Karsavina. Por la perfección de su danza clásica y los atrevimientos de su danza moderna, Nijinsky llegó a ser causa de escándalo y, a la vez, se convirtió en un verdadero ídolo. Pero una inesperada enfermedad mental, diagnosticada como «dementia praecox», le alejó para siempre de los escenarios.

Para la temporada de 1910, en París, Diaghilev buscó en Rusia una partitura que le sirviera para la creación de un ballet plenamente ruso en su concepción y en su espíritu.

Con *Scherezade* consiguió una obra maes-



Giacomo Puccini.

tra y una música apropiada a sus intenciones. Pero el poema sinfónico de Rimsky-Korsakov no había sido pensado para la danza, y el tema no se ajustaba a la idea de Diaghilev. Se pensó entonces en uno de esos cuentos fantásticos que proliferan en la literatura rusa, titulado *El pájaro de fuego*, para el que Diaghilev encargó la música a Anatol Liadov, célebre por sus conocimientos sobre cantos populares rusos. Pero la lentitud de trabajo, proverbial en el autor de *Baba-Yaga*, impidió que el proyecto cuajase. Se cuenta que cuando el pintor Benois se dirigió a Liadov para saber cómo iba la partitura, tres meses después de haberle sido encomendada, el compositor contestó: «Muy bien, ya he adquirido el papel pautado.»

Stravinski, el hombre clave

Pero Diaghilev ya se había fijado en un joven autor, a quien, con intuición certera, escogió para sustituir al perezoso Liadov. Era éste Igor Stravinski, alumno de Rimsky-Korsakov, que ya había estrenado un breve poema sinfónico titulado *Fuegos artificiales*. Con Stravinski, Diaghilev consiguió el hombre clave para librar la gran batalla contra la rutina en todos los órdenes: danza, coreografía, música, pintura, argumento. La música de Stravinski abría un camino nuevo a la música rusa, aunque no rompiese de momento con todas las convenciones del ballet tradicional. En aquella música, las largas melodías del pasado, al estilo de Tchaikovski, dejaban paso a un ritmo frenético que iba a obligar a cuantos tomasen contacto con ella —coreógrafos, bailarines— a una subordinación mucho más fuerte a la partitura.



Igor Stravinski.

Tras *El pájaro de fuego* vino el éxito de *Petruska* y, poco después, el memorable estreno de *La consagración de la primavera*, la compleja partitura de Stravinski que presenta uno de los hitos en la historia de los Ballets Rusos y en la música del siglo XX.

El acontecimiento tuvo lugar en el teatro de los Campos Elíseos, de París, el 29 de mayo de 1913.

Durante la representación se produjo una auténtica batalla campal entre los detractores de la nueva música y sus escasos pero ardorosos defensores. El pateo, los gritos y los silbidos amenazaron la continuidad del espectáculo, y la protagonista María Piltz tuvo que pedir silencio varias veces. El propio Diaghilev salió a escena a rogar que dejasen terminar la representación.

Cuando siete años más tarde, con Lydia Sokolova en el papel de doncella elegida, y coreografía de Leonid Massin, *Le sacre* obtuvo un triunfo resonante, Diaghilev pudo hallar compensación a aquella pasada amargura y comprobar, una vez más, de cuánta paciencia hay que armarse para soportar la animosidad de los mediocres.

De la importancia de los Ballets Rusos (1909-1929) de Sergio Diaghilev da idea el número de grandes compositores, pintores, bailarines y coreógrafos que intervinieron en sus 68 producciones. De entre los compositores, Ravel, Prokofiev, Falla, Milhaud, Satie, Debussy, Strauss, Respighi, Auric, Poulenc, Schmitt, Rieti, Sauguet y Nabokov. Entre los pintores, Benois, Bakst, Golovin, Sert, Roerich, Lorionov, Picasso, Gris, Miró, Sudeikin, Derain, Goncharova, Matisse, Braque, Utrillo, Max Ernst, Chirico, Rouault, Laurencin, Bauchant y Laurens.

Como puede verse, casi todas las direcciones tomadas por la vanguardia del arte tuvieron el mismo punto de partida: París y los Ballets Rusos, en los primeros lustros de nuestro siglo.

Por su parte, Viena no quería renunciar a su condición de capital de la música europea. Su escuela atonal, capitaneada por Arnold Schönberg, compositor que dio a conocer un año antes de *Le sacre du printemps* esa joya del expresionismo vocal llamada *Pierrot lunaire*, proyectaría también sus hallazgos hasta nuestra época.

A. R. T.

La evolución de la ópera hacia otro tipo de espectáculo de masas más completo fue llevada a cabo por Sergio Diaghilev, un aristócrata ruso nacido en 1872 que invirtió toda su fortuna para crear un centro de Bellas Artes en San Petersburgo y editar la revista internacional El Mundo del Arte. *Dirigió los ballets rusos, con bailarines tan famosos como Nijinski, Karsavina y Fokine, inspirados en el arte de la mítica Isadora Duncan. Contrató a compositores como Debussy o Stravinski para poner música a sus ideas y a pintores como Picasso o Matisse para diseñar los decorados de sus ballets. Triunfó en toda Europa en los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial.*

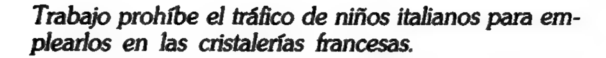
Las orillas del Sena, de *A. Derain.*



El baño, de *Manguin.*



El Parlamento de Londres, de *Claude Monet.*



Política internacional

Firma entre Gran Bretaña y Francia de la Entente Cordiale. *Con ella se acuerda reconocer a los ingleses libertad total de acción en Egipto, y a los franceses en Marruecos.*
Torpedos japoneses atacan la flota rusa anclada en Puerto Arturo. A los dos días, Japón declara formalmente la guerra, y derrota a los rusos tanto en tierra como en el mar.
Acuerdo hispano-francés sobre intereses de España en Marruecos.
Estalla en Uruguay una corta guerra civil.
Huelga general en Italia.
Inglaterra fortalece su influencia en el Tíbet. China reconoce la autonomía del Tíbet del Oeste.
Los hotentotes se rebelan en la zona alemana del sudoeste de Africa.

Sociedad

Premio Nobel de la Paz al Instituto de Derecho Internacional de Gante (Bélgica).
Primer seguro de desempleo subrayado por medios públicos en Gante (Bélgica).
La Asociación Internacional para la Protección del Trabajo prohíbe el tráfico de niños italianos para emplearlos en las cristalerías francesas.



Economía

Primera crisis económica del siglo en Estados Unidos.

Ciencia y tecnología

Premio Nobel de Fisiología y Medicina a Ivan Petrovich Paulov por sus estudios sobre los reflejos condicionados.
En Nueva York se inaugura el metro de Broadway, que funciona con trenes eléctricos.
Comienza la construcción del canal de Panamá.
Arthur Korn da a conocer la telegrafía de imágenes.
Theodor Boveri descubre en los cromosomas del núcleo de la célula a los portadores materiales de los factores hereditarios.

Deportes

En St. Louis (Estados Unidos) se celebran los Juegos Olímpicos. Acuden 11 países.

Literatura

El español José Echegaray comparte el premio Nobel de Literatura con el francés Frédéric Mistral.
Hermann Hesse: Peter Camenzind.
Jack London: El lobo de mar.
Gabriele D'Annunzio: La hija de Jorio.
Henry James: La copa de oro.

Cine

Georges Méliès: Viaje a través de lo imposible.

Teatro

Anton Chejov: El jardín de los cerezos.
James M. Barrie: Peter Pan.

Música

Giacomo Puccini: Madame Butterfly.
Leos Janazek: Jenufa.

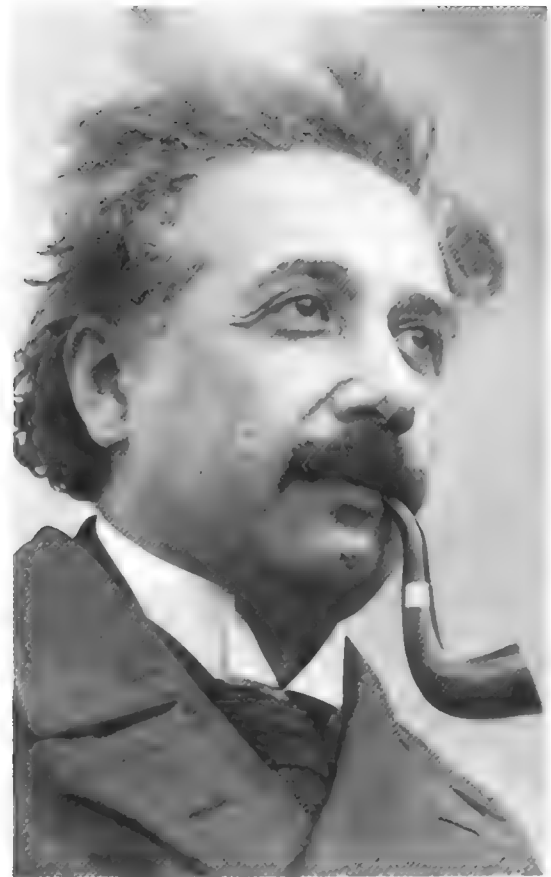
Pintura y escultura

André Derain: Las orillas del Sena.
Henri Manguin: El baño.
Claude Monet: El Parlamento de Londres.
Auguste Rodin: El pensador.
Pablo Ruiz Picasso se establece en París.

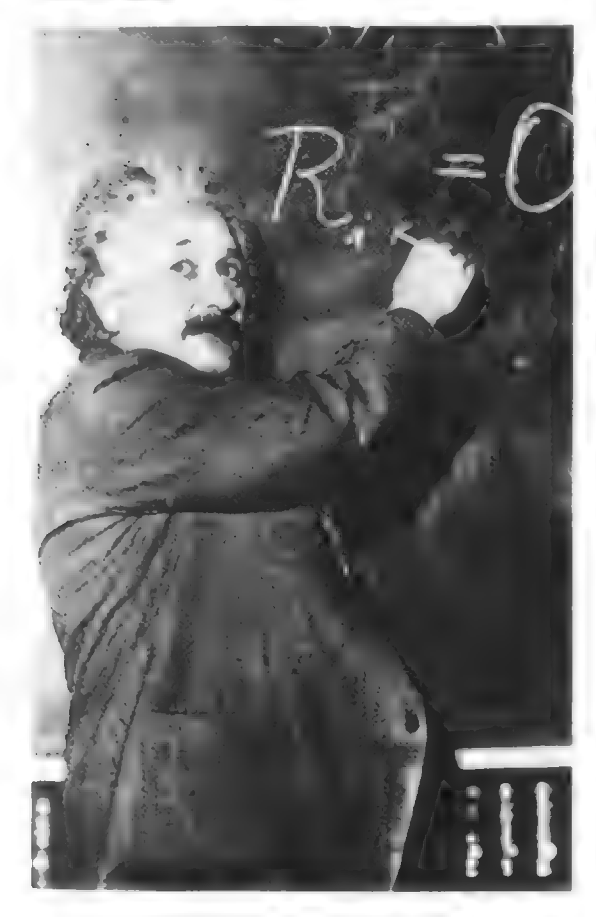
Arquitectura

Otto Wagner: Caja Postal de Ahorros, *Viena.*

1904



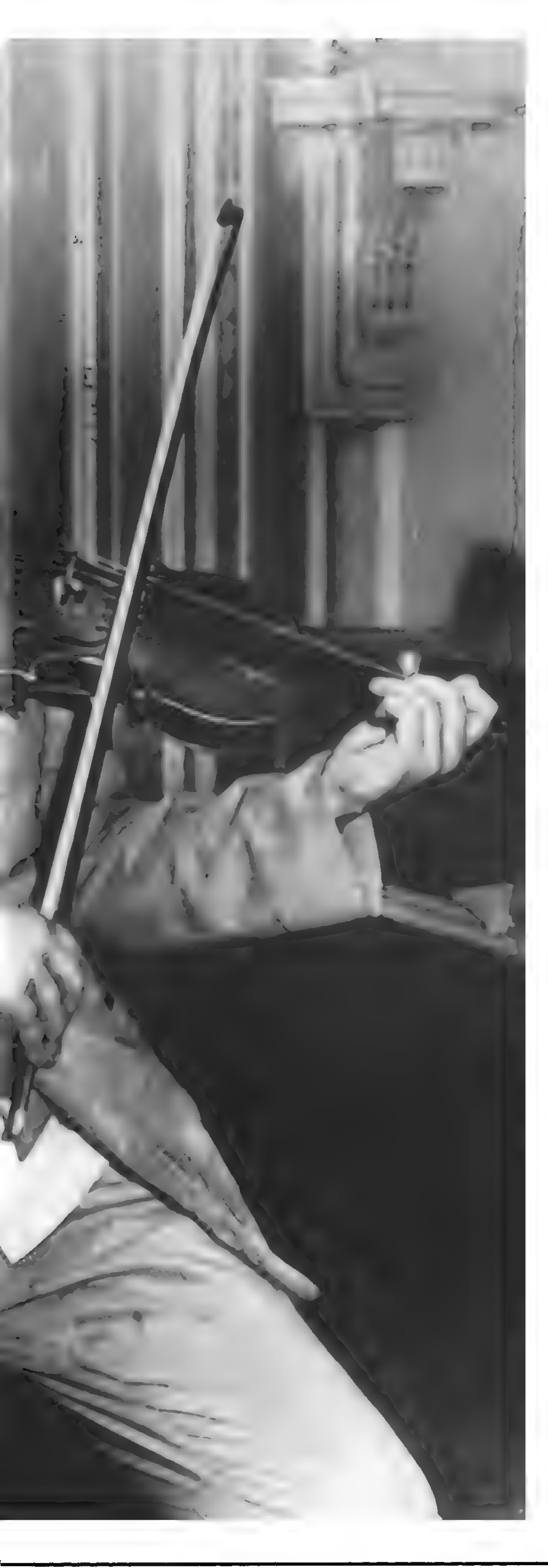
Albert Einstein.



El nombre de Albert Einstein (1879-1955) ha quedado inscrito con letras de oro en la historia de la física, al lado de los de Empédocles (490-430 a. de J.C.), Tolomeo (90-168 d. de J.C.), Copérnico (1473-1543), Galileo (1564-1642) y Newton (1642-1727), hombres cuyas ideas e intuiciones transformaron la visión del mundo de su época. Aparte de pensar, una de las actividades con las que más disfrutaba Einstein era oír música clásica e interpretarla con un viejo violín del que no se separó nunca.



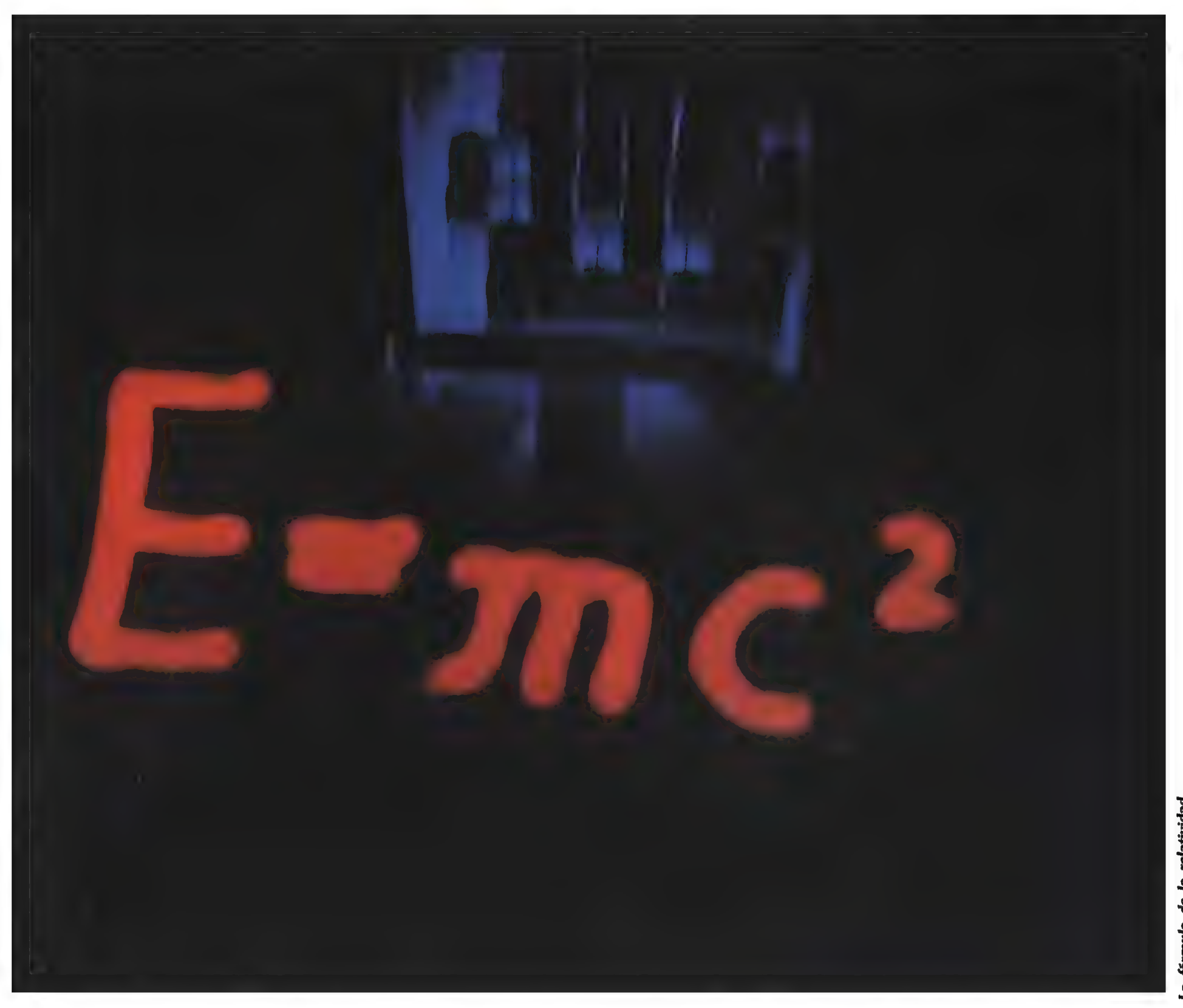
Un físico aficionado a la música.



1905

ALBERT EINSTEIN, LA REVOLUCION EN LA FISICA

EN el año 1905, un empleado de la Oficina Suiza de Patentes llamado Albert Einstein publicó en una revista científica un artículo titulado «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento». Bajo un encabezamiento tan poco sugestivo se escondía la primera aportación de lo que hoy todo el mundo, especialista o profano, conoce como la teoría de la relatividad; tras la personalidad del desconocido funcionario hacía su aparición el que iba a ser el científico más importante del siglo XX. Se iniciaba la revolución de la física.



La fórmula de la relatividad.

La teoría de la relatividad de Einstein tiene tres partes: la relatividad restringida (descubierta en 1905), que cambia los conceptos fundamentales de la física newtoniana tradicional; la relatividad generalizada (descubierta en 1916), que demuestra la existencia de cuatro dimensiones (largo, ancho, alto y tiempo) y afirma que el universo es curvo y finito, y finalmente, un ensayo sobre la teoría de un campo unitario que sintetiza los fenómenos interdependientes de la gravitación y el electromagnetismo.

Un científico popular

«Con la fama me he vuelto cada vez más estúpido, lo que es, desde luego, un fenómeno muy corriente. La desproporción entre lo que uno es y lo que los demás piensan que es resulta, sin embargo, demasiado grande.» Este era el modesto punto de vista de Albert Einstein, sin duda el científico más importante del siglo XX y probablemente de toda la era moderna, cuando la fama ya se había instalado en su vida y todas sus características, y hasta manías, iban camino de convertirse en patrimonio de la humanidad junto a su famosa y generalmente incomprendida teoría de la relatividad.

Legiones de científicos han intentado y siguen intentando en la actualidad proseguir los trabajos de Einstein donde él los dejó, y muchos más deben recurrir obligatoriamente a sus explicaciones matemáticas de los fenómenos naturales para explicar aspectos tan aparentemente dispares como los remotos quasars o las subpartículas atómicas que interaccionan las distintas fuerzas de la naturaleza.

Einstein fue, sin embargo, además de un científico genial, una persona inmersa en su tiempo, que escribió sobre temas de todo tipo, desde el análisis sociológico a la religión; que apoyó en un momento dado el desarrollo de la tecnología de guerra nuclear ante el ascenso irresistible del antisemita Hitler, a pesar de ser un pacifista convencido hasta el fin de sus días, cuando su estrella científica brillaba con menos intensidad y muchos le consideraban acabado.

Pero, ante todo, Einstein era un cerebro de gran capacidad, poseedor de una inquietud y curiosidad que le llevaban a investigar lo que no entendía. «Mi trabajo científico está motivado por un deseo irrefrenable de comprender los secretos de la naturaleza, y por ningún otro senti-

miento», escribió. «Mi amor por la justicia y mi interés por contribuir a la mejora de las condiciones humanas son totalmente independientes de mi interés científico.»

El científico y el hombre

Para entender al Einstein científico es preciso conocer al ser humano y las circunstancias en que se desarrolló. Albert Einstein había nacido el 14 de marzo de 1879 en Ulm, ciudad situada al sur de lo que entonces era el imperio alemán, el mismo año en que surgió la palabra «antisemitismo». Su padre era un industrial judío que, al año de nacer Albert, debe trasladarse a la cercana Munich debido al fracaso de su empresa familiar. Allí, dentro de la intensa industrialización que está sufriendo Alemania, monta una pequeña fábrica de dinamos y lámparas de arco. Es la época del desarrollo de la electricidad y de la telegrafía, que habían de revolucionar el mundo. En 1881 nace su hermana Maja, que sería su gran amiga de la infancia. Albert Einstein fue un niño retraído, del que se afirma que no habló hasta los tres años, y que incluso a los nueve lo hacía de forma entrecortada.

Fue a un colegio católico, donde era el único niño judío, pues su padre no era un hombre observador de los ritos religiosos. Sin embargo, Einstein no puede olvidar su origen, y aun rechaza el excesivo militarismo que encuentra incluso en la escuela, en una Alemania obsesionada por la movilización militar. Muestra un gran interés por el álgebra, el cálculo y la geometría. En 1894 la industria familiar fracasa de nuevo y la familia Einstein se traslada a la ciudad italiana de Milán. Einstein prosigue sus estudios sin mucho interés y abandona la escuela sin conseguir terminar la enseñanza secundaria, lo que le impide entrar en la universidad. Finalmente, se presenta a un examen de ingreso en el prestigioso ETH (Eidgenossiche Tecnische Hoxchschule), de Zurich, examen que tampoco pasa a la primera, pero sí tras un año de preparación en la escuela de Aarau, el año 1896, cuando tiene diecisiete años.

Dando muestras de una firmeza de opinión bastante precoz, Einstein inicia gestiones para abandonar la nacionalidad alemana, lo que consigue en ese mismo año, convirtiéndose en un apátrida. A partir de entonces, sus esfuerzos irán dirigidos a procurarse la nacionalidad suiza, para lo que es necesaria una suma bastante elevada de dinero. El ETH es una escuela prestigiosa, donde Einstein hace más o menos lo que quiere. Apenas asiste a las clases, y se lleva mal con varios de sus profesores. De la asignación mensual de 100 francos que le pasa su familia ahorra 20 para la nacionalidad suiza; hace amistad con intelectuales y estudiantes, entre ellos una matemática de origen servio, Mileva Maric, con quien contraerá matrimonio en 1903.

Zurich es un centro intelectual muy dinámico en aquellos años, y Einstein entra en contacto con revolucionarios socialistas, agrupados alrededor de figuras como Trotski, Rosa Luxemburgo e incluso Lenin. El interés científico se centra en las teorías que relacionan la óptica con el electromagnetismo, tema que empieza a apasionar al joven estudiante. Los científicos han llegado a la conclusión de que los campos eléctricos y magnéticos deben tener un soporte para su propagación, soporte que denominan éter, y a cuya búsqueda dedicarán varias décadas.

Einstein también trata de encontrar el éter, y está a punto de sufrir graves heridas durante un experimento. Finalmente, se le ocurre dar la

Einstein disfrutó de enorme fama y prestigio tanto científico como popular en vida, como lo prueban su investidura doctor honoris causa *por numerosas universidades de todo el mundo. Sus geniales y atrevidas teorías fueron demostrándose posteriormente por medio de experimentos prácticos en el campo de la física atómica y la astronomía. Por primera vez en la historia, el aparato matemático iba por delante de la experimentación.*



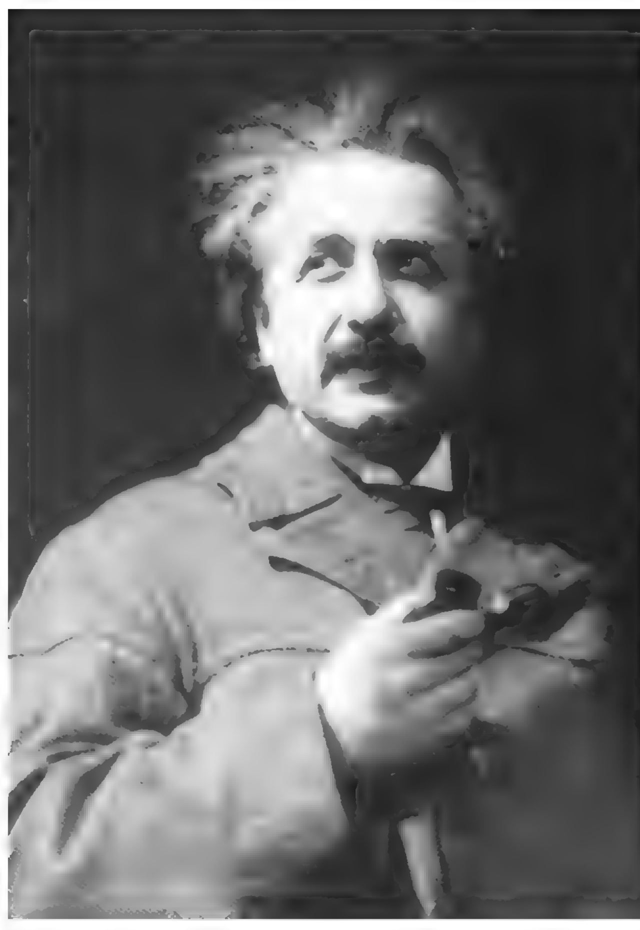
Einstein, doctor* honoris causa *por la universidad de Manchester.

vuelta al problema de cómo se propaga la luz, y las perturbaciones electromagnéticas en general. Para ello, intenta imaginarse lo que ocurriría si él mismo viajara con la luz, a idéntica velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Este problema, que es tema de innumerables discusiones con sus amigos y colegas, le ocupará durante los siguientes diez años, primero en el ETH y luego en la Oficina Suiza de Patentes.

Efectivamente, Einstein consiguió en 1901, a través de un amigo, un empleo en la Oficina de Patentes. Mientras tanto, siguió estudiando el apasionante tema de la luz. Rechazó la existencia del éter, y se basó en las teorías de Mach y en un antiguo principio, expuesto por Galileo, al que llamó «principio de la relatividad», según el cual todo movimiento continuo es relativo y no puede ser detectado si no se refiere a un punto exterior. Este último principio le llevó a replantearse los aspectos del tiempo y la distancia, y a deducir que, para que se cumpliera el principio de la relatividad, el tiempo medido por alguien que se moviera a la velocidad de la luz no podría ser igual al medido por alguien que permaneciera quieto en la tierra.

Finalmente, en 1905, Einstein publicó en una revista científica, *Annalen der Physik*, su teoría, que llamó «principio de la relatividad» y aplicó a la propagación de la luz, al tiempo que descarta-

Como buen miembro de la cultura judía (en lo religioso era agnóstico), Einstein fue un hombre respetuoso con la institución familiar y siempre se preocupó por la suerte de su primera mujer, la profesora Mileva Mariv, y sus dos hijos, así como por el hogar fundado al lado de su segunda mujer, su prima Elsa, que ya tenía hijos de otro hombre. Einstein fue profesor en Alemania, Suiza, Francia, Bélgica, Gran Bretaña y Estados Unidos y un popular conferenciante que viajó por todo el mundo, incluyendo las ciudades de Barcelona y Madrid, lugar éste donde llegó invitado por Ortega y Gasset.



Einstein y su esposa Elsa.

En Esplugas de Francolí, Cataluña.

ba la necesidad de la existencia del éter, y afirmaba que la velocidad de la luz era la máxima a la que podría moverse cualquier cuerpo, o perturbación. Allí estaba la base de la ecuación más famosa del siglo XX, $E = mc^2$, que relacionó el incremento de la energía de un cuerpo con el incremento de su masa y la velocidad de la luz, modificando las ecuaciones de la mecánica de Newton que habían servido de base al desarrollo científico durante más de doscientos años.

El viaje en tren

El título de este primer trabajo de Einstein era poco significativo: «Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento», pero luego fue conocido como la teoría de la relatividad especial. Para llegar a sus osadas conclusiones, Einstein se servía de lo que denominaba «experimentos del pensamiento», en los que no utilizaba ni siquiera lápiz y papel. Uno de estos experimentos, puestos como ejemplo por el científico, es el conocido del viaje en tren. Un observador que se encuentra situado junto a una vía de ferrocarril observa la caída de dos rayos sobre la vía al mismo tiempo, uno a la derecha, a cierta distancia, y otro a la izquierda, a la misma distancia. Para él, los rayos han caído simultáneamente. En ese momento, un segundo observador pasa por la vía en un tren que se mueve a gran velocidad de izquierda a derecha. Para este segundo observador, los dos rayos no caen al mismo tiempo. Como se está moviendo hacia la derecha, la luz del rayo caído a la izquierda tarda más en llegar a él que la del caído a la derecha, hacia el cual se está moviendo. Con este experimento, Einstein probaba que la medida del tiempo era relativa, según que se tomase como referencia el tren en movimiento o las vías del tren.

A las velocidades normales que se dan en el mundo de todos los días, los efectos de la relatividad no se notan, lo que explica la validez de las ecuaciones de Newton y la dificultad que el mundo tuvo y todavía tiene para comprender lo que ocurre en velocidades cercanas a la de la luz, a 300.000 kilómetros por segundo.

Las conclusiones de una teoría que demostraba que el tiempo no es una magnitud invariable llevaron a plantear situaciones paradójicas. Quizá la más famosa sea la de los gemelos. Si un gemelo viaja al espacio en una nave a muy alta velocidad, ¿será más joven o más viejo que su hermano gemelo que permaneció en tierra, cuando regrese? Einstein afirmó que no se trataba de ninguna paradoja. Según su teoría, el gemelo que viajara al espacio a velocidades cercanas a la de la luz sería más joven a su regreso

Desde que estalló la llamada Gran Guerra (Primera Guerra Mundial) y la carnicería de hombres que produjo (unos nueve millones de muertos), Einstein siempre fue muy sensible a los temas bélicos y se declaró en numerosas ocasiones pacifista convencido y antibelicista militante. Tras la Segunda Guerra Mundial (con 38 millones de muertos) —sus teorías contribuyeron indirectamente a la fabricación de la bomba atómica— y durante los grises años de la tensión Este-Oeste conocidos como guerra fría, Einstein encabezó, junto a Bertrand Russell, numerosas iniciativas a favor de la paz y la distensión. El 9 de julio de 1955, ambos firmaron una declaración contra el rearme nuclear en la que decían: «... no somos neutrales, pero creemos que las disensiones entre el Este y el Oeste no deben decidirse por la guerra...; ante nosotros hay, si lo elegimos, progreso, bienestar, conocimiento y cordura. En vez de esto, ¿elegiremos la muerte porque no podemos olvidar nuestras disputas? Llamamos, como seres humanos, a seres humanos: Recuerde cada cual su humanidad y olvide el resto. Si así se hace, se abre un camino para un nuevo paraíso; si no, ahí queda el riesgo de la muerte universal...»



Einstein, su hija Margot y su yerno el científico Marianoff.

que el hermano que hubiera permanecido en tierra.

El año 1905 fue extraordinariamente fructífero para Einstein, quien publicó otros tres artículos en la misma revista, uno sobre el efecto fotoeléctrico, base de tecnología actual, como el tubo de televisión; otro que explicaba el movimiento de partículas microscópicas dentro de un líquido y que sirvió para reafirmar la naturaleza atómica de la materia, y un último incidiendo nuevamente en la relatividad.

A Einstein le fue concedido en 1921 el premio Nobel de Física por sus trabajos publicados en 1905 sobre los efectos fotoeléctricos de la luz y sólo citando indirectamente su teoría de la relatividad. El físico alemán Max Born escribió sobre el particular: «Einstein sería uno de los grandes físicos de todos los tiempos aunque no hubiera escrito una sola línea de la teoría de la relatividad.»

Dos años más tarde daba forma definitiva a su famosa ecuación y abría la puerta a la era nuclear, que se basa en la utilización de la enorme cantidad de energía contenida en una pequeña masa.

Después de siete años de trabajo burocrático en la Oficina Suiza de Patentes, Einstein obtuvo por fin diversos puestos de profesor en Zurich y posteriormente en Praga. A punto de comenzar la Primera Guerra Mundial, y a pesar de su pacifismo y el desagrado que le producía el militarismo alemán, aceptó una cátedra en la universidad de Berlín. Cuando estalló la guerra, Einstein fue uno de los cuatro científicos e intelectuales alemanes que firmaron un manifiesto contra la violencia. Mientras tanto, investigaba y ponía a punto la teoría de la relatividad general, que sería publicada en 1916 y que le daría fama y prestigio no sólo entre los científicos, sino también entre los profanos en la materia.

El viejo Einstein.

Premio Nobel

La esposa y los dos hijos de Einstein permanecieron en Suiza cuando estalló la guerra, y esta separación condujo posteriormente al divorcio. Unos años más tarde contraería matrimonio con su prima segunda Elsa, una viuda que aportó dos hijos a la unión. Sin embargo, siempre se preocupó de su familia, y guardó de antemano el dinero que iba a recibir por el premio Nobel de Física para su primera esposa. El premio Nobel, aunque «cantado» desde hacía varios años, no le fue otorgado hasta 1921, y se le concedió por su teoría sobre el efecto fotoeléctrico, con una ligera mención a la teoría de la relatividad, que todavía no era aceptada de forma generalizada por la comunidad científica.

Para elaborar su teoría de la relatividad general, Einstein pasó de fijarse en el movimiento uniforme a tratar el movimiento acelerado, y especialmente la aceleración causada por la fuerza de la gravedad. Para Einstein, la aceleración gravitatoria es igual que la producida por otras fuerzas. Para probarlo, dio un ejemplo: si un científico viaja en un ascensor en el espacio, fuera de la gravedad terrestre, y el ascensor tiene una aceleración hacia arriba de 9,8 metros por segundo (igual a la de la gravedad), el científico notará la aceleración porque se sentirá «pegado» al suelo del ascensor, lo mismo que le ocurriría si estuviera en un ascensor parado sobre la superficie de la tierra. No podrá decir si lo que se siente se debe a la gravedad o a la inercia. La gravedad sólo se explica, según Einstein, si se admite que existen cuatro dimensiones, las tres conocidas y observables y una cuarta, el tiempo. Nacía así la expresión «curvatura espacio-tiempo», que se puede visualizar, aunque con mucha dificultad y simplificación, como una lámina elástica mantenida tensa, pero en la cual los objetos pesados, que tienen masa, como las estrellas, producen deformaciones u «hoyos». Según Einstein, un cuerpo de gran masa como el sol produce una curvatura en el espacio-tiempo que lo rodea. Los planetas se mantienen en sus órbitas no por las fuerza de la gravedad, sino porque viajan a lo largo de la curvatura espacio-tiempo.

Este nuevo trabajo de Einstein no tenía precedentes, y dejó estupefactos a los científicos de todo el mundo, que no llegaban a explicarse los intrincados vericuetos mentales que el científico había debido recorrer para poder enunciarlo. Con su teoría, Einstein explicó pequeñas anomalías astronómicas que hasta entonces no habían tenido explicación. Finalmente, una comprobación experimental, efectuada por una expedición científica británica durante un eclipse total de sol llevó a Einstein al cenit de la fama en todo el mundo.

El trabajo de Einstein fue, ante todo, impecable y extremadamente elegante desde el punto de vista matemático, pero también muy difícil de entender. Cuando le preguntaron si era verdad que sólo tres personas entendían su teoría, éste contestó, medio en broma: «Estoy tratando de figurarme quién es la tercera.»

Pacifista y agnóstico, Einstein se convirtió sin embargo, por imperativos de la situación mundial, en una figura de la intelectualidad judía, en lucha contra el antisemitismo creciente en la Alemania de los años veinte, y a la vez víctima de él. Sus teorías fueron tachadas de ateas y «judías» y muchos científicos alemanes le volvieron la espalda.

Ciudadano norteamericano

Sin embargo, mantuvo su actividad científica. En 1917 publicó un trabajo que avanzaba ideas en las que luego se basaría el láser, y principios de la mecánica cuántica. Este último aspecto, sin embargo, le supuso posteriormente grandes quebraderos de cabeza, ya que se obstinó en rechazar lo que él mismo había contribuido a desarrollar, por estimar que la vía estadística para estudiar los fenómenos atómicos no era lo suficientemente aproximada a las reglas de la naturaleza, que él creía eran mucho más definidas y concretas.

Empeñado en seguir su propio camino, Eins-

La inteligencia de Einstein se encontraba en su elemento concibiendo ideas abstractas que, curiosamente, combinaban las matemáticas y la música como los antiguos pitagóricos. Cuando en 1948 un periodista lo entrevistó en su despacho de la universidad de Princeton (Estados Unidos) y le preguntó por su laboratorio, Einstein habló de su violín, y sacando una estilográfica del bolsillo de su pantalón dijo: «Este es el instrumento más utilizado de mi laboratorio. Siempre lo llevo encima y sirve para apuntar las ideas que me vienen a la cabeza cuando pienso.»



El escritorio de Einstein en la Oficina de Patentes, en Berna.

Conferenciante de prestigio por toda Europa, durante los años de predominio del nacionalsocialismo alemán, Einstein tenía que ser protegido estrechamente por la policía de los países que visitaba. Amigo de Charlie Chaplin, Charlot, *asistió al estreno de* Luces de la ciudad *en el Hollywood de 1931. Ante los aplausos del público, Chaplin le dijo: «A ti te aplauden porque nadie entiende una palabra de lo que dices, a mí porque todos me entienden.» Einstein gozaba con la imaginación de su amigo, especialmente cuando éste tuvo la ocurrencia de decirle que el mostacho de payaso que tenía Hitler era copiado del de* Charlot, *que lo usaba en sus películas desde hacía tiempo.*



En la Escuela Industrial de Barcelona.



Einstein protegido en Inglaterra ante un posible atentado nazi.

tein pasó la última mitad de su vida tratando de llegar a alcanzar la meta más ambiciosa: una teoría en la que quedasen englobadas todas las fuerzas de la naturaleza, la teoría del campo unificado. Einstein pretendía englobar la gravedad y la fuerza electromagnética en un solo conjunto de ecuaciones matemáticas, cosa que finalmente no consiguió. Sin embargo, a pesar de la convicción de muchos científicos de que la tarea era imposible y de la complicación que supone el descubrimiento de otras dos fuerzas, las nucleares, los científicos modernos siguen incansables en la búsqueda, con medios experimentales muy sofisticados y con una base teórica que mereció en 1979 el premio Nobel para sus tres autores —Weinberg, Glashow y Salam—, en la que se establece la unificación de la fuerza electromagnética y la nuclear débil. El objetivo final, lo que ahora se llama «la gran unificación», es indudable que sigue estando muy lejos, pero no parece que Einstein siguiera, ni mucho menos, un camino equivocado.

Cuando Hitler subió al poder, en 1933, Einstein se encontraba en uno de sus numerosos viajes. El hecho terminó de convencerle de la imposibilidad de permanecer en Alemania, y aceptó un puesto de profesor en el recién inaugurado Instituto de Estudios Avanzados de la universidad norteamericana de Princeton, en el Estado de Nueva Jersey.

Unos años más tarde obtuvo la nacionalidad norteamericana. Su figura, ahora mundialmente conocida, con los cabellos blancos al viento, el abandono en el vestir —casi nunca llevaba calcetines, y cuando le preguntaron por qué utilizaba el mismo jabón para lavarse y para afeitarse contestó: «¿Dos jabones? Eso es demasiado complicado»— y su amabilidad constante, fue pronto popular en la universidad, donde, sin embargo, llegó a ser considerado por muchos de sus colegas como un científico acabado. Su esposa había muerto en 1936, y Einstein vivió una vida de solitario, embebido en sus pensamientos científicos, aunque rodeado constantemente de todos los que acudían atraídos por su fama.

Una base filosófica

Se ha subrayado muchas veces el trasfondo filosófico de una teoría científica como es la de la relatividad. Para muchos estudiosos, Einstein no hubiera podido llegar nunca a concretarla matemáticamente si no hubiera seguido un proceso de peregrinación filosófica, de reflexión sobre el mundo, su comienzo y su fin. La teoría de la relatividad sobrepasa los límites de la ciencia y al mismo tiempo se convierte en una reflexión

acerca del valor y límite de las ciencias. Sus biógrafos afirman que Einstein estaba ya preocupado por estos temas a los dieciséis años de edad, y que su preocupación tenía un carácter filosófico, de reflexión sobre la propia existencia. El mismo Einstein escribió a un amigo, poco antes de publicar su primer artículo en 1905, que cuando empezó a reflexionar y a dar vueltas a la teoría de la relatividad. estuvo varias veces al borde de una crisis nerviosa. «Cuando era joven —recordó años más tarde— solía ausentarme durante semanas, en un estado de confusión, como alguien que tenía entonces todavía que sobreponerse al estado de estupefacción en su primer encuentro con tales cuestiones.»

Existen dos influencias claves en el pensamiento de Einstein: el empirismo de David Hume y el de Ernst Mach. En 1933, en su famosa conferencia conocida como *Spencer Lecture,* Einstein subraya el elemento empírico y racional necesario en la ciencia, y también la importancia fundamental de la razón, con un apoyo en la experiencia.

Einstein murió en el hospital de Princeton el 18 de abril de 1955. A su entierro asistieron pocas personas. Como él había deseado, se le extrajeron el cerebro, el corazón y otros órganos para su estudio, y su cuerpo fue incinerado, esparciéndose las cenizas para evitar que su lugar de reposo se convirtiera en objeto de peregrinación supersticiosa. Un patólogo, el doctor Harvey, empezó el estudio del cerebro del gran científico, quien había dicho, refiriéndose a ese órgano, que era su laboratorio. En la actualidad, el doctor Harvey se esconde en un estado de la zona central de Estados Unidos, y dice, cuando se le presiona, que todavía no ha podido concluir el estudio del cerebro de Einstein, del que tiene guardados trozos en su caja fuerte, dentro de frascos de alcohol. Al parecer, no quiere reconocer su derrota ante la imposibilidad de encontrar la razón física, tangible, de tan gran inteligencia.

M. R. E.

Bibliografía básica

CAPE, J.: *Einstein, his life and times,* Alfred Knopf. Nueva York, 1953.

EINSTEIN, A.: *Ideas y opiniones,* Antoni Bosch Editor. Barcelona, 1980.

EINSTEIN, A.: *Mi visión del mundo,* Tusquets Editores. Barcelona, 1980.

EINSTEIN, A.: *Out of my later years,* Citadel Press. Nueva Jersey, 1974.

RAISER, A.: *Albert Einstein, a biographical portrait,* Butterworth. Londres, 1931.

SÁNCHEZ RON, J. M.: *Relatividad especial. Relatividad general, 1905-1923,* Universidad Autónoma. Barcelona, 1981.

SCHWARTZ, J., y MCGUINNESS, M.: *Einstein for beginners,* Pantheon Books. Nueva York, 1979.



En la estación de Francia en Barcelona.

Un eclipse de sol observado por la marina británica desde diversos puntos del planeta confirmó en 1919 buena parte de las hipótesis y los cálculos matemáticos de Einstein. Los honores que recibe lo hacen cada vez más humilde y afirma: «Puesto que la ciencia es una parte de la verdad, debe estar al alcance de todo el mundo... Sin ella se aniquila el espíritu de un pueblo y éste queda sumido en la peor miseria espiritual.»



Einstein y el presidente francés Herriot, en Glasgow.

Los tres últimos zares rusos, Alejandro II (1855-1881), Alejandro III (1881-1894) y Nicolás II (1894-1917), asistieron impotentes a la decadencia del Imperio y al crecimiento del movimiento revolucionario en el seno de la sociedad rusa, consecuencia de la industria naciente y la aparición del proletariado, unido a los abusos de la teocracia zarista. Un puñado de aristócratas vivía en el lujo, mientras la mayoría del pueblo lo hacía en condiciones de verdadera miseria.

DOMINGO ROJO EN SAN PETERSBURGO. LA PRIMERA REVOLUCION RUSA



La familia real rusa.

1905

EL imperio ruso es un gigante con los pies de barro, una inmensa amalgama de territorios controlada por una burocracia a cuyo frente se encuentra el zar. Los campesinos continúan siendo mayoritarios, pero en las principales ciudades surgen focos industriales, muchos de ellos financiados por capital extranjero. Al eterno descontento del campo se unen poco a poco el de los sectores liberales y estudiantiles, que deseaban una equiparación política con las democracias occidentales, y el del naciente movimiento obrero, cada vez más ganado por las teorías marxistas. En 1905, tras la humillante derrota rusa ante Japón, un gran movimiento se alza contra la autocracia: es la primera revolución rusa.

Sobre la revolución rusa de 1905, que siguió al llamado «Domingo rojo de San Petersburgo», escribió Lenin en 1918: «Sin el ensayo general de la insurrección popular de 1905 no habrían sido posibles las revoluciones de 1917, ni la burguesa del mes de febrero, ni la proletaria de octubre. En 1905 nacieron los soviets, fundamento del nuevo Estado obrero y campesino.»



La represión zarista.

El 9 de enero de 1905 la policía y el ejército del zar ametrallaron en San Petersburgo (hoy Leningrado) a una manifestación de obreros que se dirigía a Palacio para entregar una carta con peticiones laborales y sociales. El movimiento de protesta se extendió a todo el país, yendo a la huelga más de tres millones de personas. En junio, la tripulación del moderno acorazado Potemkin, *liderada por el marino bolchevique Matuschenko, se sublevó en el puerto de Odesa, izó bandera roja y se sumó a la huelga general que mantenían los obreros de la ciudad. Cercado por el resto de buques de guerra de la flota rusa, las tripulaciones de éstos se negaron a disparar contra los sublevados, que huyeron al extranjero. El estado zarista se resquebrajaba.*



La Rusia zarista

Cuando Europa pisaba el siglo XX, Rusia apenas salía de una larga noche medieval de atraso histórico y despotismo político no exento de reminiscencias asiáticas. Baste recordar que en 1870, cuando nace el líder de la Revolución de Octubre, Lenin, hace muy pocos años que la servidumbre humana ha dejado de existir en los campos rusos; y que habitualmente, en épocas de crisis, se organizaban *progroms* contra las comunidades judías que servían de chivos expiatorios para refrenar buena parte de las tensiones existentes en una sociedad tan contradictoria como la rusa de aquel entonces, mediante el cultivo de un nacionalismo exaltadamente chauvinista.

El sistema político de la Rusia zarista se basaba fundamentalmente en el poder autocrático del soberano, apoyado por la aristocracia terrateniente y basado en la absoluta inexistencia de mecanismos de representación política; junto a este conjunto deforme y reforzando al poder público existía una monstruosa maquinaria burocrática de pequeños funcionarios. Cuando se produce la decadencia de este sistema de poder absolutista, la maquinaria funcionarial se convierte en un aparato inservible cuya utilidad es nula y su ineficacia total. Todavía en 1881, Alejandro III, el penúltimo de los zares, al que llamaban el «idiota coronado», afirmaba en un manifiesto que se hizo merecidamente popular: «De ahora en adelante, no discutiré más que con Dios los destinos de mi imperio.» En 1894 subía al trono de la Santa Rusia Nicolás II, protagonista y testigo de las grandes convulsiones de su tiempo; quien, por lo demás, pese a la debilidad de su carácter y a la falta de aptitudes para las funciones políticas, no vaciló en hacer uso, al igual que todos sus predecesores, del arma del terror policiaco contra todo tipo de oposición: las torturas y los campos de concentración fueron medios frecuentes de persuasión ideológica en la Rusia zarista.



***El marinero Matuschenko, incitador de la revuelta del* Potemkin.**

Pero ¿sobre quiénes se ejercía la represión? Los campos de Siberia, sobre los que no faltan numerosos testimonios literarios de la época, podrían dar merecida respuesta. Desde los campesinos descontentos hasta los intelectuales críticos, los miembros de la *intelligentsia*, una palabra acuñada por Rusia para uso universal, todos eran huéspedes potenciales de las cárceles zaristas y aspirantes al destierro; junto a éstos, una incipiente clase obrera que comenzaba a constituirse; precisamente, una de las obras menos conocidas de Lenin, aunque fundamental para el desarrollo de su pensamiento, publicada en 1899, lleva el significativo título de *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. A finales de siglo, según datos fiables de 1897, Rusia contaba con una población proletaria industrial de 22 millo-



La escalera de Odesa.

nes de personas, frente a unos 80 millones de campesinos. Sería obligado añadir que este incipiente proletariado trabajaba en condiciones infrahumanas, dados los niveles de explotación; la jornada laboral oscilaba entre las doce y las dieciséis horas diarias, aunque había industrias que sobrepasaban el límite máximo y alcanzaban las veintiuna horas diarias; una huelga de los obreros de San Petersburgo, en el año 1897, conseguía la reducción de la jornada laboral en once horas y media para los adultos y en nueve horas para los menores de edad.

Las formas de oposición en Rusia

En un país de las características económicas y sociopolíticas de la Rusia zarista, la oposición al poder autocrático presentaba diversas actitudes y procesos diferentes en sus formulaciones. Un pequeño sector de la alta burguesía, interesado en anticiparse al proceso de cambio que se presentaba como inevitable y que ya triunfaba en toda la Europa ilustrada, intentó infructuosamente acomodar algunas modalidades, muy matizadas ciertamente, del modelo liberal decimonónico a las instituciones políticas rusas, todavía sumamente primarias; el proyecto fracasó, entre otras razones, porque no existía la pujante burguesía industrial que debería haber protagonizado la transformación institucional del régimen; tampoco se daba una verdadera burguesía urbana que hubiese sido el soporte estamental de aquel impulso. En otros términos, cuando se habla de burguesía en la Rusia zarista se utiliza un concepto que no era el equivalente de clase de uso general en la Europa de finales de siglo; en Rusia, la burguesía estaba constituida por una gigantesca cohorte de funcionarios, en su parte baja, y los miembros de las profesiones liberales, en el sector más acomodado social y económicamente. Habrá que esperar a los primeros clarines de la revolución amenazante para que, a finales del año 1905, surjan partidos de carácter y contenido clasistas.

Más importancia revistió el movimiento populista, tan magistralmente estudiado por Franco Venturi. En la práctica, el término se debe al pensador Alejandro Herzen, quien en 1861, ante una de las grandes represiones del zar Alejandro II contra las universidades, y la que ya se conocía con el nombre de *intelligentsia*, lanzaba un llamamiento desde su exilio en Londres a los universitarios rusos: «Id al pueblo; ahí está vuestro lugar, exiliados de la ciencia, soldados del pueblo ruso.» En torno al ideario de esta convocatoria se fueron creando círculos de estudiantes, que también tuvieron una cierta impronta mística, nada lejana al pensamiento de hombres como León Tolstoi: coincidiendo con el hambre,

Durante los reinados de los tres últimos zares funcionó en Rusia un infernal mecanismo de acción-represión, en el que las acciones terroristas de nihilistas, populistas y anarquistas justificaron las atroces medidas de represión de la Ojrana, la todopoderosa policía política zarista, que llegó a ser un Estado dentro del Estado. Pero el descontento popular, liderado por los partidos revolucionarios, se manifestó como imparable.



El pope Gapon y el prefecto de policía de San Petersburgo.

En la sociedad rusa de 1905, el incipiente proletariado era sólo una cuarta parte de la inmensa masa de campesinos sin tierra que no tenían nada que perder con un cambio político. La Gran Madre Rusia y su extenso pero despoblado Imperio, donde convivían millones de súbditos de diferentes etnias y religiones, se desmembraban poco a poco tras las derrotas militares sufridas en el exterior y los movimientos subversivos internos que canalizaban el descontento popular.

la miseria y las epidemias, que asolaron a Rusia en 1874, millares de estudiantes marcharon a los campos para ayudar a las pobres gentes que morían de inanición. La experiencia concluyó con centenares de detenidos y procesados. Años después, al inicio del decenio de los años ochenta, seguían el surco abierto por los populistas los grupos «Tierra y Libertad», «Libertad del Pueblo» y otros; entre sus dirigentes ya figuraba una de las personalidades claves en el desarrollo del pensamiento revolucionario ruso, Jorge Plejanov. Y, por otra parte, se daba un paso más adelante en la profundización de la lucha política: el uso y la instrumentación de la violencia, que cristalizaría en 1879 con el asesinato del príncipe Kropotkin, gobernador de Jarkov; y, en un ascenso fulgurante, el golpe de gracia que es la muerte en atentado del propio zar Alejandro III, en 1881. Entre estos *narodniki* que serían apresados a consecuencia de los atentados terroristas figuraba un tal Alejandro Ilitch Ulianov, ejecutado en 1887; era hermano de Vladimir Ilitch Ulianov, llamado Lenin. La mística de los populistas, salvadores forzados de campesinos, de humillados y ofendidos, fracasaría ante la falta de perspectiva histórica y política, desconocimiento de la realidad, planteamientos subjetivistas y práctica de la violencia desesperada.

El socialismo ruso

Plejanov, que abandonó en seguida el confuso ideario populista, es a justo título considerado como uno de los padres del «marxismo ruso»; aunque poco pensasen en Rusia Marx y Engels cuando trazaban la ruta revolucionaria del proletariado avanzado en Europa. La ideología marxista comienza su penetración en Rusia a partir de Polonia, una de las provincias occidentales del imperio, donde en 1888 nace el Partido Socialdemócrata y posteriormente, en 1895, aparece la Unión de Lucha para la Liberación de la Clase Obrera, en cuya gestación tuvo participación principal el propio Lenin, quien se haría cargo de la sección de propaganda de la Unión. A partir de entonces, las reivindicaciones obreras adoptan un instrumento de combate que cada vez toma más amplitud y peligrosidad para el sistema establecido: el movimiento huelguístico. A finales del año 1895, Lenin sería detenido por la policía zarista y deportado a Siberia. Era el principio del fin de la Rusia zarista.



Tienda de viejo en Rusia a principios de siglo.

Es interesante observar que la penetración del pensamiento marxista en Rusia no sólo se había producido entre políticos y medios proletarios, sino que también había llegado, y no con escasa fuerza, a los sectores intelectuales del interior y del exilio. La polémica sobre el marxismo en Rusia, a finales del siglo XIX y principios del XX, resultará apasionante y muy enriquecedora del *corpus* marxista, especialmente el debate entre políticos y economistas.

No obstante, las persecuciones zaristas harían que el debate real y la actividad de los marxistas rusos y socialistas se prosiguiesen en el exilio. En 1900 llegaba Lenin, procedente de la deportación, a suelo alemán; allí se encontraría nuevamente con Plejanov; ambos, junto con Martov, crearían el semanario *Iskra* (La chispa), que sería el faro y guía de las futuras polémicas y semillero de grupos políticos. En el verano de 1903, en Bruselas y Londres, tendría lugar un congreso del que nacería el Partido Socialdemócrata de Rusia. Aunque el Congreso tuviese el efecto divisorio entre seguidores de Lenin y de Martov, con distintas y opuestas concepciones sobre la función del partido, entre los bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios), los primeros al lado de Lenin y los otros partidarios de Martov. La historia de las difíciles relaciones entre ambos grupos esmaltan todo el proceso de la revolución rusa hasta el histórico mes de octubre de 1917.

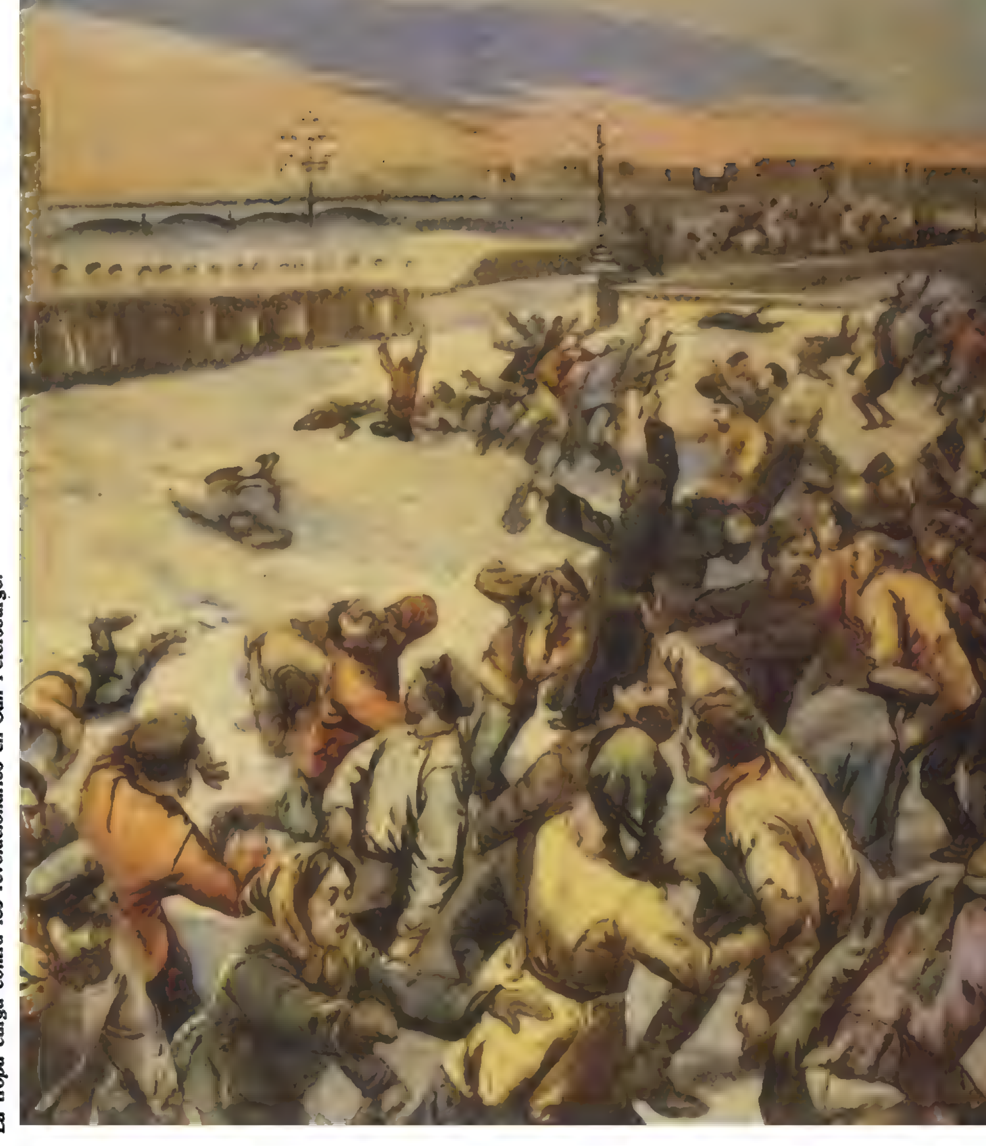
Pero la actividad política no se reducía al mero marco teórico de las actividades del exilio. El siglo había comenzado en Jarkov con un Primero de Mayo multitudinario, que se repitió al año siguiente, extendiéndose a un número más amplio de ciudades y que en 1902, en la manifestación de Somorvo, alcanzaría el dramatismo recogido por Máximo Gorki en su novela *La madre*. Debe destacarse cómo la acción práctica se duplica gracias al esfuerzo realizado por los revolucionarios exiliados: en el año 1904, Lenin publica uno de sus ensayos más divulgados, *Un paso adelante, dos atrás*, que daría nuevo impulso al movimiento bolchevique en su polémica con los mencheviques.

Las convulsiones de 1904 y 1905

El mes de enero de aquel año concluiría con el ataque japonés a la flota rusa anclada en Puerto Arturo: era el comienzo de la guerra ruso-japonesa. Lenin escribirá en esta ocasión: «No ha sido el pueblo ruso, sino la autocracia la que ha sufrido la bochornosa derrota. El pueblo ruso ha salido ganando con la derrota de la autocracia. La capitulación de Puerto Arturo es el prólogo de la capitulación del zarismo.» Estas palabras resultarían proféticas en un brevísimo plazo histórico.

La guerra en Extremo Oriente fue la espoleta que desencadenó el primer ensayo revolucionario en Rusia. Las causas del descontento entre las clases trabajadoras, la insatisfacción intelectual y la agitación de los políticos eran previas al conflicto armado; pero la guerra pondría al descubierto el rostro del sistema autocrático, arrastrando al pueblo a un conflicto que le resultaba odioso. El año 1905 comenzó con una serie de huelgas en la fábrica Putilov de San Petersburgo. Se fijó la fecha del domingo 9 de enero para realizar una demostración obrera y pacífica ante el Palacio de Invierno, y de este modo hacer patentes tanto las reivindicaciones sociales y económicas como la repulsa de la guerra.

Aquel domingo, rojo de sangre, unas 150.000 personas se dirigieron al Palacio de Invierno, que estaba acordonado por efectivos del ejército. Los más ilusionados o los menos realistas pensaban que en el momento decisivo los soldados no dispararían sus armas contra el pueblo. Pero el milagro no se produjo, y las víctimas de aquella jornada se contaron por millares. Sin embargo, la *masacre* puso en marcha un



La tropa carga contra los revolucionarios en San Petersburgo.

La represión de los disidentes políticos durante el régimen teocrático de los últimos zares era muy dura y se estructuraba alrededor de la terrible Ojrana, *la policía política. Una vez tomado el poder, los bolcheviques pudieron comprobar en los archivos del Estado que todo el país estaba infiltrado de agentes e informadores de la* Ojrana, *incluido el propio comité central bolchevique. La iglesia ortodoxa rusa, religión oficial del Estado, cuya cabeza también era el zar, fue asimismo utilizada por la policía para sus fines represivos.*

Ni los destierros de por vida al desierto helado de la inmensa Siberia, ni las detenciones masivas, los malos tratos o la pérdida de la vida a manos de la policía, pudieron frenar el ímpetu agitativo de los núcleos revolucionarios rusos. Engarzando directamente con el afán de redención de los viejos nihilistas y las ansias de cambio de la mayoría del pueblo, los militantes revolucionarios —sobre todo destacaron los bolcheviques— no cejaron hasta derribar al régimen zarista.

profundo movimiento de protesta que rápidamente se extendió, con huelgas y manifestaciones, a Moscú, Riga, Varsovia, Tiflis y, luego, a las zonas de campesinos ucranios, georgianos, polacos y letones. Como ha escrito uno de los mejores historiadores de la revolución rusa, E. H. Carr: «El movimiento revolucionario al que puso en marcha la matanza ante el Palacio de Invierno del 9 de enero de 1905 fue cobrando lentamente fuerza a través de los desórdenes producidos por toda Rusia durante la primavera y el verano hasta alcanzar su punto culminante en octubre, momento en el que se produjo una oleada de huelgas; el zar prometió una constitución liberal y se constituyó el primer Soviet de Diputados Obreros.»

Aquel año, el Primero de Mayo de 1905 señaló un punto álgido que contrastaba con las derrotas sufridas en la guerra contra Japón. De los obreros de la industria, la protesta pasó al campesinado e incluso comenzó a hacer mella en las filas del ejército. La gesta de la marinería amotinada a bordo del acorazado *Potemkin,* en el puerto de Odesa, pasó años después a la historia de la cinematografía con una de las obras maestras de S. M. Eisenstein. La Paz de Portsmouth (agosto de 1905) no sirvió para calmar los ánimos soliviantados. La huelga del 7 al 12 de octubre culminó con la constitución del Soviet de San Petersburgo el día 14 de aquel mismo mes. Animador principal de este primer Soviet fue León Trotski, intelectual no integrado orgánicamente en ninguno de los grupos políticos existentes, pero que ya en aquellas jornadas demostró sus excepcionales condiciones de dirigente y de organizador que se confirmarían plenamente en la Revolución de Octubre de 1917. Aquel histórico primer Soviet alcanzó a reunir, en sus sesiones más numerosas, a 550 delegados que representaban a cerca de 250.000 obreros. El Soviet pudo mantenerse durante cincuenta y cinco días, pese a las contradicciones señaladas por el propio Trotski que, según él, se caracterizaban por «la debilidad de una revolución puramente urbana».

El camino hacia otra revolución

Durante el mes de agosto de 1905, el zar había convocado la Duma, asamblea puramente consultiva, cuya convocatoria fue rechazada por los grupos de izquierda, fundamentalmente los bolcheviques. El 17 de octubre de aquel año se repetía el llamamiento; ahora se trataba de una Duma con funciones legislativas. Esta nueva invitación consiguió dividir el movimiento de protesta; surgieron nuevos partidos políticos, como



Un grupo de deportados políticos parte para Siberia.



La bandera roja encabeza la gran manifestación.

el Constitucional Demócrata (el KD o partido de los «cadetes») y el de la Unión del 17 de Octubre, ambos de extracción burguesa y a los que en poco tiempo se unirían los mencheviques. En solitario, a principios de diciembre, los bolcheviques llamaron desesperadamente a la insurrección armada en Moscú. El levantamiento fue aplastado por el ejército zarista, liberado del frente japonés. Trotski y los dirigentes del Soviet de Petersburgo fueron detenidos y procesados; luego vendrían las penas de confinamiento. Lenin, que había llegado a la capital zarista en el mes de noviembre, parece que no participó directamente en aquellos sucesos, que después criticaría duramente.

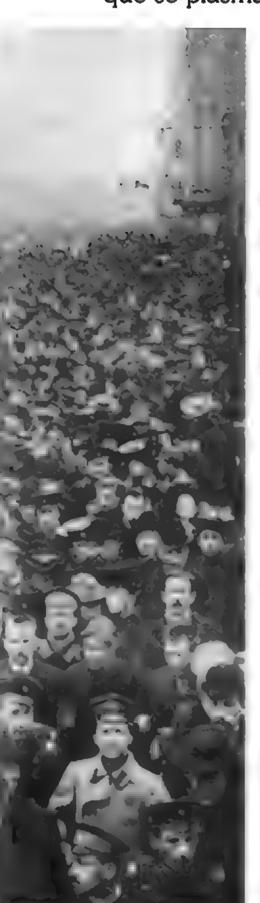
Se abría un nuevo período, de 1906 a 1917, que consolidaría la lucha contra el sistema autocrático y pondría de relieve las limitaciones y el retraso con que llegaba la oferta de democracia controlada ofrecida por las autoridades zaristas; también sería ocasión para una alianza, siquiera coyuntural, entre los partidos de la izquierda rusa. La Primera Guerra Mundial (1914-1918) contribuiría en su momento a proporcionar los factores desencadenantes de la Revolución de Octubre. Ahora bien, el intento del año 1905 había puesto al descubierto unas divisiones en el seno del movimiento obrero, en su dirección y en la interpretación de las doctrinas socialistas que se plasmarían años más tarde en las contradicciones y luchas internas de los revolucionarios, que conseguirían triunfar en el asalto al Palacio de Invierno. Divisiones que fueron sembrando los distintos congresos que a partir de 1906 celebrarían los partidos y organizaciones políticas en el exilio. El juicio último de E. H. Carr es quizá la mejor valoración de aquellas jornadas premonitoriamente revolucionarias: «Las controversias a propósito de las elecciones de 1905 y del futuro destino de la revolución rusa que desgarraron al Partido Socialdemócrata ruso durante estos años encajan en las tres interpretaciones o aplicaciones diferentes de la doctrina marxista, propuestas respectivamente por los mencheviques, los bolcheviques y Trotski.»

R. M.

Bibliografía básica

CARR, E. H.: *Historia de la revolución soviética*, vol. I, *La revolución bolchevique*, Alianza Editorial. Madrid, 1972.
HILL, Ch.: *La revolución rusa*, Ariel. Barcelona, 1969.
LIEBMAN, M.: *La révolution russe. Origines, étapes et signification de la victoire bolchévique*, Marabout. Verviers, 1967.
TROTSKI, L.: *La revolución de 1905*, Planeta. Barcelona, 1975.
WALTER, G.: *Lenin*, Grijalbo. Barcelona-México, 1967.
«Desde la Antigüedad hasta la gran Revolución socialista de Octubre de 1917», *Compendio de historia de la URSS*, vol. I, Academia de Ciencias de la URSS. Instituto de Historia, Editorial Progreso. Moscú (numerosas ediciones).

Como casi siempre ocurre en los sistemas políticos autoritarios, las reformas suelen hacerse por presión popular y llegar tarde y mal, cuando ya el descontento es incontenible y las ansias populares de cambio irrefrenables. No obstante, todavía pasarían 12 años (desde 1905 a 1917) antes del derrumbamiento definitivo de la autocracia zarista. La derrota en los frentes de la Primera Guerra Mundial y la agitación bolchevique serían los dos factores desencadenantes de la Revolución de Octubre.





Un destacamento de caballería dispuesto a interceptar la manifestación.



El erotismo: una de las claves para entender la sociedad.

1905

EN 1905 se publicó en Viena el libro Tres ensayos sobre la vida sexual. *Su autor, Sigmund Freud, era un médico de origen judío que había desarrollado una curiosa teoría sobre la etiología de la histeria y de la neurosis, teoría que exponía mediante conferencias semanales en la universidad de Viena. A pesar de que el claustro de esta eminente institución le había vetado el acceso a la misma en calidad de profesor, por considerarlo un charlatán aventurero, negando valor científico a sus descubrimientos, la fama de Freud ha trascendido su ciudad y su época, y sus aportaciones han quedado incorporadas al patrimonio cultural de nuestra sociedad.*

FREUD Y EL PSICOANALISIS



«¿Crees que lo que los niños dicen mientras duermen tiene que ver con el soñar? Si es así, puedo contarte un caso reciente de un deseo soñado: el de mi hija Anita, una niña de año y medio a la que hubo que tener un día entero sin comer ya que había vomitado y se suponía que a causa de un empacho de fresas. Tras un día de ayuno y durante el sueño de la noche siguiente, Anita repitió estas palabras, como si se tratara de un menú: fresas, bayas silvestres, pudin, pastel, papilla.» Carta escrita por Freud al doctor Wilhelm Fliess el 31 de octubre de 1897.

*Tras un intenso noviazgo y numeroso intercambio epistolar, Freud contrajo matrimonio con Marta Bernays en 1886. Ambos formaron una familia modelo de tipo tradicional, con seis hijos, pero sus relaciones afectivas se fueron apagando con el tiempo. En 1981 se descubrieron unas cartas (*Le Nouvel Observateur*, 31-10-1981) que sugieren un posible romance entre Freud y una bella paciente rusa, Sabina Spielrein, quien una vez curada de su «psicosis histérica» llegó a ser una buena psicoanalista. Parece ser que Sabina también fue amiga de Karl Gustav Jung, el psiquiatra suizo que se rebeló contra la «doctrina oficial» de Freud.*

La Europa de Freud

Freud había nacido en Freiberg en 1856, en el seno de una familia judía. Freiberg es una pequeña ciudad checoslovaca, al sudeste de Moravia, que formaba parte entonces del imperio austro-húngaro. En ella se asentaba una floreciente comunidad judía a la que pertenecía Jakob Freud. Jakob se dedicaba al comercio de lana, pero ciertos problemas económicos relacionados con la guerra franco-prusiana que levantaron una ola de antisemitismo en la zona obligaron a la familia a desplazarse a Leipzig y posteriormente a Viena, nueva etapa de un éxodo que se prolongaba a lo largo de generaciones y que tendría su último destino para Sigmund en su emigración forzada a Londres a raíz de la invasión nazi de Austria.

La Viena que acoge a los Freud era una ciudad cosmopolita, capital de un vasto imperio y uno de los centros neurálgicos de la convulsa Europa. La ciudad estaba en pleno apogeo. Desde mediados del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial experimentó un renacimiento cultural en todos los campos: música, filosofía, literatura, matemáticas y economía. En aquel fermento intelectual, los judíos cultos y emancipados estaban en una posición privilegiada para buscar las verdades ocultas, pues nada tenían que esperar de la hipocresía de un imperio en decadencia.

La emperatriz Elizabeth, la inefable *Sissi*, esposa del emperador Francisco José, provocó el estupor de uno de sus íntimos al decirle que Austria-Hungría no era más que una amalgama política enteramente artificial, polarizada en opuestas tensiones raciales (alemanes, húngaros, checos, servios, lombardos, venecianos) que acabarían disgregándose en sus distintas poblaciones y que no consentirían nunca en integrarse coactivamente en un todo común. Intuición certera que ella no pudo, sin embargo, confirmar, ya que murió dos años antes de finalizar el siglo. Si a este cuadro añadimos los grandes movimientos sociales de la época —el ascenso de la burguesía y la irrupción del proletariado organizado en la historia, la crisis de los imperialismos y el nacionalismo emergente—, tendremos una visión de la Europa en ebullición, sometida a tensiones y fuerzas contrapuestas, que desembocaría en las dos guerras mundiales del siglo XX, en la que vive y crea su obra Sigmund Freud.



Freud y Martha Bernays.

Una formación académica

Freud, que tenía una formación académica y era hijo del racionalismo de la Ilustración, consideraba el pensamiento como la cualidad superior del hombre, por encima del sentimiento y de los afectos. Fueron su racionalismo y su amor a la verdad los que le dieron la fuerza y el estímulo suficientes para proseguir sus investigaciones enfrentándose a los prejuicios más arraigados de su época y a las concepciones del estamento científico vienés. Y, sin embargo, los descubrimientos de este hijo de la razón ponen precisamente de manifiesto la exigüidad de la razón misma: la consciencia no es más que una mínima parte de la vida psíquica estrechamente limitada por la actividad inconsciente, que es el reino de lo instintivo. Darwin y Freud apearon al hombre del pedestal en el que la edad moderna lo había elevado. A partir de ellos ya no podemos considerarnos más como separados y por encima de la naturaleza, dominando sus fuerzas ciegas gracias a nuestra cualidad superior, sino que debemos vernos como parte integrante de ella, reinstaurada en nuestra conciencia la unidad de la vida.

Freud se consideraba dentro de la tradición de los grandes hombres de la historia de la ciencia: Kepler, Newton, Copérnico, Darwin; y no estaba descaminado en su creencia, pues el psi-

coanálisis ha supuesto un nuevo giro en la concepción del hombre y de las relaciones sociales, que ha quedado incorporada no sólo a la ciencia, sino a la vida cotidiana de las sociedades occidentales. Sus influencias pueden rastrearse en la psiquiatría, la psicología y también en la medicina psicosomática; en la antropología, la filosofía, la lingüística, la pedagogía, la criminología y la crítica literaria y artística en general. Ha quedado también incorporada en la producción artística y cultural. El surrealismo, con la escritura automática, y el dadaísmo se inspiraron directamente en las actividades del entonces recién descubierto inconsciente.

Freud tenía una sólida formación académica. Había estudiado fisiología del sistema nervioso con el eminente Brücke, luego se interesó por la neuropatología, para finalmente, junto a Charcot, iniciarse, en la Salpêtrière de París, en la enfermedad mental, en especial la neurosis y la histeria, que se trataba por medio de la hipnosis. El hecho de que bajo sugestión hipnótica los síntomas histéricos desaparecieran impresionó vivamente su imaginación.

A su vuelta a Viena trabajó con su amigo y colega Joseph Breuer en esta línea. Breuer había descubierto que, estimulando a sus pacientes a hablar sobre sus problemas emocionales cuando se hallaban en estado hipnótico, llegaban a revivir sucesos sobrecogedores que habían olvidado. Esto les producía una descarga o «catarsis» emocional.

Freud vislumbró en esto la posibilidad de una terapéutica que pudiera producir, sin necesidad de la hipnosis, una relajación semejante. Sustituyó la hipnosis por la asociación libre, que consistía en pedir al paciente que dejara vagar su mente en libertad, expresando todas las ideas que se le ocurrieran, por muy extrañas, ilógicas, ridículas o vergonzosas que pudieran parecerle, y observó que, tarde o temprano, se producían recuerdos asociados al síntoma neurótico que despertaban una serie de emociones dolorosas ligadas a experiencias sexuales infantiles traumáticas, reales o, como descubrió posteriormente, fantásticas. Este descubrimiento sorprendente abrió una puerta que Freud se decidió a franquear: había que indagar en los primeros años de la vida, y más concretamente sobre la sexualidad en este período. Iría por ahí. Breuer consideraba que ésa era una pista falsa y se separó de Freud, no sin antes manifestarle su disgusto

Las revolucionarias teorías de Freud y la fundación de la escuela psicoanalítica, pronto le dieron fama y popularidad universal, especialmente en los países anglosajones y, sobre todo, en los Estados Unidos de América. En 1909, Freud realizó un viaje por diversas ciudades norteamericanas, destacando su estancia en la Clark University de Worcester, estado de Massachusetts, donde dictó varias conferencias y fue investido doctor honoris causa. *En la foto Freud aparece al lado de Jung, Ferenczi, Ernest Jones y otros doctores.*



Clark University, 1909.



Postal erótica de la época.



«... para el varón la madre es el primer objeto de amor».

por el camino que éste elegía. Esta fue la primera acusación de pansexualismo, crítica que se repetiría muy frecuentemente a lo largo de su vida.

Entorno familiar y autoanálisis

Freud contrajo matrimonio en 1886 con Martha Bernays, después de un noviazgo de cuatro años atenazado por su precaria situación económica y por su deseo de casarse con ella. De esta época son los descubrimientos sobre el poder de la cocaína para aliviar la angustia y la depresión, la cual había estado experimentando sobre sí mismo, con Martha y sobre sus amigos.

Freud estaba profundamente enamorado de Martha cuando se casó con ella. Tuvieron seis hijos, de los cuales Ana, la menor, siguió los pasos de su padre, con contribuciones originales al psicoanálisis, a la vez que se entragaba al cuidado de su padre durante los últimos años de la vida de éste. Pero, poco a poco, la pasión fue apagándose y Freud comenzó a volcarse cada vez más sobre su trabajo: Martha no compartía sus intereses y se mantenía alejada de sus descubrimientos; él, por su parte, no se preocupaba de los aspectos domésticos de su vida en común. En su vida privada, Freud era un hombre de costumbres muy tradicionales y, a pesar de sus concepciones revolucionarias sobre la sexualidad, tuvo siempre una actitud bastante victoriana a este respecto. Tenía Freud más de cuarenta años cuando decidió emprender su autoanálisis. Pasaba por un período de depresión, miedos y disgustos que le condujeron a explorar dentro de sí mismo. De esta manera, los resultados combinados de lo que encontraba en sus pacientes y en sí mismo fueron perfilando su teoría. Descubrió que los síntomas son las manifestaciones en la conducta de procesos psíquicos inconscientes, satisfacciones sustitutivas de deseos reprimidos. Con la interpretación, los procesos inconscientes se hacen conscientes y el síntoma desaparece, produciéndose una transformación interna del enfermo.

Fruto de su autoanálisis son la elaboración de su libro *La interpretación de los sueños* y su teoría sobre la vida sexual, expuesta en *Tres ensayos sobre la vida sexual.* Ambas obras fueron mal acogidas.

A los seis años de su publicación (1900) sólo se habían vendido 351 ejemplares de *La interpretación de los sueños.* Para él, el sueño es el guardián del reposo: su función consiste en alejar cualquier excitación, somática o psíquica, que pueda afectar al durmiente llegando a despertarlo, y lo hace mediante la satisfacción alucinatoria de los deseos. Cuando se trata de de-

seos inconscientes inaceptables para el yo, la censura actúa deformando el sueño y transformándolo de manera que no sean reconocibles por la consciencia las tendencias prohibidas.

«Tres ensayos sobre la vida sexual»

Los *Tres ensayos sobre la vida sexual* provocaron la indignación y el escándalo de muchos. Freud descifró los fenómenos de la sexualidad infantil y puso de manifiesto la enorme complejidad de la vida emocional de este período. La sexualidad no comienza en la pubertad, sino mucho antes. Las llamadas «perversiones» corresponden a etapas de la sexualidad infantil, por lo que denominó a los niños «perversos polimorfos».

Ejemplificó —con el mito de Edipo— el conflicto que separa la sexualidad infantil o pregenital de la genital o adulta. El oráculo había predicho a Layo que su hijo Edipo le mataría y se casaría con su madre. Edipo, efectivamente, mató a su padre en una riña, sin saber quién era, y luego se dirigió a Tebas, donde desposó a su madre Yocasta, tras descifrar el enigma de la esfinge.

La libido, o energía sexual, tiene en el recién nacido una forma vaga y difusa que irá evolucionando y fijándose sucesivamente en diversos órganos, dando lugar a las etapas de la sexualidad: oral, anal, fálica y genital o adulta. Las peripecias de la libido durante este proceso serán de capital importancia en la formación de la personalidad sana o neurótica del adulto. La satisfacción o frustración que reciba y la actitud de los padres determinarán las fijaciones y la mayor o menor dificultad para el paso de unas etapas a otras.

En la fase fálica, el niño se siente atraído por su madre, al mismo tiempo que experimenta sentimientos de celos y resentimiento contra su padre, al que considera su rival. Entre los cuatro y cinco años se resuelve el complejo de Edipo, entre otras razones por el temor del hijo hacia el padre, mediante la identificación con éste para lograr, cuando crezca, una mujer como su madre.

La terapia psicoanalítica

Según la teoría freudiana, el carácter es el resultado de una lucha a tres bandas entre el mundo externo, el yo y el Superyo. El recién nacido es una masa de impulsos y tendencias instintivas sin dirección ni objeto: esto constituye el Ello. Una parte se separa y se diferencia del Ello, con el objeto de adaptar sus exigencias a los imperativos de lo real: es el yo. De las cenizas del complejo de Edipo y del miedo al castigo o al rechazo de los padres surge el Superyo, que es la incorporación interiorizada de las normas parentales y, por ende, sociales, que imponen sus condiciones a la satisfacción instintiva del Ello. Cuando alguna tendencia instintiva es incompatible con las normas del Superyo, es reprimida y se le impide llegar a la consciencia, con lo que podría derivar en una satisfacción sustitutiva, en forma de síntoma neurótico.

Se configura, pues, el psicoanálisis como un método para el tratamiento de las enfermedades mentales que trata de hacer consciente lo inconsciente utilizando como herramienta la asociación libre. La vía de acceso al inconsciente está formada por el análisis de los actos fallidos sintomáticos, la interpretación de los sueños y el desciframiento de los síntomas mediante la indagación en el pasado del paciente. Los síntomas neuróticos surgen cuando ciertos procesos psíquicos que hubieran debido desarrollarse hasta llegar a la conciencia han visto interrumpido su curso y han sido obligados a permanecer en el inconsciente mediante su represión. ¿Por qué se produce ésta? Porque dicho proceso representa tendencias o impulsos inaceptables para el yo.

«Pero ningún otro hecho retiene más nuestra atención que el de que el niño dirija sus apetencias sexuales a las personas más próximas a él por parentesco, en primer lugar al padre y a la madre... Para el varón, la madre es el primer objeto de amor; para la hija, el padre... Al otro progenitor se le ve con hostilidad, como a un rival perturbador... A esta estructura psíquica la llamamos complejo de Edipo, en alusión a la célebre leyenda griega», escribe Freud en el volumen XIV de sus obras completas. Abajo, vista de Viena, la capital del Imperio austro-húngaro, donde Freud realizó la mayor parte de su labor intelectual.



Viena.

«¡Psicoanalistas de todo el mundo, uníos!»

Poco a poco comenzaron a llegar discípulos interesados en la obra de Freud —médicos en su mayoría— a quienes las concepciones freudianas aportaban luz en su práctica clínica. Este primer núcleo solía reunirse semanalmente en la sala de espera de la consulta de Freud, que estaba repleta de libros y vitrinas con las antigüedades que éste coleccionaba, más por su admiración hacia el ideal pagano de la antigüedad clásica que por razones estéticas.

Al principio, el grupo se llamó Sociedad Psicoanalítica de los Miércoles, y en ella se discutían los trabajos del profesor y las aportaciones de cualquier miembro. A esta sociedad pertenecían, entre otros, Alfred Adler, Wilhelm Stekel, Karl Abraham, Otto Rank, Sandor Ferenczi, Victor Tausk.

Paralelamente, el psicoanálisis iba extendiéndose fuera de Austria, sobre todo en Centroeuropa y Estados Unidos. Comenzaron los viajes y los intercambios. En 1910, el húngaro Ferenczi propuso que se formara una asociación, la Sociedad Psicoanalítica Internacional, con filiales en diferentes países.

El grupo que se aglutinó en torno a Freud estaba fuertemente influido por varios factores. La

Freud con sus nietos Ernst y Heinerle.

Freud fue un padre modelo y literalmente un adorador de dos de sus hijas: Sophie y Anna, al igual que de sus nietos Ernst y Heinerle, hijos de la primera y de Max Halberstadt. Cuando murió Sophie y poco después Heinerle, Freud escribió traspasado de dolor: «Estoy soportando muy mal esta pérdida. No creo haber vivido nunca algo tan fuerte... En el fondo, todo ha perdido valor para mí.» Abajo, una foto tomada durante el Congreso Internacional de Psicoanálisis, celebrado en Berlín en 1922. Freud repartió personalmente entre sus seis colaboradores más íntimos anillos iguales al suyo, algo que tenía un profundo significado simbólico. Freud, Ferenczi, Sachs, Rank, Abraham, Eitingon y Jones se autodenominaron desde entonces Die nieben ringe *(Los siete anillos).*



Congreso Internacional de Psicoanálisis, Berlín, 1922.

personalidad del profesor y la fascinación que ejercía sobre sus discípulos le convertían en algo más que un maestro; él era una suerte de padre. Si añadimos a esto la hostilidad del ambiente y el hecho de que tenían conciencia de estar introduciendo un cambio radical en la concepción del hombre, que iba a afectar a amplios aspectos de la vida y de las relaciones sociales, podemos explicarnos algunas de las características del movimiento psicoanalítico, su cariz militante, su preocupación por mantener la «pureza» de la doctrina y un cierto mesianismo.

Para Freud, la institucionalización de su movimiento no sólo aseguraba la viabilidad futura de su obra, sino que le proporcionaba una actividad exterior a la que dedicar sus energías. El movimiento se convirtió en una prolongación de su propia familia, cuyas deficiencias suplía.

Así, muchas de las contribuciones posteriores toman la forma de rebeliones y herejías que terminan en cisma. Tal fue el caso de Adler, Jung, Rank y tantos otros.

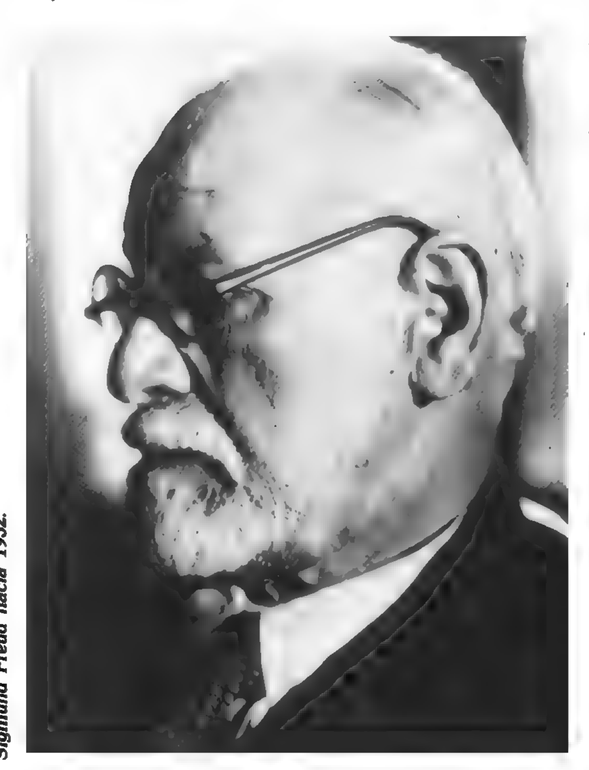
En 1910, Freud nombró a Alfred Adler presidente de la Sociedad de Viena, a pesar de existir entre ambos diferencias tanto personales como teóricas. Adler, que era médico, había estado interesado en el estudio de la capacidad del cuerpo para compensar sus desperfectos. Pensaba que algo similar podía pasar con la vida psíquica, y que la personalidad debía configurarse como un intento de superación de un defecto físico. Esta idea fue convirtiéndose paulatinamente en el eje central de la concepción adleriana de la vida psíquica. El carácter se basaría, según él, en un conjunto de actitudes que el niño desarrolla para superar los sentimientos de inferioridad y desvalimiento que experimenta en su situación familiar, provocados por su constitución física, su sexo, el lugar que ocupa en la familia o el de ésta en la sociedad. Adler atribuía a la lucha por el poder, como forma de compensación de la inferioridad, todos los fenómenos que Freud consideraba de naturaleza sexual. Las divergencias entre ambos culminaron con la separación de Adler, que fundó por su cuenta su propia sociedad.

Jung, o la rebelión del elegido

El caso de Karl Jung fue más doloroso para Freud. Jung era ya un psiquiatra de reconocido prestigio en Suiza cuando conoció a Freud. Había diseñado una prueba de asociación de palabras para medir las reacciones a ciertos estímulos significativos. Cuando visitó a Freud en 1906 se estableció entre ellos una profunda relación que duraría seis años. Su llegada supuso para éste la ruptura del estrecho círculo vienés, una proyección más universal del psicoanálisis, a la vez que una forma de reconocimiento oficial en contraste con la falta de consideración de que era objeto en los círculos científicos vieneses. Freud estaba fascinado con él y lo consideraba como el sucesor que velaría por el movimiento cuando él faltase. En 1910 fue elegido presidente de la Sociedad Internacional, no sin despertar rivalidades entre otros miembros destacados de la misma.

Sin embargo, Jung tenía una personalidad poco propicia para encuadrarse en una asociación, y su carácter rebelde no le permitía adscribirse a un movimiento tan formalizado como era la sociedad.

Jung aplicó la teoría psicoanalítica al estudio de la fabulación de los psicóticos, en los que el juego simbólico es de gran riqueza. Estaba muy interesado en el ocultismo, en la mitología y en el estudio comparado de las religiones, temas que le unían a su gran amigo Herman Hesse. Observó la extraordinaria unanimidad del tema mitológico en las diversas culturas, cuyos símbolos aparecen recurrentemente también en los pacientes, sin una relación directa con su experiencia. A estos temas recurrentes los llamó «arquetipos». La psique, según él, constaría de tres niveles y podría explicarse por analogía con un conjunto de islas. La tierra firme sería el cons-



Sigmund Freud hacia 1932.

Las ideas de Freud, junto a las de Marx y Einstein, contribuyeron a crear la nueva visión del mundo del hombre del siglo XX. Sobre su vocación científica Freud escribió: «En mis años juveniles se hizo imperiosa para mí la necesidad de penetrar algo en los enigmas de este mundo y de quizás poder también contribuir algo a su solución... Por eso ingresé en la facultad de Medicina.»



KARL GUSTAV JUNG (Kesswil, Thurgovie, 1875-Küsnacht, Zurich, 1961)

Hijo de un filósofo, pastor protestante, mostró desde niño viva imaginación y vivió la religión como «misterio tremendo»; tal experiencia contribuyó, en alguna medida, a distanciarle de su padre, hombre presa de dudas religiosas.

Rompiendo con la tradición familiar, Jung renunció a la idea de ser pastor y cursó medicina en Basilea y Zurich. Trabajó como psiquiatra en la clínica psiquiátrica de la universidad de Zurich, amplió estudios con P. Janet en la Salpêtrière, de París (1902), pasando después al asilo Berghölzli, de Zurich, donde trabajó a las órdenes de E. Bleuler. Su encuentro con Freud data de 1907, y la relación entre ambos fue tan fecunda que no tardó Jung en ser considerado el «príncipe heredero» entre los discípulos de Freud; en efecto, en 1911 era presidente de la Sociedad Psicoanalítica Internacional. Pero el distanciamiento, que llevó a la ruptura entre ambos en 1913, comenzó cuando Jung puso en tela de juicio, entre otros fundamentos de la teoría psicoanalítica, el papel desempeñado por la sexualidad en los trastornos neuróticos y el carácter universal del inconsciente, que para él era cultural.

Jung, convertido en el más destacado representante del «ala derecha» del psicoanálisis, fue jaleado por quienes le consideraban el expurgador del psicoanálisis de la «obscena» preocupación freudiana por los temas sexuales.

También se distanció mucho de Freud en su concepción y aplicación de la terapia psicoanalítica, acuñando la denominada «terapia analítica».

En 1921 publicó los *Tipos psicológicos,* donde desarrolló una teoría cuaternaria de la psique, cuyas funciones —sensación, sentimiento, intuición y pensamiento— podrían, a su vez, manifestarse como introversión o extraversión, dando lugar a una teoría de los arquetipos, nunca puros, por supuesto. Jung, muy influido desde sus primeros estudios por la filosofía de Nietzsche, es autor de amplia producción, interesado por los asuntos más dispares, de la filosofía oriental a la pintura surrealista, de la antropología a la literatura de Joyce. De 1933 a 1941 fue profesor de psicología en la Universidad Politécnica Federal de Zurich y, desde 1943, profesor de Psicología Médica en la universidad de Basilea.

Fascinado desde la Primera Guerra Mundial por Alemania, a la que creía destinada a desempeñar un papel de primer orden en Europa, se interesó por el régimen nazi bastante más de lo que admite la bibliografía al uso. En mayo de 1933, cuando los libros de Freud eran quemados en la gran hoguera de Berlín y la Sociedad Alemana de Psicoterapia estaba controlada por los nazis, Jung aceptó ser editor del órgano oficial de la misma, en el que, junto a él y desde 1936, figuraría también Hermann Goering.

En su condición de «ario», no tuvo el menor reparo en presidir una sociedad de psicoanalistas «arios» y alguno de sus congresos.

De su amplia producción, la mayoría traducida al castellano, se puede recordar la *Teoría del psicoanálisis* (1913), *El yo y el inconsciente, El secreto de la flor de oro. Un libro de la vida chino, La psique y sus problemas actuales, La relación entre la psicoterapia y la cura de las almas, Realidad del alma, Psicología y religión, Psicología y educación, Simbología del espíritu, Consciente e inconsciente y Presente y futuro.*



Freud llega a París camino de su exilio en Gran Bretaña.

ciente; la parte sumergida sería el inconsciente personal, que él ve como una fuerza creadora y positiva, en contraste con la visión de Freud; el fondo marino, que es común a todas las islas, sería el inconsciente colectivo, una rica herencia cultural que arranca de la noche de los tiempos y se enriquece progresivamente. Su separación se produjo tras una confrontación pública con Freud.

Otto Rank y Wilhelm Reich

Otto Rank llegó a tener una importancia personal para Freud, que fue su mentor y protector, y le ayudó y estimuló en sus trabajos. Rank se interesaba por la mitología como proyección de los conflictos humanos, y subrayó el papel de la madre en el desarrollo del niño. Para Freud, el conflicto por excelencia era el complejo de Edipo, y no daba especial relevancia a todo lo anterior. Rank, por el contrario, puso todo el acento en la madre preedípica, con su teoría de que la angustia procedía del momento del nacimiento, el trauma del nacimiento, y que debía volver a experimentarse en la terapia para poder reelaborarla. En los diarios de Anaïs Nin, a la que psicoanalizó, puede encontrarse una descripción elocuente del carácter del discípulo de Freud.

El caso de Wilhelm Reich es muy peculiar. Reich era marxista y pretendía establecer un puente entre el psicoanálisis y la ciencia social. Se acercó al grupo vienés a principios de la década de los veinte y frecuentó las reuniones en casa de Freud. Consideraba que la salud dependía de la potencia orgásmica y era partidario de la satisfacción sexual plena y libre. Pensaba que lo que los analistas ortodoxos llamaban «sublimación» no era sino la racionalización de las inhibiciones sexuales burguesas, y abogó siempre por cambiar la estructura tradicional de la familia occidental como medida profiláctica, lo que causaba estupor entre el círculo ortodoxo. Reich estuvo en la Unión Soviética, donde se pusieron en práctica sus ideas sobre la educación de la juventud durante algún tiempo. Murió en prisión en Estados Unidos.

Freud escribió *El malestar de la cultura* como respuesta a la postura de Wilhelm Reich, estableciendo que la civilización y el progreso de las sociedades se levantan sobre el sacrificio de la vida instintiva.

Este lazo entre psicología y ciencias sociales ha sido predominantemente establecido en Estados Unidos, donde el psicoanálisis tuvo un rápido desarrollo. Karen Horney recapacita sobre la importancia del marco cultural que no sólo establece el criterio de lo «normal» y lo «anormal», sino que también es la fuente de angustia para el yo, al crear valores a los que el sujeto tiene que adaptarse.

Exilio y muerte

Los últimos años de la vida de Freud transcurrieron en continua lucha contra la enfermedad. En 1923 había contraído un cáncer de mandíbula cuyo avance fue inexorable a pesar de los diversos tratamientos y las innumerables intervenciones a que se sometió. Como consecuencia tuvo que usar una prótesis que sustituyera los tejidos extirpados.

Los años del ascenso del nazismo, con el desencadenamiento de una ola de antisemitismo, crearon un ambiente claramente hostil al psicoanálisis. En 1933 se quemaron públicamente en Berlín las obras de Freud y de otros autores. El mismo año se neutralizó la Sociedad Alemana de Psicoterapia, desgajándola de la Sociedad Internacional y confiscando sus bienes. El éxodo de analistas judíos se intensificó por estas causas, y los pocos que todavía no habían abandonado Alemania se apresuraron a hacerlo.

El 11 de marzo de 1938, los nazis invadieron Austria. Freud, que, desoyendo los consejos de sus amigos, se había resistido a dejar Viena, después de recibir dos visitas de la Gestapo en su propia casa se vio obligado a marchar al exi-

lio. El presidente Roosevelt intervino ante las autoridades nazis para que permitieran su salida. El 4 de junio dijo adiós a Viena, acompañado de su mujer, su hija Ana y dos sirvientes.

El 23 de septiembre del año siguiente, derrotado por el cáncer, moriría en Londres. Su nombre ha quedado incorporado a la nómina de científicos cuyos descubrimientos han marcado hitos en la historia del pensamiento, y puede alinearse, como él deseaba, con Kepler, Newton, Copérnico, Darwin. Su obra ha abierto un diálogo entre la razón y la locura que nos libera a todos, «sanos» y «enfermos», de los estrechos límites a que los conceptos «normal» y «anormal» nos habían confinado. Gracias a él podemos navegar por nuestros infiernos personales con una perspectiva y un horizonte de salida. El psicoanálisis no sólo ofrece una esperanza a la neurosis, el llamado «mal del siglo», sino que también arroja una potente luz sobre las tinieblas atormentadas de la psicosis.

M. C. V.

Bibliografía básica

FREUD, S.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de la neurosis,* Alianza Editorial. Madrid, 1970.

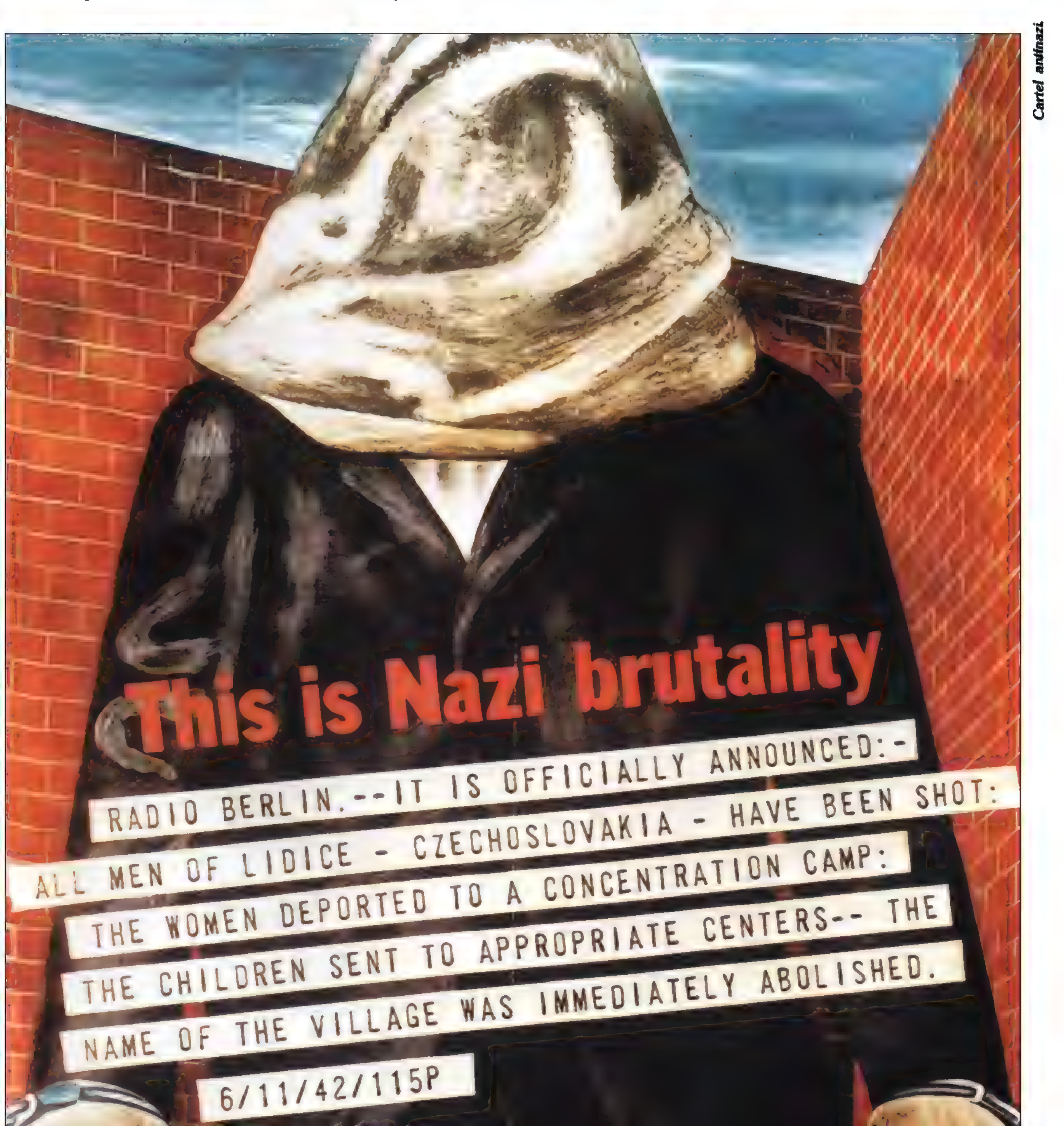
FREUD, S.: *Introducción al psicoanálisis,* Alianza Editorial. Madrid, 1967.

HESNARD, A.: *La obra de Freud y su importancia para el mundo moderno,* Fondo de Cultura Económica. México, 1972.

JONES, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud,* Anagrama. Barcelona, 1970.

ROAZEN, P.: *Freud y sus discípulos,* Alianza Universidad. Madrid, 1978.

En sus últimos años Freud confesaba su aversión a ser fotografiado, ya que, afirmaba, «soy tan vanidoso que no sé conformarme con la idea de la decadencia física». Cuando los nazis quemaron públicamente sus libros, en 1933, Freud escribió a Ernest Jones: «¡Qué progresos hacemos! En la Edad Media me hubieran quemado a mí: hoy se conforman con quemar mis libros.» Pero el tanatos o instinto larvado de muerte que todos llevamos dentro y que Freud describió, pronto empujaría a los nazis al asesinato masivo y la barbarie.



Cartel antinazi.

CRONOLOGIA

Política internacional

El general ruso Anatoli Mijailovich Stoessel, suprema autoridad militar en Port Arthur, se rinde a los japoneses.
Guillermo II de Alemania desembarca en Tánger y exige que se respeten los intereses de su país en Marruecos. Empieza la primera crisis marroquí.
Las tropas rusas ametrallan a los obreros que integraban la manifestación pacífica ante el Palacio de Invierno del zar en San Petersburgo. Este día será conocido en la historia como «El domingo rojo». Levantamiento del pueblo contra el régimen zarista. La revolución es aplastada.
La armada japonesa, al mando del almirante Togo, destruye la flota rusa en el estrecho de Tsushima.
El tratado de Portsmouth pone fin a la guerra ruso-japonesa.
Sir Henry Campbell es nombrado primer ministro de Gran Bretaña al acceder al poder los liberales.
El gran duque Sergio, gobernador de Moscú, es asesinado en el Kremlin por Ivan Kalayev, quien arrojó una carga de dinamita sobre su coche.
Noruega se separa de Suecia. El príncipe Federico Carlos de Dinamarca es coronado como rey Haakon VII de Noruega.
El zar Nicolás II publica El Manifiesto de octubre, *en el que concede la Duma imperial (Asamblea con representación parlamentaria elegida por la población).*
Firma de un acuerdo militar franco-británico.
Nace en Dublín el partido independentista Sinn-Fein, fundado por Arthur Griffith.

Sociedad

Separación de la Iglesia y el Estado en Francia.
Fundación de los primeros soviets (consejos obreros) en Rusia.
Conferencia internacional para la protección de los trabajadores celebrada en Berna (Suiza).

Economía

En Roma se funda el Instituto Agrícola Internacional.



Guillermo II, Kaiser de Alemania.



Tropas alemanas en Africa.



Huelga general de los mineros de la cuenca del Ruhr, que causa a Alemania la pérdida récord de 15 millones de jornadas de trabajo.

Ciencia y tecnología

Einstein publica en la revista científica alemana Amaleu der Phupik *su teoría especial de la relatividad. Se llamó «especial» porque sólo se refiere a objetos que se mueven en trayectoria rectilínea y a velocidad constante.*
Se comercializa la aspirina en Alemania.
Se ponen en circulación en Londres los primeros autobuses con motor.
Robert Koch, fundador de la bacteriología y descubridor del bacilo que lleva su nombre, es galardonado con el premio Nobel de Medicina.

Sucesos

Atentado contra Alfonso XIII en su visita a París.

Sublevación de los marinos rusos del acorazado Potemkin *delante del puerto de Odesa.*

Literatura

Henryk Sienkiewicz: premio Nobel.
Rubén Darío: Cantos de vida y esperanza.
Heinrich Mann: Profesor Unrat.
José Martínez Ruiz (Azorín): La ruta de Don Quijote.
Baronesa de Orczy: La Pimpinela escarlata.
Muere Julio Verne.

Teatro

Hugo von Hofmannsthal: Edipo y la esfinge.

Música

Claude Debussy: El mar.
Franz Lehár: La viuda alegre.
Richard Strauss: Salomé.
Manuel de Falla obtiene el premio de la Real Academia de Bellas Artes con la ópera La vida breve.

Pintura y escultura

Paul Cézanne: Las bañistas.
Eduard Munch: Cuatro muchachas en un puente.
Paul Klee: El héroe con alas.
Pablo Picasso: Retrato de la señora Canals.
En el Salón de Otoño de París exponen un grupo de pintores presididos por Henri Matisse y bautizados con el nombre de Les fauves *(Las fieras).*
En Dresde, Alemania, se forma el grupo de pintores expresionistas Die Brücke *(El puente).*

Arquitectura

Antonio Gaudí comienza la construcción de Casa Mila *(conocida como* La Pradera*).*
Franz Jourdain y Henri Sauvage: Grandes almacenes La Samaritaine, *París.*



Robert Koch, médico bacteriólogo.

El año 1906 pasó a la historia por dos catástrofes naturales que alcanzaron la categoría de tragedia, dado el inmenso número de víctimas humanas que ocasionaron. Dos fortísimos terremotos sacudieron el continente americano: el seísmo de Chile, originado por un corrimiento de la gran falla andina, y el terremoto de San Francisco, que destruyó en medio minuto la populosa ciudad norteamericana.



Vista de San Francisco tras el terremoto.

1906

EL TERREMOTO DE SAN FRANCISCO

UN miércoles, el 18 de abril de 1906, a las cinco horas, doce minutos y cuarenta y ocho segundos después de medianoche, la tierra bajo San Francisco se sacudió durante veintiocho segundos. Las masas rocosas de la falla de San Andrés, la más grande del mundo, cayeron con violencia y destrozaron la ciudad prácticamente en su totalidad. La magnitud del terremoto, medida por la escala Richter, fue 8.3.





Cocinando al aire libre.

El temblor de tierra de San Francisco, y todos los que como él superan los ocho grados en la escala de Richter (que mide la intensidad de los terremotos de 0 a 9), son capaces de romper el suelo a más de 170 kilómetros de su epicentro y producir grietas de más de cinco metros de anchura. El corte de los servicios básicos y los incendios que provocan suelen completar su labor devastadora, como ocurrió en el de San Francisco. Arriba, una mujer, alojada con su familia en una tienda de campaña, cocina al aire libre junto a las ruinas de su casa.

Veintiocho segundos en el infierno

Al movimiento de tierras le siguió un fuego que duró tres días. Si los resultados del terremoto fueron graves, peor fue el incendio. Las cañerías y los conductos que suministraban el agua a la ciudad desde las reservas situadas a más de 30 kilómetros de San Francisco quedaron destrozados. Se rompieron las conexiones de gas, los cables eléctricos se cayeron, chimeneas y calefacciones reventaron, y botes con productos químicos inflamables se esparcieron por la ciudad. La pérdida del abastecimiento de agua hizo imposible extinguir aquellos incendios que se produjeron en los primeros momentos, quedando prácticamente fuera de control. El fuego ardió imparable durante tres días, y la población y el servicio de incendios vieron horrorizados cómo las llamas consumían todo lo que encontraban en su camino; en algunos momentos la temperatura alcanzó los 2.000 grados farenheit. Por fin, el 21 de abril, cuatro días después, las cenizas fueron apagadas por la lluvia.

Los supervivientes huían despavoridos con lo que habían podido salvar: muebles, mantas, ropas de cama; en medio del desconcierto, las caras asustadas, como de piedra, dejaban paso al miedo y al terror: muchos de los evacuados se hallaban próximos al pánico. Perdieron la vida 700 personas, 250.000 se quedaron sin hogar, 512 bloques en el centro de la ciudad se destruyeron, 28.000 edificios y unas pérdidas evaluadas en 500 millones de dólares se convirtieron en cenizas humeantes y escombros.

El centro de la ciudad fue el más afectado: el distrito financiero y la totalidad de las oficinas, incluyendo todas las tiendas que se encontraban alrededor de la plaza de la Unión, y tres cuartas partes de la vecindad residencial fueron totalmente arrasados. Para los que llamaban a esta zona Chinatown, su devastación parecía largamente merecida.

La mayor pérdida de vidas tuvo lugar al sur, en una calle llamada Market, cuyos vecinos eran de la clase trabajadora y donde se calcula que vivía una sexta parte de los habitantes de la ciudad. Las viviendas construidas con materiales muy baratos fueron rápidamente consumidas por las llamas, que se extendieron hasta alcanzar una total conflagración.

El recientemente acabado edificio de la City Hall, que había costado seis millones de dólares y para cuya construcción se habían necesitado veinte años, fue totalmente devastado. La Oficina Central de Correos y la Casa de la Moneda se salvaron gracias a los esfuerzos de sus empleados, quienes utilizaron toda el agua que se encontraba en los tanques de almacenamiento. El servicio postal se enorgullecía por no haber perdido ni una sola pieza del correo. El hotel Palace, a pesar de su buena instalación contra incendios, no tenía agua cuando las llamas afectaron al edificio. El fuego consumió numerosas comisarías, el Ministerio de Justicia, 38 escuelas, la biblioteca principal y casi todas sus filiales.

Según datos gubernamentales, un gran número de ciudadanos de San Francisco, desesperanzados y exhaustos, se emborracharon después de haber saqueado los bares y tiendas de licor, muriendo a continuación entre las llamas. Un periodista del este señaló un curioso detalle: «Si, como dicen, Dios protege a la ciudad, ¿por qué quemó las iglesias y salvó la destilería?»



El hambre de una gran ciudad.



El fuego vino a completar la labor devastadora del terremoto.

La tragedia anunciada

En octubre de 1905 (el mismo mes en que fue hecho público por la Asociación Nacional de Seguros contra Incendios) se convocó una reunión entre el alcalde de San Francisco Eugene Smicht y un grupo de ciudadanos procedentes de distintas esferas, preocupados por los problemas cívicos, para discutir un informe de la Asociación Nacional de Seguros contra Incendios que desasosegaba a Sullivan, el jefe de bomberos. El informe contenía esta alarmante afirmación: «San Francisco ha desmentido, no incendiándose, todas las tradiciones de las compañías de seguros y todos los ejemplos precedentes. Si esto no ha sucedido, se debe a la vigilancia del Departamento de Incendios, con el que no puede contarse indefinidamente para que evite lo inevitable.» El informe de la compañía de seguros no hacía más que señalar el riesgo. Tras una inspección exhaustiva y minuciosa, los ingenieros encontraron un defecto capital en el sistema de suministro de agua a la ciudad. Las conducciones eran inadecuadas para cubrir las necesidades en el caso de producirse un incendio de grandes proporciones. Sin embargo, pese a la advertencia, no se hizo nada.

Mucho antes de la tragedia, un hombre en San Francisco se había estado preparando para lo peor: era Sullivan, el jefe del Departamento de Incendios, que luchó día a día por evitar la destrucción de la ciudad, y que sabía que en caso de una catástrofe el mayor daño sería el corte del suministro de agua. Fue tildado de pesimista, pero su juicio era acertado. La lucha estaba entablada en torno a algo que abundaba en San Francisco: el dinero.

Sullivan necesitaba presupuesto con objeto de construir un sistema suplementario de agua salada para poner en activo una serie de aljibes abandonados durante mucho tiempo y que habían sido construidos por los hombres de la generación anterior bajo las calles de la parte baja de la ciudad y para comprar potentes explosivos y enseñar a sus hombres a manejarlos. Pero el ayuntamiento se negó a aportar dinero y el proyecto del jefe del Departamento de Incendios —disponer de un batallón de dinamiteros entrenados y listos para enfrentarse a cualquier emergencia— quedó frustrado. Pero Sullivan no era el único hombre enfrentado con el ayuntamiento: el general Frederick Funston, jefe de la guarnición del parque de bomberos, estaba igualmente furioso ante la conducta de la administración. Desde el día en que se conocieron, Funston desconfió del alcalde: «Está demasiado seguro de sí mismo, sonríe en seguida y luego da media vuelta.» Durante toda su vida juzgó a los hombres de acuerdo con unas reglas muy sencillas: debían ser tranquilos y juiciosos y debían dar la mano con un fuerte apretón. Eugene Smicht carecía de ambas condiciones.

Comienza la catástrofe

Por fin, cuando el día fatal llegó, el jefe de bomberos fue una de las primeras víctimas. Los otros, los miles de hombres y mujeres, optimistas sin razón, pudieron escapar sin heridas y reconstruir la ciudad como si nada pudiese volver a ocurrir.

Quinientos ochenta y cinco bomberos lucharon denodadamente para hacer frente a la catástrofe. Un intento a gran escala de romper el fuego utilizando la dinamita no tuvo resultados positi-

Los investigadores de la NASA (agencia espacial de Estados Unidos) no daban crédito a las imágenes transmitidas desde el satélite Viking, explorador de Marte, en diciembre de 1981. Las fotos geológicas de Estados Unidos, tomadas a enorme altura con una tecnología especial, ponían de manifiesto que el país está literalmente «cortado» por una enorme falla de 2.800 kilómetros de largo y hasta 140 de ancho, que va desde el estado de Washington, al noroeste, hasta el sur de los montes Apalaches. Por su parte, la falla de San Andrés corta el sureño estado de California en dos partes, a lo largo de más de 300 kilómetros. Cada día, la ciudad de Los Angeles se acerca lentamente pero sin pausa (unos cinco centímetros al año) a la de San Francisco, y quizás el terremoto de 1906 no haya sido más que el aperitivo de una gran catástrofe futura.



Las autoridades fusilan a los convictos de pillaje.

vos; en realidad, en muchos casos, el fuego se extendía bastante más de lo que se contenía. San Francisco no pudo defenderse ante la enormidad del desastre, y 300.000 personas tuvieron que refugiarse en tiendas de campaña que poco después cambiarían por cabañas. En aquel otoño, cerca de 17.000 personas, en su mayoría obreros, todavía vivían en barracas de madera por las que pagaban una renta de dos dólares al mes. Al final del verano de 1907, y hasta 1908, mucha gente cambió sus cabañas por parcelas privadas, donde aún viven muchos de ellos olvidando sus dramáticos orígenes.

El gobierno municipal tomó, después de la tragedia, las medidas necesarias para mantener el orden: en la mañana del miércoles 18 de abril, el mayor Smicht proclamó que las tropas federales, policía y oficiales especiales tenían autorización para matar a cualquier persona que fuera encontrada saqueando o envuelta en cualquier actividad criminal. Además, se había cortado indefinidamente el gas y la electricidad de la ciudad, y todos los ciudadanos debían permanecer en sus casas en las horas de oscuridad hasta que el orden fuera restablecido.

El jueves, las panaderías fueron autorizadas para comenzar a hacer pan, sin poder venderlo a más de 10 céntimos cada hogaza, teniendo cada comprador el número de hogazas limitado a cinco. Los centros de distribución comenzaron a repartir comida que se cocinaba en la calle. La ciudad se dividió en distritos, a los cuales se hacían llegar vagones de agua y comida.

Tras los dramas personales y los momentos caóticos que siguieron al terremoto y a los incendios, la población de San Francisco se organizó para la supervivencia. Las autoridades fusilaron a los convictos de pillaje, y al reparto de víveres y material siguió la reconstrucción de la ciudad en casitas bajas que han permanecido hasta ahora. Abajo, grietas causadas en un edificio que sobrevivió al terremoto de 1906.



Vista actual de un edificio que sobrevivió al terremoto.

Los profesores de la ciudad, de vacaciones forzadas, percibieron sus salarios y ayudaron de forma voluntaria a la restauración del sistema educacional impartiendo clases entre los refugiados para mantener a los niños ocupados en medio del caos. No se habló demasiado, pero se hizo lo posible por salvar las vidas humanas y los edificios donde poder refugiarse. Según unas declaraciones del alcalde de la ciudad, «en ningún momento hubo dificultades entre compañeros, ya que cada uno teníamos la orden concreta de cuándo debíamos ayudar y cuándo debíamos tener paciencia para esperar nuevas órdenes. Cada institución, perfectamente jerarquizada, actuaba cuando recibía instrucciones superiores para hacerlo».

Diecinueve horas después de producirse el terremoto llegaban a la zona devastada alimentos y medicinas, así como enfermeras y médicos que habían viajado durante toda la noche desde Los Angeles con la primera parte de la ayuda del mundo exterior. La ciudad trató de volver a la normalidad lo más pronto posible, y durante los diez primeros días que siguieron al desastre en la oficina del gobierno se pidieron 220 licencias de matrimonio.

Las cosas materiales podían ser repuestas; los edificios, construidos; las fortunas, ganadas de nuevo. La ciudad había sido testigo de esto en muchas ocasiones. Instituciones, tradiciones y aptitudes no podían rendirse ante terremotos o fuegos, y con energía y perseverancia, San Francisco volvió a ser lo que era.

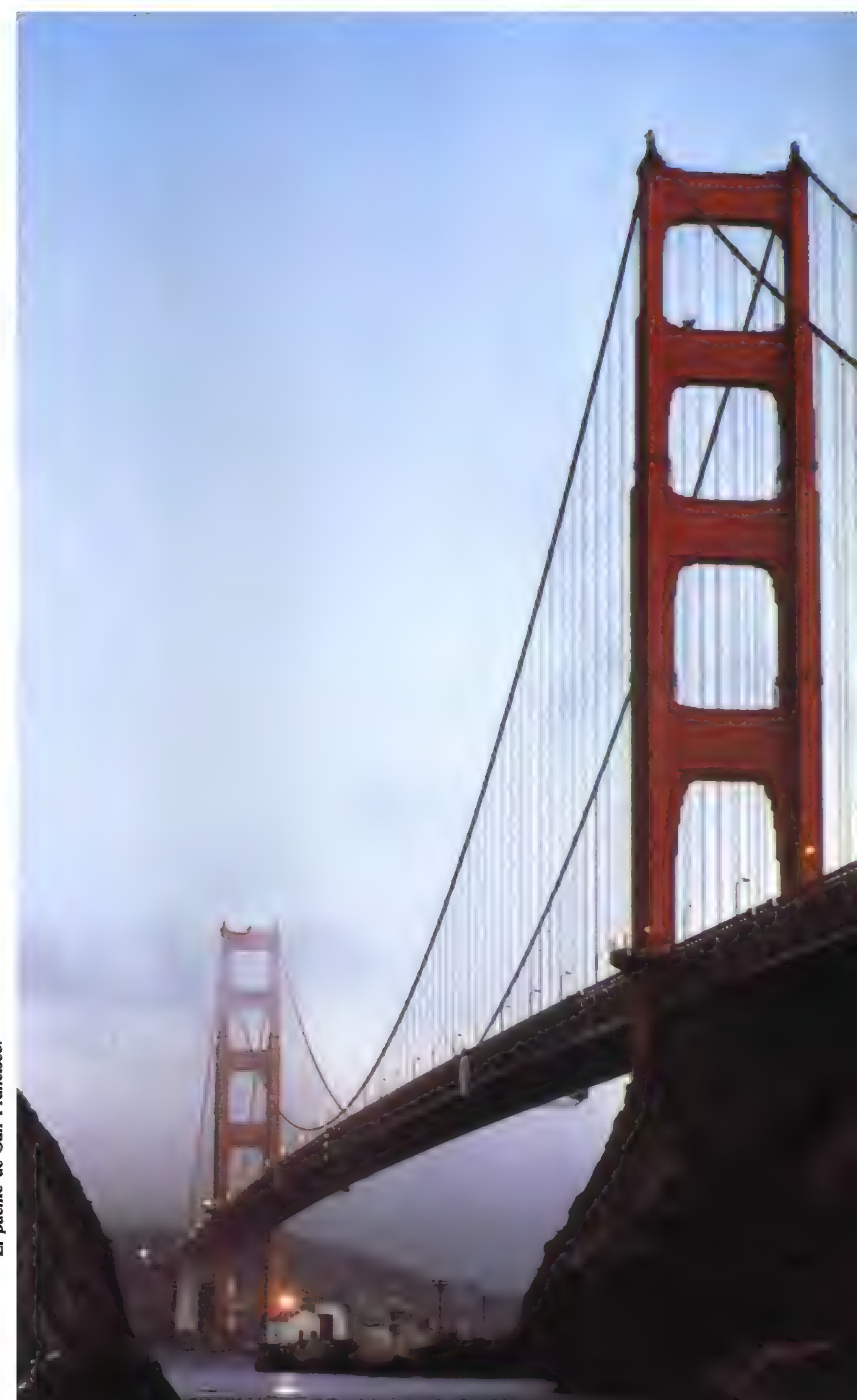
La tragedia se puede repetir

A consecuencia del movimiento de tierras y del fuego se comenzaron a estudiar profundamente los terremotos; tras pocas horas de investigación se descubrió que la ciudad estaba situada sobre la gran falla de San Andrés, que se extiende a lo largo de 950 kilómetros a través de la región costera de California y cuya existencia se había conocido sólo trece años antes. Se descubrió también que en 1857 la falla había levantado la tierra, abriendo una brecha de seis metros de ancho por dos metros y medio de longitud antes de cerrarse otra vez. En 1864, aún en plena fiebre del oro, San Francisco tembló hasta en sus aceras. Otros dos temblores agrietaron el ayuntamiento, las farolas, y las conducciones de agua y gas se rompieron, pero no hubo que lamentar ninguna muerte.

Tres años después, otro terremoto aún más fuerte y relacionado directamente con otra falla activa, la de Heyward, a 18 millas al este de San Andrés, se cobró en la ciudad las primeras víctimas. Cinco personas murieron a causa de la caída de ladrillos y cristales. Dos veces más, en 1890 y 1898, la ciudad sufrió nuevas sacudidas. En los últimos años, los sismólogos y los ingenieros de estructuras han recordado a los habitantes de San Francisco que puede volver a ocurrir. Los nuevos edificios de oficinas no soportarían un terremoto como el de 1906, y un nuevo derrumbamiento de la falla podría tener más graves consecuencias.

A. C.

En California, y siempre a causa de corrimientos geológicos en la falla de San Andrés, suele haber un terremoto del grado 5 de la escala de Richter cada diez años aproximadamente. El movimiento telúrico más reciente en la zona tuvo lugar el 4 de septiembre de 1981.


El puente de San Francisco.



Santiago Ramón y Cajal en su laboratorio

1906

RAMON Y CAJAL

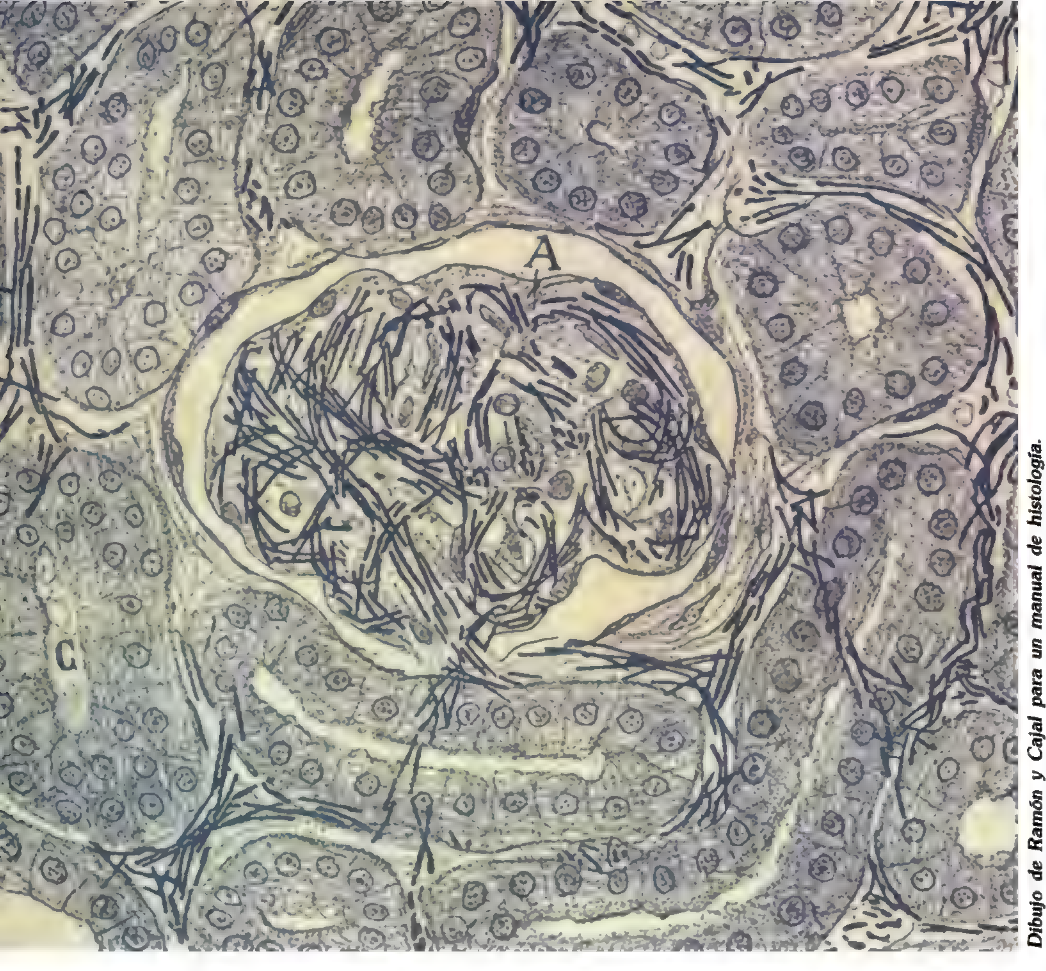
TODAVÍA hoy, Santiago Ramón y Cajal es contemplado con la admiración del que lee las aventuras de un superhéroe nacional. Es más, el estudiante, el científico o el profesor español de la década de los ochenta no comprende cómo con unos medios parecidos —no idénticos— a los actuales, en cuanto a formación y promoción, un desconocido médico aragonés pudo hacerse acreedor, en 1906, al más alto galardón: el premio Nobel. Y es que, a pesar de algunos intentos, la ciencia española está muy lejos de poder ser considerada como integrante de las avanzadas corrientes occidentales.

Ramón y Cajal dedicó su vida a la investigación, pero, además, luchó por sacar a España del anquilosamiento científico en que había caído. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, creada en 1907 y cuyo primer presidente fue Ramón y Cajal, trató de poner en comunicación a España con las corrientes científicas europeas, facilitando la formación en el extranjero de graduados y profesores. La idea central de la Junta: «El pueblo que se aísla se estaciona y se descompone...», recoge los anhelos europeístas de sus fundadores. Pero un hecho catastrófico significó, a la larga, el fin de este organismo: la Guerra Civil española.

Santiago Ramón y Cajal fue un trabajador infatigable que dedicó su juventud a regar el desierto de apatía de la ciencia española. Hombre multifacético, cosechó los frutos de sus investigaciones a partir de los cuarenta años, siendo aclamado en España como «un héroe nacional», una vez que su talento le había hecho triunfar antes en el extranjero. El mismo escribió sobre su labor: «Cuando un aragonés se decide a tener paciencia, que le echen alemanes.»



El diploma del premio Nobel.



Dibujo de Ramón y Cajal para un manual de histología.

Médico, psiquiatra, profesor, deportista, fotógrafo, habilidoso con las manos en el montaje y reparación de aparatos de laboratorio, excelente dibujante y pintor, todo esto fue Cajal, a la par que un hombre culto, progresista y dotado de una gran intuición. Uno de sus deseos más profundos fue «crear escuela» de investigadores españoles para que no pudiera ya escribirse como él hace en sus Reglas y consejos sobre investigación científica: *«La imparcialidad obliga a confesar que, apreciado globalmente, el rendimiento científico de los españoles ha sido pobre y discontinuo, mostrando, con relación al resto de Europa, un atraso, y, sobre todo, una mezquindad teórica deplorables.»*

La formación de un investigador

No se puede desligar la figura de Santiago Ramón y Cajal de la de su progenitor. Don Justo, que así se llamaba, influyó de manera decisiva en la formación de su hijo, no dudando en castigar severamente sus numerosas travesuras. Cajal recuerda en sus memorias la tenacidad del padre, tanto en su vida profesional como en la educación de la prole: para castigar sus malas notas no dudó en colocarle en una barbería o como aprendiz de zapatero, y, para alejarle de su afición al dibujo, ideó los más sorprendentes ardides. Distinto fue cuando comprendió que al niño le gustaba la medicina; entonces le inculcó la necesidad de estudiar el cuerpo humano directamente —cosa que ambos realizaron sobre cadáveres—. Con el beneplácito del padre, pudo entonces Santiago dibujar aquellas anatomías y plasmar todo lo que despertaba su inagotable curiosidad.

Una vez acabados sus estudios, Santiago se hace médico militar y poco tiempo después es destinado a Cuba. ¡Qué malos recuerdos guarda de la organización española en la isla! Aquejado de una grave enfermedad, vuelve a España y pide la baja, pero poco tiempo después sufre una seria recaída, por lo que su padre le envía al balneario de Panticosa. Santiago concedió mucha importancia en su curación a la fotografía, que le permitió dar curso a sus tendencias artísticas y que constituiría una afición para toda su vida.

Ya después de casado con Silveria, una mujer sencilla que permaneció siempre en la sombra ayudándole en su carrera, ganó una plaza de catedrático en Valencia, ciudad donde se declaró una epidemia de cólera. Santiago se dedicó a estudiar los posibles remedios e hizo un descubrimiento que un año más tarde se atribuirían dos científicos americanos. También realizó en la ciudad del Turia una serie de estudios sobre hipnotismo que sorprenden por los resultados.

Trasladado a Barcelona en 1887, tienen lugar allí sus primeros descubrimientos importantes sobre las células del sistema nervioso.

Aportaciones fundamentales a la histología y a otras ciencias

Uno de los momentos más importantes en la vida de Cajal fue el descubrimiento del extraño mundo que se contempla a través de un microscopio. Vale la pena detenernos unos instantes en los primeros años de la vida científica del futuro premio Nobel: después de ver por primera vez unas preparaciones microscópicas que le mostraron unos profesores de Madrid, Santiago decide instalar su laboratorio en Zaragoza, para lo que elige un desván. Pero le faltaba lo principal: un buen microscopio. Rápidamente escribe a un almacenista de instrumentos médicos de la capital y llega al acuerdo de compra de un Verick en cuatro plazos de 700 pesetas.

A continuación va adquiriendo, poco a poco, material complementario y empieza a comprar numerosos libros y revistas. Con la curiosidad de un artista que busca el tema de su obra, lo observa todo: tejidos, glóbulos rojos, músculos, etcétera. Pronto se siente atraído por un campo de investigación poco conocido: la histología —ciencia que estudia los tejidos orgánicos—, que no era objeto de atención de los profesores españoles de aquel tiempo, ya que la mayoría despreciaba la utilización del microscopio. Sin medios y sin maestros inicia así un largo camino de investigador solitario.

Por entonces, las mejores publicaciones de histología estaban en alemán, idioma que no dominaba, por lo que recurre a las revistas francesas que recopilan los trabajos de los principales investigadores germanos. En ellas empieza a hacerse familiar con los descubrimientos de los grandes científicos, y comprueba cómo en el nacimiento de la histología hay una serie de nombres fundamentales: el francés Marie-François-Xavier Bichat (1771-1802), considerado como el padre de la histología, y que fue el primero en hablar de los tejidos como la unidad morfológica y fisiológica del organismo, pero que no pudo intuir la existencia de la célula. El perfecciona-

miento posterior de los microscopios permitiría a Schleiden y a Schwann descubrir y perfeccionar el conocimiento sobre la unidad elemental de los seres vivos. Pero en la teoría de ambos investigadores había una serie de errores que serían corregidos por el gran biólogo y patólogo Rudolph Virchow (1821-1902), que fue la figura central de la medicina alemana durante cuarenta años. Sus aportaciones asombraron a Cajal. No sólo demostró que una célula procede siempre de otra, sino que es una unidad individual y vital de los órganos, y que la organización de las células constituye los animales pluricelulares. Además, contribuyó al establecimiento de la morfología celular y a dotar a la histología de una base estrictamente científica.

Atraído por las revelaciones de Virchow, que por aquel entonces gozaba de una fama merecida, Cajal se lanza a aplicar las teorías de tan insigne maestro al sistema nervioso. Después de ampliar sus conocimientos sobre anatomía patológica, necesarios para el buen fin de su empresa, intenta buscar un método de coloración que le permita el conocimiento del cerebro. La casualidad le acercó a la técnica de «coloración argéntica» (a base de nitrato de plata) que había sido descubierta por Golgi y abandonada al poco tiempo. La perfeccionó impregnando dos veces el tejido en nitrato de plata y decidió aplicarla al cerebro de embriones. Tras numerosos experimentos descubrió que la célula es la parte fundamental del sistema nervioso y que las fibras son sólo las prolongaciones de las que se vale para transmitir el impulso nervioso a otras células. De esta manera tiraba por tierra la teoría reticular, que decía que las fibras del sistema nervioso se unían en la sustancia gris formando una red, y demostraba los principios de Virchow en el tejido nervioso.

Un luchador solitario

Pero ahora comenzaba lo más duro, pues en la España en que vivía no existía una política oficial capaz de proteger y exportar los descubri-

La afición de Cajal a la fotografía le sirvió no sólo para desarrollar su innegable talento artístico, sino que, al igual que el dibujo, le ayudó en el desarrollo de sus investigaciones. Todo un premio Nobel que tenía a gala ser buen fotógrafo, hasta el punto de que en 1912 publicó su Fotografía de los colores. Bases científicas y reglas prácticas, *uno de los primeros tratados de la reproducción fotográfica de los colores. A base de tricromías y gelatinas, Cajal conseguía buenos resultados, destacando algunos retratos y bodegones en color.*



Autorretrato en color de Ramón y Cajal en su laboratorio.

Cajal también era aficionado a la astronomía y anotaba minuciosamente sus sueños para su posible interpretación psicoanalítica. Pero su verdadera vocación queda reflejada en una carta enviada al profesor alemán A. Boeke: «Mi pasión dominante es el culto de la verdad objetiva, juntamente con la indiferencia por las concepciones teóricas, que para mí son sólo instrumentos de trabajo, que deben ser sustituidos cuando no se ajustan a los hechos.» Puesto en contacto con las primeras feministas españolas, Cajal aceptó ser presidente honorario de la Liga Española para la Reforma Sexual sobre Bases Científicas, cuya secretaria era la famosa «señorita Hildegart».



Ramón y Cajal en la redacción del diario ABC.



Santiago Ramón y Cajal.

mientos de sus científicos. No sólo tuvo que darlo a conocer en el extranjero y defenderlo en solitario, sino que en ocasiones debió sufrir la indiferencia de sus compatriotas.

En 1889, Cajal decide salir de su aislamiento y comunicar al mundo la noticia. En un congreso de la Sociedad Anatómica Alemana celebrado en Berlín expone su teoría ante el asombro general. A partir de aquí comienza un largo camino en el que tratará de demostrar a sus detractores la verdad de sus afirmaciones. Para entonces sus escritos ya aparecen en las más importantes revistas científicas alemanas.

Poco más tarde, Santiago elaboró la «teoría de la polarización dinámica», al comprobar que el impulso nervioso va desde las dendritas al cuerpo celular y de éste al axón, que es el que lo transmite a las dendritas de otra neurona. Su libro *El sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, cuya elaboración le llevó diez años, recoge gran parte de sus investigaciones sobre el sistema nervioso.

A los cuarenta años, Cajal obtiene una cátedra de Histología y Anatomía Patológica en Madrid y se traslada con toda su familia. Su fama empieza a extenderse por el mundo, y un día de 1894 le llega una invitación para pronunciar su famosa *Croonian Lecture* ante la Royal Society de Londres y se le concede el título de doctor *honoris causa* por la universidad de Cambridge.



Durante una clase de anatomía, con sus alumnos.

Sin embargo, el éxito no desvía la atención de Cajal, que sigue dedicado a la investigación; después de desarrollar la teoría neurotrópica, aplica la técnica de tinción de Ehrlich y realiza importantes investigaciones sobre el quiasma óptico. Pero un crucial suceso para la historia de España —más por la trascendencia del hecho que por éste en sí— sumerge en la tristeza a Santiago: el desastre de Cuba abre un período de reflexión y análisis de los problemas españoles, a los que el científico no es ajeno. Cajal verterá en las páginas de sus libros los lamentos de toda una generación.

No había transcurrido mucho tiempo cuando le llegó una invitación de la universidad de Clark (Estados Unidos). ¿Qué hacer frente al enemigo de la nación? Sin embargo, el ofrecimiento es muy atractivo, y, animado por sus amigos, Cajal se traslada al gran país, donde es agasajado como se merecía.

A los cincuenta años, Cajal decide cumplir uno de sus secretos deseos: vivir en una casa con jardín. Para ello había que trasladarse a las afueras, y fija su residencia en la calle Amaniel. A partir de ahora empieza a recibir distinciones de numerosos países, incluida España: premio Moscú, gran cruz de Isabel la Católica, medalla Helmholtz, etc. También es nombrado director del Laboratorio de Investigaciones Biológicas, en el que tendrá a su disposición, por fin, un moderno material que le permite realizar importantísimas investigaciones.

El reconocimiento a su labor

Una mañana de octubre de 1906, Cajal recibe un telegrama procedente de Suecia en el que se le comunica la concesión del premio Nobel —que compartiría con Golgi— por su descubrimiento de la célula como parte fundamental del sistema nervioso. Es el momento de la fama. Todos se sienten compatriotas de Cajal, e incluso se le quiere nombrar ministro. El mundo entero empieza a conocer la labor de este investigador español. Sin embargo, no todo es esperanza: la Primera Guerra Mundial supone una ruptura con el exterior. A su término, Cajal comprobará que muchas de sus investigaciones, no traducidas por falta de tiempo, habían vuelto a ser realizadas por otros jóvenes científicos. Sin desmoralizarse, Santiago se lanza de nuevo a luchar por su merecido renombre en el extranjero y empieza a traducir gran número de trabajos. De dentro le llegan honores que compensan muchos sinsabores: la medalla Echegaray, la fundación del Instituto Cajal, que sería la sede de la Escuela Española de Histología —a la que acudirían científicos extranjeros, a pesar de la dificultad del idioma—, etc.

Cajal tenía una profunda vocación docente y era muy buen profesor. Tanto en el fondo como en la forma, sus clases eran magistrales y nada aburridas. Llenaba el encerado de esquemas y dibujos perfectísimos. Le gustaba mezclarse con los estudiantes y atender personalmente sus dudas, así como frecuentar los ambientes de éstos. El veterano periodista Luis Calvo cuenta cómo Cajal le pidió a uno de sus alumnos, Antonio Díaz Cañabate, que le cediera la vez en un lupanar de la madrileña calle de Lope de Vega, porque tenía prisa para volver a su laboratorio.



Don Santiago era reconocido y admirado por todos los españoles.

Los últimos años de su vida bajo la dictadura y la república los dedica, cómo no, a la investigación y a escribir. Pasión esta última que se acentúa tras la muerte de Silveria (1930). En uno de sus más famosos libros, *El mundo visto a los ochenta años,* mezcla sus experiencias arterioscleróticas con una serie de observaciones científicas y datos autobiográficos de gran interés. El 17 de octubre de 1934 desaparecía una de las más importantes figuras de la ciencia española, pero no así su huella: numerosos jóvenes investigadores habían sido preparados por Cajal para tomar el relevo del maestro.

La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas

Santiago Ramón y Cajal, autodidacta que había vivido la pobreza intelectual de España y que había admirado la labor de la Institución Libre de Enseñanza, veía necesaria la creación de un organismo que facilitara el contacto de los españoles con las nuevas ideas e investigaciones que circulaban por el mundo y que los ayudara en sus estudios y trabajos. Admirábase Santiago de la falta de unidad entre los científicos del país

Escena campestre, *fotografía en color de Ramón y Cajal.*



y del desprecio de los postulados que vinieran de más allá de los Pirineos. Por eso recuerda con especial cariño a aquellos maestros que, con una formación científica completa, habían ayudado a despertar en sus alumnos el amor por el estudio, la investigación y la comunicación.

Así, además de ser el alma de numerosas publicaciones donde se exponían los últimos descubrimientos y de haber creado una escuela de histología en la que formó a sus discípulos, Santiago colaboró muy estrechamente en la fundación de la Junta de Ampliación de Estudios (1907), de la que fue el primer presidente. Además del secretario, don José Castillejo, verdadera alma del organismo, figuraban como vocales los más prestigiosos intelectuales de la época: Alvarez Buylla, Casares Gil, Azcárate, Calleja, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Torres Quevedo, Menéndez Pidal, Sorolla, etc.

La idea central de la Junta queda expuesta en el preámbulo del decreto fundacional: «El pueblo que se aísla se estaciona y se descompone...» La segunda intención consiste en formar investigadores y profesores que, a su vez, contribuyan a inculcar en las futuras generaciones una visión vocacional de la labor intelectual. Por todo ello, se decide conceder una serie de pensiones para viajes y estudios en las principales universidades del mundo. Aunque la mayoría de los pensionados fueron estudiantes universitarios, las becas también estaban destinadas a maestros, trabajadores manuales, sacerdotes y militares. Entre los becados destacan: Ortega y Gasset, Julián Besteiro, Fernández de los Ríos, Federico García Lorca y Severo Ochoa.

Pero la función de conceder becas no era la única. La Junta desempeñaba, además, otra serie de actividades: de ella dependían organismos que coordinaban los trabajos de especialistas en una misma materia —Centro de Estudios Históricos, cuyas dos máximas figuras fueron Américo Castro y Claudio Sánchez-Albornoz; el Instituto-Escuela (para la formación de la mujer), el Instituto Nacional de la Ciencia, la Escuela Española de Arqueología de Roma, la Residencia de Estudiantes, antecedente de los actuales colegios mayores—. Se encargaba también de la organización de los profesores que enseñaban nuestra cultura en universidades extranjeras, creación y mantenimiento de una serie de revistas, etcétera.

Al finalizar la Guerra Civil, este organismo desapareció, haciéndose cargo de una parte importante de sus funciones el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

P. C.



Primera tricromía realizada por Ramón y Cajal.

El investigador alemán Hugo Spatz, especialista en histopatología, escribió sobre Cajal a la muerte de éste: «A Ramón y Cajal le ha sido otorgado un destino que sólo muy excepcionalmente encuentra un investigador: su nombre fue y es conocido por todos los hombres de su tierra e hizo latir en ésta el corazón de todos los patriotas. Cajal ha llegado a ser un héroe nacional de su pueblo... ¿Por qué adquirió Cajal en su país celebridad tan singular? Un joven español con quien hablaba yo hace años de Cajal, me dijo con ojos radiantes: "¡Es nuestro héroe!"» Don Santiago *fue un hombre universal y un hombre de su tiempo. La Guerra Civil truncó su idea de formar una «escuela española de investigadores» por medio de la Junta para Ampliación de Estudios y el Instituto Cajal, creados tras su concesión del premio Nobel de Medicina.*





1906

EL ASUNTO DREYFUS

Los hechos históricos no son, en ocasiones, meros acontecimientos relevantes sucedidos, sino también síntomas de las fuerzas profundas que con antelación en el tiempo permiten vislumbrar cómo será el futuro. Este es el caso del asunto Dreyfus, el proceso, la condena y la posterior rehabilitación en 1906 de un capitán del Alto Estado Mayor francés, de origen judío, acusado de espionaje a favor de Alemania, cuya historia conmovió a la opinión pública culta de la Europa de las postrimerías del siglo pasado y de principios del siglo XX.

Rafael Fraguas, periodista, es autor de este artículo.

Acto de degradación del capitán Dreyfus.

La isla del Diablo, donde fue confinado Dreyfus.



Dreyfus ante el consejo de guerra.

Cambios veloces

El escenario de los hechos es Francia, corazón de Europa, donde el Antiguo Régimen había adquirido destreza suficiente para recuperar importantes parcelas del poder perdido, mediante la incorporación al carro imperial que en su día pusiera en marcha aquel plebeyo genial de Córcega, Bonaparte. No duraría mucho este entusiasmo.

Napoleón III, el emperador-dictador, había sido aupado, pese a su autoritarismo, por una coyuntura económica saludable, que convirtió a Francia en exportador de capitales, en un país de rentistas y acreedores, de un lado, y de obreros superexplotados sin derechos de reunión, con doce horas de trabajo al día, del otro.

Pero la Francia de Napoleón III cambiaba velozmente. El capitalismo financiero-industrial europeo exigía más imaginación política, y la acumulación de capital permitía ciertas transacciones sociales con las clases no propietarias, a las que Napoleón III únicamente daba represión, poniendo en peligro el mantenimiento del sistema de poder.

Su dictadura plebiscitaria comprendió demasiado tarde, en 1864, que las libertades democráticas para todos eran una necesidad de los tiempos. También sus fracasos en el exterior le llevaron a la ruina política, ya que el proceso emancipador nacional emprendido por prusianos e italianos, la creciente autonomización de los Balcanes y el poderío británico, austrohúngaro y ruso, en Europa y fuera de ella, daban a la concurrencia interimperial un sesgo demasiado conflictivo y peligroso como para permitir a Francia plantearse muchas metas en régimen de monopolio.

Otros capitales y otros Estados iniciaban, sin posible vuelta atrás, la carrera competitiva. La Prusia de Bismarck vino a dar la puntilla al emperador de Francia, que ya desde la batalla de Sedán pudo comprender su futuro y el de la fórmula que nunca transmitiría a sus descendientes: la monarquía. La década de los setenta del siglo XIX en Francia contempló no sólo la derrota militar frente a Prusia, sin también la derrota moral interior del capitalismo inhumano, denunciado por la Comuna de París, el primer brote de comunismo real surgido en la historia de Europa.

Veinte mil muertos

Veinte mil muertos fabricaron aquella primera hazaña de la clase trabajadora internacionalista, que, pese a la represión, pese a los generales McMahon y Boulanger y al enorme costo que el

Antiguo Régimen le hizo pagar, consiguió para sí un trato diferente basado en el miedo que sus explosiones indignadas y organizadas provocaron en las clases dominantes. El despegue sindical europeo data de entonces, con las repercusiones que sobre el nivel de vida y de organización política de millones de trabajadores iba a acarrear en los años venideros. Sin embargo, las experiencias sociales e históricas tardan tiempo en ser descodificadas por sus agentes, que no pueden asimilarlas de una manera lineal y asisten a la coexistencia de ideas anteriores rebasadas por la historia y por la experiencia, frente a las enseñanzas que el presente social, luchado y trabajado, produce.

Al igual que de aquella lucha contra el autoritarismo imperial iba a surgir una burguesía progresista, radical y liberal, socialista luego, de la antigua añoranza de la estabilidad imperial surgiría otra burguesía reaccionaria, heredera de la ideología del Antiguo Régimen, pero renovada en su fuerza ideológica por la reedición del integrismo religioso, por el racismo y por el patriotismo de troquel francés. Nacen nuevos conceptos para explicar el futuro por parte de la burguesía progresista y se desempolvan las viejas ideas para impedir el cambio que sopla por toda Europa, para alimentar las añoranzas de la burguesía reaccionaria.

En este clima de enfrentamiento entre las dos familias burguesas, protagonistas de la historia de Europa y de la de Francia, entonces agitada por el sentimiento de humillación derivado de la derrota ante Prusia, el asunto Dreyfus vino a remover viejas y nuevas heridas e ideas, a levantar oleadas de indignación o de solidaridad.

La papelera de Schwarzkoppen

Trotaba el año de 1894. Una empleada doméstica francesa descubre, en septiembre de aquel año, un papel extraño en la papelera del agregado militar alemán en París, Schwarzkoppen. Se trata de una factura, cuya escritura coincide casi exactamente con la de un joven capitán judío del Estado Mayor galo, Alfred Dreyfus, sometido inmediatamente a investigación por el «Servicio de Estadística», la organización del contraespionaje francés.

La foto superior de la página opuesta muestra la isla del Diablo —inmortalizada luego por Papillon*—, cerca de Cayena, en la Guayana francesa, donde el capitán Dreyfus fue enviado a cumplir una condena de trabajos forzados de por vida, impuesta en consejo de guerra, una de cuyas escenas está reproducida en el dibujo. Bajo estas líneas, un acalorado debate en la Asamblea Nacional francesa sobre el polémico caso.*



Acalorado debate en la Asamblea Nacional francesa.

Realmente, la acusación militar no pudo probar nada efectivo contra Alfred Dreyfus durante su primer proceso en 1894, a pesar de lo cual fue condenado a trabajos forzados de por vida. En el segundo proceso, celebrado en Rennes en 1899, un jurado civil lo siguió considerando culpable, después de oír a diversos testigos militares (que años más tarde se demostró habían declarado falsedades), pero lo condenó a sólo 10 años. El 12 de julio de 1906, el Tribunal de Casación de Francia declaraba que «efectivamente, nunca existió delito y, por tanto, no cabía imputar a Dreyfus culpabilidad alguna». Reincorporado a las filas del ejército, Alfred Dreyfus llegó a alcanzar el grado de teniente coronel durante la Primera Guerra Mundial.

El Servicio decidió, sin pruebas firmes, que el joven Dreyfus, judío, era culpable de realizar espionaje a favor de Alemania, la potencia vecina cuyo orgullo seguía erguido mirando enhiesta a aquella Francia derrotada en Sedán veintitrés años antes.

Dreyfus fue juzgado en diciembre de 1894 por un consejo de guerra que le declaró culpable y le condenó a trabajos forzados a perpetuidad, a deportación de por vida y a la degradación militar. La opinión pública francesa aprobó esta condena entonces. Dreyfus, apasionada e inútilmente, defendió entonces su inocencia.

Sin embargo, muy pocos conocían que el sumario secreto del proceso contenía pruebas de escaso valor para determinar siquiera el procesamiento del acusado Dreyfus. Todo lo que incluía eran pasajes de las declaraciones secretas del agregado militar de Italia en Francia, Ponizzardi, en las cuales se expresaba sobre «ese traidor de D...», sin que en momento alguno apareciera completo el nombre de Dreyfus, ni se suministraran pruebas de otro tipo.

Resurrección del proceso

En febrero de 1896, un asunto de espionaje, en esta ocasión probado, iba a resucitar el asunto casi olvidado del capitán Alfred Dreyfus. El general Picquart, jefe del contraespionaje francés, recibió informes y pruebas de que un oficial del ejército galo, de apellido Esterhazy, se había corrompido aceptando dinero del enemigo. Picquart, al cotejar la factura hallada a Esterhazy, comprobó que su escritura coincidía milimétricamente con la que sirvió para condenar a prisión de por vida a Alfred Dreyfus dos años antes.

Picquart comenzó una lucha sorda para lograr la revisión del proceso Dreyfus, pero los tribunos del Estado Mayor y de los servicios de información franceses se negaron en redondo, ya que ello pondría en entredicho «la dignidad y la honorabilidad del ejército francés y de su Estado Mayor». Dos generales, Boisdeterre y Gonse, así como el comandante Henry, profundamente antisemitas y reaccionarios los tres, crearon obstáculos para que la revisión prosperara.

Incluso Henry preparó un informe nuevo que incorporaba una prueba falsa, en la que el agregado militar italiano tildaba a Dreyfus de traidor en una carta falsificada y con fecha de 1894, dirigida a Schwarzkoppen, el agregado alemán.

Un hermano de Alfred Dreyfus, de nombre Mathieu, fue informado por alguien de los hallazgos sobre la traición de Esterhazy y de los manejos de un sector del ejército; el descubrimiento de estas filtraciones provocó el encarcelamiento, previa destitución, del jefe Picquart, si bien diputados y políticos de la izquierda francesa, con Clémenceau a la cabeza de todos ellos, retomaron el caso con valentía y se interesaron políticamente por él.

Esterhazy, que reconoció su actuación por dinero y admitió el cargo de haber realizado espionaje para una potencia extranjera, fue sin



Primeros interrogatorios del consejo de guerra.

embargo absuelto inicialmente por un consejo de guerra en noviembre de 1897. Dos meses después, la prensa progresista, concretamente el diario *L'Aurore*, publicó un encendido artículo del intelectual y polígrafo naturalista francés Emilio Zola, en el que éste acusaba al Estado Mayor francés de retener encarcelado injustamente a un inocente: Alfred Dreyfus, judío, ex capitán del ejército francés.

El bravo Zola

El revuelo fue enorme. Clémenceau, propietario de *L«Aurore*, apoyó con toda su destreza a Zola, aunque no pudo impedir que el escritor fuera condenado por injurias al ejército. Los bandos rivales se iban nutriendo de integrantes, cada vez más apasionados. En el bando anti-Dreyfus, en el que por cierto militó Julio Verne, un oficial de apellido Cuignet descubrió la falsificación de la prueba incorporada al informe Dreyfus por el comandante antisemita Henry.

La tormenta fue fenomenal cuando Cuignet fue públicamente humillado y encarcelado. Un día después de ingresar en prisión, Cuignet apareció muerto en su celda, el 30 de agosto de 1898. Su muerte fue interpretada entonces como un suicidio.

La desaparición del oficial provocó la reapertura del proceso, y la izquierda y los intelectuales progresistas jugaron fuerte, mientras Alfred Dreyfus languidecía en la isla del Diablo, no lejos de Cayena, la capital de la inhóspita colonia sudamericana de Francia, Guayana.

Dreyfus fue trasladado a Francia y compareció en Rennes ante un nuevo consejo de guerra que le juzgó en 1899. El que fuera ministro de la Guerra de Francia en 1894, año en el que comenzó el proceso Dreyfus, juró por su honor que él creía a Dreyfus culpable e indicó que existía un documento secreto que así lo probaba, pero que su difusión acarrearía una nueva guerra con Alemania. Las tornas habían cambiado. Empero, Dreyfus fue condenado a diez años de cárcel, si bien el indulto llegó inmediatamente.

Ya triunfante, el ex capitán Alfred Dreyfus luchó con denuedo para conseguir su rehabilitación en el ejército, que logró en 1906. El militar rehabilitado murió en 1935.

Francia se había dividido ante aquel caso. La verdad resplandeció y los traidores sufrieron la condena moral de la sociedad francesa, pero las tensiones desatadas entonces iban a poner de relieve que la asimilación de los procesos políticos agudísimos que Europa sufriría a finales del siglo pasado y durante las primeras décadas de éste iban a deparar al Viejo Continente dos guerras atroces provocadas, la primera, por la eclosión del litigio entre nacionalismos, y la segunda, por la lucha entre ideologías antagónicas, donde elementos como el antisemitismo o la «honorabilidad» de los Estados Mayores iban a poner en jaque durante años la verdad de los pueblos que sufrieron tales plagas bélicas.

Además, el asunto Dreyfus inauguraría el compromiso de los intelectuales con el socialismo, y daría paso a la opinión pública como elemento agente, siquiera pasivo, de una historia sufrida por las masas y disfrutada y hecha casi siempre sólo por unos pocos.

R. F.



La familia Dreyfus.

Dos ideas de patria se enfrentaron encarnizadamente en el caso Dreyfus: por un lado, los círculos reaccionarios castrenses, aliados al nacionalismo chovinista francés y aglutinados en la Liga de la Patria Francesa; por otro, los defensores del Estado de Derecho (respetuoso del habeas corpus *de todos los ciudadanos) y los intelectuales progresistas, agrupados en la Liga de los Derechos del Hombre. La familia de Dreyfus, judía, dirigida por su padre y su hermano Matthieu, supo defender la inocencia de Alfred con mucha dignidad, y junto a ella la libertad de religión y los derechos humanos.*

Bibliografía básica

DUROSELLE, J. B.: *Europa de 1815 hasta nuestros días*, Labor. Barcelona, 1977.

VICENS VIVES, J.: *Historia universal moderna y contemporánea*, Vicens Vives. Barcelona, 1972.

Cien años de la vida del mundo, La Vanguardia, Fascículo 21. Barcelona.

Política internacional

La crisis marroquí fortalece la Entente cordiale entre Francia y Gran Bretaña.
Celebración de la Conferencia de Algeciras para poner fin a la crisis marroquí. Se llega a una solución de compromiso en la que los intereses económicos de ámbito general se internacionalizan y se acotan las zonas de influencia de Francia y España.
Georges Clemenceau es nombrado presidente del Consejo de Ministros francés, y Armand Fallières, presidente de la República.
Los derechos de la Duma en Rusia se ven cada día más recortados, hasta llegar a su disolución y a la vuelta a la autocracia.
Austria introduce el sufragio universal.
Revuelta de liberales en Cuba. Estados Unidos interviene militarmente, ocupando el país y estableciendo un gobierno provisional.
Helmuth von Moltke es nombrado jefe del Estado Mayor alemán.
Levantamiento revolucionario en Persia debido a la supresión de la constitución concedida.
El Aga Khan funda en Dacca la Liga Musulmana.
Victoria de los liberales en las elecciones inglesas.

Sociedad

Boda del rey Alfonso XIII con doña Victoria Eugenia de Battenberg. En su recorrido por las calles de Madrid sufren un atentado del que la pareja resulta ilesa.
Se prohíbe a nivel internacional el trabajo nocturno femenino.
Nacimiento de Solidaridad Catalana, que agrupa a las fuerzas políticas de Cataluña sin distinción de ideologías.
Rehabilitación del capitán Alfred Dreyfus al declarar los tribunales «errónea» su condena.
El presidente norteamericano Theodore Roosevelt recibe el premio Nobel de la Paz.

Economía

Peter A. Stolypin inicia una reforma agraria en Rusia que transforma las posesiones comunales en propiedades individuales para los campesinos.
Japón nacionaliza los ferrocarriles.
El Parlamento inglés legaliza la existencia de piquetes de huelga pacíficos.

Ciencia y tecnología

Empieza el drenaje del Zuyder Zee, en Holanda, con el fin de ganar terreno al mar y convertirlo en campo de cultivo.
Reginald A. Fessenden logra desde Brant Rock (Massachusetts, USA) la primera transmisión de radio hablada.
El científico español Santiago Ramón y Cajal obtiene el premio Nobel de Medicina por sus descubrimientos histológicos.
Muere el científico francés Pierre Curie.

Sucesos

Erupción del Vesubio en Italia.
Gran terremoto en San Francisco (California), que destruye parte de la ciudad y se cobra alrededor de 600 muertos.

Deportes

Se organizan los primeros cursos de esquí en la estación austriaca de Arlberg.

Literatura

Giosué Carducci: premio Nobel.



El Vesubio en erupción.

Eugenio d'Ors: Glosari
Upton Sinclair: La jungla
Rainer Maria Rilke: Canción de amor y muerte del alférez Cristóbal Rilke
Jack London: Colmillo blanco

Cine

Primeras películas danesas y alemanas

Teatro

Paul Claudel: Reparto de mediodía
John Galsworthy: La caja de plata
Muere Henrik Ibsen

Música

Jules Massenet: Ariana
Sergei Rachmaninov: La isla de los muertos
Isaac Albéniz, primer cuaderno de la suite Iberia
Se celebra el primer Festival Mozart en Salzburgo

Pintura y escultura

Georges Rouault: Ante el espejo
André Derain: El estanque de Londres
Isidro Nonell: Gitana de pie con mantón
Muere Paul Cézanne

Arquitectura

Mewes y Davis: Hotel Ritz, *Londres*
Frank Lloyd Wright: Unity Church, *Oak Park (Illinois)*



Gitana de pie con mantón. Isidro Nonell


SS MM los reyes de España

1906

LOS LUMIÈRE Y EL NACIMIENTO DEL CINE

EN 1907, los hermanos Louis y Auguste Lumière habían abandonado ya cualquier pretensión de desarrollar industrialmente el extraño aparato que presentaran a la curiosidad pública el día de los Santos Inocentes de 1895. Otros tomaron el relevo, como Georges Méliès, uno de los espectadores de la histórica sesión de 1895, que ya en 1907 se había convertido en uno de los más importantes exhibidores del mundo. El nuevo invento cautivaba a todos los que caían bajo su magia, pero muy pocos conseguían imaginar en estos primeros años del siglo que con el cinematógrafo acababa de nacer una prodigiosa industria y un nuevo arte.



Auguste Lumière en su laboratorio.

Louis Lumière ante su proyector.

Un extraño espectáculo

Hay que imaginar la escena: 28 de diciembre de 1895; un frío día de Navidad en un siglo que termina o está a punto de hacerlo. Unos pocos viandantes que pasaban por el *boulevard des Capucines,* en París, han decidido pagar un franco para entrar a ver un extraño espectáculo, entre mágico, científico y clandestino, que se anuncia en un antiguo salón de billar, pomposamente llamado Salon Indien, porque estaba decorado con motivos orientales.

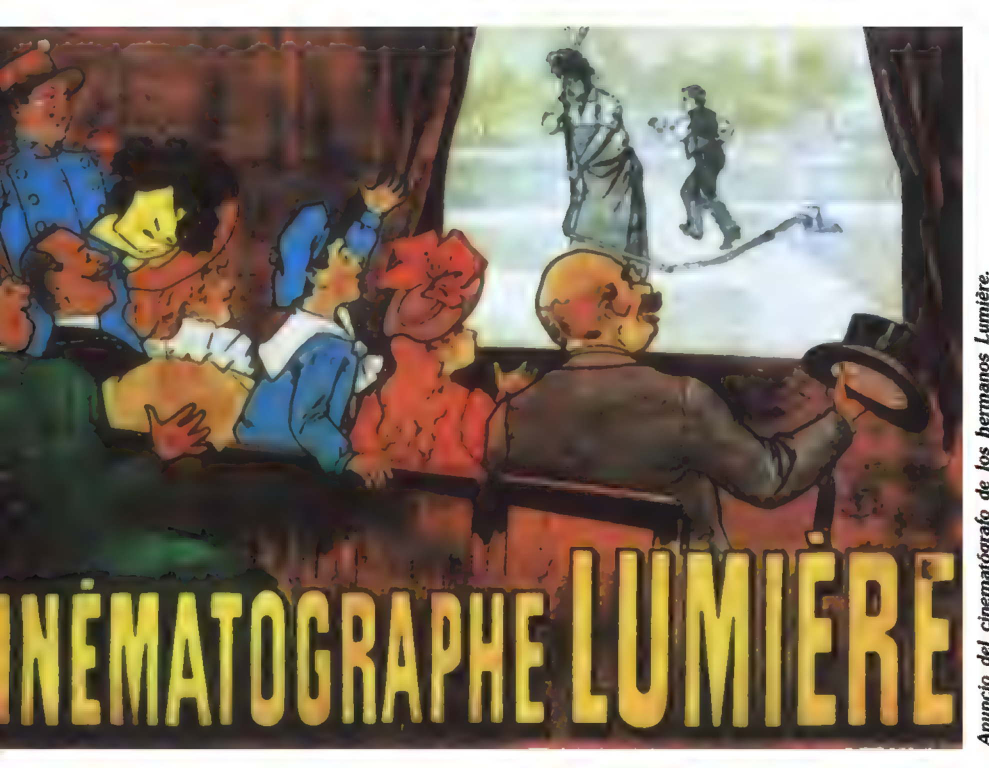
La vecindad es elegante, ya que en el número 14 del citado bulevar estaba el Grand Café, donde se reunían los elegantes miembros del Jockey Club. El Salon Indien, en cambio, era un sótano al que se tenía acceso a través de una puertecita situada discretamente al lado. Sólo unas semanas antes, la autoridad gubernativa había decidido prohibir el juego del billar para evitar el lucro abusivo de ciertos caballeros extremadamente expertos en tal arte.

Así pues, unas 35 personas (la recaudación fue exactamente de 35 francos) se miraban con desconfianza en aquella sala ante una sospechosa pantalla colocada ante ellos. En pie, tres o cuatro lyoneses, listísimos, se retorcían nerviosamente las manos. Eran los inventores y patrocinadores comerciales del espectáculo que se iba a representar. Hasta entonces su cinematógrafo sólo había sido objeto de una moderada atención por parte de algunos científicos curiosos. El público, en general, no había tenido ocasión de experimentarlo y menos aún de pagar por ello.

No es que el precio fuera especialmente caro, pero la gente debía de tener una desagradable sensación de estar siendo engañada con una especie de juego infantil a base de sombras chinescas. Además, especialmente invitadas, había personas con una larguísima experiencia en el mundo del espectáculo, como Georges Méliès, director del teatro Robert Houdin, o Lallemand, director del Follies Bergère. La responsabilidad era mucha, y, por si fuera poco, ni siquiera el padre de los inventores, señor Antoine Lumière, creía en el futuro comercial del cinematógrafo; como, por otra parte, tampoco tenía mucha fe en él *il signore* Volpini, dueño del Salon Indien, al que se había ofrecido un porcentaje de la taquilla y lo rechazó, ajustando una cantidad diaria fija: 30 francos.

Al fin se hizo la oscuridad, y un potente haz de luz se proyectó sobre la pantalla, donde unos obreros comenzaron a salir de la fábrica en que trabajaban en Lyon. Aparecieron de lejos y fueron avanzando hacia los espectadores, con sus caras serias o sonrientes, hasta poder verse claramente sus facciones. Al cabo, un enorme rostro llenaría la pantalla, no sin haberse podido

Cine o cinematografía es, según los diccionarios, el arte de representar, sobre una pantalla, imágenes en movimiento por medio de la fotografía. Escalón intermedio entre ésta y la muy posterior aparición de la televisión, el cine ha contribuido enormemente a forjar las imágenes supraculturales que el hombre del siglo XX tiene sobre el mundo. Sus inventores, los hermanos Louis y Auguste Lumière (químico y biólogo, respectivamente, a la par que industriales emprendedores), concibieron y perfeccionaron cámaras y proyectores, utilizándolos para rodar escenas de tipo documental. El primero que usó los nuevos aparatos con una idea artístico-creativa fue un curioso personaje, el «Mago Méliès», ilusionista, payaso y director teatral, que rodó numerosos cortometrajes de inspiración fantástica y burlesca.



Anuncio del cinematógrafo de los hermanos Lumière.

El «Mago Méliès» puso a disposición de los Lumière el local que regentaba, en medio de barracas de feria donde se podía ver desde una vaca con seis patas a una enorme mujer barbuda. El cine nació como diversión y como una atracción más, a la que Méliès comparaba con sus trucos de ilusionista y la técnica del teatro de marionetas de su maestro Robert Housin. Géo Méliès y su hermano Gaston fueron los pioneros del rodaje artístico (El hombre con cuatro cabezas, *1898), como de la comedia cinematográfica* (La cocina loca, *1904).*

vislumbrar a los patronos bien vestidos sobre un coche de caballos. Los testimonios de los presentes fueron unánimes: el público quedó literalmente boquiabierto; una señora se puso en pie al comenzar la proyección y así permaneció hasta el final, muda de asombro; hubo quien saltó de terror cuando un tren que entraba en la estación se precipitaba rápidamente sobre el primitivo patio de butacas. Se dice que algunas personas salían a la calle e invitaban a los que pasaban a que descendieran a ver tan insólito espectáculo.

No obstante, el programa de ese memorable día no era precisamente apasionante. Lo componían 10 cortísimas películas que no sumaban, en total, media hora de proyección y cuyos títulos eran los siguientes: *La salida de los obreros de la fábrica Lumière*, en Lyon (porque de ella se trataba, en efecto), *Riña de niños, Los fosos de las Tullerías, La llegada del tren, El herrero, El regimiento, Partida de naipes, Destrucción de las malas hierbas, La demolición del muro* y *El mar*. Los respectivos argumentos, como puede suponerse, no pasaban de simplicísimas anécdotas que todo el mundo estaba harto de ver, y, sin embargo, fue un éxito inigualable, porque la magia que conlleva el cine, al atrapar el movimiento y devolverlo en forma de imágenes, había impresionado hondamente.

Pero antes de entrar en cómo y por qué se llegó a tal momento, expongamos algunas consecuencias curiosas de esa primera proyección de finales de 1895. Para empezar, la reacción de muchas personas que consideraron, de entrada, «subversivo» al cine, ya que en su opinión era un arte «excesivamente realista» y su cualidad de testigo imparcial resultaría, al final, demasiado crudo para la sociedad que exige una cierta manipulación de su vida para admitirla en un escenario.

Hubo, en cambio, defensores, tanto en lo ideológico como en lo económico. El negocio estaba claro para muchos, y para otros eran enormes las posibilidades como arte difusor de cultura e ideas. El líder socialista de Francia, Jean Jaurès, decía que el cine era «el teatro de los proletarios».

Y ya que hablamos de proletarios, puntualicemos que en la decena de películas de los Lumière estaba casi todo el cine posterior, en estado embrionario. En tres o cuatro de ellas aparece el mundo del trabajo: el proletariado como protagonista. En *La salida de los obreros de la fábrica Lumière, El herrero* y *Destrucción de las malas hierbas* aparece retratada la vida de los obreros. De la misma manera, en *Riña de niños* o *Partida de naipes* se encontraba el germen de lo que luego sería el cine de la vida cotidiana. No digamos nada de la utilización cinematográfica del tren o del mar, ambos retratados por los Lumière en sus películas.

Por último, y desde un punto de vista técnico, aunque las escenas están rodadas con cámara fija, no faltan en ellas los planos clásicos: general, medio, americano y primer plano. Ya queda dicho cómo en *La salida de los obreros...* aparecen éstos a lo lejos al abrirse la puerta de la fábrica y van acercándose al espectador hasta quedar sus rostros ocupando totalmente la pantalla, es decir, lo que se llama un primer plano. De la misma manera, el tren que entra en la estación está tomado primero desde lejos, cuando apenas es un punto en el horizonte, hasta que su locomotora se aproxima a gran velocidad a los espectadores.

Cine estudio de Méliès.



El cinematógrafo se popularizó rápidamente en Estados Unidos.

Aunque nacido en Europa, el lugar donde el cinematógrafo se popularizó más rápidamente fue en los Estados Unidos de América. El éxito alcanzado por «el séptimo arte» se debe a que entretiene y ofrece al espectador un mundo maravilloso, pidiéndole sólo a cambio que esté sentado en una butaca. El éxito de la televisión años más tarde se basaría también en esta «gratificación cómoda, a cambio de casi nada». En la foto de arriba, un local de exhibición de películas en Nueva York, uno de los primeros cines de Estados Unidos. Abajo, un anuncio publicitario alemán de extracto de carne muestra a los lectores cómo se rueda un accidente ferroviario utilizando una maqueta. El cine nunca ha dejado de ser «una fábrica de sueños».

Fotografía y películas

Dibujar, pintar, reproducir el mundo exterior por medio de líneas y colores es, como se sabe, una de las más antiguas habilidades del hombre. Sin embargo, a este deseo, mágico o artístico, siguió de cerca otro, algo más sofisticado: tratar de representar el movimiento de los seres vivos.

La sucesión de ambas finalidades artísticas es patente en representaciones tan antiguas como el jabalí polícromo de la cueva de Altamira. Este animal está dibujado con ocho patas y, según todos los expertos que han estudiado el caso, no se trata de una rectificación del pintor en lo que respecta a las extremidades del animal, sino que intencionadamente trató de pintar el movimiento de la pieza de caza. Como también fue un juego similar el del faraón Ramsés, del antiguo Egipto, que hizo pintar en el exterior de un templo una figura sucesivamente repetida en las diferentes fases de movimiento, de tal manera que un jinete al galope que pasara frente a esta fachada tuviera la vívida impresión de estar ante una figura en marcha.

Queden estos ejemplos curiosos como testimonio de un deseo acariciado por el ser humano. Para llegar al cine aún quedan dos enormes pasos de carácter técnico-científico: el primero es el de representar el mundo exterior exactamente como es; el segundo es el de proyectarlo sobre una superficie dando la impresión de vida.

El primero de ambos pasos nos lleva al invento de la fotografía y, sobre todo, al nombre de sus dos grandes pioneros: los franceses Niepce y Daguerre. El primero de ambos, es decir, Joseph-Nicephore Niepce (1765-1833), hombre retraído y de fortuna, se encerró en una finca de su propiedad para dedicarse, de forma primordial, a perfeccionar el arte de la litografía y lograr, al fin, reproducir los objetos por medios químicos en una imagen formada en el interior de una cámara oscura; con el tiempo logró, hacia 1826, reproducir un paisaje después de una exposición de ocho horas. La fama se la llevaría, sin embargo, su asociado Louis-Jacques Mandé Daguerre (1787-1851), que perfeccionó el invento de su maestro hasta reducir el tiempo de exposición a media hora. El «daguerrotipo» se hizo famoso y causó gran impresión entre la gente culta de su tiempo.

Sin embargo, la fotografía tardaría aún bastante tiempo en ser un producto fácilmente co-



Rodaje trucado de un accidente de tren (postal publicitaria).

El cine, a pesar de los remotos antecedentes que a veces se citan (jeroglíficos egipcios, sombras chinas) tiene su fundamento en la fotografía y en la velocidad de captación de imágenes por el ojo humano. El físico y ex militar francés Nicéforo Niepce (a pesar de su mala vista, motivo por el que tuvo que abandonar el ejército) trabajó toda su vida para transformar la técnica litográfica en fotografía. Utilizó cloruro de plata, betún de Judea, esencia de lavanda y diversos ácidos para poder impresionar las primeras placas, cosa que logró tras largas exposiciones con una cámara oscura. Inventor también del diafragma fotográfico y de un motor de explosión, nunca pudo lograr la fama. Sin embargo, el éxito de sus trabajos lo aprovechó su discípulo y socio Louis-Jacques Mandé Daguerre.



Nicéforo Niepce.

mercializable. En un principio, sólo *dilettantes*, científicos y artistas lo utilizaban. Delacroix, al parecer, aconsejaba a los pintores servirse de las fotografías, como una especie de recordatorio detallado de lo visto con anterioridad, y el propio Darwin se percató de su utilidad para captar «la expresión de las emociones en el hombre y en los animales».

La calidad de las placas utilizadas como material fotosensible fue mejorando bastante rápidamente de la mano del progreso de la química.



Primera foto conseguida por Niepce: un paisaje.

Pero aún ocurrió un hecho científico digno de recordar, a saber: la publicación de las teorías del médico inglés Peter Mark Roget, las cuales hablaban de la limitación de la retina del ojo humano a guardar una imagen durante menos de una décima de segundo. La consecuencia era clara: si se lograba mostrar a un hombre más de 10 imágenes por segundo, tendría la sensación de movimiento y no lograría individualizar cada una de estas imágenes. Las películas de los Lumière de que ya hemos hablado proyectaban 16 imágenes por segundo.

Fotografía y persistencia de la imagen en la retina. Sólo faltaban las imágenes sucesivas y el proyector adecuado. Hubo intentos pintorescos, fruto de ese afán de invención y de aventura intelectual de la segunda mitad del siglo XIX. Quizás el más curioso de ellos fuera el llamado fusil o revólver fotográfico, que consistía en un tubo que hacía de cámara oscura y una serie de placas colocadas en un tambor similar al de los revólveres; el fotógrafo podía disparar varias placas sucesivas y captar las diversas fases de un cuerpo en movimiento: así se rodaron los primeros caballos al galope.

Aún más divertida fue la apuesta del millonario norteamericano Leland Stanford, ex gobernador del Estado de California y presidente de la Central Pacific, quien puso sobre el tapete la suma de 25.000 dólares para averiguar si un caballo al galope podía quedar, aunque fuera momentáneamente, sobre uno de sus cascos. Sólo la fotografía podía resolver tan ardua duda y únicamente un hombre podía averiguarlo: el fotógrafo inglés Eadweard Muybridge, que residía en San Francisco. Muybridge le dio vueltas al asunto y al fin tuvo una brillante idea: colocar máquinas con placas impresionables separadas por unos cuantos metros y tender un hilo sobre la pista que, al ser roto por el caballo al galope, accionaría el disparador. Así se hizo, y el resultado de este experimento es la primera película que se tiene de un hecho. Lo que no se sabe es qué pasó con la apuesta del gobernador.

Aún dos antecedentes importantes. El primero es el de Charles-Emile Reynaud (1844-1918), quien consiguió por primera vez proyectar una película sobre una pantalla. Por desgracia, no se trataba de fotografías, sino de dibujos coloreados y artísticamente trabajados. De esta manera, Reynaud se convierte en el padre del cine de dibujos animados.

El otro, aún más importante, fue el de Thomas Alva Edison (1847-1931), quien inventó la primera película de celuloide, con facilidades para el arrastre. Esta película, fabricada por encargo en la casa Eastman-Kodak, tenía la cualidad de ser a la vez flexible, resistente y transparente. Con ella, Edison consiguió, al fin, la foto-

grafía animada, pero se negó a proyectarla en público, porque pensó que esto mataría la gallina de los huevos de oro; así pues, se limitó a fabricar un aparato donde había que inclinarse y mirar por una reducida mirilla para ver en el interior de la caja cómo se movían personas y animales.

Esta mezquindad personal y esta falta de sentido del negocio hicieron perder a Edison el título de inventor del cinematógrafo, por más que los norteamericanos lo hayan reivindicado en muchas ocasiones para su gran hombre de ciencia.

Cuando los hermanos Lumière proyectaron finalmente las imágenes, el efecto sería muy distinto al visto en el interior de una caja. Con el juguete de Edison, todo el mundo se sentía seguro y superior; con el cinematógrafo de Lumière, el público se sentía fascinado, como ante una sucesión de fantasmas desatados, y un poco sobrecogido, como ante una gran fuerza de la naturaleza.



Roger Fenton con su carreta fotográfica en la guerra de Crimea.



De nuevo los Lumière

La familia Lumière fue, en palabras de Villegas López, un brillante grupo de *selfmade men* europeos. El padre, Antoine, había nacido en una aldea de la Haute-Saône, y era hijo de un tonelero y de una comadrona, muertos ambos a consecuencia de la epidemia de cólera de 1854. Resultó que el chico, a pesar de sus modestos orígenes artesanos, tenía vocación por el arte y se trasladó a París con ánimo de hacerse un nombre y tomar algunas clases de dibujo. La vida no le permitió ser artista y acabó, con tres hijos de pocos años, en la gran ciudad de Lyon con una barraca de suministros de fotografía, entonces (1876) en cierto auge.

Sin embargo, el cabeza de familia no parecía tener demasiadas dotes industriales, por lo que el negocio estuvo a punto de quebrar. Un negocio que los ahorros de todos habían convertido en una modesta fábrica de productos fotográficos. Afortunadamente, allí estaban sus dos hijos mayores, Auguste y Louis, quienes con el tiempo demostrarían no sólo tener un gran talento investigador, sino una notable capacidad comercial. Fueron ellos los que sacaron el negocio del apuro y los que lo hicieron prosperar en los años siguientes.

Auguste (1862-1954) poseía dotes para la química y la biología, pero su hermano menor, Louis (1864-1948), que se dedicaba a la mecánica y a la fotografía, tenía frecuentes jaquecas acompañadas de insomnio, durante las cuales hizo los mejores inventos de su vida. El primero fue con el que dio prosperidad al negocio, y el segundo, que se produjo en semejantes condiciones, dio lugar al cinematógrafo.

Ambos eran, sobre todo, grandes sintetizadores. Conocían desde tiempo atrás el «teatro óptico» de Reynaud, con sus dibujos animados y proyectados, y el «kinetoscopio» de Edison, con sus películas en movimiento proyectadas dentro de un pequeño receptáculo. Según parece fue Louis Lumière el que primero tuvo la idea de unir ambas cosas, es decir, la película en movimiento con la proyección sobre pantalla.

Negocios y aventuras

El mismo 28 de diciembre de 1895, el cinematógrafo se convirtió en industria. Y esto no sólo por los 35 francos recaudados, sino porque ciertos avisados ciudadanos, previendo el futuro, comenzaron a pujar por quedarse con la exclusiva del invento. Por supuesto que los dineros que pensaban pagar por la máquina de Louis Lumière iban a ser una inversión que contaban amortizar en un espacio de tiempo razonable.

En efecto, cuando apenas las imágenes del tren y los jugadores de naipes se habían borrado de la pantalla comenzó el negocio. Georges Méliès, un curioso personaje dedicado a la magia y al ilusionismo y director del teatro Robert Houdin, inició el asunto ofreciendo 10.000 francos por el proyector Lumière, cantidad que fue superada con amplitud por Thomas, director del museo Grevin, de figuras de cera, y más aún por Lallemand, director del Follies Bergère.

La guerra de Crimea, desatada en 1844 entre Rusia y Turquía, apoyada ésta por Francia y Gran Bretaña, fue uno de los primeros conflictos donde reporteros gráficos, como el francés Roger Fenton, estuvieron en primera línea de combate con sus vetustas máquinas, para ofrecer a los lectores de los periódicos imágenes reales de batallas como la de Alma o la de Sebastopol, que superaban en fidelidad a las enviadas por dibujantes y litógrafos. Desde entonces no han faltado reporteros gráficos (con máquina de fotos o cámara de rodaje) en ningún conflicto bélico de los que han continuado asolando el mundo moderno.

Continuando los trabajos de su maestro, Nicéforo Niepce, y los del sobrino de éste, Abel Niepce de Saint-Victor, sobre técnica fotográfica, el dinámico Jacques Daguerre (1787-1851), partiendo de sus dioramas, descubrió entre 1835 y 1857 la acción del vapor de mercurio sobre yoduro de plata impresionado y la posibilidad de disolver el yoduro residual en una solución caliente de sal común. Así nacieron los primeros daguerrotipos, antecedentes directos de las modernas fotografías.



Louis Jacques Mandé Daguerre.



Caricatura sobre el daguerrotipo.

Para su sorpresa, los Lumière no quisieron vender el invento, e incluso el padre de ellos, Antoine, les espetó un benevolente discurso: «Les hago un favor, señores. Esto no tiene porvenir comercial fuera de algunas demostraciones científicas; con el tiempo me lo agradecerán.» Hay quien niega la autenticidad histórica de estas palabras, pero, en todo caso, encajan maravillosamente con el carácter del padre de los inventores.

Así pues, el negocio no llegó a realizarse, y como siempre es bueno convertir la necesidad en virtud, Auguste y Louis se aplicaron en sacar la mayor rentabilidad a sus sesiones del Salon Indien. Ya queda dicho que no fue necesario hacer publicidad, porque las personas que veían el cinematógrafo se encargaban de recomendarlo a los demás. Hubo días que en el *boulevard des Capucines* se reunieron varios cientos de personas esperando su hora de entrada: en alguna ocasión, la recaudación llegó a 2.500 francos, ante la desesperación del dueño del local, Volpini, que seguía cobrando diariamente la cantidad estipulada de 30 modestos francos.

Los hermanos Lumière se dedicaron rápidamente a renovar el repertorio, y durante algún tiempo siguieron haciendo películas breves que duraban de uno a tres minutos con temáticas similares a las de la primera jornada. Entre esta nueva hornada destaca *El regador regado,* una de las cintas más famosas del cine y a la que se considera el primer filme de humor; su argumento, como se sabe, consiste en un hombre que se dispone a regar las plantas y descubre, enojado, que no sale el agua; se pone a mirar por la boquilla de la manguera sospechando una obstrucción inoportuna, y en ese momento sale el agua, bañándole de arriba abajo. Esta breve película, que tenía como protagonista a un jardinero de los Lumière, era recibida indefectiblemente con incontenible hilaridad y producía el mismo efecto de risa que cuando lo hacían los *clowns* sobre la pista del circo.

También recurrieron a los primeros trucajes cinematográficos, como pasar al revés su película *La demolición del muro:* ante el divertido asombro de los espectadores, el muro se iba milagrosamente reconstruyendo. Y hay que recordar *Charcutería mecánica,* un filme en el que se ponía en solfa el maquinismo aplicado a todo lo que se estaba componiendo: un cerdo era introducido por la boca de una máquina y salía por el otro extremo convertido en salchichas.

Pronto, sin embargo, pudieron darse cuenta de las posibilidades de curiosidad informativa que el cinematógrafo tenía. Por influencia, sin duda, de la prensa, los Lumière contrataron un grupo de cámaras-reporteros y los enviaron a filmar cosas de todo el planeta. «Abrir sus objeti-

vos sobre el mundo», les recomendaba Louis Lumière a sus hombres, y eso hicieron, precisamente, creando lo que hoy llamamos noticiario.

El resultado más brillante fue quizás el de François Doublier, quien en 1896 rodó la coronación del zar Nicolás II en siete bobinas. Se dice que el placer que sintió el emperador ruso y la envidia de los demás soberanos de Europa motivaron una auténtica carrera de testas coronadas por aparecer, de una u otra forma, sobre las pantallas.

Otro operador, Promio, estuvo en países orientales y meridionales especializándose en documentales «exóticos». Los parisienses podían ver en movimiento escenas callejeras o paisajes de Palestina, Persia o Turquía. En 1897, el catálogo de películas de los Lumière sumaba más de 350 títulos.

El final de la historia de los inventores de Lyon no está lejano. Al menos, el final de su historia relacionada con el cine. Lo cierto es que nunca llegaron a considerar su cinematógrafo como el embrión de una gran industria, de un gigantesco monopolio que quizás hubiera necesitado mayores capitales para hacerse con el mercado. Lentamente, otros hombres comenzaron a ganar terreno y a explotar el espectáculo. Méliès, Pathé, Gaumont, Edison, William Paul, cada uno en sus respectivos países e incluso penetrando en el de los demás, estaban produciendo películas mucho más elaboradas y a escala infinitamente mayor.

Así, hacia 1900, cinco años después de iniciada la aventura, los Lumière decidieron despedirse con una gran proyección sobre una gran pantalla de 21 por 16 metros. El incendio ocurrido unos años antes en una sala de cine, en el que resultaron muertas muchas personas, había incidido también para restar popularidad al cinematógrafo. Los Lumière lanzaron así su canto del cisne y dejaron paso a otros hombres con ideas diferentes.

Un poco después

Dos magos para la pequeña historia: el «mago de Menlo Park», es decir, Thomas Alva Edison, y el «mago de Montreuil», o sea, Georges Méliès. Uno y otro representan el gran arranque económico y artístico de lo que el cine habría de evolucionar con el tiempo.

Edison era, sin duda, el más grande hombre de la física práctica de su tiempo, lo que no tiene nada que ver con su catadura moral personal; en una primera etapa, antes de entregarse al mundo del cine, se había dedicado al de la electricidad: con sus patentes, la General Electric había puesto en marcha un *trust* mundial de la electricidad, financiado por la Banca Morgan. Ya queda dicho algo de su torpe mezquindad con su kinetoscopio, pero no hay que restarle el menor crédito a varios de sus hallazgos. El principal de ellos, el propio *kino*, cuyo único defecto consistía en que obligaba al sufrido espectador a permanecer agachado mirando a través de un cristal de aumento para ver las figuras en movimiento. Pero además, como hemos dicho, Edison consiguió la primera película de celuloide, o mejor dicho, lo logró la casa Eastman-Kodak por indicación suya. Por si fuera poco, el primer estudio de rodaje lo construyó Edison en el patio de su vivienda.

Desde Menlo Park, lugar en el que residía,

La ardua y complicada labor de enfoque y exposición de los primeros fotógrafos y sus primitivos, aparatosos y rudimentarios artefactos eran frecuentemente satirizados por los dibujantes, sus competidores naturales, en caricaturas como ésta, publicada en la prensa británica.



Los fotógrafos y la picaresca de la época.



Louis Lumière y Paul Nadar en la Cámara Sindical de Fotografía de Francia



La foto central es un retrato de Louis Lumière, inventor del cinematógrafo. Sobre estas líneas, un acto social celebrado en la Cámara Sindical de Fotografía de Francia, en París, donde además de Louis Lumière (segundo por la izquierda) aparece el también veterano Paul Nadar, uno de los primeros reporteros gráficos de la Francia de la época. La fotografía primero y después el cine se han convertido en dos importantes ramas de la industria.

Edison se lanzó a la venta y exportación del kinoscopio y de películas. Fundó la sociedad Edison Co., pero pronto fue desbordado por las empresas originarias de la industria cinematográfica americana: la Biograph y la Vitagraph. Ambas estaban ligadas a clanes industriales y políticos muy poderosos, y no tenían escrúpulos en vender cualquier cosa, incluidas reproducciones de películas que llegaban de Europa.

Al otro lado del Atlántico, un mago ubicado en París estaba también haciendo historia. Se trataba de Georges Méliès, hijo de un acaudalado zapatero y propietario y director del teatro Houdin. Recordemos que fue uno de los pocos privilegiados que estaban presentes el día del estreno de los Lumière y también que había intentado comprar su aparato proyector, sin conseguirlo.

Sin embargo, Méliès no olvidó el tema y pronto adquirió un aparato similar, fruto de la invención del inglés William Paul. Con el «bioscopio» —que así se llamaba— y su fértil imaginación comenzó a producir peliculitas de vida cotidiana al estilo de las de los Lumière.

Pero la cosa no duró mucho. Pronto, a causa de un accidente en el arrastre de una película, descubrió algo sorprendente: al proyectarla, un coche se convertía de repente en un carro fúnebre, y unos hombres en mujeres. El secreto era bien simple: la cámara no había rodado las escenas intermedias, por lo que, sin solución de continuidad y como por arte de magia, las cosas se transformaban.

Sus reflejos de ilusionista se despertaron y comenzó a hacer películas «mágicas» con este trucaje. En uno de sus filmes, una dama desaparecía repentinamente, y en otro, inspirado en el Fausto, Margarita se transformaba en el propio diablo ante la mirada atónita de los espectadores.

No es éste el momento de reseñar la filmografía de Méliès, que puede ser objeto de ampliación en cualquier manual sobre cine. Baste decir que realizó unas 500 películas y que en muchas de ellas se valió de su descubrimiento para lograr efectos extraordinarios.

Mientras tanto había creado su propia empresa para explotar su producción: la Star Film.



Louis Lumière.



Homenaje en el 25.° aniversario de la invención del cinematógrafo.

No obstante, se mostraba preocupado porque en Estados Unidos sus películas eran objeto de un auténtico saqueo por parte de las productoras Biograph y Vitagraph, que no dudaban en robarle las películas y pasarlas a su repertorio como realizadas por ellos. Así que Méliès hubo de trasladarse a Estados Unidos y fundar una sucursal en Nueva York.

Su imperio duró hasta el estallido de la guerra mundial. Ya en 1911, con recursos cada vez más escasos, había tenido que aceptar la ayuda de su rival Charles Pathé, dejando como garantía el teatro Houdin. Fue, seguramente, el primer quebrado de la historia del cine, y por si alguien tiene la curiosidad de conocer el final de esta historia, digamos que Méliès desapareció durante la gran guerra y sólo fue encontrado por un periodista en 1928. El hombre se encontraba en una situación lamentable, convertido en un anciano y ganándose la vida vendiendo golosinas en un puesto ambulante. A pesar de que se hicieron colectas y se organizaron homenajes, Méliès hubo de seguir con su trabajo de vendedor callejero hasta su muerte, en 1938.

La gran historia de la «fábrica de sueños», como llamaba con ironía Illia Ehrenburg al cine, vendría inmediatamente después. Detengámonos en esta edad de la inocencia, en el día en que una placa colocada en el antiguo Grand Café recuerda: «Aquí, el 28 de diciembre de 1895, tuvieron lugar las primeras proyecciones públicas de imágenes animadas con el concurso del cinematógrafo, aparato inventado por los hermanos Lumière.»

R. C. M.

La fotografía recoge un momento del homenaje rendido a Louis y Auguste Lumière, inventores del cinematógrafo, con motivo de celebrarse el 25.° aniversario de su descubrimiento. Una técnica que hoy nos parece tan natural pero que ha contribuido a cambiar la visión que el hombre moderno tiene sobre el mundo, achicando las dimensiones de éste y creando la llamada «civilización de la imagen» en la que todavía —y cada vez más— vivimos.

Bibliografía básica

GUBERN, R.: *Historia del cine,* Ed. Lumen. Barcelona, 1971.

JEANNE y FORD: *Historia ilustrada del cine,* Alianza Editorial. Madrid, 1974.

SADOUL, G.: *Historia mundial del cine,* Siglo XXI. Madrid, 1972.

VILLEGAS LÓPEZ, M.: *Los grandes nombres del cine,* Ed. Planeta. Barcelona, 1973.

Política internacional

«Triple Entente» entre Gran Bretaña, Rusia y Francia frente a la Triple Alianza formada por Alemania, Austria-Hungría e Italia
Oklahoma se convierte en el 46 estado de Estados Unidos
Estatuto de dominio de la corona británica en Nueva Zelanda
Subida al trono sueco de Gustavo V a la muerte de Oscar II
Primer movimiento de resistencia pasiva entre los indios del Transvaal (Sudáfrica) organizado por el Mahatma Gandhi
Vladimir Ilych Lenin se exilia de Rusia por segunda vez
El sufragio femenino es aprobado en Noruega
Francia ocupa Casablanca y Rabat
Reconocimiento de la integridad de Noruega por parte de Francia, Gran Bretaña, Rusia y Alemania

Sociedad

Nace don Alfonso de Borbón, príncipe de Asturias.
El papa Pío X condena el «modernismo» en la Iglesia católica
Congreso socialista en Stuttgart
En Italia se aprueba el descanso dominical
Publicación de la obra de George Sorel Reflexiones sobre la violencia
El general Baden Powell funda en Inglaterra el movimiento de los boy scout

Economía

Se realizan las primeras perforaciones petroleras rentables en Persia
Fundación de la compañía petrolera Shell Oil Trust
Segunda crisis económica en Estados Unidos
Fundación del Banco Nacional Suizo

Ciencia y tecnología

Auguste Lumière inventa la fotografía en color
Inglaterra pone en servicio los vapores transatlánticos gemelos Mauritania *y* Lusitania*, que son los mayores buques de pasajeros del mundo*



Henri Rousseau: El encantador de serpientes

Se descubre en Heidelberg (Alemania) la mandíbula inferior de un hombre prehistórico que vivió hace aproximadamente quinientos mil años.
Hugo Junker inventa el motor de doble émbolo.
Premio Nobel de Fisiología y Medicina a Alphonse Laveran por sus trabajos sobre paludismo.

Sucesos

El millonario norteamericano Crittendon es condenado y encarcelado por tener esclavos españoles e italianos en su plantación de algodón de Arkansas.

Literatura

Rudyard Kipling: premio Nobel.
Joseph Conrad: El agente secreto.
Antonio Machado: Soledades, galerías y otros poemas.
Máximo Gorki: La madre.

Cine

El cineasta francés Emile Cohl muestra los primeros dibujos animados.

Teatro

Jacinto Benavente: Los intereses creados.
G. Bernard Shaw: Mayor Barbara.

Música

Gustav Mahler: Octava sinfonía.
Gustav Holst: A Somerset Rhapsody.
Edward Elgar: The wand of youth.
Muere Eduard Grieg.

Pintura y escultura

Pablo Ruiz Picasso: Les demoiselles d'Avignon (Avinyó).
Henri Rousseau: El encantador de serpientes.
Henri Matisse: Desnudo en azul.
En el Salón de Otoño de París se ofrece una gran exposición póstuma de Cézanne.



Colección de sellos sobre los boy scout emitida por los Emiratos Arabes Unidos.



Las primeras heroínas.

LAS SUFRAGISTAS: «EL VIAJE APASIONADO»

YA se ha cumplido más de un siglo desde que las mujeres decidieran llevar a cabo la gran batalla por conseguir la voz en sus países: el derecho al voto, que durante siglos se les había negado. Es lo que Betty Friedan ha denominado como «el viaje apasionado; aquel viaje apasionado, aquel difamado e incomprendido viaje fuera de las fronteras del hogar».

Hoy, la imagen que se tiene de ese puña-



Emmeline Pankhurts detenida tras el asalto a Buckingham Palace.

Cuando las mujeres británicas decidieron salir a la calle a reclamar los derechos que les eran negados, la respuesta del Estado (jerárquico, autoritario, patriarcal, masculino) no se hizo esperar y fue contundente, a la vez que intentaba ridiculizar ideológicamente a las sufragistas. En la foto, dos fornidos bobbies (policías londinenses) llevan detenida a una mujer. Al final, ellas se ganaron a pulso su derecho al voto.

Un efecto de la industrialización

No es casual que fuera en los países industrializados, europeos fundamentalmente, donde el estallido sufragista por el voto apareciera en un primer momento. Pero fue en Estados Unidos donde se planteó en primer lugar la lucha por el voto femenino.

Allí, al contrario que en Inglaterra, la gestación del movimiento sufragista iría unida, en un primer término, a la lucha antiesclavista. En su mayoría, las sufragistas americanas eran del Norte industrializado, habían luchado junto a sus hombres por la independencia de su país frente a la metrópoli y, en general, habían irrumpido en trabajos de corte secundario. Por el contrario, las mujeres del Sur seguían aisladas en las plantaciones, apegadas a la tierra y sin ninguna posibilidad de salir del cerco familiar. Aquellas mujeres del Norte, pertenecientes, por supuesto, a una clase media de corte liberal, pudieron acudir a la primera universidad femenina, abierta en 1837. Su inquietud y su tradición de lucha frente a los casacas rojas y a los indios les hicieron ponerse al lado del movimiento antiesclavista. Pero en seguida comprendieron que, aunque su lucha tenía mucho de común con la de los esclavos negros, poseía características propias y definidas. La primera certidumbre de esta realidad la tuvieron cuando Elizabeth Stanton y Lucrecia Mott, dos líderes americanas del movimiento antiesclavista, se vieron obligadas a contemplar el desarrollo de una convención antiesclavista en Londres detrás de las cortinas, al serles negada la entrada por el solo hecho de ser mujeres. Ocho años más tarde, en 1848, ambas, junto con otras, convocan la Convención de Seneca Falls. Elizabeth Stanton entusiasmó al auditorio con la «Declaración de principios», en la que, tras denunciar la situación de la mujer, terminaba con una proclama que se convertiría en la bandera del movimiento sufragista a partir de ese momento: «Afirmamos que

do de mujeres que asaltó, por ejemplo, el Parlamento inglés en 1908, es histriónica: viejas solteronas, histéricas y aburridas.

En definitiva, este «viaje apasionado» fue mucho más que la ardua conquista de unos derechos inherentes a todo ser humano; fue la protesta explosiva de un sexo sin señas de identidad, creado por y para el otro, sin más función que la de parir y ser bonitas figuras decorativas.



Tras el ataque de las sufragistas al Palacio de Buckingham, residencia de la familia real británica, la señora Emmeline Pankhurst, líder del movimiento sufragista, es detenida por el inspector Rolfe, de Scotland Yard. Ante la resistencia y protestas de la Pankhurst, un policía la lleva en volandas.



«La francesa debe votar».

es sagrado deber de las mujeres de este país asegurarse el más inviolable de los derechos: el sufragio».

La trampa de la guerra

A partir de la Convención de Seneca Falls, los congresos y convenciones comienzan a multiplicarse, al tiempo que las mujeres, ya organizadas, cursan peticiones a los gobiernos. Paralelamente, la reacción antisufragista crecía en la misma proporción y con parecida intensidad. Las proclamas de «revolución», «el reino de las enaguas», «blasfemia», ilustraban las cabeceras de los más importantes periódicos. Los puritanos protestantes irrumpían en las manifestaciones y en arengas feministas agitando biblias. Misteriosos y falsos informes sobre operaciones quirúrgicas y aquelarres constituían el caldo de cultivo de las arengas antisufragistas que reposaban sobre la concepción de que la mujer era y debía seguir siendo el reposo del guerrero: «Ellas tienen una misión más elevada y santa —argumentaba un senador de Nueva Jersey—: la de formar en el recogimiento del hogar el carácter de los hombres del mañana. Su misión está en el hogar, para suavizar las pasiones de los hombres con sus caricias y su amor, cuando éstos regresen tras la batalla por la vida, y no la de acudir a la batalla añadiendo más leña al fuego.»

Y cuando muchas de estas mujeres adoptaron los *blomer* (pantalones anchos) en su vestimenta, la propaganda antisufragista las tachó de «marimachos». Tan fuerte era la crítica que la propia Elizabeth Stanton, una de las innovadoras de los *blomer*, tuvo que optar por no volvérselos a poner, al tiempo que contestaba a los ataques: «Nos ponemos este traje para tener mayor libertad. ¿Qué es la libertad material comparada con la esclavitud mental?»

La fuerte reacción a darle el voto a la mujer no escondía solamente el obcecado empeño de una cultura machista que veía perder así parte

Francia fue uno de los últimos países europeos en conceder el derecho de voto a las mujeres (1946), a pesar de haber tenido gobiernos teóricamente progresistas. El «machismo» oficial de los países latinos no se manifiesta en algunos aspectos en Portugal o en España, donde jurídicamente la mujer no pierde su propio apellido al casarse para tomar el de su marido, cosa que sí ocurre en los países anglosajones. En la foto, un policía galo «libera» a un grupo de sufragistas francesas, encadenadas cortando el tráfico en París, para reclamar su derecho al voto.



Las sufragistas recorren Londres con un coche de bomberos.

Antes de lanzar piedras contra los escaparates, provocar incendios o realizar otras acciones violentas, las sufragistas británicas usaron, para dar a conocer su causa y demostrar su activismo militante, acciones propagandísticas espectaculares como lanzar panfletos desde un globo o desde un coche de bomberos previamente «secuestrado», momento que recoge la fotografía. La prensa libre, de la que los británicos han disfrutado desde hace siglos, difundía diariamente estas acciones.

de su poder. Existían otros intereses que se concretaban en el temor de que al dar el voto a las mujeres comenzaran a aparecer reformas que lesionaran el papel preponderante del varón en su relación económica y comercial con la mujer. Así, una de las primeras enmiendas cursadas por las sufragistas a las cámaras legislativas pedía el derecho de la mujer casada a la propiedad y al suelo. Algo parecido sucedía con la campaña en favor de la prohibición de las bebidas alcohólicas. Es cierto que muchísimas mujeres, fundamentalmente las organizadas en la llamada Unión Femenina por la Templanza Cristiana, apoyaban a las sufragistas en su deseo de conseguir el voto, pero éstas siempre intentaron mantenerse un tanto al margen de este delirio puritano, aunque constataban que de nuevo la mujer era la que sufría las consecuencias de un marido violento a causa del alcohol. Por ello, tanto los comerciantes de licores como los implicados en esta red comercial se convirtieron en enemigos acérrimos de la emancipación y del voto femenino, ante el temor de verse privados de sus negocios.

Pero toda esta intensa actividad sufragista quedó paralizada automáticamente por el estallido de la guerra civil americana el 14 de mayo de 1863. Las propias líderes feministas «cerraron el quiosco» y se convirtieron en los más firmes apoyos de la retaguardia frente a la esclavitud, con la esperanza de que el triunfo en la guerra trajera para ellas y para los negros la ansiada libertad. Sin embargo, después de la guerra la esperanza se truncó en una profunda desilusión: por la enmienda 14 a la Constitución, el negro obtenía el derecho al voto, y la mujer quedaba excluida de él.

La batalla final

Tras esta terrible decepción, la confusión tomó cuerpo en el seno del movimiento sufragista americano. Y, como era de esperar, la escisión no tardó en aparecer. Se formaron dos grupos: La National Woman Suffrage Association y la American Woman Suffrage Association. Su punto de divergencia estribaba en que mientras para la National la vía para lograr el voto era conseguir una enmienda constitucional, para la American el camino idóneo era obtenerlo Estado por Estado. Además, y fundamentalmente, ambas asociaciones encerraban concepciones ideológicas muy distintas. La National, en la que se encuadraban Elizabeth Stanton y la vigorosa feminista Susan Anthony, consideraba el voto femenino como un medio para alcanzar otras reformas vitales, mientras que la American, además de concebir el voto como fin único, era más moderada y «respetable».

Cuando en 1890 Wyoming pasó a ser un Estado de la Unión, las mujeres conservaron su voto de una forma natural y sorprendente. Ante este hecho, la fusión entre ambas organizaciones no se hizo esperar, y Elizabeth Stanton asumió la presidencia para cedérsela más tarde a Susan Anthony.

En un principio, las sufragistas volvieron al optimismo primitivo existente antes de la guerra civil: «Si en Wyoming ha sido tan fácil, pronto seguirán nuevos Estados».

La realidad era muy distinta, y a pesar de que en Colorado, Idaho y Utah se consiguió a los pocos años el ansiado sufragio, hasta 1910 sólo se produjo la conquista del Estado de Washington. También en 1893 el gobierno reformador liberal laborista de Nueva Zelanda concede el voto a las mujeres. Sin embargo, el goteo era cada vez más lento. La deducción parecía obvia: los Estados recién nacidos otorgaban su voto rápidamente, mientras que en los más consolidados la resistencia era mayor. Pero el movimiento sufragista americano languidecía. Cuan-

do años más tarde la hija de la vigorosa Elizabeth Stanton, Harriet Stanton Clatch, regresa de Inglaterra, decide importar al Nuevo Mundo la experiencia de las sufragistas inglesas: unidad, vigor e incluso violencia, y funda la Liga de Mujeres Independientes, que consigue auténticas manifestaciones monstruos y reviste de una inusitada ilusión a las gastadas fuerzas sufragistas americanas. La Primera Guerra Mundial volvería a poner un paréntesis; pero afortunadamente la vuelta de la guerra no fue tan amarga para las feministas americanas como lo había sido en 1866. Dos años después de finalizada la contienda, en agosto de 1920, la Constitución norteamericana recogía en su enmienda número 19: «El derecho de los ciudadanos de Estados Unidos al voto no puede ser negado o limitado a causa de la diferencia del sexo.»

La lucha violenta

Las características que definen el movimiento sufragista en Inglaterra son: la gran participación de mujeres de la clase alta en su gestación y desarrollo, y su carácter contestatario. Característica esta última que se dice que fue tomada en un principio por Gandhi en su movimiento de desobediencia civil en la India.

En Inglaterra se consigue el voto al finalizar la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la lucha por el mismo se gestó muchos años antes, cuando el economista John Stuart Mill, diputado en 1865, presenta la primera petición del sufragio femenino, con el respaldo de 1.500 firmas de mujeres, obtenidas por el Comité del Sufragio Femenino de la conocida feminista Barbara Leigth Smith. Para la sociedad inglesa no era un asunto nuevo, pues ya en 1792 Mary Wollenscraft había escrito y publicado su libro *Vindicación de los derechos de la mujer*. Las propuestas de Stuart Mill fueron recibidas en el Parlamento con sonoras carcajadas, pero el escritor inglés no se rindió; casado con Harriet Hardy Taylor, conocida feminista y autora del libro *La esclavitud de la mujer*, logró sacar adelante dos años después el derecho femenino al voto en las elecciones municipales, y más tarde, el derecho electoral para las mujeres en los *school boards* (consejos escolares).

A finales de siglo se crea en Londres la Unión Nacional de Sociedades para el Sufragio de la Mujer (NUWSS), dirigida por Lydia Becker, grupo bastante fuerte que comienza a desarrollar una estrategia conciliatoria a la americana, intentando convencer a los miembros del Parlamento para que presenten mociones y proyectos de ley favorables al voto femenino. Sin embargo, las feministas constatarían pronto que ésta no era la vía idónea para tal fin, por lo que en 1903, cuando aún el Partido Conservador está en el poder en Inglaterra, la viuda del señor Pankhurst, Emmeline Pankhurst, funda en Manchester la Unión Social y Política Femenina (WSPU), vinculada al Partido Laborista Independiente y con una clara ideología socialista. Para la WSPU era evidente que la táctica de la otra organización era equivocada, en primer lugar

Este cartel impreso en colores y pegado por las militantes sufragistas en las paredes de todo el Reino Unido impresionó a la sociedad británica de la época. En él se muestra cómo las sufragistas detenidas y que se declaraban en huelga de hambre eran reducidas y obligadas a ingerir alimentos a la fuerza por los directores de las cárceles. Su texto dice en inglés: «Tratamiento de los presos políticos bajo un gobierno liberal.» Su difusión hizo mucho daño al gabinete Gladstone.


Cartel de propaganda feminista pegado por las calles del Reino Unido.



Manifestación por el voto femenino ante la Asamblea Nacional francesa.

El triunfo de la Revolución rusa en 1917 y su inmediata concesión del voto a las mujeres, junto al ejemplo de los países escandinavos y la demostración efectiva de que las mujeres podían ocupar los puestos de trabajo de los hombres, como ocurrió en Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, hizo que numerosos países aceptaran el voto femenino. Francia fue una excepción, incluso bajo el gobierno de Frente Popular de Léon Blum. Sobre estas líneas, manifestación de mujeres francesas ante la Asamblea Nacional, en 1936. En la página opuesta, una sufragista sostiene una pancarta pidiendo el derecho al voto femenino.

porque conseguir el apoyo del Parlamento no servía de nada si el gobierno no estaba a favor, y en esta coyuntura el gobierno conservador no era favorable a otorgar el voto a las mujeres. La única salida consistía en conseguir el apoyo de la opinión pública, y para ello lo primero que había que hacer era alterar el *statu quo* que sobre el voto femenino existía a nivel popular. Desde que la WSPU se crea hasta que se celebran las elecciones generales de 1906, las sufragistas, ya conocidas como *suffragettes*, organizan mítines, manifestaciones y «alteraciones del orden público».

El triunfo liberal en las elecciones apareció en un primer momento como la panacea divina para el sufragio femenino, pero pronto el primer ministro Henry Campbell-Bannerman se encargó de poner de manifiesto que existían divergencias en el seno del gobierno sobre el voto para la mujer.

Liberales contra el voto

El primer ministro inglés echó la culpa de la oposición al voto femenino al ministro de Hacienda Asquith, quien en 1908 sustituyó a Campbell en la presidencia del ejecutivo.

No podía olvidar el hábil político los ataques furibundos de las sufragistas, ni la manifestación acaecida en febrero de 1907, en la que tomaran parte más de 4.000 personas, conocida como «la marcha del barro», por la lluvia torrencial que caía, en la que la policía cargó brutalmente, para desprestigio del gobierno y su persona. Asquith seguía impertérrito en su postura: «A veces —dijo públicamente en una ocasión— siento la tentación de pensar, oyendo los argumentos de los partidarios del sufragio femenino, que no hay ninguna razón para apoyarlo, y en ocasiones, cuando oigo los argumentos de los enemigos del sufragio femenino, que no cabe decir nada en contra del mismo.»

Hay que recordar que en la Inglaterra de principios de siglo sólo las dos terceras partes de los hombres tenían derecho al voto: los cabezas de familia que eran propietarios. Los conservadores que apoyaban el sufragio femenino lo hacían desde este supuesto, es decir, el de otorgar el voto sólo a la exigua minoría de mujeres cabezas de familia y propietarias, postura que, obviamente, era rechazada por los liberales. Mientras tanto, en el seno de la WSPU el poder de la señora Pankhurst y de sus hijas, sobre todo Christabel, se afianza, aunque a costa de una escisión: la «Liga para la Libertad de las Mujeres», que no compartía del todo los métodos violentos de la vigorosa Pankhurst.

Pero la violencia y la espectacularidad se agudizaban día a día: rotura de lunas, encadenazamiento desde un globo sobre Londres de miles de octavillas pidiendo el voto.

El objetivo de conmover a la opinión pública comenzaba a cumplirse, y el gobierno cayó finalmente en la trampa, al detener, tras una acalorada manifestación, a la señora Pankhurst, a su hija Christabel y a la señora Drummond. Las tres fueron condenadas a prisión por negarse a jurar que no volverían a alterar el orden público.

El número de las mujeres encarceladas por «alteración del orden público» se multiplicó en seguida. Rápidamente surge una consigna: la huelga de hambre. La primera en practicarla fue Wallace Dunlop; en un primer momento, el ministro del Interior, Gladstone, decide ponerla en libertad, pero cuando todas las detenidas siguen el ejemplo de esta mujer, el ministro opta por alimentarlas a la fuerza. Lógicamente, la impopularidad de la medida erosionaba al gobierno y a su ministro del Interior, Churchill, y favorecía la imagen y popularidad de las sufragistas. Máxime teniendo en cuenta que el gobierno era liberal, y muchos de sus componentes rechazaban estos métodos. Todo ello llevó a la creación de un comité de conciliación para dar el voto a las mujeres. El proyecto contemplaba el otorgarlo a las propietarias y a las que estuvieran casadas y cuyos maridos poseyeran propiedades inmuebles. Pero de nuevo los liberales frenan esta reforma por medio de Lloyd George y Churchill, quienes sostienen que favorece a los conservadores.

La recta final

En diciembre de 1910 debían celebrarse nuevas elecciones para la Cámara de los Lores, y Asquith declara que si ganaran los liberales presentarán un proyecto de ley para ampliar el sufragio. Las sufragistas se muestran confiadas en la promesa, y cuando los liberales consiguen la victoria cesan la lucha en espera de la ansiada ley. Cuando en 1911 Asquith anuncia que estaba en preparación un proyecto de ley para conceder el voto a todos los adultos, pero que las enmiendas destinadas a otorgar el voto de las mujeres serían sometidas a discusión, el estallido sufragista reaparece con mayor violencia. A la vuelta de su viaje a Estados Unidos, Emmeline Pankhurst invita, en un mitin público de masas, a la acción: «No queremos emplear argumentos innecesariamente violentos. Si el argumento de la piedra, el tradicional argumento político oficial, es suficiente, no utilizaremos ningún otro más fuerte... Mi última palabra es para el gobierno: ¡Yo incito a esta asamblea a la rebelión! Detenedme si os atravéis, y si es que no os atrevéis, os advierto que no me meteréis en la cárcel.» El argumento de la piedra fue el empleado a partir de ese momento.

Días después de la invitación de la señora Pankhurst, 200 mujeres rompen la mayoría de los escaparates de la elegante zona de Picadilly y Oxford Street. La redada policial logra detener a la mayoría, incluida la señora Pankhurst, pero su hija Christabel logra huir a París, desde donde organiza en la clandestinidad el movimiento sufragista. Las elecciones se suceden. De las roturas de cristales se pasa a los incendios provocados. En poco tiempo arden varias estaciones de ferrocarril y estallan bombas en los sitios más singulares, como en la casa que se estaba cons-

El voto para la mujer.

El secretario del presidente Wilson, partidario del voto femenino.



Cartel-caricatura en el que se satiriza la postura partidaria del voto femenino de William Jennings Bryan, secretario del presidente norteamericano Thomas W. Wilson. Muchos políticos con visión de futuro fueron pioneros en el apoyo a la causa feminista para conseguir el voto; queda por saber si sus propósitos eran desinteresados, es decir, en favor de la mujer, o bien si trabajaron únicamente con vistas a una próxima elección.

1908

Las sufragistas: «El viaje apasionado»



SIMONE DE BEAUVOIR (París, 1908)

Estudió filosofía en la Sorbona y en la Escuela Normal de París. En 1928 ganó por oposición una agregaduría de filosofía con el número dos; el primero de la promoción era el filósofo Jean-Paul Sartre, quien sería su difícil e inseparable compañero a lo largo de más de cincuenta años.

A pesar de vivir siempre en domicilios distintos y de conservar un notable grado de independencia, al menos para el gran pontífice del existencialismo francés, «formaron durante medio siglo, manteniendo entre ellos un tratamiento de 'usted' propio de otra época, la pareja más unida y más cómplice de la literatura moderna» (C. Zimmer).

Con Sartre participó Simone de Beauvoir en casi todos los acontecimientos de relieve de la vida cultural y política francesa, desde los coqueteos con la resistencia durante la ocupación alemana hasta la colaboración asidua en *Les Temps Modernes* y en la venta de periódicos izquierdistas prohibidos, en el movimiento estudiantil de mayo de 1968.

Simone de Beauvoir ha disfrutado de la incomparable ventaja de poder analizar los acontecimientos más importantes del siglo XX desde una privilegiada atalaya. Su obra quizá más difundida y que le ha dado más justa celebridad es *El segundo sexo,* publicada en 1949 y hoy un libro clásico de feminismo. Pero también ha cultivado la novela y el ensayo con la habilidad propia de la mejor tradición literaria francesa. Entre sus obras hay que recordar *La invitada* (1943), *La sangre de los otros* (1945),

Todos los hombres son mortales (1946), *Los mandarines* (1954), *Memorias de una joven formal* (1960), que tiene mucho de autobiográfico; *La plenitud de la vida* (1960), *La fuerza de las cosas* (1963), *Una muerte muy dulce* (1964), *Hermosas imágenes* (1966) y *La mujer rota* (1974).

Los años no le han apartado del feminismo, y cuando en 1979 se creó en París el Comité Internacional de Derechos de la Mujer fue elegida presidenta del mismo. En 1981 ha publicado un libro, titulado *La ceremonia del adiós*, en el que relata los diez últimos años de la vida de Sartre, que ha levantado una enconada polémica en los medios literarios franceses y, en general, entre los amigos y enemigos del difunto filósofo.



CONCEPCION ARENAL (El Ferrol, La Coruña, 1820-Vigo, Pontevedra, 1893)

Se educó en Madrid, mostrando unas notables facultades intelectuales; aprendió sola francés e italiano y es fama, no confirmada, que se disfrazó de hombre para poder asistir a algunas clases en la universidad, vedada por entonces a las mujeres. Lectora ávida, fue autodidacta y reacia en un principio a publicar sus obras, algunas de las cuales destruyó ella misma.

En 1847 contrajo matrimonio con el abogado Fernando García Carrasco, con quien colaboró en *La Iberia*, una de las publicaciones más difundidas de la época. Enviudó en 1855 y se estableció con sus hijos en el pueblo santanderino de Potes y, más tarde, en su Galicia natal, en la que durante algunos años llevó una vida retirada. En el transcurso de la guerra carlista estuvo cinco meses en

truyendo Lloyd George en Walton Heath; en los campos de golf, las sufragistas escriben con ácido: «Votos para las mujeres.» La señora Pankhurst entra y sale de la cárcel en sucesivas ocasiones, gracias a la ley del «gato y el ratón» que posibilita poner en libertad a cualquier preso en huelga de hambre y hacerle completar su sentencia una vez hubiese recobrado su salud. La tensión estalla cuando, en junio de 1913, Emily Davison, de la WSPU, se lanza delante de un grupo de caballos en el *derby* de Epsom. La sufragista pierde la vida bajo las patas del caballo *Ammer*, casualmente propiedad del rey Jorge V. La opinión pública, incluso la más hostil a los planteamientos de las *suffragettes*, se conmovió, y el entierro de Emily se convirtió en una de las mayores manifestaciones que Londres ha conocido. Pero el tono frenético seguía su curso a principios de 1914: en la National Gallery, un grupo de feministas destroza numerosas pinturas, entre ellas *La Venus*, de Rokeby.

Mientras tanto, en el seno de la WSPU, los enfrentamientos se suceden. En esta ocasión es Sylvia Pankhurst quien se enfrenta a su madre y hermana, pues considera imprescindibles las posturas socialistas dentro del movimiento. Su contacto reiterado con las mujeres obreras y sus planteamientos ideológicos ocasionan que la expulsen de la WSPU, pero ello no le impide seguir con la lucha sufragista al frente de la Federación del Este de Londres por el Sufragio Femenino. Precisamente fue Sylvia Pankhurst quien en junio de 1914 se entrevistó con Asquith para plantearle las reivindicaciones sociales de las obreras y el consabido derecho al voto.

Si la guerra no se hubiera terciado, seguramente las inglesas hubieran conseguido el sufragio en 1914, tras la entrevista de Asquith y Sylvia Pankhurst; sin embargo, no fue así, y las inglesas tuvieron que esperar cuatro años más, hasta que por el Acta de Representación del Pueblo consiguieran, al finalizar la contienda, el derecho al sufragio.

El viaje feliz de las nórdicas

En general, después de la guerra, los países europeos van paulatinamente concediendo el voto a las mujeres. En la mayoría, la lucha sufragista se limita a proclamas, actividades publicitarias y tímidos escarceos, que poco tenían que ver con la lucha ardiente de las inglesas o americanas. En Noruega, las mujeres obtuvieron el voto en 1913, en las mismas condiciones que los hombres. De hecho, los países escandinavos fueron modélicos en este sentido. Cuando la gran bailarina Isadora Duncan visita Copenhague en 1907, comenta admirada «la expresión extraordinariamente inteligente y feliz de los rostros de las muchachas que andan por las calles,



Manifestación sufragista en Londres, 1908.

solas y libres, como muchachos.» Este aperturismo de los escandinavos se observa también en Finlandia, donde las mujeres obtienen el voto sin problemas en 1906, siendo el primer país europeo que equipara a hombres y mujeres en sus derechos electorales. Dinamarca, que entonces incluía a Islandia, otorga el voto femenino en 1915, y Holanda, dos años más tarde. Las soviéticas lo consiguen en 1917 con el triunfo de la revolución bolchevique. En Alemania, la situación era distinta. Las fuertes luchas sociales de principios de siglo y el hecho de tener un partido obrero, el Partido Social Democrático Marxista, determinaron la ausencia de una lucha feminista fuerte. En 1907, las mujeres alemanas no podían pertenecer a organizaciones políticas, pero de hecho formaban parte de ellas. Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin, ambas miembros y líderes del partido, defendían el voto femenino, pero consideraban que lo prioritario era la lucha por una sociedad socialista en la cual, como es lógico, el sufragio femenino surgiría de una forma natural.

Curiosamente, las francesas —dejando al margen, por supuesto, a las mujeres del Tercer Mundo y orientales— fueron de las últimas en conseguir el sufragio. Sucedió allí algo parecido a lo acontecido en España: los partidos de izquierda temían que el voto femenino acabara siendo capitalizado por la derecha. Por ello, y a pesar de que las organizaciones feministas francesas plantean desde comienzos del siglo la reivindicación del sufragio, éste se les niega continuamente. En 1919 se somete la cuestión a debate en la Cámara de Diputados, sin ningún éxito. Meses antes, el papa Benedicto XV había hablado en favor de la causa del sufragio femenino y quizá por ello los partidos de izquierda y radicales no prestaron su apoyo a las sufragistas. Ni siquiera el gobierno del Frente Popular de Léon Blum concede el voto a la mujer. Hubo que esperar hasta el 23 de octubre de 1946 para que la Constitución de la IV República reconociera por fin el derecho al sufragio femenino.

Las españolas, diferentes

En 1923, las mujeres habían conseguido el voto en Austria, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y los tres países bálticos de Letonia, Lituania y Estonia. En Italia, la lucha fue muy tímida: en 1919 se concede el voto a la mujer, pero la toma del poder por Mussolini, en 1922, pone fin a todo tipo de reformas en la igualdad de los sexos. Cuando el Estado libre de Irlanda conquista su independencia, otorga el voto a las mujeres a la misma edad que los hombres. Sin embargo, en Inglaterra la discriminación por la edad estuvo vigente hasta que se aprobó otra ley en 1928.

En España, la conquista del voto femenino

un hospital de Miranda de Ebro cuidando heridos. En 1864 fue nombrada visitadora general de prisiones de mujeres, cargo que desempeñó durante el reinado de Amadeo I de Saboya y durante la Primera República. En 1870 fundó, junto con Antonio Guerola, la revista *La Voz de la Caridad,* en la que, a lo largo de los catorce años de vida de la publicación, escribió más de 470 artículos. Envió ponencias a diversos congresos penitenciarios europeos (Estocolmo, Roma, San Petersburgo).

En 1894 se inauguró en Orense una estatua suya, costeada por suscripción popular, y se emprendió en Madrid una edición de sus obras completas.

La extensa labor de Concepción Arenal en el terreno penitenciario está vinculada al krausismo español y, más en concreto, a la corriente jurídica correccionalista, que consideraba que la pena tenía como fundamento la corrección del delincuente.

Concepción Arenal, además de una extensa producción que oscila entre los temas penales, los caritativos y la información sobre la sociedad de su tiempo, cultivó también, con menos fortuna, la poesía y temas relacionados con las bellas artes. Poseía un estilo muy preciso y conciso. Entre sus obras destacan *El visitador del pobre, La beneficencia, la filantropía y la caridad, La mujer del porvenir, Estudios penitenciarios, Estudios sobre el pauperismo.*

Incidente en el Albert Hall.



Maud Joachim y Douglas Smith.

Los escándalos y las protestas públicas de las sufragistas británicas fueron constantes hasta que lograron el derecho al voto. A la izquierda, portada de la revista The Illustrated London News *en la que se recoge el incidente protagonizado en el Albert Hall (la sala de conciertos más famosa de Londres) por dos sufragistas, usando un látigo. A la derecha, sus autoras, Maud Joachim y miss Douglas Smith.*

tampoco tuvo mucho que ver con la lucha desarrollada por las sufragistas americanas o inglesas. La situación socioeconómica depauperada explica en parte esta ausencia de toda lucha. Hasta 1900 no se promulga la primera ley protectora del trabajo de la mujer y del niño, en un país donde, a finales de siglo, únicamente el 9,6 por 100 de las mujeres saben leer y escribir.

La presencia de la mujer en universidades, centros de cultura y en cualquier tipo de trabajo semiintelectual era tan insignificante que Concepción Arenal se ve precisada a estudiar la carrera de Derecho vestida de hombre. Sin embargo, paradójicamente, España es uno de los países que más mujeres escritoras y políticas ha dado: Rosalía de Castro, Fernán Caballero, Concepción Arenal, Victoria Kent, Federica Montseny...

A principios de siglo abundaban organizaciones de tipo femenino que poco tenían que ver con las existentes en el resto de los países europeos. En general, sus organizadoras eran mujeres de la clase alta, como Concepción Gimeno de Flaquer, que se presentaba a sí misma como portavoz de lo que define como «feminismo conservador, moderado, sensato y templado», y cuyo programa consistía en conservar a la mujer «muy femenina». Con gran acierto, la clarividente Margarita Nelken, que más tarde se opondrá al sufragio femenino en aras de la táctica política, señala en su libro *La condición social de la mujer* que la agudeza de las tensiones políticas y sociales en España «impidió la gestación de un movimiento feminista fuerte». Las españolas, a su juicio, como el resto del país, se dejaron llevar por la fuerte espiral bipolarizadora de derecha e izquierda. La dictadura de Primo de Rivera otorgó una serie de conquistas de corte personalista a la mujer, como, por ejemplo, la regulación del trabajo a domicilio, el subsidio por maternidad, arbitrando incluso puestos en el poder municipal de representación femenina. Sin embargo, fue con el advenimiento de la Segunda República cuando la española consiguió el sufragio. Aunque la concesión del voto femenino fue en realidad una batalla política, ya se había venido gestando a finales de los años veinte un incipiente movimiento feminista en torno al Lyceum Club. En esta época, en plena dictadura de Primo de Rivera, se le otorga el voto a la mujer siempre que sea soltera o viuda. Sin embargo, el pleno derecho al sufragio no llegaría hasta la Segunda República.

La autoinmolación de la sufragista Emily Davison, militante de la WSPU (Women Social and Political Union, Unión Social y Política Femenina), en junio de 1913, tras arrojarse a la pista del elitista hipódromo de Epson y derribar al caballo del rey, demostró a la sociedad británica que las mujeres estaban dispuestas a todo para lograr el derecho de sufragio. En la foto de abajo, las primeras feministas desfilan ante la cárcel donde estaba detenida y hacía huelga de hambre la señora Drummond, una de las fundadoras del movimiento sufragista.

Mujeres contra mujeres

El gobierno provisional de la Segunda República concedió el voto solamente a los hombres mayores de veinticinco años, pero señaló que podían ser elegidas diputadas también las mujeres. Así, en las elecciones a Cortes constituyentes de junio de 1931, tres mujeres dejarían oír su voz en este Parlamento: Clara Campoamor, conocida feminista y abogada, por el Partido Radical; Victoria Kent, del Partido Radical Socialista, y Margarita Nelken, diputada del Partido Socialista por Badajoz. Ya en la redacción del proyecto de Constitución, la voz de Clara Campoamor vibró en reiteradas ocasiones, enmendando la redacción con respecto a la cuestión de la igualdad de sexos. La ley de divorcio fue otro de los caballos de batalla, sobre todo por la firme oposición de la Iglesia, reiterada en las intervenciones de los diputados de la derecha. Finalmente, el proyecto, uno de los más progresistas de toda Europa, quedó aprobado el 26 de febrero de 1932. En realidad, la propia Margarita Nelken, que había definido esta ley como la primera que desarrollaba el concepto de igual-



Emily Davison se arroja a la pista del hipódromo de Epson (junio de



Manifestación ante la cárcel. ¿Dónde está la señora Drummond?

dad establecido por la Constitución, reconocería más tarde que la mayoría de las mujeres españolas, dada su formación, eran opuestas al divorcio.

Hasta aquí, las diputadas elegidas habían caminado juntas en todo tipo de reformas y avances encaminados a elevar la condición depauperada de la mujer; sin embargo, cuando se llegó al polémico voto femenino surgió la disparidad. Tanto Clara Campoamor como Margarita Nelken tenían una fuerte personalidad, y quizás por ello Manuel Azaña las rehuía, y criticaba por la vía de la omisión: «Victoria es generalmente sencilla —decía— y agradable, la única de las tres señoras parlamentarias simpática; creo que es también la única... correcta.»

Los republicanos de izquierda, radicales y radical-socialistas se opusieron al voto, e incluso los radical-socialistas plantearon una enmienda el 1 de septiembre de 1931 para restringir los derechos electorales exclusivamente a los hombres. Desde un primer momento, Clara Campoamor se pronuncia abiertamente a favor del sufragio femenino sin condiciones ni límites, mientras Victoria Kent y Margarita Nelken se oponen. No faltó la sorna masculina tras la sesión de enfrentamiento entre ambas diputadas. El diario *Informaciones* comentaba: «Dos mujeres solamente en la Cámara y ni por casualidad están de acuerdo.»



1913).

Victoria Kent argumentaba que no era el momento y que había que esperar a que la mujer experimentara los beneficios que le ofrecía la República, con el temor lógico de que ese voto femenino beneficiara a las derechas, como así fue. Clara Campoamor, interrumpida constantemente en sus intervenciones, respondía así: «El artículo primero de la Constitución podría decir que España es una república democrática y que todos sus poderes emanan del pueblo; para mí, para la mujer, para los hombres que estiman el principio democrático como obligatorio, ese artículo no diría más que una cosa: España es una república aristocrática de privilegio masculino. Todos sus derechos emanan exclusivamente del hombre.» Finalmente, la votación arrojaría 161 votos a favor y 121 en contra. España quedaba incluida en el grupo de países que reconocían a las mujeres el derecho al voto. Cuando la izquierda, desunida, perdió las elecciones de 1933, se le echó la culpa al voto femenino, que en su mayoría había ido a la derecha. Clara Campoamor, marginada por su partido y dada de lado por el Frente Popular, escribió un libro titulado *Mi pecado mortal, el voto femenino y yo.*

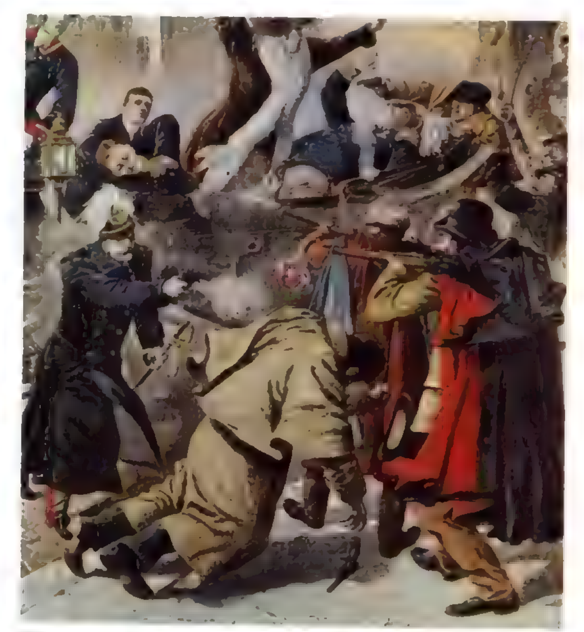
Como puede observarse, la historia de la lucha por el voto femenino se concentró en aquellos países más desarrollados que evolucionaban hacia nuevas formas políticas. Muy poco cabe decir fuera de estas zonas privilegiadas del mundo. Y es que allí ni siquiera los hombres habían alcanzado este derecho.

En América latina, la causa feminista iría unida de una forma muy secundaria a la lucha por la independencia de las metrópolis. En los países musulmanes funcionaba el sistema del «harén», lo que impedía cualquier progreso incipiente de la mujer, al igual que en la India. En general, se evidenciaba que la fuerte presencia de una clase media era la causa determinante para la gestación de algún movimiento por la equiparación de los sexos.

La definitiva entrada de la mujer en el mundo del trabajo ha allanado además el camino de la igualdad entre los sexos, aunque incluso en este ámbito persisten discriminaciones. El viaje que hace ya casi un siglo iniciaron las primeras feministas aún no ha terminado.

M. L. M

El 1 de octubre de 1931, y tras un debate en el que participaron mujeres como Clara Campoamor y Victoria Kent, las Cortes de la II República Española, por 161 votos a favor y 121 en contra, aprobaron el derecho de la mujer al sufragio. Antes de entrar al hemiciclo, un grupo de feministas repartieron unas octavillas que decían: «Señores diputados: no manchen la Constitución estableciendo en ella privilegios. Queremos la igualdad de derechos electorales. ¡Viva la República!» Mujeres como Clara Campoamor, Matilde Huici, María de Maeztu, Carmen Burgos, Benita Asas y Federica Montseny supieron defender la dignidad femenina de las españolas en unos tiempos muy difíciles. Su importante participación en la vida política culminó así el sueño de las pioneras, la penalista Concepción Arenal y la brillantísima escritora Emilia Pardo Bazán.



El atentado de Lisboa contra el rey Carlos.



Enver Pachá, ministro de la Guerra en Turquía.

Política internacional

Son asesinados en Lisboa el rey Carlos I de Portugal y su hijo el príncipe heredero Luis Felipe. Le sucede su segundo hijo, Manuel II.
«Los jóvenes turcos» se rebelan y obligan al sultán Abdul Hamid a reinstaurar la Constitución de 1876.
El rey Leopoldo II de Bélgica cede el Congo, que estaba bajo su dominio personal, a la nación.
Bulgaria se independiza del Imperio otomano sin que Turquía oponga resistencia. El príncipe Fernando asume el título de zar.
Austria se anexiona Bosnia-Herzegovina. Graves tensiones entre los eslavos rusos y el gobierno austriaco.
El republicano William Howard Taft gana en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, convirtiéndose en el 27 presidente de la nación.
Sir Henry Campbell-Bannerman, primer ministro inglés, dimite. Le sucede Herbert Henry Asquith.

Sociedad

Celebración del primer Congreso Internacional de Psicoanálisis en Salzburgo (Austria). Su máxima figura y presidente es Sigmund Freud.
Se crean las pensiones de vejez en Inglaterra.
Regulación del derecho de huelga en España.
Estados Unidos y Japón llegan a un acuerdo sobre la limitación de emigrantes japoneses a USA.
Boda del rajá de Kapurtala con la famosa bailarina española María Delgado.
Primera escuela de periodismo en Missouri.

Economía

Sale al mercado el primer automóvil popular: el Ford «T».

Ciencia y tecnología

Se dan a conocer los primeros fertilizantes sintéticos en Estados Unidos.
Hermann Minkowski publica la obra Espacio y tiempo, *que contiene los fundamentos matemáticos de la teoría de la relatividad.*
Wilbur Wright se traslada a Francia para realizar una serie de exhibiciones aéreas. Su hermano Orville las lleva a cabo en Fort Myer (Virginia).
Premio Nobel de Química para Ernest Rutherford por sus investigaciones sobre la naturaleza y estructura del átomo.

Sucesos

Terremoto en Calabria y Sicilia (sur de Italia), que causa cerca de 100.000 víctimas.
Primer accidente sufrido por un zeppelin, en Echterdingen (Alemania).

Deportes

Celebración de los Juegos Olímpicos en Londres, con la asistencia de 22 países.

El 21 de abril llega al polo Norte el norteamericano Frederic Cook.

Literatura

Rudolf Eucken obtiene el premio Nobel.
Ramón Menéndez Pidal: El cantar de Mio Cid.
Gilbert K. Chesterton: El hombre que fue jueves.
Gabrielle Colette: Retrato sentimental.
Georges Sorel: Sobre el poder.
Anatole France: La isla de los pingüinos.

Cine

Luigi Maggi: Los últimos días de Pompeya.
Trop Crédule, *primera película de Maurice Chevalier.*

Teatro

Hermanos Alvarez Quintero: Las de Caín.

Música

Béla Bartok: Primer cuarteto de cuerda.
Maurice Ravel: Suite Mi madre la oca.
Muere Rimski-Korsakov.

Pintura y escultura

Marc Chagall: Desnudo rojo.
Constantin Brancusi: El beso.
Claude Monet: El palacio ducal, Venecia.
Ernst Kirchner: Desnudo con sombrero azul de paja.
Georges Braque expone en la Galería Kahnweiler, de París. A partir de esta muestra se utilizará por primera vez la expresión «cubismo».

Arquitectura

Luis Doménech y Muntaner termina el Palacio de la Música Catalana, *en Barcelona.*
Greene & Greene: The Gamble House, *Pasadena (California).*



Leopoldo II de Bélgica.



Rimsk -Korsakov.

LA SEMANA TRAGICA DE BARCELONA



La calle fue escaparate de la revolucion.

1909



EL lunes 26 de julio de 1909 daba comienzo en Barcelona un violentísimo período de agitación política que pasaría luego a la historia con el nombre de la Semana Trágica. Los hechos se iniciaron a causa del envío de reservistas a la zona de Melilla, donde los rifeños se habían alzado en armas, y muy pronto degeneró en una abierta insurrección contra el poder establecido, en la que el obrerismo radical, el anticlericalismo y la desesperación azuzada por la demagogia lerrouxista convirtieron a la capital catalana en un campo de batalla iluminado por las llamas de las iglesias asaltadas. El lunes siguiente, el gobierno central había conseguido restablecer la calma. ¿Qué pudo provocar un estallido de cólera popular tan fulminante?

Luis Romero, historiador, novelista y profundo conocedor de la vida catalana, es el autor del siguiente artículo.

«El obrero, además de trabajar, ha de ir a la guerra, que es un gran mal, y mientras va a la guerra sus padres quedan sin su ayuda, pudiendo suceder que vuelva inútil para el trabajo. El día que se modifique la sociedad de modo que cada uno, cumpliendo sus deberes sociales, tenga asegurada la satisfacción de las necesidades, no habrá pobres ni ricos y todos serán felices». Redacción sobre el tema *La sociedad presente*, hecha por un niño de 12 años, alumno de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer. La utopía libertaria intuía que «bajo los adoquines estaba la arena de la playa», como afirmaron los revolucionarios del mayo francés de 1968. En la página opuesta, niños jugando con la arena, frente a una barricada.



Barcelona durante la Semana Trágica.

La Rambla de Cataluña a principios de siglo.

Barcelona era a principios de siglo la ciudad más poblada de España y en ella se sufrían las fuertes tensiones sociales derivadas del maquinismo y la revolución industrial y las contradicciones de una sociedad tradicional, apegada al pasado, frente a los nuevos modos de producción fabril y las nuevas ideas. No fue la primera vez —y por desgracia, tampoco la última— en que buena parte del descontento popular fue dirigida contra iglesias y conventos, terminando en burdo anticlericalismo, saqueo y pillaje —justificadores de la posterior represión— lo que pudo haber sido motivo de reflexión para la reforma y el cambio social.

Malestar en el puerto

El 9 de julio de 1909, numerosos cabileños del Rif atacan a los obreros que construyen el ferrocarril; matan a cuatro de ellos y mutilan salvajemente los cadáveres, y, lo más grave, amenazan Melilla, que se halla insuficientemente guarnecida. Para defender la plaza, ampliar la zona de seguridad y hacer un escarmiento, el general Marina pide al gobierno 20.000 hombres. En atención a la rapidez, se movilizan unidades en lugar de quintas, lo que obliga a recurrir a la reserva. De los reservistas, los hay casados y aun padres de familia; en el transcurso de la campaña, éstos no podrán mantener a los suyos. Entre las izquierdas —y en el pueblo llano— dominan sentimientos antimilitaristas, que en Barcelona se agudizan por cuestiones catalanistas y obreras. Se acusa además al gobierno conservador que preside Antonio Maura de proteger las minas del Rif, es decir, los intereses de un escaso número de ricos con la vida de los pobres. Quienes disponen de 1.500 pesetas pueden redimirse por dinero del servicio militar, lo que en esta ocasión significa librarse de la guerra.

Es gobernador civil de Barcelona el conservador Angel Ossorio y Gallardo, quien no ha logrado evitar el estallido de numerosas bombas con que los extremistas castigan la ciudad, lo



Ataúdes profanados.

que contribuye a exacerbar la tensión en que se vive. El movimiento nacionalista conocido como Solidaritat Catalana está entrando en crisis a causa de que la amplitud de su base provoca disensiones internas entre derechas e izquierdas. Dos años atrás se ha fundado Solidaridad Obrera, que inicialmente agrupa a 70 sindicatos; predominan los anarquistas, pero en sus filas militan también socialistas y en particular republicanos radicales y obreros de otras procedencias. La crisis económica ha provocado despidos y bajas de salarios, y, en consecuencia, agitación y malestar. Lerroux sufre un largo destierro en Argentina, pero, en ausencia de su jefe, el Partido Radical se muestra igualmente activo y demagógico y arrastra a una gran parte de la clase obrera y aun de la mesocracia.

Los embarques de tropas han venido realizándose entre manifestaciones de desagrado. Zarparon rumbo a Melilla cuatro batallones y la brigada de Sanidad. El 17 llega a Barcelona, en ferrocarril, el batallón de Cazadores de Reus, que estaba de guarnición en Manresa; pernocta la tropa en el céntrico cuartel del Buensuceso y al día siguiente se dirige al puerto para embarcar. Durante el traslado comienzan a producirse desórdenes: mujeres, niños y paisanos se mezclan con los soldados y desbaratan la formación. Suenan gritos contra Maura, contra la guerra, contra el marqués de Comillas, propietario de la Transatlántica y con fuertes intereses en las minas del Rif; contra los curas, exentos del servicio militar; todo ello aderezado con vivas al ejército. En los muelles, la confusión degenera en amenaza. Damas y señoritas de la buena sociedad obsequian a los soldados con medallas, escapularios y tabaco. Los hay que arrojan ostensiblemente aquellos objetos píos; menos son los que se desprenden del tabaco. También van al agua algunos fusiles. Se plantea una situación ambigua y peligrosa que obliga a acelerar el embarque. Los buques de Comillas evocan la repatriación de los vencidos en Cuba y Filipinas.

Se prepara la rebelión

Los días siguientes se caracterizan por la intensidad de la agitación; en Cataluña y en toda España crece la campaña, tanto de liberales como de las izquierdas y socialistas, contra el gobierno de Maura. En Barcelona hasta la burguesía catalanista se muestra contraria a la guerra. Los diarios republicanos, con *El Progreso* en cabeza, *El Poble Català,* nacionalista de izquierda, y *La Internacional,* así como las publicaciones ácratas, extreman la protesta. Se forma un comité de huelga, y por exigencia de los representantes de Solidaridad Obrera se fija como fecha el día 26, sin esperar a coincidir en el paro y la protesta con los que se preparan en otras ciudades y en el propio Madrid. Aumenta la excitación, que el calor contribuye a exaltar, y en calles céntricas y en las barriadas se forman grupos que inquietan a las autoridades. Patrullan guardias de Seguridad, la Guardia Civil y la «secreta». Son ministros de Gobernación y de Guerra Juan de la Cierva y el general Arsenio Linares.

El domingo 25 se publica en *El Progreso* un artículo en el que se comentan elogiosamente los incendios de conventos e iglesias de 1835. «Nuestros abuelos no quisieron soportar por más tiempo la dominación frailuna y la rompieron, reduciendo a ceniza los edificios símbolos de la opresión.»

En la mañana del lunes 26 empiezan a cerrar fábricas y talleres; no tardan en seguirles comercios, mercados y demás centros de trabajo. Piquetes de huelguistas han contribuido a extender el paro, pero es evidente que la clase media se ha incorporado a la huelga general. Los empleados de los tranvías eléctricos se niegan a se-



Barricada en Torrent de l'Olla y Travesera de Gracia.



FRANCISCO FERRER GUARDIA (Alella, Barcelona, 1859-Barcelona, 1909)

En su juventud fue revisor de ferrocarriles. Parece que ingresó en la masonería en 1884. Al año siguiente, tras haber participado en una intentona republicana, marchó a París, quizá también con la intención de alejarse de su mujer, Teresa Martí, con la que había tenido tres hijas y graves desavenencias conyugales. Su esposa se reunió con él en el exilio, pero sus disputas continuaron hasta el extremo de que en una ocasión disparó contra Ferrer en plena calle. En París, Ferrer se relacionó con los republicanos españoles exiliados, llegando a ser secretario de Ruiz Zorrilla. En 1890 ingresó en la masonería francesa, donde se dice que logró el mítico grado 33. Se relacionó también con sectores anarquistas, librepensadores, partidarios de una enseñanza laica, mixta y «progresiva», como se decía entonces, que en Estados Unidos o Francia no constituían novedad peligrosa a los ojos de ningún gobierno, pero que en la España de la época resultaba poco menos que revolucionaria.

Como fracasó en un negocio de vinos, Ferrer hubo de dedicarse a dar clases de español. En 1895 enseñaba en el Liceo Condorcet y en el «Círculo popular de enseñanza laica». En 1899, Ferrer se unió a Léopoldine Bonard, profesora parisiense de cierto renombre en los medios librepensadores, que aportó una modesta fortuna.

Con el tiempo, Ferrer resultaría ser mejor bolsista que pedagogo y traficante de vinos. Una de sus alumnas de español, católica y solterona, Jeanne Ernestine Meunié, le dejó al morir la mitad de su fortuna, aproximadamente 1.300.000 francos. Al verse rico, Ferrer no dudó un momento, regresó a Barcelona y fundó la Escuela Moderna y una pequeña editorial. La escuela se inauguró, con el preceptivo permiso del rector de la universidad, el 8 de septiembre de 1901, con una treintena de alumnos de uno y otro sexo, todo un escándalo para la época. Y progresó lentamente; en 1905, Ferrer abrió en Vilanova i la Geltrú un segundo centro.

En mayo de 1906, Mateo Morral, un joven de buena familia textil catalana, que tras desavenencias familiares trabajó en la editorial de Ferrer, atentó en Madrid contra la vida de los reyes en el mismo día de su boda. Ferrer, a quien no era la primera vez que la policía pretendía implicar en asesinatos políticos, fue detenido el 4 de junio de 1906, y aunque permaneció más de un año en prisión, hasta el 12 de junio de 1907, no se encontraron pruebas para procesarle; pero el precedente quedaba establecido, así como la campaña organizada en varios países en pro de su libertad.

El confuso movimiento revolucionario desencadenado en Barcelona entre el 26 de julio y el 1 de agosto de 1909, que ha pasado a la historia con el nombre de Semana Trágica, y cuyo chispazo fue el embarque de reservistas para Africa, contó, entre otras muchas intervenciones, con la participación de Ferrer Guardia. Tras permanecer oculto casi un mes, Ferrer intentó pasar a Francia, pero fue detenido el 31 de agosto de 1909. Acusado nada menos que de ser el promotor y máximo responsable de los acontecimientos —como si una sola persona hubiera podido ser el motor desencadenante de sucesos de tamaña envergadura—, fue juzgado por un tribunal militar y fusilado en los fosos del castillo de Montjuich el 13 de octubre de 1909.

cundar el paro. Al ser desatendidos requerimientos y amenazas, se producen ataques en distintos puntos; se apedrean vehículos, se vuelcan, se incendian y se agrede a los tranviarios. Suenan los primeros disparos, hay heridos y algún muerto, y la bullanga comienza. A primeras horas de la tarde, los tranvías se retiran a las cocheras, pero las patrullas a caballo, después de los tres toques reglamentarios de cornetín, han cargado, y las ambulancias comienzan a circular. En los barrios, las mujeres se muestran particularmente exaltadas; algunas exhiben sobre el pecho lacitos blancos que simbolizan la paz.

Ossorio y Gallardo ha difundido un bando amenazador en el cual se califica de agitadores profesionales al comité de huelga y a los huelguistas; el público los arranca de las paredes con la tinta todavía fresca. La situación se le escapa de las manos, y en la reunión de la Junta de Autoridades se opone al capitán general Luis de Santiago, con quien está enemistado. Presenta la dimisión, abandona el cargo y se erige en espectador de lo que va a suceder. El gobierno cuenta con escasas fuerzas en Barcelona, ciudad que a lo largo del siglo anterior se ha caracterizado por su talante revolucionario. Hay unos 800 guardias de Seguridad y un número semejante de civiles; los efectivos del ejército no alcanzan el millar de hombres. El bando de proclamación del estado de guerra, con las prohibiciones y amenazas de costumbre, se fija en las esquinas; se instaura la censura, que hará que circulen con mayor éxito rumores y exageraciones.

Iglesias en llamas

El martes, el motín se convierte en insurrección. En Pueblo Nuevo incendian el Patronato Obrero de San José, dirigido por los hermanos maristas; uno de ellos cae muerto por los disparos. Se dice que es un nido de esquiroles. Desde la mañana han surgido barricadas tanto en los distritos obreros del centro como en la antigua villa de Gracia, el Pueblo Seco, la Barceloneta, San Andrés, el Clot... Si la fuerza pública trata de aproximarse o destruirlas, se dispara desde ellas y desde ventanas y azoteas. Las autoridades caen en el desconcierto, y las órdenes adolecen de imprecisión. El comité de huelga ha sido igualmente desbordado. Arden conventos, parroquias, escuelas de pago o gratuitas, edificios de beneficencia. El anticlericalismo es muy violento y ha sido azuzado por una parte de la prensa, por ínfima literatura, por las soflamas lerrouxistas y hasta por las representaciones de *Electra*, de Pérez Galdós. En la ronda de San Antonio está el gran edificio de las Escuelas Pías que se salvó de los incendios de 1835.



El público contempla el incendio de una iglesia.

Al verse amenazados, los religiosos piden auxilio al capitán general, quien se presenta con una pequeña escolta y facilita la salida de los escolapios, con lo cual cree solucionado el incidente. Momentos después, el edificio se ve envuelto en llamas en presencia de los pocos soldados que lo custodian. No tardará en arder, hasta su completa destrucción, el vecino de las jerónimas; las religiosas son perseguidas y escarnecidas hasta que con apuros se refugian en casas de personas piadosas, o simplemente compasivas, que les dan cobijo. Lo mismo ocurre en el Ensanche mesocrático con el convento de las adoratrices. Consiguen escapar las monjas porque la quema no va acompañada de matanzas. Sin embargo, en Santa María de Taulat el párroco muere achicharrado o asfixiado por el humo, y en los franciscanos matan a un fraile cuando huye de las llamas. Aquella noche son 30 los edificios que están ardiendo, entre ellos dos iglesias románicas: San Pablo del Campo y San Pedro de las Puellas. Se salvarán San



Funeral del carbonero que había bailado con una momia.



Los soldados llevan detenido a uno de los insurgentes.



Francisco de Paula, los jesuitas de la calle de Caspe y algunos otros centros que los carlistas protegen con las armas en la mano. Después del embarque de batallones, la guarnición es tan escasa y el desconcierto de las autoridades tan grande, que el ejército no interviene para evitar los incendios. Barcelona ha quedado aislada; en los pueblos cercanos han volado puentes, levantado vías, interrumpido carreteras y cortado líneas telegráficas y telefónicas, salvo una conexión telegráfica a través de Mallorca que conserva el gobierno porque los revolucionarios ignoran su existencia. Arden iglesias y conventos en Sabadell, Manresa, Granollers, Igualada, Tarrasa, Badalona y otros pueblos de Cataluña. Como entre los sediciosos escasean las armas, éstos asaltan las armerías, que estaban bien provistas, y el cuartel de los llamados «Voluntarios de la Libertad», donde se procuran un par de centenares de anticuados fusiles.

La noche del martes es la del fuego, la furia, la pólvora y la sangre; la pólvora, la furia y el fuego se prolongarán el miércoles y el jueves para ir decreciendo, sin extinguirse, hasta cumplirse la semana, la semana trágica. Entre los barceloneses, los hay coléricos y vindicativos, espantados, inquietos e indignados, pero la gran mayoría son espectadores; muchos andan por las calles, comentan, curiosean y se solidarizan más o menos activamente con los amotinados o con la fuerza pública. Desde ventanas, balcones y azoteas de la parte alta de la ciudad asisten al apocalipsis, que para unos es sacrílego y para otros purificador. Salvo pocas y activas excepciones, nadie mueve un dedo para impedir el desmán.

Una insurrección acéfala

El comité de huelga acude a los políticos izquierdistas en busca de cabezas dirigentes, pero las puertas se les van cerrando con dilaciones, excusas o negativas. Ni los catalanistas de izquierda, ni los radicales, que en la ocasión dirige Emiliano Iglesias, ni el veterano federal Vallés y Ribot se deciden, a pesar de que nacionalistas, republicanos, y entre ellos muy especialmente los «jóvenes bárbaros» lerrouxistas, andan con la tea en la mano y las armas calientes. ¿No veían claro el triunfo, desaprobaron los excesos, o se asustaron? ¿Qué hubiera ocurrido de surgir un caudillo popular que asumiera el riesgo de proclamar la república, el socialismo, la anarquía, o una comuna barcelonesa? Sin cabecilla, sin porvenir inmediato, sin finalidad concreta, la revolución popular se ensimisma y esteriliza.

En el convento de Galvany y en otros se profanan tumbas y se pasean y exhiben las momias de las monjas. Se quema y se destruye, y se sigue quemando y destruyendo. Hay casos de saqueo, pero pocos y más bien nocturnos porque los humillados y ofendidos de los bajos fondos se incorporan a la bullanga.

A Barcelona van acudiendo tropas de refresco no contagiadas de la enajenación colectiva. La Cierva ha permitido que se propague la falsedad de que se trata de una revolución de tipo sepa-

Miles de barceloneses asistieron durante la Semana Trágica como meros espectadores a actos que rompían la monotonía de la vida ciudadana, tales como mítines, proclamas y discursos, alzamiento de barricadas e incendios de iglesias y conventos, como muestra la fotografía de la izquierda. Sobre estas líneas, un obrero insurgente marcha detenido entre los soldados, una vez restablecido el orden. Un orden social contestado cada día más por amplios sectores populares.

En la foto inferior, una manifestación cívica llevando coronas de flores a la tumba del carbonero (parece ser que era un pintoresco personaje, algo retrasado mental) fusilado por las autoridades por haber bailado públicamente con la momia de una monja durante los desmanes acaecidos en la Semana Trágica, que incluyeron la violación de varios sepulcros de religiosas. Con este acto vandálico, repetido luego en 1936, los anticlericales pretendían demostrar «que los curas y monjas se pudrían como todo el mundo».



Ejecución de insurgentes en los fosos del castillo de Montjuich.

ratista; entre eso y las rigurosas medidas que se adoptan, el levantamiento queda circunscrito y aislado. El miércoles, la artillería comienza a disparar contra las barricadas, y entre los revoltosos se presentan los primeros síntomas de cansancio. Durante estos días, a primeras horas de la mañana, cesan los disparos y se abren tiendas de comestibles y mercados; el abastecimiento es irregular, los precios suben abusivamente, pero la población no sufre hambre. Dos horas después se cierran tiendas y puestos de venta, y recomienza el tiroteo, mientras las amas de casa se dispersan. Los incendios decrecen, pero no cesan. Empiezan a circular cuerdas de presos y coches celulares en dirección al castillo de Montjuich, a cuarteles y comisarías. El viernes 29, el ejército, la Guardia Civil y la de Seguridad van conquistando reductos rebeldes; decrecen energías y esperanzas. Francotiradores anónimos disparan desde las azoteas o ventanas altas con ánimo de aterrorizar a los guardias o a los viandantes y de sembrar la alarma. Tabernas, bares, cafés y restaurantes abrían o cerraban según la lejanía o proximidad de escaramuzas y cargas. No se han atacado, salvo algunas comisarías, cuarteles, centros oficiales, industrias ni comercios, aunque, a decir verdad, los primeros estaban custodiados.

El sábado se abren las tiendas. Más de medio centenar de edificios humean, y muchos de ellos están en ruinas; todavía se pegará fuego a Santa María de Horta. Desde el martes no se publican periódicos, ni funcionan con el exterior correos, teléfonos ni telégrafos; tampoco circulan los ferrocarriles. Los cables del tranvía cuelgan rotos, se ven postes arrancados, farolas abatidas, impactos en las fachadas; dominan el miedo y la incertidumbre. Suenan todavía tiros aquí y allí, porque los militares y las fuerzas de orden público responden con descargas cerradas a la agresión de los francotiradores ocultos. Muchas calles aparecen con los adoquines levantados, lo que las hace intransitables. El domingo vuelven a ponerse en marcha los tranvías. El alcalde manda fijar un bando conciliador para que renazca la paz material y espiritual. El lunes, las fábricas abren las puertas y los obreros vuelven al trabajo.

Sobre estas líneas, el grabado muestra el momento del fusilamiento de uno de los insurgentes, en los fosos de la fortaleza militar de Montjuich, que domina Barcelona desde lo alto. Abajo, una postal conmemorativa de la muerte del «mártir de la reacción y el oscurantismo», Francisco Ferrer. Este escribió sobre los fines de su Escuela Moderna: «Demostrar a los niños que mientras un hombre dependa de otro hombre se cometerán abusos y habrá tiranía y esclavitud...»



Francisco Ferrer y Guardia.

La calma tras la tormenta

El número de víctimas resulta difícil de precisar. La cifra de muertos que se dio oficialmente, cinco entre ejército y fuerzas de orden público y 10 revolucionarios, se quedó corta, omitiendo a los tres religiosos que se sabe murieron. Hay quienes hacen llegar las víctimas mortales a cerca del centenar, con proporción muy superior

de paisanos. Como heridos se dieron 160 y 400, respectivamente. ¿Y los transeúntes? Por temor, muchos revolucionarios no acudieron a los centros oficiales. Los edificios religiosos destruidos o dañados fueron 58.

Numerosos ciudadanos fueron encarcelados, y algunos sufrirán confinamiento en Teruel. Comienzan los procesos. Los fusilamientos ascenderán a cinco. Cuatro de ellos se distribuyen así: un afiliado al Partit Republicà Nacionalista Català, un lerrouxista, un joven del cual se dice que era retrasado mental y que, entre otras cosas, bailó con la momia de una monja, y un guardia de Seguridad que disparó contra el ejército y sus antiguos compañeros. No parece que ninguno de los ajusticiados fuera más culpable que millares de otros barceloneses. Las voces derechistas exigen justicias severas. *La Veu de Catalunya,* de la Lliga Regionalista, inicia una campaña cuya consigna era *«Delateu!»*. Las izquierdas piden amnistía. Surge entonces un chivo expiatorio a quien por arte de birlibirloque, por medio de farragoso y poco convincente proceso militar, se eleva a dirigente máximo de la insurrección y responsable de sus consecuencias: Francisco Ferrer Guardia. Pero la historia de su actuación, del proceso y de sus consecuencias es ya otra historia. Fundador de la Escuela Moderna, racionalista, antirreligioso y anticlerical, anarquizante, había sido juzgado y absuelto cuando el proceso contra Mateo Morral, que arrojó la bomba contra los reyes cuando salían de la iglesia el día de la boda. El 13 de octubre se le fusila en los fosos de Montjuich; cuatro balazos le sacan de su mediocridad y le elevan a símbolo, ejemplo y bandera.

Si es cierto que las ciudades se salvan en méritos de un solo hombre justo, a Barcelona la salvaría entonces Joan Maragall: dos días antes del fusilamiento de Ferrer escribió un magnífico artículo, «La ciutat del perdò», lúcido examen de conciencia en el cual se convocaba a la reflexión cristiana y humanista. Lo entregó a *La Veu de Catalunya,* pero Enrique Prat de la Riba, por razones de política coyuntural, consideró que no debía ser publicado; su texto sólo fue conocido muchos años después.

El proceso y la ejecución de Ferrer desencadenaron una violenta campaña en toda Europa e incluso en América, principalmente en Argentina; hubo manifestaciones, mítines, ataques a embajadas y consulados españoles. En España, el liberal Moret, apoyado por republicanos, socialistas y anarcosindicalistas, que propalaron la consigna de «Maura, no», consiguieron derribar al gobierno conservador. La Semana Trágica es un hito importante en la historia española de este siglo. El Partido Radical perdió una parte considerable en las masas obreras que le seguían y que luego ingresaron en el anarcosindicalismo.

En un congreso convocado por Solidaridad Obrera Regional de Cataluña, entre el 30 de octubre y 2 de noviembre, se fundó la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), que durante más de un cuarto de siglo jugaría un papel importante en la evolución social y en la política española.

L. R.

1909

La Semana Trágica de Barcelona

Abajo, un grupo de ciudadanos de Barcelona conmemorando el aniversario del fusilamiento de Ferrer. Un hermano de éste aparece señalado con una cruz.



«Hoy él..., mañana tú». Postal francesa de la época acusando a Alfonso XIII.



Aniversario de la muerte de Francisco Ferrer.



Blériot con su aeroplano en Gran Bretaña.

1909

LOUIS BLERIOT: UN LOCO SOBRE EL CANAL



EN los primeros días de 1909, un diario londinense tuvo una brillante idea publicitaria: pagar la suma de 1.000 libras al primer hombre que cruzara el canal de la Mancha con un aparato más pesado que el aire. La idea, como casi todo lo relacionado con la aviación en aquellos años, se acercaba más a lo circense y aventurado que al progreso técnico tal y como lo entendían, por ejemplo, los hermanos Wright. Pero aun así, dos hombres aceptaron el reto: Louis Blériot y el famoso casanova Latham. El trayecto era de 38 kilómetros; los medios técnicos para recorrerlo, muy deficientes; las probabilidades de acabar en el agua del canal, casi todas.

El siguiente artículo, del que es autor el escritor y especialista en aeronáutica Carlos Pérez San Emeterio, explica la importancia del acontecimiento y los pormenores de la aventura.

Un premio de 1.000 libras

En los primeros años de este siglo, volar era parecido a un número de circo. El avión, la máquina voladora, se había presentado ante un público tan lleno de curiosidad y admiración como de escepticismo. ¿Qué era aquello? ¿Era capaz de llevar a un hombre por el aire? ¿El piloto era un valiente, un negociante, un impostor?

Nadie lo sabía, y tal vez por ello el final de las exhibiciones era siempre una eterna incógnita, pues su resultado determinaba, afortunada o fatalmente, que el hombre alado saliera en hombros o emprendiese la huida a toda prisa. Volar era algo absolutamente personal. La aviación avanzaba a ritmo de solistas que empeñaban su dinero y su vida en demostrar al mundo quijotescamente que la navegación aérea era algo posible y con expectativas de futuro.

A primeros de 1909, el diario londinense *Daily Mail,* entonces dirigido por lord Northoliffe, tuvo la pintoresca idea de ofrecer un premio de 1.000 libras esterlinas al primer aviador que lograra saltar sobre el canal de la Mancha en una aeronave más pesada que el aire. Fue aquél un inteligente reclamo del periódico, pues por entonces la máquina voladora constituía siempre un acicate a la curiosidad general. El público aún no terminaba de convencerse de que, en verdad, tales artefactos pudieran así, sencillamente, viajar por el aire, y los pocos aviadores de entonces estaban ansiosos de nombre, de gloria y, por qué no decirlo, de algo de dinero.

La aviación tenía verdadera necesidad de darse a conocer. Los pilotos, casi siempre constructores de sus propios aeroplanos, tenían que endeudarse hasta extremos increíbles para poder seguir volando, y por eso cualquier ayuda, cualquier premio o trofeo constituían siempre la mejor oportunidad para alcanzar nombre y dinero. La técnica aeronáutica, por necesidad, había de avanzar así, a golpe de exhibición, con más énfasis en la espectacularidad que en otra cosa, ni más ni menos que porque lo que la prensa y los que la financiaban querían era, simplemente, golpes de efecto y hazañas que ayudaran a vender periódicos.

Pero eso los hermanos Wright no llegaron a comprenderlo nunca. Tal vez ni su seriedad casi castrense ni la suerte de haber sido «los primeros» se lo permitían; lo cierto es que, para ellos, saltar el canal de la Mancha era, de momento, un riesgo inútil, porque si de lo que se trataba era de volar sobre una distancia superior a los 30 kilómetros, de cara al progreso aeronáutico daba lo mismo hacerlo sobre tierra, y por añadidura era mucho menos peligroso.

Lo cual resultaba, evidentemente, cierto, pero ¿cómo olvidar lo que representaba el canal?

***Louis Blériot y el* Blériot XI.**

Aunque el récord de distancia recorrida pilotando un avión duró pocas semanas en manos de Blériot, siendo superado con creces en el I Festival Aeronáutico de Reims, sus 38 kilómetros en 37 minutos, uniendo Gran Bretaña al continente, fueron todo un símbolo del «progreso» y de la nueva era que se avecinaba. El piloto, ingeniero y empresario francés ganó una enorme fama, y su hazaña fue tema de portada en todas las revistas de la época.



El héroe del progreso.

¿Cómo se iba a renunciar al aspecto épico del piloto solitario volando sobre el mar entre las Islas Británicas y el continente? Estaba claro que tenía que hacerse así, si es que se quería contar con la ayuda de algún mecenas.

Por eso, los Wright no quisieron participar. Dejaron que lo hicieran otros de la «nueva» hornada, que no compartían sus ideas y estaban dispuestos a vivir el aspecto competitivo, como, por ejemplo, su alumno, el ruso Charles de Lambert, el consumado casanova Latham o Louis Blériot.

Latham y Blériot

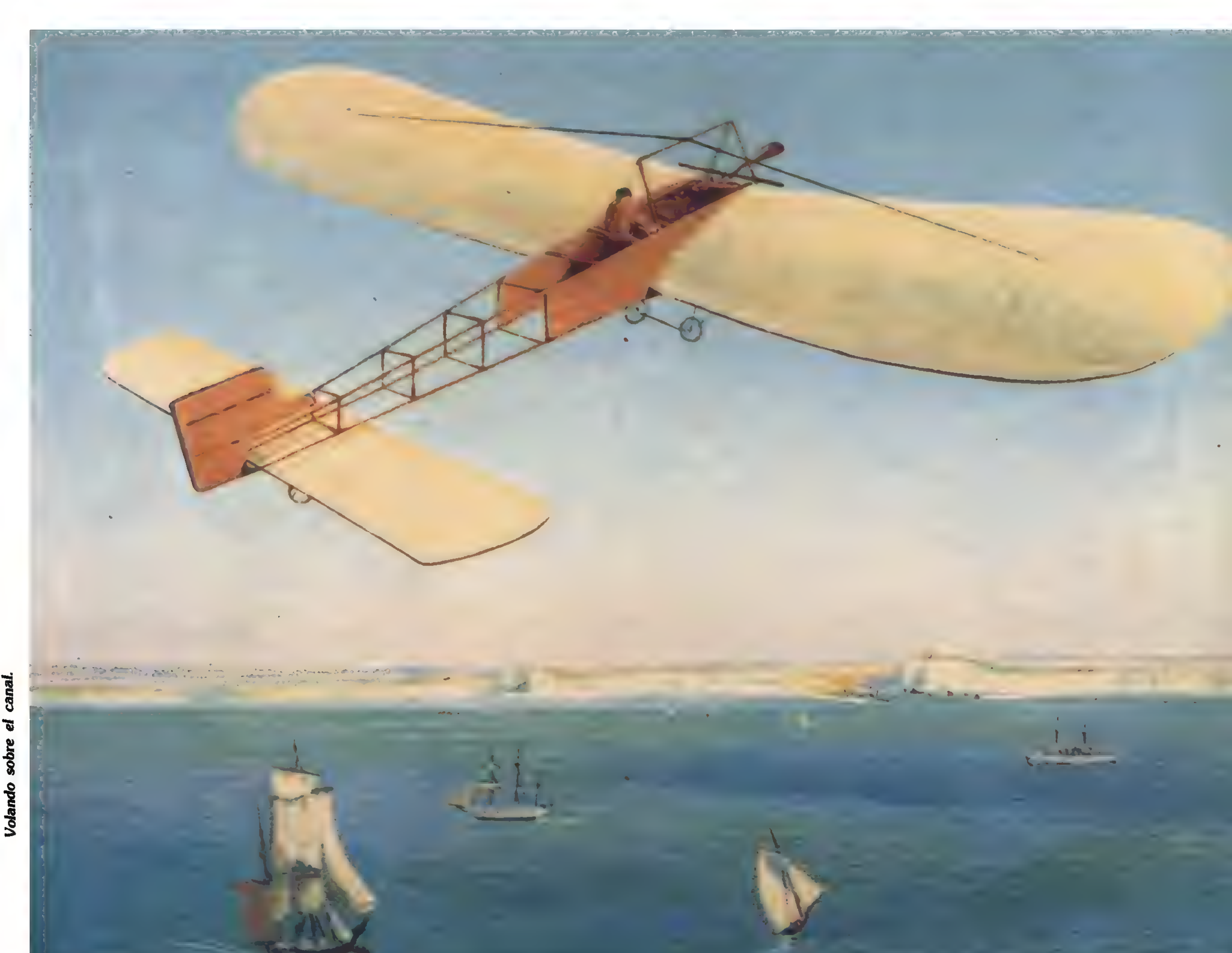
La técnica aeronáutica se movía por entonces en un grado tal de rusticidad que estrellarse contra el suelo era, en el argot de los pilotos, «cascar la madera», y cualquier hazaña, por meditada que estuviera y consumado que fuera su piloto, podía venirse abajo por un simple fallo del motor.

Desde esta perspectiva, Lambert fue la primera víctima del destino, pues durante un vuelo de prueba el motor se paró, y su avión, un *Wright*, quedó tan malparado que decidió retirarse de la prueba tras una serena meditación de las consecuencias de una avería de ese calibre sobre el mar. Quedaban en liza, pues, Latham y Louis Blériot.

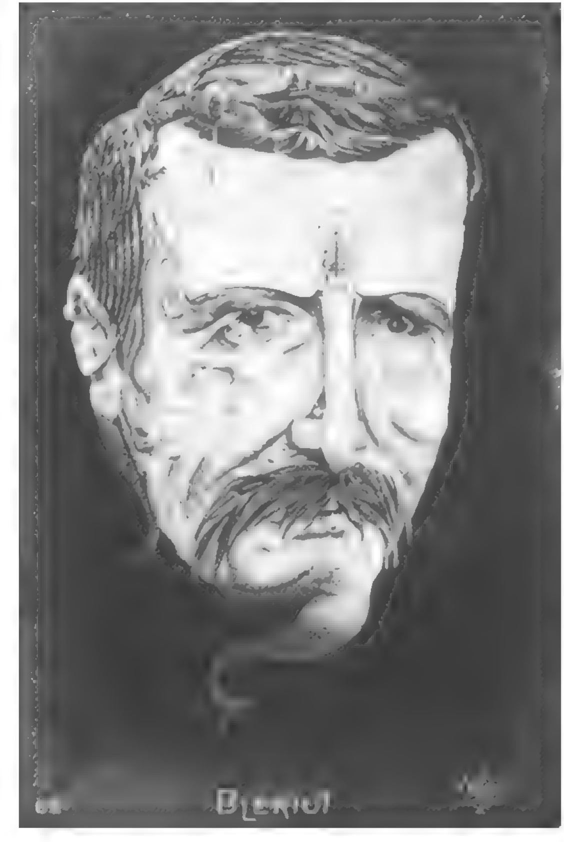
Latham volaba un *Antoinette VII*. Con el tiempo llegaría a ser profesor de la escuela de vuelos que Antoinette tenía instalada en el campo de Chalons, pero de momento, para el mundillo del aire, no era más que un loco. Su amor por el riesgo y las cacerías de fieras en Africa sólo era superado por su afición a las mujeres, hasta tal punto que al final de cada vuelo siempre había una *glamorous girl* dispuesta a felicitarlo espectacularmente.

En vuelo, Latham se caracterizaba por inclinar el avión en los virajes, cosa que entonces, equivocadamente por supuesto, se consideraba una temeridad. Había físicos y matemáticos que hacían en la pizarra absurdas demostraciones numéricas de por qué Latham obraba mal, pero él se defendía siempre con un argumento no por más simple menos contundente: «Los pájaros se inclinan y saben más que nosotros.»

Louis Blériot realizó su mítica travesía del canal de la Mancha a bordo de un avión diseñado por él mismo, bautizado como Blériot XI y equipado con un resistente aunque sucio motor de la casa Anzani, de 25 caballos de potencia. El pionero francés de la aviación contribuiría luego al diseño y creación de otros modelos, utilizados a partir de la Primera Guerra Mundial.



Volando sobre el canal.



Un personaje mítico.

La fama de Louis Blériot fue mítica, al igual que la de otros pioneros de la aviación. Allí donde iba era tratado como un «héroe del progreso», comparable a los de la antigüedad clásica, según expresa plásticamente la postal situada junto a estas líneas. Abajo, momento del aterrizaje de Blériot en Dover, tras culminar su célebre travesía sobre el canal.

Louis Blériot era distinto a Latham, y en el aspecto económico tenía también menos dinero Para construir sus aeroplanos no sólo había gastado todos sus fondos, sino también los bienes gananciales de su mujer, igualmente cautivada por la fascinación de la aeronáutica. Cuenta la leyenda que los últimos 25.000 francos que Louis necesitaba para poner a punto el avión con el que habría de saltar sobre el canal los obtuvo precisamente gracias a ella: parece ser que la señora Blériot se hallaba una tarde de visita en casa de unos amigos adinerados cuando milagrosamente agarró al hijo menor de éstos en el momento en que estaba a punto de caerse por un balcón. A partir de entonces, todo agradecimiento por parte de la familia del niño era poco, de manera que el poderoso amigo decidió ayudar a la gran empresa aeronáutica de Louis Blériot.

En la segunda quincena de julio de 1909, Latham y Blériot habían establecido sendos campamentos en el lado francés del canal, *Les Baraques,* desde donde podían observarse mutuamente con sus respectivos prismáticos. Latham se había dado un chapuzón días atrás al intentar cruzar el canal en su *Antoinette,* y ahora tenía a Blériot pisándole los talones y, lo que era aún peor, con los cinco sentidos puestos en las 1.000 libras. Aunque en aquellos momentos cojeara de un pie y tuviera cierta aprensión al mar, Blériot era un tipo con el que había que llevar cuidado, y Latham lo sabía bien.

Día a día, docenas de personas acudían a Dover, en la costa británica, para ser los primeros en recibir al audaz aviador que lo consiguiera. Había preparados dos destructores de escolta, el *Escopette,* francés, y el *Harpoon,* británico, por si surgía algún accidente como el de Latham; de manera que sólo quedaba ya esperar el momento.



Aterrizaje en Dover.

«Treinta y ocho kilómetros en treinta y siete minutos»

El momento llegó en la madrugada del domingo 25 de julio. A las tres y media de la mañana despertaron a Blériot en el hotel donde se alojaba. Luego se dirigió a toda velocidad a *Les Baraques,* mientras su mujer iba a embarcarse en el *Escopette.* Aún no eran las cinco cuando, tras una breve prueba del motor Anzani, tras intercambiar alguna fría mirada con los curiosos que habían acudido a verle al oír el ruido, y tras decapitar a un perro con la hélice, Blériot despegaba rumbo a Inglaterra. En ese instante, la agitación despertaba a Latham, que no se había movido de su campamento. Sus hombres tratarían desesperadamente de prepararle el *Antoi-*



La multitud aclama a Blériot cuando se dirige al hotel Savoy.

nette para que siguiera a Blériot, pero no pudo ser. Se levantó viento, lo que impedía la salida.

Blériot, entretanto, seguía en vuelo. En esos momentos, como en tantos otros, su prestigio, su pasado, su fortuna y tal vez su vida dependían del motor Anzani, una excelente máquina de 25 caballos que raramente se paraba y cuya construcción, ruda por demás, hacía que el aceite que se escapaba por sus juntas pusiera siempre perdida la cara del piloto. No había procedimientos para volar, no había instrumentos fiables, no había nada más que el valor del hombre. Tiempo después, otro pionero, Gabriel Voisin, refiriéndose a la brújula, lo haría despectivamente como «esa loca que en cuanto la miras empieza a moverse de un lado para otro».

Con razón, el célebre proyectista ruso Igor Sikorsky dijo que la aviación, más que una ciencia, era un puro milagro. El *Blériot* que ahora enfocámos en su vuelo sobre el canal era un aeroplano fragilísimo que volaba a 58 kilómetros por hora y pesaba al despegue sólo 300 kilogramos. Estaba construido principalmente con maderas de fresno y bambú, que formaban la estructura del ala, la cual estaba recubierta de tela como si fuera un tambor. Unicamente las partes principales del fuselaje estaban hechas con tubos de acero.

Pero, con todo, el milagro iba a funcionar. Aun cuando la velocidad del *Blériot* no fuera notablemente mayor que la de un destructor lanzado a toda máquina, el *Escopette* quedó atrás, y Louis se encontró volando sólo ante el mar y el horizonte. Pasaron diez minutos antes de que pudiera divisar la línea de la costa, tiempo que no por breve resultó algo incómodo, como más tarde recordaría: «Me había adelantado mucho al *Escopette*, y ya no tenía escolta. Durante esos diez minutos continué solo, aislado, perdido en medio del ancho mar, sin ver nada en el horizonte, ni siquiera un barco. Esta calma, rota tan sólo por el ruido del motor, producía, dentro del riesgo, una sensación incluso placentera.»

Después de media hora de vuelo, Blériot estaba ya cerca de la costa inglesa Northfall Meadow. Alguien agitaba una bandera francesa. A poco más de 20 metros de altura cerró el contacto del motor. El aterrizaje fue difícil, pues el tren quedó casi clavado. ¿Qué importaba ya? El periodista francés Fontaine corrió hacia él y le abrazó efusivamente. El canal había sido vencido. Treinta y ocho kilómetros en treinta y siete minutos.

Una locura con futuro

Louis Blériot lo consiguió. Cierto que sólo unas semanas más tarde, en la exhibición de Reims, se batirían distancias de 180 kilómetros, que habrían de empequeñecer sin duda aquellos treinta y tantos que separaban *Les Baraques* de la costa británica; pero por entonces se atendía a lo detonante, a lo espectacular; aquella estampa del frágil avión de madera y tela, con el

Aparte de su mítica hazaña, Louis Blériot fue un activo y competente industrial e ingeniero diseñador de aviones. Gracias a personas como él, pronto las aeronaves superaron la velocidad de 100 km/hora. La Primera Guerra Mundial hizo que en cinco años (1914-1919) el número de aviones militares europeos pasara de 877 a 147.486, según datos de los estados mayores de Francia, Inglaterra y Alemania. Al final de la contienda había cazas que podían volar a más de 220 km/hora y ascender casi 500 metros por minuto, así como bombarderos capaces de transportar más de una tonelada de bombas y con posibilidad de volar sin interrupción durante ocho horas.

tren de aterrizaje quebrado sobre el verde suelo inglés, iba a empezar a dar que pensar justamente desde ese momento. Las blancas rocas de Dover habían sido siempre una defensa. ¿Qué pasaría a partir de ahora? Nada, desde luego, se podía intentar desde un *Blériot* que había llegado de milagro, pero de cara al futuro había que prever cualquier cosa. Siglos atrás, el jesuita italiano Francesco de Lana había legado a la posteridad unos disparatados estudios técnicos sobre naves aéreas, junto a asombrosos pronósticos de lo que desde ellas se podría hacer: «arrojar pesos para hundir los barcos, incendiar desde arriba las fortificaciones... ¿Quién —seguía escribiendo Lana— podía estar ahora a salvo de la nave aérea?»

Un político británico tuvo que improvisar una frase para el acontecimiento, y afirmó que el aeroplano ya no era un juguete, sino una realidad. El avión de Blériot fue de inmediato trasladado como reclamo a unos grandes almacenes de Londres, donde un cuarto de millón de personas lo admiraron, sin terminar de convencerse de que «eso» hubiera venido volando desde la costa francesa. Pero muchos comprendieron en ese momento que el hecho de volar iba muy pronto a dejar de ser un fin en sí mismo para convertirse en el medio de conseguir algo: el transporte rápido, la supremacía militar.

Los Wright estaban ya en tratos con el ejército norteamericano, y pocos años después llegarían a fabricarse bombas de aviación en Austria, mientras algunas fuerzas armadas se interesaban por disponer de aviones como medio de observación, más para evaluar sus posibilidades que por estar realmente convencidas de que fueran a servir de algo. Pero los Wright habían escrito ya su página en la historia, y ahora los acontecimientos iban a ir por delante de ellos. Veían un plagio en cada nuevo avión que levantaba el vuelo, y temían a la vez que aquellos inventos aeronáuticos que a ellos les habían llevado media



Sobre el acantilado de Dover.

Aunque solamente han transcurrido 75 años desde el primer vuelo realizado por el hombre con una máquina más pesada que el aire, la historia de la aviación ha sido un período fecundo para el progreso del hombre. Alcanza la Luna en 1969, tras el inicio de la carrera espacial en 1957, los modernos aviones pueden despegar verticalmente, repostar en el aire y volar sin interrupción, alcanzando velocidades de más de 7.000 km/hora y cotas máximas superiores a los 100.000 metros. En la foto, Blériot sobrevuela los famosos acantilados de Dover, una vez alcanzada la costa inglesa.

vida sirvieran para enriquecer a otros; porque, en el fondo, les repugnaba tener que sacrificar la investigación técnica a las exhibiciones y trofeos de valor meramente lucrativos. Empezaron las rencillas, las trifulcas y los pleitos, y el resultado inevitable fue que el ritmo del progreso aeronáutico dejó de ser marcado desde Estados Unidos para pasar a serlo desde Francia.

Europa acogía a la aviación con los brazos abiertos. Empezaban las carreras entre ciudades: París-Madrid, París-Roma... En la París-Roma, el avión *Blériot* pilotado por Jean Conneau fue bendecido por el papa Pío X al sobrevolar el Vaticano. La París-Madrid, sin embargo, fue mucho más accidentada.

Cuando empezó, lo hizo entre un impresionante aluvión de gente que en el momento más crítico, en el despegue de uno de los participantes, empujó hacia la pista a un grupo de invitados. Por desgracia, entre éstos estaban el propio primer ministro francés, Ernest Morris, que resultó herido, y el ministro de la Guerra, Berteaux, que murió en el acto.

Se suspendió la prueba durante ese día para reanudarse a la mañana siguiente. En el curso del vuelo, al atravesar los Pirineos, Vedrines, que sería ganador de la carrera, fue atacado por un águila asustada y tuvo que defenderse de ella a tiros con el revólver que solía llevar encima siempre que volaba.

En 1911, los italianos utilizaron ya sus frágiles aviones en cometidos de reconocimiento sobre las líneas de combate turcas. Dos años después, los pilotos españoles lanzaban rudimentarias bombas de aviación austriacas en la guerra de Africa. La historia había arrancado al liviano aeroplano de madera y tela de las carreras y las exhibiciones. Le reservaba, por el momento, un papel más dramático, que tardaría poco tiempo en representar.

C. P. S. E.



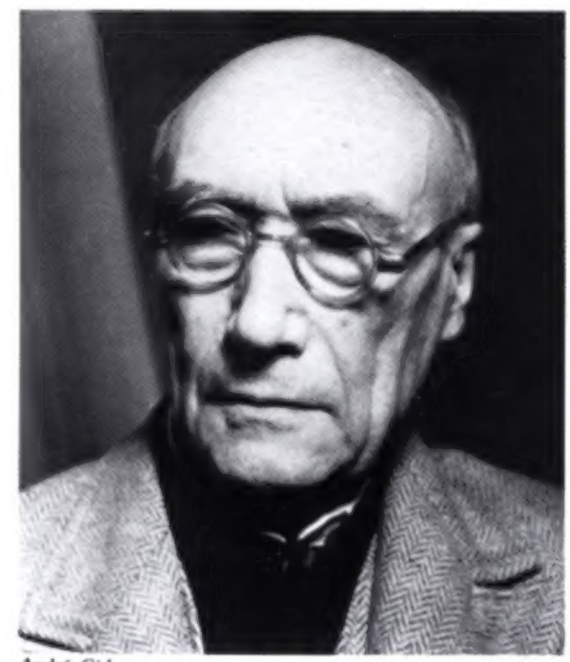
Al finalizar la travesía ya era un héroe.

Durante los tres cuartos de siglo de historia de la aviación se ha pasado de los 260 metros recorridos en un «saltito» por el Flyer *de los hermanos Wright, a travesías de más de 20.000 kilómetros en línea recta, sin contar las enormes distancias recorridas por el hombre en la carrera espacial. En la foto, Louis Blériot, satisfecho tras culminar su hazaña. Sirva como colofón un poema escrito por un piloto norteamericano, muerto durante la Segunda Guerra Mundial: «He abandonado los límites de la tierra/y danzo en los cielos sobre alegres alas de plata/... más alto, cada vez más alto, en el inmenso, delirante y ardiente azul/he alcanzado con alegría la punta de la flecha del viento,/alturas donde nunca la alondra ni el águila volaron/... He sacado mi mano y he tocado la cara de Dios».*

CRONOLOGIA

Política internacional

Acuerdo franco-germano sobre Marruecos, que concede a Francia la primacía política en la región, pero reconoce igualdad de oportunidades en lo económico a los dos países.
«Campaña de Melilla», en la cual España sufre el desastre del Barranco del Lobo. Comienza la guerra de Marruecos.
Sublevación en Barcelona como consecuencia de un envío de tropas a Marruecos. Estalla la Semana Trágica.
Japón ocupa Corea a raíz del asesinato de Hirobuni Ito por un fanático coreano.
Theobald von Behmann Hollweg es nombrado canciller alemán.
Los «jóvenes turcos» obligan a dimitir al sultán Abdul Hamid II, y nombran a su hermano Mohamed V como sucesor.
Acuerdo secreto entre Rusia e Italia en Racconigi (cerca de Turín) para mantener el statu quo en los Balcanes.
Muere Leopoldo II de Bélgica. Alberto I es el nuevo rey de los belgas.
El shah Muhammad Alí es depuesto en Persia. Le sucede Ahmed Shah, de doce años.


André Gide.


Mary Pickford y Douglas Fairbanks.



Ezra Pound



I Karagjorgjevic, rey de Servia tras el asesinato de Alejandro.

Sociedad

Noruega establece el seguro médico obligatorio.
Las mujeres son admitidas en las universidades alemanas.
Los ballets rusos de Sergei Diaghilev llegan a París. Inauguran la temporada con El príncipe Igor *y* El lago de los cisnes.
Se funda en México el Ateneo de la Juventud, que propiciará una renovación filosófica y literaria. Pertenecerán a él José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y Alfonso Reyes.

Economía

Se implantan en Norteamérica leyes antitrust *durante el mandato del presidente William Howard Taft.*
En Suiza se estataliza la línea ferroviaria de San Gotardo.

Ciencia y tecnología

Conceden el premio Nobel de Física a Guillermo Marconi y a Karl Ferdinand Braun por el desarrollo de la telegrafía sin hilos.
Invención de la baquelita por Baekeland, del duraluminio por Wilmy y del caucho sintético por Fritz Hofmann.
Paul Ehrlich y Sahachiro Hata descubren el salvarsán, medicamento para curar la sífilis.
Louis Blériot cruza el canal de la Mancha en aeroplano.

Sucesos

Fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia, acusado de ser el culpable de los sucesos de la Semana Trágica en Barcelona.

Deportes

Inauguración en Triberg (Selva Negra) del primer teleférico para esquiadores.
Se celebran por primera vez en Berlín los Seis Días Ciclistas.
El norteamericano Robert Peary alcanza el polo Norte, un lugar muy cercano al que había llegado el año anterior su compatriota Cook.

Literatura

Selma Lagerlöf: premio Nobel.
André Gide: La puerta estrecha.
Thomas S. Eliot: Poesías.
Ezra Pound: Persona.
Pío Baroja: Zalacaín el aventurero.
Filippo Marinetti publica en París el primer Manifiesto futurista.

Cine

Mary Pickford se convierte en la primera estrella del cine.

1909

Teatro

Maurice Maeterlinck: El pájaro azul.

Música

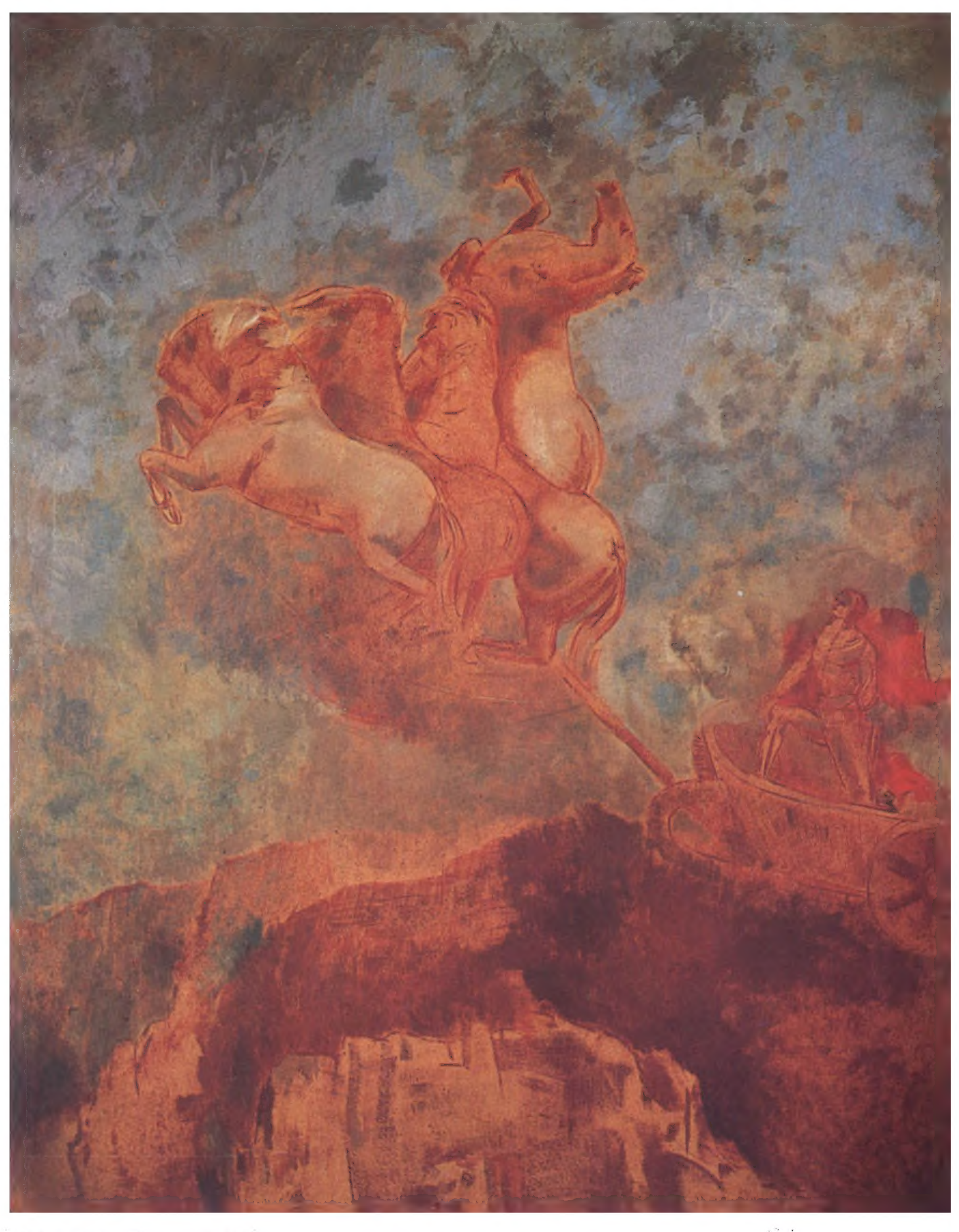
Gustav Mahler: Novena sinfonía.
Franz Lehar: El conde de Luxemburgo.
Muere Isaac Albéniz.
Béla Bartok: Para niños.
Manuel de Falla: Tres melodías.

Pintura y escultura

Vasily Kandinsky: Paisaje con casas.
Henri Matisse: La danza.
Georges Braque: Piano y bandurria.
Pierre Bonnard: Desnudo de pie.

Arquitectura

Peter Behrens: Fábrica de turbinas AEG, *Berlín.*
Ragnar Östberg: Ayuntamiento de Estocolmo.
Frank Lloyd Wright: Robie House, *Chicago.*



***Odilon Redon:* El carro de Apolo.**